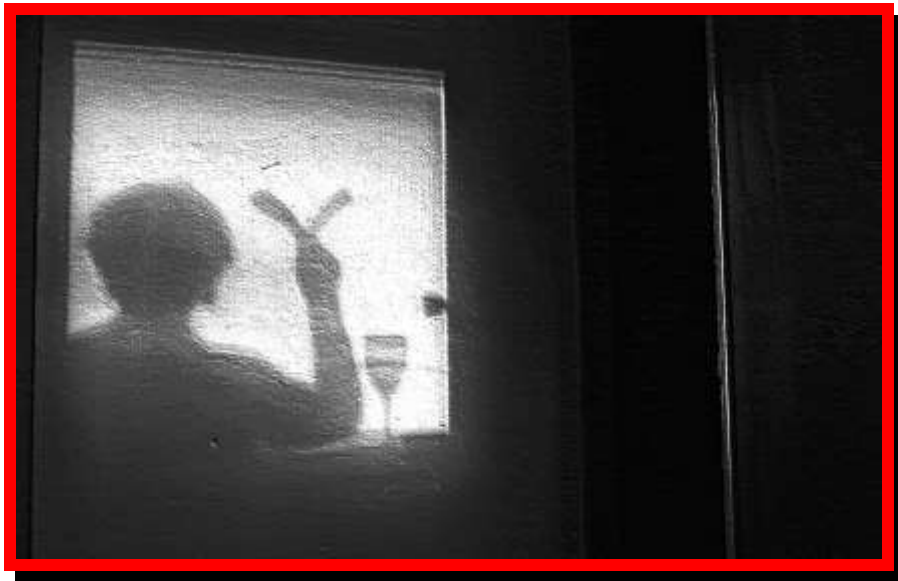


# Marcelo Colussi

## CUENTOS INCONTABLES



Relatos (pero no tanto)

insurgente.org

## INDICE

¿Futuro? / 1
Confesiones en una cornisa / 8
Sí, ¡yo la maté! / 20
El secreto que nos une / 26
Con las uñas pintadas... / 34
Nosotros, la raza superior / 40
El sombrero rojo / 47
Todo lo que usted siempre quiso saber sobre las brujas de Salem y nunca se atrevió a preguntar / 50
Lo sabía... / 56
Experimento / 66
Kalynka maya / 64
Se los tragó la tierra... / 73
Un amor ejemplar / 78
Fumando espero / 83
Primos / 86
Mi hijo iconoclasta / 90
Balazos / 96
Fiesto Cívico en el futuro / 101
Honestidad / 109
Síntomas peligrosos / 110
Decepción... “¡Cumplí, madre!” / 115
Mentira piadosa / 120
Fuego / 125
Sofía / 134
“Casi muerto, no hay que darse por vencido” / 138
Arrepentimientos / 141
La Loquita / 145
Ana Paula / 148
Un nuevo Bruno / 154
Venganza / 159
¡Soy inocente! / 164
Atrevimiento / 169
Buenos ejemplos / 179
De todo corazón / 186
Los fantasmas existen... / 190
Olvidos / 196
Sincerándose / 200
Explicaciones / 208
Sueño futbolístico / 212
Carta desde el Sur / 213
Mujeres / 217

<b>Miniaturas / 225</b>
<b>Historia de un muerto / 231</b>
<b>Insólitas noticias aparecidas en serios y respetables periódicos / 238</b>
<b>Misión cumplida / 243</b>
<b>Entrevista a Jesús de Nazareth / 266</b>
<b>Corresponsal en el trópico / 273</b>
<b>María y Revolorio / 280</b>
<b>Un recuerdo perturbador / 289</b>
<b>Frascos de formol / 291</b>
<b>Sorpresa / 294</b>
<b>¡Muere, hijo de puta! / 298</b>
<b>Un error / 300</b>
<b>¿Brujería? / 305</b>
<b>Suicidios / 310</b>
<b>Mea culpa / 319</b>
<b>El hijo de Paganini / 325</b>
<b>Enigma resuelto / 331</b>
<b>No me atraparán / 333</b>
<b>Catástrofe / 336</b>
<b>Amores que nunca acaban / 338</b>
<b>El Doctor / 341</b>
<b>Cuento corto y estúpido / 347</b>
<b>El pozo / 348</b>
<b>Diálogos / 353</b>
<b>Teorema / 365</b>
<b>Una familia perfecta / 368</b>
<b>¿Quién tiene la batuta? / 382</b>
<b>Un muerto especial / 383</b>
<b>Denuncia sobre neuroarmas / 386</b>
<b>Aborto / 394</b>
<b>Miss Johnson / 400</b>
<b>Racismo a la carta / 403</b>
-----
<b>Acerca del autor / 411</b>

## ¿Futuro?

Roberto se consideraba un “nativo digital”. En realidad, no sabía con exactitud qué significa eso..., pero le agradaba cómo sonaba la palabra. Vagamente la asociaba con “aborigen”, con “primitivo”. Los “nativos”, según su parecer, eran siempre gente sana, pura. En este caso, esa pureza estaba asociada con el desarrollo. Confusamente, sin mayores disquisiciones, la mezcla en cuestión le parecía fabulosa: alguien “que no contamina el ambiente” pero con “actitud de progreso, que usa inteligencia artificial”.

Todo esto lo había ido escuchando por ahí. A su modo –fragmentario, por cierto– sabía que todas esas cosas (no contaminar el planeta, respeto hacia los diferentes, desarrollo sostenible, tecnologías de la información y la comunicación), aunque no pudiera explicar bien qué significaban, no podían dejar de mencionarse en un discurso correcto. ¿Esa “corrección” era el progreso? ¿O lo era el uso de las tecnologías de punta? No se lo cuestionaba mucho, en verdad. En realidad, aunque era un fiel representante de la cultura digital que lo envolvía, no hubiera podido jamás dar una definición convincente de “progreso”. Ni de “domótica”, que era lo que hacía su padre, de la que sólo sabía que implicaba “muchos botones para oprimir...” Es más: mucho de lo que hacía, no sabía por qué lo hacía. Simplemente, “así son las cosas” se decía, y esa explicación le bastaba.

Lo poco que sabía sobre estos temas, muy escasamente lo había extraído de alguna precaria lectura; de hecho, casi no leía. Igual que todos sus compañeros de clase (estudiaba tercer año de Administración de Empresas en esa universidad privada de aquella ciudad de país subdesarrollado), lo más que leía era algún documento digital (corto) y eventualmente fotocopias de partes de capítulos de algunos libros técnicos. Cuando hacía esto, sonreía y nunca dejaba de decir socarronamente: “estas prácticas del pasado”. Literatura ni siquiera sabía bien qué era; vagamente, también, la asociaba a aquello de “los molinos de viento, el flaco alto y el gordito simpático” que había visto alguna vez en alguna de sus numerosas pantallas (¿del televisor?, ¿de la computadora familiar?, ¿de su tabla?, ¿en el teléfono celular?, ¿en la agenda electrónica que tenía instalada frente al inodoro de su baño?) La biblioteca de su abuelo (más de tres mil ejemplares) le parecía algo inconcebible. ¿Cómo se podía leer todo eso?

–Abue, ¿y por qué leíste tanto en tu vida?–

–¿Tanto? Si yo casi no he leído nada, m’hijo.–

–¿¡Cómo que no!? ¿Y esa biblioteca gigante?–

–¡Ojalá fuera gigante! Es una modesta bibliotequita, Roberto. Me voy a morir sin haber leído ni la mitad de lo que hubiera querido.–

–Pero ¿cómo, abue? ¿Me vas a decir que no leíste nada? ¡Si es impresionante la cantidad de libros que hay aquí...! Esto me hace acordar lo que alguna vez papá me contó en comunica-

ción en tiempo real y tres dimensiones sobre esos genios del pasado que pasaban su vida entera leyendo. Por ejemplo, ese escritor uruguayo, o argentino, no recuerdo, tan famoso.... Borgia creo que se llamaba.–

–¡Borges! Jorge Luis Borges.–

–¡Ése! Sí... Papá me contaba que este Borges, solito, leyendo en su casa, aprendió a hablar chino mandarín. El mismo endemoniado idioma que yo ahora estoy aprendiendo con el nuevo programa de Linux 45, versión 8.0, y que en realidad no me está resultando tan difícil. ¿Cómo habrá hecho este fulano sin computadora?–

–Eran otros tiempos, Robertito.–

–Sí, claro... La verdad que a veces me pregunto cómo haría esa gente. O el tal Freud, el psicólogo ese, judío creo, de Suiza me parece, que aprendió a leer español también solito, con un diccionario. ¿Cómo hacían eso, abue? ¿Eran más inteligentes?–

–¿Más inteligentes? Mmmm..., no creo. ¿O acaso hoy la gente, o los jóvenes, son más tontos que antes?–

–Bueno..., creo que no. No sé..., no estoy muy seguro. Yo diría que no, porque hoy nadie necesita ponerse a estudiar un idioma extranjero solo, en su casa, luchando con un diccionario. Los programas de *e-learning* te lo facilitan todo. En tres meses se puede aprender a la perfección cualquier idioma. Y para fabricar esos programas no hay que ser muy tontos que digamos, ¿verdad?...–

–Es cierto, ¿no? Yo, te lo confieso, jamás en la vida usé uno de esos... ¡Soy de otra época! Pero me parece que son útiles, claro que sí.–

–¡*Of course*, abue! Yo, que de verdad no me considero ninguna lumbrera, hablo ya siete idiomas gracias a estos programas interactivos. ¡Son buenos! Deberías probarlos.–

–¿Y para qué a esta altura de mi vida, con más de 70 años?–

Bueno, no sé..., para no estar *out*. Pero retomando lo que decíamos: creo que no somos más tontos ahora. No sé si seremos más inteligentes..., pero no veo por qué seríamos más estúpidos sólo porque no leímos tanto como ustedes.–

Para el septuagenario lector, connotado intelectual de su medio, militante de izquierda de toda la vida, la lectura era una pasión. Si bien no era refractario a la explosión tecnológica que había visto precipitarse en la segunda mitad de su vida, no se sentía fascinado por ella. Al contrario, guardaba una cierta distancia con todo eso. De todos modos, el audífono de última generación que portaba –tecnología japonesa fabricado en China– le había hecho cambiar bastante su punto de vista sobre estos aspectos. Ahora sí escuchaba...

–En un tiempo se decía que “las armas las carga el diablo..., y las descargan los tontos”. Pues bien, Robertito: con la tecnología llevada a estos extremos como se ve hoy día, podríamos parafrasear y decir lo mismo.–

–¿Cómo? ¿Las computadoras también las carga el demonio? ¿Y tu audífono, abue?–

–Eh..., no es exactamente así, claro.... Quiero decir que....–

–No te justifiques, abue. Yo sé que ustedes, los de otra generación, nos ven como unos tontos consumistas, banales, superficiales, a todos los que nos pasamos la vida ante una pantalla.–

–En realidad, yo no dije exactamente eso, Robertito. Pero, ¿no hay algo de verdad en ello?–

–Bueno... sí y no. ¿Qué se podría decir de alguien que se pasa la vida delante de un libro?–

–¡Eso es otra cosa!–

–No sé... ¿Por qué otra cosa? En todo caso, me parece, es un punto de vista. ¿Es mejor leer o resolver los problemas con estas máquinas? Y la mujer astronauta que acaba de descender en ese satélite de Marte, Fobos me parece que se llama, ¿no te parece que es un avance? Aunque no se lea como en otros tiempos, la gente sigue haciendo cosas maravillosas..., como tu audífono, por ejemplo. O estos viajes espaciales.–

–Yo sigo pensando que es mejor leer, Roberto. Te abre otros mundos, otras posibilidades.–

–¿Y acaso la nube de internet no lo tiene todo? –

–No te lo sabría decir... No sé.–

–Creo que la idea de la tecnología te asusta un poco, ¿verdad, abue?–

–Tanto como “asustarme”, creo que no... Pero definitivamente no soy como los de tu generación, ustedes que nacieron ya con un chip pegado en el cerebro.–

–¿Y te parece malo eso?–

–¡Qué pregunta! Creo que es imposible decir que eso sea malo, ¿no? Es distinto, profundamente distinto a lo que yo viví... Vez pasada leí una encuesta que me hizo reír.

Mientras hablaban, el abuelo permanecía sentado en su cómodo sillón con apoyabrazos jugueteando con el control remoto de su pierna ortopédica –última generación, de fabricación alemana, la cual le permitía caminar a buen ritmo pese a sus dos infartos–, en tanto Roberto hacía varias cosas: leía mensajes en su teléfono celular, escuchaba música con sus audífonos y tecleaba en su tabla buscando una información urgente para un trabajo en la universidad del

que le acababan de avisar en una de sus siete redes sociales, echando cada rato una miradita tanto a la foto en tres dimensiones de su pareja (la de carne y hueso, no la virtual) así como a otras donde se veían orgías con lujos de detalle, en tres dimensiones y con opciones interactivas. Por supuesto, el abuelo no se daba cuenta de esto último.

–Estaban investigando sobre los hábitos de la juventud actual– comentó el anciano. –No sé si el estudio se dedicaba específicamente a la sexualidad o las tecnologías digitales. Quizá a ambas cosas. Lo cierto es que había una pregunta que se le hacía a los jóvenes, francamente hilarante.–

–“Hilarante”... ¿Y qué significa eso, abue?–

–¿¡Nunca escuchaste esa palabra!?–

–“Que inspira alegría o mueve a risa”, según el Diccionario de la Real Academia Española en su última edición. “Que provoca ganas de reír. Por ejemplo: un montaje con lo mejor del humor negro *hilarante* y jubiloso”, según el Diccionario Manual de la Lengua Española Vox. El término proviene del latín “*hilārans*”, sustantivo neutro de tercera declinación, cuyo genitivo hace: *hilarantis*; es el participio activo de *hilarāre*, que se puede traducir por “alegrar” o “regocijar”. Sus antónimos son: “triste”, “serio”, y por si te interesa saber –perdón por hacerme el erudito, abue–, en polaco se dice “*wesoły*”, y en vietnamita “*vui nhộn*”–.

–¡Por dios, Robertito! ¿No era que hace un instante no sabías lo que significaba esa palabra?–

–Cuando la ibas pronunciado, activé el decodificador de sonidos, y casualmente toqué las teclas del polaco y del vietnamita. Por eso, más rápido de lo que ibas diciéndolo, pude tener esa información. Pero te debo el árbol de sinónimos, que recién ahora estoy viendo en la pantalla de mi reloj/agenda electrónica: hilarante significa también gozoso, contento, alborozado, complacido, alegre, satisfecho, irrisorio, ridículo, grotesco, cómico, absurdo, festivo, risueño, jocoso, divertido, contento, placentero, jubiloso, jovial...–

–¿Y de dónde tanto conocimiento, Roberto?–

–De todos estos aparatitos, abue–, dijo señalando la miríada de equipos que llevaba adosados, sin contar los que tenía implantados ya en forma fija, dentro del cuerpo.

El anciano quedó deslumbrado, al mismo tiempo que impresionado, o quizá golpeado, para ser más exactos. Tanto, que le reapareció el inveterado tic en su ceja izquierda, que sólo se activaba en circunstancias difíciles, y que inexorablemente estaba unido y reactivaba el recuerdo de las torturas sufridas en la juventud, cuando su militancia en el Partido Comunista. Ante cualquier situación emotiva fuerte, le regresaba. Como ahora.

–Felicitaciones, Robertito. Veo que estás muy familiarizado con todo ese mundo tecnológico.–

–Así es, abue. Aunque... ¿por qué felicitar me? Si yo ya nací con todo esto...–

En realidad, para el anciano intelectual, ese mundo fabuloso de las tecnologías digitales, de la inteligencia artificial y todo lo que él intuía como “de avanzada”, tenía algo de mágico, de portento incomprensible..., pero también peligroso. Su preocupación fundamental, nunca ocultada, era el crecimiento de una cultura no lectora y acrítica que ya hacía tiempo se había consolidado. Eso, según su parecer, era un déficit irrecuperable. “¡Un verdadero peligro. Quizá, el peligro más grande de estos tiempos!”

–Bueno, abue: pero ¿cuál era esa pregunta tan “hilarante” que ibas a contar hace un momento?–

–Aunque te rías, Robertito, la situación era esta: en esa investigación se le preguntaba a jóvenes de tu edad qué harían si suena su teléfono celular justo cuando están haciendo el amor.–

–¿Aha?–

–Y al menos la mitad afirmó que por supuesto contestaría.–

El nieto guardó silencio. Esperaba que su abuelo siguiera con el relato; no entendía por qué se había detenido. Ese silencio lo único que lograba, para Roberto, era volver más incomprensible la anécdota.

–Abue... ¿y qué tiene de hilarante eso?–

Más desconcertado aún quedó el abuelo. No entendía cómo su nieto no reaccionaba airado, o divertido, o simplemente... ¡no reaccionaba! ante el relato. Para él era inconcebible algo así. Evidentemente, para Roberto –quizá para todos los jóvenes de su generación– no. “¿Es que estos muchachos viven sólo para andar manipulando maquinitas?”, se preguntó acongojado.

Sin dudas había dos códigos en juego, dos cosmovisiones, dos proyectos de vida. Incluso, proyectos enfrentados. Eso no quitaba que se quisieran entrañablemente. De hecho, Robertito había sido criado en gran parte de su infancia por sus abuelos, dado que sus padres habían marchado al exilio durante la última dictadura que asoló su país algunos años atrás. Durante ese período el abuelo, en ese entonces más joven y con mayor energía, había hecho lo imposible para lograr que su nieto –era el único que tenía– se inclinase por la lectura, por los valores de criticismo que él levantaba como los más importantes. No entendía que un joven fuera conformista, apegado al sistema de cosas imperantes, que lo más importante le resultara tener las máquinas de moda. Para él, tal como alguna vez lo dijo el ahora ya lejanísimo Salvador Allende del Chile socialista, no podía entenderse la juventud sin rebeldía, sin irreverencia.

–Hoy día estos jóvenes parecen viejos. No se cuestionan nunca jamás una cosa. Sólo compran y compran. ¡No saben hacer otra cosa...!–, reflexionaba amargamente. Para él, un amante



furioso de la lectura, era impensable que un estudiante universitario no armara ya desde su primer año una nutrida biblioteca. Llegó a derramar lágrimas en silencio viendo que su nieto no se interesaba por las mismas cosas que él: no leía, no le importaba la política, sólo pensaba en estar a la moda tecnológica, aceptaba pasivamente lo que sus mayores le decían...

Pero había algo más que lo tenía triste, profundamente afligido. En realidad, eran dos cosas. La muerte de su hija en el exilio, la madre de Roberto (un cáncer fulminante), y el estilo de vida elegido por su otro hijo, el ingeniero, a quien consideraba “perdido”. Vladimir Libertario –así lo habían bautizado, aunque el muchacho prefería hacerse llamar *Jimmy*–, quien siempre estuvo en una relación de tensión con el ahora anciano militante. Vladimir era exactamente la antítesis de lo que su padre –y también su madre, miembro del Partido Comunista igualmente, hoy ya fallecida– querían. Era, quizá, como Roberto, pero en un grado superlativo.

Prefería hablar en inglés y no en español. Se mofaba de los indígenas de su país, miraba el imperio con profunda admiración reverencial y era un consumidor de tecnologías de punta infinitamente más exagerado que Roberto. Tenía cuatro chips insertados (el último, de la más reciente generación, le permitía cambiar de sexo indistintamente). En este momento vivía en Los Ángeles, y hacía años que no se comunicaba con su padre. La última vez que nuestro héroe –el anciano militante– había tenido conocimiento de su hijo ingeniero fue cuando leyó un artículo de difusión de él, en inglés, donde adoraba la tecnología como nueva deidad, poniéndola como el elemento que “le hace falta a los países pobres, subdesarrollados y salvajes del Sur del mundo para salir de su atraso”. Lo que no le perdonaba era la frase con que cerraba el texto de marras, escrito sin dudas con saña y con secreta dedicatoria para su padre, quien siempre regañaba/acusaba a Vladimir por su racismo: “el día que nuestro país se desarrollará será cuando cada indio posea un teléfono celular inteligente”. Hoy, años después de escrito ese artículo, en el país había casi el doble de teléfonos móviles que de habitantes... y el “progreso” no había llegado.

El abuelo era reticente a ese endiosamiento de la tecnología, pero no la denostaba. El día después de esta escena que relatamos más arriba, llamó a su nieto a su estudio, y con aire ceremonial le comentó:

–Robertito querido, tengo que contarte algo que te va a hacer caer de espaldas.–

–¿Qué cosa es, abue?–

–Bueno..., durante el exilio de tus padres en Europa, cuando la guerra civil aquí, pasaron cosas muy desagradables.–

–Aha...–

–Por lo pronto, murió tu madre.–

–Sí, eso ya lo sabía. Me lo contaste muchas veces, ¿te olvidaste? De un tumor canceroso en la cabeza, cuando tenía 35 años. Y también mi papá, las pocas veces que ahora lo veo en la pantalla, me lo dijo.–

–Bueno, Robertito: de eso se trata... Tu padre nunca regresó del exilio. Esa persona que a veces te habla por la computadora no es tu papá de carne y hueso. ¡Es un holograma!–

–¡Ah! ¡Qué bien! Debe ser el mismo programa que uso yo a veces, cuando no tengo ganas de hablar en persona aquí, y monto mi holograma. ¿No lo habías notado? Ahora, el verdadero Robertito está en un motel, abue, con una de sus parejas. Pero si recibe una llamada por teléfono seguramente contesta. ¿Lo llamamos?–

## Confesiones en una cornisa

Sucedió alrededor de las 10 de una fría mañana de día miércoles. Se podrán hacer todas las interpretaciones que se deseen del hecho, pero lo más importante no es su desenlace sino lo que allí se dijo.

Toda la escena no duró más de media hora, pero tuvo tal intensidad emotiva que podría parecer de horas, o de un día entero. Como siempre, lo más importante es el contenido y no la cáscara, aunque tantas veces nos quedemos fascinados sólo con la presentación, con lo externo.

David fue militante del Partido Comunista prácticamente toda su vida, desde los 17 años. Ahora, con sus 71 cumplidos, seguía siendo un activista comprometido; ya no del partido, sino de la causa, de la vida. Decepcionado por muchas de las cosas que fue viendo, se salió de la organización ya de grande, después de los 60, pero nunca abandonó sus convicciones. Seguramente por esas mismas convicciones y no por otra cosa –así lo creo yo al menos– es que sucedió lo que sucedió.

Era psiquiatra, como tantos médicos de origen judío de Argentina. Su paso por la Unión Soviética años atrás no le reportó mucho para su profesión, pero sí para su formación política. Pero donde más le influyó fue en su ética, en su visión de las cosas. De hecho, sus abuelos paternos eran rusos. Al igual que su padre, él hablaba la lengua rusa con bastante fluidez. No se sentía ruso precisamente, pero el contacto con ese pueblo por casi un año –el tiempo que duró su formación política– y dos breves regresos que hizo posteriormente, lo sensibilizaron mucho, haciéndolo sentir casi uno más de ellos. Por eso ahora, caído el bloque socialista, se resentía tanto, sintiendo así en carne propia, casi como un ruso común, lo que esa caída había significado.

Lo cierto es que aquella mañana David no aguantó más y lo hizo. Como yo era su vecino y nuestros balcones se tocaban, contraviniendo lo que pidió –tengo que confesarlo: lo hice porque no quería perderme ni un detalle de lo que sucedía– escuché toda la conversación.

La cuestión empezó cuando algunos transeúntes lo vieron encaramado en la cornisa. Era un edificio viejo, de los años 30, muy bonito, con un estilo neoclásico europeo con el que hoy día ya no se construye. Vivíamos en el sexto y último piso, altura suficiente para matarse si uno caía desde ahí. Había ascensor, pero David, con sus 71 años a cuesta, prefería las escaleras. Siempre había sido un tipo muy atlético, con un esmerado cuidado físico. De hecho, todas las mañanas practicaba media hora con una bicicleta estacionaria en la sala de su casa. Fue por eso, por estar en muy buenas condiciones, que pudo salir del balcón y comenzar a caminar por la cornisa.

La verdad que no sé si tenía pensado arrojarse realmente; yo me quedé con la idea que era una estrategia para llamar la atención. Tal vez la de su nieto, no sé... O quizá de la opinión públi-

ca. No puede decirse que David fuera un histriónico; pero sí que sabía concitar la atención, que le salía con mucha facilidad ser centro de las reuniones. Era muy buen orador, por cierto. Podía hablar horas sin papel, improvisando. Su formación era erudita. Además de medicina y psiquiatría, había estudiado mucha filosofía e historia del arte. Y tocaba el violín como los dioses.

Cuando estaba en la cornisa, no demoraron ni cinco minutos en aparecer ambulancias, la policía, los bomberos, y por supuesto los medios de comunicación. De todo se puede hacer negocio, por supuesto. Y un suicidio es algo perfecto para ello. Más aún si se trata de alguien más o menos conocido como era David Ulianowsky, ¡el doctor Ulianowsky!, conocido y reputado médico comunista, destacado columnista en uno de los periódicos más importantes del país. Estando en la cornisa, cuando se acercaron los bomberos tratando de convencerlo que no lo hiciera, que la vida es hermosa y estupideces de ese tipo (la vida ¿es hermosa?), pidió que se retiraran todos, y que sólo hablaría con la psicóloga de la policía. Fue él, David, quien pidió que fuera la psicóloga. No cualquier psicólogo, sino ella; él la conocía desde hacía un buen tiempo, porque había sido su alumna en la cátedra de Psicopatología. Le parecía una mujer especialmente inteligente.

En no más de 15 minutos María Inés estaba ahí. Preparada para ese tipo de eventos, no temió en salirse del balcón y acercarse caminando por la cornisa. Eso estaba fuera de todos los protocolos de seguridad que los empleados policiales cumplían a la perfección, pero ella no era como todos. Por esa irreverencia, esa rebeldía siempre presente en su actuar es que David la tenía como su mejor alumna, la más inquieta, la más crítica. Ella lo siguió tratando de usted, como quince años atrás lo había hecho en la Facultad; él continuó con el tuteo. La conversación es una verdadera pieza de antología.

*Doctor, ¿qué está por hacer?*

*¿Qué te parece?*

*Pero ¡piénselo! No cometa una locura.*

*¿Y quién dijo que es una locura?*

*Bueno, seamos racionales. ¿No recuerda cuando usted nos daba esas clases sobre la depresión y el suicidio? Siempre decía que el suicidio tiene que ver con el deseo de matar a otro; que en realidad uno no se mata a sí mismo sino que está matando a otro. ¿A quién quiere matar, doctor?*

*Uy... ¡A tantos! Si te contara, María Inés...*

*A eso vine, a que me cuente. No tengo ningún apuro.*

*Bueno, conseguime un cigarrillo y te cuento.*

En un santiamén la psicóloga-policía ya tenía un cigarrillo encendido que ofreció al potencial suicida. La escena se desarrolló en la cornisa, a más de 20 metros de altura.

*Dale, fumate uno vos también,* pidió el médico a su ex alumna.

*En horas de servicio no fumo, gracias.*

*¡Pero qué bien portadita esta chica! Bueno, pero un cigarrito aquí, en estas alturas, no creo que sea mucha contravención de ninguna norma. Digamos que te lo pido como condición para no tirarme, ¿dale?*

Dubitativa, María Inés encendió uno. No fumaba habitualmente, por lo que las primeras aspiraciones la ahogaron un poco. Lo tomó como un acto de servicio.

*Entonces, doctor: ¿por qué se quiere arrojar?*

*Uy, María Inés... ¡Es tan largo de contar!*

*Por algún lado hay que empezar, ¿no? Dele, lo escucho.*

*¿Vos alguna vez te sentiste defraudada?*

*Sí, claro.*

*Bueno, así me siento yo. Profunda, honda, radicalmente defraudado. Siento que me jodieron, que me estafaron.*

*¿Quién le hizo eso, David?,* dijo María Inés, tratándolo por su nombre por vez primera en su relación.

*¡La vida!*

*¿Cómo que la vida? ¿Qué significa eso?*

*Creo que vos lo podés entender, María Inés. No es nadie en particular; es... todo, las circunstancias, lo que a uno le toca vivir...*

*Hasta donde yo sé, David, a usted no le fue tan mal en la vida.*

*¿Y a qué te referís con eso? ¿A que no paso hambre? ¿A que tengo una casa y un auto a mi nombre? Bueno, sí: es cierto. No me puedo quejar en ese sentido, porque no tengo penurias económicas. O, al menos, puedo comer todos los días. Un médico psiquiatra judío nunca la masa mal, che... Bueno, en Argentina por lo menos. Pero ¿quién dijo que a uno no le va mal porque tiene un mediano ingreso?*

*Yo no me refería sólo a eso, David. Creo que usted es un tipo bien reputado, conocido, apreciado por mucha gente. No es sólo el nivel económico: es todo lo que pudo cosechar en su vida. ¿Le parece poco lo que logró?*

*¡No me hagas reír, María Inés!..., explotó en una espontánea carcajada el doctor. Decime, a ver: ¿qué conseguí?, inquirió provocativo.*

*Pues..., muchas cosas. ¿O acaso no tiene un lugar destacado en la profesión médica? ¿O acaso no tiene el respeto, la admiración diría, de muchos alumnos y colegas? Incluso hasta quienes lo adversan políticamente lo respetan. ¿Le parece poco todo eso?*

*Sos muy chica todavía, María Inés. Te falta mucho recorrido para entender ciertas cosas. ¿A vos te parece que por haber publicado un par de estupideces a uno le va bien en la vida? ¿Te pusiste a pensar quién se va a acordar de esas boludeces dentro de un tiempo, cuando yo me muera? ¡Nadie, absolutamente!*

*Pero, ¿cómo es la cosa, David? ¿Se siente defraudado porque no es famoso? ¿Porque no va a quedar en la historia como un grande, como Borges, como Cervantes, como Lenin?*

*¡No, piba! No te olvides que soy comunista, y que tengo ética de comunista... Nunca pensé sólo en primera persona. No es la gloria, el honor y las luminarias lo que persigo, che. Si te digo que me siento defraudado, no es porque no me gané el Premio Nobel.*

*¿Y qué lo defraudó entonces?, preguntó con una sonrisa benevolente la psicóloga-policía.*

*Te repito: la vida... Sé que es difícil de entender. Pero más difícil aún es explicarlo. ¿Cómo que la vida me defraudó?, te estarás preguntando. Bueno, sí... Lo que me fue pasando, las expectativas que nunca se cumplieron, los sueños esfumados...*

*¡Uy!, suena medio trágico todo eso. ¿Pero de verdad que le fue tan mal? Yo no lo creo, David...*

*Te repito, María Inés, y te lo digo casi como un padre hablándole a su hija (aunque, tengo que reconocerlo, cuando eras mi alumna te miraba no como hija precisamente..., sino como la más guapa de mis estudiantes).*

*¿De verdad, doctor? ¡Nunca me hubiera imaginado esto que me dice!*

*Bueno, sí... Pero eso no viene a cuento ahora. Lo que te quería decir, casi como padre, o como viejo que le habla a una joven, es que tenemos mucha distancia generacional, mucha, quizá demasiada, y vemos la vida de modo muy distinto. Además, no te olvides de esto María Inés, yo soy un militante comunista, y tengo principios que no voy a dejar hasta que me muera. Y eso hace que vea la vida de un modo muy particular.*

*¿Es eso lo que lo hace sentir defraudado?*

*Bueno, en cierta forma... sí. Me pongo a pensar a veces en lo que fue el esfuerzo de toda mi vida, en mis anhelos, en mis proyectos más importantes –que, por supuesto, no son comprarme la casa, el auto o la licuadora de último modelo– y me dan ganas de llorar, María Inés, ¡ganas de llorar!*

*Creo que ahora es más que ganas de llorar... Se trata de quitar la vida.*

*Es que... hay algo más todavía, quizá lo peor.*

*¿De qué se trata?*

*Como te darás cuenta, mi querida María Inés, lo que más me mueve no es la preocupación material, el vehículo de lujo o todas esas cosas que para mí, de verdad, son banales. Ni tampoco la sensación de fracaso personal que pueda tener. Me hubiera gustado, creo que como a cualquiera, no ser un tipo torpe, con pocas luces. Y sé que, aunque vos me digas lo contrario, soy un mediocre, uno más del montón, más bien tirando a tonto.*

*Usted es un tipo brillante, David. Y lo sabe. Publicó mucho, lo respetan.*

*¡Boludeces, mi querida! ¡Puras boludeces! Pasé toda mi vida simulando, haciéndome pasar por lo que no era... Quiero decir: vendí siempre la imagen de un intelectual profundo, sesudo, analítico. Y la verdad que no paso de un activista que siempre hizo, bastante irreflexivamente, lo que el Partido decía. Claro que, tenés razón, haciéndome pasar por un tipo brillante...*

*¿Por qué dice eso, David?*

*Porque es así, María Inés. Lo digo con amargura, más bien con resignación. Soy lo que soy, y no me da para más. Por ejemplo: creo que sabías que toco un poco el violín, ¿no?*

*Una vez nos lo contó en clase, sí.*

*Sí, como muchos judíos de mi generación de ascendencia europea, tocar el violín era algo común. Bueno, lo cierto es que nunca pasé de mediocre alumno. Siempre envidié a un primo mío que vive –o vivía, creo que murió– en Rusia, y llegó a ser un destacado concertista. Quizá lo escuchaste mencionar alguna vez: Boris Godúnov. Yo siempre fui un chapucero. Pero me resigné. No podía ser concertista y médico. Así que me dediqué a estudiar muy en serio la carrera de medicina, y el violín quedó como algo totalmente secundario. Bueno, con eso no tengo mayores problemas: nunca me consideré un violinista. ¿Me seguís?*

*Sí, claro. ¿Quiere otro cigarrillo?, ofreció inesperadamente María Inés. Ambos encendieron uno nuevo, con alguna dificultad por el viento que corría a esa altura. Mientras, la gente ya se había comenzado a agolpar abajo, y dos canales de televisión se aprestaban a registrar el hecho con varias cámaras y toda la parafernalia técnica de una transmisión de exteriores.*

*No es que estoy amargado porque no pude ser un virtuoso violinista. No, no, para nada, porque ni siquiera me lo planteé. Pero por el lado intelectual, ¡ahí sí que sufro!*

El doctor Ulianowsky dio una profunda pitada a su cigarrillo, tomó aliento y continuó hablando, desatendiendo los gritos que desde la calle le comenzaban a dar los bomberos, alentándolo a arrojarse sobre una cama elástica que habían improvisado.

*¿Cómo es eso, David?, preguntó con cortesía profesional María Inés, que a esta altura no sabía si estaba tratando con un paciente, con su ex profesor, con un adulto a quien le gustaba y de quien hubiera deseado ser cortejada más explícitamente, o con alguien a quien veía que admiraba cada vez más aunque no pudiera explicar por qué.*

*Es que..., es difícil decirlo, pero yo siempre fui un cero a la izquierda en términos intelectuales.*

*¡Pero si ha escrito mucho! Es conocido, tanto como psiquiatra como por sus escritos de análisis político. ¿No fue director del diario del Partido Comunista por muchos años?*

*Sí, sí..., es cierto. Pero nada de lo que escribí es trascendente, María Inés. Eran, en general, consignas bastante panfletarias. ¿Qué quedará de todo eso dentro de un tiempo? Nada de nada. Como mucho de lo que se escribe por ahí, mi querida: mucho, muchísimo de eso es pura cáscara. Yo no escapo a las generales de la ley.*

*Yo no diría lo mismo, David.*

*Bueno, será que todavía estás fascinada con tu profesor. O lo decís por puro cumplido. O – me inclino por esto último– es parte de tu buena intervención como psicóloga con un suicida en una situación bastante límite. Pero, ¡hablemos en serio María Inés!, y desde ya te digo que hacés muy bien tu trabajo: ¿de verdad vos podrías decir que todo lo que escribí por ahí vale? No, no.... ¡seamos sinceros! Quizá no es un desastre, pero no aporta nada nuevo, no pasa de hacer un poco más de ruido y acompañar lo que ya otros dijeron. ¿Qué cosa nueva aporté?*

*Bueno..., no todo lo que se escribe tiene que ser novedoso, original. Los análisis políticos suyos que leí por ahí siempre me parecieron muy buenos.*

*No mientas, m'hija. Vos nunca fuiste de izquierda, aunque eras muy inteligente y bien podrías haberlo sido. Por eso mismo, dudo que hayas leído alguna vez el diario del Partido. Y si leíste algo que te pareció de calidad –no lo niego categóricamente– eso no quiere decir que efectivamente fuera algo importante. Estaba bien presentado, bien maquillado me atrevería a decir, pero no más.*

*Me parece que es demasiado malo con usted mismo. Muy terminante.*

*Mirá, María Inés. Si querés tuteame, che. Para mí sería muy lindo que lo hicieras, aunque sea en una cornisa y a punto de tirarme al vacío... Bueno, te decía que más allá de cómo pue-*



*das verme vos, muchachita aún, yo soy un mediocre que pasó su vida disfrazado de intelectual profundo. ¿Por qué lo hice así? No te lo sabría explicar bien.... No sé. Por temor a mostrarme en mi mediocridad. Prefería presentarme como sesudo, profundo, seguramente para que nadie se diera cuenta que era un torpe.*

*Pero si usted... quiero decir: ¡pero si vos no sos ningún torpe! ¿De dónde sacaste eso?*

*Ay, María Inés... ¡Si te contara! Pero, la verdad que no quiero hablar de eso. A esta altura de mi vida ya no me vas a venir a convencer que no soy un boludo. De todos modos, lo que me frustra, lo que me quita las ganas de vivir, lo que me llevó a tomar esta decisión por la que ahora ambos estamos hablando en una cornisa a 25 metros de altura, es otra cosa.*

*¿Qué es, David?*

*Esa es la verdadera frustración, el tremendo dolor profundo que llevo adentro y que no sale, que me retuerce el alma cada día... Es lo que ya me tiene muerto en vida.*

*Pero, ¿a qué te referís, David?, y ambos encendieron su tercer cigarrillo, mientras las cámaras de televisión ya comenzaban a transmitir en vivo los incidentes de ese “gran espectáculo”, y los policías compañeros de trabajo de la psicóloga trazaban planes de contingencia, calculando, entre otras, la posibilidad de caer de sorpresa sobre el suicida, inmovilizándolo y reduciéndolo en la cornisa misma para evitar que saltara.*

*Después de décadas y décadas de militancia, de absoluta convicción en ciertos ideales, después de haber estado de hecho en la Unión Soviética viendo por dentro cómo era todo, hablando en ruso por cierto, años después, ya terminada la experiencia socialista, volví ahí, país ahora llamado Rusia, como turista. Eso fue hace poco, unos años atrás. Fui con mi esposa.*

*Aha....*

*¡Vos no te imaginás lo que fue eso! ¡El golpe terrible que me significó!*

*¿Qué pasó, David? Fue en ese momento que se escuchó sobrevolar el helicóptero, muy cerca de la cornisa donde se encontraban. Después se supo que no era tanto para desarrollar alguna tarea de salvamento o intervención humanitaria sino, fundamentalmente... ¡para filmar la escena desde lo más cerca posible! Una cadena internacional, incluso, estaba transmitiendo en vivo.*

*En Moscú visité viejos conocidos. Muchos de mis contactos de años atrás ya habían muerto. Créeme que no sólo de viejos, sino de tristeza. Y yo también casi muero de lo mismo. Si no me morí en ese momento, me quiero morir ahora.*

*Pero, en concreto, ¿qué pasó? ¿Qué viste?*

*¡Lo peor de lo peor! La decadencia. Vi de lo que somos capaces los seres humanos.*

*¿Con qué te encontraste? Dale, contá sin problemas...*

*¡No te imaginás! Muchos de los que antes eran dirigentes del Partido Comunista, gente que conocí personalmente y con quienes compartimos algún vodka en otro momento, ahora eran empresarios exitosos, deslumbrados por un reloj Rolex, por un Mercedes Benz lujoso, ¡por una hamburguesa Mc Donald's! Sí, sí: así como lo oís, María Inés: ¡por una hamburguesa Mc Donald's!*

*Debe haber sido un golpe muy fuerte, ¿verdad?*

*Terrible, realmente terrible... No te digo que todos los camaradas terminaron así, no. Por supuesto que no. Muchos, me consta, el día de hoy siguen luchando desde el llano, siguen firmes en sus convicciones, y están tan desesperados como yo, tan desesperanzados, agobiados...*

....

*La psicóloga-policía no tenía palabras. Secretamente, también se sentía acongojada. Tuvo que reprimir lágrimas que le afloraban y amenazaban con convertirse en torrente.*

*No termino de entender cómo se les esfumaron los principios tan rápidamente a muchos camaradas. O lo anterior era todo mentira, y de verdad no creo que haya sido, o lo que vi me obliga –¡nos obliga a todos!– a replantearnos cómo es eso de cambiar la historia, de hacer algo nuevo, de transformar la sociedad. ¡Putá que es difícil eso, che!*

*¿Acaso alguien había dicho alguna vez que era fácil?*

*No, claro que no. Pero lo que uno va viendo es lo terriblemente difícil que es remar contra la corriente. Se suponía que los camaradas de un partido que se llenaban la boca hablando de igualdad, de justicia y de fervor popular estaban ya vacunados contra estas cosas. ¡Y vemos que no es tan así!*

*¿Será que esto de creerse superior es algo natural, genético? No sé. Por supuesto que es difícil cambiar las cosas, ¡vaya novedad! ¿O no lo sabías?*

*Bueno, sí. Aunque nunca me imaginé que lo fuera tanto. Como te darás cuenta, todas estas cosas te tocan muy dentro, más aún cuando toda tu vida la destinaste a creer en ciertos principios. Todo esto te desarma las convicciones. O más que desarmarte, te obliga a replantear-te muchas cosas. Creo que todos los que nos decimos de izquierda nos lo deberíamos replantear. ¿Qué antídotos efectivos hay contra esas vanidades, che? ¿Por qué pasó en la Unión Soviética, después en la China, y de pronto puede pasar también en Cuba? ¿Por qué fascinan el Rolex o el Mc Donald's? ¿Me lo podés explicar, María Inés?*

*Yo no lo sé. Es más: nunca me lo planteé. Pero sos vos el especialista en estas cosas.*

*Aquí no hay especialistas que valga, querida mía. Si alguien lo supiera con exactitud, ya lo habría dicho. ¿Cómo nos vacunamos contra las veleidades? ¿Por qué nos fascinan tanto las frivolidades? ¿O será que estamos condenados a ser así de boludos? ¿Por qué nos sale con tanta facilidad ser tan pero tan superficiales?*

*No lo sé... ¿Será que es agradable la comodidad? ¿Vos qué pensás?*

*Yo apuesto con todas mis fuerzas a que eso no es una condena. Si no, no habría posibilidades de cambio, seguiríamos eternamente en la época de las cavernas. Porque, te lo digo convencido, no todos nos desvivimos por esas vanidades. A mí eso me pasa de costado, y como decís vos, soy un tipo "inteligente". ¿O es de tontos no desvivirse por un reloj de oro? ¿No te parece demasiada pobre la vida si nos quedamos en esas banalidades?*

*Bien pensado, sí. Tenés toda la razón. Para muchos el mundo así debe ser, medido por esas cosas, el reloj de oro, el yate, etc., etc. Pero por supuesto podría ser de otro modo, y podría valer –o ¡debería valer!– más una charla como esta que estamos teniendo ahora, honesta y profunda, incluso en una cornisa con gente que nos mira desde abajo, que todo el oro del mundo. Claro que sí, te entiendo y comparto.*

*Pero hay algo más todavía, mi querida María Inés. Algo que fue la gota que hizo derramar el vaso.*

*¿Qué pasó?*

*En Moscú, circunstancialmente me topé con una película pornográfica, cosa impensable años atrás. Y era actor principal allí... ¡uno de mis nietos!*

El helicóptero pasaba cada vez más cerca. En esos acercamientos, el ruido se hacía infernal y suicida y psicóloga tenían que dejar de hablar por unos momentos. Era allí cuando el camarógrafo hacía sus mejores primeros planos. Descubriendo eso, el doctor Ulianowsky no dudó un instante en sacarle la lengua a la cámara poniendo cara de ogro y haciendo señas con su mano derecha que iba a cortarles la cabeza.

*¿Estás seguro?*

*¡Absolutamente! La sangre de la sangre es inconfundible. No sé si tendrás hijos, y si los tuvieras, seguro que vas a experimentar la misma sensación que te digo yo ahora: con un hijo, o con un nieto, uno siente lo que les pasa a ellos como si le sucediera a uno mismo. Era mi nieto menor, Daniel, de 19 años. Mi preferido. Como su madre, mi hija, era madre soltera y había muerto en ese accidente del avión hace muchos años, prácticamente lo criamos nosotros, mi esposa y yo.*

*Pero... ¿cómo está eso de actor porno?, preguntó sorprendida María Inés.*

*Bueno, ya te habrás dado cuenta que no soy un viejo moralista precisamente.*

*No, por supuesto. Hace un ratito me estaba enterando que te gustaba cuando eras mi profesor. Además, tengo que confesártelo, todo el mundo siempre supo que eras medio mujeriego. Y yo, más de alguna vez fantaseé que me ibas a mirar con ganas, y algo más...*

*¡¡Y recién ahora me lo decís!!... Bueno, pero eso es harina de otro costal, mi querida. Cuando uno está por suicidarse te aseguro que no piensa en esas cosas. En lo que pienso ahora, lo que me ronda la cabeza, lo único que me importa, y al mismo tiempo me conmueve hasta los huesos, es esto de mi nieto.*

*Pero ¿por qué te toca tanto?*

*¿Es que no lo entendés? ¡Eso es todo un símbolo! No soy un moralista, un viejo santulón del Opus Dei. Bueno, tampoco soy judío, nunca practiqué ninguna religión. Lo que quiero decir, María Inés, es que el tema del negocio de la pornografía es una de las más asquerosas expresiones del capitalismo. ¿Cómo llegar a hacer negocio del sexo? ¿Cómo puede mercantilizarse eso?*

*Bueno..., en el mundo capitalista todo es negocio. Todo, absolutamente. ¿Por qué no lo sería también el sexo?*

*Sí, claro. ¡Lamentablemente es así! Pero hay cosas que superan los límites. ¿Te parece que se puede vender la intimidad?*

*No sé..., ya es natural eso, ¿no? Cualquier pibe lo ve, lo compra... La industria porno es una de las que más crece, tengo entendido.*

*¡Y ahí está el problema! Todo se nos hace natural, todo termina aguándose... Es natural que alguien se muera trabajando 18 horas por día, o que un negro sea esclavo, o que una mina con minifalda y tacones sea puta. Es natural que en un jueguito de esos que usan ahora los pibes se vea cómo le cortás la cabeza a otro con total naturalidad y vuelen las tripas por el aire sin que nadie mueva un dedo... Es natural que se vendan órganos, se lancen bombas sobre los pobres cuando protestan, se invadan países... Y así también con la industria porno. ¡Pero no, che! ¿No te parece que es para reaccionar todo esto?*

*Sí, quizá sí...*

*No te veo muy convencida. Quizá soy un viejo loco que se quedó cincuenta años atrás. Así me lo han dicho muchas veces... ¡Pero creo que no es así, María Inés! Hay que reaccionar ante toda esta mierda. No es cuestión de viejos o de jóvenes: ¡esto no puede ser!*

*¿Y te parece que la mejor manera de hacerlo es tirándose desde un sexto piso?*

*No, por supuesto que no. Pero por lo menos esto puede ser una forma de protestar. Mirá, ahí están esas mierdas de los canales de televisión vendiendo la muerte, la sangre, el circo. ¿No te parece que se podría usar este momento para decir cuatro verdades, para decir por qué me quiero suicidar, y cambiarles un poco el guión?*

*Sí, claro. Pero... ¿cómo lo hacemos?*

*No sé. Conseguime vos una entrevista con ellos, dado que sos la policía encargada de venirme a rescatar. Deciles que es la condición que pongo para no tirarme.*

*¡Estás loco! Me matan primero. O dejan que te tires y lo filman con lujo de detalles. Eso no dejaría de ser un muy buen negocio.*

*Sí, es posible....*

El silencio se hizo tenso, pesado, pese a la gritería de la gente que se había reunido abajo, a los gritos de los bomberos, de los otros policías, del público que pedía cualquier cosa (que se lanzara, o que no se lanzara), pese al helicóptero que seguía sobrevolando, a las sirenas de más vehículos que seguían llegando a la escena, a la algarabía de más de alguno que veía una fiesta en la situación ... En medio de todo ese circo ensordecedor, el silencio que se había producido en el diálogo entre el doctor Ulianowsky y María Inés remedaba más bien el de un cementerio.

*Che, ¿no querés otro cigarro?,* fue todo lo que se le ocurrió decir a la psicóloga. Su papel de especialista en emergencias-límite ya hacía tiempo que se había desdibujado, o desaparecido.

*¿Y qué mierda hago ahora?,* preguntó angustiado David. *Yo no pensaba que esto iba a terminar de esta manera, con un helicóptero que me toma primeros planos como actor de Hollywood. ¿Me tendré que suicidar entonces?*

*¿Qué ganaríamos con eso?,* agregó casi espantada María Inés.

*¿Ganar? Bueno..., no sé. ¿Pero será que se trata de ganar? Tal vez, no sé... lograríamos que vos cuentes todo esto que te estoy diciendo. Que digas claramente por qué me quería suicidar. Quizá esa sería una forma de contar una historia no oficial, ¿no? Podríamos hacer un poco de ruido, mostrar que no todos se venden por una hamburguesa... ¡Mostrar que sigue habiendo ética!*

*Querido David,* dijo lloriqueando la policía-psicóloga. *Me parece que te voy a decepcionar. Todo esto quedó grabado. Y si vos hablabas de mediocridad, la que en realidad fue una mediocre fui yo.*

David se sintió golpeado. Fue como despertar violentamente de un sueño. No podía dar crédito a lo que escuchaba.

*¿Y qué significa entonces que “quedó grabado”?*

*Bueno..., que tengo puesto un micrófono inalámbrico de alta fidelidad, y que todo lo que estamos hablando lo están escuchando ahora mis compañeros en el departamento vecino. ¡Incluso en el helicóptero! Seguramente, ¡está saliendo al aire!*

*¿Y? Total..., no dijimos nada inconveniente, ¿no?*

*No sé... Yo no hice mi trabajo como debía. Incumplí mi misión.*

*Yo no diría eso, María Inés. Lo hiciste muy bien. Creo que lograste lo que tenías que hacer. Créeme que ya no me quiero tirar.*

*Vos no, pero yo sí.*

Dicho eso, sin dudas ganada por la culpa que le había generado la situación, se lanzó al vacío, y no hacia donde estaba la cama elástica precisamente.

Las cámaras captaron cada detalle de la caída. David, por un momento, quedó estupefacto, mudo, aterrorizado. Lentamente, ahora con pánico por la altura en que se encontraba y de la que recién en ese momento parecía tomar conciencia, arrastrando los pies y con toda la precaución del mundo, enfiló hacia la ventana por la que había salido. Dentro de la habitación lo esperaban varios policías y enfermeros.

Fue una desgracia. Cuando ya parecía que llegaba hasta los brazos de quienes lo esperaban, la punta de su pie izquierdo tropezó en el borde de la cornisa y cayó.

Según pude informarme, Daniel, el nieto, al saber del accidente, entró en una impotencia de origen psicológico de la que aún no se recupera. Por supuesto, no abandonó su carrera de actor porno. Ahora hace papeles de travesti.

## Sí, ¡yo la maté!

¿En qué idioma hablamos entonces? Me imagino que en inglés, ¿no? Me dijiste que la entrevista iba a ser para una revista gringa. Bueno, tendrá que ser en inglés supongo. Para mí es lo mismo. Como te dije, yo soy un poco gringo y un poco salvadoreño, así que cualquier idioma me da lo mismo.

Es difícil contestar rápidamente lo que me preguntás. Son cosas muy difíciles. Además, con toda sinceridad, ahora me da un poco de vergüenza hablar de esto. Antes, cuando era jefe de la pandilla, me enorgullecía contar todas estas cosas. Cuanto más crueles eran los relatos –y te aseguro que eran crueles– mejor. Era como una competencia que teníamos dentro del grupo, a ver quién era más matón, más malo. ¿Ves todos estos tatuajes que tengo aquí? Bueno..., son algunos de los muertos que tengo a mi favor.

¿Cómo? ¿Cuántos maté en mi vida? No sé... La verdad es que nunca los conté. ¿Es necesario contestar eso? Te lo pregunto porque ahora, de verdad, no me siento muy orgulloso de ser un... un... asesino. Porque eso soy. O... eso fui al menos. Ahora estoy seguro que no lo hago, que no mato; esos tiempos ya pasaron. Pero lo fui, y eso te marca de por vida. Por eso, ante tu pregunta, bueno... no sé: me da como una cosquillita. Te podría decir cualquier número. Total, no creo que quien lea esto se tome la molestia de corroborar la información. Pero voy a ser sincero, dado que vos lo fuiste conmigo. Maté muchos, realmente muchos. Empecé a los 10 años. Ahí me troné a la primera persona. Eso fue en Los Ángeles; fue la prueba de fuego para ingresar a la pandilla. Cinco balazos a quemarropa a un muchacho de la pandilla rival, bastante mayor que yo. Todavía lo recuerdo... No te creas que me hace feliz contar esto, pero es mi vida. ¡Es parte fundamental de mi vida! Después del primero, los otros ya ni te emocionan... Y si tengo que ser sincero te diría que... quizá 30 o 40 personas. Maté mucho. No sé... quizá más.

Me imagino que para muchos de quienes van a leer esta entrevista –la gran mayoría gringos, sentados cómodamente en un buen sillón y con la panza bien llena, lamentándose de estos marginales que somos los pandilleros, los pobres, los indiecitos latinoamericanos convertidos en ciudadanos de la primer potencia mundial–, me imagino, te decía, que para muchos será inconcebible todo lo que te puedo contar. Para esos ¿compatriotas les podría decir?, la violencia es siempre algo ajeno a ellos. Yo soy gringo, ya te lo dije. Bueno, al menos tengo un pasaporte de los Estados Unidos de América. Pero en realidad: no soy gringo, no me puedo considerar así. Nací ahí, es cierto; pero por pura casualidad del destino. Soy hijo de salvadoreños que salieron huyendo de su país por la pobreza crónica y por la guerra. ¿Te parece que me puedo considerar gringo? Y si bien me crié en los barrios marginales de Los Ángeles hablando en inglés, me siento más un latinoamericano. Maté porque eso hace un pandillero, y punto. Pero ¿por qué mata un gringo?

La violencia en los United –vos sos gringa y lo sabés– es realmente cosa seria. Pero no la de los pandilleros. No, no... eso no. Los pandilleros, te puedo asegurar, son más o menos iguales en cualquier parte. Hasta me atrevería decir que he visto más violencia en El Salvador. Y de

hecho, yo aquí hice cosas que no me hubiera atrevido a hacer allá. Pero lo hice por pura demostración de fuerza, para atemorizar, porque aquí hay que ser malo, tremendamente malo, para ganarse un lugar. ¿Y cómo se puede ganar un lugar en una sociedad destrozada un deportado? Solamente a base de terror. Por eso aquí, como te decía, hice cosas increíbles, terroríficas.

¿Que si las quiero contar? Preferiría que no, pero solo para que se hagan una idea: en un tiempo con mi banda nos dedicamos a robar niños. Robamos muchos niños, no me lo podrías creer. Lo hacíamos en El Salvador, y también incursionamos en Honduras, y alguna vez en Guatemala. Los vendíamos vivos... ¡o en pedacitos!, para órganos. Eso es terrible, sin dudas. Y me arrepiento, claro... Pero ¿sabés con quién negociábamos eso? ¡Con una red gringa!

¿Adónde quiero llegar con esto? Pues, a mostrarte que la sociedad norteamericana es tremendamente violenta, locamente violenta. ¿Cómo va a ser eso que, sentado cómodamente en su sillón, un gringo cualquiera puede comprar un niño, o un órgano de niño para un trasplante, solo porque tiene muchos dólares? ¿No te parece asquerosamente violento eso? Y después – eso es quizá lo más trágico– hablan de la violencia de esos “primitivos” países del Sur. ¿No es vergonzoso?

Tal vez vos no sos así. Diría casi con seguridad que no, que sos distinta. No sos la típica Homero Simpson que representa a un gringo término medio (la caricatura de la tele no exagera nada). Pero los ciudadanos comunes, los ciudadanos promedio de ese país, sí son así: cómodamente sentaditos en su sillón, con la refrigeradora siempre llena y el vehículo bien lavado parqueado frente a su casa, piensan que violencia es sólo lo que pasa fuera de sus fronteras: las peleas entre tribus en el África, los narcos colombianos, los fundamentalistas musulmanes... ¿Y en casa? ¿Por qué es violento que yo secuestre y venda un niño en El Salvador y no es violento que una pareja gringa lo adopte ilegalmente en Boston? (luego, por supuesto, lo legalizará). ¿Por qué es violento un cartel colombiano o mexicano que lleva la coca hacia el norte, y no lo es darse su paliza de buena droga en una fiesta en Nueva York, pagando allí diez mil veces más el gramo de lo que se le pagó al campesino que cultivó las matitas en las montañas de Sudamérica? Por supuesto, alguien drogado no va a manejar su vehículo, porque allí se respetan mucho las normas, claro... Y en Latinoamérica cualquier “indio bruto” maneja borracho... Aquí es un caos, no se respetan normas. Allá no. ¿Te das cuenta la hipocresía?

Ya que estoy dizque filosofando sobre estas cosas –y no sé si esto lo vas a poner en la versión que presentes de la entrevista– me pregunto: ¿por qué se ve violento, o al menos eso nos hacen creer, a un campesino borracho que machetea a su mujer en nuestros países, o a un pandillero como fui yo, y no se juzga de la misma manera a un *marine* que mata a un musulmán? ¿Te das cuenta por dónde voy, a dónde quiero llegar? La violencia en Estados Unidos es increíble, proverbial. De hecho, es el único país en la historia que ha usado armas nucleares. ¡Dos veces! Y, lo peor de todo, sin que fuera necesario, porque cuando se arrojaron esas bombas, la guerra ya estaba terminada y Japón se rendía. ¿Me podés explicar por qué se hizo eso? Una pura demostración de poder, así de simple. Así como cuando yo me comí un dedo del jefe de otra banda al que me quebré en una pelea callejera –para crear terror y nada más– así



los poderosos de Estados Unidos hacen esas cosas para demostrar poder. Me imagino que sabrás que en la doctrina militar gringa la hipótesis es tener siempre diez veces más poder de fuego que el enemigo. ¡Diez contra uno!, ¿te das cuenta? Son unos asesinos desalmados. ¿Por qué mantienen una ilegal prisión en Cuba como es Guantánamo, si no?

Yo también fui un criminal, no lo voy a negar. ¿Para qué iba a necesitar yo comerme el dedo índice de la mano derecha –el que se usa para gatillar el cohete– de mi rival vencido? Demostración de poder. ¿O para qué nos violábamos una muchachita indefensa entre cinco, seis o siete cuando estaba en la pandilla? Demostración de poder, y punto. ¿Vos pensás que puede ser bonito un orgasmo en esas condiciones? No me refiero a la muchacha violada, sino a nosotros, los violadores. Si lo hacíamos, era por una pura demostración de poder, para aterrorizar, porque de placer: nada. ¿Qué tendrá que ver eso con sexo, no? Pero ¿para qué haría una cosa similar un país que firmó tratados civilizados en esos foros internacionales, que por supuesto no sirven para nada? ¿Por qué usar armas atómicas contra población civil indefensa? ¿Por qué esa perpetua cultura de vaquero “bueno” matando indios “malos” que nos transmiten día a día? ¿Habrás visto películas de Hollywood, no? ¿Qué te parecen? Mierda, pura mierda para convencernos que los vaqueros buenos tienen el derecho de matar a esos salvajes, porque así se construye el “progreso”. Y Homero Simpson, o cualquier gringuito término medio, se lo termina creyendo. Y si está un poco mal de la cabeza... ¡nos jodimos! Porque de verdad que se cree Rambo. Y cada tanto aparece un loco de esos, agarrando una ametralladora y quebrándose una buena cantidad de honestos y pacíficos ciudadanos, en una escuela, en una iglesia, en el supermercado. ¿Por qué pasa esto tan seguido? Porque algún loquito se lo cree: la sociedad gringa está armada de esa manera, vaqueros o soldados “buenos” que pelean por la ¿justicia?, la ¿democracia?, ¿o la Coca-Cola?, contra indios “salvajes” (o “terroristas”, o narcotraficantes latinoamericanos, o comunistas –bueno, esto último ya está un poquito pasado de moda, pero el mecanismo sigue siendo el mismo...–). En nuestros países nos matamos por hambre. Allá un loco de estos mata porque repite lo que está en el aire, porque te venden un arma de guerra en cualquier negocio y cualquiera la puede comprar, porque Rambo es el héroe nacional y cualquier chiflado se lo toma en serio.

Yo soy poco leído, ya sabés. ¿Qué podrías esperar de un muchacho que se crió en las calles a punta de pistola y navaja? En realidad, apenas si leo y escribo; y la verdad, la cabeza no me da para mucho. Quizá porque me la arruiné con tanta droga, no sé... Pero por allí, a veces, hago chispazos... ¡y descubro cosas que me sorprenden! La vez pasada alguien dijo que es delito asaltar un banco, pero que es mucho más delito... ¡fundarlo!

Por supuesto. ¡Es así, madre! No, perdón: no pongas “madre” en la entrevista. Soy muy animal cuando hablo. Pero... siguiendo con lo que te decía: ni me preguntes el nombre de quién dijo esa frase; creo que era un gringo, un alemán: Trecht, o Brecht, o algo parecido. Bueno, no importa... Las pocas veces que me relacioné con gente así, con banqueros quiero decir, gente de mucha plata, políticos, personajes de alcurnia, me di cuenta cómo me veían: yo era siempre una basura al lado de ellos. Y me lo hacían sentir. Pero lo era no sólo por ser caco. ¡También me veían así cuando era jefe de la pandilla y les hacía los trabajos sucios que me pedían! Pero en realidad: ¿quién era más basura? ¿No se es basura también, o más todavía, por tirar bom-

bas atómicas, o napalm? ¿Te acordás de la foto de la niña vietnamita quemada? ¡Qué mierda!, ¿no?

Ya que querés saber detalles escabrosos de todo esto, de mi vida, de los asesinatos, de las pandillas, te puedo contar –y eso sí te pido por favor que lo pongas en la entrevista– que mucha de la gente que me troné fue en El Salvador. Lo hice por encargo. Era la época en que ya ganaba bien, que tenía cierta seguridad. Ahí ya no caía preso por robarme una cadenita de oro como en otros tiempos. Si me agarraban, como pasó en un par de oportunidades, tenía buenas conexiones que me hacían salir al día siguiente.

Bueno, no me quiero extraviar en el relato: te decía que ahí ganaba bien. Los encargos eran cosa seria. Recuerdo que tuve que ocuparme de un par de dirigentes sindicales conocidos. Uno fue durante la huelga de maestros del año... ¡Fue famosa! ¿Te acordás de esos sindicalistas? No importa dar sus nombres ahora, pero uno de ellos era un dirigente muy conocido a nivel nacional. La verdad que me costó bastante eso, porque el fulano tenía dos tipos de custodia. Y por supuesto también me los tuve que tronar. Fuimos con algunos muchachos de la banda, bien armados... ¿Que quién nos daba las armas? Ah..., eso es otra cuestión. Algunas las comprábamos, otras las robábamos... Ah, vos decís para esa operación. En este caso pedí tres mini Uzi nuevitas a quienes nos contrataron. Era parte del pago, se puede decir, porque después nos las quedamos nosotros. Y pagaron con dólares nuevecitos, uno sobre otro. Si te digo quién fue el diputado que nos contactó te caerías de espalda. No te voy a dar el nombre, porque no quiero ponerme en riesgo yo, pero te puedo contar que uno de los tipos más influyentes en la política salvadoreña de ese entonces fue el que me contrató para el trabajito. En realidad, con él me vi sólo una vez. Y te aseguro que fue lo más despectivo que puedas imaginarte. Me hacía sentir una mierda. Después seguimos las negociaciones con sus colaboradores. Eso, con toda sinceridad, despreciarme de esa manera mientras me contrataba como matón a sueldo, ¿no te parece más basura que yo? ¿Quién era la basura, la pura mierda? Contéstame eso... ¿eh?

Esa es una de las importantes que te puedo contar. La otra fue más gruesa todavía. Y ahí estuvo implicada la Embajada.

¿Qué Embajada? La gringa, por supuesto. En Latinoamérica cuando uno dice “la embajada” se sobreentiende que es la de Estados Unidos, los verdaderos mandamases. No hablé nunca con el Embajador, ¡qué va! Me comunicaba sólo con un par de norteamericanos –la verdad, nunca supe sus nombres– a los que sólo conocía por Mickey Mouse y Pato Donald (¡mirá cómo se hacían llamar los cabrones!). Y esta sí fue cosa seria. Lo pensé y recontra pensé mil veces antes de decidirme. En realidad, yo había trabajado con él previamente: El Canguro. El más buscado narco del país. Yo le había hecho un par de trabajitos sucios al fulano. Sí, sí: por supuesto. Sacarles de encima a competidores molestos que venían disputándole terreno.

El tal Canguro creo que me tenía cierto aprecio. Bueno..., el aprecio que puede haber entre gente como uno. Aunque, filosofando siempre... ¿podrán tener aprecio sincero gente como un hampón, o estos banqueros –que son lo mismo– o los diputados, o los embajadores que pue-

den hacer cochinas como esta que te estoy contando? ¿Se arrepentirán alguna vez de las mierdas que hacen? ¿Quién es realmente la basura: el que vende niños... o el que los compra? Me lo pregunto muy en serio, porque esta gente, aunque vaya a misa los domingos y se golpee el pecho, la verdad que no creo que se arrepienta nunca de nada. Son más asesinos que yo. Yo me los quiebro a plomazos, y está mal. ¡Pero ellos lo piensan, y pagan por el trabajo! ¿No te parece más asqueroso y violento eso todavía?

Bueno, te contaba la historia del Canguro. Este era un pez gordo en El Salvador. En realidad, creo que ahora lo puedo contar sin problemas, el tipo había sido agente gringo. Sé que cobraba sueldo de la CIA. Sí, sí... de la CIA, de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América, la que tiene un águila en el escudo. ¿Te sorprende? A mí no.

Después de haber visto tanta mierda, de haber estado cerca de los poderes reales, los que me encargaban esos trabajitos sucios, la verdad es que no me sorprende de nada. Y a veces hasta me parecen juegos de niños las cosas que yo hacía, comparadas con las porquerías de las que me fui enterando. Yo mataba uno por vez, de un tiro. ¿Qué me decís de tirar una bomba atómica sobre población civil totalmente desprevenida y matar casi un cuarto de millón de personas? Quienes deciden y encargan esas cosas son tremendamente peores que el peor pandillero, ¡creémelo! ¿Vos te imaginás ese nivel de manejo: poner a un narcotraficante famoso como agente de inteligencia? ¿Para qué eso? La madeja del ovillo es bien complicada. ¿Vos sabés quién es el principal cartel de narcotráfico en el mundo? No es ni colombiano, ni mexicano, ni afgano, ni del Asia... ¡No, no! Es la DEA. Sí, exacto. La Oficina gringa que, supuestamente, se ocupa del combate a las drogas.

¿Vos pensás que si realmente se quisiera combatir la droga como un problema de salud para la juventud se invertiría casi solo en armas, tal como ahora se hace? No, mi amorcito. ¡Para nada! El tema de la droga es un negocio fabuloso para quienes lo manejan, que no son sólo estas redes de latinoamericanos. Estos –y yo me puedo haber sentido parte de ese negocio– somos los “malos” de la película. Un poco como los indios de las películas de Hollywood, como recién decíamos. ¿Sabías vos que entra más de una tonelada diaria de droga a Estados Unidos? ¿Nadie se da cuenta? ¿Así se hace el supuesto combate al narcotráfico? ¿Tan bobos son los soldados en la frontera gringa? ¿Cómo es que pueden agarrar tanto inmigrante y se les escapa tanta droga? Ahí hay gato encerrado, sin dudas.

Bueno, el Canguro era parte de ese circo. Creo que no hace a los detalles que vos querés publicar en esta revista, que tienen más que ver con mi historia de “criminal inhumano”. Pero créeme, con toda sinceridad, que yo no soy el peor en todo esto. Fui, no lo oculto para nada, un enfermo. Un muchachito que se crió entre balazos y muertos, y hasta me atrevería a decirte que la sangre me excitaba. Mi viejo fue uno de tantos y tantos salvadoreños que huyó de su país de origen, no tanto por la guerra sino por la catástrofe económica que vivíamos. Éramos él, mi viejita y cuatro hijos. Nos fuimos todos para los Estados; yo llegué cuando era un bebé. Por eso soy medio gringo, medio latino. Al final, me dieron la ciudadanía. Pero en realidad soy un muerto de hambre hecho a los plomazos en la calle, medio analfabeto, tímido en un sentido... Sí, sí: no te rías. Soy tímido, aunque maté a más de 40, y violé, y tengo regados por

ahí no sé cuántos hijos. Hacía todo eso justamente porque soy tímido. Todo esto es una careta, una manera de protegerme, de no mostrarme. Me defendía a los balazos, pero atrás de eso soy muy frágil.

Pero, ¡vamos al grano! El tal Canguro era un agente que trabajaba para la Embajada, disfrazadamente, claro. En realidad, como vivía en un barrio donde había habido muchos guerrilleros, conocía a la gente y a los organizadores barriales mejor que nadie. Él pasaba esa información, y no sé qué más hacía para la CIA. Y a cambio lo dejaban traficar. Él se encargaba de hacer llegar cargamentos de Colombia hasta la frontera con México. Mirá: no conozco exactamente los detalles, pero sé que una vez se quedó con un vuelto de la DEA en una operación –un vuelto que era como de un millón de dólares– y eso no se lo perdonaron. Entonces ahí me contratan.

Te digo que lo pensé mucho, porque meterme en algo así era muy gordo, bien pesado. Pero los dólares pueden más que cualquier cosa, ¿no? “*Poderoso caballero es don Dinero*”, me dijeron un día citando una poesía que ni recuerdo de quién era. ¡Cuánta razón!, ¿no? El dinero mueve el mundo. Y bueno... es por eso que acepté. Y me troné al Canguro. No te voy a contar los detalles, pero que lo hice: ¡lo hice!

A partir de ahí empezó a cambiar mi vida. Ya no soy un niño, y si sobreviví todo lo que sobreviví –la gente como yo muy raramente pasa los 30 años– ya era hora de cambiar.

¿Qué si busqué alguna religión para eso? ¡¡No, no!! ¡En absoluto! Hay muchos compañeros que salieron de las pandillas, o también de las drogas, gracias a alguna iglesia. ¡No fue mi caso! No, para nada... ¿Me permitís que te diga algo? Yo nunca creí en esas cosas. Las religiones –es mi muy personal punto de vista, claro– no sirven para nada. Hubo otro de estos famosos cráneos que dijo algo como que “*la religión es la droga de los pueblos*”, o algo así ¿verdad? No, no... No lo leí; me lo dijo un educador en la cárcel alguna vez. Créeme que yo soy medio analfabeto. Y la verdad que tiene mucho sentido lo que dijo el viejo ese. Las religiones te vuelven más tonto. Si a alguien le sirve para dejar los malos pasos... ¡enhorabuena! Pero no es mi caso. Yo hice clic de otra manera. Además, lo que yo necesitaba no era alguien que me ordenara la vida, como pasa en muchos muchachos, descarriados, perdidos. Yo necesitaba dejar de matar, porque si no me iban a matar a mí.

¿Qué? ¿Y cómo te enteraste de eso? Yo no se lo conté a nadie. ¡Vos debés ser medio bruja! ¡¡O de la CIA!! Sí, efectivamente. Fue mi última muerte. ¡Y ya no más! Ahora soy pacífico, totalmente pacífico. Era una de mis hijas. La menor, concretamente, de 13 años. Sí, ¡yo la maté! Se había hecho pandillera la muy cabrona. Estaba perdida la pobre, se había hecho novia del jefe de la banda más criminal de El Salvador. Ya no tenía arreglo. Te aseguro que así le ahorré muchos sufrimientos...

## El secreto que nos une

Con 62 años, ya hacía dos que Alejandro estaba jubilado.

Su carrera como profesor universitario había sido buena. No destacaba por nada en especial; no había sido lo que se dice “un tipo brillante”, pero entre sus alumnos había una generalizada opinión: que era “buena gente”. Cariñosamente lo habían apodado “Osito de peluche”.

*“Claro que... “ser buena gente” es una manera elegante de decir que uno es un estúpido, un flojo. Que no se atreve a ser osado... En definitiva, ¡que uno es un pusilánime!”*, reflexionaba amargamente. Su viudez, sus largos años de celibato autoimpuesto, su soledad (sus dos hijos vivían en el extranjero y casi no tenían relación con él), lo habían ido transformando en un viejo amargado. En casi quince años de obligada soltería una sola vez había tenido un contacto sexual, muy malo por cierto. Muy ocasionalmente se había masturbado, siempre con un tremendo sentimiento de culpa. Alguna vez que le sucedió eso, llegó a pedir una consulta con un psicólogo, pero al momento de tener que ir, la canceló.

Sofía era hija de madre soltera. Tal vez por eso, por la forma en que había sido criada, por la libertad que siempre se le había concedido, era una joven infinitamente abierta. “Muy liberal”, podría llamársele, no sin cierto dejo de velada recriminación moralista. Pese a eso, que para muchos podía ser sinónimo de liviandad, incluso de lascivia, sabía cuidarse muy bien. Con sus recién cumplidos 22 años elegía cuidadosamente con quién mantenía relaciones sexuales. Era especialmente intuitiva y no se equivocaba en sus apreciaciones sobre la gente. Por la desenvoltura con que se movía, jamás nadie podría verla una “jovencita inexperta” sino, en todo caso, una “consumada mujer”. Era muy atractiva. E igualmente: muy inteligente. Sin dudas, la más apetecida por los varones de su Facultad.

Algunos alumnos, sabiendo de su formación marxista, habían pedido que Alejandro regresara y diera algunas clases especiales, fuera de programa, por supuesto pagado por la universidad. *“Unos centavitos nunca vienen mal”*, fue su justificación. Además, la docencia le encantaba; y más aún, temas como el que le proponían. Sofía, un poco a regañadientes, asistió –más que nada porque su novio casi la obligó, haciéndola sentir mal y “acorralándola” con argumentos malintencionados: *“una tipa alternativa tiene que saber marxismo; si no, es una burguesita de mierda”*. En parte por la culpa que eso le provocaba, en parte para no complicar más las cosas –la relación estaba pendiendo de un hilo desde hacía un tiempo–, comenzó a ir al ciclo de charlas.

Fue escucharlo y quedar fascinada. Por supuesto, no se lo dijo a su novio (le daba mucha vergüenza reconocer algo así, y eso hubiera podido ser el final de la relación, cosa que Sofía no quería. La relación iba mal, pero ella deseaba salvarla a toda costa). Más aún: no lo quería reconocer siquiera para sí misma, pues le parecía tremendamente desagradable pensar que la podía seducir un viejo más viejo que su propio padre biológico, a quien sólo de vista conocía.

Pero algo había en él que, sin dudas, la atraía. Terminada la primera charla –“Vigencia del marxismo hoy”–, buscó cómo acercarse al catedrático e intercambiaron algunas palabras.

Alejandro también quedó fascinado con la joven. Sin dudas, más aún que ella con él. “*¡Si todas las jóvenes fueran así...!*”, quedó pensando con cierta amargura. Ninguno de sus dos hijos había heredado una posición crítica. Ambos habían marchado al extranjero con expectativas de hacer mucha plata, lo que lo tenía muy decepcionado. “*Esta niñita sí que la tiene claro*”, fue su primera apreciación. Entre una cosa y otra, se dieron sus respectivos números de teléfono. Con cualquier excusa –obviamente vinculada al tema del curso– quedaron en hablarse durante la semana. Fue el profesor quien tomó la iniciativa.

Ambos se sintieron atraídos, pero ninguno quería darse por enterado. Era obvio que se había establecido algo, una empatía, un vínculo que no era sólo lo esperable en un ámbito académico. “*Pero, ¿qué es esto?*”, se preguntó Alejandro, sorprendido, turbado.

A Sofía también le llamó la atención eso. No podía saber con exactitud qué era. Nunca antes había sentido algo igual por un docente; esto era algo nuevo. Extraño, sin dudas, pero atractivo. “*¿Por qué me estará pasando esto?*”, se atrevió a preguntar. Rápidamente desechó la pregunta. “*¡Qué estupidez, por favor!...*”, fue su reacción ante esa cosquillita que empezaba a invadirle. Salvar la relación con su novio era lo más importante ahora.

En un principio ninguno de los dos quiso prestar atención con seriedad a ese sentimiento que comenzaba a incubarse. Sofía tenía demasiadas preocupaciones: trabajaba como secretaria, estudiaba tercer año de Psicología, estaba pendiente del resultado de un examen de embarazo tras un inusual atraso de algunas semanas justo en el momento en que la relación con su pareja se tensionaba. Además, tanto por su belleza como por su inteligencia, debía andar cuidándose continuamente “*de la jauría de perros hambrientos que la acosaba*”, según decía sarcástica. Sarcástica, pero al mismo tiempo gozosa. Saberse la más apetecida de la Facultad la hacía sentir viva, tremendamente viva.

Vivo también, tremendamente vivo comenzó a sentirse Alejandro. Cuando quiso explicárselo a sí mismo, no pudo hacerlo. El hecho ya estaba consumado: había enviado un ramo de flores a la oficina donde trabajaba Sofía, anónimo.

La joven quedó atormentada. ¿Las mandaba su novio... o este nuevo pretendiente? Lo que menos quería en el mundo era tener problemas sentimentales. Liberal como era, tenía una ética monogámica sumamente estricta. Ella elegía con quién se metía, pero siempre respetaba fielmente a su pareja. Había tenido varios novios así como bastantes encuentros ocasionales (sólo una vez lo hizo con una mujer, y no le gustó). Siempre, de todos modos, fue estrictamente fiel a su pareja de turno cuando había tomado ese compromiso. Ahora algo se le movía. Y, por supuesto, la asustaba.

Con su pareja estaba enamorada; él era un joven bioquímico, militante de un grupo de izquierda y músico (tocaba la guitarra en una banda de rock alternativo). La idea de estar emba-

razada de él no le caía bien en este momento, con 22 años y una carrera a medio hacer. Pero tampoco la desesperaba. La aparición de esa cosquillita que le provocaba Alejandro sí la incomodaba. No quería eso..., pero al mismo tiempo le producía una sensación agradable, difícil de explicar. *“Maripositas en el estómago”*, se le antojaba. *“Pero... al fin y al cabo, ¿por qué habría que explicarlo, no?”*.

No podía decir que estuviera enamorada de ese viejo de sucia barba (Alejandro era muy descuidado en su aspecto físico); pero sí había algo que la atraía. Quizá la imagen intelectual que el profesor transmitía, su aplomo, su seguridad. No era enamoramiento, claro. Sólo pensar la posibilidad de darle un beso –y ni que se diga hacer el amor!– a alguien que le evocaba su padre siempre ausente, la transtornaba. Lo suyo era platónico: le agradaba escuchar hablar, dejarse seducir por alguien a quien consideraba *“sumamente inteligente”*.

Al recibir las flores, Sofía se enojó mucho. *“Yo no soy chica de flores, ni de chocolates ni de ositos de peluche. ¡Eso no va conmigo!”*, espetó molesta.

Molesta también, pero más aún temerosa de lo que podría disparar la pregunta, consultó a su pareja si era él quien le había enviado ese presente, y el porqué. Efectivamente, la pregunta ocasionó una explosión. Sin quererlo, tuvo que reconocer ante su novio que tenía un admirador. La risotada que lanzó el joven al saber que el viejo profesor estaba cortejando a Sofía fue estruendosa. *“¡Ya ni se le debe parar al pobre viejito...!”*, se burló con estrépito.

Quizá a causa del enamoramiento platónico que sintió por Alejandro, quizá por la reacción despectiva de su novio ante la confesión, o por una combinación de ambas cosas, Sofía comenzó a desarrollar un sentimiento cada vez más profundo hacia el maestro, silencioso, absolutamente privado. Nunca se atrevió a confesárselo a él.

Éste, sin poder entender qué le estaba pasando, también comenzó a experimentar una catarata de sentimientos hacia Sofía que lo ponían al borde de la desesperación. Hacía años –*“¡siglos!”*, según su propia apreciación – que no le pasaba algo así. Más aún: sintió que nunca en su vida, ni con su fallecida esposa ni con ninguna otra mujer, había experimentado algo similar. Se sabía un hombre maduro, obviamente; pero todo esto lo hizo sentir inmediatamente un adolescente enamorado.

Sofía, quien desde el primer día lo había tuteado y se sentía –no sabía por qué– con derecho a tratarlo con la mayor naturalidad, o incluso intimidad, lo abordó con sumo cariño, pero firme a la vez: *“por favor, Ale, no lo tomes a mal, pero no querría que me vuelvas a mandar flores”*.

Ante eso, que lo dejó bastante sorprendido, cambió la estrategia. A la mañana siguiente, la joven tenía en su oficina un paquete con ocho libros, con la dedicatoria: *“Para una chica que no es de flores”* (coincidencias de la vida: su novio se apellidaba Flores. ¿Coincidencia?). Y firmaba *“Osito de peluche”*. Llegar a estampar esa rúbrica le costó dos horas de cavilación. Y algo más todavía: después de más de quince años de abstinencia, que comenzó coincidiendo

con la enfermedad terminal de su esposa, se encontró que mientras decidía si ponía esa firma... volvió a fumar. Desde allí, ya no pudo parar.

No pudo parar muchas cosas, las que se le fueron precipitando de un modo que lo dejaban cada vez más estupefacto. Pero en realidad eso, más que atemorizarlo, lo hacía sentir más vivo, más feliz, eufórico. Volvió a fumar, y comenzó a sentir por Sofía lo que nunca había sentido en su vida. Era una pasión desbordante. Los regalos comenzaron a sucederse casi a diario.

Sofía dejaba hacer. Casi nunca respondía a cada presente que le llegaba. Pero rápidamente se sintió abrumada. En un correo electrónico (uno de tantos, pues correos, mensajitos de texto y llamadas telefónicas se habían vuelto regulares, cosa de varias veces por día) afirmó: *“No sé qué esperes a cambio. Yo no estoy en condiciones de darte nada, Alejandro. Soy más bien distante, y por favor no te ofendas por esto”*.

Para el profesor fue enigmático el mensaje. Y al mismo tiempo, disparador de la locura que prosiguió a partir de ahí. Su pasión por la joven se volvió más profunda, frenética podría decirse. Llegó a pensar en teñirse el cabello para ocultar sus canas. No lo hizo finalmente, pero el sólo hecho de planteárselo lo descubrió como alguien a quien él mismo desconocía. *“¿Por qué me pasa todo esto?”*. Muy tímidamente se lo comenzó a preguntar, pero casi inmediatamente desechó la pregunta.

*“¿Qué importa el porqué? Me pasa, y punto. Quizá es una locura una relación con alguien a quien le llevo cuarenta años... pero ¿por qué no? ¡Nada grande puede hacerse sin una gran pasión!”*, cerraba su reflexión citando a Hegel. Sabía que se engañaba, que algo no encajaba, pero no podía –ni quería– detener lo que se había iniciado. Lo alentaba a seguir adelante el hecho que Sofía nunca le dijo claramente que no. Ella, al mismo tiempo, quizá sin proponérselo, lo estimulaba a seguir, pues en forma velada, más con sus silencios y su misteriosa sonrisa –*“parece la Mona Lisa, decía Alejandro”*– le hacía saber que esa comunicación y su misma presencia le agradaban, la halagaban, la hacían sentir bien.

La relación pasó por un par de semanas en esta situación de tensa calma, en esta peculiar dinámica de sí y no, de regalos y mensajes con breves respuestas o sin ellas, de silencios que daban para pensar cualquier cosa. El *“soy más bien distante”* hacía que el profesor se afanara más aún en su búsqueda.

*“Si me dijera claramente que no, todo estaría más claro. Pero esta ambigüedad me está volviendo loco. ¿Querrá o no querrá?”*, pensaba Alejandro entre cigarrillo y cigarrillo.

En esos días se confirmó que Sofía no estaba embarazada. Nunca hubo un contacto físico entre ellos, un beso, una caricia. Alejandro, en los escasos dos cafés que compartieron a la carrera en algún bar de zona céntrica, derramó lágrimas ante ella. Ella lo hizo muy en privado. Él llegó incluso a escribirle un poema –muy ocasionalmente había escrito poesía en su vida, y nunca se había atrevido a publicarla–. Tampoco esta vez se atrevió a compartirla. Sabiendo



que la situación tenía más de imposible que de cosa real, Sofía planteó en algún momento “*que sea una relación secreta, que este sea el secreto que nos une*”.

Esa simple frase trastocó a Alejandro, le cambió la vida. Mantener una relación secreta con alguien como esta muchacha lo alteró para siempre. El retomar el cigarrillo fue la expresión visible de los cambios que se le precipitaban.

Se habían citado para almorzar un miércoles; ir a cenar implicaba ya algo que ninguno de los dos se animaba, y si habían jugado a hacerlo –“*cena... ¿con desayuno incluido?*”, se permitió bromear Alejandro, expresión de la que luego se moría de vergüenza al recordarla, y por la que pidió reiteradas veces perdón–, inmediatamente se lo prohibieron.

Alejandro esperó ese encuentro como el día más importante de su vida. Tenía preparado un regalo especial que quería entregarle en las manos a Sofía, y no como había hecho hasta ese entonces, a través de misteriosos envíos. Le había comprado un libro de poemas de amor de Pablo Neruda, y le había escrito una sentida dedicatoria. Una hora antes de la cita, Sofía la canceló.

La explicación fue totalmente comprensible: dado que había resultado negativo el embarazo, quería por esos días afianzar la relación con su pareja, y salir con otro tipo, así sea su profesor, un viejo del que nadie podría sospechar esos ocultos –y tremendamente volcánicos– sentimientos hacia la joven, no se lo quería permitir en este momento. Con el mayor cariño posible, Sofía pidió que no se enojara ni se ofendiera, que no era nada personal contra Alejandro, que le encantaba mantener esa relación secreta, platónica, pero que se dieran unos días.

Alejandro, lloriqueando como un niño, preguntó si le podía seguir escribiendo esos mensajitos de amor que ya se le habían hecho naturales, y haciéndole llegar regalos (libros y discos básicamente). Sofía, más con bonhomía que con pasión, dijo que sí. “*¿Ternura? ¿Compasión? ¿O querrá algo de verdad?*”, se devanaba el cerebro el profesor.

Para Alejandro eso fue una línea divisoria total. Por supuesto la esperaría, pero entendió rápidamente que el sueño vivido esas pocas semanas era eso: solamente un sueño, una ilusión. “*Seamos realistas. ¡Pidamos lo imposible!*”, trataba de estimularse recordando esa célebre pintada del mayo francés. Pero muy hondamente se daba cuenta que, como siempre, las mujeres tienen los pies sobre la tierra mucho más firmes que los hombres. Y que él, pese a su supuesta solvencia intelectual, se había dejado llevar por una fantasía loca. “*¿Y dónde queda el secreto que nos une?...*”, se preguntó amargamente.

## **Primer final**

La sensación de fracaso, de derrota, fue absoluta. Lo vivió como una catástrofe sin salida.

Pudo darse cuenta que se había enloquecido con la situación, que era una quimera sin la más mínima perspectiva de posibilidad. Ilusión muy linda, sin dudas, apasionante. Si se dejaba llevar por la frase de Hegel, era hasta incluso loable. La pasión que le había puesto a todo esto

era desbordante, monumental (volver a fumar tenía que ver con esos cambios enormes que se habían producido en estas dos o tres semanas). Pero ello no quitaba que fuera una ilusión bastante enfermiza. Pudo reconocer que años de abstinencia sexual, de encerramiento en sí mismo, la lejanía de sus hijos y el saberse un mediocre y deslucido catedrático que había pasado sin pena ni gloria, todo eso se le había movido de pronto ante esta catarata de sentimientos que le provocaba una inteligente y hermosa jovencita que bien podía ser su nieta.

Y pudo entender también que todo esto, más allá de la quizá buena intención de Sofía de intentar mantener la relación con ese “secreto compartido”, era producto de una locura de su parte. No era Sofía la causante de la situación; ella, en todo caso, quizá sin saberlo, sin proponérselo en sentido estricto, era el objeto de sus cavilaciones, de sus desenfundadas pasiones. Pero más bien era la excusa. Nunca llegaron a tocarse una mano, a darse un beso en la boca. Si Alejandro se masturbó varias veces pensando en ella, eso corría por su cuenta, era su fantasía, su loco apasionamiento por inalcanzables molinos de viento. Sofía desde su lejanía, pero siempre guardando una cuota de seducción que lo había llevado a ese estado de enamoramiento a él, no buscaba nada en especial. Al menos, no lo buscaba racionalmente. Si como oscuro y prohibido objeto de deseo le movía las fibras más íntimas al profesor, no era un plan calculado por parte de la bella joven. Ella se dejaba seducir sin responder, o respondiendo con medias frases que daban para todo. “*Que esto sea el secreto que nos une*”, dicho con picardía, seguramente sin la menor malicia, preservando la fidelidad con su novio pero sin querer ser hiriente con Alejandro, había disparado en éste lo que hacía años estaba esperando. Sofía fue eso para el viejo profesor: una excusa.

Una semana después de la cita cancelada, Alejandro amaneció desangrado en su habitación. Se cortó las venas un miércoles a la noche. La señora de la limpieza lo descubrió al día siguiente en un charco de sangre. Junto a él yacía también el libro de poemas nunca entregado, y entre sus páginas había un manuscrito –así lo confirmó luego la policía– donde le proponía a Sofía irse a vivir juntos.

## **Segundo final**

La decepción que sintió el profesor fue mayúscula. Lo turbó. Lo hizo llorar amargamente y le nubló la vista, pero más aún, le turbó la razón.

Vagamente se daba cuenta que todo el sueño era una locura, que era ante todo una fiebre suya y no de Sofía. La joven, tal vez para no herirlo, o porque sí, efectivamente, en algún nivel también gozaba de la platónica relación y de la presencia de Alejandro como figura ideal, como mito no corpóreo, como evocación de quién sabe qué fantasías, no lo había despreciado explícitamente. Era por demás de obvio que ella no quería absolutamente más nada por fuera de una cierta galantería que terminaba en algún libro obsequiado. Sin necesidad que se dijera, el viejo catedrático sabía que si había alguien que soñaba y podía masturbarse con esos sueños, era él. Ella seguía su vida con otras preocupaciones. Alejandro quizá importaba algo, pero estaba muy por debajo en la lista de sus prioridades.

Aquel “*no sé qué esperes a cambio*” proferido por la muchacha había sido lapidario, definitivo. Lo movió por algunas semanas a los más desesperados –y locos– esfuerzos. Se sentía un adolescente tras su presa juvenil, un cazador armado de un arma afilada, ansioso, a la espera. Ya se le había vuelto obsesión: ya no era amor, era desesperada búsqueda frenética de un botón.

Lo sabía, lo intuía, se daba cuenta que Sofía, con la mayor cuota de racionalidad, lo ponía en su lugar, sin ofenderlo en ningún momento, pero situándolo correctamente. Sabía –sin permitir decírselo en voz alta– que, como siempre, son las mujeres las que entienden y manejan mejor estas cosas; que las construcciones machistas de “*histéricas insufribles que no saben lo que quieren*” es una pura edificación de los varones. Se daba cuenta que la decepción sufrida ante la negativa de la muchacha lo estaba trastornando de un modo peligroso. Pero no quería hacer nada al respecto. La obsesión se le había vuelto enfermiza: “*o ella o yo*”.

Sin permitir decírselo tampoco, asoció la juventud de Sofía con la juventud en general –para él: sinónimo de estupidez, de irresponsabilidad y superficialidad–. Aunque en realidad no se lo quería decir a sí mismo, sabía que estaba hablando de sus hijos, que no habían seguido sus pasos y se dedicaron justamente a lo contrario de lo que fue su proyecto de vida. La sana distancia puesta por la joven la vivió como una afrenta intolerable.

Fueron necesarios varios whiskies para tomar valor. Sabía que era una locura, pero no podía –ni quería– evitarlo. Una semana después de la cita cancelada, por la noche, la siguió sigilosamente desde la universidad hasta su casa. Amparado en el silencio y las sombras, no dudó en darle una docena de puñaladas. Lloró desconsoladamente ante el cadáver ensangrentado, y pensó en quitarse la vida. Pero no lo hizo.

Al día de hoy la policía aún no ha podido dar con él. Según algunas pistas, habría marchado al extranjero, tal vez a París, donde vive su hijo mayor. El novio de Sofía no pudo soportar el inconmensurable dolor y se suicidó.

### **Tercer final**

El pedido de espera hecho por Sofía aumentó la pasión. En nombre del secreto –“*sacrosanto secreto*”, llegó a decir Alejandro– comenzó una agónica espera. Supo mantenerse en silencio y sin acosar a la joven por espacio de varias semanas. Pudo darse cuenta que la persecución con la muchacha era eso: persecución, acoso insoportable. Sofía nunca se lo dijo, pero eso pudo intuir él. Prefirió hacerse un poco a un lado y no seguir insistiendo.

“*El amor y la locura tienen mucho en común. Lo difícil es saber dónde está el límite*”, pudo escribir finalmente en algún mensaje que envió a la joven justo un mes después del almuerzo cancelado. El libro de Neruda siguió esperando dentro de su envoltorio. Pensó arrojarlo a la basura, pero prefirió esperar. Sofía no fue a sus clases de marxismo en dos oportunidades. Un jueves por la tarde, día de mucha lluvia, ella tomó la iniciativa y lo llamó. Se acababa de separar del bioquímico Flores y buscaba a Alejandro para llorar un poco.

Ella nunca pudo explicarse por qué prefirió llamar al profesor en esas circunstancias. Sabía que la atraía, más intelectualmente que como varón, por supuesto. Se sorprendió grandemente cuando vio que, con lágrimas en los ojos, marcaba el número de Alejandro y no el de ninguna de sus amigas cercanas para contar la decisión de la separación.

El amor del profesor había crecido ese tiempo de un modo exponencial. Sus ausencias en las clases que ahora impartía lo habían entristecido mucho, pero resignadamente lo había aceptado. Entendía que esa relación era un absurdo, un imposible. Esperar algo era tonto; pero al mismo tiempo, el sueño de una respuesta positiva mantenía siempre viva la ilusión. “*Soñar nos mantiene despiertos*”, se decía. Lo que menos quería él era una aventura pasajera con una niña cuarenta años menor. Esa idea incluso le repugnaba.

Pero no fue una aventura. Por un tiempo –unos tres meses– fue un secreto celosamente guardado por ambos. El secreto los unía, los fundía en un solo ser. Cuando Sofía recibió la confirmación del embarazo, decidieron hacerlo público. Hoy viven juntos, y Alejandro volvió a la universidad como profesor extraordinario. La niña que viene en camino se llamará Esperanza. Y a pedido de Sofía, Alejandro ya no fuma más.

## **Reflexión**

La vida, sin pasión, es anodina, intrascendente. Puede pasársela, o más bien, soportársela. La vida plena, aquella que reclamaban las pintadas del Mayo francés de 1968 (“*Seamos realistas, ¡pidamos lo imposible!*”, “*La imaginación al poder*”, “*Desabrochemos el cerebro tan a menudo como la bragueta*”, “*Prohibido prohibir*”), no puede vivirse sin la más absoluta y desenfrenada pasión. Nada grande en el mundo se ha hecho sin una gran pasión.

## Con las uñas pintadas...

Comenzaron a ir al barrio los primeros días de abril. Aún no habían llegado las lluvias y el calor se hacía insoportable.

Para esa época Sor Hongo estaba especialmente contenta por tres motivos. Por un lado, su congregación no obligaba a llevar los hábitos de religiosas. Esas pesadas prendas habrían sido insoportables en días de calor como los que ahora se vivían; la comodidad de un pantalón vaquero y una sencilla blusa le alegraban el alma... y también el cuerpo.

Por otro lado, el nuevo nombre que había adoptado como miembro de la Orden de las Santas Beatas Adoratrices del Señor Resucitado, “Hongo”, le resultaba particularmente apropiado al combinarlo con la partícula Sor: Sor Hongo. Para ella tenía algo –o mucho– de placentero haber elegido la designación de un ser vegetal para autonombrarse. Las posibilidades que le dio la Madre Superiora –distintos nombres de flores– no la convencían: Sor Margarita, Sor Rosa, Sor Clavel... Haber arrojado un pañuelo desde el segundo piso del convento hacia el jardín esperando tomar el nombre de la planta donde cayera, le había parecido un verdadero y profundo ejercicio espiritual. Al hacerlo, había rezado con toda la intensidad del alma pidiendo que el pañuelo fuera a parar sobre un hongo o un cactus. Incluso sobre una piedra. Su deseo más encendido era portar un mote que la avergonzara, que la estigmatizara como castigo perenne por lo que ella consideraba su perfil de “asquerosa pecadora”. Se había ordenado monja habiendo tenido una relación sexual en su adolescencia (coito anal), cosa de la que jamás había hablado con nadie, ni con sus padres ni con su jerarquía en la Orden; y al día de hoy, pese a continuos y atormentadores castigos para intentar evitarlo, seguía masturbándose. Esas dos cosas la angustiaban sobremanera. Tanto, que en más de alguna oportunidad había pensado quitarse la vida por su causa. Llamarse de un modo tan despectivo la alegraba. “*Soy un gusano inmundo*”, solía decirse. “*¡Ahora soy un hongo venenoso!*”.

El tercer motivo de felicidad era el trabajo que estaba comenzando: iba a participar, junto a alguna de las otras religiosas de la congregación, en un acompañamiento a sexoservidoras del asentamiento marginal más grande de la ciudad. Eran más de doscientas trabajadoras del sexo que se atendían.

La intervención ya había comenzado hacía varios meses; ahora Sor Hongo se incorporaba sobre una experiencia ya en curso. Eso le facilitaba las cosas, sin dudas. Aunque no era ése el verdadero motivo de su alegría, sino el sentido de lo que estaba haciendo. Todo esto le resultaba, según su parecer, un aporte fundamental para la situación de unas cuantas mujeres. Pero más aún, era un mensaje universal, un compromiso con la toda la humanidad. Así lo sentía ella, al menos.

Anteriormente había trabajado en un proyecto con niños de la calle, así como en un hogar de ancianos. Todo ello le parecía muy importante, sin dudas. Sin embargo, la posibilidad de contactarse e incidir con prostitutas tenía para ella un sabor especial. “*Unas pobrecitas desca- rriadas*”... era como las veía. No las juzgaba en sentido estricto, con carácter moral, sino que

le daban cierta lástima. “*Compasión cristiana*”, para decirlo con las palabras que Sor Hongo solía emplear. “*Estas pecadoras no saben lo que hacen*”.

El primer contacto con las muchachas le resultó más duro de lo que imaginaba. Se hizo fuerte y prefirió no mostrar su impresión, pero secretamente quedó muy tocada. No podía entender lo que sus ojos veían. ¿Cómo “tanto pecado” no las contrariaba? ¿Cómo era que hasta parecían gozar con todo eso? Quedó asombrada.

Luego de su primer día de trabajo en la zona, en su cuarto rezó ininterrumpidamente por espacio de más de una hora pidiendo por las almas de esas “perdidas”. Con sinceridad, sentía tristeza por la vida de esas muchachas. Su vida había sido tan distinta que no lograba entender cómo ellas podían estar tranquilas, o aparentemente tranquilas, con un destino tan desdichado. “*Tener sexo es pecado*”, se repetía insistente recordando el sexto mandamiento. “*Pero tener sexo por dinero es un asco, ¡es repugnante!*”.

Los temas ligados a la sexualidad le aparecían continuamente. Aparentemente no los buscaba pero, ¡oh casualidad!, siempre estaban ahí en primera fila. Sor Hongo hubiera deseado fervientemente que no fuera así, pero no podía oponerse. Le surgían con fuerza incontenible, sobrepasándola amenazantes. La masturbación –práctica de la que jamás hablaba con nadie, ni siquiera con su confesor, el padre Aquiles– la tenía desesperada. Quería evitarlo a toda costa; ya no sabía cómo impedirlo, pero había una fuerza superior a ella que la empujaba a hacerlo. Cada vez que la practicaba quedaba con un sentimiento de culpa por varios días, lo cual la desesperaba. Había probado castigarse quemándose la vagina con fósforos, echándose cloro, poniéndose pimienta y frotándose con papel de lija. Pero más allá de los tormentos conseguidos –por los que nunca había consultado un médico– el dolor moral no la abandonaba. Empezar a trabajar ahora con prostitutas era una forma de no alejarse del tema. De castigarse en cierta forma, pero al mismo tiempo de estar cerca de toda esa “*cochinada asquerosa, pues sólo conociendo al enemigo se lo puede vencer*”.

En un principio las muchachas con quienes se acercó la hermana lo tomaron como una excéntrica. “*Como nunca tiene sexo, seguramente por eso está tan asombrada con lo que escucha de nosotras*”, pensaron ellas. Llamaba un poco la atención tanto interés, tantas preguntas sobre detalles tan pequeños, la avidez con que averiguaba esas intimidades. Notaron también, cosa que les provocaba risa, que cuando tocaba estos temas sus ojos tomaban un brillo especial, se acaloraba. En otros términos: se excitaba. ¡Y se excitaba mucho! “*¡Pobrecita!*”, concluyeron todas. “*Lo que le hace falta, en el convento nunca lo va a conseguir*”, bromearon entre ellas.

El trabajo que realizaban las religiosas con las sexoservidoras era una mezcla amplia y también confusa de cosas: educación sanitaria, exhortaciones religiosas, nociones de organización sindical (el secreto interés de la congregación era poder llegar a formar un sindicato de trabajadoras sexuales). Sor Hongo tenía además su propia agenda, muy personal, no declarada: quería recabar las más morbosas historias para escribir unas memorias que, alguna vez, daría a conocer. Y si escribía un libro que se vendiera y generara ganancias, ese dinero iría para

*“sus descarriadas”*. Su minuciosa búsqueda de cada caso con que se topaba empezó a despertar curiosidad entre las prostitutas. *“¿Qué le pasará a esta monjita, la más joven, que quiere averiguar tanto?”*, se comenzaron a preguntar algo extrañadas las muchachas del barrio.

Eran todas trabajadoras sexuales de las más baratas de la ciudad, de las menos cotizadas, pero por eso mismo de las más atareadas. Clientes pobres sobraban. Por tanto, había de todo, pero lo que más abundaba eran cuarentonas gordas, con várices y prominentes abdómenes, a veces sin dientes, mal maquilladas –se podría decir ¡grotescamente maquilladas!, en los casos en que usaban cosméticos, siempre los de menor calidad y en general con un toque algo bizarro, de risible mal gusto–. Muchachas jóvenes había, pero en mucho menor cantidad. Eran las más atractivas, y las que más clientela atraían.

La sorpresa de muchas no se hizo esperar cuando Sor Hongo comenzó a interrogarlas sobre aspectos demasiado íntimos. Quería saber cosas que, en realidad, asombraba a las mismas muchachas trabajadoras. *“¿Hacen tríos a veces? ¿Usan consoladores en su vida personal? ¿Alguna vez las contrató un travesti? ¿Pudieron tener orgasmos no fingidos en alguna oportunidad?”* Ninguna otra religiosa preguntaba esas cosas. ¿De dónde podía sacar Sor Hongo todo eso? Incluso a veces preguntaba cosas que las descolocaba. *“¿Tragan el semen cuando hacen sexo oral sin preservativo?”*

Era obvio que sus intereses iban mucho más allá de la “espiritual ayuda” que ofrecía la Orden de las Santas Beatas. Hubo casos en que varias prostitutas enrojecieron ante los interrogatorios de la hermana. *“¿De dónde sacaría todo esto?”*, comenzaron a preguntarse las sexoservidoras. Rápidamente llegaron a la conclusión que Sor Hongo sabía “demasiado” del tema, y de seguro que tenía fuentes de información no muy santas por ahí; al menos, más osadas que las otras religiosas. *“¿Será que nos está poniendo a prueba?”*..., se preguntaban. *“¿O conocerá de primera mano sobre todo esto?”* No tardó en circular el chiste entre todas las trabajadores sexuales que su confesor era el padre Aquiles... Toco. Aunque parezca un chiste de mal gusto, Sor Hongo muchas veces se masturbaba pensando en él.

Nunca nadie se enteró –y al día de hoy sigue siendo un misterio cómo hizo para entrarlos en el convento– que la joven y dulce hermana mantenía más de una docena de videos pornográficos en discos que reproducía en su computadora personal, guardados bajo las más estrictas medidas de seguridad, disimulados, muy bien ocultos. Por cierto abundaban las escenas de orgías, y no faltaban pasajes de zoofilia. La de un cerdo vestido con la camiseta del Barça y una gorra marinera era, seguramente, la más osada de todas. Cuando posteriormente la Madre Superiora supo de eso –no los quiso ver completos– sufrió un desmayo por el que hubo que llamar a los paramédicos. También es cierto que misteriosamente desaparecieron de los aposentos de Sor Hongo y nadie más volvió a hablar del tema en el convento.

Las preguntas que formulaba fueron tornándose más agresivas. Lo que contaban las prostitutas de esa barriada –esas *“gordotas cuarentonas llenas de várices, feas y mal maquilladas”*, como alguna vez en confianza se atrevió a describirlas con una de las más jovencitas y atractivas, una hondureña de 18 años apodada La Tigresa con la que trabó gran amistad– no le parecía en verdad muy procaz ni concupiscente. Ella esperaba encontrar lo que veía en sus se-

cretos videos. Había descartado ya encontrarse con esculturales rubias de ojos verdes, más con aspectos de modelos publicitarias que de amas de casa vestidas con patéticas minifaldas que dejaban ver piernas mal afeitadas y con várices, tal como encontraba que eran sus “descarriadas”. Incluso los clientes de las muchachas no eran lo que enseñaban esas películas: musculosos negros con cuerpos trabajados en gimnasios con penes inconmensurables, o perfectos atletas rubios de ojos azules que podían estar media hora fornicando sin cansarse. Pero al menos esperaba encontrar en esos relatos algo más de morbo. Sin embargo, lo que hallaba en esas confesiones de “sus” prostitutas era mucho menos lascivo, menos excitante. En general los actos amorios – “¿se le podría decir “hacer el amor” a eso?”, se preguntaba inquieta nuestra heroína– que relataban las sexoservidoras eran aburridos y anodinos orgasmos masculinos conseguidos en escasos minutos, en segundos en algunos casos, sin la más mínima emoción, con la luz encendida y mientras seguía sonando sin interrupción y a todo volumen alguna ranchera o alguna cumbia. Las mujeres no contaban en lo más mínimo en todo eso. No pasaban de ser un orificio que, en el mejor de los casos, a veces pronunciaba alguna palabra y pedía la paga. No más.

Todo esto tenía bastante consternada a Sor Hongo. Para ella una prostituta era lo que veía en sus secretas películas, sin límites, haciendo todas esas “atrocidades”... “¡tan placenteras!”. Además –cosa que la ponía especialmente mal– ninguna de las muchachas de esa pobre barriada que atendía su Orden se pintaba la uñas. En todo caso, las tenían siempre a medio pintar, mostrando rastros de algún esmalte que se había quitado con el duro trabajo doméstico que también les tocaba hacer (casi todas tenían varios hijos y llevaban una dura vida de ama de casa pobre).

Sus compañeras de la hermandad, las otras beatas que trabajaban con ella, transmitían un mensaje moralista, buscando el arrepentimiento de las mujeres prostituidas. La idea en juego era mostrarles que ese camino estaba equivocado y que el Señor las acogía de todos modos, pero mucho mejor si se componían, si dejaban de pecar. El llamado final, en definitiva, era promover un acto de arrepentimiento que les cambiara su estilo de vida.

“¿Cambiar? Y... ¿para qué a estas alturas, hermana?” fue la respuesta que más escuchó. Casi ninguna, o ninguna de las mujeres producían nunca el esperado cambio. Esperado, claro está, para las monjas de la Orden. La promiscuidad, la pobreza y la resignación iban de la mano. Lo que más le impactaba a Sor Hongo era justamente la resignación. Y era eso lo que más destacaba. Esa barriada pobre de algún arrabal de cualquier ciudad latinoamericana hacía tiempo había perdido las esperanzas. Para estas doscientas y tantas mujeres prostituidas, tener clientes todos los días era la única esperanza que quedaba. Y no siempre se concretaba. Que llegara algún albañil con su quincena recién cobrada, algún borrachito melancólico que quería olvidar penas o un jovencito que se estrenaba en las lides de la sexualidad era motivo de alegría. “Nacimos putas, en la pura mierda, y putas moriremos, hermanita”, era la resignada consigna casi obligada que las religiosas escuchaban a diario.

Después de la fuerte impresión de los primeros días, Sor Hongo empezó a encontrar cada vez más natural la forma de actuar y pensar de las trabajadoras sexuales. Llegó a justificarlas, in-



cluso. *“Lo que ellas hacen no es sexo; es puro comercio informal para sobrevivir”*. Ello le valió acaloradas discusiones con sus compañeras de la congregación, y un fuerte regaño por parte de sus superiores.

Seguramente fueron esas recriminaciones las que la llevaron a tomar la decisión. En vez de hacerla retractar, la radicalizaron más aún: *“Cuando me ordené monja hice voto de castidad. Y por supuesto lo voy a respetar: jamás me uniré carnalmente con un hombre. Pero lo que hacen estas pobrecitas no tiene nada que ver con el sexo, mucho menos con el amor: es un vulgar negocio de compra y venta, pues no tienen otro medio para sobrevivir”*. ¿Se habría vuelto loca? Lo cierto es que lo hizo. Venciendo todos sus pruritos, sus prejuicios más arraigados y su visceral repugnancia, decidió que también ella podía ayudarlas en el negocio. Quería probar cómo era eso de vender su cuerpo por dinero.

Lo hizo en el más absoluto secreto. Por supuesto, ocultó hasta el más mínimo detalle y la más insignificante pista de su decisión con las monjas de la Orden. Para ello urdió una esotérica explicación donde se veía obligada a salir unos días de la ciudad para marchar de urgencia a atender problemas familiares. A regañadientes, la Madre Superiora concedió el permiso, pero poniéndole como condición que viajara con otra hermana. Sor Hongo debió corromper a la designada entregándole una muy fuerte suma de dinero diciéndole que había una vida en juego, pero que de momento no podía explicarle más nada. Sor Juventina, la designada para acompañarla en su supuesto viaje, se ausentó de la ciudad por unos días simulando salir juntas, temblando por el miedo a ser descubierta en su complicidad.

Si le resultó difícil sortear todos esos obstáculos con las compañeras de su hermandad, más difícil aún se le representó poder explicarlo en el barrio. Por eso optó por un camino más expedito: lo haría casi de incógnito, metiéndose en la casucha de alguna de ellas –decidió que lo haría con La Tigresa, que había pasado a ser la más íntima de todas– esperando que llegara algún cliente y, luego de probar la experiencia una vez, marcharse igualmente en secreto, así como había llegado.

Como no usaba hábitos, no le fue tan difícil conseguir la ropa adecuada para la nueva ocasional profesión. Se maquilló convenientemente y, detalle fundamental según su parecer, se pintó muy prolijamente las uñas de manos y pies. La hondureña la acogió sin problemas. Pero Sor Hongo –que tomó el nombre de Lola para la ocasión– no contaba con un pequeño gran detalle. Sabía que eso sucedía, pero creyó poder escapar de esas redes en su fugaz paso por esta experiencia; de todos modos, antes que el primer cliente, la visitó el rufián que contralaba buena parte de las prostitutas.

Era un personaje repulsivo. De edad imprecisa –cara de niño imberbe pero cicatrices de muchos años de dura vida– su bestialidad era proverbial. Lo primero que hizo fue moler a patadas a La Tigresa por no haberle dicho de la presencia de esa nueva pupila. Junto al cuerpo golpeado y sangrante de la hondureña, poseyó brutalmente a Sor Hongo –Lola para el caso– sin saber que se trataba de la religiosa. De hecho, para sorpresa de la misma monja, del proxeneta y de la compañera de desgracia, La Tigresa, el cuerpo de Sor Hongo, mujer de 29 años

virgen vaginalmente hasta ese entonces, era perfecto y no parecía hecho para el voto de castidad.

Para su propia sorpresa también, esa bestialidad, algo de sangre y tres orgasmos conseguidos uno tras otro le cambiaron la vida. Después de la violación –porque eso fue, aunque los orgasmos los haya sentido exquisitos– ya no se atrevió a decir que era la hermana Sor Hongo. En esas circunstancias, con una atrevida minifalda y tacones de tres pulgadas, maquillada y con las uñas pintadas de un penetrante color rojo, nadie se lo hubiera creído. Ahí entendió qué le querían decir las sexoservidoras cuando hablaban de resignación.

Al día de hoy atiende clientes y sigue viviendo en esa modesta casa con La Tigresa –secretamente son pareja, y ahora están pensando escaparse para irse a los Estados Unidos como inmigrantes irregulares; allá, si pueden, quizá adopten un hijo–. Su rufián, que también lo es de la joven hondureña, le vio cara conocida, y por un momento pensó que era muy parecida a una de las monjitas que visitaba el barrio, idea que descartó rápidamente. Con las hermanas de la Orden, cada vez que llegan a “rescatar perdidas”, nunca volvió a cruzarse. De hecho, siempre las supo evitar. El día que, a lo lejos, Sor Elena creyó reconocer a Sor Hongo, Lola inmediatamente se esfumó de la escena.

Ahora se tiñó el pelo de anaranjado y usa atrevidos escotes, siendo una de las más buscadas de la zona; ya se hizo popular entre los clientes por lo osada que es en la atención. Incluso presta muchos servicios sin cobrarlos, “*gentileza de la casa*” ofrece ella, cosa que al proxeneta irrita sobremanera, motivo por el que ya la ha golpeado varias veces. Lo curioso es que sigue convencida que sólo hace el amor con su pareja, La Tigresa; con los clientes es sólo negocio. Por tanto, y aunque parezca mentira, desconociendo la violación que sufrió, se sigue sintiendo virgen. “*A una la desfloran sólo si una se entrega de corazón*”.

Cada noche, antes de acostarse con su novia, reza y pide por sus compañeras. “*Ojalá todas algún día puedan salir de esta cloaca. Pero con unas monjitas que den consejos y regañen, eso no va a ser posible*”. Meticulosamente, no hay día que no se pinte las uñas.

## Nosotros, la raza superior

Hacia el año 1940 las fuerzas nazis invadieron Noruega. Allí quedaron estacionadas hasta el final de la guerra, en 1945. Durante ese período, más que en ningún otro país de Europa, llevaron adelante el Proyecto “Fuente de vida”, consistente en hacer embarazar numerosas mujeres noruegas por soldados alemanes. La idea que alentaba tamaña iniciativa era “que ningún niño ario quedase sin nacer”. Es decir: promover una política natalicia que propiciara la expansión de la “raza superior”, en el entendido que los noruegos eran lo más cercano a los arios que podía encontrarse en el continente europeo.

En Noruega, más que en ningún otro país ocupado por los nazis, los soldados alemanes se reprodujeron con mujeres locales. En otros lados esto estaba terminantemente prohibido, pues se consideraba a los ocupados como “raza inferior”. Con los noruegos era distinto. El *Führer* admiraba grandemente la “sangre vikinga”, considerando al pueblo nórdico como “arios puros”, por tanto: raza superior, cercana a la alemana. Los Hogares “Fuente de vida” proporcionaban cuidados diversos a los niños nacidos de estas uniones. Al menos se contaban 15 instalaciones en territorio nórdico, que albergaban a 8.000 niños productos de estas uniones pretendidamente eugenésicas.

Terminada la guerra y derrotada la maquinaria militar alemana, vino la venganza de los noruegos. Las mujeres que habían dado a luz a estos niños pasaron a ser una vergüenza nacional: “las putas de los nazis”. Fueron vilipendiadas, ultrajadas, excluidas. Las criaturas nacidas de esas uniones corrieron igual o peor suerte. La gran mayoría terminó en orfanatos (ninguna familia noruega los quería tomar en adopción). Muchos fueron a parar a hospitales psiquiátricos, bajo el supuesto que sus madres “debían haber estado locas para engendrar con un alemán”.

Hans Stück Petersen fue uno de ellos.

Su padre, el soldado raso Franz Stück –un alegre y bonachón muchachote de Munich que ni siquiera sabía qué significaba nacional-socialismo, y que sólo intuía que si Alemania triunfaba en la guerra a él le iba a ir bien económicamente, al menos según lo que le habían dicho– dejó Noruega a poco tiempo de embarazar a Astrid, una robusta campesina de 1.80 metros de alto, rubia como el sol y de enormes ojazos azules. Hans nunca supo nada del hijo que engendró. Ni le preocupó mucho tampoco. De regreso en su Baviera natal trató de olvidar el ominoso pasado como soldado de una fuerza de ocupación. Se casó con una alemana humilde hija de un albañil –Gundula– con la que tuvo cuatro hijos, y de ahí en más trabajó toda su vida en una fábrica de cemento como operario. Del hijo noruego ni siquiera el recuerdo le quedó.

La madre de Hans, Astrid Petersen, fue separada del niño poco tiempo después del nacimiento. Sin tener muy claro por qué, fundamentalmente influida por la propaganda nazi durante el tiempo de la ocupación de Noruega, se convenció que, sin dudas, la “raza aria” era superior. Juntarse con un alemán de pura estirpe –Franz lo era, con su metro noventa de altura, su cabe-

llo más rubio aún que el de ella y sus ojos más azules que el mar— ayudaría a procrear esa especie de super hombres que se buscaba. “Eso”, pensaba la pobre Astrid, “*al final es bueno para todos. Mejor que queden los superiores, que los inferiores vayan desapareciendo*”. Había llegado a tener la certeza que su hijo era una aporte en lo que ella entendía como una “causa universal”, el “mejoramiento de la Humanidad”.

Hans fue tomado por uno de los hogares “Fuente de vida”. Pero al terminar la guerra desapareció el proyecto que lo albergaba. Por tanto, igual que muchos “futuros super-hombres” según los ideólogos nazis —que, en realidad, nunca llegaron a serlo— quedó abandonado, librado a su suerte. En un primer momento el gobierno noruego consideró la posibilidad de enviar a estos “niños vergonzantes” a Alemania, pero a instancias de la negativa de los triunfadores en la contienda, los Aliados, el proyecto se desechó. Por tanto, con apenas tres años Hans fue a parar a un orfanato. Allí transcurrió varios años, sin ningún calor humano, criado como solitario animalito al que sólo se le suministraban los cuidados básicos. De ese modo fue perdiendo el idioma alemán, pasando a un noruego muy primario.

Cuando tenía nueve años, un vez más las autoridades noruegas intentaron deshacerse de esta “lacra nacional”. De ahí que concibieron la idea de juntar a los niños nacidos de soldados alemanes con sus respectivas madres —trabajo complicadísimo, pero que estimaron valía la pena— para enviarlos, madres e hijos, a Australia en calidad de deportados. Finalmente, ese proyecto tampoco prosperó.

Hans siguió creciendo, con una confusa idea de la vida, de su identidad, de sus padres. Lo de “raza superior” le resonaba continuamente. Los pocos años pasados en la casa-cuna alemana y criado como futuro “*dueño del mundo, en tanto raza superior*”, habían dejado una marca indeleble. Su lengua materna por siempre fue el alemán, “*la lengua de Goethe, de Kant, de van Beethoven*”, repetía sin siquiera saber quiénes eran los personajes evocados.

Indeleble era esa marca, pero igualmente problemática, porque le trajo una serie de interminables choques con sus rodeantes. Y no sólo con noruegos, sino también con otros hijos producto de ese loco experimento nazi, con otros supuestamente “futuros super-hombres”. Sin dudas, Hans era un sujeto problemático, difícil. Esa tremenda confusión de identidades era el envoltorio de un “loco de remate”, como lo definían sus cuidadores.

Aborrecido por propios y extraños, humillado en su simiente, tipo huracán y siempre al borde del estallido —se vivía peleando con todos, y dado su descomunal y robusto físico siempre castigaba duro a sus oponentes— a la edad de trece años fue trasladado al hospital psiquiátrico de Lier, en la provincia de Buskerud.

El traslado no significó ningún cambio especial en su vida. No, al menos, en el trato cotidiano. Las desatenciones, la frialdad, incluso cierta cuota de violencia física eran iguales tanto en el hospicio de huérfanos como en el hospital psiquiátrico. La diferencia fundamental —no poca cosa, por cierto— es que en el manicomio recibía periódicamente electroshocks. Por supuesto, no tenían ninguna función terapéutica. Eran, en todo caso, meros castigos, reprimen-

das cuando sus cuidadores, no muy distintos a los del orfanato, estimaban que había cruzado la línea. Y eso, por supuesto, podía ser cualquier cosa: no querer bañarse, decir un insulto, pelearse con otro paciente, orinar adrede fuera del inodoro.

Secretamente Hans iba sintiendo día a día un odio inconmensurable contra todos. Llegó a tener un documento de identidad noruego, pero no se sentía de ese país. No tenía amigos, padres, confidentes. Sólo gente que cuidaba de él. Más aún: no cuidaban, sino que lo vigilaban, lo controlaban continuamente. Su vida había sido la de un “peligro social”, de una bacteria dañina de la que había que tomar distancia. Por todo eso, en la soledad de su cama en el pabellón de los crónicos –ahí lo habían ubicado en el loquero – por las noches, con la luz apagada, solía tararear lo que recordaba de los buenos tiempos del proyecto “Fuente de vida”: *“Deutschland über alle!”*<sup>\*</sup>, sabiendo que esa “s” que faltaba (así lo cantaban sus cuidadores de entonces) hacía la diferencia. En el fondo, secretamente seguía sintiéndose un alemán de “raza superior”, *“por arriba de todos”*.

A los dieciocho años, cuando llegó a la mayoría de edad y las heridas de la guerra estaban ya bastante cicatrizadas en el país, fue dado de alta del hospital. En realidad eso, más que una medida higiénica que le devolvía la salud, era un nuevo castigo. O más aún: una condena.

Para uno de estos niños infamantes, deshonrosos –ahora adultos–, estas “vergüenzas de la peor época vivida”, estas muestras vivientes de un pasado que no debía retornar, la vida no era fácil. Odiados, siempre segregados, crecidos como parias, integrarse a una vida normal era un reto monumental. En el caso de Hans, dadas sus características tan peculiares, su agresividad siempre lista para dispararse, su odio visceral mantenido en secreto, el desafío era más grande aún. Otros productos de ese experimento habían podido recuperarse aceptablemente, sintiéndose noruegos. Huérfanos en todo caso, despertando la natural lástima a que mueve cualquier niño que se crió sin padres, pero noruegos medianamente integrados al fin. De hecho, la gran mayoría de estos niños, andando el tiempo pudo llevar una vida aceptable. Lo de Hans Stück era distinto.

Se sentía no sólo alemán sino, fundamentalmente, distinto a todos. Por lo pronto nunca abrazó ninguna religión. No podía concebir cómo era eso de alabar a un ser superior. *“¿No eran ellos acaso, los del Proyecto, los superiores?”*

Su formación académica era muy pobre. En el orfanato lo habían alfabetizado en noruego, y hasta antes de ser ingresado al hospital psiquiátrico en Lier cursó parte de la escuela secundaria. Ya internado, no siguió estudiando. Por todo ello, cuando salió de alta, más que un beneficio eso fue su perdición.

Despreciado, olvidado, con casi ninguna habilidad para ganarse la vida, sin redes familiares o de amigos como apoyo, con un muy pobre idioma noruego y un alemán prácticamente olvidado, Hans se encontró bastante, por no decir muy perdido. Lo único que lo mantenía era su

---

<sup>\*</sup> *Alemania sobre todos.*

secreta convicción –enfermiza, casi delirante– de ser “mejor” que los otros. Aunque eso no le daba para comer. Alimentaba su espíritu (¿su loca soledad?, ¿su alucinante mundo fantástico?), con lo que se daba aliento. De todos modos, la cruda realidad se imponía. Y las necesidades perentorias mandan.

De ese modo, con esa triste y negra historia a sus espaldas, comenzó a trabajar como basurero en la ciudad de Fredrikstad.

Fue contratado por una actitud de solidaridad humana, casi de compasión, del funcionario municipal que se apiadó de su situación. “*Para ser basurero no se necesita gran cosa, así que mejor un basurero que un ladrón en las calles*” fue el razonamiento del buen hombre. Sin dudas, no se equivocaba. No le esperaba precisamente un futuro venturoso a Hans con todo su historial. Si a eso se le suma la locura delirante heredada de sus años de Proyecto “Fuente de vida” –cosa que mantenía en el más profundo secreto–, su realidad era francamente desesperante, patética.

Los años pasaron. Vinieron las primeras canas, y el Estado benefactor lo ayudó a sobrevivir bastante dignamente. A la edad de 43 años decidió trasladarse a Oslo, la capital del país. Cuando se lo preguntaron, no pudo explicar por qué. En general Hans nunca se preguntaba nada, el porqué de las cosas. Sólo rumiaba en silencio su desprecio por esos “*decadentes inferiores*” con que se movía a diario y se limitaba a cumplir mecánicamente con sus necesidades primarias. Entre ellas estaba trabajar; de eso comía.

La realidad le había ido demostrando, a base de duros golpes en muy buena medida, que para ganarse el sustento diario había que esforzarse. Comparando, era preferible el orfelinato. O el psiquiátrico incluso, quitando los electroshocks. Ahí no había que hacer mayor esfuerzo: estaba atendido, siempre había comida a su disposición y no tenía que lavar baños –cosa que lo molestaba sobremanera, y de hecho lavaba el baño de su casa muy ocasionalmente, cada dos o tres meses–. Su sobrevivencia, tanto en Fredrikstad como en Oslo, había sido de lo más modesta. Ni siquiera se le ocurría que podía pensar en lujos. Con 45 años nunca había tenido sexo. Cuando sus compañeros de trabajo le proponían visitar prostitutas, rehusaba casi con vehemencia. La posibilidad de tener una pareja ni siquiera le pasaba por la cabeza.

En la capital su vida no había cambiado sustancialmente. Trabajaba ahora como personal de limpieza en el Real Ministerio de Agricultura y Alimentos. Era un ciudadano noruego, pero en modo alguno se sentía súbdito de la Casa Real que gobernaba el país. “*¿Quién dijo que esos reyesuchos son superiores, si no son alemanes?*”, razonaba con odio. Con el paso del tiempo cada vez fue tornándose más reservado.

Nunca supo cómo fue que lo descubrieron –seguramente por ser empleado público había un historial con todos sus datos–, pero lo cierto es que una vez recibió la visita que le cambiaría la vida. Era un abogado con dos varones de aproximadamente su misma edad que un día de tantos llamaron a su puerta. La conversación fue franca, directa.

*“Usted, igual que nosotros dos, sufrimos lo mismo. Usted, Hans, es hijo de un monstruoso experimento. Nosotros no tenemos la culpa de eso. Todos estos años hemos sufrido lo indecible por nuestro origen, y ya es hora de decir basta. Vamos a presentar una demanda al Estado, para que nos dé un resarcimiento”*, espetó uno de los visitantes, un rubio tan rubio como nuestro personaje, con cara igualmente glacial e inexpresiva.

*“¿Nos dé qué?”*, preguntó estupefacto Hans. No entendía de qué le estaban hablando. La sola mención del “monstruoso experimento” lo sacó de quicio. Pensó en golpearlos, en mandarlos que se retiraran de inmediato, pero el haber tomado la palabra el abogado lo sosegó un poco.

*“Vea, mi amigo Hans...”*

*“¡Yo no soy su amigo! ¡¡Ni siquiera lo conozco!!”* se apresuró a gritar Hans.

*“Es cierto, es cierto... No somos amigos... todavía. Pero lo que le vienen a proponer estos compañeros, y yo también, nos va a hacer amigos. ¡Todo esto es por nuestro bien!”*

Hans dudaba. No entendía de qué se trataba la propuesta. Pedir una indemnización al gobierno no entraba en su esfera de razonamiento. ¿Cómo era eso posible? ¿Por qué iba a demandar al gobierno?

*“La historia fue muy dura con nosotros. Nosotros no tenemos culpa de todo esto que nos pasó, de ese desprecio del que fuimos víctimas durante nuestra vida”*, trataban de explicarle. *“Por eso alguien tiene que hacerse cargo de este sufrimiento que se nos ocasionó”*.

Al escuchar la cifra por la que se demandaría —el equivalente a 30.000 euros— lo hizo detenerse un momento. Hans jamás había sido un apegado a las cosas materiales. Por el contrario, dado que había vivido siempre en la escasez, lo suyo era sobrevivir como se pudiera sin pedir más nada que lo estrictamente necesario. La pretendida “raza superior” no pasaba de ser una loca idea que le acompañaba a diario, pero sin efectos prácticos reales. De todos modos, la posibilidad de contar con una cifra de dinero que se le representaba una fortuna inconmensurable, no le desagradó. ¿Eso tendría algo que ver con la “raza superior”?

*“¿Y qué tendría que hacer yo?”*, preguntó desconfiado.

*“Pues... dar testimonio de todo lo sufrido estos años. Tenemos sus datos y sabemos algo de su historia”*.

Luego de unos instantes de cavilación, reaccionó cortante, con unos ojos que centellaban:

*“Raus!”*<sup>\*</sup>

---

<sup>\*</sup> ¡Fuera!, en alemán.

Por varios días siguió masticando la propuesta. En realidad no pensaba tanto en la recompensa material sino en lo que podría representarle dar testimonio de su vida. Reconocer que lo habían dañado, que era una víctima, eso no entraba en su campo de miras. En absoluto podía sentirse así. Desde su maniático ascetismo a veces incluso sentía lástima por esos *“perdidos vikingos inferiores que no le llegaban ni a los talones a los arios legítimos”* cuando veía los festivales de consumo que representaba una sociedad opulenta como la noruega. Con honestidad, sin fingirlo, se compadecía de sus congéneres.

Nunca había visitado Alemania. Es más: nunca había salido de Noruega, salvo una oportunidad en que había pisado suelo sueco, atravesando por unos pocos metros la línea fronteriza. Tampoco anhelaba especialmente llegar a territorio germano: era sólo la fantasía en relación a “la raza”.

Lo había visto en televisión en más de alguna ocasión, y eso le llamó la atención. De todos modos, en su país no era fácil conseguir un arma de fuego como sí lo era en Estados Unidos, de donde venían esas noticias. Sin embargo se las ingenió para ir tejiendo una complicada trama que, al cabo de dos meses de recibir la infausta visita, le permitió tener un fusil-ametralladora automático en sus manos.

Por varios días vivió un estado de excitación único en su vida. Se sentía literalmente en la gloria. Era el éxtasis absoluto. Había pensado cada uno de los detalles. No necesitaba alcoholizarse ni tomar alguna droga para cobrar valor, tal como veía en esas *“noticias cochinas, de esos estúpidos vaqueros mascachicles”*. Por el contrario, él daría una lección de moral a la humanidad, para que de una vez por toda entendieran *“lo que es bueno”*, según su parecer.

No muy deseoso, más que nada para no morir sin saber de qué se trataba el asunto, dos días antes de la fecha estipulada visitó una prostituta. Fue la primera vez en su vida. No le desagradó, pero tampoco le fascinó. Difícilmente lo repetiría. *“Hay cosas más lindas que estas”*, se dijo.

Su vida, al menos así lo sentía Hans, era una continua lucha a muerte con la muerte. *“Esa hija de puta no me va a ganar”* se repetía casi con obsesión. Pensaba que sería él quien decidiría cuando dejaría de vivir. Esperar a que aparezca *“la huesuda”* decidiendo era impensable. Y ahora había llegado el momento ideal. Iba a dejar salir su odio acumulado en forma de revancha, de reivindicación –así se lo figuraba– y luego sería él y no la muerte la que tomaría la decisión. Había pensado hasta el último detalle.

Se arrepintió cuando estando con la sexoservidora dijo que pronto *“algo grande pasaría”*. Para la joven fue una estupidez más sin sentido de tantas que escuchaba por día con sus clientes. Hans, no obstante, pensó que eso lo podía delatar, que estaba dejando demasiadas pistas. Eso “grande” en que estaba pensando era, nada más y nada menos, que la eliminación de no menos de veinte personas con el arma automática que había conseguido, para luego dispararse en el paladar.



Pero la “raza superior” no funcionó tan a la perfección como había supuesto que funcionaría. Por los nervios de la situación, la inexperiencia en el manejo de armas de fuego, la locura galopante que lo atenazaba, por la combinación de todo eso, por lo impracticable del plan que había urdido, el primer disparo pegó en una lámpara de alumbrado público, e inmediatamente se le trabó el fusil. A la policía no le costó mucho encontrarlo y reducirlo. Sus gritos atronadores –“¡suéltense, mediocres!”– más que asustar provocaban algo de risa.

Ironías del destino, fue conducido nuevamente al Hospital Psiquiátrico de Lier. Sedado como estaba, casi no reconoció el lugar que, con el paso del tiempo, estaba muy cambiado. Ironías del destino también, se volvió a encontrar con la que fuera su primera enfermera, Agnes. Por aquel entonces, muchos años atrás, ella hacía sus primeras armas como enfermera psiquiátrica. Ahora estaba jubilada, pero no había perdido su vitalidad. Era por eso que nunca abandonaba del todo el hospital y siempre se las arreglaba para llegar de tanto en tanto como docente invitada con las nuevas promociones de enfermeras, e incluso de psiquiatras.

Fue ver a Hans, escuchar el motivo de su internación y recordarlo de inmediato. “*Jóvenes: estos son los estragos de tanto electroshock... ¡O de tanto experimento loco que hicieron quienes se creyeron superiores!*”

## El sombrero rojo

Un martes por la tarde en aquel lejano 1940 llegó al pueblo. Hacía mucho calor, y el polvo del camino se le había pegado al cuerpo con la transpiración.

Buscó algún hotel con la esperanza de poder darse una ducha y refrescarse un poco. El calor y la suciedad lo tenían desesperado. Pero después de dos búsquedas infructuosas, en el tercer hotel que visitó y donde sí encontró habitación, no había agua.

Se resignó: seguiría sucio. Al menos, ya tenía dónde pasar la noche. En compensación, tomaría algo fresco. Fue al bar contiguo a la pensión y pidió cerveza bien helada. Para aumentar su disgusto le dijeron que desde un día atrás estaba cortada la energía eléctrica, y que en todo caso podían ofrecerle cerveza a temperatura ambiente con cubitos de hielo. Le pareció espantoso, pero no habiendo otra cosa..., aceptó.

La llegada al pequeño pueblo no había sido muy triunfal precisamente. No esperaba un recibimiento apoteósico, por cierto. Pero sí algo más de gratificaciones. Sucio, empapado de sudor y polvoso, tomando cerveza tibia enfriada con trocitos de hielo –parecía orín, pensó– y molesto por la falta de electricidad, ese día prefirió acostarse lo más pronto posible. Mañana quizá las cosas irían mejor.

El miércoles despertó con energía. Como siempre, alegre ante cualquier adversidad, su proverbial esperanza volvía a renacer. Pensó cómo haría la campaña publicitaria.

Megáfono en mano, a bordo de su destartado Ford modelo 28 y siempre con su infaltable sombrero rojo, comenzó a rodar por las polvorientas calles anunciando el evento.

*“¡Este domingo, después de misa de diez, en la plaza central del pueblo, no se pierda la espectacular presentación del Gran Dios!”*

Lo llamativo del anuncio concitó la atención. Los rumores comenzaron a propalarse.

Esa tarde, de un calor insoportable y sol rajante, después de la siesta volvió a salir con su vehículo redoblando la invitación. *“¡No se lo pierda: este domingo, después de misa de diez, extraordinaria presentación del nunca visto Gran Dios!”*

Nadie sabía exactamente de qué se trataba. Lo curioso del nombre atraía tanto como lo insólito de la oferta: ¿qué sería lo que haría este tipo?

Una vez más, el jueves por la mañana salió a anunciar la función. Los corrillos en el pueblo no paraban. Lo habían bautizado “El del sombrero rojo”, porque eso era lo más llamativo de su figura. En realidad, no tenía nada de particular, de grandioso, más allá del provocativo nombre. Gordito, de baja estatura, cara inexpresiva y piernas arqueadas, su aspecto no era muy atlético. No tenía nada que llamara la atención como personaje de circo. En todo caso,

parecía más un viajante llegado al pueblo a ofrecer productos cosméticos, o ropa, o quizá medicinas. Fuera de su particular sombrero, nada en él provocaba asombro.

Aunque sí lo provocaba lo que venía anunciando.

Tanto asombro provocaba que ese mismo jueves, al mediodía, fue visitado por el alcalde y el jefe de policía, junto a dos agentes, en el restaurante donde se había sentado a almorzar. La conversación fue amable, aunque para las autoridades del pueblo no sirvió mucho como aclaración. No quedó claro exactamente en qué consistiría el espectáculo ofrecido. Lo único que lograron, cosas que los tranquilizó bastante, fue arreglar que un cuarto de lo recaudado quedaría para la municipalidad.

En realidad nadie sabía si era legal o no poder cobrar entrada para un espectáculo público en la plaza. De todos modos ni el alcalde ni el comisario se opusieron al cobro de una entrada, dado que parte de esa recaudación volvería al pueblo. Bueno, al menos... eso prometió dar el forastero, y nadie supervisaría el hecho, por lo que... una sonrisa picaresca iluminó la cara de ambos funcionarios.

Prometieron que le facilitarían las cosas, y para el domingo se dispondrían bastantes sillas en la plaza, para que se acomodara una buena cantidad de público. La propuesta no pareció entusiasmarle demasiado al Gran Dioso, pero tampoco se opuso. Amigablemente se separaron, y nuestro héroe, después de una rápida siesta, volvió a su campaña promocional.

Ese jueves, y también el viernes por la mañana, continuó con la misma prédica, anunciando que el domingo sería el “gran espectáculo”, pero sin dar detalles de en qué consistía. Recién el viernes a la tarde comenzó a develarse el misterio. La gente del pueblo quedó boquiabierta.

*“El domingo por la mañana, después de misa de diez, el Gran Dioso se disparará una bala de cañón ante todo el público. ¡El Gran Dioso no tiene miedo a nada, ni siquiera a los cañones!”*

La población no sabía cómo reaccionar, si eso era una broma de mal gusto, una provocación, la invitación a la más arriesgada prueba de circo nunca vista, o simplemente la locura de un chiflado que había aterrizado por ese pueblo. Se empezaron a tejer las más diversas –y disparatadas– conjeturas. Rápidamente, el visitante fue rebautizado como “el loco del sombrero rojo”.

El sábado por la tarde el clima humano del pueblo era una mezcla rara de furor, fascinación y cierto toque de miedo. Nadie entendía a ciencia cierta de qué se trataba todo esto. El alcalde y el jefe de policía, consultados insistentemente sabiendo que se habían entrevistado con el forastero –por lo que, se suponía, debían estar mejor informados– no dieron ninguna pista concreta sobre lo que estaba en juego. No la dieron, porque simplemente no sabían de qué se trataba todo.

El domingo por la mañana el pueblo despertó en un verdadero estado de ansiedad generalizado, de conmoción. Había llegado gente de pueblos vecinos incluso, enterada ya del magno evento. En la misa de diez, el cura párroco hizo alguna alusión al hecho. No lo alabó, pero tampoco lo fustigó. Indirectamente invitaba a la feligresía a asistir a la plaza. La curiosidad general se desbordaba.

A las once de la mañana, bajo un sol rajante, todo estaba listo para el esperado espectáculo. El Gran Dioso muy temprano, antes de misa de seis, había colocado un pequeño escenario con un cañón de espaldas al público, apuntando hacia una silla donde él se sentaría, la cual sí miraba a la concurrencia. Para su sorpresa, el alcalde había mandado a colocar infinidad de bancas mirando hacia la silla donde se sentaría el actor principal. Entre la silla destinada al Gran Dioso y el cañón –una antigua pieza de artillería de fines del siglo XIX– mediaban varios metros de mecha.

Empleados de la Alcaldía municipal se encargaron de cobrar la entrada. Toda la plaza había sido rodeada con lazos, y estaba custodiada por policías. 25 centavos por asistente, para varios miles que se agolparon, hacían una recaudación más que considerable.

El Gran Dioso, pasadas las once, apareció en escena. Siempre con su infaltable sombrero rojo, una pulcra camisa blanca, pantalón negro y zapatos prolijamente lustrados, con su inexpresiva cara recién afeitada se dirigió con parsimonia hacia la silla que le estaba reservada. El silencio se hizo sepulcral. Todas las miradas estaban concentradas en su persona.

Sin mediar palabra, encendió la punta de la mecha; la llama comenzó a correr hacia el cañón. La multitud contenía la respiración. Hasta el viento y los pájaros parecían haberse puesto de acuerdo en no hacer ningún ruido. Todo era una tensa espera.

La llama avanzó sobre la mecha, y en pocos segundos la misma se consumió por completo. De pronto, se produjo una gran explosión. ¡Bum!... y un denso humo cubrió la escena... Nadie pronunció una palabra.... Hasta que algún niño, ya aburrido, comenzó a marcharse, seguramente por no entender lo que estaba pasando.

Del Gran Dioso nadie vio nunca ni una uña. El sombrero rojo ahora lo usa, a veces, el hijo del alcalde, en general los días festivos. Eso fue lo único que se encontró. El Fordcito y el cañón fueron a parar a un depósito municipal, y allí siguen oxidándose a la intemperie.

## **Todo lo que usted siempre quiso saber sobre las brujas de Salem y nunca se atrevió a preguntar**

*Leer escuchando el Aleluya del Oratorio El Mesías, de Haendel, como fondo (funciona como antídoto).*

Alice Parris quería reivindicar el buen nombre de la familia. 300 años atrás, su antepasado, la esclava negra Tituba, de desconocida procedencia –¿del África?, ¿de La Martinica?– había sido condenada por bruja en el pequeño pueblo de Salem, Massachusetts, en 1692. Cabe decir que Alice llevaba el apellido de quien fuera el amo de Tituba allá por fines del siglo XVII, cuando tuvieron lugar los hechos tristemente célebres del poblado: el reverendo puritano Samuel Parris. Era costumbre que los esclavos tomaran el nombre de sus amos. Así fue como se constituyó la familia Parris con gente negra, paralelamente a los Parris blancos, provenientes de Irlanda, previo paso por las Antillas, todos devotos puritanos. Obviamente los negros eran los esclavos de los blancos.

Hoy Alice era guía turística. En todo su linaje se había mantenido el color negro, pues nunca había habido cruce con personas blancas. Los Parris negros eran ya una legendaria familia en el Salem actual. Varios de ellos habían llegado a la universidad. Y uno en particular – Oswald– había amasado una considerable fortuna con su tienda de electrodomésticos. El padre de Alice tenía una modesta imprenta, con la que no vivían mal.

Los Parris blancos, por el contrario, descendientes directos de aquel viejo reverendo llegado a Salem desde las islas del Caribe trayendo como esclava a Tituba junto a su propia hija Elizabeth y a su sobrina Abigail Williams, no habían tenido la mejor de las suertes. Peso a ello, la familia se fue quedando en el poblado y, andando el tiempo, ya nunca se fue. Por supuesto, siguieron siendo consecuentes puritanos, rígidos en sus creencias. Hoy, la que se consideraba la más directa representante de la familia Parris blanca, Candy, también trabajaba como guía de turismo, para el caso bajo las órdenes de Alice.

Ésta, casi como historiadora/detective/arqueóloga aficionada, estaba empeñada en aclarar esa oscura historia que continuaba siendo motivo de fascinación..., y también de vergüenza. La prácticamente totalidad de quienes visitaban el poblado lo hacían por las resonancias que había con toda la historia de los famosos juicios del siglo XVII. Si por algo era conocido Salem era por su historia de brujas.

Todo eso era motivo de cierta sonrisa cómplice entre sus habitantes. Nadie creía realmente en brujas, aquelarres ni alianzas con el demonio. No creían..., pero nadie lo negaba categóricamente. En realidad, eso hacía parte de un pacto secreto. En muy buena medida la economía del poblado dependía de los turistas que venían “a ver brujas”; por tanto, mejor no negarlo, mejor seguir la corriente. A nadie hacía mal, y por otro lado, era hasta divertido. Para Halloween las ganancias se disparaban exponencialmente. ¿Quién se querrá perder eso?

La rivalidad entre las dos familias Parris era histórica. Asentaba, por supuesto, en un racismo profundo que recorría buena parte del país, por no decir todo. La gente negra traída del África siglos atrás, aún al día de hoy, aunque hubiera obtenido cierto éxito económico como estos Parris, era discriminada. Alguna vez Candy dijo –cosa que llegó a oídos de Alice, y la desesperó– que ella, Candy, era “*pobre pero no negra*”.

“*¡Bruja hija de puta!*”, fue la reacción de la aludida. “*Bruja... ¡y racista!*”

En realidad lo que Alice buscaba afanosamente era limpiar la historia truculenta que acompañaba a su familia. O, en todo caso, buscaba venganza. La esclava Tituba era el punto de partida de la pelea.

Tres siglos atrás había tenido lugar el elemento desencadenante, y desde ese entonces eran más las cosas no dichas, lo silenciado, que lo que realmente se decía en el pueblo. Existía ese tácito acuerdo de silencio porque, en definitiva, la mentira urdida daba dinero con el turismo. Y en un país como Estados Unidos cualquier cosa se debe dejar de lado anteponiendo el dinero como lo primero. Si ahí hay un dios (¡o un diablo!) todopoderoso, es el dinero. “*Poderoso caballero es don dinero*”, gustaba de citar Alice en un muy buen español, dado que hablaba perfectamente esa lengua (igual que el francés) para su trabajo de guía turística.

Las confesiones de Tituba tres siglos atrás habían sido el disparador de esa cacería de brujas que se dio por un determinado período en Salem. Las hipótesis para explicarlo, al menos hoy día, eran varias. Quizá el clima de loco puritanismo, de fanatismo religioso en que vivía la población por aquel entonces había permitido esa andanada de denuncias, de ver brujería y demonios por todos lados. Casualmente, siempre las acusaciones iban para gente pobre. Cuando comenzaron a aparecer denuncias sobre connotados del pueblo, los juicios terminaron.

También se dijo que toda esa histeria colectiva respondía a rivalidades entre familias poderosas que se disputaban cuotas de poder, fundamentalmente entre los Putnam y los Porter, a la sazón los más distinguidos de aquel entonces. Las denuncias eran, en ese sentido, “pasadas de facturas”, métodos de presión, arteras armas en una despiadada lucha a muerte para acabar con el otro. Esa gigantomaquia, en definitiva, se servía de algunas víctimas sacrificiales, que para el caso eran las supuestas brujas y brujos que pululaban (o que se inventaban) por el Salem de aquellas épocas.

Toda esa persecución, esa inquisitorial locura colectiva desatada, tenía también como fundamento una misoginia de base, muy propia de la época, que sólo siglos después había ido cediendo, no desapareciendo, pero sí al menos atemperándose. El machismo, igual que el racismo, estaba en la génesis de toda esa fiebre generalizada.

Existía otra teoría aún, que reforzaba las anteriores explicaciones: la población podía haber sido víctima del “Fuego de San Antonio” o “Fuego del infierno”, lo que hoy día, con un lenguaje científico, se llamaría ergotismo. Es decir, una intoxicación causada por el *ergot* o cor-

nezuelo (*Claviceps purpurea*), hongo que contamina el centeno, y con menor frecuencia el trigo, la avena o la cebada, y que se ingiere al comer pan preparado con alguno de esos cereales corrompidos. De ese hongo deriva la ergotamina, con lo que en la actualidad se elabora el ácido lisérgico. En otros términos: los habitantes de Salem en 1692 habrían sufrido alucinaciones al igual que si en la actualidad hubieran utilizado LSD. Dado que lo dominante por aquella época era el espíritu religioso, con una fuerte dosis de fanatismo como había, tales visiones permitían ver brujas por todos lados.

Lo cierto es que, sin saberse a ciencia cierta por qué sucedió esa cacería en aquel año fatídico, la historia del pueblo atesoraba ese secreto. Nadie creía en verdad que se tratara de brujas; esas eran las habladurías populares que, al día de hoy, aseguran el movimiento turístico. ¿Quién podría creer en brujas en la actualidad?

Alice.

Ella, profunda estudiosa de estos fenómenos, era la única de su familia que seguía consecuentemente la pelea entre los dos clanes Parris. Sabía, por tradición oral y por haber desempolvado viejos documentos, que en el momento de los históricos juicios había habido peleas a muerte entre dos brujas, y que esas antiguas luchas estaban marcadas en el destino que esos combates mantendrían por los tiempos de los tiempos en Salem.

Pero sabía también que las peleas entre brujas ¡son descomunales! Las peores de todas, abominables, terribles. El diablo se regocijaba de ello..., según decía la tradición. No había cosa que lo excitara más que ver dos de sus mujeres peleándose por él. Estaba claro que en el clan Parris negro la bruja en cuestión era la desaparecida Tituba. Pero no se tenía certeza sobre quién lo era en el grupo Parris blanco. Alice estaba obsesionada con eso. Sabía, pero más aún: lo sentía, pues la sangre le hervía y había algo visceral que se lo marcaba, que esa lucha estaba recomenzando con una fuerza infinitamente aumentada.

Puntillosa escudriñadora de todo esto como era, en una de sus incansables lecturas había descubierto en un pasaje del *Malleus Maleficarum*, también conocido como “Martillo de las brujas”, publicado en latín en 1487 por los monjes inquisidores dominicos de origen alemán Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, que las brujas, al ser sometidas a juicio, si no mueren, entran en un período de hibernación por 300 años. Luego de ese tiempo, reaparecen. Y su poder, acrecentado por los años de espera, es más maléfico que antes. En el momento que sucedía esta historia que ahora relatamos, se acababan de cumplir esos años, los tres siglos. Por tanto, alarmadísima, Alice se puso a trabajar denodadamente para terminar de una vez con ese regreso de esta impía mujer de Satán.

Entre brujas, en general, se defienden, se apañan; incluso hasta pueden mantener relaciones carnales. Las escobas, además de vehículo, sirven para eso. Es muy raro que se denuncien. Sin embargo, ello puede pasar. Es casi excepcional, pero sucede. Ello se debe a amores excesivamente grandes de su amo, el demonio, compartido por igual con dos de sus pupilas al mismo tiempo. En esos casos, raros pero no imposibles, no es el mismo demonio el que deci-

de la suerte de las enfrentadas, sino que la pugna queda en mano de las mismas brujas. Y en esos casos, se vale todo. De ahí que puede llegarse al extremo que una bruja, por supuesto con apariencia no brujeril, denuncie a su contrincante ante un tribunal religioso –de la religión enfrentada con el dios Lucifer, por supuesto–.

Nadie lo expresaba con exactitud, pero era conocido en todo Salem, al menos por las familias más tradicionales, que la esclava Tituba, acusada por Elizabeth Parris y Abigail Williams de cometer brujería en su contra, en realidad nunca fue juzgada. Sólo pasó una breve temporada en la cárcel y luego, misteriosamente, había desaparecido. Pero en verdad –así lo decía el libro citado en alguno de sus perdidos rincones, como glosa marginal– que en esos casos de denuncia, quien se fortalecía luego del proceso (en esta situación, con la espera de 300 años) no era la bruja atacada... ¡sino la atacante!

Tituba había sido la atacada. Luego del suplicio aplicado por su amo, el reverendo Samuel Parris –se dice que le introdujo un hierro candente en la vagina para hacerla hablar– confesó su pacto con Lucifer. Entre gemidos y aullidos aterrorizadores, con espuma en la boca reveló –así constaba en las actas de uno de los juicios; no el suyo, sino el de otra presunta bruja: Sarah Osborne– que volaba en su escoba, que mantenía relaciones sexuales pecaminosas (coito anal) con el diablo, que había devorado a cuatro de los hijos nacidos de esos encuentros, y habló de sacrificios con animales como perros negros, cerdos con cola bífida, ratas rojas y lobos que vociferaban palabras humanas sicalípticas y escupían leche mezclada con sangre.

Lo que le resultaba más curioso a Alice es que las supuestas embrujadas por Tituba –Elizabeth y Abigail– nunca fueron exorcizadas, y en ningún lado constaba cómo salieron del embrujo. Se supone que, de haber sido cierto el efecto del hechizo de la negra esclava, ambas jovencitas deberían haber pasado por una cura, un antídoto para “desintoxicarse”. Pero nada de ello constaba en ningún documento. “¿Cómo salieron del hechizo?”, se preguntaba insistente.

Eso había llevado a pensar a Alice que no había tal hechizo (entre brujas no funcionan los hechizos, eso es ya largamente sabido). Era bastante obvio que había sido todo un montaje de las muchachas, seguramente con apoyo de su familia, para forzar un juicio con Tituba. Evidentemente la actuación había funcionado. Los gritos, contorsiones y convulsiones de las jóvenes habían impresionado al público y a los jueces; todo ello era motivo suficiente para enjuiciar a la esclava del reverendo Parris. Era obvio también que el reverendo era parte del plan. De lo que se trataba, en definitiva, era de demoler a la rama negra de esas mujeres de Satán que venían de las Antillas. Las únicas esposas legítimas del Rey de las Tinieblas querían ser las Parris blancas. Candy era la descendiente directa de esa tradición. Por eso, había podido llegar a deducir Alice, había que eliminarla a toda costa ahora que los tres siglos de espera habían culminado.

Cuando Alice lo habló con su padre, el tipógrafo Bruce Parris, dueño de una pequeña imprenta artesanal –Lucy Fer Graphics Workshops–, éste rió benevolente.



*“No, hija. Me parece que estás desvariando. Ya quedó más que demostrado que aquella que dicen que fue nuestro antepasada, la esclava Tituba, sólo para seguirles la corriente se declaró bruja. ¡Pero las brujas no existen! Sucede que en aquel entonces, todos unos fanáticos fundamentalistas, veían apariciones por todos lados. ¿Quién podría haberse resistido a esas torturas como dicen que le hizo el reverendo? ¡No hay brujas, Alice! ¡No las hay! Quitémonos todas esas pamplinas de la mente, mi amorcito”.*

Esas palabras, así como entraron por una oreja en la cabeza de Alice, salieron por la otra sin dejar la más mínima huella. Su convicción respecto a la historia que se había ido forjando en relación a los pactos con Satán era total, absoluta. Tal como lo era su desprecio –y ahora su temor– por Candy, su empleada blanca, con la que compartía similar apellido.

Candy, en realidad, era una tímida joven veinteañera; trabajaba como guía turística y tenía un novio con el que planeaba casarse y tener tres hijos. Alice tenía 33 años, *“la edad de Jesús de Nazareth, ese circuncidado rey de los judíos cuando fue crucificado por subversivo”* según gustaba decir. Era soltera, y nunca se le había conocido pareja. La timorata empleada casi no hablada con su jefa. Cuando se dirigía a ella, siempre con sumo respeto, solía ponerse toda roja de la vergüenza. Ni siquiera se le podía cruzar por su imaginación que su superior la detestaba de la forma que lo hacía. Mucho menos que albergaba contra ella todas esas ideas de venganza, de retaliación. Hubiera muerto de terror de enterarse que quería repetir con ella el suplicio del hierro candente utilizado por el reverendo Parris en 1692. De haber sabido que Alice quería lavar el nombre de Tituba, una esclava muerta hacía 300 años, seguramente hubiera echado a reír..., o se hubiera marchado sin decir palabra quizá, entre horrorizada y consternada.

*“Se hace la santita, pero es la peor de las peores concubinas que ha tenido nuestro Padre Todopoderoso, el Gran Lucifer, Amo y Señor nuestro y de nuestras vaginas”*, vociferaba Alice en la mesa familiar. Ya habían comenzado a pensar en su círculo cercano la posibilidad de una internación en algún hospital psiquiátrico, cosa que, por supuesto, no iba a resultar fácil.

Alice preparó las condiciones para “el gran día”, como dio en llamarlo. Según documentos desempolvados quién sabe de dónde, afirmaba que tenía que ser el segundo miércoles del mes. Para la ocasión, tenía que estar ataviada convenientemente. Por tanto, ese día llegó a su trabajo más temprano que lo habitual y se encerró en su oficina. Se vistió con una toga color púrpura, lo cual llamó mucho la atención luego, cuando se la encontró. Llevó también una pequeña estufa eléctrica con la que calentó el hierro sacrificial hasta ponerlo al rojo vivo. Con unas tenazas pensaba retenerlo, para cuando comenzara la operación planificada. A tales efectos preparó sendas tazas de café; la destinada a Candy tenía suficiente soporíferos para dormir a tres elefantes, como mínimo. A las 8: 35 de la mañana, unos minutos después de abierta la agencia y cuando se informó que ya su empleada había llegado, la mandó a llamar a su despacho con cualquier excusa. Candy, temblorosa, se presentó de inmediato.

Lo curioso es que nadie la vio salir. La taza destinada a ella no había sido tocada, y el hierro candente, increíblemente retorcido, se alojaba en la sangrante vagina de Alice, no en la de

Candy. El médico forense de la policía, a eso de las 9 de la mañana, estimó que hacía una media hora que había sucedido el hecho. Nadie escuchó gritos, nadie sintió forcejeos; nada había fuera de su lugar en la oficina de Alice. Solamente su cuerpo con ese hierro clavado, todavía algo caliente cuando la encontraron.

Lo llamativo fue el papel hallado junto al cadáver. Era una fotocopia de un libro que se suponía bastante antiguo. Luego los investigadores del FBI pudieron determinar que se trataba del “Malleus maleficarum”. La fotocopia presentaba un texto en latín, abajo del cual se veía una traducción al inglés escrita a mano, en color azul. Algunas empleadas de la agencia de viaje, sin poderlo asegurar de modo categórico, dijeron que creían era la letra de Candy. El texto de marras decía: *“Las brujas de la clase superior engullen y devoran a los niños de la propia especie. (...) Ésta es la peor clase de brujas que hay, ya que persigue causarle a sus semejantes daños inconmensurables. (...) Entre sus artes está la de inspirar odio y amor desatinados, según su conveniencia; cuando ellas quieren, pueden dirigir contra una persona las descargas eléctricas y hacer que las chispas le quiten la vida, así como también pueden matar a personas y animales por otros varios procedimientos”*.

Lo más inexplicable fue la inscripción encontrada en la ropa interior de Alice; era sangre – luego se pudo determinar que porcina–, y en inglés rezaba: *“¡Volvi!”*

## Lo sabía...

Martin lo sabía. Desde el primer momento, siempre lo supo: ¡eso era imposible, un sueño afiebrado, una locura!

Lo sabía, y así lo decidió. O, al menos, eso creía. Su sensación era que él tomaba la última palabra, que esa era una decisión suya. Eso lo hacía sentir poderoso.

Más de alguna vez le habían dicho que había nacido para fracasar. Efectivamente, su vida era una larga suma de desaciertos, de fiascos. No era judío, ni tampoco comunista, ni homosexual, ni gitano..., pero había pasado dos largos años en el campo de concentración de Buchenwald. Nunca le pidieron perdón explícitamente. Ni él mismo podía explicarse por qué estuvo ahí... ¡Pero estuvo! Y no del lado de los alemanes, por supuesto, pese a ser todo un ario puro, rubio de ojos azules y más de un metro ochenta de altura con una piel tan blanca que llamaba la atención.

Terminado ese infierno, terminada la guerra, vinieron nuevos infiernos. Curiosamente Martin siempre sonreía con un aire bonachón. Jamás se lo veía triste. Pero nadie sabía tampoco qué sentía hondamente. Era muy reservado para sus cosas personales. Bien observada, su sonrisa, más que bonachona tenía algo de sarcástica. ¿De satánica quizá?

Con su esposa mantenía una relación muy superficial. Luego de engendrados los hijos, sus vidas sexuales eran muy pobres. Ninguno de los dos tenía relaciones por fuera del matrimonio, y en la pareja solamente se limitaban a cumplir con los ritos sociales mínimos que las circunstancias obligaban. De cierta forma, estaban separados sin estarlo. Ya había perdido la cuenta desde cuándo dormían dándose la espalda. Sus tres hijos, como no podía ser de otro modo por ser un producto suyo, también hacían parte de esta cadena de fracasos. O, al menos, así lo sentía Martin. La mayor, Ingeborg, era lesbiana –por supuesto, mantenido en el más riguroso secreto–; Klaus era alcohólico, y Berta quería meterse a monja. Él era católico, de lo que se sentía orgulloso. Pero tener una hija religiosa no era lo que más le satisfacía precisamente. En cierta forma lo sentía también como una derrota.

Klaus, con 23 años cuando sucedió la historia que estamos relatando, era ya desde su adolescencia un bebedor compulsivo. Su novia, Pauline –personaje central en lo que vendrá– lo había abandonado por eso. El muchacho había probado con varios trabajos, pero en ninguno duraba mucho. Pauline, jovencita adorable y que se había metido muy hondamente en el corazón de la familia, le dio innumerables ultimatos para que cambiara su conducta alcohólica, pero Klaus nunca lo hizo. Por el contrario, cada vez más se sumergía en el consumo.

La cercanía de Pauline con su suegro, Martin, había dado como resultado una gran confianza entre ambos. Se tuteaban con la más absoluta naturalidad, cosa llamativa para la época. Pauline llegó a contarle intimidades que ni siquiera a sus padres o hermanas confiaba. Del mismo modo, Martin se abrió completamente con la joven. También le compartía secretos, fantasías

bien guardadas. Le hablaba de la frialdad de su matrimonio, de su eterna sensación de fracaso, de su falta de ánimo para la vida más allá de la bien estudiada sonrisa con que siempre aparecía.

Esa confianza fue dando lugar a sentimientos más potentes, menos “familiares” y más volcánicos. Para Pauline era la sensación de tener un padre-amigo con quien podía contar. Pero sin saberlo –¿o lo sabría?– fue abriendo la puerta para algo más. Pequeños detalles, inadvertidos quizá para quien viera la relación desde fuera, fueron construyendo un ámbito que desbordaba por mucho la simple familiaridad de un varón de más de cincuenta años con una jovencita veinteañera. Miradas cómplices, pequeños detalles como compartir los mismos cubiertos en la mesa, tirarse una bolita de nieve a la cara en gesto simpático, lágrimas que brotaban a veces cuando se sinceraban en la soledad de la salita del fondo de la casa, fueron dando lugar a un sentimiento que los comenzó a alterar.

Para Pauline, en verdad, nunca pasó de un extraño juego que, efectivamente, la alegraba, quizá la erotizaba en cierta forma –aunque ella prefiriese no enterarse–, pero del que nunca esperó más. Para Martin, sin dudas con una pesada historia de derrotas a sus espaldas, la presencia de esa joven era una fuente de vitalidad. Una vez le confesó, bañándose en lágrimas, que su vida se dividía en antes y después de conocerla. Ella tomó la confesión con cierta frialdad. Pero Martin comenzó a soñar.

“*Soñar nos mantiene despiertos*” leyó en algún libro de filosofía romántica, esos que el nazismo de años atrás había levantado como la gran creación intelectual aria. La frase pasó a ser la insignia de su vida: si la vida le resultaba tan trabajosa, tan pesada, mantener vivo un sueño le insuflaba energía. Una energía que le procuraba la más profunda de las satisfacciones.

Aunque ella no se dio por enterada, Pauline se transformó en lo más importante para Martin.

Si bien había roto con su hijo Klaus, quien seguía sumergiéndose día a día en el alcohol, la muchacha continuaba viéndose a diario con Martin. Ambos trabajaban en el mismo taller de orfebrería. Él era un avezado maestro en el asunto; ella una destacada aprendiz. Esa relación laboral los hacía verse cotidianamente. Pero hablaban muy poco en el trabajo, nunca más allá de lo estrictamente técnico, y sólo cuando era necesario; a veces pasaba toda una semana donde casi no se dirigían la palabra. Martin comenzó a escribirle cartas de amor.

Pauline las recibía con una actitud confusa: no las rechazaba abiertamente, pero tampoco las contestaba. Aunque, a veces, venían esas respuestas desconcertantes: un pequeño presente dejado para Martin en su mesa de trabajo –un chocolate, un caramelo–, o una sonrisa nada inocente, quizá un suspiro en su cercanía. Martin soñaba. “*La vida fluye y nos da sorpresas*”, afirmaba Pauline a veces. Para su amante secreto eso constituía ya una jurada declaración de amor. Aunque quizá fantaseaba muchísimo más de lo que la realidad le autorizaba. Pero esos sueños, tal como la frase del autor leído se lo recordaba a diario, lo mantenían despierto, vivo. Su vida había vuelto a tener sentido.

Como artesano joyero no era malo. Podría haberse independizado en algún momento y haber abierto su propio negocio, tal como su esposa se lo proponía. Su pusilanimidad, la sensación que fracasaría en el intento –como le sucedía con todo– se lo había impedido. Refunfuñando por lo bajo, había seguido siendo siempre un dependiente, con un salario que, si bien le permitía vivir, nunca lo había sacado de la relativa precariedad. Al aparecer Pauline hasta había soñado separarse de su mujer, proponerle matrimonio a la joven y abrir su propio taller. De todos modos, no pasó del sueño.

Klaus ya ni siquiera mencionaba a la que fuera su novia. El alcohol lo tenía atrapado. Eso era un puñal atravesado en el pecho para Martin, pero al mismo tiempo le dejaba la oportunidad de soñar con la que podría haber sido su nuera. Aunque al mismo tiempo, eso lo llenaba de culpa y vergüenza. Más de alguna vez había pensado cómo encarar a su esposa para decirle que estaba profundamente enamorado de esa muchacha. Sin embargo, ¿para qué decirlo, si la joven no lo tomaba como objeto amoroso?

El sueño no pasaba de quimera irrealizable. Él lo sabía. Desde el día en que descubrió que estaba enamorado de ella supo que eso no tenía futuro, que no podía ser, que era una locura. Pero... soñar lo mantenía despierto.

Era la década del 70, y ya para ese entonces se comenzaban a popularizar las escuelas de paracaidismo. Constituían aún un esnobismo, muy caro por cierto. De todos modos Martin tomó la decisión. Por supuesto lo hizo a escondidas de todos, también de Pauline. Simplemente le hizo saber que *“algo grande estaba por venir”*. La joven no entendió exactamente a qué se refería, pero pensó –¿esperó?– que Martin se decidiría a hacerle una propuesta amorosa. El desenlace que tuvo la historia no se lo imaginaba.

Martin lo sabía, lo supo siempre desde el primer momento. Simplemente estaba esperando la ocasión oportuna. ¡Y la ocasión había llegado!

Con unos ahorros secretos que tenía, disimulando muy bien toda la operación, comenzó a tomar sus cursos de paracaidismo. Asistía los sábados por la tarde, y armó todo de tal manera que no levantó ninguna sospecha en su familia. Tampoco a Pauline le comentó palabra del asunto.

Luego de un par de meses de entrenamientos, llegó el momento del primer salto. Llevaba los dos equipos, el principal y el de emergencia. Su instructor era sumamente puntilloso con cada detalle, y si algo no hubiera funcionado, sin dudas no le hubiera permitido abordar el avión. Por tanto, fue más que obvio que la decisión fue de Martin. No fue un error.

Con el ritmo cardíaco acelerado, sudando frío, saltó en tercer lugar, luego de dos jovencitos muy intrépidos. Él era apodado “el abuelo” en el grupo de los jóvenes paracaidistas. Eso no le preocupaba; por el contrario, le llenaba de orgullo. Ya en el avión, mientras llegaban a la altura propicia para el salto, se atrevió a comunicarlo a sus acompañantes: saltaba como parte de una promesa que se había hecho con su, por ahora, amante secreta, una jovencita de 22 años

con quien, luego de esta primera experiencia en el paracaídas, se iría a vivir. La noticia dejó sorprendidos a todos. Recibió varias felicitaciones. “*¡Viejo astuto!*”, “*¡Te envidiamos, viejo zorro!*”, “*¡Eres de los nuestros!*”, fueron algunas de las palabras –ferozmente machistas– que recibió como aliento, como premio, como gesto de admiración.

Martin lo sabía, lo sabía desde el momento en que decidió tomar el curso, desde la primera clase. No se le olvidaba un solo detalle de las explicaciones, minucioso como era para todo. Si ninguno de los dos paracaídas se abrió, sin dudas no fue por accidente. Él lo sabía y lo tenía fatalmente calculado. Dijo luego el instructor que le comenzó acompañando en la caída, que tenía una cara de satisfacción cuando iba por el aire que le asustó: “*no era una cara de humano. Parecía un ángel de esos que se ven en las iglesias, gozoso, pleno*”, comentó aún impresionado por lo acontecido.

Nunca pudo demostrarse que fuera suicidio. No dejó carta alguna ni indicio que así lo permitiera pensar. Pero hubo un dato muy significativo: no fue Berta, su hija, la que finalmente se convirtió en religiosa. Fue Pauline.

En el diario personal que se pudo rescatar luego del incendio que consumió el convento, y del que Pauline –bautizada Sor Rita para su vida religiosa– pudo escapar milagrosamente, años después tuve la ocasión de leer que ella, aun siendo una laica, había escrito antes del fatídico salto: “*quizá ya llegó el momento y se me declare. Si no, lo haré yo*”.

## Experimento

El ingeniero Homer Cooper tenía motivos para estar orgulloso: en dos ocasiones había recibido reconocimientos por sus “importantes servicios a la Patria”, habiendo diseñado armas novedosas para su gobierno, las que le valieron abundantes dólares y sendas medallas al mérito.

Por otro lado, completaba ese orgullo su hija Betty, promisorio soprano que, con sus 21 años, ya había comenzado una prometedor carrera musical como cantante lírica.

Quien no lo enorgullecía sino, por el contrario, lo llenaba de ira y vergüenza era su hijo menor: Bob. Con apenas 18 años ya tenía una larga trayectoria de drogodependiente, lo que hacía muy difícil su permanencia en la universidad. Por lo pronto, ya tenía en su haber dos internaciones en clínicas de recuperación, sin que se viera por lo pronto un pronóstico alentador. Era heroinómano.

El ingeniero Cooper era un absoluto fanático del trabajo. Un “trabajólico”, para ser exacto. Pasaba doce, catorce hasta dieciséis horas diarias enfrascado en sus labores. Su esposa, una adorable texana once años menor que él –él tenía 62– ya había perdido las esperanzas con su esposo. El tercer hijo nunca llegó, fundamentalmente porque Homer “ya había cumplido con la paternidad”, como solía decir, y desde hacía años se dedicaba sólo al trabajo. Había perdido la cuenta de cuándo fue la última vez que hicieron el amor, por eso Katherine había recurrido a amantes ocasionales (varios).

Homer, desde que se graduó con honores en la universidad con apenas 23 años, había trabajado en todo momento para el gobierno federal, pasando varias etapas en su carrera, pero siempre “defendiendo la patria” del ataque de “malvados extranjeros”: primero los comunistas, más tarde los fundamentalistas musulmanes, recientemente los narcotraficantes latinoamericanos. Secretamente –cosa de la que hablaba muy poco o nada en su familia– también tenía como potencial enemigo a los afrodescendientes de su país y a los pueblos originarios de América Latina, esos “atrasados campesinos indígenas que aún andan arando con bueyes”. Sin contar con los chinos, a quienes odiaba visceralmente. “Huelen siempre a ajo”, protestaba airado.

Ingeniero industrial como era, su pasión se centraba en el campo de las armas sofisticadas de la más refinada tecnología. Las medallas obtenidas en su larga trayectoria eran reconocimiento a avances en esa materia. Ahora, dese hacía ya casi dos años, estaba trabajando como director de un proyecto ultra secreto del que muy pocas personas sabían algo. El presidente y el vicepresidente de la nación, el Jefe del Pentágono, el Director de la CIA y el equipo de sus cuatro colaboradores, todos bajo riguroso juramento de secreto de Estado, conocían de la iniciativa. Quizá alguna amante de alguno de los varones de este grupo, por descuido involuntario del confesor –o porque la susodicha trabajaba para algún servicio de inteligencia extranjero – sabía algo al respecto; sus respectivas esposas, seguro que no.

Homer no tenía amante ni amigos. Además, fuera de lo absolutamente imprescindible, casi no hablaba con nadie, ni con su esposa ni con sus hijos. Apenas algunas palabras de cortesía para con sus jefes, y saludos formales para los empleados subordinados cuando era necesario. Muchas veces, incluso, se olvidaba de saludar.

La vez que más se emocionó y de la que se recordaba con cariño fue en una memorable presentación de su hija Betty, cuando debutó oficialmente en un teatro interpretando algunos pasajes de ópera. Emocionarse, para Homer, era poder esbozar una sonrisa. El ramo de rosas rojas que le hizo llegar con una empalagosa dedicatoria –que, en realidad, escribió su secretaria– fue, quizá, la muestra pasional más grande que tuvo en su vida. Al igual que el insulto que profirió cuando cayó preso por vez primera su hijo, detenido por la policía en estado de intoxicación con cocaína. Como muestra de apasionada furia, en esa ocasión se permitió decir: “¡caramba!”

El proyecto en el que se hallaba enfrascado ahora –bautizado Dinosaurio dorado– había costado grandes sumas de dinero. De todos modos, nadie reprochaba eso; el objetivo perseguido bien valía la pena. Al menos, así lo entendían los funcionarios de gobierno que lo impulsaban. En definitiva, era vital para el mantenimiento global del sistema: Estados Unidos necesitaba cada vez más controlar su expandido imperio pero sin exponer sus propias tropas. De ahí que fuera imperioso contar con tecnologías bélicas letales, terriblemente letales y muy eficientes, pero que no comprometieran ni personal estadounidense ni dieran flanco a que se le pudiera atacar como violador de derechos humanos. Lo que buscaba el ingeniero Cooper justamente iba en ese rumbo: algo no letal, pero más terrible aún.

“Mecanismo de control mental total” llevaba por nombre el dispositivo desarrollado. Ya estaba listo; faltaban aún las pruebas finales. Contrario a otros experimentos, donde sobraban los sujetos de experimentación, aquí era difícil conseguir candidatos que gustosamente se prestaran a hacer de cobayos. Para el caso, no era fácil que alguien se dejara manipular abiertamente, sometándose por entero a la voluntad de quien lo controlara, sin la más mínima capacidad de decidir nada, sin posibilidad de reacción. Así, al menos, estaba concebido el producto: una tecnología que podía no sólo influenciar sino someter abiertamente a quien fuera alcanzado por ella, manejarle la vida, anularlo como sujeto independiente.

La idea que alentaba el desarrollo de esta nueva arma era diabólica. A través de la combinación de complejos programas computacionales con un minucioso mapeo de determinadas funciones neurológicas, se habían aislado alrededor de 300 conductas posibles sobre las que se quería actuar. En síntesis, a través de la programación de esquemas bastante cerrados se pretendía influir en el sistema nervioso central del enemigo (una persona, un grupo, la población de toda una región, de un país) induciendo determinados comportamientos, de modo tal que nadie pudiera sospechar sobre las motivaciones en juego. Por ejemplo, programando el manejo de esfínteres, en un adulto se podía establecer que, de un momento a otro, dejara de controlarlos. Eso, que en un caso individual podría hasta resultar risible, pensado como estrategia bélica contra toda una población –todo el mundo orinándose y defecándose encima sin control a partir de un simple disparo de unas ondas hecho, por ejemplo, desde un avión supersónico–



podía ser un arma tremenda, con un poder inconmensurable, por cuanto dejaba sin defensa al adversario, reduciéndolo en su intimidad condenándolo a rendirse sin atenuantes.

Las conductas sobre las que se pretendía actuar eran diversas: esquemas varios de pensamiento, emociones variadas, llanto, risa, dolor, consumo de alcohol, actividades nutricionales, manejo de la musculatura estriada, valores religiosos y éticos más un largo etcétera que quedaba a criterio de quien empleara el arma. Por supuesto, el proyecto era terriblemente “sanguinario”, sin hacer correr una sola gota de sangre. De momento eran muchos los interrogantes: no se sabía con exactitud cómo respondería un ser humano a esa programación de su conducta, ni tampoco se sabía por cuánto tiempo podría durar el efecto, si es que había alguno. Toda la iniciativa tenía, sin dudas, un carácter de película de terror. Algunos consideraban al ingeniero Cooper un nuevo –y más desquiciado– doctor Frankenstein. Seguramente no se equivocaban. De todos modos, nadie oponía resistencias al experimento. Por el contrario, los pocos sabedores del mismo esperaban el producto final con honda expectativa.

En el desarrollo del programa se había tenido contacto con numerosos expertos y asesores. Sin explicar exactamente cuál era el fin último de tamaña empresa, se buscaba conocer opiniones, sugerencias, aportes. Muchos (neurólogos fundamentalmente) desestimaban la idea por loca, por irrealizable en términos prácticos. Un connotado psicoanalista al que se había consultado –el Dr. David Kohan, de reconocida reputación– rió estruendoso cuando conoció la idea: “¿cómo programar el deseo humano, las luchas por el poder, las cosas más erráticas y contradictorias que existen en el universo?”, explotó entre sorprendido e hilarante.

El dispositivo, al menos en su apariencia y su manejo final, era bastante sencillo: tenía la forma de un arma larga, con una pequeña pantalla parabólica en su extremo final, la que debía apuntarse hacia la cabeza del enemigo. La parte esencial del ingenio estaba en los laboratorios (de momento, en una oficina de acceso restringido del Pentágono); era allí, en un banco de computadoras, donde se programaban los “nuevos comportamientos”. También estaba previsto “bombardear” poblaciones enteras fuera del país, para lo que se había trabajado sobre un modelo que podía ser cargado discretamente en un avión comercial estadounidense y que actuara en su “inocente” recorrido al pasar por el espacio aéreo de la nación en cuestión sin despertar la más mínima sospecha. Y si ello no era posible, se contemplaba también la posibilidad de atacar desde satélites geoestacionarios, haciendo llegar las ondas a todo un continente. Pero ahora venía la prueba de fuego: ante todo, había que constatar la efectividad en un contacto directo persona a persona con alguien a quien se le dispara.

El disparo, claro está, era de ondas electromagnéticas. No dejaba rastros físicos, no producía heridas ni dolor, no dañaba en términos anatómicos. Las consecuencias eran de otro tipo.

Se había experimentado con numerosos animales de laboratorio, siendo las pruebas siempre exitosas. Por lo pronto, había quedado evidenciado que era posible modificar la conducta instintiva de numerosos monos, perros, gatos, vacas y hasta incluso insectos. Ahora tocaba ver eso con seres humanos.

Si bien no era el principal problema, no obstante la elección de candidatos no estaba resultando fácil. Por un lado, porque no cualquiera estaría dispuesto a que le manipularan abiertamente su mentalidad (su razón, sus emociones) sin saber qué pasaría luego de la prueba; y por otro, porque había que manejar el asunto con total discreción, como verdadero secreto de Estado que era. Permitir que se supiera podía ser el fracaso total del proyecto.

De camino a su casa, manejando por una autopista y con el aparato (apodado X-80 por el pequeño equipo de científicos) desarmado en el baúl de su vehículo, tuvo la idea: su hijo Bob sería el blanco.

Con disimulo bajó las piezas del arma, las que no llamaron especialmente la atención de su familia. Eran las 8 de la noche, y como cosa inusual Bob se hallaba en casa. Homer demoró no más de media hora en terminar de programar lo que buscaba; básicamente, la conducta a alterar –eso lo había decidido mientras conducía de regreso a casa– era el consumo compulsivo de drogas ilegales por parte de su hijo.

Según la potencia con que se programara, los efectos deberían ser más o menos duraderos. En los animales de experimentación, esos efectos eran palpables, constatables a la vista. En seres humanos se abría la incógnita: ¿se podría programar de tal forma la vida de las personas? Bob sería el primero en dar la respuesta.

Mientras su hijo miraba televisión en su cuarto con la puerta abierta, con sumo disimulo Homer dirigió la antena parabólica hacia su nuca, casi como al pasar. Por lo pronto Bob ni siquiera se enteró. Eso sucedió como a las 10 hs. de la noche.

Al día siguiente, a media mañana el muchacho moría de la angustia por hablar con su padre. Tenía algo sumamente importante que contarle; incluso prefirió no decírselo a su madre, que aquel día se había quedado en la casa no yendo a su oficina de abogada. Alrededor de media mañana no aguantó más y por teléfono le comunicó a Homer la decisión tomada: dejaría las drogas, y además... quería abrazar la vida religiosa. Pero no sólo eso, sino que la sensación de pecado lo había inundado, tornándosele un suplicio su condición de –según dijo– “asqueroso macho pecador”, por lo que también quería cambiar de sexo.

Al mismo tiempo cumplió todo: se sometió a la operación, entró como novicia a un convento de monjas y, por supuesto, dejó las drogas. Ahora vive en una casa de retiro en las afueras de Santa Fe, Nuevo México. El invento de su padre debió ser sometido a nuevos desarrollos para hacerlo más efectivo.

## Kalynka maya

No era la primera vez que viajaba a Gran Bretaña, aunque sí la primera que lo hacía para esta nueva compañía petrolera. Su inglés era excelente, sin dudas. Pero además, y fundamentalmente, era su preparación gerencial la que lo había llevado a ocupar ese puesto: director de relaciones comerciales internacionales. No era común que alguien a los 35 años pudiera llegar allí.

Piotr Petróvich siempre había destacado en todo lo que hacía. Ser el nieto de uno de los soldados más famosos de la Gran Guerra Patria no era cualquier cosa: en los años de la Unión Soviética le había deportado muchas satisfacciones. Ahora, en la Rusia capitalista, también había sabido aprovecharlo. Su abuelo había sido uno de los muchachos –veinteañeros en aquel entonces, acompañando a Melitón Varlámovich Kantaria y Mijaíl Yegórov– que aparecían en la hoy día ya mítica foto de los soldados soviéticos colocando la bandera roja en lo alto del Reichstag, en Berlín, marcando así el final de la aventura nazi y el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Años atrás, Piotr Petróvich había sido un activo militante de la Juventud del Partido Comunista. Comprometido, estudioso, siempre listo para cualquier actividad, era un ejemplo para todos sus compañeros. La imagen de su abuelo, Gavrilovich Mishe, que le relatara una y mil veces anécdotas de la guerra y de la granja colectiva donde luego trabajara, continuaba aún hoy siendo uno de sus principales guías, más aún que la de su padre.

Con la caída del socialismo Piotr Petróvich había entrado en shock. No podía entender cómo una potencia tan sólida, con principios tan arraigados, heroicamente vencedora de la monstruosa guerra que se había librado en su contra, podía caer casi sin pena ni gloria. Él se sentía hondamente un militante comunista. En el momento de la desintegración, cuando el presidente Yeltsin lo anunciaba, por más de una semana no le dirigió la palabra a nadie, absolutamente a nadie. Se encerró en un cuarto de su casa y bebió vodka como nunca antes lo había hecho ni nunca jamás lo volvería a hacer.

En un momento de esa crisis incluso llegó a pensar en suicidarse. Pero desde que, al año siguiente de la caída, conoció la obra de ese mezquino pensador estadounidense de origen japonés que preconizaba el fin de la historia, algo se disparó en él dotándolo de una nueva fuerza, infinitamente más arraigada que las anteriores convicciones. “¿Cómo «el fin de la historia»? ¡Está loco! La historia nunca termina”, se decía con fiereza.

Con motivo de los enormes cambios que sufría el país para esos momentos, Piotr Petróvich perdió su trabajo como administrador de una fábrica de botas en Moscú. Desesperanzado de todo, tuvo que hacer increíbles esfuerzos para no dejarse arrastrar por la tentación de beber. Su primer hijo, en ese momento el único, Vassily, sufrió grandes penurias por la desocupación de su padre. El salario de su madre –profesora de escuela media– de pronto cayó a menos de la mitad, por lo que toda la familia muy magramente pudo sobrevivir con ese único ingre-

so. Debieron pasar casi diez años para que Piotr encontrara un buen puesto. Fue ahí cuando llegó la hija: Lidochka.

Su indiscutida capacidad le permitió afrontar el temporal en los peores momentos. Haciendo tremendos sacrificios, tanto él como su compañera Stasia, pudieron mantener vivo a Vassily, y pese a lo tormentoso que se había vuelto todo, sobrevivir ellos de algún modo. Por absoluta capacidad personal, sin apelar a ningún contacto ni recomendación –Piotr Petróvich siempre había sido mortal enemigo de esos favoritismos dentro del Partido, de aquí que fuera un acérrimo crítico de la Nomenklatura– logró entrar en esta nueva empresa petrolera privada.

Era una compañía pequeña, fundada por ex funcionarios soviéticos de segunda línea. No disponían de enormes capitales, pero sí tenían muchas relaciones, tanto en Rusia como en el extranjero, lo que les permitía moverse con soltura. Ahora habían seleccionado muy cuidadosamente a ciertos cuadros para intentar relaciones con inversionistas extranjeros. El primer disparo era hacia Gran Bretaña.

Dado que Piotr Petróvich era un maestro para el arte diplomático, se había confiado en él para este primer acercamiento: viajaba a Londres para verse con funcionarios de primera línea de la Royal Dutch Shell. Iba acompañado por su asistente, el joven Rishim Fedyenka. Había fuertes expectativas sobre lo que se podía lograr; la carta que ofrecían los empresarios rusos era conseguir de Moscú derechos de prospección para nuevos campos petroleros en Siberia que, de ser rentables, explotarían conjuntamente el gigante anglo-holandés con esta nueva empresa rusa. El porcentaje que había que dejar al gobierno ruso ya se había negociado en un 7,5% de las ganancias de los diez primeros años.

A Piotr Petróvich le dolía muy profundamente en lo más recóndito de su alma ser parte de estos negociados; se sentía un traidor a la patria, a sus ideales, a las enseñanzas de quien para él seguía siendo un héroe, su abuelo Gavrilovich Mishe. Un comunista no podía hacer eso. Pero... *“había que vivir”*, se convencía a sí mismo. Más aún ahora que había llegado la pequeña Lidochka. Ante la crisis, antes que Piotr entrara a esta empresa, su esposa Stasia había ofrecido, muy honestamente, viajar a Europa occidental para prostituirse. Al menos, sólo por un tiempo, para salir de la crisis. Aún estaba joven y bonita, y eran numerosas las mujeres rusas que lo hacían, a punto que ya se había perdido el pudor. Piotr lo desestimó de un tajo. *“¡No podemos caer tan bajo, con todo el respeto por las trabajadoras sexuales!”*... La oferta de su compañera más la petulancia del grito triunfal de ese intelectual estadounidense lo llenaron de tal odio, de tal consternación, que dentro suyo le fue naciendo un inconmensurable, monumental deseo de venganza. *“¿Quién dijo que el odio no es bueno? A veces puede ser el mejor, quizá el único medio para ponernos en marcha”* reflexionaba amargado.

Según se había pactado entre los ex jefes de gobierno –ahora jefes empresariales– y los funcionarios británicos y holandeses, sería una sorpresa quién recibiría al enviado ruso. Piotr Petróvich no se lo imaginaba. Con su asistente dedicaron buena parte de las horas del viaje en el avión a intentar descifrar la sorpresa, pero no se atrevieron a formular un vaticinio cierto. Se dejarían sorprender entonces.

La cita fue en el lujoso Great Northern Hotel. Luego de dormir la primera noche y descansar y aclimatarse toda la mañana siguiente, después del almuerzo, un día martes se dio el encuentro. Quien representaba a la petrolera británico-holandesa llegó con su pequeño séquito –seis asistentes– exactamente a la hora pactada, vestido con una elegancia que parecía más de un noble que de un ejecutivo de empresa. Era mayor que Piotr Petróvich; cincuentón, atlético y mirada penetrante, peinaba canas. El broche en la solapa del saco era de oro puro del más alto quilate.

Los rusos estaban vestidos para la ocasión, pero había una diferencia en el porte con sus anfitriones que se percibía a simple vista. Piotr Petróvich nunca se había esmerado especialmente por su indumentaria. Cuando estaba por estrechar las manos de sus colegas extranjeros se dio cuenta que llevaba puesto un calcetín de distinto color en cada pie. *“Bueno..., pero yo no vengo a modelar”*, se dijo convenciéndose.

La sorpresa fue grande, pero el recibimiento fue solo un tímido inicio. La sorpresa iría paulatinamente en aumento. No se esperaba ser recibido por un hablante de perfecto ruso, ni tampoco con un buen vaso de vodka. Como la conversación inmediatamente se redujo a un diálogo entre ellos dos –Piotr Petróvich y su canoso y elegante interlocutor–, el visitante moscovita no tuvo empacho en continuar hablando en ruso, olvidándose del resto del grupo. O, al menos, de los acompañantes del funcionario de la compañía Shell, de quienes no sabía si también hablarían esa lengua. A su asistente no le dio el más mínimo chance de participar en la conversación.

*“Me sorprende su admirable manejo del idioma ruso; no parece usted extranjero”*, dijo como cumplido Piotr tratando de ser amable mientras se despachaba su primer vaso de vodka.

*“Es que... en realidad no lo soy. Y a mí, mi estimado representante, me complace muy gratamente tenerlo aquí, en esta capital occidental, porque eso quiere decir que las cosas están cambiando mucho en mi país, y están cambiando para bien, lo cual me alegra sobremanera”*.

Había algo en la expresión, en la actitud general de ese impecable rusohablante que a Piotr Petróvich le desagradaba. No podía decir qué era, pero sabía que algo lo molestaba muy profundamente. Tal vez sus modales tan refinados, sus uñas tan cuidadas, su camisa tan perfectamente planchada. Por otro lado, esta muestra de efusividad por los cambios en el país no la podía digerir (como tampoco podía digerir los cambios en curso, aunque ahora representara a una empresa privada).

*“Entonces... ¿usted es ruso?”*, preguntó con cierta timidez.

*“¡Por supuesto! Ruso de todas las Rusias, ¡y no soviético!, tal como se debe ser correctamente”*, espetó altivo el anfitrión. Sus acompañantes parecían no entender el idioma en que se desarrollaba la conversación, por lo que permanecían distantes. Rishim Fedyenka, el ayudante de Piotr, a quien nunca se dirigía este elegante ruso de quien no se sabía aún la identidad, también mostraba desinterés por lo que se hablaba.

Lo que sí era evidente es que el anfitrión no comulgaba con la Unión Soviética; su expresión de alegría cuando habló del quiebre del primer Estado obrero fue inocultable.

*“Esperemos que ahora vengan tiempos mejores en mi querida madre patria. ¿Para qué le voy a mentir?”*, expresó de pronto con aire sombrío el funcionario petrolero. *“Sigo albergando la esperanza de volver a ser lo que mi tío-abuelo Nicolás nunca debería haber dejado de ser”*. El rostro de Piotr Petróvich se contrajo amargamente.

*“¿Su tío-abuelo, dice?... ¿Nicolás?”*. Por un instante quedó mudo y sintió la necesidad de otro vaso de vodka. Pero no se atrevió a pedirlo. *“¿Su tío-abuelo? Entonces, por casualidad... ¿usted es Romanov?”*, preguntó Piotr sin poder creerlo, buscando la mirada cómplice de Rishim Fedyenka, pero éste parecía absorto en cualquier otra cosa menos en la conversación que estaba desarrollándose frente a sus narices.

*“¡Así es!, mi querido amigo Piotr Petróvich Ivánovich: está usted ante el Príncipe heredero Fyodor Gennadi Romanov. Seguramente ahora, con los cambios que están teniendo lugar, en un día quizá nada lejano volveré a ser Su Excelencia, y ustedes dos –lo dijo sin dirigirle la mirada a Rishim Fedyenka– serán nuevamente súbditos de su Alteza el Zar”*. Conforme iba hablando, se le iba encendiendo el rostro y alzaba más y más la voz.

Piotr Petróvich sintió que le hervía la sangre. No sabía bien cómo actuar, si responder con una sonrisa benevolente, si insultarlo y defender la Gran Revolución Socialista de Octubre –que, estaba seguro, no había terminado sino sólo sufrido un golpe y que regresaría tarde o temprano– o simplemente pasar al tema comercial que los traía. Optó por este último.

*“Sí, puede ser. ¿Y qué tal si hablamos de los negocios del petróleo, Romanov?”*, se apuró a intervenir Piotr, bajándole totalmente el perfil a lo recién expuesto por el descendiente de la familia real.

Como si nada hubiera dicho Piotr Petróvich, Romanov continuó en la misma sintonía. *“¿Y cómo ve usted todo lo que está sucediendo ahora en nuestra amada Rusia?”*

*“Mire, para serle franco, yo no conozco nada de política. Simplemente soy un administrador de empresas, y ahora vengo como enviado para negociar algunos puntos comerciales con su compañía”*, dijo con modestia Piotr Petróvich. Buscaba evitar a toda costa una profundización del tema político, eso sobre lo que inquiría insistente Romanov.

Pero el presunto noble no tenía la más mínima intención de hablar de otra cosa que no fuera la situación de Rusia. No estaba claro si la transacción comercial en torno al petróleo entraría en la agenda. Por su insistencia, parecía que no.

Sin dignarse siquiera a mirar a Rishim Fedyenka, hablándole solo a Piotr Petróvich, con tono enérgico volvió a preguntar.

*“Pero, ¡¿cómo?!, camarada Ivánovich: ¿todo un cuadro del desintegrado Partido Comunista de la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas que no quiera hablar de política? ¡No se lo puedo creer!”*

Dicho esto, cuatro de los asistentes de Romanov se levantaron de sus sillas, y profiriendo un ruido que podría haberse interpretado como una disculpa, se retiraron. Rishim Fedyenka, confundido, buscó la mirada de Piotr buscando alguna indicación de qué hacer. Piotr, con un movimiento de su mano, le indicó que se retirara.

*“Bueno, no sé de qué se tratará exactamente todo esto, Romanov, pero dígame cómo es el juego. ¿Hablamos de negocios o no?”,* preguntó exigente el joven enviado.

*“Todo a su debido tiempo, mi amigo. Todo a su debido tiempo”,* dijo con serenidad pasmosa Romanov. *“Por supuesto que hablaremos del petróleo, de los negocios, de nuestras inversiones. Pero antes quiero saber de primera mano, de alguien como usted que fue un comunista y ahora trabaja para la iniciativa privada, ¿cómo están las cosas? ¿Otro vodka?”*

Piotr Petróvich se encontraba confundido. No sabía si esto era un montaje, un chiste de mal gusto, una forma de obligarlo a negociar bajo presión y ceder demasiado a la Shell..., o la locura de un chiflado que se sentía descendiente del Zar. ¿O era realmente el heredero del Zar y estaba preparando su regreso? No quería reaccionar intempestivo, porque eso ponía en peligro todo: la transacción, su puesto en la empresa rusa, quizá su vida. ¿Por qué se habrían retirado cuatro de los seis acompañantes?

*“Vea, Romanov: si quiere que hablemos de todo eso... Bueno, con gusto: pero le pediría que se retire toda su gente y conversemos sólo nosotros dos, ¿sí?”*

*“Concedido”,* asintió Romanov. Con un leve gesto de su cabeza indicó a los dos asistentes que aún permanecían en ese reservado del lobby del hotel que se retiraran, cosa que hicieron al momento.

*“Pues bien: ¿qué es lo que quiere saber exactamente, Romanov?”.* Piotr sentía que los músculos de la cara se le tensaban no pudiendo disimular su malestar. Él solo, sin mediar palabra, se sirvió un nuevo vaso de vodka, más lleno que el anterior.

*“Lo que acabo de decirle: ¿cómo ve usted la situación por allá? ¡Y por favor, sea sincero!”*

*“¿Cómo la veo? Mmmm..., está difícil decir eso en pocas palabras.”*

*“¿Quién dijo que tienen que ser pocas palabras? ¡Tómese todo el tiempo que desee! No tengo apuro”*

*“Pues bien: la verdad... está complicado”.* Era evidente que Piotr Petróvich no quería hablar con franqueza. Estaba desconcertado: en lo más íntimo de sí repudiaba todo lo que estaba

pasando en su país. Más aún: desde cierta clandestinidad trabajaba para revertir la situación, para el retorno del socialismo, pero la fuerza de los acontecimientos se imponía con tal magnitud que no podía escapar a la lógica que marcaba el mercado, ahora nuevo dios dominador. Haber tenido que formar parte de una empresa privada compuesta por ex cuadros del Partido Comunista y tener que estar ahora hablando cara a cara con un descendiente del Zar no le parecía posible. En todo caso, le resultaba una pesadilla agobiante de la que no sabía cuándo iba a salir. Pero la pesadilla estaba ahí, bien vestida, con un vaso de vodka en la mano y preguntándole con cara glaciador sobre aspectos que Piotr prefería evitar, que no se atrevía a nombrar en voz alta en un lujoso hotel de Londres.

“¿Complicado? Y... ¿por qué?”, dijo Romanov con aparatosa indolencia.

“Bueno..., esteee, es que se van perdiendo los logros de la Revolución”.

Romanov reaccionó airado, dando un furioso golpe sobre la mesa. “¿¡Logros!? ¿Qué logros?”

Llegado a este punto, Piotr Petróvich ya no pudo controlarse más. Con fuego en la mirada, amenazante, casi gritando respondió con vehemencia:

*“¿Qué logros? ¿Y todavía puede tener el descaro de preguntarlo, pedazo de parásito? Todo un día no nos alcanzaría para que le cuente todos los logros que tuvo la Revolución luego que los sacaron a ustedes del poder. ¿No se enteró que la Unión Soviética era una potencia mundial? Lo que su familia, cuando gobernaba el país, no pudo ni quiso hacer, la heroica Revolución Socialista de Octubre de 1917 sí lo consiguió. Las 15 repúblicas que conformaban la Unión Soviética terminaron con el hambre, con la pobreza, con el analfabetismo y el atraso de millones y millones de trabajadores. ¡¿O no se enteró de eso, prospecto de Zar?! La Unión Soviética tuvo no sé cuántos Premios Nobel, desarrolló la ciencia, avanzó, fue un ejemplo para la Humanidad, fue pionera en investigación espacial, desarrolló la energía nuclear, trató a su población como seres humanos y no como bestias, tal como hacían ustedes los llamados nobles. ¿Quiere que continúe con los logros? En el primer Estado obrero del mundo ya nadie pasó penurias, nadie se quedó sin techo, nadie pasó frío y durante 70 años el pasaje del metro no aumentó un céntimo. Tuvo los mejores atletas del mundo, grandes científicos, grandes artistas. El arte dejó de ser un lujo y cualquier trabajador podía apreciar el Bolshoi o la Filarmónica de Moscú, esas glorias de la cultura universal. ¡Y le digo más, Romanov! Con el esfuerzo maravilloso de toda una población y veinte millones de camaradas muertos, ¡veinte millones!, ¿me escuchó?, con ese supremo, heroico, inmortal esfuerzo, se detuvo el avance del fascismo por la faz del planeta en la Gran Guerra Patria. ¿No se había enterado de todo eso, camarada?”*

Por un instante se hizo un silencio sepulcral. Muchas personas cercanas al reservado del salón donde se encontraban, aunque sin entender el ruso en que hablaban, tornaron sus miradas y oídos hacia los dos hombres por lo impetuoso de la discusión. Algunos de los asistentes de



Romanov, al escuchar que las palabras de Piotr Petróvich se encendían cada vez más, se acercaron rápidamente intuyendo algún peligro.

*“Sí, todo lo que usted quiera, mi querido amigo”, preguntó Romanov con tono burlesco. “Pero ¿por qué cayó entonces esa “maravilla”, tal como usted la llama?”*

*“¿Quién dijo que cayó? En todo caso, como nuestra canción Kalynka maya, ya famosa en todo el mundo hoy día, y que me imagino aquí en Inglaterra conocen bien dado que uno de nuestros nuevos magnates rusos, que compró un equipo de fútbol de este país, gusta ponerla antes de cada partido; bueno, como Kalynka maya, la revolución tiene momentos lentos y momentos rápidos. Ahora estamos pasando por uno de esos momentos lentos, donde pareciera que nos detuvimos. Pero ya agarraremos velocidad, Romanov, como en la canción. ¡Ya lo va a ver!”*

*“¡Qué poético!”, volvió a burlarse Romanov.*

*“Búrlese, si quiere. Pero parásitos como ustedes ya no volverán nunca jamás a mi patria. Y si vuelven... ¡tendrán que trabajar para comer!”.*

*“¿Y por qué está haciendo negocios ahora con una gran empresa capitalista para la que yo trabajo, de momento, hasta regresar a San Petersburgo como dios manda cuando vuelva a reinar? ¿No era que se había terminado el capitalismo en Rusia?”, preguntó el descendiente del Zar, ahora con tono sombrío.*

*“No se haga ilusiones, Romanov. La gente no es estúpida. Los primeros años de la restauración quedamos boquiabiertas con los espejitos de colores que nos llegaron; pero ya pasó eso. Ahora, cuando el hambre y el frío aprietan, ya vimos lo que pueden ser ustedes, lo que puede ofrecernos la empresa privada, la Shell o la Coca-Cola. El socialismo, como el pasaje lento de Kalynka maya, de momento está dormido, pero ya va a tomar velocidad de nuevo. Créame que ya en varias encuestas, tres terceras partes de la población se manifestó por la vuelta a lo que perdió, lo añora, lo espera de nuevo. Estamos en el momento lento, señor Zar., pero ya Kalynka maya va a volver a tomar impulso”, arengó Piotr Petróvich con su dedo índice admonitorio. Romanov enrojecía cuando lo escuchaba.*

El joven Rishim Fedyenka nunca pudo explicar exactamente qué pasó. Esa noche, luego de la acalorada discusión entre su jefe Piotr Petróvich y el Príncipe heredero –al menos quien con ese nobiliario título se había presentado– subieron juntos al piso donde tenían sus respectivas habitaciones, él y el delegado de la petrolera rusa. Cuando Rishim le preguntó cómo había terminado la que parecía una acalorada discusión con Romanov, Piotr Petróvich se fue por la tangente y no le contestó. Escuetamente se limitó a decirle que al día siguiente a las 9 horas se reunirían nuevamente ambas partes en el lobby del hotel, por lo que le rogaba estar puntual en esa cita, ya desayunado.

Sin preguntar más nada esa noche, visto que la situación no lo permitía, Rishim cumplió con lo que se le pedía. Media hora antes de las nueve ya estaba preparado, esperando a su jefe y a la gente de la petrolera anglo-holandesa. Con unos minutos de antelación a la hora pactada comenzó a percibir el movimiento. Piotr aún no llegaba, y los acompañantes de Romanov se mostraban especialmente alterados. Con discreción al principio, crecientemente alarmados luego, todos hicieron pública su desesperación. Los agentes de seguridad del hotel se movilizaron, creándose un clima de zozobra general. Ya no era posible ocultarlo: habían desaparecido Piotr Petróvich y Fyodor Gennadi Romanov, que también se hospedaba en el Great Northern, sin dejar el más mínimo rastro. En unos minutos más, ya todo el hotel estaba conmocionado.

Como suele suceder en casos similares, la prensa llega a la escena de la noticia antes que la policía. Efectivamente, cuando apareció el primer vehículo policial ya había personal de dos canales televisivos, de una radio y de dos periódicos cubriendo la nota: habían desaparecido como por arte de magia sendos funcionarios de dos petroleras, el ciudadano ruso Piotr Petróvich Ivánovich, de Petróleos de Rusia S.A., y el ciudadano británico de origen ruso Fyodor Gennadi Romanov, de la Royal Dutch Shell, descendiente directo del último Zar de Rusia, Nicolás II. El personal subalterno de ambos cuadros gerenciales no se explicaba qué había pasado.

Luego de una semana de infructuosa búsqueda en todo Londres y zonas aledañas por parte de la policía y fuerzas especiales, Rishim Fedyenka fue llamado por sus superiores para que regresara a Moscú. Sin dejar de haber pasado por un par de interrogatorios con Scotland Yard, el joven ruso marchó de regreso a su país. Nunca fue realmente sospechoso para la policía británica, pero las reglas de procedimiento indicaban que también debía ser interrogado, tal como se hizo.

Ya en Moscú, juró y perjuró que no tenía la más remota idea de qué podía haber sucedido. Contó la discusión que había tenido lugar aquella tarde, sin que pudiera aportar mayores detalles puesto que se había movido del lugar donde la misma se había desarrollado. Indicó que sospechaba que algo andaba mal, pues su superior inmediato, Piotr Petróvich, había sido inusualmente parco y no le había dado ningún detalle de lo acontecido, cosa que le llamó la atención, pues era evidente que la reunión no había sido serena, y mucho menos, de negocios. Pero más que eso no podía decir. Por supuesto, fue puesto bajo discreta observación de los servicios de inteligencia rusos, sin que se le informara nada, obviamente. Pero luego de pormenorizados seguimientos, nada pudo comprobarse respecto a su participación en esas misteriosas desapariciones.

Tres semanas después de la “pérdida” de ambos hombres, llegó el primer comunicado simultáneamente en Londres, Moscú, Nueva York y Pekín, escondidos con discreción en distintos lugares públicos: un grupo revolucionario de acción armada no musulmán –Retorno del Socialismo– se reivindicaba autor del hecho y pedía diez millones de euros como rescate por el funcionario ruso-británico. Finalmente la empresa pagó ocho.

En Washington causó mucho malestar que el monto solicitado se hubiera pedido en euros y no en dólares; eso evidenciaba una pérdida de poder. Romanov finalmente apareció, barbudo y bastante demacrado, en un suburbio de Nápoles, Italia. De Piotr Petróvich no se supo más nada. Stasia se considera viuda aunque, en verdad, nunca volvió a formar pareja, y nunca le faltaron recursos para seguir criando a sus dos hijos. Esporádicamente hace viajes cortos, sin Vassily ni Lidochka, y desaparece de la ciudad por un par de días. La policía y los servicios de espionaje, que siempre la mantienen bajo control, han dicho que en reiteradas ocasiones habla del retorno del socialismo, y días pasados dio una charla en un sindicato en San Petersburgo que tituló *“Kalynka maya: metáfora de nuestras luchas”*.

## Se los tragó la tierra...

En la ciudad de T., como en tantas ciudades del mundo, la llegada de diciembre traía una alocada fiebre de compras. V. y S., como tantos y tantos padres de familia, se dejaban arrastrar por esa marea (¿podrían escapar acaso?)

Esa tarde –un miércoles 20 de diciembre–, tal como lo tenían planificado, sin sus hijos fueron al centro comercial. Eligieron uno de los más grandes de la ciudad, seguramente el más lujoso. Eran cinco niveles, interminable cada uno de ellos, repletos de regalos y más regalos. Se hacía difícil escoger entre tanta oferta.

Los niños –A., de 11 años y M., de 8– habían quedado con los abuelos maternos. La lista de obsequios que querían recibir era larguísima. Todo lo que se les antojaba era hermoso, pero el bolsillo de sus padres decidiría qué habría en el árbol de navidad finalmente.

Era lo que podría llamarse “una familia tipo” –especie en extinción, por cierto–. Sólo el padre tenía ingreso por su trabajo; laboraba como empleado en un banco. La madre era ama de casa, obviamente sin salario. Tenían dos hijos –“la parejita”– y con eso se daban por satisfechos. Casa propia, vehículo casi del año, todos los electrodomésticos que mandaba la moda, sexo una vez por semana (bueno... o cuando se podía), almuerzo familiar los domingos con algunos de los abuelos –una semana con cada uno–, una larga lista de personas a quien desear ¿felicidades? en las fiestas navideñas, y un encantador perrito apodado *Bacinica* (era el mayor desliz que se podían permitir)..., todo lo presentaba como “una familia ideal”. Se podía decir que su vida transitaba los caminos de la felicidad. Bueno, al menos de lo que habían visto en reiteradas series de televisión que se presentaba como “la felicidad”. V. tenía sus dudas al respecto, pero no se atrevía a pensarlas a profundidad. Muchísimo menos, comentárselas a su pareja.

Contamos todo esto para mostrar que la familia M. no tenía mayores problemas. Por lo pronto, no tenían enemigos. Al menos, enemigos visibles, evidentes. No peleaban con ningún vecino, no tenían ideas políticas –¿será posible eso?... o eso creían ellos, repitiendo frases hechas que ya les resultaban lugares comunes, tan comunes, que no se hubieran animado a contradecirlos–; no confrontaban con nadie, no eran fanáticos religiosos (sólo iban a su culto de tanto en tanto, para cumplir “como dios manda...”), pagaban puntualmente sus impuestos y querían mucho a su mascota. ¿Quién hubiera osado lastimarlos?

Tampoco eran unos potentados económicos. No, ni remotamente; vivían del ingreso de V., un ingreso medio como empleado: jefe de una sección en un banco. Les daba para vivir decorosamente, pero no más. ¿Quién querría secuestrarlos para pedir un millonario rescate?

Lo único que se me ocurre contar como dato... ¿cómo decir?, “significativo” –usemos esa palabra– para entender lo que se va a relatar, es un episodio que tuvo S. luego del nacimiento de su primer hijo: A. Eso fue 11 atrás. Según dijeron los médicos, se trató de una psicosis post

parto. Ninguno de los dos esposos entendió nunca por qué pasó, y cómo se superó. Lo cierto es que inmediatamente después de nacido A., la madre lo rechazó y comenzó con la idea que ese niño.... “*era el diablo*”. Por tanto, por espacio de un mes más o menos, sólo el padre y los abuelos se hicieron cargo de la criatura. S. debió ser internada en un hospital psiquiátrico por unas dos semanas.

Así como vinieron esas ideas, así se fueron. Luego de ese episodio S. fue una excelente, excelentísima madre. Nunca tuvo problemas con ninguno de sus dos hijos, y alguna vez llegó a pensar que hasta le gustaría un tercero.

Contamos esto, decíamos, para encontrarle eventualmente algún punto de relación con lo que vendrá. Sabrá el lector buscar los nexos, si fuera el caso. También podría agregarse –aunque esto suene a cuento detectivesco, ¡que por cierto no lo es!– que desde hacía ya unos años V. usaba lentes de contacto.

Entraron al centro comercial con la larga lista de regalos en la mano. Además de sus hijos, debían comprar obsequios para una gran cantidad de amigos y conocidos. Entre sí, S. y V., solían hacerse regalos también, pero no se habían dicho qué comprarían el uno para el otro. Tenía que ser sorpresa.

Antes de comenzar las compras, V. tuvo que ir a orinar. Caminaron juntos hasta la entrada de los baños. S. le indicó que lo esperaría ahí, en la puerta.

Ahí se quedó parada, mirando pasar gente, mientras esperaba que su marido saliera. Pasaron unos minutos, los razonablemente esperables, pero V. no salía. S. comenzó a sentir que era demasiado el tiempo que se demoraba. Ansiosa, lo llamó a su teléfono celular.

Pero V. no respondió.

“*Raro*”, pensó ella. “*Quizá no hay señal ahí*”. Quiso convencerse, ¿engañarse tal vez?, aunque no dejaba de resultarle extraño que no entrara una llamada allí, siendo que unos minutos antes se había comunicado con su madre para saber cómo estaban los niños, y lo había hecho desde un lugar no muy lejano de donde estaba parada ahora.

De todos modos, decidió seguir esperando un rato.

La espera se le hizo interminable. Ansiosa como estaba, los segundos que pasaban le parecían horas; los minutos, siglos. Llegó un punto en que ya no aguantó más.

Tenía ganas de llorar, pero no se permitía hacerlo. O al menos, si lo hacía, sabía que no le serviría de mucho; o de nada. De esa manera V. no aparecería. Tuvo que contenerse para no romper en llanto.

Después de más de un cuarto de hora, tiempo que le parecía sumamente excesivo para ir a orinar a un baño público, y viendo que su teléfono no respondía, decidió ir a plantear el problema ante alguna autoridad del centro comercial. Fue así que llamó al primer guardia de seguridad que pasó por allí.

Angustiada, a duras penas puso explicar al agente qué estaba sucediendo. Las lágrimas comenzaron a brotarle cuando, entrecortada, intentaba darse a entender.

El policía no podía creer la historia. Le parecía una exageración –una locura, más exactamente dicho– de esta señora. Pero su profunda angustia no parecía ser fingida. “*Lo único que no engaña es la angustia*”, recordaba el agente de seguridad haber escuchado alguna vez por allí.

A instancias de la súplica de S., el guardia entró al baño a investigar. Lo llamó por su nombre, y al no obtener respuesta, revisó lo más detalladamente que pudo cada uno de los reservados. Pero no encontró nada. O, mejor dicho, no encontró a V.

S. ya empezaba a desesperar. No se atrevía a ir a buscarlo por el centro comercial porque, según pensaba, de pronto V. aparecía por la puerta del baño, y así se podían desencontrar. No sabía qué hacer. Ante esa muestra de angustia, el agente de seguridad optó por llamar a su supervisor. Llegado éste, las cosas no mejoraron.

Entre ambos guardianes buscaron más pormenorizadamente en todo el baño, pero V. no aparecía por ningún lado ni había señales que dieran pista alguna: marcas de forcejeo, alguna prenda o artículo de su propiedad caído, alguna seña orientadora. Ningún testigo tampoco.

“*¿Se lo tragó la tierra?*”, se preguntaban. Habría que llamar a la policía nacional.

Al poco tiempo llegaron los dos primeros detectives, vestidos de civil. El diálogo con el administrador del centro comercial fue bastante duro. El gerente dejó bien en claro que no podía permitir una abierta acción policial en esa fecha, porque eso espantaría a los clientes. Los policías, celosos cuidadores de su oficio, dieron a entender que si la investigación lo requería, sería necesario cerrar el centro y proceder. La discusión comenzó a subir de tono, pero por supuesto, algunas llamadas de “personas con altas cuotas de poder” lograron que, a lo sumo, se cerrara el baño de varones del primer nivel, donde había entrado y visto por última vez el señor V. “Las ventas de la ocasión así lo aconsejaban”, se explicó rápidamente, y asunto terminado.

Los dos detectives actuaron con mucho profesionalismo. Pese a ello, no pudieron encontrar nada que explicara qué había sucedido. Lo único significativo y sobre lo que montarían algunas hipótesis fue un lente de contacto caído junto a un inodoro. Las pruebas efectuadas posteriormente en laboratorio demostrarían que pertenecía a V. De todos modos, eso no explicaba nada. Y lo peor: V. no aparecía.

Así comenzaron a pasar las horas, luego un día completo, algunos días. Llegó navidad. A M. y a A. no les faltaron sus regalos, pero el clima depresivo inundó toda la celebración. Sin el

padre no era lo mismo. ¡Al contrario!: era una tragedia. Esa falta no podía remediarse. Pero peor aún era el no saber con exactitud qué había pasado. La angustia que eso ocasionaba era indecible. Al poco tiempo, S. entró en depresión, necesitando apoyo psiquiátrico.

La policía barajaba varias hipótesis, sin poder demostrar ninguna, y sin que ninguna condujera –eso era lo más importante– a una solución del caso: secuestro extorsivo, fuga de V. por su propia cuenta, autosecuestro, secuestro con fines de desmembramiento para venta de órganos, repentino ataque psicótico que lo alejó de su vida cotidiana, nuevo episodio psicótico de su esposa quien –sin saberlo– lo eliminó, abducción por civilizaciones alienígenas. Incluso se llegó a pensar en la posibilidad de haber sido tomado (¿devorado?) por algún monstruo (no se sabe con exactitud quién dijo que era de color verde, pero la hipótesis se solidificó de esa manera: el monstruo verde) que habría surgido desde el inodoro donde se presumía debe haber estado sentado V. en sus últimos instantes. Lo increíblemente significativo era el lente de contacto (solo uno, supuestamente el del ojo izquierdo) que apareció en el baño. ¿Quién y por qué lo extraería?

Pero más significativo comenzó a resultar lo que se sabría luego: al mismo tiempo, ese día 20 de diciembre, en el mismo momento cronológico –había variaciones en las horas locales según los husos horarios, por supuesto, pero según el horario universal coordinado todas los hechos acontecieron al unísono exactamente en todas partes del globo– sucederían similares desapariciones. La Interpol luego compartiría la información: en la ciudad de X. también desapareció en un baño del hotel donde estaba alojada con su madre la joven Ch., de 15 años de edad. Como dato intrigante: en el tocador quedó un lente de contacto de la muchacha.

En J., luego de entrar al baño a la vista de toda su familia y amigos durante su fiesta de cumpleaños (53 años), el arquitecto P. desapareció misteriosamente. Nunca más se supo algo de él. El único dato con que contó la policía para su búsqueda –infructuosa, por cierto– fue un lente de contacto que quedara sobre una repisa. Y algo similar sucedió en la ciudad de K., con el albañil O., quien delante de todos sus compañeros de trabajo entró al baño, no sabiéndose luego más nada de él hasta la fecha.

Pero quizá lo más increíblemente escalofriante, acontecido también en ese momento puntual de ese fatídico 20 de diciembre, fue el caso de W. Viajando en primera clase de un vuelo que cruzaba el Océano Pacífico, acompañada de su esposo –ambos de 62 años– tuvo deseo de ir al baño. No le gustaba hacerlo en aviones, pero la necesidad se impuso. Refunfuñando se dirigió hacia el toilette. Viendo que era demasiado el tiempo que se demoraba ahí, su esposo se acercó a ver qué pasaba. Ante el silencio en la respuesta cuando golpeó a la puerta, pidió ayuda a las azafatas. La sorpresa de todo el mundo fue mayúscula, pues no se encontró el cuerpo de la Sra. W. Pero además, como “regalo” extra, se halló su marcapasos, totalmente limpio, sin sangre, junto al retrete. ¿Quién podría haber hecho eso?

Ninguna de las desapariciones pudo ser develada hasta la fecha. Los familiares de cada uno de los desaparecidos se mantienen en su angustiada espera, convencidos que en algún momento podrán reaparecer sus seres queridos. La angustia de no saber qué pasó, de no poder explicar

los hechos, en todos los casos los mantiene en la más absoluta zozobra e inestabilidad emocional. En algún caso, incluso, la desaparición trajo aparejadas complicaciones legales-administrativas, pues nadie sabe si declarar muertos a los desaparecidos, o no, y cómo proceder en consecuencia.

La teoría del monstruo verde, aunque parezca mentira, lentamente fue imponiéndose. Quizá ello es una metáfora –mala metáfora– que intenta explicar lo inexplicable. Quizá, en realidad, no pueda explicar nada, pero sirve para entender la sinrazón en juego.

Sabiendo que definitivamente no hubo ni abducción de los extraterrestres, ni mucho menos monstruos verdes, esa desesperada espera angustiante y ese desconocimiento acompañado de irracionalidad por no encontrar respuestas lógicas, es el drama de más de 100.000 familias en Latinoamérica cuyos seres queridos han sido víctimas de la desaparición forzada de personas en estos últimos años en el medio de guerras civiles. ¿Se los tragó la tierra?

Felizmente para S., aunque ello le significó un inconmensurable dolor, pero siempre preferible al no saber, al no tener explicación para lo sucedido, valga aclarar que algo más de un año después de aquella tarde en el centro comercial, por medio de terceros V. hizo saber a su esposa (¿o ex esposa, para el caso?) que fraguó aquella “desaparición” (salió disfrazado en las narices de ella sin levantar su sospecha). En realidad fue el montaje para poder escapar de aquella –para él– asfixiante rutina. Ahora vive con una jovencita en una playa de pescadores en una costa caribeña, y de hecho trabaja como uno más de ellos. Valga aclarar también que no usó más lentes de contacto.

S. pudo cerrar su espera, su duelo. Ahora se considera viuda (aunque técnicamente no lo sea). Pero ¿qué pasa con aquellos que no pudieron clausurar esa espera y, tal como van las cosas, probablemente nunca lo puedan hacer? ¿Qué pasó con esos miles y miles de desaparecidos que no fueron protagonistas de este algo loco relato de nuestro fugitivo personaje, que fueron desaparecidos como producto de calculados planes perversos, violencia, capuchas e impunidad de por medio? ¿Qué hay con los monstruos verdes?



## Un amor ejemplar

Antonella muy ocasionalmente fumaba un cigarro de marihuana. En realidad, las pocas veces que lo hacía era para acompañar a su novio, Michele. Era él quien consumía más (y lo hacía ocasionalmente también; no era un adicto). Aquella noche tuvieron mala suerte.

Los escándalos de corrupción con la policía en Milán se habían transformado en un asunto de interés nacional. Era sabido que el cuerpo policial muchas veces miraba para otro lado cuando de drogas ilegales se trataba. Pero en este caso, dadas las circunstancias políticas en que había transcurrido todo, las cosas no podían quedar impunes. Por eso las denuncias le costaron el puesto al Jefe de Carabineros y al Ministro del Interior, quedando el Ministro de la Defensa en una situación sumamente delicada. De ahí el endurecimiento en sus acciones en los últimos días. Había que mostrar que “se estaba luchando denodadamente contra el tráfico de drogas ilegales”. Por eso el operativo donde, casi de casualidad, agarraron a Antonella y Michele.

Ella se desesperó, perdió el control. No se sentía adicta, ni siquiera consumidora, por eso la desequilibró tanto la detención. No le gustaba andar con marihuana por la calle, y lo que más le preocupó fue cómo podría influir esto en su reputación profesional. Trabajaba como psicóloga en un centro de salud de la ciudad, y muchos de sus pacientes eran justamente jóvenes adictos. Michele no pasaba de ser un ocasional usuario; los pocos gramos de marihuana que llevaba en un bolsillo del pantalón no lo transformaban en un narcotraficante. Pero para la coyuntura del caso, los Carabineros necesitaban detenciones, hechos fuertes, propaganda que les lavara la cara. Una pareja de 28 años cada uno pescada en un elegante bar de Milán junto a más de 20 jovencitos era un golpe mediático importante.

Antonella fue a parar a la cárcel San Vittore, en Milán. El muchacho fue llevado a otro centro fuera de la ciudad. Perdieron totalmente el contacto entre sí. Lo que se buscaba no era, en absoluto, golpear sobre las redes reales del narcotráfico. Eso se haría luego... si se podía. O según lo que se negociara. Ahora había que hacer algo grande que mostrara ante los medios una importante preocupación del gobierno por ocuparse del tema. Nuestra joven psicóloga sirvió como excusa.

Antonella, rubia y de hermosos ojos verdes, jamás había entrado a un centro de detención en su vida. Criada con cierta opulencia como hija de medianos empresarios de Milán, no tenía mayor idea de lo que eran los mundos marginales como el de las drogas, o mucho menos el del hampa. Su consumo de marihuana era bastante circunstancial, y si de más joven no había pasado a otras drogas más fuertes, menos aún lo haría ahora, ya toda una profesional y cursando un doctorado. A su novio lo quería, pero había cosas que no terminaba de digerir, como el hecho que, sin obligarla en concreto, la indujera a fumar. La relación se mantenía estable. No iba a romperse seguramente, pero tampoco había una pasión desbordante.

Llegar a una prisión en esas condiciones, sin un juicio previo –después supo que eso era una ilegalidad, pero ya era demasiado tarde– la conmocionó. Para ella eso constituía un inframun-

do, un universo que jamás imaginó que podía existir. Por sus estudios sabía lo que era la marginalidad, la población excluida. Vivirlo en carne propia era otra cosa.

*“Bienvenida al infierno”* fueron las primeras palabras que escuchó en la cárcel. Antonella jamás pensó que eso fuera también Italia. Criada como hija de una familia acomodada de una pujante ciudad, acostumbrada a viajar por Europa, dueña de una muy cuidada educación, para ella su país era una preciosura que atesoraba algunos de los más importantes monumentos artístico-culturales de la Humanidad. La marginalidad, la brutalidad de esas cosas que a veces se veían por televisión, la fealdad sin límites, todo eso no se lo podía imaginar. Era algo lejano, nebuloso. La gente no podía ser mala. O ¡tan mala!, como empezó a descubrir en el penal.

*“Pero, ¿no se recuperan entonces? ¿No piensan que alguna vez pueden volver a ser ciudadanas de bien allá afuera?”*, preguntó sin fingida ingenuidad a sus compañeras de celda. Por toda respuesta recibió tremendo puñetazo que le partió la ceja izquierda. Y además, una interminable andanada de risas burlonas.

La única persona que se acercó cuando estaba tendida en el suelo, sangrando y tiritando de miedo, fue la que parecía la jefa del grupo. En verdad: lo era. Una mujerona enorme, de 1.80 metro de altura y poderosa musculatura. Pese a lo monumental de su cuerpo, estaba perfectamente proporcionada. Era un cuerpo de bailarina clásica, por lo bien moldeado, en un empaque de jugadora de fútbol americano. Era negra como el carbón.

Lo primero que le llamó la atención a Antonella, lo primero y quizá lo más importante, fueron sus tremendos ojazos verdes, iguales a los suyos.

*“Pero si somos de la misma familia, nena”*, vociferó la mujerona sosteniendo a la frágil psicóloga por el cabello. La miró de arriba abajo, la escudriñó con atención, cada centímetro de su humanidad, cada detalle de su piel. Le acarició tiernamente el cuello, y con una sonrisa satánica en sus labios ordenó: *“¡hay que violarla!”*.

En un santiamén, quién sabe de dónde, aparecieron varios vibromasajeadores en la celda, así como un palo de escoba encerado. El grupo era numeroso, de por lo menos veinte mujeres. Muchas comenzaron a proferir palabras obscenas, atentatorias contra la dignidad de Antonella. De un par de empujones la desnudaron completamente, y cuando entre las que parecían más excitadas se disponían a comenzar la violación, la jefa negra volvió a gritar, esta vez con más fuerza y cara de pocos amigos: *“¡déjenla! A esta me la como yo solita”*.

Antonella no sabía si eso era mejor o peor; se salvó de la violación masiva, pero ahora estaba en manos de la que parecía la más criminal. Trató de serenarse, de no hacer más dramática la situación. Recordó aquello de *“ante violación inminente, ¡relájate y goza!”*. Le parecía un chiste de mal gusto eso..., pero quizá valía la pena tomárselo en serio ahora.

El grupo se retiró, y la negrona quedó sola con ella. Hacía calor, por lo que estaba vestida con una provocativa pantaloneta que dejaba ver la mitad de sus nalgas, mientras que sus prominentes pechos parecían querer salirse de su apretada camiseta. No llevaba ropa interior.

*“Así que sos nuevita aquí, bella rubia de ojos verdes...”*, pronunció con parsimonia, sacando un cigarrillo que prendió casi con desdén, ofreciéndolo otro a Antonella, quien aceptó.

*“¿Cómo te llamás y por qué estás aquí?”*, preguntó con una voz tan cortante que, en todo caso, parecía una orden perentoria.

*“Me llamo Antonella, señora”*, comenzó a articular su respuesta nuestra psicóloga, ante lo que la interrogadora soltó una estentórea risotada. *“¡¿Señora?! ¡No me hagas reír, muchachita! Aquí no hay ninguna “señora”. Aquí somos todas asesinas, putas, ladronas, o esposas de asesinos y criminales. ¿Me entendés? ¡Aquí no hay señoras! Y mucho menos... ¡señoritas!”*

Antonella quedó muda, aterrorizada, estupefacta. Todo la asustaba: el contexto, esa mujer con cara de asesina –así se le representaba a ella al menos–, las palabrotas a las que no estaba acostumbrada. Pensó que lo mejor sería hacerse pasar también por una igual. Adoptando su mejor cara de enojada, de criminal –pensó en el “criminal nato” de Lombroso... *“¿cómo era la cara de asesino?”*– contestó casi desafiante:

*“¡Estoy aquí por narcotraficante!”*

*“¿Vos narcotraficante? ¡No te lo creo!”*

Inmediatamente, dado que era tuteada, Antonella también pasó al tuteo para con su interrogadora.

*“Te guste o no, ¡vas a tener que creerlo!”*

La respuesta sorprendió a la jefa de oscura piel. En realidad, quedó sorprendida, golpeada.

*“¿Y desde cuándo me tuteás, nenita?”* Dicho eso, no encontró mejor respuesta que agarrar nuevamente a Antonella por el cabello con una mano, y sin soltar el cigarrillo que sostenía con la otra, le estampó un películesco beso en la boca.

Antonella respondió de un modo que le sorprendió a ella misma, pero más aún a su interlocutora: soltó el cigarrillo, y con las dos manos asió fuertemente a la negrona atrayéndola hacia sí, correspondiendo el beso con mayor ardor. Su lengua fue la que marcó el ritmo. Ambas se excitaron mucho, y la negra, desvestiéndose a empujones, dejó que la psicóloga le hiciera el amor con una fiereza que la asombró. De hecho tuvo un orgasmo como –según se lo confesó– hacía mucho no tenía. Se orinó encima.

*“¡Dios mío! ¿Dónde aprendiste a hacer eso?”*, preguntó luego, sudorosa, aún sin haber recuperado del todo el ritmo respiratorio.

*“En la vida, nena... Me parece que vos no sabés con quién te estás metiendo”*, dijo desafiante Antonella. *“¡Dame otro cigarro!”*, ordenó.

Paola —así se llamaba la negra mujerona— quedó impresionada. Antonella también. Quizá más aún que Paola. No sabía de dónde había sacado esas agallas; no sabía que le podía gustar una mujer —más que su novio, se decía mientras le hacía el amor con pasión desbordante— y mucho menos se imaginaba que podía darle una orden a una presidiaria con un pasado criminal que podía asustarla. Curiosamente, no sólo no la intimidaba esa mole que tenía delante suyo —ahora, en realidad, a sus pies, aun temblando de placer— sino que la miraba con superioridad. Y más aún: la excitaba. Sin saber por qué, con un tono imponente, le ordenó a Paola: *“¡besame los pies!”*. Paola lo hizo sin pestañar.

Como Paola tenía una importante cuota de poder dentro de la cárcel, incluso con las cuidadoras, consiguió que le dieran un cuartito privado para las dos, para ella y para Antonella. Cuando ésta se enteró, no supo cómo reaccionar. Se sintió algo ofendida, porque habían tomado una decisión por ella sin consultarla. Aunque también le gustó la situación: podría estar con alguien con quien, si bien había una sideral distancia social, se podía sentir muy bien. También Antonella había alcanzado un orgasmo que nunca había logrado con su novio.

Los padres de Michele y Antonella se movieron rápidamente cuando supieron del encarcelamiento de sus respectivos hijos. Gente bien ubicada en términos sociales, en forma rápida consiguieron que los jóvenes salieran en libertad. En el caso de Michele —su padre tenía importantes conexiones políticas— hasta incluso hubo un pedido de disculpas por escrito de parte de un Ministerio. Por su lado, Antonella también fue puesta en libertad rápidamente. Pero curiosamente, la joven psicóloga no quería irse de la prisión. Se había enamorado de Paola. Fueron necesarios los ruegos angustiantes de su madre —que no entendía qué podía estar pasando— para que, finalmente, la psicóloga aceptara salir en libertad.

Ese hecho a sus padres se les perfiló como trágico. No era posible entender el porqué profundo de una decisión tan “descabellada” como la que ahora estaba tomando Antonella. “Tanto trabajar con loquitos que ella misma se volvió loca”, fue la rápida conclusión de su padre. “¿O se habrá hecho delincuente?”, razonó angustiada su madre.

Para sorpresa de ambos, y también de sus futuros suegros, la rubia psicóloga no se interesó en lo más mínimo por su novio. Cuando le dijeron que ya estaba todo listo para que Michele abandonara la prisión —un día y medio después que ella—, no se le movió un pelo. No preguntó detalles al respecto, no se interesó por cómo estaba el muchacho. Al contrario: el más sepulcral silencio la invadió.

Para sorpresa de Michele luego, no quiso recibir su llamada telefónica. Cuando éste se abalanzó sobre su casa para saludarla, armado de un monumental ramo de rosas rojas, Antonella mostró una frialdad que sorprendió. Nadie entendía qué le estaba pasando.

Las cosas no volvieron a ser iguales, en absoluto. Nadie dejaba de percibir el cambio. Para el joven todo esto comenzó a tener ribetes siniestros. Vinieron entonces las especulaciones: ¿qué la habría sucedido a Antonella? ¿Estaba drogada? ¿Qué le habían hecho en la cárcel? No faltó quien hablara de brujería.

Ella pidió unos días de permiso en su trabajo, un par de semanas. Dadas las circunstancias, eso no llamó la atención en lo más mínimo. Al contrario: hasta parecía lo más atinado, para tomar distancia de la tragedia vivida. Claro que... nunca contó a nadie el apasionamiento para con Paola. Eso, para ella, más que tragedia, había sido el episodio más fabuloso de su vida. Pero no podía contárselo a nadie. Y a su novio, quizá menos que a nadie. ¿Cómo confesarle que se había enamorado de una mujer con la que tenía los mejores orgasmos del mundo? Y más aún: ¿cómo hacerle saber que era un amor infinitamente más grande que el que sentía por él? A lo que habría que agregar todavía –pues un joven de clase media alta, racista y homofóbico como todos los de su sector jamás podría entender, mucho menos aceptar– el hecho que Paola era una delincuente... ¡y negra!

Prefirió mostrarse ida, trastornada si se quiere, como efecto del “trauma” vivido. Esa lejanía para con todos, incluido Michele, podía entenderse y justificarse. Nadie osaría molestarla en su dolor; había que esperar que se “reestableciera”.

Pero el proyecto de Antonella iba muy por otro lado.

A escondidas de todos se había comunicado por teléfono con Paola varias veces. Ella seguía en la misma prisión, y ahí seguiría, en principio por varios años más (su condena era por robo agravado y lesiones graves). En realidad, lo que siguió fue una decisión absolutamente de la rubia psicóloga. A todos sorprendió, y quizá más que nadie a la misma Paola.

Averiguó hasta el más mínimo detalle; lo consultó con un par de amigos abogados, lo buscó en internet. Se asesoró como lo haría el mejor planificador antes de lanzar una ofensiva vital en la guerra. Cuatro días después de haber salido de la prisión, en un acto que dejó estupefactos a todos, robó el arma reglamentaria de un policía en plena calle de Milán, en hora pico y con infinidad de testigos, y le disparó en una pierna, entregándose luego. Eso alcanzaría para que la detuvieran, la juzgaran y la condenaran con no menos de cinco años de prisión.

Efectivamente, así sucedió. Ambas mujeres volvieron a encontrarse en el penal de San Vittore. Paola casi muere de emoción ante la sorpresa. Nunca jamás se hubiera esperado algo así. Antonella, aún sin proponérselo, la dominaba bastante sádicamente. Es curioso ver a tamaña mujerona arrodillada ante la etérea psicóloga, a veces llorando, pidiendo perdón y soportando las más increíbles humillaciones sexuales (que, por lo que se ve, pueden resultarle tremendamente placenteras a ambas).

Aunque pueda parecer algo bizarro, ahora están haciendo planes para el momento de su salida. Tienen en mente adoptar un niño, probablemente africano.

## Fumando espero

Su padre había sido un fanático del tango. En Medellín, Gardel seguía siendo figura legendaria, seguramente por haber muerto ahí de modo trágico. El ambiente tanguero estaba en el aire, de ahí que Martín había heredado esa afición. “Fumando espero” era el tango que más le conmovía, por eso, en sus momentos más especiales (buenos o malos) no podía faltarle: lo cantaba, lo silbaba, lo escuchaba en alguna grabación. Además, todo eso lo asociaba directamente con el motivo de muerte de su padre: cáncer de pulmón, consecuencia de haber sido un furioso fumador durante toda su vida. Por ese motivo, Martín hacía lo imposible por no fumar. El período de mayor abstinencia completa que había logrado era de dos años. Ahora fumaba muy ocasionalmente. Si de evocación del cigarro se trataba, prefería el mítico tango de Carlos Gardel.

Cuando se conocieron él tenía 55 años y ella 23. Martín era un prestigioso médico, y quizá el más reputado docente de la Facultad. Su hijo, Guillermo, se encaminaba a ser médico también, así como su novia, la bella e inteligente Sofía.

Martín estaba separado desde hacía ya largos años, por lo que no vivía con Guillermo. De todos modos lo veía muy frecuentemente en la universidad. Había buscado que no fuese su alumno, por razones elementales de ética, decía. Era sumamente cuidadoso en eso. Sofía sí había estado en sus clases, pero el prestigioso docente había intentado por todos los medios mantener una sana distancia. Por lo pronto, y contrario a su costumbre con otros estudiantes, la trataba de “usted”.

Pero desde el primer día que la vio, cuando se la presentó su hijo, quedó fascinado con ella, “más de lo que debía”, se reprochaba en secreto.

Sofía escribía poesía; cosa no tan habitual entre estudiantes de Medicina, pero que en ella era una virtud que salía con pasmosa facilidad. Martín no sabía si lo había impresionado más la belleza (Sofía era increíblemente atractiva), la inteligencia (era, por lejos, la estudiante más aplicada) o su calidad de poetisa. Quizá todo. Quizá algo más, que iría descubriendo con el tiempo: su calidad de fruta prohibida.

Él, desde la separación, había comenzado a escribir. Era mediocre, y nunca se había atrevido a compartir su pobre producción con nadie. Ni sabría explicar cómo ni por qué, con su hijo como intermediario, hizo llegar uno de sus cuentos cortos –media página– a Sofía. Después de eso, la vergüenza que le nació fue indecible. Pensaba que la joven podía tomarlo a mal, interpretarlo como una provocación, como un velado pedido de algo.

Desde ya, eran todas imaginaciones de Martín. Sofía simplemente lo tomó como un lindo gesto. Todo lo demás corría por cuenta del médico. Sin dudas, algo había comenzado a operarse en su fantasía, porque a partir de ese momento su vida ya no fue la misma.

La relación de la joven con Guillermo era bastante estable. Hacía ya años que noviaban, y tenían planes de casamiento para más adelante, ya graduados. Martín los acompañaba gustoso en todo eso. Era su único hijo, y en verdad había algo secreto que el profesor nunca contaba, pero que le confería un sentido muy especial a su vida: de joven él, igual que su padre, había sido un empedernido fumador. Cuando su esposa quedó embarazada de Guillermo, a pedido de ella había dejado de fumar. En realidad, nunca lo había dejado del todo, pero oficialmente ya no lo hacía. O en todo caso, lo hacía siempre a escondidas, y en muy menor medida. Ocasionalmente, a hurtadillas, fumaba un cigarro y luego se llenaba de culpa, por lo que lo ocultaba cuidadosamente. Nunca faltaban las pastillas de menta para quitarse el olor a tabaco. Por todo eso Guillermo, al menos en su imaginación, era símbolo de vida, representaba a quien lo había salvado de un posible cáncer de pulmón.

Desde que conoció a Sofía, comenzó a fumar más. Por supuesto, ni siquiera a él mismo quiso decírselo.

Comenzó a sentir que, sin saber el porqué, se reunía menos con su hijo, lo evitaba, ponía continuamente cualquier excusa. Guillermo nunca dijo nada al respecto, pero sí Sofía. La intuición de la joven era proverbial.

Martín creyó encontrar en algunos gestos de la joven una velada provocación: “¿respuesta a sus indecentes ideas?”, se preguntaba en secreto. Nunca quedaría claro si era pura imaginación afiebrada del doctor, o realmente había algo más que gentilezas por parte de la joven. Una vez que Sofía lo visitó en su cubículo en la universidad para devolverle un libro, inadvertidamente, en una maniobra casual, el médico rozó un pecho de la muchacha con su mano. Los sentimientos encontrados fueron infinitos por parte de ambos. Quedaron paralizados. A Martín se le ocurrieron millones de cosas en un instante: que nada es casual, que esos actos fallidos tienen una agenda oculta, que los deseos prohibidos siempre se expresan aunque sea disfrazadamente. Se limitó a sonreír y, enrojándose, pidió disculpas.

Por la cabeza de Sofía también circularon infinidad de cosas. Estuvo tentada de tomar la iniciativa y besarlo, pero le pareció una locura absoluta; no tanto por lo osado de la situación que se crearía en el momento, sino por las derivaciones que eso podría traer luego. Desde hacía tiempo ambos sabían que había algo más que gentilezas políticamente correctas. ¿Quién se atrevería a dar el primer paso?

Unos días después de ese incidente, Martín recibió una carta anónima en su consultorio. Alguien, misteriosamente, la había hecho llegar no en horario de oficina, por lo que la secretaria no sabía quién la llevó. Simplemente decía: “Mejor no”.

Quedó paralizado. Entendió que eso tenía que venir de la joven; era más que obvio. Pero lo sorprendió tremendamente que fuera letra de su hijo. La conocía a la perfección. Detallista como era, eso no se le podía escapar.

Se atormentó por varios días pensando qué significaba el anónimo. Fue en ese momento cuando ya no pudo contenerse y comenzó a fumar nuevamente en forma regular. Quería ocultarlo públicamente, pero el olor lo delataba. “Tengo olor a pecado”, se decía.

Fue en esos días que sucedió el accidente. Cuando se lo avisaron, sintió que desfallecía. Habían caído de la moto: Guillermo murió inmediatamente, y Sofía estaba grave. Contrario a lo que pensaba en relación a no operar familiares o gente cercana, en un santiamén estaba preparado en el quirófano. La operación fue larga y compleja –le había estallado el bazo en el accidente– pero su fama profesional no era en vano: tras seis horas de intervención, Sofía salvó su vida. Operar en esas condiciones, con un hijo muerto esperando en la funeraria para ser velado, la proeza técnica tenía más valor aún. De hecho, luego quisieron hacerle un reconocimiento en el Colegio Médico que, muy gentilmente, Martín rechazó.

Unos meses después del fatídico accidente, el profesor fumaba considerablemente. No se permitía hacerlo en forma pública, aunque tampoco le importaba mucho si lo veían haciéndolo. Prefería ocultarlo hasta donde podía.

A Sofía la había visto muy poco, lo estrictamente necesario como médico dándole seguimiento en el post operatorio. Los padres de la joven habían querido, infructuosamente, saludarlo y agradecerle personalmente, luego de los formales pésames en el velorio. Pero Martín, siempre muy educadamente, había rehusado encontrarles.

El día que médico y paciente se encontraron en la universidad, ya totalmente repuesta ella, Sofía se acercó para darle un beso en la mejilla. Fue inmediato: las lágrimas surgieron en los ojos de ambos, pero había también una sensación indefinible que, más que dolor, era de espanto. Lo único que atinó a decir Sofía fue “huelo a pecado”.

No se dijeron una palabra más. Mirándose profundamente, ambos lloraron en silencio y se despidieron con una sensación de incomodidad pero, al mismo tiempo, sabiendo que ahí no terminaba esa historia sino, en todo caso, empezaba.

Algún tiempo después, Sofía se atrevió a pedir una cita formal para visitarlo en su clínica. Tras lentes negros y con el cabello recogido, todo lo cual la hacía bastante irreconocible, llegó tragando saliva. Martín se sorprendió cuando abrió la puerta. Por un instante quedaron paralizados sin saber qué decirse. El beso peliclesco que se dieron en la boca rompió el hielo.

“¿Por qué estás fumando tanto?”, preguntó la joven.

“Tengo que morirme de cáncer de pulmón igual que mi viejo. Los pecadores nos merecemos eso”.



## Primos

Eran primos, pero como se criaron indisolublemente juntos, en todo caso parecían hermanos. La gente habitualmente los veía así. Los recuerdos de la infancia los unían de por vida; las complicidades de la adolescencia habían sellado un pacto de lealtad indestructible. No eran hermanos biológicos sino de alma.

Cuando jóvenes sus vidas comenzaron a tomar rumbos distintos, pero eso no significó en lo más mínimo distanciamientos a nivel personal. Hugo entró a la Academia militar; Rigoberto comenzó a estudiar Derecho. Por ese entonces la situación política del país se tornaba compleja; el movimiento revolucionario armado crecía impetuoso, y el Estado, a través del Ejército, preparaba la respuesta. La misma, como no podía ser de otra manera en un gobierno militar – ocupaba la presidencia el general P., luego de una sucesión de varios cuartelazos– estaba marcada por la violencia.

Como en cualquier país de la región, el presidente de turno era un administrador de los grandes finqueros que dominaban la escena, y un empleado dócil de la Embajada gringa. El embajador de Estados Unidos, con cierta formalidad diplomática, o a veces ni siquiera con eso, era el principal tomador de las decisiones políticas importantes. El tema de la guerrilla creciente preocupaba a Washington, de ahí que cada vez tuviera mayor injerencia en los asuntos nacionales del país.

Hugo era muy buen estudiante: disciplinado, metódico, en poco tiempo se había ganado el respeto de sus superiores. Una beca para especializarse en tácticas contrainsurgentes en la Escuela de las Américas en Georgia no tardó en aparecer. Y se fue por tres meses.

Rigoberto, por su parte, avanzaba en la carrera de Leyes. Igual que su primo, era sumamente estudioso, aplicado. La diferencia estaba en que él era irreverente, crítico, nunca se callaba. El inconformismo le brotaba por los poros, mientras que Hugo era todo lo contrario, en parte por su formación militar, pero básicamente por una cuestión de personalidad: las ideas de honor y respeto a la autoridad le habían calado hondo.

De jóvenes veinteañeros, tenían muchas cosas en común. La parranda seguía siendo una de ellas, quizá la más fuerte. Dada la situación del país que forzaba definiciones, y dado lo fogoso de sus estilos, no podían quedarse impávidos ante lo que sucedía. Uno justificaba en un todo la represión gubernamental; de hecho, la ejercía. El otro era su acérrimo crítico.

Paulatinamente eran cada vez menos las cosas en común; fuera de la parranda –ahora más evocada como recuerdo de tiempos idos que como acción concreta– iban quedando muy pocas cosas que los unieran. De todos modos, había un pacto tácito de silencio sobre esas diferencias, progresivamente más infranqueables. Sus vidas se iban distanciando (uno militar, el otro un dirigente estudiantil de izquierda), aunque el enorme amor fraterno que los unía no desaparecía. El hecho de haber levantado ese silencio sepulcral respecto a sus posiciones en la

vida era una forma de preservar el cariño de antaño. Mejor no preguntar, no hablar, no decir nada sobre las actuales formas de pensar. Las mujeres, el fútbol y el licor podían seguir siendo temas neutros que no implicaban discusiones. Ambos lo entendieron rápidamente, y sin mencionarlo, así lo pusieron en práctica.

De todos modos, la situación general del país ahí estaba, y se quisiera o no, nadie podía escapar a ella; las definiciones caían por su propio peso, se imponían. La lógica del gobierno militar era muy simple y brutal: o se estaba en un todo contra los “apátridas delincuentes subversivos”, o se era parte de ellos. No quedaba opción.

Con sabia pericia los dos primos, sabiendo que estaban en posiciones irreconciliables, habían construido una situación de equilibrio bastante sólida: de esas cosas no se hablaba, y asunto arreglado. Era un respeto especial a sus historias, a su amor filial, a las verdaderas raíces que los acercaban.

Los vaivenes de la vida los había ido distanciando; ahora, como jóvenes muy comprometidos con sus respectivos proyectos, casi no tenían tiempo de verse. Rigoberto estaba enfrascado en su militancia política, a punto de pasar a la clandestinidad. La situación lo imponía. Hugo tenía tropa a su mando, y tanto sus convicciones como su talento lo habían llevado a escalar meteóricamente posiciones en la jerarquía militar, cosa que provocaba la envidia de muchos. Los dos eran pieza importante en sus organizaciones.

La represión generalizada por parte del Ejército arreciaba. La militarización de la vida cotidiana era un hecho, y los cadáveres se sumaban a diario. Ya iban siendo montañas. Cualquier lugar descampado era propicio para dejar abandonados varios cada noche. Se había decretado estado de sitio, y se hablaba de la implantación del toque de queda.

Dos días antes que Rigoberto pasara a la clandestinidad –seguramente por alguna filtración de información dentro de la organización– fue capturado. Como primera medida, tal como pasaba con todos los presos políticos, era sometido a una brutal paliza y a interminables interrogatorios. Luego se decidía qué suerte correrían. Para el caso, no le fue tan mal.

Fue mantenido como ilegal, como secuestrado por alguna fuerza de tareas –lo cual podía ser letal, porque legalmente nadie sabía nada sobre su paradero, era un paria en el mundo, un “esfumado” de la vida–. Pero para la ocasión, eso le facilitó las cosas, pues fue trasladado a la guarnición donde casualmente Hugo era el jefe a cargo.

Cuando supo que el nuevo detenido era su primo, el joven militar prefirió no verlo. Eso complicaría las cosas. Además, prefería guardar la imagen jovial de Rigoberto como muchacho fortachón, risueño, tal como lo había tratado toda su vida hasta ese entonces, y no verlo desfigurado luego de las sesiones de tortura. Podía ser un “asqueroso comunista”, pero antes que nada era su adorado primo, con el que había compartido los mejores momentos de su vida. Esas raíces no se olvidan nunca.

Sin embargo, puede decirse que estar como detenido ilegal (“invisible” en la jerga castrense clandestina) fue una bendición, pues así no había que rendir cuentas ante nadie: había desaparecido de la faz del planeta, y por tanto nadie se podía hacer responsable de su persona, ni el Ejército, ni el gobierno, ni algún hospital ni, eventualmente, la morgue. Por tanto, entonces, así como había salido de circulación, así también podía volver a aparecer. Todo eso fue lo que elucubró rápidamente Hugo cuando supo de quién se trataba.

Por un momento había pensado ir a verlo en su celda y darle un sermón moralista, mostrándole que había equivocado el camino. Pero rápidamente vio que eso no valía la pena: su primo no cambiaría las convicciones, sin dudas muy arraigadas. Y lo único que eso traería sería un mal sabor para ambos, porque no estarían en un pie de absoluta igualdad, tal como siempre había sido su relación. Decidió actuar de otro modo.

Llamó a su subordinado inmediato, el sub-teniente J. –con quien tenía una pésima relación personal, pues ambos se desconfiaban mutuamente, siendo que el sub-teniente sentía una profunda envidia por el cargo de Hugo y no desaprovechaba ocasión para intentar desprestigiarlo–. Hugo lo pensó mucho, le dio interminables vueltas al asunto, y al final optó por tomar la decisión. Con voz de mando más enérgica de lo habitual ordenó a J., explicando haber recibido órdenes de la superioridad –lo cual, por supuesto, no era cierto– preparar las condiciones para que el reo pudiera salir de la instalación, haciendo pasar el hecho como una fuga.

El sub-teniente J., fiel a su formación militar donde las órdenes jamás se discuten sino que se acatan ciegamente, cumplió con lo indicado. Aunque, en realidad, simuló cumplir. Por el contrario, vio ahí la posibilidad de ensuciar a su superior. Con subordinación, aparentó que iba a dejar escapar a Rigoberto, pero ni bien este dio algunos pasos, en el muro perimetral de la base fue ejecutado de un certero disparo en la cabeza que el mismo sub-teniente se encargó de hacer.

Cuando redactó su informe, apeló a la figura que indica que ningún elemento del cuerpo castrense está obligado a cumplir una orden ilegal o contraria a la ética, que ponga en tela de juicio la honorabilidad del Ejército. Esa fue su justificación, con lo que dejó por el piso a su enemigo en el orden jerárquico.

Tan por el piso, que fue deshonrado y dado de baja de la institución militar, debiendo pasar cuatro años en prisión por “alta traición a la patria”. Se salvó del fusilamiento porque algún psicólogo militar, buen amigo de Hugo en otros tiempos, insistió en la relación afectiva con el familiar muerto como un atenuante.

Salido de la prisión, –donde leyó mucho y fue modificando muchos puntos de vista– expulsado del Ejército, con los caminos bastante cerrados para su reincorporación y el sub-teniente J. ascendido ya a capitán, no lo pensó dos veces. La ira le obnubilaba la razón. El mismo día en que estuvo libre, en vez de juntarse con su familia se las ingenió para conseguir un arma y ubicar telefónicamente a J. Increpándolo con los más soeces insultos, lo citó –más bien lo desafió “como hombre”– para verse cara a cara.

La guerra interna ya había terminado, con el exterminio casi total del movimiento guerrillero y los militares siempre en el gobierno, con beneplácito de los reales factores de poder. El clima de paranoia social de otras épocas ya no se vivía; no había estado de sitio y mucho menos toque de queda. De todos modos, el capitán J. siempre se movía con algún escolta, o dos. Pero para el caso, tocado en su amor propio –eso de “como hombre” lo había pellizcado en lo más íntimo– decidió ir solo; con su arma reglamentaria, por supuesto –una pistola automática 9 mm., bala en boca– pero solo. Le llamó la atención el lugar donde fue citado: el Cementerio de M. No sabía que ahí estaba enterrado Rigoberto, a quien matara vez pasada y lo que le había valido un ascenso.

También le llamó la atención que lo citara un cuarto de hora antes que cerrara el cementerio, a las 17:45 hs. Pero un buen militar –un “macho”– no le teme a nada, se dijo para sí.

De civil, a la hora citada, fumando para tranquilizarse, estaba el capitán J. esperando a Hugo. Las primeras sombras de la noche comenzaban a ganar la escena. El silencio era casi total, interrumpido sólo por esporádicos ladridos de algún perro de la cercanía.

Herido de bala en su pierna derecha (Hugo usó silenciador para evitar complicaciones), y oportunamente desarmado, J. fue obligado a arrastrarse hasta la tumba donde yacía Rigoberto (Hugo también se las había ingeniado por medio de su familia para saber exactamente dónde se encontraba). El personal del cementerio ya se había ido, y la oscuridad reinante no permitía ver nada. Para evitar que gritara, una tremenda patada en la boca –que le partió el labio superior y le voló cuatro dientes– fue suficiente disuasivo. Además de verse encañonado por quien algunos años atrás era su superior, lo que cerraba el círculo. Tuteándolo, cosa que jamás habido hecho antes, Hugo ordenó al capitán con perentoria voz de mando que abriera la tumba. Sólo le alcanzó una cuchara de albañil para realizar el trabajo.

Desangrándose, exhausto por el esfuerzo, temblando –de frío, quizá también de miedo (porque los militares, a veces, también lo sienten)– J. completó su encargo. El cuerpo del joven estudiante ya mostraba signos de avanzada descomposición, siendo más esqueleto que cadáver. Con la pistola en la cabeza se vio forzado a pedirle perdón al muerto.

Todo esto lo contó con profundas muestras de emoción, y abundante licor para animarse, el Coronel J., algunos años después de sucedido. Me consta, porque yo lo escuché en una cena privada donde no éramos más de diez personas. Hugo, según pudo saberse por terceros, aunque no está confirmado, parece que está en la Sierra de X. organizando un nuevo movimiento revolucionario de vía armada. Su pseudónimo es “Comandante Rigo”.

## Mi hijo iconoclasta

*–Así es, camarada Jáchym. Eso no lo podemos permitir de ningún modo. Qué opinaría el Partido si se enterara, ¿se imagina? ¡Y ni digamos en Moscú! Haga lo que le digo y así cerramos el asunto, ¿entendido? Me despide inmediatamente a ese directorcito...–* Con esas palabras el camarada Miloslav P., encumbrado miembro del Comité Central del Partido, daba por terminada una consulta sobre algún tema que para él resultaba crucial.

*–¿Cómo que el director de la Orquesta Sinfónica Nacional es un homosexual? ¿Dónde se ha visto?–* reflexionaba en silencio después que su asistente se retirara. *–Esos decadentes vicios burgueses que se queden en Occidente. ¡Aquí no necesitamos maricones! ¡Necesitamos cuadros inquebrantables!–*

Miloslav P. cada día estaba más seguro de sus posiciones; duro, esquemático como pocos, su papel era preponderantemente creciente en el Partido Comunista de Checoslovaquia. No era militar de carrera, pero su actitud era más marcial que la del más distinguido mariscal.

Para esos días estaban dándose algunos aires renovadores en el país; el peso de la burocracia dominante era sumamente aplastante. El Partido tenía una presencia omnímoda, agobiante en algún caso, y la reacción espontánea de la población –en especial de cierta gente como intelectuales y artistas críticos– empezaba a tener molesta a la dirección política. Tanto ese espíritu de protesta como la “*errática conducta*” –según consideraba él– de su hijo menor, Alexander, lo tenían especialmente preocupado en este momento.

*–Lo único que pido es que este imbécil de Alex no se deje llevar por toda esa caterva pequeño-burguesa. ¡Con todo lo que me esmeré en su educación revolucionaria!–*

Alexander, un joven de 24 años que dominaba perfectamente el ruso –dado que había estudiado dos años en Moscú– y el alemán –lengua en la que leía, secretamente, a Franz Kafka–, además del checo, su lengua natal, amaba a su padre a quien veía como un ejemplo de trabajo y tenacidad. Pero además de amarlo –¿respetarlo?, ¿temerle?– guardaba un afecto confuso: lo irritaba y avergonzaba su modo militar, autoritario y patriarcal. *–Eso no puede ser el socialismo: ¿castigar a alguien porque le gusta la poesía? ¿Y si se entera que no me gustan las mujeres, que me declaro homosexual? ¡El socialismo tiene que ser otra cosa!–*

La relación entre padre e hijo era tirante. A Alexander le recordaba la relación de Kafka con su progenitor, tan genialmente plasmada en su famosa “Carta al padre”. Le parecía inconcebible que un autor de ese calibre, que refleja tan perfectamente el drama humano, estuviese prohibido en su propio país por considerársele “contrarrevolucionario”. Sabía –y ese era uno de los tantos motivos de la vergüenza que le daba la relación de parentesco– que había sido su padre uno de los principales factores para que la prohibición se llevara a cabo. Todo lo que sonara a subjetividad –a Alexander nunca se le había permitido llorar de niño– para el

camarada Miloslav P. era desechable, *“pura banalidad superficial, asunto de mujercitas que no contribuye a la verdadera e inmovible moral comunista”*.

Kafka, ese genial escritor que tan bien retrataba los problemas humanos con una profundidad realista monumental, nunca exagerada, conmovía hasta el alma a Alexander; para su padre, por el contrario, era la expresión de *“debilidades absurdas que debían erradicarse de una buena vez por todas”*, según expresaba con fiereza. En la mesa familiar no eran infrecuentes las discusiones sobre este tipo de temas. Los otros tres hermanos, todos miembros activos de la Juventud del Partido Comunista, asentían mecánicamente lo que afirmaba su padre. Sólo Alex se permitía contradecirlo a veces.

Pero Alex nunca había renunciado a los principios socialistas. Conocía mejor que nadie en su familia, incluso más profundamente que su padre, los textos de Marx, y gracias a su memoria prodigiosa podía citar cualquier fragmento de su obra tanto en alemán como en ruso (también había leído buena parte de esos libros en italiano, idioma que igualmente manejaba a la perfección). En modo alguno renegaba del materialismo histórico; por el contrario entendía que mucho, quizá demasiado, de lo que se veía en los países europeos del llamado socialismo real, incluida la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, era una aberración en términos de construcción de un mundo nuevo, alternativo. Por ejemplo, no entendía cómo –y lo detestaba profundamente– que esa mesa familiar que compartía y donde salían a flote las discusiones, fuera atendida por dos empleadas domésticas. Funcionarios de alto rango como su padre tenían la posibilidad de esos privilegios.

Hablar de esas cosas con el camarada Miloslav P. era casi imposible, por no decir abiertamente imposible. No sólo para su hijo menor; nadie, en su familia, en el Partido, en su puesto de trabajo, podía contradecirlo. La Biblia católica había sido reemplazada por un nuevo libro sagrado, y con citas de los clásicos (Marx, Engels, Lenin) convenientemente acomodadas –siempre mal hechas, incompletas o no pertinentes, según un experto como Alex– cerraba las discusiones, dejando en situación de falta al interlocutor. Aquello de *“decadentes vicios pequeñoburgueses”* era su muletilla más común, que se podía adecuar a todo.

Usar determinada ropa, escuchar música de The Beatles, abrir preguntas críticas con respecto a las decisiones del Comité Central, pensar que Marx podría haberse equivocado en alguna formulación o que la misma necesitara una actualización acorde a los nuevos tiempos o tomar una bebida gaseosa por la calle, eran todas cosas igualmente sacrílegas que *“un buen comunista no se podía permitir”*. Leer a Kafka, por ejemplo, era *“rendirse ante la ideología burguesa que hacía la apología de la subjetividad”*.

Ese clima sofocante de “evangelización” que se vivía a diario, para Alexander –no sólo para él, claro está; eran muchos los que así lo percibían– era pernicioso, molesto. En realidad, era lo más lejano al socialismo. La sangre derramada por tantos heroicos trabajadores y soldados rusos desde inicios del siglo, y más aún la de los veinte millones de personas que costó la Gran Guerra Patria al primer Estado obrero del mundo con lo que se había neutralizado al

fascismo en ascenso, no podían reducirse a unas cuantas pocas fórmulas esquemáticas, a unos manuales que tenían todo resuelto. “¿Por qué leer a Kafka y hablar de la angustia que siente la gente puede ser contrarrevolucionario?”, se preguntaba a sí mismo. Alex escribía –poesía, algunos relatos– y tenía al autor checo como su más importante modelo.

Para él, en sus reflexiones, si para algo servía el socialismo era justamente para devolver a los seres humanos la posibilidad de llegar a sentirse sujetos independientes, libres, y no meros autómatas. “‘Productores libres asociados’, del Manifiesto de 1848, según escribieron Marx y Engels, nuestra máxima aspiración en términos sociales”, era una de las frases del texto marxista que más gustaba de citar para mostrar la perspectiva del cambio en ciernes. “¿O acaso la angustia se puede eliminar de la experiencia humana a través de un simple expediente burocrático?”, se decía con amargura a veces.

Alex encontraba que lo que sostenía su padre –quizá con un estilo vehemente que le era muy propio– también lo decían, casi como salmo, muchos o casi todos los cuadros del Partido. También sus hermanos, que muchas veces se burlaban de sus “fragilidades”, pero que frecuentemente recurrían a él cuando necesitaban corroborar una cita de los clásicos. Cuando alguna vez quiso comentarle a su hermana Martina, con quien tenía mayor confianza, que estaba enamorado de Jan, el director de la Orquesta, la primera reacción de ella lo dejó frío y no le permitió seguir adelante: “Si se entera papá, te expulsan del Partido”.

Sin dudas el socialismo había traído mejoras sustanciales en la Unión Soviética. Le constaba, dado que vivió dos años en ese país y lo había conocido bien a fondo. De una situación de atraso comparativo enorme en relación a los otros países europeos, viviendo aún en una situación semifeudal a inicios del siglo XX, la población casi esclava de la Rusia zarista había pegado un salto impresionante en su calidad de vida a partir de la heroica Revolución de Octubre de 1917. Ya nadie sufría hambre. Y no sólo eso: en pocos años el país había pasado a ser un fecundo centro de desarrollo científico, con importantísimos avances en todos los campos, con excelencia deportiva, con enormes logros económicos y sociales.

De todos modos, había cosas que cuestionar aún. De países como Checoslovaquia, para antes de la Segunda Guerra Mundial, no había mucho que esperar; ni tampoco de ningún otro país capitalista europeo (Alex conocía también Italia y Francia). Allí estaba todo escrito: quien tenía dinero era un “triunfador”; quien no, tenía que ver cómo sobrevivir. Cuestiones básicas como la salud, la vivienda, la alimentación diaria o la educación, eran penurias difíciles de sobrellevar. Para la gran mayoría de población, si se tenía suerte, había trabajo, y con eso se sobrevivía. Si no, había que ingeniárselas. En la Unión Soviética –y en menor medida en su Checoslovaquia natal, ahora socialista– eso ya no ocurría. Todos los habitantes, sin distinción, tenían acceso a esos beneficios. Lo cual, por supuesto, era un mejoramiento sustantivo de la vida. Lo que Alexander cuestionaba era la rudeza, el autoritarismo que se expandía por todos lados aún, las nuevas Biblias que se iban entronizando. Si en países capitalistas no se podía esperar nada de cambio en relación a esas cuestiones básicas, el socialismo dejaba abiertas las esperanzas. ¡Esa era la gran transformación!

Pero la realidad era bastante más gris de lo que se imaginaba. A veces, reflexionando sobre todo esto, entraba en crisis. “¿Cómo mi viejo da todo por tan claro y seguro cuando quedan tantas cosas por cuestionar, por repensar?”, se decía con amargura. “Las iglesias son siempre iglesias, no importa cuál sea el santo adorado. Y lo peor: ¡las iglesias son siempre conservadoras, atroz y perversamente conservadoras, prejuiciosas, machistas!”

Alex no tenía una actitud especialmente confrontativa. En todo caso, lo suyo eran devaneos, pensamientos, reflexiones que compartía sólo con algunos pocos amigos. En su vida diaria era dócil, seguía al pie de la letra las instrucciones que recibía. Más aún: era un excelente militante, cuadro comprometido que cumplía fielmente con todas las tareas asignadas, y siempre más aún de lo solicitado. Si de algo se preciaba –era muy humilde en sus hábitos– era de ser muy disciplinado y trabajador.

Secretamente sentía mucho miedo por todo lo que significara autoridad. La problemática relación con su padre era la matriz de eso. Lo mismo que sentía por él –respeto reverencial, que más bien era temor, al mismo tiempo que volcánico deseo de rebelarse– lo sentía con cualquier instancia que le implicaba autoridad, superioridad. Así era su relación con su superior en el Partido, con cualquier jefe, con su hermano mayor incluso. Así había sido en su infancia con cualquiera de sus maestros; pero siempre había tenido –y lo seguía teniendo ahora– una pregunta crítica para cada cosa. “*El materialismo histórico tiene que ser eso, absolutamente. ¿No hablaba Marx, acaso, de una “crítica implacable de todo lo existente” en una carta enviada a Arnold Ruge en septiembre de 1843, antes de distanciarse de él? ¿Por qué contentarse con los manuales? La crítica es la razón de ser un revolucionario. Aristóteles dijo alguna vez: “Soy amigo de Platón, pero más aún lo soy de la verdad”. No hay que tener miedo a criticar, si eso sirve para mejorar las cosas. ¿O acaso Rosa Luxemburgo, denostada hoy, no tenía razón en muchas de sus discusiones con Lenin? ¿Se deberá su excomunión a la misoginia reinante?*”

Alex temía enfrentarse a su padre, o a cualquier autoridad. Pero finalmente, sacando fuerza de flaquezas, lo hacía. Y cuando eso sucedía era un huracán desenfrenado. La moderación, o casi el miedo que lo caracterizaba en su diario vivir, se trocaba en un vendaval furioso cuando finalmente se atrevía a contradecir a alguien. Erudito como era, siempre acompañaba sus críticas con interminables citas de autores, marxistas y no marxistas. Argumentos nunca le faltaban. Su discurso, por otro lado, era muy elocuente.

Con estos aires renovadores que habían comenzado a soplar ahora en Checoslovaquia se sentía muy a gusto. Era él, junto con otros amigos –entre ellos Jan, su enamorado y director de orquesta– que habían elaborado un documento secreto titulado: “*No por la vuelta al capitalismo sino por más y mejor socialismo*”. Alex era uno de sus principales ideólogos. Alguna vez, en una acalorada discusión con su padre a raíz de unos boletos para el teatro para ver al Ballet Bolshoi que éste había conseguido apelando a sus influencias cuando ya no quedaban más entradas disponibles para el público, le espetó con furia: “*¿Si alguna vez este socialismo imperfecto cae, seguro que los actuales jefes del Partido pasarán a ser los nuevos burgueses del capitalismo que retorne!*”



El camarada Miloslav P. rió con sorna. *“No sabes lo que dices. Eres un iconoclasta...”*.

El Manifiesto secreto del que era principal autor Alexander hacía un exhaustivo análisis de cómo la jerarquía partidaria podía ser la nueva casta de empresarios capitalistas si se daba un quiebre en la estructura del régimen. Más aún, había un pormenorizado estudio de cómo los países de Europa del Este, mucho más que la Unión Soviética, podían abandonar estas formas socialistas, burocráticas y autoritarias. Terminaba la proclama diciendo que *“el capitalismo es una porquería deleznable y de él nada puede esperar la clase trabajadora. Por el contrario, el socialismo es la esperanza de un futuro mejor, y ya lo evidencian los países que lo están transitando. ¡Pero hay mucho por mejorar aún en este socialismo inicial!”*

Sabía que eso lo podía meter en problemas. Haciendo sesudos análisis con otros compañeros que tenían similares posiciones, hasta había llegado a pensar que si los aires renovadores tomaban demasiada fuerza y amenazaban con convertirse en huracán, Moscú podía incluso permitirse actuar militarmente. Sus camaradas en esta iniciativa renovadora no creían que eso fuera posible, pero Alexander daba suficientes argumentos para demostrar que ello no sólo era posible, sino que era lo más esperable que sucediera.

*–“El socialismo tiene que acabar con todo tipo de privilegios. Para llegar al genial principio de “De cada quien según sus capacidades, a cada quien según sus necesidades”, que Marx nos legara en 1875 en su Crítica al Programa de Gotha, hay que comenzar ya ahora con una nueva ética. ¿Por qué un funcionario tiene derecho a entradas para el teatro y un trabajador no? ¿Quién aporta más a la sociedad? ¿Por qué dos empleadas domésticas?”,* reflexionaba con elocuencia y pasión. *–“Y si alguien es homosexual –no se atrevía a hacer pública su orientación sexual de momento– ¿por qué habría de condenársele?”*

Los aires renovadores que comenzaban a expandirse por todo el país tenían muy preocupada a la dirigencia de Praga, pero más aún a la de Moscú. Cuando el camarada Miloslav P. se enteró que su hijo menor estaba involucrado en todo ello, sintió morir. Más grande aún, de todos modos, fue su cólera cuando supo de boca del propio Alexander que Jan V., el director de orquesta despedido, era su pareja.

*–“¡Faltaría que ahora me digas que quieres reivindicar a ese mequetrefe pequeñoburgués de Kafka!”*, le vomitó exaltado en su despacho, dando un tremendo golpe sobre su escritorio, el día que lo hizo llamar de urgencia. El golpe fue tan furibundo que se fracturó dos dedos, debiéndoseles enyesar.

*–“Si Occidente no nos apoya y más bien trata de tomar distancia de este movimiento de renovación es porque saben que no queremos capitalismo, sino ¡más socialismo!, querido padre”*– fueron las últimas palabras que Miloslav escuchó de su hijo. Dos días después se pegaba un tiro en la cabeza; pero como tenía su mano derecha enyesada, disparó con la izquierda, lo cual no hizo certero el tiro. La bala no lo mató sino que lo dejó descerebrado, estado en el que pasó los siguientes veinte años de su vida.

El día después de la muerte de su padre, haciendo una breve referencia a su vida como dirigente del Partido Comunista años atrás por parte del periodista que lo visitó, Alexander fue entrevistado por la televisión checa. Para ese entonces las reformas de la Unión Soviética estaban precipitándose. Para muchos eran un retorno al capitalismo; para otros era la profundización del socialismo. Interrogado por su entrevistador respecto a qué diferencia había entre esa actual reestructuración en el primer Estado obrero y la que tiempo atrás había querido tener lugar en Checoslovaquia, aplastada finalmente por los tanques del Pacto de Varsovia, Alexander se limitó a responder: “veinte años”.

# Balazos

## 1. Despedida

Manuel trabajó por 34 años en el jardín zoológico. De origen campesino, dejó su aldea a los 18 para marchar a la ciudad capital. Hizo de todo: peón de albañil, panadero, lavacopas. A los 20 empezó a trabajar en el zoológico.

Seguramente por su origen rural, el trato con los animales se le hizo siempre muy ameno, familiar. En los 34 años, no faltó un solo día a su trabajo. Nunca se casó. Más allá de ocasionales visitas a prostíbulos, fue un solterón crónico.

Por años vivió en su cuartucho alquilado, que sólo una vez por mes limpiaba. Jamás iba al médico.

Cuando le dieron el diagnóstico –cáncer de próstata– el doctor fue sincero: “mi amigo, disfrute como pueda los seis meses que le quedan”.

El lengüetazo de Anita, su jirafa preferida, en el curtido rostro ya marcado por la enfermedad fue toda la despedida que tuvo. El balazo que se descerrajó en la sien fue certero.

## 2. Herencia

John fue destacado combatiente en la Guerra de Korea. De ahí le había quedado su afición por las armas de fuego, de las que ahora era un reputado coleccionista. En el momento en que John Jr. entró a su despacho, se encontraba terminando de limpiar un viejo trabuco valorado en más de 20.000 dólares. La ostentación, obviamente, era parte vital de sus actuales atributos: de sargento del ejército había llegado a ser –mejor ni enterarse cómo– uno de los grandes millonarios del país, con avión privado y dos limusinas blindadas, entre otras cosas.

Hasta los cuarenta años, junto a su esposa Liza, no habían podido concebir descendencia. De ahí que adoptaron a Pedro, hijo no deseado de una mexicana inmigrante ilegal. Esa adopción disparó la maternidad, por lo que la pareja pudo tener un hijo biológico al año siguiente, al que llamaron John Jr.

Ambos hijos –adoptivo y biológico– fueron criados en absoluta igualdad: mismas atenciones, mismo afecto, mismos valores. Pedro resultó un amor, una suma de virtudes. Sabiendo de su oscuro pasado, siempre estuvo agradecido a la vida por ese regalo. John Jr., por el contrario, era una colección de problemas: violento, abusivo, cocainómano, dilapidador de la fortuna paterna, continuamente endeudado. Los negocios, de más está decir, los fue comenzando a llevar Pedro, con un doctorado en Administración de Empresas de Harvard.

Fallecida la madre, John preparó el testamento dejando –aunque dudando al momento de redactarlo– igual cantidad a cada hijo. La herencia era especialmente cuantiosa.

La muerte de Pedro siempre fue un misterio: los yates no explotan de la nada. Curioso también fue que la policía no profundizara las investigaciones.

En el momento que John Jr. entró al despacho, botella de vino en mano, John padre tuvo la intuición, por lo que terminó de armar rápidamente el trabuco.

“Quería que probaras este vino griego que me acaban de regalar. ¡Dicen que es el mejor tinto del mundo!”, sentenció el hijo. “Tiene un gusto algo amargo”, alcanzó a decir el viejo antes del primer vómito. “Pero... ¿qué me diste?”, alcanzó a proferir con los ojos desencajados. “¡Veneno!”, fue la sarcástica respuesta del hijo.

El balazo certero impactó en la frente de John Jr.

Buena parte de la herencia sirvió para financiar obras con niños desamparados en los barrios latinos de Nueva York y de Los Ángeles. El resto se usó en campañas de sensibilización para terminar con las armas de fuego personales.

### **3. Buena puntería**

Edelberto era un buen padre de familia. Muchas veces había optado por comer solo un pan duro dejando la magra ración de comida para sus hijos. La vida de un cholo de la Sierra llegado a algún tugurio de Lima no era fácil. Mantener mujer y siete niños trabajando de jornalero lo patentizaban cruelmente.

“¿Por qué estás aquí?”, preguntó con altanería uno de los compañeros de la prisión, tatuado de pies a cabeza.

“Por buena puntería” fue su lacónica respuesta.

Pantera, –“el más terrible de todos los presos”, según decían los guardicárceles– rió estrepitoso. “¡Con esa cara de maricón que tienes, no te veo con buena puntería!”, dicho lo cual, lo escupió provocativo. Desde ese día, la vida de Edelberto en la prisión fue un calvario.

El accidente había ocurrido seis meses antes. En la casa vecina, don Miguel estaba aceitando su pistola. Edelberto y alguno de sus hijos fueron invitados a conversar un rato, cosa que no le agradó. Las armas siempre le habían dado miedo. Don Miguel insistió infinitas veces, asegurando que la pistola estaba descargada, para que la tomara. Luego de mil negativas, Edelberto la empuñó. Era la primera vez en su vida que tenía un arma de fuego en sus manos. Apuntó hacia la cabeza de su hijo Danielito, jugando a que le disparaba. Evidentemente, tenía buena puntería: el balazo entró certero por el ojo izquierdo.

Al día de hoy, en la cárcel y convertido en el juguete de Pantera, Edelberto seguía maldiciendo haber cedido a la insistencia de su vecino aquel día. Su dios, al que tanto le rezara en otras ocasiones, parecía haberlo abandonado.

Nunca se supo cómo fue, pero luego de una ocasión en que Pantera hizo que le succionara el pene en público, en la hora de la cena apareció un arma casera en el plato de Edelberto. ¿Sería su dios que había vuelto para resarcirlo? Con serenidad, apuntó despacio. El balazo certero entró por el ojo izquierdo de Pantera, igual que con Danielito.

Jugarretas del destino, en el acta que labró el jefe de la prisión se anotó: suicidio, con “s” (era otro cholo que también había llegado de la Sierra y hablaba mal el español).

#### **4. Héroe**

La dictadura del general M. ya llevaba nueve años, y no daba miras de terminar. Por el contrario, estos últimos meses había arreciado. Ahora se vivía, además del estado de sitio, con riguroso toque de queda. A las nueve de la noche las ciudades quedaban desiertas y sólo patrullas militares podían verse. Muchas veces el propio general M. acompañaba en las rondas, con ropa de fajina y muy poca escolta.

Alberto –Tito para toda la barriada pobre donde vivía, aprendiz de mecánico– acababa de cumplir los dieciséis. Su primera noviecita –Irma– lo tenía loco. En un arrebato de amor le había prometido sacarla del tugurio en que habitaban. Todas las noches la visitaba cuando anochecía, a veces flores en mano. Aquel día se le había hecho tarde y la visita terminó cuando empezaba el toque de queda. Pese a los ruegos de Irma, prefirió partir.

Cuando la patrulla vio una sombra desplazándose por los callejones del barrio, “antro de malhechores y subversivos ateos y apátridas peligrosos para el sistema”, el mismo general M. dio la voz de alto. Tito prefirió correr. Se internó por los interminables recovecos donde se había criado, que conocía a la perfección. Dos soldados y el general lo persiguieron. Los soldados se perdieron, pero M. creyó encontrar la pista y se dejó llevar por su olfato de perseguidor. No se había equivocado: oculto tras unos depósitos de basura Tito temblaba sin saber qué hacer.

El tropezón del general fue providencial. La 9 mm. escapó de su mano, cayendo junto al joven. Tiritando de miedo, con los ojos cerrados, Tito no sabe cómo pudo hacer puntería. Lo cierto es que el balazo certero entró por la frente del militar.

Con la inesperada muerte del general M. empezó un proceso de alzamiento popular, indetenible, impetuoso, que acabó forzando a la dictadura a convocar elecciones que ganó la izquierda. Tito es hoy un reputado héroe, y está estudiando ingeniería mecánica.

## **5. Una de vaqueros**

La caravana tenía más de 60 carretas. Era de las más largas que se habían aventurado hacia el Oeste buscando tierras donde afincarse... ¡y oro! La escoltaba una compañía completa del Ejército. En una de ellas iban los explosivos: 600 libras de dinamita. Era, por supuesto, la más custodiada por los soldados.

Los Apaches no disponían de armas de fuego. Los escasos rifles que habían podido robarle a una caravana el mes pasado no tenían más municiones. Había que resignarse a ver entrar a los carapálidas desde algún cerro cercano sin poder hacer nada al respecto, más que pensar en alguna posible venganza en algún momento. Los dioses parecían haberlos abandonado.

El hijo mayor del Gran Jefe Búfalo Enfurecido lo acompañaba en todo momento. Ahora, en la cima de aquella loma, veía cómo deslizaban lágrimas por el curtido rostro de su padre, quien observaba impotente la entrada del Hombre Blanco. Junto a su arco y las flechas, Búfalo Enfurecido había dejado el Colt 45, sin balas, que había obtenido en algún ataque meses atrás.

“No toques eso”, indicó severo a su hijo de 11 años, que apenas podía sostener el arma en sus manos. “Dijiste que no tiene balas”, respondió el niño. “Nunca se sabe”, terció el jefe.

Sí tenía... La bala perdida, disparada de casualidad por Rayo de Luz, cayó exactamente sobre la carreta con los explosivos. La conmoción fue tan grande entre los colonizadores y sus escoltas que en pocos minutos los escasos cien Apaches no dejaron vivo más que unos pocos invasores.

## **6. Envidia**

Rigoberto Trujillo se crió junto a Juan Diego Flórez. Ambos compartieron travesuras infantiles, parrandas adolescentes y algo de música. Juan Diego, andando el tiempo, llegó a ser uno de los mejores, si no el mejor cantante de ópera. “*Este peruano es mi sucesor como el más grande tenor*”, llegó a declararlo el legendario Pavarotti. Rigoberto no pasó de músico aficionado, y el alcohol prontamente comenzó a hacer estrategos en su vida.

De jóvenes, ambos entonaban juntos algunos huaynos, así como canciones de Los Beatles. Posteriormente Juan Diego triunfó en los más connotados escenarios mundiales; Rigoberto no

pasó de desentonadas canciones en cantinas de mala muerte de su Lima natal. Su envidia, incubada desde años atrás, ahora iba en aumento. Era un odio visceral que lo carcomía.

*“Si pudiera, lo mataría. O mejor aún: le daría un tiro en la garganta así le arruino su puta carrera”*, mascullaba con un dolor indecible. Producto del alcohol, pero básicamente porque su talento no era, ni remotamente, el de su ex amigo de juventudes, su voz cada vez se tornaba más desagradable, cascada, casi inaudible. Por el contrario, Juan Diego acrecentaba su fama y para sus presentaciones había que reservar entradas meses antes.

Fue por casualidad que Rigoberto vio el video de la actuación de Juan Diego en la Scala de Milán. Sin duda, presentación histórica, única, que quedó en los anales de la historia musical como una de las más grandiosas interpretaciones. Para la ocasión, cantaba ahí el aria “Ah, mes amis”, de la ópera “La hija del regimiento”, de Gaetano Donizetti. Obra de difícilísima interpretación, presenta dificultades técnicas que hace que muy pocos tenores del mundo se atrevan con ella; los nueve do de pecho que impone, la convierten en tan complicada como majestuosa. Aquel 20 de febrero de 2007 Juan Diego logró lo que no se hacía desde 1933, cuando el legendario Chaliapin, el bajo profundo ruso, obligó a que el público pidiera un bis. Ahora, Juan Diego lograba algo similar: después de cinco minutos de enardecidos aplausos, con lágrimas en los ojos de la emoción, repitió el aria.

Cuando vio eso, Rigoberto no pudo resistirlo. Después de repetir más de una docena de veces la filmación, en el momento de la ovación del público se descerrajó el tiro en el paladar. Curiosamente, no murió. Ahora, con su imagen de pobre indigente desarrapado, tararea con voz apenas audible alguna canción popular en el metro de Lima, viviendo de las limosnas.

## Fiesto Cívico en el futuro

Para 1935, en algún país latinoamericano que no viene a cuento mencionar ahora, nació el héroe de nuestra historia. Décimo hijo de una familia campesina, sus padres ya no sabían qué nombre ponerle. Por eso apelaron al santoral. Como el nacimiento tuvo lugar una fecha que, según el calendario, era una Fiesta Cívica, siendo que se trataba de un varoncito optaron por ponerle Fiesto Cívico.

Nombre insólito, sin dudas, que en numerosas ocasiones motivó preguntas de curiosidad. Eso, hay que aclarar, sucedía en su país de origen, hispanohablante por cierto. A los 20 años, su vida cambió, y su nombre dejó de ser motivo de interrogatorios. Fiesto Cívico marchó como indocumentado hacia Estados Unidos.

Ahí pasó la mayor parte de su vida. Para el momento en que ocurrió la presente historia, llevaba 25 años en el país del Norte. Su inglés nunca fue bueno, pero medianamente pudo ir aprendiéndolo. Tanto, que eso le ayudó a obtener finalmente su ansiada residencia.

Para 1980, trabajando ya legalmente como empleado de limpieza en un laboratorio (nunca supo que pertenecía al Pentágono), le hicieron la propuesta, en inglés: prestarse como sujeto de experimentación para una prueba de criogenia.

“¿Por qué no?”, se dijo. La oferta era tentadora: 30.000 dólares. Para él, que había pasado penurias toda su vida, ganarse esa suma sólo por dejarse dormir un tiempo le parecía excelente. No lo pensó mucho, y aceptó. Pero por razones de ¿corrección política?, no dio todavía el sí definitivo, dejándolo en suspenso para después de hablar con su familia.

No le costó mucho convencer a todos, esposa y tres hijos, haciéndoles ver la conveniencia de la medida. Por último... “*eran apenas cinco años, y eso pasa rápido*”. Oficialmente aceptada la oferta, lo trasladaron a Atlanta, donde se mantendría congelado el tiempo estipulado.

Nunca se supo si fue un error de quien ingresó sus datos, o qué pudo haber pasado exactamente. Lo cierto es que en su ficha, en vez de cinco años se anotó “cincuenta”. Un cero de más, simplemente. Pero ese dedazo cambió toda su vida.

Pasados los cinco años, su familia comenzó a esperarlo. Sucede que su esposa Alicia, una mexicana, nunca había regularizado su estatus migratorio, lo que la ponía en situación desventajosa ante las autoridades. Era por eso que siempre le escapaba a cualquier trámite. Fue por eso, entonces, que no se atrevió a averiguar qué estaba pasando con su esposo, para evitar contacto con cualquier institución estatal. Sus hijos, aunque legalmente ciudadanos estadounidenses, repetían similar complejo de inferioridad, por ser descendientes de latinos. Lo cierto es que nadie se informó convenientemente, y el experimento siguió adelante. Fiesto Cívico, por tanto, no apareció a los cinco años.



Cinco años no son cincuenta, obviamente. En todo ese tiempo los niños crecieron, Alicia envejeció y falleció, los 30.000 dólares se fueron gastando, en tanto que el congelamiento no se detuvo. Todos los científicos que habían iniciado la prueba ya no estaban ahora. Los informes –pormenorizados, muy exhaustivos– era lo único que recordaba los años pasados. Para el 2030, cuando se lo quitó del estado de hibernación, Fiesto Cívico quedó sorprendido, desubicado, golpeado.

En principio pensó que se trataba de un chiste que le hacían, un mal chiste, por supuesto. “¿Cómo que estoy en el siglo XXI!?”, preguntó entre sorprendido y molesto. Jamás imaginó lo que estaba escuchando.

Rápidamente todos concluyeron que había habido un error. De hecho, en el momento en que se le congeló, la informática no regía todos los aspectos de la vida como lo era cuando despertó. Por tanto, nadie se había percatado del dígito sobrante en aquel entonces, y la historia siguió adelante por un camino inesperado. Claro que a los fines de la experimentación el error había resultado profundamente fructífero: las reacciones de alguien congelado durante 50 años arrojaban muchísimos más datos que alguien sólo 5 años en hibernación.

En cierta forma, Fiesto Cívico fue premiado. Sin saberlo –cosa que, por supuesto, no podía creer– *“había contribuido al desarrollo de la ciencia”*, según le dijeron con altisonantes palabras. En realidad, lo único que le interesaba en el momento era ver cómo estaba su familia. Aunque rápidamente cayó en la cuenta que cincuenta años no pasan en vano, y que probablemente... ¡ya no había familia!

Pidió hablar por teléfono a Nueva York, donde vivían en su momento esposa e hijos. El pedido causó cierta hilaridad entre la gente del laboratorio. “¿Hablar por teléfono?!” fue la espontánea respuesta de sus rodeantes, con una sonrisa benevolente en los labios. “Pero... ya nadie habla por teléfono hoy día, amigo, amigo...”. Cuando su interlocutor quiso llamarlo por su nombre, no supo cómo hacerlo. Buscó entre los datos de identificación que tenía, y sólo aparecía un número de sujeto de experimentación. Pero no había nombre propio. ¡Y mucho menos código personal, que era lo que se usaba en el momento!

Eso no fue obstáculo para que quien parecía el encargado del laboratorio, o quien se comunicaba con Fiesto Cívico en ese momento al menos, pudiera indicarle con actitud amable que ya nadie usaba teléfono, que eso era algo del pasado. “Ahora, amigo...”, leyó rápidamente en la pantalla del holograma que lo seguía todo el tiempo, *“ahora mi estimado XL 200067/71P, ya nadie usa teléfono, sino que todos tenemos aplicado un chip con el que hacemos todo, también hablar por teléfono como era en su época”*.

Fiesto Cívico no entendía. “¿Qué era eso de un chip?”. En su pobre inglés sabía que eso era algo que lastimaba, lo que saltaba de la madera a veces. “¿Qué podía significar tener aplicada una astilla? ¿Sería por eso que veía a todos sus rodeantes hablando solos? ¡Qué estupidez!”

Así como eso, empezó a constatar infinidad de cosas que no entendía, que le eran insólitas, desconocidas. Pero no sólo desconocidas, sino raras, bizarras, o más bien loquísimas para su gusto. Por ejemplo, toda la gente con la que estaba hablando (unas ocho personas, vestidas todas igual, con pantalón y una suerte de blusa color gris, todos rapados o con el cabello muy corto, también las mujeres), además de hablar solos, todos hablaban con él o entre sí sin dirigirse la mirada. Hablaban mirando algo entre sus dedos, pero que no existía en la realidad. “*Es una pantalla touch hologramática*” explicó alguien ante su angustiada pregunta.

“*Holo ¿qué?*”, repitió entre asombrado y molesto Fiesto Cívico.

Los presentes, por primera vez en toda la conversación, levantaron la vista de esas “pantallas”, para mirarse asombrados entre sí. Ellos tampoco entendían qué estaba pasando.

Nuestro revivido sujeto de experimentación sintió ganas de ir a orinar, por lo que pidió un baño. El grupo de científicos que le atendía en el momento, algo desconcertados con lo que estaban escuchando, le indicó hacia dónde dirigirse. Una vez que Fiesto Cívico había evacuado su orín, todos cayeron en la cuenta. “*¡No, no! Necesitamos el primer orín luego de la hibernación, para estudiarlo... Así marca el protocolo. ¡Que no orine en el inodoro!*”.

Tarde ya. Ya había orinado, encontrándose ahora con un nuevo problema: trató de hacer correr el agua, pero no fue posible, pues una pantalla en la pared le indicaba, con luces intermitentes: “*Por favor ingrese su PIN*”.

“*¿Pin? ¿Pin?... ¡Pinches gringos!*”, pensó rabioso. “*Ya ni mear tranquilo se puede...*”

Cuando en esas estaba, alguien abrió la puerta del baño, iracundo. “*Usted perdone, mi amigo, pero no va a poder hacer correr el agua porque no tiene la autorización del caso. Tiene que poner el número de su PIN, y visto que no tiene, voy a usar el mío*”.

“*¡No se meta con mi meada!*”, espetó furioso Fiesto Cívico. “*¿Y qué pasa ahora que no puedo tirar la cadena?*”

“*¿Tirar la cadena?*”, preguntó atónito el científico, sin dirigirle la mirada, ensimismado como estaba con algo que parecía tener entre los dos pulgares, manteniendo ambas manos casi juntas. “*¡Ah! Creo que así se decía antes... ¿verdad?*”

“*¡Pero míreme a la cara al hablar!*”, gritó enardecido Fiesto Cívico.

Sin inmutarse, su interlocutor respondió con voz monocorde, siempre mirando hacia sus manos: “*Es que estoy recibiendo el instructivo preciso, XUZ 6315. Ahí dicen cómo proceder...*”

“*¿¿Instructivo?! ¿Cómo? ¿No sabe qué hacer en el baño si no se lo dicen?*”

“*Sí, claro que sé*”, respondió molesto el científico a cargo. “*Los baños, si no tienen cámara presurizada panóptica, son para hacer pipí. ¿O no lo sabía?*”

“¿Cámara qué?” La situación había entrado en un clima raro, dificultoso. Había mucha tensión, y se respiraba crecientemente un aire tirante. Fiesto Cívico no sabía si esto era un chiste de mal gusto, una confusión descomunal... o se había vuelto loco.

Pero rápidamente, manteniendo la calma, empezó a pensar otra alternativa: si era verdad lo que le decían, después de 50 años las cosas debían haber cambiado mucho. Todo eso que ahora veía y no terminaba de entender, “¿sería un viaje al futuro?” Trató de tranquilizarse.

Los que no se tranquilizaron fueron los científicos que estaban esperando su despertar. Por algún tiempo habían estado recibiendo inducciones en relación a cómo relacionarse con alguien que venía del pasado. Era sabido por la experiencia, y podía inferirse muy fácilmente por otro lado, que el encuentro de dos perspectivas culturales distintas nunca era fácil. Más aún en estas circunstancias, cuando alguien retornaba de medio siglo de hibernación.

Fiesto Cívico era el sujeto de experimentación con mayor tiempo de criogenia; quien le seguía en tiempo de congelamiento, un texano con cáncer terminal, había pasado 28 años en la cámara fría. Por eso, su caso era único. En tal sentido: una “rareza” para la ciencia.

Todo esto lo sabía el equipo de investigadores que esperaba su despertar. Y también sabía la posibilidad del choque cultural de alguien que había salido de circulación cuando recién comenzaba a imponerse la computadora personal y la cultura digital: hoy corrían otros tiempos, y era absolutamente inconcebible que alguien no supiera qué era un chip. Aunque una cosa era saber todo eso a partir de una charla en un grupo, con alguien que dirigía un taller académico. Otra muy distinta era vivirlo.

Ahora se estaba dando el choque, y más allá de la presunta capacitación recibida por el equipo de trabajo para estar preparado, el encontronazo era más grande de lo imaginado. De hecho, se les hacía muy difícil manejarlo. Fiesto Cívico no podía concebir que alguien le hablara sin mirarle a los ojos, con la vista puesta solamente en una supuesta pantallita, que ni siquiera existía en la realidad corpórea, porque era un holograma virtual. Tampoco podía entender cómo era eso que todos estaban hablando solos todo el tiempo (se refería a que continuamente estaban conectados a la red de redes, escuchando alguna conversación por el miniauricular que llevaban implantado en ambos oídos, y respondiendo por el micrófono inalámbrico de alta fidelidad, que se encontraba en el chip sub-cutáneo). “No parecen locos del manicomio, ¡pero están todos locos!”, era su conclusión.

Por la otra parte, para los científicos a cargo del laboratorio de criogénesis, en general gente que no pasaba de los 45 años, nativos digitales, todos con el chip multifunción instalado sub-cutáneamente desde los 6 meses de vida, era “el tipo más extraño del mundo” ese espécimen que ahora tenían delante suyo, y del cual no entendían innumerables reacciones. “¿Cómo podía ser que 50 años atrás vivieran sin chip multifunción? ¿Y cómo carajo harían todas las cosas?”

Lo que más espantó a Fiesto Cívico en la corta charla que se había dado desde su despertar fue lo que le dijeron en el baño: que el agua estaba racionada, que era por eso que sólo se disponía un litro y medio para despachar el orín y dos litros con 158 mililitros para hacer correr las heces fecales. Simplemente le parecía un chiste.

Cuando quiso tomar agua de algo que asemejaba un dispensador (ya existían en 1980) le indicaron —y no con dulzura precisamente— que debía pasar el chip, es decir: la muñeca derecha, donde solían aplicarse, por el lector óptico para que le permitiera su ración diaria: 8 vasos en total, nunca en dosis de más de 2 vasos juntos, salvo excepciones (para lo que había que solicitar la autorización correspondiente a la Agencia Central de Monitoreo).

“¡¡¿El agua racionada?!!”. Sencillamente, no lo podía creer. Que eso pasara en sus países de origen, de donde venían él y su esposa, allí donde se reían de su nombre y a veces se pasaba hambre, era comprensible. Que sucediera en la gran potencia económica del mundo era inconcebible.

“¡Los tiempos cambian!, ¿no?”, se dijo con una cuota de resignada aceptación. “Pero... ¡cómo cambiaron!”

Al poco tiempo de salir de la cámara donde “durmió” sus cinco décadas, ya le habían colocado una cantidad interminable de electrodos y cables que no entendía para qué serían. De todos modos, lo respetaba, porque “eso era la ciencia”. Entendió que había habido una equivocación trágica: los cinco años se habían convertido en cincuenta. En español, muy por lo bajo, maldijo su suerte. “¿Y qué mierda voy a hacer ahora?”, se preguntó con angustiante desesperación. “¿Cómo putas voy a conseguir a mi familia?, si es que todavía la tengo...”

Las pruebas satisficieron completamente a todo ese batallón de científicos que se movía a su alrededor. Se lamentaban, sin embargo, de no haber podido analizar el primer orín, dado el malentendido que se había suscitado.

Fiesto Cívico pensó en su mujer, Alicia, que sentía como que tiempos infinitos la separaban de su persona. La añoró, y eso le llevó a preguntar por ella. La respuesta fue tajante: “Ya no importa la gente de carne y hueso para hacer el amor. Ahora está todo magistralmente preparado. Ya no hay embarazos no deseados, ni violencia en la familia. Quien tiene ganas, lo hace. Si no, debe esperar algún tiempo para cuando la máquina esté nuevamente desocupada. En cuanto a su esposa, no sabemos qué más decirle.”

El grado de asombro de nuestro héroe iba siempre en creciente aumento.

Cuando le informaron que todos los exámenes habían salido correctos, Fiesto Cívico exclamó espontáneamente: “¡Me gusta!”, lo cual le valió una inmediata amonestación. “¡No diga así nunca, que eso es marca registrada!”.

Su sorpresa fue mayúscula. “¿Marca registrada? ¡¡¿Qué significa eso?!!”, preguntó atónito.

*“Que esa expresión ya está reservada para quien pagó su patente, por tanto no hay que mencionarla, hay que buscar un sinónimo. Si no, se lo cobran”.*

*“¿Cómo que lo cobran?”*

*“Pues sí. Como es propiedad privada, sólo pagando se puede mencionar. No es muy caro, pero si uno no se cuida, la Agencia Central de Monitoreo detecta cada marca registrada que uno dice –¿para qué tenemos el chip si no?– y se lo cargan directamente a la tarjeta.”*

Fiesto Cívico no entendía lo que le estaban diciendo. No lo podía creer: *“¿Cobran si uno habla?”*

*“El mes pasado me descuidé un poco”,* agregó una mujer que hasta ese momento casi no había participado en voz alta dirigiéndose a él, con rasgos orientales y cabello casi rapado pintado de color fucsia fosforescente, *“y tuve que pagar más de mil dólares”.*

El mundo del futuro (del futuro para él, claro, viniendo de 50 años atrás) le parecía un disparate, absurdo, incomprensible. *“¿Y si digo Mc Donald’s?”* preguntó con picardía. *“Eso sí se puede, porque es el nombre del producto. Pero no se pueden mencionar atributos o características del producto, que ya estén registradas”,* le explicaron con parsimoniosa paciencia. *“No se puede decir, por ejemplo, lo que usted acaba de decir, que... le... usted me entiende.”*

Casi como siguiendo el juego, Fiesto Cívico preguntó provocativo: *“¿Y cómo se puede decir entonces en vez de <me gusta>.”*

*“Hay infinidad de formas... Diga, por ejemplo: <me encanta> o <me fascina>.”*

Prefirió no opinar. En forma creciente iba sintiendo un malestar que lo invadía por completo. Cuando entró en la “nevera”, como solía decirle días antes de comenzar la prueba allá por marzo de 1980, se sentía alegre. Otorgarle 30 mil dólares a su familia era un excelente regalo, y el pago por ello no se veía desmedido: cinco años fuera de casa no era tanto después de todo. Conocía infinidad de amigos en su país natal que hacía mucho más tiempo vivían en Estados Unidos mandando regularmente algunos dólares, y nadie se había muerto por eso. Las esposas se acostumbraban a esperar, y había algunas, o muchas, que pasaban tiempos infinitamente más largos, de diez y hasta veinte años. Por otro lado: *“amor de lejos, felices los tres.”*

No sabía explicar exactamente por qué, pero su despertar le estaba resultando demasiado problemático, demasiado angustiante. Hubiera preferido escapar de ese infierno que se le antojaba la situación actual. De pronto, con fuerza de revelación, con una celeridad que no se hubiera imaginado, tomó la decisión: *“yo de aquí me escapo.”*

Y así lo hizo.

Fue un descuido de todo el grupo, o mejor dicho, fue saber aprovechar el momento. Lo increíble fue el modo en que, pese a todos los dispositivos de seguridad, pudo salir a la calle. Una sola vez en su vida había estado en Atlanta, cuando tenía alrededor de 30 años. Encontrarse ahora con una ciudad super automatizada, donde robots inteligentes manejaban el tráfico de vehículos y donde los adelantos de la inteligencia artificial lo dejaban boquiabierto, fue un golpe. Ya en la acera, no sabía bien qué hacer.

Supuso que lo seguirían. Comenzó a caminar angustiado por cualquier avenida sin saber dónde se dirigía. Lo único que quería era salir de ese infierno. Una ocasional conversación de dos jóvenes que escuchó en una esquina le dio pistas de qué hacer. Uno de ellos decía al otro: *“¿para qué robarse un carro, o una moto? Con el chip instalado, no hay forma de escaparse del seguimiento de los satélites... ¡La Central de Monitoreo lo sabe todo!”*

¡¡Pero él no tenía chip!! Entonces... ¡no lo podían seguir!

La euforia fue total. Por un momento –muy breve– se sintió ganador de la situación. Luego pensó que eso era imposible: con toda esa tecnología que lo agobiaba, que lo acosaba a cada instante, con satélites que lo observaban desde el cielo –*“esto parece ser dios”*, reflexionó con solemnidad– no parecía muy posible salirse con la suya. Aunque... *“si no tengo la taradéz esa del chip, o como se llame, ¡no podrían buscarme! Pero...¿y qué hago después? ¿Dónde voy?”*

En un ataque de locura, prácticamente sin saber qué hacía, comenzó a correr como desaforado. Era una combinación de cosas: miedo a ser perseguido, aunque no había cometido ningún ilícito, y alegría por sentirse libre, sin la atadura de eso que le parecía más atrapante que un cadena con varios candados. Corrió y corrió locamente por las calles de Atlanta, provocando en varias oportunidades que se dispararan las alarmas de algunos edificios. Un dron-patrulla policial robotizado con lector óptico infrarrojo de largo alcance lo detectó en su atropellada carrera, y comenzó a seguirlo. Eso lo asustó mucho. Tanto, que en una desesperada maniobra tratando de atravesar una avenida fue atropellado por un móvil que circulaba a 100 ks. por hora (la velocidad reglamentaria máxima para arterias que corrían de Sur a Norte).

El impacto fue fatal.

Cuando fueron a recoger el cadáver, las autoridades no entendían cómo era posible que alguien no tuviera el chip sub-cutáneo. *“Va a ser imposible identificarlo así”*, sentenció la mujer policía.

Como el experimento para el que había servido Fiesto Cívico era de índole estricta y terminantemente confidencial, de hecho: un secreto militar, las Fuerzas Armadas no podían salir a su rescate. De ese modo, nadie entendía cómo un ciudadano aparentemente normal, disfrazado con ropa que hoy día podía hacer pensar en “viejas costumbres desechadas”, andaba caminando con tranquilidad por las calles de la ciudad. Nadie se hacía cargo del occiso, y sin chip, no era posible saber nada de su identidad.

Para resolver el caso, se lo incineró como espía chino (así lo divulgaron los medios masivos de comunicación), espía enviado por la gran potencia de Oriente, con la que se estaba por entrar en guerra muy probablemente para ese año. Grupos defensores de derechos humanos lo reivindicaron como víctima de atropello. No faltó también quien lo elevó a la categoría de héroe, y hubo quien consideró que, ante su falta de pertenencia a la ciudadanía global regida por la Central de Monitoreo (“*¡infalible! Un nuevo dios, más perfecto aún...*”) debía ser un extraterrestre.

Los científicos del Laboratorio de reanimación post-criogenética siguen preocupados... porque no pudieron juntar el orín. El jefe y su ayudante principal (su hija-amante –el incesto ya no se repudia–) fueron despedidos por el desliz.

# Honestidad

## PRIMERA CONSULTA

-Dr. Estoy sumamente angustiado y no sé qué hacer. Tengo 61 años, soy pastor evangélico, casado, 3 hijos, 6 nietos, y desde hace un tiempo ando de amante con una jovencita de 22 años. Me encuentro muy bien en esa relación, pero sé que eso está mal. No sé qué decisión tomar. ¡Por favor, ayúdeme! (...)

## SEGUNDA Y ÚLTIMA CONSULTA

-Dr.: ¡Le agradezco infinitamente su ayuda! Sin sus buenos oficios no sé qué hubiera hecho. Estaba desesperado, pero sus palabras me orientaron. Y felizmente, ya pude tomar la decisión que era necesaria: ¡voy a dejar de ser pastor!



## Síntomas peligrosos

Esa mañana, como todas las mañanas, Silvina fue la primera en levantarse. Le pesaba un poco el sacrificio de ser la fuerte de la casa, el sostén de su familia; pero lo aceptaba gustosa. Sentirse la artífice en la recuperación del alcoholismo de su esposo la llenaba de orgullo. Ello le permitía dos cosas: por un lado, volver a estar tranquila en su pareja (los años en que Sergio consumía habían sido sumamente tormentosos), y por otro, tener la sensación de que no era tan inservible como solía creer.

Saliendo del baño sintió el primer indicio: un leve mareo. No le prestó particular atención, pero cuando la cuchara con la que estaba preparando el café para el desayuno de esposo e hijo se le cayó de las manos, comenzó a preocuparse. No era común que se le deslizara de entre los dedos de esa manera; no había sido una caída cualquiera del utensilio. Ahí había algo más.

Cuando el resto de la familia se levantó, la mesa ya estaba servida. Como siempre, Silvina había cuidado cada detalle. Sergio nunca advertía eso, y Claudio, el único hijo que tenían, parecía vivir en otro mundo. En realidad, en cierta forma vivía en otro mundo: con sus 19 años cumplidos, no hacía nada en la vida. No estudiaba ni trabajaba, y no tenía claramente dibujado un proyecto a futuro. Todo le daba igual. El incipiente alcoholismo que comenzaba a descubrirse no le resultaba una preocupación.

Terminando de desayunar, cada uno de los tres se dirigió a sus ocupaciones habituales. La madre acomodó rápidamente los trastos utilizados y salió rumbo a su trabajo: el estudio contable donde se desempeñaba como contadora. Sergio terminó de arreglarse y marchó a la oficina del Seguro Social, donde desde hacía varios meses cobraba regularmente su seguro de desempleo, y en la que le estaban buscando un trabajo fijo (difícil conseguir, porque las patronales privadas, en general, no contratan ex alcohólicos). Y Claudio continuó con lo de siempre, es decir: pasar la vida (ese día iba a acompañar, simplemente como allegado, a un grupo de músicos amigos que iban a hacer una grabación).

Así pasaban sus días cada uno de los tres: Silvina trabajando de sol a sol, manteniendo a esposo e hijo; Sergio, sintiéndose un problema, una carga, pero buscando salir de esa posición; Claudio, sabiéndose una carga, pero no importándole.

En la oficina, atendiendo unos clientes, Silvina volvió a tener indicios preocupantes: cuando se incorporó de una silla no podía mantener bien el equilibrio. Pensó que era fatiga por el exceso de trabajo: ella hacía todo en la casa, e incluso se llevaba trabajo del estudio a su hogar. Muchas veces se acostaba a medianoche, y todos los días se levantaba alrededor de las 5:30 hs. de la mañana. E incluso, como “trabajo extra”, era ella quien buscaba sexualmente a su pareja (el alcoholismo de años había dejado síntomas de ocasional impotencia en Sergio, y una prolongada falta de apetito para los oficios amatorios). Silvina, sin confesárselo a nadie,

debía apelar a la masturbación más de una vez (no se atrevía a aceptar las no pocas ofertas de varones que le revoloteaban en torno).

Cuando los indicios de falta de coordinación motora fueron repitiéndose con mayor frecuencia y profundizándose en su gravedad, Silvina comenzó a pasar de la preocupación a la casi desesperación. De todos modos, fue una desesperación silenciosa: no se atrevía a decir nada a esposo o hijo porque sabía que cualquier queja caería en saco roto. La desidia de ambos varones para con ella era casi absoluta: Sergio ni en la cama, salvo raras excepciones, se ocupaba de ella. Y Claudio no se ocupaba de nadie, ni de su madre ni del mundo. Su alcoholismo en ascenso le alcanzaba para todo.

Unos días después, cuando los indicios ya podían ser considerados más que eso, cuando pasaron a ser síntomas sin capacidad de ser dominados, consultó con un neurólogo. El médico, muy profesionalmente, fue claro y terminante: esclerosis múltiple.

La explicación del galeno la dejó estupefacta: por cultura general sabía lo que significa esa enfermedad, pero solo con una noción muy vaga. La explicación detallada, por el contrario, la puso en un estado inesperado. Comenzó a negar lo que le estaba pasando.

Nunca habló de los síntomas con su familia, y mucho menos mencionó lo de la consulta al especialista. Secretamente, aunque en forma racional sabía que estas patologías son degenerativas, que no tienen marcha atrás, albergaba la esperanza que lo suyo fuese pasajero. Todos los días, al despertar, lo primero en que reparaba era su estado general, tratando de comparar con el día anterior, esperando la mejoría.

Pero la mejoría no llegaba nunca. Por el contrario, el mal se agravaba.

Había indicios claros y terminantes que la cosa no iba para mejor; Silvina lo sabía y no podía ocultárselo. Aunque de alguna forma, siempre encontraba la manera para engañarse: cada dificultad nueva –sentir que el agua se le escapaba por un costado de la boca cuando se enjuagaba luego de cepillarse los dientes, o la imposibilidad de enhebrar una aguja, por ejemplo– la atribuía a causas por demás de absurdas: el calor, el frío, el cansancio, la humedad o el tiempo demasiado seco. Al pensar en secreto la marcha de la enfermedad, entraba en pánico. Por eso, el silencio le parecía el mejor antídoto: no hablar de lo que sucedía era –fantasiosamente– como que nada de eso estaba sucediendo. Pero sucedía.

Llegó un momento en que los síntomas empezaron a ser evidentes para Sergio y Claudio. Cuando le preguntaron, la primera reacción de Silvina fue negarlos. Pero la mentira no pudo durar mucho tiempo. Preparar las comidas (desayuno y cena, el almuerzo cada quien lo hacía fuera de casa) le resultaba cada vez más un suplicio; los utensilios caían con mayor frecuencia, y cada vez arruinaba más ingredientes. Cuando no pudo ocultarlo más, con un llanto incontenible lo confesó. Esposo e hijo quedaron atónitos.

Esa confesión fue la que llevó a Sergio a retomar la bebida. Como todo alcohólico que recae después de un período de abstinencia, pareciera que la nueva época de consumo es una toma de revancha por el “tiempo perdido”. De ahí que su recaída fue tremenda: en pocos meses bebió lo que no había hecho en años.

La furia bebedora desatada en Sergio, más la situación de creciente imposibilidad en su madre, fueron las causas que impulsaron a Claudio a sumergirse también profundamente en el alcohol. La excusa de “acallar las penas” en aumento, más allá de una decorosa explicación “oficial”, no convencía a nadie. Lo cierto es que tanto el hijo como el padre terminaron siendo unos enfermos alcohodependientes. Su consumo empezó siendo moderado, casi a escondidas. Paulatinamente fue creciendo hasta convertirse en la razón de sus vidas. La enfermedad de Silvina funcionaba como perfecta causa (aparente, claro).

Los ruegos, desesperados a veces, de la esposa/madre, no sirvieron para detener la carrera etilista de ambos varones. El consumo fue subiendo casi día a día. Eso trajo aparejado un problema nuevo: el producto consumido había que pagarlo. Y si bien ni padre ni hijo tenían gustos particularmente exquisitos al respecto, cualquier bebida espirituosa cuesta dinero. Un dinero que ni Sergio ni Claudio tenían y que, por tanto, debía provenir de Silvina.

El círculo vicioso comenzó a cerrarse en forma progresiva. La contadora podía trabajar cada vez menos dado el avance de su enfermedad, debiendo aportar cada vez más en términos económicos. Su situación de empeoramiento incesante angustiaba a esposo e hijo, quienes huían de la espantosa realidad bebiendo más y más. Pero para beber, necesitaban cada vez más dinero, que tenía que aportar una mujer cada vez más imposibilitada.

En principio, Sergio y Claudio consumían por separado, en sus respectivos círculos. Luego comenzaron a hacerlo juntos. Los bares de más baja calidad los empezaron a ver con mayor frecuencia: padre e hijo no tenían ninguna vergüenza de reconocerse mutuamente como alcohólicos. Por el contrario, algo muy profundo los unía en todo ese patológico cuadro.

Silvina empeoraba. Sus primeras dificultades al agarrar objetos se transformaron, bastante rápidamente, en una imposibilidad total. Lo que en un principio era una marcha dificultosa, ahora se había transformado en una penosísima tarea. Ya casi no caminaba. Incluso hablar se le dificultaba. Llegó un momento en que terminó totalmente postrada. Incorporarse para ir al baño le era ya materialmente imposible. El drama se desencadenó.

Padre e hijo seguían su imparable carrera alcohólica. Paulatinamente habían ido vendiendo diversos enseres de la casa para conseguir el dinero necesario para los tragos. Pero nunca era suficiente. Como todo adicto, Sergio y Claudio eran insaciables: jamás se daban por satisfechos. Cualquier alcohol étlico, no importando la calidad –incluso cosas que se le parecieran: perfume, alcohol medicinal, líquido refrigerante– podía servir. La decadencia moral –¡ y la física!– eran cada vez más profundas. Como profunda era la postración de Silvina.

La contadora hacía ya tiempo que yacía en una cama. El deterioro había sido masivo, y llamativamente rápido. Los médicos estaban sorprendidos con la velocidad con que había avanzado la enfermedad; era algo curioso, porque en general la esclerosis múltiple toma más tiempo para devastar a alguien. El caso de Silvina había sido atípico.

La mujer, que no había perdido sus rasgos hermosos ni la provocativa figura de su cuerpo, pasaba sus días en la cama profiriendo unos inarticulados sonidos que, muy a duras penas, podían ser descifrados por esposo e hijo. Nadie más podía entenderla.

Así, en ese calamitoso estado de Silvina, el calamitoso estado moral de Sergio y Claudio provocó la decisión. Los dos varones, cada vez más alcohólicos y cada vez con menos recursos, tomaron la iniciativa.

Ni la más mínima pizca de culpa se les atravesó: la imperiosa, enfermiza, loca necesidad de tóxico los llevó a lo que, sarcásticamente, llamaron “la solución final”: prostituyeron a Silvina.

Los primeros días nadie acudió a la promoción. Incluso en un momento Sergio llegó a preguntarse si lo hecho no estaba mal. Pero rápidamente, ese pasajero sentimiento de culpa se disipó cuando empezaron a llegar los primeros clientes.

¿Quién querría hacer el amor con una enferma postrada en una cama, que además no puede proferir palabra?, podría preguntarse el sentido común. Pregunta banal, si se quiere, porque la fila de clientes que comenzó a formarse fue increíble. Llegaban de todas partes, hasta del extranjero. Y, por supuesto, también se dieron casos curiosos, llamativamente perversos: por ejemplo, las mujeres que llegaban con sus penes plásticos para hacerle el amor a Silvina, o el sacerdote que apareció circunspecto (Sergio lo conocía de años atrás, cuando solía visitar iglesias), por supuesto vestido de civil. O un discapacitado que fue llevado en su silla de ruedas, y al que tuvieron que sostener entre dos personas para que realizara su acto amatorio. Un sobrino lejano de Silvina, que se enteró de la promoción a través del internet sin saber que era su tía el “juguete” ofrecido, se arrepintió al llegar a la puerta de la casa, porque “con la familia no se hacen esas cosas”.

La cuenta bancaria de Sergio (Claudio no disponía de una) fue creciendo vertiginosamente. En muy poco tiempo el licor barato fue reemplazado por fino whisky escocés añejo. El consumo, por supuesto, también siguió creciendo.

Nunca pudo saberse qué pensaba Silvina de todo esto. Los cuidados médicos jamás le faltaban; ocasionalmente –algún domingo soleado– esposo e hijo la sacaban a pasear. Su demandante mirada aterrorizada podía asustar a quien la observara fijamente. El pedido de auxilio parecía surgirle de lo más hondo, pero quedaba ahogado en roncós sonidos guturales que nadie podía descifrar. Las lágrimas que a veces brotaban de sus desesperados ojos llamaban a la compasión, pero persona alguna podía suponer la escena que daba lugar a ellas. Su vulnerable situación lo explicaba todo. O, al menos, esa era la explicación “oficial”.

Junto al consumo de bebidas finas, los lujos habían comenzado a aparecer en padre e hijo. La fuente dispensadora de dichas parecía no tener fin. Así como no paraba de acrecentarse la clientela, tampoco se detenían los lujos. Siempre había algo nuevo: las visitas a prostitutas caras, la buena comida, la vestimenta refinada, la idea de tener un Lamborghini. Silvina, ¿quién iba a pensarlo?, gracias a su deplorable estado, era un buen negocio.

Padre e hijo recordaban, entre graciosos y sorprendidos, que las primeras caídas de utensilios que había tenido la esposa/madre, según ella misma lo relatara en alguna oportunidad historizando el origen de su enfermedad, habían sido “su salvación”. “*¡Qué bueno no haberle prestado toda la atención del caso en su momento!*”, se regodeaba Sergio. “*Si se metían los neurólogos desde el principio... no estaría pensando yo en un Lamborghini ahora...*”

La misma angustia espeluznante que transmitían los ojos de Silvina evidenciaron los de Sergio la mañana que, desayunando junto a su hijo Claudio, se le cayó una cucharita de la mano.

## Decepción... “¡Cumplí, madre!”

Esa mañana, como todas las mañanas, Silvina fue la primera en levantarse. Le pesaba un poco el sacrificio de ser la fuerte de la casa, el sostén de su familia; pero lo aceptaba gustosa. Sentirse la artífice en la recuperación del alcoholismo de su esposo la llenaba de orgullo. Ello le permitía dos cosas: por un lado, volver a estar tranquila en su pareja (los años en que Sergio consumía habían sido sumamente tormentosos), y por otro, tener la sensación de que no era tan inservible como solía creer.

Saliendo del baño sintió el primer indicio: un leve mareo. No le prestó particular atención, pero cuando la cuchara con la que estaba preparando el café para el desayuno de esposo e hijo se le cayó de las manos, comenzó a preocuparse. No era común que se le deslizara de entre los dedos de esa manera; no había sido una caída cualquiera del utensilio. Ahí había algo más.

Cuando el resto de la familia se levantó, la mesa ya estaba servida. Como siempre, Silvina había cuidado cada detalle. Sergio nunca advertía eso, y Claudio, el único hijo que tenían, parecía vivir en otro mundo. En realidad, en cierta forma vivía en otro mundo: con sus 19 años cumplidos, no hacía nada en la vida. No estudiaba ni trabajaba, y no tenía claramente dibujado un proyecto a futuro. Todo le daba igual. El incipiente alcoholismo que comenzaba a descubrirse no le resultaba una preocupación.

Terminando de desayunar, cada uno de los tres se dirigió a sus ocupaciones habituales. La madre acomodó rápidamente los trastos utilizados y salió rumbo a su trabajo: el estudio contable donde se desempeñaba como contadora. Sergio terminó de arreglarse y marchó a la oficina del Seguro Social, donde desde hacía varios meses cobraba regularmente su seguro de desempleo, y en la que le estaban buscando un trabajo fijo (difícil conseguir, porque las patronales privadas, en general, no contratan ex alcohólicos). Y Claudio continuó con lo de siempre, es decir: pasar la vida (ese día iba a acompañar, simplemente como allegado, a un grupo de músicos amigos que iban a hacer una grabación).

Así pasaban sus días cada uno de los tres: Silvina trabajando de sol a sol, manteniendo a esposo e hijo; Sergio, sintiéndose un problema, una carga, pero buscando salir de esa posición; Claudio, sabiéndose una carga, pero no importándole.

En la oficina, atendiendo unos clientes, Silvina volvió a tener indicios preocupantes: cuando se incorporó de una silla no podía mantener bien el equilibrio. Pensó que era fatiga por el exceso de trabajo: ella hacía todo en la casa, e incluso se llevaba trabajo del estudio a su hogar. Muchas veces se acostaba a medianoche, y todos los días se levantaba alrededor de las 5:30 hs. de la mañana. E incluso, como “trabajo extra”, era ella quien buscaba sexualmente a su pareja (el alcoholismo de años había dejado síntomas de ocasional impotencia en Sergio, y una prolongada falta de apetito para los oficios amatorios). Silvina, sin confesárselo a nadie,

debía apelar a la masturbación más de una vez (no se atrevía a aceptar las no pocas ofertas de varones que le revoloteaban en torno).

Cuando los indicios de falta de coordinación motora fueron repitiéndose con mayor frecuencia y profundizándose en su gravedad, Silvina comenzó a pasar de la preocupación a la casi desesperación. De todos modos, fue una desesperación silenciosa: no se atrevía a decir nada a esposo o hijo porque sabía que cualquier queja caería en saco roto. La desidia de ambos varones para con ella era casi absoluta: Sergio ni en la cama, salvo raras excepciones, se ocupaba de ella. Y Claudio no se ocupaba de nadie, ni de su madre ni del mundo. Su alcoholismo en ascenso le alcanzaba para todo.

Unos días después, cuando los indicios ya podían ser considerados más que eso, cuando pasaron a ser síntomas sin capacidad de ser dominados, consultó con un neurólogo. El médico, muy profesionalmente, fue claro y terminante: esclerosis múltiple.

La explicación del galeno la dejó estupefacta: por cultura general sabía lo que significa esa enfermedad, pero solo con una noción muy vaga. La explicación detallada, por el contrario, la puso en un estado inesperado. Comenzó a negar lo que le estaba pasando.

Nunca habló de los síntomas con su familia, y mucho menos mencionó lo de la consulta al especialista. Secretamente, aunque en forma racional sabía que estas patologías son degenerativas, que no tienen marcha atrás, albergaba la esperanza que lo suyo fuese pasajero. Todos los días, al despertar, lo primero en que reparaba era su estado general, tratando de comparar con el día anterior, esperando la mejoría.

Pero la mejoría no llegaba nunca. Por el contrario, el mal se agravaba.

Había indicios claros y terminantes que la cosa no iba para mejor; Silvina lo sabía y no podía ocultárselo. Aunque de alguna forma, siempre encontraba la manera para engañarse: cada dificultad nueva –sentir que el agua se le escapaba por un costado de la boca cuando se enjuagaba luego de cepillarse los dientes, o la imposibilidad de enhebrar una aguja, por ejemplo– la atribuía a causas por demás de absurdas: el calor, el frío, el cansancio, la humedad o el tiempo demasiado seco. Al pensar en secreto la marcha de la enfermedad, entraba en pánico. Por eso, el silencio le parecía el mejor antídoto: no hablar de lo que sucedía era –fantasiosamente– como que nada de eso estaba sucediendo. Pero sucedía.

Llegó un momento en que los síntomas empezaron a ser evidentes para Sergio y Claudio. Cuando le preguntaron, la primera reacción de Silvina fue negarlos. Pero la mentira no pudo durar mucho tiempo. Preparar las comidas (desayuno y cena, el almuerzo cada quien lo hacía fuera de casa) le resultaba cada vez más un suplicio; los utensilios caían con mayor frecuencia, y cada vez arruinaba más ingredientes. Cuando no pudo ocultarlo más, con un llanto incontenible lo confesó. Esposo e hijo quedaron atónitos.

Esa confesión fue la que llevó a Sergio a retomar la bebida. Como todo alcohólico que recae después de un período de abstinencia, pareciera que la nueva época de consumo es una toma de revancha por el “tiempo perdido”. De ahí que su recaída fue tremenda: en pocos meses bebió lo que no había hecho en años.

La furia bebedora desatada en Sergio, más la situación de creciente imposibilidad en su madre, fueron las causas que impulsaron a Claudio a sumergirse también profundamente en el alcohol. La excusa de “acallar las penas” en aumento, más allá de una decorosa explicación “oficial”, no convencía a nadie. Lo cierto es que tanto el hijo como el padre terminaron siendo unos enfermos alcohodependientes. Su consumo empezó siendo moderado, casi a escondidas. Paulatinamente fue creciendo hasta convertirse en la razón de sus vidas. La enfermedad de Silvina funcionaba como perfecta causa (aparente, claro).

Los ruegos, desesperados a veces, de la esposa/madre, no sirvieron para detener la carrera etilista de ambos varones. El consumo fue subiendo casi día a día. Eso trajo aparejado un problema nuevo: el producto consumido había que pagarlo. Y si bien ni padre ni hijo tenían gustos particularmente exquisitos al respecto, cualquier bebida espirituosa cuesta dinero. Un dinero que ni Sergio ni Claudio tenían y que, por tanto, debía provenir de Silvina.

El círculo vicioso comenzó a cerrarse en forma progresiva. La contadora podía trabajar cada vez menos dado el avance de su enfermedad, debiendo aportar cada vez más en términos económicos. Su situación de empeoramiento incesante angustiaba a esposo e hijo, quienes huían de la espantosa realidad bebiendo más y más. Pero para beber, necesitaban cada vez más dinero, que tenía que aportar una mujer cada vez más imposibilitada.

En principio, Sergio y Claudio consumían por separado, en sus respectivos círculos. Luego comenzaron a hacerlo juntos. Los bares de más baja calidad los empezaron a ver con mayor frecuencia: padre e hijo no tenían ninguna vergüenza de reconocerse mutuamente como alcohólicos. Por el contrario, algo muy profundo los unía en todo ese patológico cuadro.

Silvina empeoraba. Sus primeras dificultades al agarrar objetos se transformaron, bastante rápidamente, en una imposibilidad total. Lo que en un principio era una marcha dificultosa, ahora se había transformado en una penosísima tarea. Ya casi no caminaba. Incluso hablar se le dificultaba. Llegó un momento en que terminó totalmente postrada. Incorporarse para ir al baño le era ya materialmente imposible. El drama se desencadenó.

Padre e hijo seguían su imparable carrera alcohólica. Paulatinamente habían ido vendiendo diversos enseres de la casa para conseguir el dinero necesario para los tragos. Pero nunca era suficiente. Como todo adicto, Sergio y Claudio eran insaciables: jamás se daban por satisfechos. Cualquier alcohol étlico, no importando la calidad –incluso cosas que se le parecieran: perfume, alcohol medicinal, líquido refrigerante– podía servir. La decadencia moral –¡ y la física!– eran cada vez más profundas. Como profunda era la postración de Silvina.



La contadora hacía ya tiempo que yacía en una cama. El deterioro había sido masivo, y llamativamente rápido. Los médicos estaban sorprendidos con la velocidad con que había avanzado la enfermedad; era algo curioso, porque en general la esclerosis múltiple toma más tiempo para devastar a alguien. El caso de Silvina había sido atípico.

La mujer, que no había perdido sus rasgos hermosos ni la provocativa figura de su cuerpo, pasaba sus días en la cama profiriendo unos inarticulados sonidos que, muy a duras penas, podían ser descifrados por esposo e hijo. Nadie más podía entenderla.

Así, en ese calamitoso estado de Silvina, el calamitoso estado moral de Sergio y Claudio provocó la decisión. Los dos varones, cada vez más alcohólicos y cada vez con menos recursos, tomaron la iniciativa.

Ni la más mínima pizca de culpa se les atravesó: la imperiosa, enfermiza, loca necesidad de tóxico los llevó a lo que, sarcásticamente, llamaron “la solución final”: prostituyeron a Silvina.

Los primeros días nadie acudió a la promoción. Incluso en un momento Sergio llegó a preguntarse si lo hecho no estaba mal. Pero rápidamente, ese pasajero sentimiento de culpa se disipó cuando empezaron a llegar los primeros clientes.

¿Quién querría hacer el amor con una enferma postrada en una cama, que además no puede proferir palabra?, podría preguntarse el sentido común. Pregunta banal, si se quiere, porque la fila de clientes que comenzó a formarse fue increíble. Llegaban de todas partes, hasta del extranjero. Y, por supuesto, también se dieron casos curiosos, llamativamente perversos: por ejemplo, las mujeres que llegaban con sus penes plásticos para hacerle el amor a Silvina, o el sacerdote que apareció circunspecto (Sergio lo conocía de años atrás, cuando solía visitar iglesias), por supuesto vestido de civil. O un discapacitado que fue llevado en su silla de ruedas, y al que tuvieron que sostener entre dos personas para que realizara su acto amatorio. Un sobrino lejano de Silvina, que se enteró de la promoción a través del internet sin saber que era su tía el “juguete” ofrecido, se arrepintió al llegar a la puerta de la casa, porque “con la familia no se hacen esas cosas”.

La cuenta bancaria de Sergio (Claudio no disponía de una) fue creciendo vertiginosamente. En muy poco tiempo el licor barato fue reemplazado por fino whisky escocés añejo. El consumo, por supuesto, también siguió creciendo.

Nunca pudo saberse qué pensaba Silvina de todo esto. Los cuidados médicos jamás le faltaban; ocasionalmente –algún domingo soleado– esposo e hijo la sacaban a pasear. Su demandante mirada aterrorizada podía asustar a quien la observara fijamente. El pedido de auxilio parecía surgirle de lo más hondo, pero quedaba ahogado en roncós sonidos guturales que nadie podía descifrar. Las lágrimas que a veces brotaban de sus desesperados ojos llamaban a la compasión, pero persona alguna podía suponer la escena que daba lugar a ellas. Su vulnerable situación lo explicaba todo. O, al menos, esa era la explicación “oficial”.

Junto al consumo de bebidas finas, los lujos habían comenzado a aparecer en padre e hijo. La fuente dispensadora de dichas parecía no tener fin. Así como no paraba de acrecentarse la clientela, tampoco se detenían los lujos. Siempre había algo nuevo: las visitas a prostitutas caras, la buena comida, la vestimenta refinada, la idea de tener un Lamborghini. Silvina, ¿quién iba a pensarlo?, gracias a su deplorable estado, era un buen negocio.

Padre e hijo recordaban, entre graciosos y sorprendidos, que las primeras caídas de utensilios que había tenido la esposa/madre, según ella misma lo relatara en alguna oportunidad historizando el origen de su enfermedad, habían sido “su salvación”. “*¡Qué bueno no haberle prestado toda la atención del caso en su momento!*”, se regodeaba Sergio. “*Si se metían los neurólogos desde el principio... no estaría pensando yo en un Lamborghini ahora...*”

La misma angustia espeluznante que transmitían los ojos de Silvina evidenciaron los de Sergio la mañana que, desayunando junto a su hijo Claudio, se le cayó una cucharita de la mano.

## Mentira piadosa

Hacía ya ocho años que estaban casados. Ilka y Anasztáz conformaban una ¿feliz? pareja. Cumplían con casi todos los requisitos para ser “normales”; solo faltaba tener un hijo.

Él trabajaba como catedrático de tiempo completo (matemática pura) en la Universidad Corvinus; ella era enfermera jefa en la Sala de Pediatría del Hospital Buda. Eran muy pequeños cuando la época comunista, por lo que casi no recordaban nada de eso. La entrada triunfal del capitalismo tras la retirada de la Unión Soviética, había homogenizado gustos y tendencias; por eso, ambos se podían sentir ahora “ciudadanos del mundo”, y gustaban de las mismas cosas que un neoyorkino, un parisino o un habitante de Buenos Aires. Los dos coincidían en su pasión por los teléfonos celulares. Su máxima aspiración, además de concebir el añorado hijo, era viajar un día a Estados Unidos.

Ambos habían nacido y crecido en Budapest, ciudad a la que amaban entrañablemente. Su relación llevaba ya casi dos décadas; se conocieron en la adolescencia, y desde allí comenzó una historia que se había prolongado casi sin sobresaltos por años y años.

Anasztáz guardaba cierta cuota de vergüenza, nunca expresada explícitamente. Según indicaban todos los exámenes, era él quien no tenía la capacidad de engendrar. El conteo de espermatozoides mostraba que era prácticamente imposible embarazar a su esposa.

“Si fuéramos católicos, Ilka”, decía casi con malicia, “podríamos pedirle al Altísimo -que no es un jugador de básquet- que nos concediera ese milagro, ¿no?” Lo espetaba con amargura, casi con resignación. Ilka sonreía complaciente sin decir palabra.

Habían pensado en la posibilidad de adoptar. Incluso, dado que no tenían un mal pasar económico, habían contemplado la idea de aprovechar el viaje a Estados Unidos para, desde allí, llegarse hasta Centroamérica, y en alguno de esos *banana countries* conseguir un niño. Por lo que se habían informado, en esos países era bastante sencillo conseguir un niño saltando barreras legales y pagando un buen soborno.

De todos modos, aunque ya no iba quedando mucho tiempo -41 años él, 38 Ilka- querían hacer un último intento con un nuevo tratamiento que había llegado a Hungría procedente de Alemania. Aún no estaba totalmente disponible al público, pero ella, por su condición de allegada a la dirección del hospital, pudo tener acceso a la terapia -una serie de 12 vacunas que se debían aplicar ambos miembros de la pareja-. Lo probaron.

Pero además de ese tratamiento, Ilka se atrevió a más. Luego de pensarlo y repensarlo horas y horas (semanas, meses), se decidió a hacer lo que venía concibiendo desde ya hacía un buen

tiempo: hacerse embarazarse por otro hombre, y luego decirle a Anasztáz que el bebé era de él. No creían en milagros, pero ¿por qué no podía darse uno?

Se justificó una y mil veces: eso no era un engaño. Por el contrario, si el embarazo resultaba, Anasztáz sería la persona más feliz del mundo. Convencida entonces de la obra misericordiosa que iba a iniciar, se puso manos a la obra.

El elegido fue Gellért, gran amigo de la pareja y conocido de Anasztáz desde la infancia. Él era un arquitecto que también trabajaba como docente en la universidad. Separado, también de 41 años de edad, era codiciado por las mujeres de su círculo. Muy guapo -con barba ya canosa y sempiterno fumador de pipa-, era conocido en el ambiente artístico-intelectual de Budapest tanto por arquitecto talentoso como por mujeriego incorregible.

“Gellért: tenemos que hablar”, dijo misteriosa Ilka alguna vez que quedaron solos. El arquitecto intuyó inmediatamente que ahí había algo importante, que no se trataba de una simpleza doméstica.

En un pequeño barcito de la calle T. le hizo la propuesta. Ilka, sin mayores rodeos, fue clara y contundente. Habló, incluso, de firmar un contrato si él lo deseaba; allí se establecería que Gellért quedaba libre de toda responsabilidad para con el niño, en caso se diera el nacimiento. Era solo un semental, así de crudo.

El arquitecto quedó sorprendido. No se atrevió a decir todo lo que hubiera querido expresar. Desde siempre había sentido algo más que amistad por Ilka. El hecho de ser la pareja de su más íntimo amigo lo había refrenado. Nunca se había atrevido siquiera a insinuarle algo; era un amor en secreto. Sin embargo, jamás dejaba de pensar en ella.

Ahora que era ella quien tomaba la iniciativa, Gellért no lo podía creer. ¿Era un sueño eso? ¿Un regalo de los dioses? ¿Quizá un chiste macabro para ponerlo a prueba?

Quedó tan atónito que no pudo responder de inmediato. Viendo eso, Ilka sacó una hoja de papel donde había escrito un pequeño texto fijando las condiciones. Tembloroso, Gellért intentó leerlo. Sin llegar al final, dijo que sí. Con lágrimas en los ojos preguntó: “¿No es una broma?” La hora y media de apasionado amor que tuvieron casi al momento de leer la carta, en un motel cercano a la universidad, le demostró que no.

A partir de allí, los encuentros se sucedieron cada vez con más intensidad. Nunca en su vida ella había tenido tantas relaciones sexuales; hubo días de dos o más encuentros para hacer el amor con alguno de “sus” hombres: a la mañana con su esposo, a la tarde, furtivamente, con Gellért, y a la noche nuevamente con Anasztáz.

Al poco tiempo, el milagro se produjo: Ilka resultó embarazada. En realidad, ella misma no sabía de quién era. Lo más probable es que fuese de Gellért, dadas las circunstancias. Pero no se podía saber si el método de estimulación germano había sido efectivo. Solo se podría dilu-

cidar el asunto haciendo una prueba de ADN al nuevo ser. Aunque ¿para qué?, se preguntaba Ilka. Lo importante era que el objetivo se había logrado.

Gellért, temeroso, avergonzado por lo acontecido, de todos modos quería seguir la relación. Ilka también. Habían comenzado a enamorarse. Pero no era eso lo convenido.

*“Los contratos son un simple papel, querida”, expresaba convencido Gellért. “El amor es más que una firma, que un convenio”.* Ella quería tanto como él continuar esa relación escondida, pero no se lo podía permitir. Se sentía sucia, mentirosa.

Ahora se trataba de lo más difícil: decirle a su pareja que venía un niño en camino. Eso, en circunstancias normales, no hubiera representado ningún problema. Pero no era así. Tendría que fingir.

De todos modos, guardaba la secreta esperanza que el tratamiento hubiera sido efectivo, y no se podía descartar terminantemente que el hijo fuera de Anasztáz. La duda la carcomía, pero al mismo tiempo le permitía mantener la compostura. Aunque muy en secreto -secreto que ni a ella misma quería confesar- todo esto la estimulaba, la llenaba de gozo.

El esposo casi muere de la alegría al saber la noticia. La sombra de Gellért ni remotamente podía cruzársele. Eso era solo de importancia para Ilka. Gellért se mantenía inmutable ante el nuevo ser en camino. La incertidumbre de no saberse a ciencia cierta la paternidad en juego lo liberaba de culpa. Por otro lado, aun sabiendo claramente que fuera suyo, eso no alcanzaba para inmutarlo. Los dos hijos que tenía de su primer matrimonio casi los desconocía. Muy a su pesar les pasaba una pequeña cuota de mantenimiento, y los veía solo ocasionalmente. La paternidad no era su fuerte precisamente.

El embarazo, pese a la edad de Ilka, se desarrolló con total normalidad. El alumbramiento fue igualmente normal: madre e hijo salieron muy bien. A los once meses, Tódor ya daba sus primeros pasos. La alegría en la pareja no podía ser mayor. Aunque para la madre, siempre quedaba un resto de insatisfacción; luego de haber mantenido esa maratónica carrera buscando el embarazo con dos, tres o cuatro relaciones sexuales por día con dos hombres distintos por espacio de varios meses, ahora había sobrevenido la más completa abstinencia. Muy esporádicamente, un poco a desgano, se encontraba con Gellért. El sexo que tenían para esas ocasiones era malo, mecánico, falta de toda gracia.

La culpa comenzó a apoderarse de Ilka. Veía que la relación de Anasztáz con su hijo era hermosa, sana, plena. Le daba horror pensar que alguna vez su marido se enterara, si bien no de la posible paternidad falsa, al menos sí de la relación que ella había mantenido, o mantenía aún, con su gran amigo. Eso era una traición. La angustia la devanaba, sin saber qué hacer.

El arquitecto seguía tan enamorado de ella como siempre, y comenzó a fraguar la idea de proponerle que se separe de Anasztáz, que él se haría cargo de la crianza de Tódor. Cuando se lo

propuso, el niño ya tenía casi dos años. Ilka rompió en una estridente carcajada, clausurando la conversación con un aparatoso: “*¡Estás loco!*”

Un mes después, por motivos de trabajo, tanto Ilka como su amante coincidieron en un viaje a Debrecen. Aprovecharon un vehículo de la universidad, donde viajaba un total de 12 personas. Ilka, con consentimiento de las autoridades universitarias, aprovechó el transporte para ir a esta ciudad a realizar un trámite de su hospital. Como iban con mucha gente, en ningún momento hubo nada que pudiera delatar la relación. De hecho, viajaron en asientos separados.

Al regreso, con mucha lluvia, sobrevino el accidente. Antes del mismo, ella iba pensando en cómo tomaría fuerzas para contarle la verdad a su esposo. No quería seguir manteniendo ese secreto eternamente; eso la estaba matando. Lo mejor sería hacerle una prueba de ADN a Tódor para salir de dudas; de comprobarse que el padre era Gellért, lo mejor era hacerlo público, desenmascarar todo. La mentira la estrangulaba. Para Anasztáz podía ser terrible, pero era mejor que continuar con el ocultamiento. Al menos, eso cavilaba la enfermera.

En una curva el chofer del microbús perdió el control y se estrellaron. Cuatro personas murieron; una de ellas fue Ilka. Gellért sufrió politraumatismos que lo dejaron en coma por dos semanas.

Para Anasztáz fue fatal: perdió al mismo tiempo a su esposa y prácticamente a su más íntimo amigo, dado que Gellért, saliendo del coma, quedó parapléjico, sin habla. Como el arquitecto, aun siendo mujeriego y lleno de admiradoras por todos lados, no tenía verdaderas amistades, fue Anasztáz quien lo acogió en su casa. Las dos enfermeras que contrató para atenderlo tiempo completo, las asumió como un reconocimiento merecido a su mejor amigo.

A los cuatro años de edad, Tódor tuvo el accidente. Cayó desde el segundo piso de la casa, y tuvo fractura de cráneo. Era grave. Entre tantos exámenes que le realizaron, también estudiaron su ADN. La sorpresa de los médicos -se atendió en el hospital Buda, donde trabajara la madre- fue que no coincidía con el de su padre, Anasztáz. O, al menos, el que hasta ese entonces se consideraba el padre.

El profesor, sin saber exactamente por qué, tuvo la intuición que Gellért no era externo al asunto. No quería pensarlo, lo horrorizaba la idea, pero le pareció imprescindible hacerlo. El arquitecto, siempre postrado en su silla de ruedas y emitiendo solo sonidos guturales que no podían descifrarse, no se opuso. Al mismo tiempo que Tódor salía de peligro luego de la operación, la prueba de ADN confirmaba su verdadera ascendencia. Gellért, que aunque no tenía respuestas motoras podía entender intelectualmente lo que se le decía, expresó su consternación, o quizá su espanto, con unas pocas lágrimas que rodaron por su mejilla, cuando escuchó de boca de su amigo que se había develado el secreto.

Anasztáz pensó en varias opciones: abandonar a Gellért, dejarlo morir de hambre, torturarlo sistemáticamente. El impacto de lo descubierto fue tan grande que hasta incluso pensó en abandonar a Tódor, “*que no es mi hijo*”. Finalmente optó por lo más bochornoso.

Ahora el arquitecto es llevado todas las mañanas a la Basílica de San Esteban, donde pasa todo el día, hasta el atardecer, sentado en su silla de ruedas, con un recipiente donde se recogen las monedas, y un piadoso cartel colgado de su cuello que dice: “*Ayuda para un desdichado mentiroso... e hijo de puta*”.

## Fuego

(Cualquier parecido con hechos reales es pura y absoluta coincidencia fortuita... Bueno, pero no tanto)

*En Guatemala (Centroamérica), el 8 de marzo de 2017, mientras se celebraba el Día Internacional de la Mujer, en el Hogar Seguro Virgen de la Asunción, a unos pocos kilómetros de la ciudad capital, se produjo un confuso episodio con resultados fatales. Un grupo de jovencitas allí albergadas (un centro para mujeres menores de edad en situación de vulnerabilidad psicológico-social, no es un centro de detención para infractoras en conflicto con la ley penal) se escapó –protestando por las malas condiciones de vida que allí soportaban–, siendo interceptadas casi inmediatamente por la policía. Devueltas al albergue, se produjeron hechos no muy claros a partir de los que se desató fuego en el salón donde habían sido ubicadas, no encontrándose la llave de la puerta que les permitiera salir. Nadie pudo explicar qué pasó. Producto de ello, 41 adolescentes murieron quemadas en el incendio. Un año después de la tragedia, si bien hay algunas autoridades detenidas, no se ha esclarecido fehacientemente lo ocurrido, y todo indica que un manto de olvido podrá terminar cubriendo el trágico “Día de la Mujer” del 2017.*

*A partir de esos acontecimientos, se escribió el presente relato, que si bien no narra exactamente lo acontecido como crónica histórico-periodística, elucubra (ficcional, o docu-ficcional) lo que se sabe es una realidad en este tipo de instituciones, sin que nadie se atreva a decirlo en voz alta.*

---

Los vecinos de la zona lo sabían, pero nadie se atrevía a mover un dedo. “*Para qué denunciar, si nunca hacen nada*”, era la opinión generalizada. Sin embargo, no era solo la sensación de inservibilidad del Sistema de Justicia lo que paralizaba. Eso era secundario, en realidad, lo que paraliza ¡es el miedo!

Todo el mundo cercano al Centro sabía que era mejor callarse. Algunas mujeres que vivían en las aldeas vecinas y trabajaban allí como personal de cocina contaban cosas horribles. O, mejor dicho, preferían no contarlas. Lo sabían, y solo en la intimidad de sus casas, a veces –muy raras veces– se atrevían a mencionar algo.

Según pudo saberse, una de ellas –Raquel, 42 años– había visto ocasionalmente algo tan macabro que renunció a su puesto de un día para otro, y ni el ruego de su esposo pudo sacarla del silencio sepulcral que se prometió guardar sobre el asunto. Sin quererlo (y preferiría no haberlo oído nunca), había escuchado fragmentos de una conversación de Mamá Chaparra –la coordinadora-jefe de las monitoras– cuando hablaba de desaparecer a una jovencita que había



osado abrir la boca con un familiar, contando algo del negocio de prostitución que se manejaba en el Centro.

Los vehículos de lujo, de los que solo descendían varones –cuando parqueaban fuera del Centro, porque otras veces entraban por la puerta principal en la oscuridad de la noche– no eran cosa rara; al menos, dos o tres veces por semana. Los que entraban, contaban los vecinos, eran los que tenían placa oficial..., o del cuerpo diplomático. En varias oportunidades, según relató una vecina que no quiso dar su nombre, se vio llegar al Obispo metropolitano; ella lo conocía bien, porque había trabajado largo tiempo en la Casa Arzobispal, y no le eran infrecuentes los rumores que a Monseñor le gustaba “la carne fresca” (de jovencitas...¡y jovencitos!). Su vehículo, por otro lado, era inconfundible. Al menos, para ella (había coqueteado con el chofer del Obispo, y el par de veces que se permitieron hacer el amor en ese carro, le había dejado un recuerdo imborrable de cómo era ese automóvil. Lo habría reconocido a cualquier distancia).

En no pocas ocasiones algunas muchachas se habían escapado del Centro. Más allá de exageraciones, habladurías y mitos populares que circulaban profusamente, todo indicaba que lo que llegaba como rumores era cierto. Las jóvenes se quejaban de varias cosas. Las condiciones era deplorables: hacinamiento (tres veces más internas de lo que podía albergar la institución), muy mala comida (pese a un abultado presupuesto para alimentación, que todo indicaba era desviado por las autoridades del Centro), baños en pésimas condiciones y falta de agua (se bañaban a guacalazos, muchas veces hacían sus necesidades en las afueras de las habitaciones porque los sanitarios estaban tapados), falta total de privacidad (nadie tenía lugares propios asignados, se perdían las pocas pertenencias personales), malos tratos por parte de las monitoras (no en todos los casos, pero sí las había que eran realmente temibles). Se daban insultos, golpes, castigos inhumanos. Todos lo sabían, pero nadie hablaba.

Lo anterior era de temer, por cierto; pero lo que más atemorizaba a las internas –y también tenía aterrorizadas a las pocas personas del lugar que habían conocido de las interioridades de la institución– era lo que se sabía (lo poco que se sabía) de las redes de prostitución que tenían lugar.

En el Centro había de todo un poco: desde bebés abandonados (varones y mujeres), hasta adolescentes ya cercanos a su mayoría de edad. Era mixto, pero estaban rígidamente separados los grupos masculino y femenino, sin posibilidad de interactuar. Lo paradójico era que se mantenía esa división tajante, exagerada a veces, pero en secreto reinaba la promiscuidad (impuesta por personeros de la misma institución).

Ningún interno o interna llegaba ahí por transgresiones. Eso no era una cárcel para menores de edad. Por el contrario: oficialmente el Centro estaba a disposición de niñas, niños y jóvenes con problemas sociales para su apoyo y feliz reinserción en el tejido de la comunidad. Allí arribaban por problemas diversos, pero aproximadamente con un denominador común: eran menores que estaban siendo víctimas de violencia y/o exclusiones. Su permanencia en el Hogar debía ayudarles (al menos en teoría), pues se les sacaba de una situación de vulnerabili-

dad, facilitándoles nuevas perspectivas de vida. Por tanto, ahí había infantes y adolescentes que provenían de hogares en extrema pobreza y/o desintegrados, huérfanos sin ninguna referencia familiar, víctimas de violaciones sexuales, en peligro por falta de recursos o por convivir en escenarios complejos: padres alcohólicos o adictos, por ejemplo, u hogares muy violentos, niños con capacidades especiales sin recursos con qué asistirse. En algunos casos, jovencitas prostituidas víctimas de trata rescatadas de algún burdel. En todos los casos, llegaban por orden de un juzgado. Se suponía que la existencia de un lugar así debería ayudar a sus residentes. Pero, en verdad, no siempre era así. La gran mayoría de ellos odiaba el lugar, y en muchos casos pedía a gritos se les sacara de ahí.

Las redes de prostitución –así lo indicaba la evidencia, de la que nadie quería saber nada, de la que nadie se permitía hablar– estaban a la orden del día. Pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta. No todas, solo algunas de las jovencitas –aquellas que, para su desgracia, estaban mejor dotadas físicamente– eran las que hacían parte del mecanismo. Muchas, la gran mayoría de las adolescentes del Centro ni siquiera sabían del negocio que tenía lugar delante de sus narices.

Pero algo tan bien guardado como esas supuestas redes de trata de mujeres era un secreto en relación a Mamá Chaparra. Según corrían los rumores, ¡ella era un varón! O, más exactamente, un engendro raro, con dos sexos. Por eso mantenía relaciones sexuales con hombres y mujeres.

Josselyn había llegado al Centro hacía tres años, cuando tenía 14. Hija de un padre que la abandonó cuando ella llegaba a los 3 años, viajando a Estados Unidos y no teniendo más contacto con la familia, se crió con la madre y dos hermanos menores más. El señor con que la madre volvió a hacer vida, alcohólico de fin de semana, la manoseaba cuando ella tenía 14 años. Se crió siempre en la pobreza; a partir del abandono paterno, la madre trabajó toda su vida como empleada doméstica por horas en distintas casas de la capital. Josselyn trabajó un corto tiempo en algunas casas, pero eso nunca le gustó. Quería progresar. Su sueño era llegar a la televisión (estaba embobada por los programas que veía, nacionales y extranjeros, donde aparecían rutilantes presentadoras. Ella quería ser así).

Dado que la situación económica nunca favoreció a la familia (el padrastro era albañil, pero no siempre tenía trabajo), la madre decidió ponerla en el Centro antes que cumpliera sus 15 años.

Josselyn siempre tuvo características de líder. Su consigna era que “no importa el precio a pagar, pero si uno quiere algo, lo consigue”. El mundo irreal de la televisión que la tenía embobada desde pequeña, le fue haciendo mella. Aquella falacia de “si uno quiere, puede”, se lo tomó muy en serio. Fue así que trabó una amistad muy estrecha con Mamá Chaparra, sabiendo que ahí estaba el verdadero poder en el Centro. Tan estrecha, que era la única interna que se permitía no tenerle miedo. Las habladoras decían que Josselyn era la única persona a la que la aterrorizante mujerona quería. Si tenía sexo con alguna de las jovencitas, eso no establecía ningún vínculo afectivo con la temible celadora. Con Josselyn era distinto.

Esa forma de ser de la muchachita le permitió ir ganando la confianza de Mamá Chaparra; y no solo de ella, sino también de los funcionarios del Ministerio de Asistencia Social del que dependía el Centro. El ministro en persona buscó en reiteradas ocasiones sus favores sexuales. Jovencita como era, Josselyn tenía una aquilatada experiencia en los oficios amatorios; a nada decía que no, y su irrefrenable deseo de ascenso social le permitía –o la constreñía a– aceptar cualquier cosa, si eso le abría puertas para lo que ella deseaba.

De hecho, era la única joven que quedaba con algún pago por los servicios sexuales que ofrecía. Con eso ahorra para “su futuro”, según se había mentalizado. Todas las otras adolescentes, en muchos casos atontadas con alguna droga, o amedrentadas por posibles castigos si abrían la boca, se limitaban a cumplir maquinalmente lo que se les ordenaba. En muchos casos “trabajaban” en el Centro –en la Enfermería, más exactamente, adecuada para la ocasión–. En otros casos, que no eran pocos, las llevaban donde los clientes pedían. Varios monitores varones y uno de los choferes de la institución eran los encargados.

La red funcionaba acompasadamente. Las amenazas que recibían las jovencitas –tremendas, terroríficas– servían para mantenerlas calladas. En la estructura había un pacto de silencio total. Las pocas, poquísimas veces que alguna muchachita había querido hablar, “mágicamente” había desaparecido. Cuando sus familias quisieron averiguar lo sucedido, el simple hecho de avisar que se habían fugado daba por cerrado el caso. Por cierto, nunca más se hablaba de eso (según algún comentario de alguien que no se atrevió a dar el nombre, parece que con esas “desaparecidas” puede haber habido tráfico de órganos hacia Estados Unidos).

Como dijimos, Josselyn era una líder nata. Buena parte de las internas la admiraban, la envidiaban incluso. Era la única que usaba perfumes, cosa que, para muchas, era un lujo impensable. Tenía algo que subyugaba. Mamá Chaparra, con toda su maldad a cuesta, también caía, al menos en parte, bajo ese encanto hipnótico de la joven.

Para otras, por el contrario, representaba al demonio, lo peor de lo peor. Todo el mundo dentro del Centro, por estar a favor o estar en contra de ella, no podía dejar de considerarla. Era ella, en sí misma, una estrella con luz propia.

Pero había otra estrella: Matilde. Ella también tenía 17 años, y era tan fulgurante como Josselyn, por lo bonita y por lo inteligente. Era la otra líder con que contaba el Centro, pero era distinta: una líder silenciosa, que prefería hablar bajito y hacerse de amigas que la querían, no de corderitas que la temían.

Matilde era la más pequeña de una familia de 9 hijos. Su padre había fallecido hacía tres años, momento en el que su madre decidió hacerla entrar al Centro. Fue abusada por un hermanastro (hijo de un matrimonio anterior de su madre) cuando tenía 12 años. A partir de esa experiencia traumática, tomó odio a los varones. No es homosexual, pero lleva dentro de sí un tremendo resentimiento contra el género masculino. Lo único que quiso hacer desde ese entonces fue dedicarse a estudiar. Solo su madre supo de la violación; a las psicólogas del Cen-

tro nunca les contó nada de su trauma, porque nunca llegó a desarrollar confianza con ninguna de ellas.

De hecho, era muy buena alumna, siempre destacada, el mejor promedio de su clase. Ya desde jovencita tenía pensado llegar a ser médica. Ante la situación económica de la familia, la madre decidió meterla en el Centro, pensando que allí podría tener ese impulso para llegar algún día a la universidad, cosa que ella, como obrera de maquila, seguramente no le iba a poder brindar.

Matilde no quería ingresar al Centro, pero las circunstancias la obligaron. Finalmente, con resignación, aceptó, pensando en la posibilidad de poder seguir así estudios universitarios en un futuro. En general, no era de discutir las decisiones de la madre, pero sí las de cualquier otra autoridad, mucho más aún si algo lo consideraba injusto. Con sus cortos 17 años, y siempre con características de líder espontánea, su actitud crítica llamaba la atención. Era inteligente, muy aguda en sus apreciaciones. Por eso mismo, casi como reacción natural, odia profundamente a Josselyn porque la ve una arribista, una acomodaticia. Siempre desconfió de ella, pensando que podría hacerle cualquier mala jugada.

Matilde era espontáneamente una líder. Siempre acuciosa, analítica para todo, no se le escapaba ningún detalle. Habitualmente invitaba a las compañeras a analizar lo que sucedía en el Hogar. Y siempre, invariablemente, veía cosas que las otras adolescentes no veían. Esa capacidad fue confiriéndole una aureola de autoridad que hizo que buena parte de las jovencitas la admiraran. Muchas –lo decían abiertamente– querían ser como ella. Si algo alentaba Matilde, si algo recomendaba a todo el mundo, era en relación al estudio. Siempre había en ella una velada crítica, y a veces no tan velada, hacia la superficialidad banal de Josselyn.

Como cualquier muchachita adolescente, Matilde tenía ese encanto de la juventud. Ella, en particular, era muy bonita, tenía un cuerpo muy bien formado. Pero después de la violación, el sexo pasó a ser un tabú en su vida. Jamás hablaba de “esas cosas” con nadie. Cada mes, con la llegada del período, era un espanto: eso le recordaba que era mujer y que tenía vagina. Cuando las otras muchachas hablaban de la masturbación, ella enrojecía. Las veces que algunas compañeras le insinuaron relaciones lesbianas, se espantó. Por supuesto, no aceptó, y luego lloró amargamente a solas.

El día que Mamá Chaparra la mandó llamar y le platicó a solas en su oficina, Matilde intuyó que allí había algo malo. ¿Para qué tener una pistola sobre el escritorio? En la conversación, la monitora la esgrimió un par de veces. La voz cortante no dejaba lugar a respuestas: iba a tener que tener sexo con “*personajes muy importantes*”, según dijo la coordinadora. Era imposible negarse, porque “*gente de grueso calibre*” la había visto y les había gustado mucho. Y “*no se les puede hacer un desaire a esa gente*”, había dicho enérgica Mamá Chaparra.

Cerró la conversación indicándole a Matilde que no debía decir ni una palabra de lo hablado. Que en eso “*le iba la vida*”. Y que se prepara, que mañana a la tarde la iban a venir a buscar, pues la cita era fuera del Centro.

Matilde salió aturdida. Sentía una mezcla confusa de temor, indignación, estupor. No sabía qué hacer. Todo indicaba que no podía negarse. Las intimidaciones, pistola en mano, eran absolutamente creíbles. Por experiencia propia sabía que Mamá Chaparra era capaz de cualquier cosa, y si prometía que iba a castigar, seguro que había castigo. ¡Y de grueso calibre!

Aunque no le tenía la más mínima confianza, pensó en Josselyn; el saberla líder para una buena parte de las internas la decidió a hablarle. Le contó la orden que había recibido de la monitora, esperando encontrar algún buen consejo. Lo que encontró fue un encogerse de hombros.

“*Ya sabés cómo son las cosas aquí*”, se limitó a decir la interpelada. “*O hacés caso, o te caen vergazos*”. La indignación de Matilde fue en aumento. Pensando recibir, como mínimo, la solidaridad de género, la complicidad de una igual que ella, el abrazo solidario de alguien que compartía similares penas, lo dicho por Josselyn la encolerizó más aún.

Al día siguiente, aunque quiso escapar de alguna manera —escondarse bajo la cama, en el baño, en el bosque que había tras los módulos—, el destino ya estaba trazado. El cliente fue un diputado, que la esperaba en un apartamento a media luz en zona 10. Lo que más le desagradó a Matilde era que el “Padre de la Patria” —le hizo reír muchísimo, interminablemente, ese apelativo— fuera tartamudo. Finalmente, hasta se divirtió, cuando hizo el balance de lo acontecido. Tuvo que fingir varios orgasmos y hacer “cochinadas” que no se imaginaba (usar un vibrador para penetrarlo, por ejemplo, cosa con la que el “*viejo gordo y maloliente*” parecía muy satisfecho), pero el hecho de la tartamudez y que tuviera que asistirlo en todas las ocasiones para que tuviera erección, la divirtió a lo grande. Cuando luego, en la soledad de su cama ya en el Centro, Matilde pensaba si serían iguales todos los diputados, se horrorizaba. “*¿Cómo es posible que payasos así sean los que hacen las leyes que nosotros tenemos que cumplir?*”

Al principio con timidez, luego, al comprobar que varias de sus compañeras se atrevían, al menos un poco, a relatar cosas similares y que la red de prostitución era algo bien montado y muy expandido, su asombro se tornó en odio feroz. Y más grande aún fue la cólera cuando supo que, según el relato de sus compañeras, Josselyn no era ajena a todo eso y jugaba un papel a favor de “*estos cerotes delincuentes*”.

Días después Matilde ya había conseguido movilizar a no menos de treinta muchachas; eran todas adolescentes de entre 15 y 18 años, las más bonitas, las más llamativas de las internas. Todas, según los relatos que habían ido saliendo entre sollozos y voces entrecortadas, daban cuenta más o menos de lo mismo: todas habían sido violadas por esa cosa rara de Mamá Chaparra, ese hombre-mujer con eterno aliento a ajo y a guaro barato, y todas eran parte de una red de prostitución que las obligaba a mantener relaciones sexuales con hombres (y a veces con mujeres, eso siempre fuera del Centro), por lo que no cobraban ni un centavo y solo recibían amenazas de muerte. Fue sabiéndose, igualmente, de embarazos que terminaban en abortos. Todo ello, por supuesto, sepulcralmente silenciado.

También entre sollozos y voces entrecortadas, había ido saliendo la denuncia con relación a Josselyn. Según todas, o buena parte al menos, de las jovencitas que se habían atrevido a hablar con Matilde, Josselyn era la que inducía/convencía/amenazaba para prestar los servicios sexuales. Cuando algunas de ellas se quejaban de la amarga suerte que les tocaba, por pobres, por violentadas en sus hogares, por maltratadas por Mamá Chaparra u otras monitoras, y encima por prostituidas a la fuerza, era Josselyn quien se encargaba de “corregirlas”, mostrándoles que *“hasta agradecidas deberían estar, porque así podían conocer gente que, con suerte, las sacaba de esa letrina donde estaban”*.

Todo el grupo, con el liderazgo de Matilde, decidió encarar a Josselyn. Cuando dos días después lo hicieron en el área de duchas, la jovencita conmovió a todas. También ella se mostró como una víctima más de esa *“abominable red de trata”*, según dijo sollozando. Ella estaba asqueada de esas cosas de Mamá Chaparra, dijo mostrando indignación. De ninguna manera ella aconsejaba resignación, insistió. Con tanto fervor lo dijo, con tanta convicción, que logró arrancar lágrimas de todo el grupo. Por el contrario, más que ser parte de esa red de *“delincuentes degenerados”*, en los que metió desde el chofer del Centro hasta el mismísimo ministro de Asistencia Social, pasando por Mamá Chaparra, varias monitoras y monitores y el Director de la institución, se dijo una víctima más, igual que todas las jóvenes allí reunidas.

El poder de convicción de Josselyn fue tan grande, que la tortilla se dio vuelta. De haberla ido a buscar para, eventualmente, lincharla (había varias muchachas que así lo exigían), todo el grupo, Matilde y Josselyn incluidas, terminaron hermanadas para protestar y hacer saber al mundo las tropelías cometidas en el Centro. Decidieron hacer pública la denuncia por todos los atropellos sufridos. Entre todas –y fue Josselyn la más activa al proponerlo– surgió la idea de llamar la atención de los medios de comunicación. ¿Qué mejor manera de hacerla que provocando un incendio?

Con toda la secretividad del caso, prepararon las condiciones para llevarlo a cabo el miércoles de la semana siguiente. Sería con las colchonetas. Consiguieron bastantes fósforos, y Josselyn quedó comprometida para procurarse el aceite de cocina, muy inflamable y que no deja huellas si posteriormente se investiga.

Llegó el día. Había mucho nerviosismo en el ambiente. Matilde tuvo un mal palpito, pero no se atrevió a decirlo. Josselyn había estado llamativamente amistosa esos días. Incluso le regaló una cadenita que siempre solía llevar puesta, *“símbolo de nuestra amistad”*, dijo con dulzura. Matilde la aceptó, pero le quedó un mal sabor. *“¿Por qué tanto bondad ahora?...”*

El miércoles por la mañana se ultimaron los detalles finales. Era una veintena de muchachas las que iban a tomar la iniciativa y comenzar el incendio. Pero según se había podido ir sabiendo, no menos de 80 jóvenes habían sido –o, más bien, eran regularmente– víctimas de este comercio sexual. Mamá Chaparra, en realidad, muy pocas veces mantenía relaciones con ellas; eran, casi siempre, visitantes que llegaban en esos lujosos carros al Centro o, cosa nada frecuente, las muchachas eran transportadas a algún lugar externo para brindar el servicio.

El clima se calentó. Empezaron insultos, gritos, no faltaron piedras u objetos que volaban de un lado a otro. Varios vidrios se quebraron. La situación comenzó a salirse de control. Junto a la cocina, aparecieron los tambos de aceite de los que había hablado Josselyn. “¿*Quién los puso allí?*”, se preguntó sorprendida Matilde. El torbellino de la situación no le dio tiempo para pensarlo, mucho menos para averiguarlo. De pronto, en la escuela aparecieron las primeras llamas. Una vez iniciado eso, los hechos se tornaron incontrolables. Matilde corrió hacia allí, llevando a buena parte de las compañeras. “¿*Aquí nos vamos a quedar hasta que lleguen los medios, la televisión más que nada!*”, gritó a sus compañeras.

Su sorpresa fue mayúscula cuando no encontró a Josselyn. No aparecía por ningún lado, y el fuego ya había comenzado. Pero más grande aún fue su sorpresa, al igual que el de todas las jóvenes concentradas en ese espacio, cuando comprobaron que la puerta del salón en que se encontraban, que funcionaba como escuela, había sido trabada desde afuera. Esa era la única salida.

Lo que sucedió después fue un pandemonio. Los gritos conmovedores de las adolescentes pidiendo auxilio, rogando desesperadas que se les abriera la puerta, fueron desoídos. Era incomprensible, patético, conmovedor: más de 50 muchachitas calcinándose en un pequeño espacio, a plena luz del día, y nadie abrió la puerta.

Josselyn, algunos días después –según dijeron fuentes bien informadas– apareció en un Centro similar en Huehuetenango, cerca de la frontera con México. Los cadáveres de las 41 jóvenes carbonizadas fueron devueltos a sus familias. Llamó la atención lo deformado que estaban el de Matilde y el de diez de sus amigas más cercanas: parecía como que habían sido quemadas con especial cuidado, porque no quedaba prácticamente nada de donde identificarlas. Alguien dijo que allí no fueron solo las llamas las que las mataron, sino que hubo mano criminal. De momento, las investigaciones no han reportado nada.

El Director del Centro, Mamá Chaparra y el ministro de Asistencia Social salieron rápidamente a dar declaraciones, indicando que las mismas jóvenes no permitieron que se abriera la puerta, trabándola desde adentro, y que cuando el personal institucional quiso abrir desde fuera, no fue posible. Cuando se logró hacerlo, el fuego ya había consumado su obra.

¿Pero fue solo el fuego el que silenció la protesta?

Algunos días después, en una de tantas declaraciones y comentarios que se hicieron posteriores al incendio, una de las personas que más me pareció acertar en lo expresado fue un psicólogo al que escuché por televisión (y de quien grabé lo dicho): “*Pasó la tragedia, ya se va muriendo la marea mediática, ya nos indignamos y un grupo –pequeño, muy pequeño– fue a la plaza a expresar su bronca, pero las cosas siguen igual. Algún funcionario está preso. ¿Alcanzará con eso? Quedan más preguntas que respuestas. La cuestión no es tanto quién es el “malo de la película” (¿el monitor que no abrió la puerta?, ¿una cadena de errores?, ¿lo “mal portado” de las muchachas?) sino la estructura que permite todo esto. El Estado –al menos eso dice la Constitución– garantiza la vida de todos sus habitantes. Pero parece que*

*cuando se protesta, no defiende tanto. Al contrario: reacciona y mata. Unas jóvenes intentaron denunciar, por enésima vez, malos tratos, abusos, explotación sexual. El Estado, en vez de averiguar y deducir responsabilidades, las encerró bajo llave y dejó que se quemaran vivas (así, nadie abriría la boca y se terminarían las quejas). ¿Por qué hay niñas y adolescentes que tienen que terminar excluidas en un centro como este? Más aún: ¿por qué hay centros como este? Dicen los vecinos que muchas veces se ven carros lujosos que llegan por la noche, de los que descienden solamente varones. ¿Prostíbulo con “carne fresca”? Años atrás, en la Embajada de España, pasó algo parecido: campesinos que protestaban, fueron encerrados y quemados. En todo esto quedan más preguntas que respuestas. Lo que está por demás de claro es que la única manera de evitar la violencia, es previniéndola. Y no se previene con palos, con más violencia, quemando al que protesta. Se previene creando condiciones de vida dignas para todos”.*



## Sofía

Hiroyuki acababa de terminar su doctorado en microbiología molecular. El esfuerzo no había sido poco; la tesis, muy novedosa por cierto, seguramente daría que hablar. Hiroyuki lo sabía; sus asesores y la junta que lo examinaron estaban sorprendidos con la profundidad del estudio, pero básicamente, de la propuesta en ciernes: siguiendo los pasos del ruso Oparin, sentaba las bases para la generación de vida artificial.

El tema de “crear” realidades nuevas, artificiales, lo fascinaba. “Quería sentirse dios”, era la conclusión a la que había arribado su psicoterapeuta en el corto tiempo que visitó a una psicóloga. Nuestro ahora doctorado sonreía benévolutamente ante esa formulación. “En definitiva”, razonaba, “no tenía nada de malo querer ser perfecto”.

Por años había estado trabajando el tema de la reproducción de la vida en un tubo de ensayo; la falta de presupuesto le había impedido desarrollar adecuadamente la idea para llegar al producto final. Pero ahora, con su tesis, ya estaban sentadas las bases para concretarlo. Los pocos experimentos que había impulsado le indicaban que el camino estaba abierto. Era solo cuestión de conseguir los apoyos financieros del caso.

Ahora, dado este primer gran paso, se podía permitir distender un poco, relajarse. Dos años de labor intensa a razón de 12 horas diarias enfrascado en la tesis (disponía de una beca) merecían algo de festejo. Decidió tomar el servicio de *Niñas De Lux*. Sabía que esa era la oferta de prostitutas más avanzada de Japón, y quizá del mundo. Por catálogo virtual se podía elegir la sexoservidora –o sexoservidor, u oferta bisexual– del gusto, combinando un sinnúmero de variables: características corporales, osadía en la prestación del servicio, nivel educativo, idiomas que hablara. Se le podían agregar, incluso, –obviamente eso era bastante más caro– otras funciones, como auxiliar para la limpieza de la casa, apoyo para resolver tareas económicas, habilidades ajedrecísticas. Las posibilidades eran enormes, casi infinitas. Pero había un problema: pese a todas esas virtudes, eran seres humanos. Por tanto, siempre existía la posibilidad del error.

Hiroyuki, en todo, absolutamente en todo, buscaba la perfección. Un obsesivo-compulsivo como él no entendía el mundo de otra manera. La improvisación, la chapucería, el incumplimiento de lo previamente establecido, le parecían todas cosas imposibles, absolutamente desagradables. Sus mañas en relación a la limpieza, durante el desarrollo de la tesis, habían ido en aumento. Ahora necesitaba tres toallas para secarse luego de tomar un baño (una para la cabeza, una para las manos y otra para el resto del cuerpo). De igual modo, el aseo de sus manos imponía complicados ceremoniales, que perentoriamente debían ser cumplidos, si no, la angustia más profunda e inmanejable lo embargaba (luego del agua y jabón usaba desinfectante, y después perfume).

Su vida, en términos generales, era ese pendular entre pesados rituales personales y brillantez intelectual. Su carrera académica era intachable: con sus recién cumplidos 34 años tenía en su haber dos maestrías y ahora el doctorado, siempre con las mejores calificaciones, felicitaciones por parte de sus maestros, asombro envidioso por sus pares. Hablaba a la perfección inglés e italiano, siendo un gran conocedor de la cultura itálica, que lo tenía extasiado. La dedicatoria de su tesis la había escrito en la lengua del Dante: “*Non sono io che l’ha fatto. È stato Dio*”, tal como dicen que dijo Beethoven el día del estreno de su Novena Sinfonía al ser consultado sobre cómo había logrado tamaña maravilla, expresándose en esa lengua.

Con su relativamente corta edad tenía publicados ya tres libros, uno de los cuales se había vuelto un clásico en el ámbito de la microbiología molecular en todas partes del mundo. Tenía admiradores por doquier. Y admiradoras. Pero para esas “incomprensibles, molestas cosas del corazón”, como solía decir –no sin cierta mofa– no tenía tiempo. Sus días se iban entre libros, computadoras... y ceremoniales (los libros, siempre, debían estar acomodados de mayor a menor por el ancho de su lomo, los calcetines los usaba siempre, forzosamente, tres días seguidos, para orinar tenía que cerrar los ojos y cantar una canción de cuna con la que lo arrullaron de bebé).

El festejo por el doctorado finalmente llegó. Contrató a la sexoservidora más cara, japonesa, con prominentes pechos (de silicona, por supuesto), que le remedaba las actrices italianas que lo tenían fascinado. Pero, una vez más, la disfunción eréctil se impuso.

Era ya la tercera vez consecutiva que sucedía eso, siempre con carísimas sexoservidoras de esa empresa. El hecho comenzó a preocuparle a Hiroyuki: el dinero malgastado ya era mucho.

Cuando dejó su psicoterapia, su psicóloga –una afamada y muy respetable profesional de Tokio– le intentó hacer ver que aún no estaba terminado el proceso, que esos endiablados ceremoniales que lo perseguían todo el tiempo, no desaparecerían solos, ni solo con medicación psiquiátrica. De la impotencia Hiroyuki casi no quiso hablar, contrariando la regla fundamental del tratamiento.

Le preocupaban dos cosas: que la cuantiosa inversión en estas prostitutas terminaba siendo dinero arrojado a la basura, y que el hecho de su disfunción trascendiera. Lo primero no le importaba tanto; lo segundo le aterraba. No quería ser el hazmerreír de sus compañeros, de toda la universidad, del laboratorio. Que sus padres lo supieran, lo tenía sin cuidado. Con ellos mantenía una débil relación, muy a la distancia. Aunque vivían en la misma ciudad, casi no se veían. No le hubiera preocupado que se enteraran de la impotencia.

Ante todo ello, buscó comunicarse con alguien que le había propuesto trabajar vez pasada: el Dr. Suzuka, director del Departamento de Investigaciones en Robótica Avanzada del Instituto de Tecnología de Tokio, de la Universidad Nacional. El afamado científico, ya anciano, dirigía el prestigioso equipo que estaba llevando a cabo atrevidas investigaciones en el campo de la inteligencia artificial y robots de última generación, “humanoides”, tal como se les había bautizado. Los resultados eran prodigiosos.

Los estudios estaban sumamente avanzados; ya se había logrado generar máquinas casi humanas. O “más que humanas”, decía Hiroyuki, puesto que estos artefactos “no se equivocan nunca, son perfectos”. La búsqueda de perfección le era una obsesión. Aunque... claro: la impotencia sexual lo alejaba de eso. “Las disfunciones, cualquier disfunción, son horribles. Nos recuerdan que somos limitados”, filosofaba con amargura. Las palabras de su psicóloga, evidentemente, habían caído en saco roto.

Para el Dr. Suzuka era un orgullo integrar a un tan connotado joven en su equipo. La especialidad de biólogo permitiría dotar de todo lo humano que faltaba para el prototipo sobre el que ahora trabajaba.

La conjunción del viejo sabio y el joven y brillante investigador fue más que oportuna. En no más de un año de duro trabajo conjunto –en el equipo participaban doce personas– el producto estuvo terminado. A pedido –insistente pedido– de Hiroyuki, el robot llevó por nombre Sofía. Era un tributo a Sofia Loren, la atractiva actriz italiana de algunas décadas atrás. El rostro y los bustos de la muñeca animada eran una copia exacta de la diva.

Faltaba la prueba final: hacerla convivir como un ser humano, interactuando en la cotidianidad de cualquier casa normal, común y corriente, en situaciones diarias de vida. Esa prueba de fuego era, quizá, el escollo más importante a salvar para poder tener un resultado final exitoso, y eventualmente comunicar al mundo el logro. Hiroyuki se ofreció para ser el conejillo de Indias.

En realidad, desde el primer momento en que inició el proyecto, nuestro joven genio había tenido en mente contar con ese producto para su uso personal. La asociación con el Instituto de Tecnología tenía eso como objetivo final, tal vez nunca dicho explícitamente, pero siempre presente en forma subrepticia. Al menos, en el proyecto de Hiroyuki.

Todas las pruebas de laboratorio habían resultado un éxito. Incluso elementos como la menstruación, o ventosidades –“las cosas más humanas que existen”, según expresaba el doctor en microbiología–, tenían un realismo total. En verdad, Sofía parecía una humana. Pensaba, sentía, decidía, tenía orgasmos, podía entristecerse, aburrirse o meterse los dedos en la nariz para sacarse mucosidades. También podía masturbarse, hacer chistes, mentir. Pero no habían contemplado su psicología inconsciente. Como no tenía historia –su historia era una planta de montaje en el aséptico e iluminado laboratorio de la universidad– no había deseo inconsciente. Pero fuera de ese detalle, era un trabajo realmente perfecto. Hablaba a la perfección italiano con acento romano, y japonés. Hiroyuki prefería comunicarse con ella en el idioma latino. Él también lo dominaba perfectamente.

La prueba duraría un mes. Durante ese lapso Hiroyuki llevaría la vida más normal que pudiera con quien pasaba a ser su esposa. Compartirían su apartamento, nada lujoso pero plagado de todos los adelantos tecnológicos de un hogar japonés moderno. El problema estaba en que Hiroyuki nunca había tenido pareja. En sus 34 años apenas si había salido con alguna mujer.

Las visitas a prostitutas habían sido bastante ocasionales, y la impotencia su común denominador.

Hiroyuki estaba rebosante de alegría porque ante cualquier nuevo fracaso sexo-genital, podía estar seguro que no pasaría vergüenza. Sofía estaba programada para ser absolutamente reservada. Más allá de un programado margen de maniobra donde podía tomar decisiones, básicamente cumplía órdenes. Sus decisiones, en definitiva, no eran más que complementos, asistencias, ayudas a quienes la habían creado. Como era sumamente inteligente, ayudaría positivamente, su creatividad estaba al servicio de sus “amos”.

Pero algo pasó que no fue exactamente así. La primera semana de convivencia fueron puras decepciones sexuales; Sofía había debido ayudarlo casi desesperadamente cada acto coital, logrando pobres, míseras eyaculaciones de Hiroyuki, obtenidas con sacrificio, casi sin erección, apelando a las más inimaginables maniobras, con más dolor que otra cosa (dolor físico, pero fundamentalmente, dolor moral). Ante este panorama, el lunes de la segunda semana, cuando el joven científico había salido, Sofía se comunicó telefónicamente con el Dr. Suzuka para presentar los reclamos del caso. Fue imposible hacer que el equipo no escuchara la conversación. ¡Quería sexo!, y esa “mujercita debilucha” de su pareja no la complacía.

Aunque no querían de ningún modo humillar a Hiroyuki, esa reacción fue incontenible. Apelando a los más rígidos autocontroles morales, no transformaron la situación en un bochorno. De todos modos, en los días siguientes el joven investigador pudo darse cuenta que el “chisme” había trascendido. Enojado, sumamente furioso, un par de noches después encaró a Sofía. Hablando en japonés, con las palabras más soeces e hirientes que encontró, increpó a la muñeca.

La respuesta de Sofía, tranquila, sumamente serena, hasta amistosa, fue simple, pero lapidaria: “Deberías retomar con tu psicóloga”.

Esa misma noche procedió a desactivarla. La desarmó íntegra, y lo sorprendió el amanecer escribiendo el informe que luego enviaría al Instituto, con el que dio por terminantemente finalizado el experimento, recomendado no proceder a fabricar ese “diabólico engendro”.

## “Casi muerto, no hay que darse por vencido”

Mi amigo Walter Neumann, nacido en Chile como descendiente de una familia nazi fugada al finalizar la Segunda Guerra Mundial –por lo que manejaba un perfecto alemán– obtuvo recientemente su doctorado en musicología en Viena. El tema que investigó fue la obra de Franz Xaver Süssmayr, conocido fundamentalmente por haber sido quien completara el Réquiem o Misa de Muertos que dejara inconcluso su maestro Wolfgang A. Mozart.

Llegó a meterse muy a fondo en la vida y obra de este clarinetista y compositor, de quien en realidad poco se sabe, siempre opacado por la grandiosidad del célebre maestro vienés. De sus incansables búsquedas proviene la carta que ahora vamos a hacer pública. En realidad, la misma no es nada misterioso que haya estado guardado por motivos especiales, por seguridad, para resguardar algún comprometedor secreto. No, nada de eso; simplemente, como sucede tantas veces, se traspapeló. Quiso la paciencia metódica de Werner encontrarla por casualidad. Lo interesante es que transmite una faceta del genial compositor austríaco nada conocida para nosotros, pero sin dudas muy familiar para Süssmayr.

La carta está fechada el 20 de diciembre de 1792, algo más de un año después de la muerte de Mozart. Se la dirige a su hermana, contando algunas cosas personales irrelevantes al día de hoy, y fundamentalmente ensalzando la figura de quien fuera su figura rectora, su guía, su modelo. Por cierto, modelo a imitar no sólo en lo musical, como el propio Süssmayr dirá, sino como patrón de vida. Desde ya, en todo momento el discípulo se siente inferior a quien fuera uno de los grandes genios musicales de la historia; en eso ni siquiera pretende competir, y con toda la humildad del caso lo reconocerá en esta y otras cartas. Lo importante ahora –por eso incluimos esta pequeña pieza literaria– es rescatar lo que el mismo Süssmayr intenta poner en alto: que aun muriendo, cuando hay algo que decir, algo que transmitir, pese a todo –ya verán lo que nos dice en la misiva– es posible sobreponerse a las cosas más adversas. Hoy, tal vez, podríamos decirlo con una frase que ya se ha vuelto legendaria: “podrán cortar todas las flores, pero no detendrán la primavera”.

Querida hermana:

Como te había adelantado, no creo que para Navidad pueda llegar por la casa. Estoy verdaderamente abrumado con el trabajo que acepté. Konstanze, la viuda del Maestro, confía en que podré hacerlo; espero no defraudarla, pero la verdad, querida hermana, a veces me pregunto para qué acepté tamaño reto. Fíjate el tiempo que pasó: ya va más de un año desde que él escribió el primer compás, y aún no hay miras de que yo lo puedo terminar. En verdad se lo habían encargado para completar en un mes. Yo estoy totalmente seguro que si no hubiera sido porque apareció otro encargo del Emperador, lo hubiera terminado en el tiempo previsto. Algo que no acabo de entender es cómo hacía para componer con tanta rapidez. ¡Te aseguro que lo he visto yo con mis propios ojos: en una semana componía una sinfonía! Era increíble:

mientras hacía el amor, componía su genial música, le salía con la más total naturalidad. ¡Era un monstruo, un Leviathan!

Pues... ¡eso es ser un genio! No me cabe agregar nada más. Yo, que a duras penas puedo ser un mediocre alumno de composición, me demoro un año –y espero que no sean otros doce meses más todavía– para escribir lo que él hubiera hecho en dos semanas. Como dice el Tuba mirum: Quid sum miser tum dicturus? Quem pratonum rogaturus, cum vix iustus sit securus?, que en mi pobre traducción sería: ¿Qué podré decir yo, desdichado? ¿A qué abogado invocaré, cuando ni los justos están seguros?

Créeme, hermana, que de todos modos no lo envidio: me reconozco en mi mediocridad, que es lo más común para nosotros, los seres humanos comunes, y lo tomo como una referencia. No lo envidio, sino que trato de aprender de él. ¿Acaso piensas que todos los músicos pueden escribir una sinfonía de más de 200 páginas en una semana? ¿Piensas que todos los músicos pueden escuchar una obra y al día siguiente repetirla íntegra, sin dudar, sin equivocarse en una sola nota? No, eso no es lo común: lo normal es lo nuestro, los que con gran dificultad podemos seguir los pasos de un guía genial como el Maestro.

Pero si hay algo que me enseñó, ya no a nivel musical (en eso es una fuente inagotable del que seguirán aprendiendo las generaciones venideras seguramente por varios siglos, no lo dudo), si algo me enseñó para la vida, como norma ética, es a sacar fuerza de flaquezas, a no darse nunca por rendido, a comprometerse en un todo por el todo en las cosas que se hacen.

El Maestro lo decía simpáticamente, guiñando el ojo a veces, pero sé que así lo hacía de verdad: “hay que hacer todo, componer un obra musical o el amor, todo, absolutamente todo, como si fuera la última vez que se hace en la vida, poniendo toda la pasión del mundo en eso. Nada realmente bueno se puede hacer si no es así.”

Créeme, hermanita, que eso fue lo que más aprendí de él. Por supuesto que lo poco, poquísimamente de música que aprendí, se lo debo enteramente al Maestro. Pero hay algo que aún valoro más, mucho más: es ese espíritu de esfuerzo y compromiso continuo que tenía, que ponía en todo. Eran esas ganas de hacer todo con la más grande energía, tal como decía, cual si fuese la última vez en la vida.

En estos momentos no la estoy pasando muy bien; se me han juntado varias cosas. Por un lado, este peso que siento como abrumador, esta responsabilidad de terminar algo que, lo sé, me sobrepasa. ¿Tú piensas que remotamente alguien, el día de mañana, se atreva a decir “el Réquiem de Süssmayr”? No, ¡imposible! Aunque no lo haya compuesto en su totalidad el Maestro, será siempre el Réquiem de Mozart. No podría ser de otro modo. Pues bien: eso me atormenta. O más aún: el poder estar a la altura de las circunstancias. Y junto a eso, querida hermanita, una serie de cosas que se me han ido acumulando: las penurias económicas que nunca cesan, mis dolencias en los pulmones, y también el no ser correspondido por la mujer a quien amo, que no es otra que Konstanze...

Pero justamente en momentos difíciles es donde las enseñanzas del Maestro retornan con más fuerza que nunca: “casi muerto, no hay que darse por vencido”.

Te confieso algo, querida hermana: todo lo que yo estoy componiendo de esta fabulosa Misa de Muertos, no es mío. En realidad estoy dándole retoques o inspirándome en cosas ya escritas o esbozadas por él. De hecho, yo no he creado ningún tema nuevo; todo lo que algún día podrás escuchar de cabo a rabo en esta Misa no son sino ideas salidas de la cabeza de Mozart. Yo, con suerte, las he acomodado, desarrollado. Aunque, vamos a lo que te quería decir: me siento abatido por la responsabilidad que pesa ahora sobre mí. Y porque la mujer que amo sé que me es imposible. Es más: así ella misma me declarara su incondicional amor, no sé si me atrevería a ponerle un dedo encima. Lo sentiría como un sacrilegio. ¿Yo con la que fuera mujer de mi Maestro? De todos modos, hay algo que me alienta. Es eso que te decía más arriba: “casi muerto, no hay que darse por vencido”.

El Maestro, en sus últimos días, aún en su lecho de muerte, escupiendo sangre en más de una ocasión, me dictaba sus ideas para el Réquiem, que ya había pasado a ser su propia Misa de Difuntos. Y cuando yo no captaba exactamente la idea, me pedía el violín para hacérmelo escuchar.

Te lo confieso, hermana, porque sé que me sabrás entender: yo no estoy componiendo nada nuevo para el Réquiem, sólo estoy acomodando debidamente las ideas que el Maestro dejó sueltas. Son sus enseñanzas morales las que me hacen seguir adelante: casi muerto, sabiendo que le quedaban días, u horas por delante, con una fuerza que yo no sé de dónde sacaba, peleando con la muerte, o más aún: cantándole con una belleza tan profunda que no se puede creer que eso esté escrito por un mortal a pasos de vérselas cara a cara con Ella, su energía a prueba de todo es la más profunda escuela de moral que se pueda concebir.

¿Tú sabes cómo se puede hacer algo verdaderamente grande? No sintiendo nunca miedo, entregándose por completo a la Musa de la creación, ¡no rindiéndose jamás ante la adversidad! Si Mozart fue el más grande entre los grandes, es porque aun muriéndose no se entregaba. Incluso te cuento algo: ya alguna vez me lo había dicho veladamente, y en su lecho de muerte me lo reafirmó, ampliándome algunos detalles: el Maestro había sido abusado sexualmente de pequeño. Pero eso no era impedimento para que, fiel a lo que siempre me enseñó, se diera por vencido.

Recuerda siempre eso, querida hermana: ni casi muerto hay que darse por vencido. Si no, no se puede hacer nada de valor. Si nos abandonamos, estamos ante la pura rutina, la pura sobrevivencia, la mediocridad. La desgracia no debe turbarnos sino, por el contrario, ayudarnos a cargarnos de mayor energía para enfrentarla. Sé que lo entiendes, aunque te parezca raro. Hasta en los peores momentos, sólo la más absoluta y profunda confianza en que podemos salir adelante, es lo que nos permite sobreponernos. (...)

Verdaderamente increíble, ¿no?

## Arrepentimientos

En 1940 Czeslaw tenía 18 años. Campesino musculoso como ninguno, su fuerza era proverbial en toda la región de W. Las mujeres se lo disputaban –en secreto, claro– y los muchachos de su edad lo envidiaban.

Semi-analfabeto, sin saber explicarlo en detalle, tenía claro que los judíos eran un gran problema. Eso lo pensaba confusamente desde hacía algún tiempo; la llegada de los nazis a Polonia lo había ayudado a decirse por completo. Cuando el militar alemán lo llamó, junto a otros ocho jóvenes de la comarca, para pasar a ser colaboradores de las tropas nazis, Czeslaw sintió orgullo. De hecho, él fue nombrado encargado de todo el grupo.

Sus padres no estaban muy seguros si eso era para sentirse orgullosos. Secretamente, aunque no les caían muy bien los judíos –sin saber explicar por qué–, se daban cuenta que con ese encono algo no funcionaba bien. ¿Por qué odiar tanto a una gente que no nos hizo nada en particular?

En 1981 Hermenegildo tenía 19 años. Campesino maya-quiché de las montañas de U., Guatemala, con su corta edad ya tenía fama de ser un buen comerciante, igual que su padre. O mejor incluso. Su progenitor trabajaba como “enganchador”, es decir: contactaba a otros campesinos de la región para llevarlos cada año a los cortes de caña de azúcar en la Costa Sur del país. Antes, en camión; ahora, también en camión, pero con música de ranchera a todo volumen (¡eso es el progreso!). Hermenegildo seguía sus pasos. Joven como era, manejaba a los grupos de campesinos con una solvencia que llamaba la atención. El hecho de hablar muy bien el español, además de su lengua materna: el quiché, le facilitaba el acercamiento con la patronal. Algunos decían que parecía más patrón que los blanquitos de los ingenios azucareros para quien trabajaba.

Hermenegildo parecía no querer sentirse indígena. Su sueño, compartido desde largos años atrás con amigos y hermanos, era casarse con una muchacha no-indígena “para mejorar la raza”. Sabía que eso era difícil, quizá imposible de lograr; pero así son los sueños: nos mantienen despiertos, nos hacen andar. Y Hermenegildo estaba siempre muy despierto, no desaprovechando ocasión para hacer algún negocio. Cuando desde el destacamento militar buscaron a su padre para que colaborara en la “lucha antisubversiva” que se estaba librando, fue él quien finalmente quedó ligado al ejército. Sentirse miembro de las fuerzas armadas que combatían contra “ese cáncer del comunismo internacional” lo hizo sentirse particularmente orgulloso.

Czeslaw hablaba algo de alemán; el oficial nazi que lo convocó chapuceaba algo de polaco; de ese modo la comunicación fue posible, no sin alguna dificultad. Lo que quedó claro es que el joven campesino pasaba a ser oficialmente un colaborador de las tropas alemanas en su



búsqueda de judíos, y en su “debido tratamiento”. Cuando su hermano Karol trató de abrirle un cuestionamiento sobre lo que estaba haciendo, Czeslaw lo desestimó. Más aún, eso provocó un fuerte enfrentamiento entre ambos jóvenes que terminó a los golpes. Solo la desesperada intervención de sus padres pudo detener la pelea, pero alguna gota de sangre marcó la escena no obstante. Para su familia, Czeslaw estaba perdiendo los estribos. Era cierto que los judíos hacían fortuna y se ayudaban siempre entre sí como comunidad cerrada, impenetrable, pero eso no justificaba su aborrecimiento. Para Czeslaw, por el contrario, eso era motivo más que suficiente para un odio visceral. En vez de enloqueciendo, se sentía cada vez más lúcido.

Siendo un católico por tradición, sin mayor conocimiento teológico –iba a misa los domingos, y con eso le bastaba; nunca comulgaba– comenzó una feroz lucha contra todo lo que tuviese que ver con lo judío. En realidad, repetía mecánicamente lo que escuchaba de los alemanes con quien ahora se codeaba a diario. La causa última de todos los problemas del mundo, según su sesgado punto de vista, eran los judíos. Por tanto estaba más que justificada su eliminación.

Paulatinamente se fue dando una transformación en Hermenegildo. Del muchacho bonachón con cara de tonto que era, fue convirtiéndose en un ser duro, casi impenetrable, con gesto siempre adusto. El entrecejo ahora continuamente apretado fue uno de sus cambios más notorios. Pero más aún lo fue su actitud: la cercanía con los militares de la base lo fueron convirtiendo en un militar más. Aquello de “máquina de matar” con lo que se identificaban los kaibiles, el grupo élite del ejército, lo conmovió en sus raíces. Nunca lo había hecho antes, pero ahora –respondiendo a una sugerencia/pedido del teniente con el que había trabado mayor amistad– mató un animal: un conejo. Lo significativo fue que lo mató a dentelladas, y después lo comió crudo, tal como hacían los comandos kaibiles. Esa era, según le dijo el teniente G., una demostración de hombría, de valentía. Los tiempos que corrían, según fue asimilándolo cada vez más, necesitaban de “hombres valientes”.

La guerra interna estaba en su apogeo. El “cáncer comunista”, según explicaban los militares, iba irradiándose cada vez más, por eso era necesario poner un freno terminante. La presencia del ejército en esas montañas olvidadas eternamente por el gobierno era una forma de impedir el avance de esa “enfermedad”. Para Hermenegildo saber que él podía contribuir a esa noble tarea para “salvar a la patria”, era un motivo de orgullo. Lo patético es que ni siquiera sabía bien qué era eso de patria. No conocía la capital del país, mucho menos su constitución ni su himno nacional, y su visión de las cosas era un punto de vista sesgado por posiciones más viscerales que por análisis objetivos, más influenciado por su relación con los ingenios azucareros que otra cosa (tomando, sin saberlo, la posición de los propietarios y no la de los trabajadores cañeros). Cuando su hermano mayor, Anselmo, trató de hacerle ver que él era un “indio más, como todo el pobrerío de sus vecinos”, por siempre explotados, Hermenegildo reaccionó airado. Él era –y lo decía convencido– uno de los salvadores que impedirían la “dictadura atea y comunista de la guerrilla”.

La colaboración que le pidieron a Czeslaw era sencilla en términos prácticos, pero sumamente comprometida en lo personal, en lo ético: tenía que asegurar que ningún judío escapara. La

estrategia no era complicada: el ejército alemán, ya amplio dominador de la escena polaca, llevaba contingentes de judíos fuera de los poblados, y en fosas recién abiertas procedía a ajusticiarlos. Eran los que no iban a los campos de concentración. Previamente, por supuesto, se los despojaba de todas sus pertenencias: dinero, joyas, ropa. Czeslaw debía asegurar, pistola en mano, que nadie escapara. La orden que recibió era custodiar, no matar. Solo en casos de absoluta necesidad, si alguien intentaba fugarse, estaba autorizado a abrir fuego.

Con el primero que quiso huir —un joven de su edad a quien él conocía, Moisés, hijo del dueño de la farmacia del pueblo de T.— le costó disparar. El segundo, unos días después, ya no le causó especial problema. Luego esperaba ansioso la próxima fuga para disparar. El oficial nazi estaba sorprendido de su puntería: en general un solo tiro en la nuca impedía el intento de evasión. Las felicitaciones y apretones de mano de los alemanes hicieron crecer más aún su orgullo. Ahora hablaba solo en lengua germánica, incluso a su familia.

Sin que nadie se lo exigiera explícitamente, Hermenegildo comenzó a delatar colaboradores de la guerrilla. Con su mala ortografía, en español, preparó listas que hizo llegar a la base militar. Quien entraba en esos listados era persona desaparecida o muerta. La primera vez que en forma pública tuvo que participar en una masacre —fue en la aldea de S.— le costó un poco. Pidió hacerlo con pasamontañas para ocultar su identidad, cosa que le concedieron. En las próximas masacres actuaba a cara descubierta. Los mismos oficiales del ejército estaban sorprendidos con su crueldad y su visceral anticomunismo: fue Hermenegildo quien instauró la costumbre de cortarle las orejas a algunos antes de la ejecución —en general varones— obligándoselas a comer. O, a veces, comiéndoselas él mismo. El sabor de la carne humana, comentó alguna vez, era incomparable.

Cuando los nazis fueron derrotados, muchos de sus colaboradores locales en los distintos territorios que tenían bajo su control terminaron condenados por las tropas aliadas, o por las poblaciones. En muchos casos, las víctimas hicieron justicia por su propia mano, colgando de árboles a los colaboradores pro-alemanes. Czeslaw decidió huir ante esa posibilidad. Pasando incontables penurias, como polizone de un barco carguero de bandera italiana, luego de un peregrinaje de meses llegó a Sudamérica. Finalmente se instaló en Buenos Aires.

Lo peor de las operaciones contrainsurgentes en Guatemala terminaron a mediados de los años 80, pero oficialmente la guerra terminó en 1996 con la pomposa firma de la paz. Durante varios años Hermenegildo se sintió hombre fuerte de su región. Enganchador de peones para las fincas azucareras y respaldado por el ejército, siempre con su pistola en la cintura, pasó a ser un temido personaje en la región de U. Embarazó a numerosas mujeres sin hacerse cargo luego de los hijos engendrados. Cuando llegó la paz, o mejor dicho, cuando se declaró el fin del conflicto armado, intuyó que su suerte podía cambiar. Las venganzas podrían llegar. Eso de andar comiendo las orejas de sus víctimas sabía que podía traerle consecuencias. Pero decidió hacer frente a la situación. Huir no lo veía “cosa de hombres”.

Muchos años después del holocausto, el pueblo judío siguió haciendo justicia. La consigna era no dejar un solo colaborador de los nazis sin ser llevado a los tribunales. Con profusión de

recursos, la búsqueda se expandió por todo el mundo, y numerosos jefes alemanes de la guerra así como colaboradores varios fueron sentados en el banquillo de los acusados. Czeslaw cambió su identidad en Argentina, consiguiendo papeles falsos que lo hacían pasar por yugoeslavo. Pero ello no impidió que alguien diera con el verdadero polaco prófugo. Los servicios de inteligencia judíos –con ayuda de estadounidenses– mostraron ser muy eficientes.

Ya sentado ante un tribunal en Varsovia, las lágrimas y su histriónica declaración de arrepentimiento no impidieron la sentencia: fue condenado a 50 años de prisión como criminal de guerra. Nunca quedó claro cómo fue el forcejeo con el guardia que lo custodiaba; lo cierto es que en el combate se disparó la pistola y Czeslaw cayó mortalmente herido. Según dicen, de habérselo llevado de urgencia a algún centro médico, se podría haber salvado. Pero la ambulancia nunca llegó.

De acuerdo a lo que pudo establecerse fue M., un ex guerrillero del Ejército Guatemalteco de los Pobres, quien preparó el plan de ajusticiamiento. Convertido en próspero comerciante de su aldea, Hermenegildo fue secuestrado algún día (fue un miércoles muy caluroso). Las ocho personas que lo esperaban en aquel paraje selvático llevaban pasamontañas. Su llanto y su aparatosa declaración de arrepentimiento no impidieron que se le obligara a comer su oreja izquierda antes de recibir los 18 machetazos con que terminó su vida.

### **Post scriptum**

Todo lo anterior hubiera sido lo que deseábamos que sucediera. La realidad, siempre obstinada, fue otra: Czeslaw vivió tranquilo por años en Argentina con su identidad yugoeslava falsa. Zlatan Loblincevich –el nombre con que se le conoció siempre en el país sudamericano– llegó a amasar una pequeña fortuna con su negocio de golosinas. Su nieto, Ricardo, cuando estudiando el árbol genealógico familiar encontró evidencias comprometedoras en su abuelo, prefirió dejar la investigación.

Hermenegildo, el hombre fuerte de su región, con ayuda de un partido de extrema derecha, años después de la firma de la paz llegó a ser alcalde de U. En el juicio que intentó abrísele por colaborador del ejército y delitos de lesa humanidad, murieron en forma misteriosa tres testigos clave que, obviamente, no pudieron declarar. Ahora está nominado para ser diputado.

## La Loquita

Caía la tarde en aquella ciudad latinoamericana, populosa, enloquecedora, donde se daban cita por igual aspectos super desarrollados de la más majestuosa prosperidad (ostentación de lujos desmedidos, cultura de alto nivel e investigación científica) junto a la más sórdida pobreza y marginación.

El basurero municipal era una muestra elocuente de ello. Junto a desechos de un consumismo voraz, con joyas y una parafernalia de artículos de alto lujo que, por descuidos, iban a parar a las montañas de basura, se daba una vida subterránea: los niños y jóvenes que vivían allí.

Semi ocultos entre los basurales, sucios, harapientos, sombras entre las sombras, había una pléyade de habitantes de las inmundicias. No trabajan como recicladores sino que, ante la mirada benevolente de las autoridades que les dejaban estar, había no menos de 500 personitas que sobrevivían en condiciones infames, comiendo restos, guareciéndose del frío con cartones y papeles, prolongando cada día el martirio que significaba vivir ahí.

Para soportar el hambre y el frío, además del indecible dolor de la exclusión y el abandono, todos consumían solventes a modo de droga. Casi en su totalidad morenitos, de negros ojos y cabellos y achaparrados cuerpos (por la desnutrición crónica), la Loquita llamaba la atención porque era distinta.

Hacía unos meses se había integrado al grupo, y en realidad nadie sabía con exactitud nada de su historia previa. Hablaba muy poco, casi nada. Llamativamente rubia y de ojos verdes, tenía una edad imprecisa, pero se veía que era una adolescente. Muy bonita, la crudeza de esa subsistencia ultrajante la había vuelto un monstruito. Lo que llamaba la atención, de los otros niños y jóvenes así como de los educadores populares de las fundaciones samaritanas que se acercaban al basurero, es que la Loquita, como la habían apodado, hacía honor a su mote. Era casi impenetrable, no hablaba, pero a veces reía sola y gritaba cosas incomprensibles. Tobías, el joven que, además de educador voluntario de calle era estudiante aventajado de guitarra en el Conservatorio Municipal, decía que esos delirios tenían que ver con lo musical.

*“¡Váyanse de aquí, corcheas de mierda! ¡Pentagrama hijo de puta! ¡Bemoles asquerosos, aléjense!”*, gritaba exaltada la jovencita, con la mirada perdida y manos crispadas.

Aquella tarde, uno de los muchachitos del grupo había encontrado entre la basura una guitarra. La trajo a las precarias viviendas de cartón e improvisados plásticos donde se reunían todos los desarrapados, y la dejó allí casi con desdén. Por la noche, alguien la hizo sonar. Más exactamente, la probó, afinándola. El instrumento tenía muy buena sonoridad; para calibrarla, la Loquita —ella era quien la tañía— hizo sonar varios acordes. El Sapo, virtual jefe de la banda

—joven de dieciocho años, con la cara oxidada por la sal de esa perra vida que llevaba desde hacía años—, se despertó al escuchar los sones, y la vio.

Al día siguiente no paraban las burlas para con la Loquita. Nadie festejaba que supiera tocar la guitarra sino que, por el contrario, se mofaban de eso como si fuese una enfermedad, una excrecencia, una oprobiosa condición.

Esa mañana visitaron el basurero los educadores de la Fundación Niño Alegre. Entre ellos iba Tobías. El Sapo, junto a otros varones, comentó entre risas e ironías que la Loquita tocaba la guitarra. Nadie lo creyó. Los educadores la interrogaron, ante lo que la jovencita se limitó a escupir al Sapo. Impidiendo una gresca entre todo el grupo, como solía suceder, o que los varoncitos la emprendieran contra la Loquita, la coordinadora de los educadores, Gladys, se refirió con toda dulzura hacia la joven. Le preguntó si era cierto que tocaba la guitarra.

Interpelada, no hizo sino tomar el instrumento en sus manos y acomodarse para interpretar. Ese acto despertó una increíble expectativa, pues cogió el instrumento con las piernas abiertas, alzando la izquierda y haciéndola descansar ante un improvisado banquito. “*Posición de concertista*”, atinó a decir Tobías. Antes que la joven comenzara a tocar, se acercó al instrumento y, con cara desenchajada, preguntó: “*¿De dónde sacaron esto? ¡Es una Fleta original! ¡¡No tienen idea de lo que cuesta esto!!*”

Sin dejar terminar esas palabras, la Loquita comenzó su ejecución. Todos, absolutamente todos, quedaron estupefactos. Interpretó las Variaciones sobre un tema de Mozart, del español Fernando Sor. La sonoridad era espectacular. La situación era inconcebible: una guitarra de concierto de alta calidad tocada con manos maestras junto a las montañas de basura constituían un paisaje dantesco, inenarrable.

La música encanta a las fieras, suele decirse. Probablemente sea cierto, porque el silencio sepulcral que se hizo cuando la Loquita desarrolló la obra, jamás se había logrado en ese grupo de hiperquinéticos jovencitos, siempre bulliciosos, eternamente movedizos, irrefrenablemente gritones.

La obra completa dura casi diez minutos. En ese lapso, nadie, absolutamente nadie profirió una palabra. Todos quedaron hipnotizados. Las dificultades técnicas que ofrece esa partitura son endemoniadamente difíciles, una de las piezas más complicadas de ejecutar de toda la producción guitarrística existente.

“*¡Por dios! ¡No lo puedo creer!*”, dijo Tobías cuando sonó el último acorde (mi mayor, arpegiado, de sexta a la primera cuerda, con una intensidad que parecía una orquesta de cuerdas completa). “*Tengo que reconocerlo: la envidia, la envidia sanamente. No puedo creer lo que escuché. Una digitación perfecta, un fraseo impecable. ¡Ni un solo error en toda la obra!, ¡¡ni uno solo!! Majestuosa. Técnica de Abel Carlevaro: ni un solo arrastre se escuchó. ¡Impresionante! Y una expresividad que hace llorar de emoción. Creo que ni mi maestro, mi respetado W., podría sacar esos sonidos. Yo estoy estudiando esta pieza, pero estoy a años luz*

*de esta maravilla...”. Dirigiéndose a la Loquita, con una angustia que no podía esconder, preguntó alterado: “¿De dónde saliste, nena? Ah..., esta debe ser la famosa alumna de W., que desapareció misteriosamente el día que tenía que actuar en el Teatro Nacional, y que algunos dicen que se volvió loca. Seguro que sí. Eras la promesa más grande de la guitarra, ganadora del Premio F. a los jóvenes talentos... ¿De dónde saliste?”*

Nadie sabía qué decir, cómo continuar la escena. ¿Aplaudir? ¿Felicitarla? ¿Profundizar las preguntas de Tobías? ¿Burlarse? Terminada la ejecución, la Loquita rompió la guitarra con fuerza feroz, golpeándola contra unas piedras. Cuando la detuvieron, el instrumento ya estaba hecho trizas.

Pocos días después, Tobías y otros educadores la visitaban en el Hospital Municipal Dr. C. Nadie podía entender lo sucedido. Con un envase de vidrio la Loquita –que era Gabriela R., coincidiendo con lo que había pensado el educador-músico– se había cercenado su mano izquierda. Las psicosis, sin duda, pueden producir estragos.

## Ana Paula

Ana paula era tremendamente inteligente. Y también, tremendamente bonita. La favela de Río de Janeiro donde nació y se crió, igualmente era tremenda, por la violencia. El promedio era un muerto diario; a veces, por supuesto, eran más. Su padre y dos de sus hermanastros habían caído baleados (por la policía en un caso, por bandas rivales en otros dos). Otro hermano murió de sobredosis.

Ana paula había respirado ese aire sangriento toda su vida desde el nacimiento. Increíblemente, no parecía haberle afectado. Fue a los 11 años que, por absoluta casualidad, la descubrieron. En una visita oficial del Ministerio de Educación -había ido el Viceministro en persona- para tomarse la foto en manga de camisa con los “olvidados favelados”, hablando distraídamente con los niños del sector un funcionario la detectó: su inteligencia no era común.

Primero le sorprendió su memoria. Ana paula citaba de memoria prácticamente todos los datos que una niña de esa edad podía haber recibido: historia, geografía, gramática, astronomía. Mucho de lo que repetía, con absoluta seguridad y certeza, lo había tomado de la televisión. Los datos eran precisos, certeros. Cuando pasaron a operaciones matemáticas -y para ese entonces ya se había acercado el Viceministro entre intrigado y curioso- la sorpresa fue mayúscula: la jovencita podía resolver mentalmente cálculos para los que los adultos del Ministerio necesitaban sus calculadoras. “*Dos millones, ciento cincuenta y cuatro mil setecientos dividido ciento ochenta y cuatro*”..., y para admiración de todos venía la respuesta de Ana paula. Por supuesto: siempre correcta.

Fue el Viceministro el que lo propuso: “*Caballeros*” -aunque había damas también- “*estamos ante un prodigio. Esta niña debe recibir una beca de inmediato, y la tenemos que tratar como genio*”.

Al poco tiempo Ana paula asistía a una escuela especial para talentos. El estipendio no había alcanzado para sacarla de la favela; por eso, el microbús que la transportaba cada día la dejaba en la entrada del barrio. Las diez cuadras que debía caminar para llegar a su casa eran un calvario. El día que la quiso violar un grupito de muchachos, fue prodigiosa la intervención de un vecino del lugar, quien gritó: “*¡Con esa no, imbéciles, que es la niña-genio!*”. Aunque no entendieron bien qué significaba esa admonición, saber que se trataba de una “genio” los desalentó. ¿Traería mala suerte si lo hacían? Lo cierto es que no se consumó la violación, aunque para Ana paula, de todos modos, fue traumático.

Para ese entonces la niña había dejado de ser tal; con sus doce años ya llamaba poderosamente la atención de todos los varones de la favela. Sus prominentes pechos no parecían los de una púber doceañera. Sus caderas, menos aún.

En la escuela para talentos no sabían qué hacer: los profesores varones ya no podían verla como una niña-genio porque, en realidad, ya no lo era: era una mujer-genio. Su desarrollo físico había sido precoz, y la belleza que había florecido no tenía parangón. Fue a los 14 años de edad cuando apareció el primer empresario televisivo para intentar contratarla. Nunca se supo cómo se enteró del fenómeno en cuestión, pero lo cierto es que citó a los padres a su oficina. El encuentro fue un fracaso: la madre, alcohólica crónica, ya con un inocultable deterioro a causa del síndrome de inmunodeficiencia adquirida, lo único que pidió fueron cien mil dólares -así se lo habían recomendado sus hijos-. El intento de negociación se hizo sin la presencia de Ana paula. Cuando la joven se enteró, tomó la decisión: “*No pienso vender mi cuerpo..., pero si lo hiciera, lo haría yo solita. No necesito representantes*”.

Nunca se hizo negocio; la madre siguió siendo una favelada olvidada, pobre y enferma. Y la jovencita-genio-super atractiva siguió progresando.

Progresando en todo: en belleza y en inteligencia. En la escuela para talentos, a los 12 años había comenzado a recibir clases de ajedrez; a los 15 años era campeona brasileña en categoría juvenil. Un par de grandes maestros con los que se enfrentó -de nivel internacional- no entendían cómo habían sido derrotados: las variantes que Ana paula encontró superaban muchas jugadas de antología. A los 16, hubo quien propuso que empezara a pensar en el campeonato mundial.

Como parte de la preparación para un eventual ingreso en los circuitos internacionales ya pensando en torneos de gran envergadura, y mientras su madre moría en la indigencia, Ana paula comenzó a viajar, solventada por la Federación Nacional de Ajedrez y por la Municipalidad de Río de Janeiro. Ella odiaba a su progenitora, aunque también sintió una sensación confusa al momento de su muerte. Doña Doroteia había permitido que dos de sus hermanastros la manosearan en reiteradas ocasiones cuando era una púber, sin decirles una sola palabra de reproche. Una vez se enteró, escuchando de casualidad una conversación, que la madre les cobraba por esos “servicios” a los jóvenes. Ana paula jamás le perdonaba eso. La justificaba alegando su alcoholismo, pero no lo podía digerir. El día que murió lloró en público, pero festejó en privado. “*¡Vieja hija de puta! Debería haber sufrido más*”.

Su primera salida del país, con dos asesores de ajedrez, fue a Londres. Para ese entonces Ana paula ya dominaba perfectamente el inglés, además del español y el chino mandarín. “*Me falta el francés y el árabe y manejo todas las lenguas oficiales de Vacaciones Unidas*”. Así nombraba sarcásticamente a Naciones Unidas, organismo del que, ya con sus 17 años, formulaba acuciosas críticas. “*Si tanto hablan de la pobreza, ¿por qué no hacen algo para terminarla?*”

Había ido a Europa para disputar varias partidas del juego-ciencia, y no otra cosa. Resultó, sin embargo, que esas “otras cosas” aparecieron espontáneamente. Fue en París donde le propusieron ser modelo.



Su aspecto era ya despampanante, incluso sin maquillaje. De 1.70 metros de altura, con esculturales medidas de 90-60-90, tez blanca, un rostro antológico de pintor renacentista y un renegrido pelo con grandes bucles que le caía hasta la cintura, más intrigantes ojazos tan negros como su cabello, podría haber hecho palidecer a cualquier Miss Universo. Ana paula lo sabía, pero no le ponía especial atención a eso. Para ese entonces nunca había tenido relaciones sexuales; solo algunos besos con ocasionales noviecitos adolescentes, y muy raramente una masturbación. El día que una amiga le propuso utilizar juguetes sexuales para esos menesteres se murió de la vergüenza; y luego, de la risa. Pero al tiempo le hizo caso.

Ante la propuesta de modelar quedó estupefacta. Sin haber estudiado nunca marxismo ni ser una acalorada feminista, veía que el mundo estaba demasiado patas arriba, que era tremendamente injusto, pesando más lo irracional que lo racional. “¿Por qué las favelas en mi Brasil y por qué esta opulencia y este derroche innecesario por aquí? ¿Por qué las mujeres tenemos que ser las muñequitas para los varones, siempre enseñando el culo?” En su país se sentía bastante desamparada, pues seguía viviendo en su mísero barrio en un cerro, en condiciones precarias, ahora solo con tres hermanos y tres hermanastros, más una tía -también alcohólica- que había pasado a vivir con ellos.

Era hora ya de salir de todo eso; la pobreza extrema y la violencia la tenían agobiada. El ajedrez le gustaba, pero no era su pasión. Los números sí; estaba indecisa si continuar los estudios en ingeniería civil, matemáticas puras o informática. Aspiraba a estudiar, si podía, fuera de Brasil. Lo de aspirar a competir a tan alto nivel en el ajedrez no la conmovía demasiado. Pero lo que sí la comenzó a conmover fue la propuesta de ser modelo.

Sabía que todo lo que tenía que ver con ese mundo era deplorable. Lo *fashion* le producía escozor. En lo profundo de su ser, no solo no lo envidiaba sino que le daba un visceral rechazo. Y para ser modelo había que estar continuamente en pose, en el medio de esos valores tan banales. ¡Pero eso daba mucho dinero!, y con eso podía salir de la favela y dedicarse a estudiar. La idea le comenzó a bullir.

Inteligente como era, siempre tomaba sus decisiones sola, sin consultar con nadie. En realidad, tenía muy pocos con quien hacerlo: con su familia no podía contar, y por sus características más bien solitarias, no tenía amistades íntimas con quien hablar de cosas personales. En la escuela, si bien disfrutaba muchísimo lo que aprendía, no encontraba nadie de auténtica confianza. Con la gente de la Federación de Ajedrez no se sentía muy a sus anchas tampoco.

Después de Francia, donde ganó todas las partidas que disputó, viajó para Italia, España y Polonia. En todo su recorrido solo hizo tablas con un contrincante, un gran maestro italiano de reconocida fama mundial. No obstante, Ana paula comenzó a sentir que estaba desconcentrada, que la propuesta de ser modelo le rondaba demasiado por su cabeza y que no podía dejar de llamarle la atención más allá de lo que hubiera deseado.

Ya de vuelta en Brasil, lo habló un tanto superficialmente con la Directora de su escuela. La respuesta de la catedrática la animó a decidirse. Una semana después estaba en Francia probándose ropa de alta costura.

Bastaron unos pocos meses sobre las pasarelas para que le llegaran interminables propuestas. Para posar desnuda con la revista Play Boy le ofrecían una cantidad que jamás se hubiera imaginado; apenas cumplió los 18 años, para realizar una película pornográfica, la oferta fue del doble. El empresario era un mafioso ruso radicado en Estados Unidos.

Confiada que podría mantenerse al margen de toda esa “*basura nauseabunda*”, como gustaba decirle al mundillo en que comenzó a moverse y que le abría nuevas puertas cada día, aceptó lo de la actuación porno. No se sorprendió especialmente de lo que fue encontrándose: en realidad, era lo que esperaba. “*Después de la favela, todo esto me parece juego de niños*”.

Para actuar había que tener relaciones genitales reales. Si bien eso no la emocionaba especialmente, tampoco le disgustaba. Descubrió que, además de las fingidas actuaciones, con quien conseguía realmente orgasmos era con mujeres. Así fue que se comenzó a enamorar de una en particular: Cassandra, una impresionante morena canadiense “*con varios kilos de silicona en sus pechos*”, según bromeaba. El romance duró poco, al menos para Ana paula; para su apetecida nunca hubo enamoramiento siquiera, porque diez años mayor y ya con una larga carrera en estas lides, nuestra genio-actriz porno era una más de tantas, por lo que no le puso el menor interés.

El desengaño fue algo muy fuerte para Ana paula. Las relaciones con varones no le terminaban de complacer, y la angustia comenzó a atenazarla. Así fue como conoció las drogas. Las químicas, de alto y prolongado efecto, fueron las que comenzaron a atraparla.

Se daba cuenta que lentamente iba cayendo por una pendiente, pero no podía impedirlo. Al mismo tiempo, las fascinantes luminarias de esa vida, pomposa y artificial, la tenían encandilada. Cada orgasmo, aumentado por una cámara de cine que la registraba y la obligaba a amplificar la sensación -y si era con una mujer: tanto mejor-, cada “viaje” que le producía una dosis de éxtasis o de LSD, cada cheque que recibía, todo la retenía más y más en algo de lo que, supuestamente, quería escapar. Su carrera en el ajedrez se había truncado; sus intenciones de profundizar en las matemáticas habían quedado momentáneamente olvidadas. Los esporádicos ruegos de regresar a Brasil que le hacían algunos ex docentes de su escuela de talentos, caían en saco roto. “*Mi vida es una mierda*”.

Los dólares llegaban profusos; la favela era un oscuro recuerdo del que no quería saber nada. Había fijado su residencia en Manhattan. Tres años en ese mundo, entre sets de cine y pasarelas -nunca había abandonado el modelaje- la habían cambiado completamente. Sin necesidad de realizarse implantes de silicona, a los 21 años se hizo uno. Los pechos, naturalmente muy prominentes, ahora ya tenían algo de extravagantes.

“*Toda yo soy extravagante, medio payasa... ¡Una farsa! Estoy perdida. ¿Para qué me habré metido en esto?*”, se reprochaba amargamente. La consulta con el psiquiatra -uno de los más caros de Nueva York- no le resolvió nada. “*¡Solo pastillas! Lo que yo quiero es dejar de ser una drogadicta*”. Una pareja, hetero u homosexual, pero pareja al fin, con quien poder experimentar amor más allá de los ampulosos, y un tanto mentirosos, orgasmos, no llegaba nunca. El consumo de drogas no bajaba. Advirtió ahí que las complicadas operaciones matemáticas mentales ya no salían. Se empezó a desesperar.

Fue así como llegó por primera vez a la iglesia luego de muchos años. De niña, en la favela, había tenido alguna educación católica. Más por compromiso social que por convencimiento había recibido la comunión, y muy esporádicamente visitaba un templo. Años atrás, si bien no era una militante de la iglesia, se hubiera considerado una feligrés católica, no muy devota por cierto, pero sí parte de esa grey. El acoso sexual de un sacerdote cuando tenía 14 años la había terminado de alejar de toda creencia. Hoy no sabía qué era. “*Y pensar que yo antes me sentía una librepensadora...*”

Siendo cada vez más buscada como actriz porno, más que como modelo, con una muy abultada cuenta bancaria y manejando un BWM deportivo, apareció la idea de hacerse monja.

Y también la del suicidio.

Las ideas le fluían con más rapidez de lo que podía procesarlas. Entró en un estado de ansiedad que jamás había conocido antes. Cada dosis que se suministraba era, al par que una temporal liberación, una tortura insostenible por la culpa que luego experimentaba. Los orgasmos obtenidos con los más inimaginables juguetes sexuales ya no la satisfacían.

En la soledad de su lujoso departamento solía jugar ajedrez contra la computadora. Eso sentía que aún la mantenía “*a flote*”. Era de las pocas cosas que todavía realizaba con honesta pasión. En algún momento llegó a añorar los tiempos de la favela. “*Era una porquería asquerosa, pero esto es peor*”. Una vez que perdió una partida contra un sofisticado programa informático tomó la decisión.

Pensaba cómo programar su muerte, y a veces le daba risa. Por ejemplo, pegarse un tiro en la sien en el medio de una sesión de grabación de una película. Incluso eso podía ser buen negocio para quien vendiera luego la escena, con una muerte real, con sangre real, y sin que se pusiera preso a nadie por asesinato. “*Hasta podría pasar a la inmortalidad con eso. Quizá, por ejemplo, podría hacer un discurso previo al balazo, criticando toda esta mierda. Estoy segura que nadie se atrevería a cortarme pensando que es un chiste, para pedirme luego repetir la toma. ¡Pero sería muy verídico! Fabuloso, ¿no?*”

La soledad de un convento también le atraía poderosamente. El detalle es que aún no tenía pensado dónde sería, si en Brasil o en algún punto de América Latina. Aunque quizá eso no importaba mucho, pues de preferencia sería monja de clausura, encerrada en su celda para siempre.

La decisión era difícil, sin dudas, pero comprobar que un programa computacional la derrotaba en algo que antes la enorgullecía tanto, fue suficiente. Esa misma noche, con un vaso de whisky en la mano, lo decidió. Ahora comanda una célula guerrillera internada en la selva amazónica, *“luchando para que no haya más favelas”*.

## Un nuevo Bruno

Benedetto nació en el seno de una familia campesina sumamente católica, en la comuna de Rive d'Arcano, Udine, en el norte de Italia. Tenía un primo sacerdote, y desde niño, eso le impresionó especialmente marcándole su vida. La elección de su nombre por parte de sus padres ya lo decía todo. De pequeño fue monaguillo por varios años.

Sin que nadie de su familia se lo propusiera explícitamente, todo estaba dado para que Benedetto siguiera la carrera eclesiástica. En efecto, así fue. A los 12 años marchó a Roma para ingresar al Ateneo Pontificio Regina Apostolorum para comenzar su formación sacerdotal. Sus padres estaban exultantes, sumamente satisfechos. Benedetto, mucho más.

Era el mejor seminarista. Él mismo se sorprendía con sus progresos en griego clásico y latín. También con sus estudios de filosofía y teología. Eso de andar preguntándose por las causas últimas –¿o primeras?– le fascinaba. Pero tanto preguntarse comenzó a sembrarle dudas. Cuando leyó por vez primera la frase de Giordano Bruno: *“Las religiones no son más que un conjunto de supersticiones útiles para mantener bajo control a los pueblos ignorantes”*, le repugnó. Él, un candidato a sacerdote, fiel creyente desde que tuvo uso de razón, no podía soportar tamaña blasfemia, semejante apostasía irreverente. Si bien era pacifista, aplaudía su combustión en la hoguera en los lejanos años del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Y por supuesto, aunque hoy día, fines del Siglo XX, eso se podía ver como inhumana tortura, también avalaba –situándolo en el marco de siglos atrás– que se le clavara un clavo en la lengua previo a su ejecución, porque *“proferir esos improperios”* solo podía ser obra del diablo. Por tanto, se debía ser terminante con Lucifer, acallarlos de cualquier modo.

Algo, sin embargo, dejó sembrado Bruno en su espíritu, una inquietud que largas charlas con sus maestros y consejeros espirituales no podían silenciar: *“¿por qué el iconoclasta teólogo habría dicho «Tembláis más vosotros al anunciar esta sentencia que yo al recibirla» en el momento de ser conducido a la pira? ¿Por qué, coetáneo con Bruno, Galileo había proferido su famoso «Y sin embargo se mueve», refrendado por las ciencias tiempo después?”*. Algo había que no le terminaba de cuadrar. La costumbre de preguntar, de indagar con valentía, se le había hecho carne. Era un cuestionador de oficio.

Los avances en su formación eran notorios. Algún viejo profesor había vaticinado, algo en broma, algo en serio, que con Benedetto se estaba ante un próximo obispo y, ¿por qué no?, ante un próximo papa. El joven seminarista sonreía con benevolencia. Cuando se acercaba su ingreso al oficio sacerdotal, las dudas lo carcomían. El orgasmo que obtenía con cada masturbación –cada vez más frecuentes y compulsivas, por cierto, vividas con mucha culpa en principio, con alegría gozosa luego– fueron su punto de quiebre. Con dolor, pero al mismo tiempo con satisfacción, renunció al sacerdocio.

Sus maestros quedaron atónitos, estupefactos. No podía ser que ese diamante, esa pieza única, desertara. Pero las pasiones terrenales pueden más que las celestiales. Definitivamente Benedetto decidió no volver a su comuna de origen. Permaneció en Roma, y rápidamente ingresó como docente en la Universidad La Sapienza

Pasaron algunos años donde fue catedrático auxiliar en Historia de la Filosofía Antigua y Medieval; su dominio en esas materias le fue revelando rápidamente como uno de los docentes más respetados por el alumnado. Con 30 años, tras varios de celibato durante su época de seminarista, su actual hambre de sexo era insaciable. Pero justamente la falta de vinculación con el tema lo había hecho un tosco, falto de todo tacto. Sus avanzadas con las mujeres eran una mezcla de grosería, tontería e inocencia. La mayoría de alumnas le escapaban, pero nunca faltaba alguna ocasional que –más por conmiseración que por otra cosa– aceptara sus fogosas, y muchas veces ridículas, propuestas.

Pese a esta apasionada (medio payasesca) búsqueda sexual, Benedetto seguía manteniendo valores de buen católico, aquellos que profesaba su familia y que le reforzaron en el seminario. Continuaba pensando que el aborto era un crimen, que masturbarse era pecado (se asumía como pecador), y que las relaciones sexuales *contra natura* no eran bien vistas por el Sumo Hacedor. Las relaciones sexo-genitales prematrimoniales eran pecaminosas también, pero dado que Dios lo perdona todo si hay arrepentimiento genuino, eso no le causaba mayores problemas (por eso se permitía buscarlas). Unos cuantos *Pater noster* lo arreglaban todo. Pero una vez casada, la gente debía ser monogámica, porque la unión matrimonial, base de la sacrosanta familia, es intocable. La infidelidad conyugal, expresaba acalorado, era apostasía, blasfemia, pasaporte seguro para el Averno.

Así las cosas, una encantadora alumna de Filosofía, Beatrice, ardiente veinteañera de Sicilia, terminó conquistándolo. Nuestro héroe, por supuesto, se dejó conquistar encantado. Después de los primeros acercamientos, decidieron vivir juntos. Para Benedetto no fue fácil aceptar el concubinato (eso también constituía pecado), pero el amor por la joven discípula pudo más que los principios.

Ambos se amaban con pasión. Después de varios meses de convivencia, siempre con la insistencia de Benedetto de contraer nupcias –“*como el Señor lo quiere*”–, comenzaron a concebir la idea de tener un hijo. Beatrice era católica por tradición familiar, pero no era una devota practicante. También por insistencia del joven profesor, ella comenzó a vincularse más a la iglesia. Mientras buscaban su vástago, ambos comenzaron a asistir a grupos pastorales. Al poco tiempo, ambos también terminaron integrándose a trabajos de catequesis; su misión consistía, básicamente, en orientación matrimonial con jóvenes parejas. Beatrice no estaba del todo convencida; no le desagradaba hacerlo, pero mantenía dudas. Para Benedetto, por el contrario, esa era la máxima expresión de su devoción, de su aporte a la Santa Madre Iglesia.

Se sentían a gusto, tanto en la pareja como en su trabajo parroquial. Beatrice, andando el tiempo, terminó graduándose, mientras Benedetto profundizaba una promisoriosa carrera docente. La publicación de su primer libro –“*Giordano Bruno: iconoclasta incomprendido*”– fue

todo un suceso. Se podía leer ahí una velada crítica a la doble moral de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, la que comparaba muy literariamente con el andar de un lobo estepario. Pero mientras escribía esto, seguía profesando la fidelidad del matrimonio monogámico como un bien que dios todopoderoso, infinito y omnisciente creador del cielo y de la tierra, había legado a los hombres. Fue ahí cuando comenzó a cuestionarse por qué “hombres” era sinónimo obligado de “humanidad”. Su crítica, que enlazaba muchas preguntas, ya no pudo detenerse más.

En el seminario había sido testigo –y víctima!– de numerosos abusos, de demasiadas tropezadas. La gran mayoría, por no decir siempre, ligados al ámbito sexual. Eso le había marcado a fuego para toda la vida en muchos aspectos, pero nunca se había atrevido a contarlo. Ni siquiera a Beatrice. Eran sus secretos mejor guardados.

Aunque, como se sabe, la basura escondida debajo de la alfombra no desaparece: no se ve, pero ahí está, y en cualquier momento puede reaparecer. Con Benedetto, la acumulación de basura se le estaba volviendo demasiado tóxica. No sabía cómo manejarla.

Después de tres años de unión, no habiendo bajado la pasión pero sin que apareciera el anhelado hijo, comenzaron los primeros indicios de decepción, de cansancio. Durante todo ese tiempo jamás discutían. Ahora Benedetto, sin quererlo, pero al mismo tiempo sin poder controlarlo, por primera vez comenzaba a expresar algún reproche en relación a la falta de fecundidad. Decidieron consultar con una especialista en el tema.

Luego de todos los exámenes necesarios, ambos entraron en tratamiento. La doctora que los atendía indicó que los resultados no serían inmediatos, teniendo que esperar quizá un año para lograr el embarazo. Pasó ese tiempo, pero el niño no aparecía.

Benedetto, fiel católico, transmitía con pasión a su amada que en los momentos más aciagos es cuando más tiene que resaltar la fe. Ahora, en esta circunstancia dura, recomendaba con encendido amor a Beatrice que era cuando más creyentes debían mostrarse, y más que nunca entregarse al Altísimo. La joven, comenzando a desesperarse, quería creer que esos ruegos darían resultado. Sus catequesis matrimoniales, desarrolladas con pasión desbordante, les ayudaban en su ejercicio espiritual.

Enseñaban a jóvenes parejas, cada vez con más celo, con más devoción religiosa, que la fidelidad conyugal puede con todo, que el amor a su acompañante de vida, estuvieran o no cristianamente casados –pero mejor si habían recibido el sagrado don del matrimonio– resolvía cuanta adversidad se presentara en la vida. Y, de hecho, se presentaban ellos como fiel ejemplo de esa fe, de ese amor y entrega absoluta a los designios del Creador. Pese a no ser bendecidos aún con la gracia de un nuevo ser, eso que para otros podía ser una desgracia, había que saber interpretarlo como el mensaje divino para que se unieran más como pareja.

Luego de casi dos años de infructuosos tratamientos, comenzaron a contemplar la posibilidad de una adopción. Benedetto propuso un niño africano, “un negrito”. A Beatrice, esencialmen-

te racista como era, si bien lo disimuló con astucia, esa idea la espantó. Fue ahí cuando concibió el proyecto salvador: buscaría hacerse embarazar por otro hombre.

Por supuesto, tendría que ser un blanco (la idea de un hijo negro la horrorizaba). Debía hacerlo con mucho tacto, buscando que el padre biológico quedara absolutamente claro respecto al posible hijo por nacer: no tendría nada que reclamar, y una vez cumplidos los servicios de semental, debía olvidar para siempre lo ocurrido.

Comenzó a incomodarla algo el hecho de predicar una cosa en sus cursos parroquiales y hacer exactamente lo contrario en su cotidianeidad. Pero... “*Dios lo perdona todo si hay arrepentimiento de los pecadores*”, se convencía rápidamente. Sin mayor culpa, se dio abiertamente a la tarea. Probó con tres distintos hombres. Finalmente, el “milagro” se consumó.

La pareja desbordaba de alegría. Más aún Benedetto, que se repetía a cada instante que la fe lo puede todo, que la “*miser cordia divina no tiene límites*”. Cierta frialdad en Beatrice cuando él expresaba su dicha lo sorprendió un tanto. La sorpresa se tornó en abierta desconfianza el día en que la joven madre tuvo un *lapsus linguae* con él, llamándolo por otro nombre: Luigi, un amigo común de la pareja. El profundo sonrojamiento de su esposa, allí donde se esperaba una simple sonrisa benevolente ante el equívoco, lo terminó de convencer. “*Aquí hay gato encerrado*”, concluyó.

Nunca quedó claro cómo hizo Benedetto para llegar a saber que ese vástago no era su hijo biológico, aunque llevara su apellido. Intuitivo como era, esas mínimas señales por parte de su esposa y la exagerada preocupación de Luigi por la salud del niño (había nacido ochomesino), le fueron abriendo esa perspectiva. Con ayuda de algún soborno que tuvo que pagar por allí y las confesiones de alguna enfermera chismosa que nunca falta, llegó a la conclusión temida. La prueba de ADN, hecha en secreto respecto a su pareja, fue demoledora, pues confirmó fehacientemente lo que ya venía intuyendo. Benedetto guardó silencio con Beatrice ante lo descubierto.

Un día cualquiera desapareció de la casa. Tres días después, cuando ya era buscado por la policía ante la angustia de todo el mundo, hizo llegar a su compañera de vida una carta con una sucinta explicación del porqué de su desaparición. Lo pensó infinitas veces; buscó vías alternas, lo consultó con su almohada, y también con su cura confesor, y finalmente optó por esta solución. Había pensado, entre tantas cosas, matar a madre e hijo. Pero Bruno –así lo habían llamado, en honor al teólogo italiano del que Benedetto era casa vez más admirador– no tenía culpa en el asunto, por lo que hubiese sido cruelmente injusto su deceso.

Las clases de Benedetto cada vez eran más impresionantes. Sí, sí: ¡impresionantes!, pues matizaba las agudas críticas a la religión con mordaces chistes sobre sacerdotes y monjas. Se burlaba de la Iglesia Católica, pero más aún, de su hipocresía. Su conocimiento de la Biblia, pero más aún de los grandes teólogos medievales, era proverbial. De ahí que podía citar en latín, y de memoria, los pasajes que le parecían más contundentes. “*Vosotras, las mujeres, sois la puerta del Diablo: sois las transgresoras del árbol prohibido: sois las primeras trans-*



*gresoras de la ley divina*”, reproducía por ejemplo de San Agustín, quien antes de ordenarse sacerdote era un noble sibarita que se jactaba de no acostarse dos noches seguidas con la misma mujer. O a Santo Tomás, de quien se mofaba al citar su célebre formulación de “*No veo la utilidad que puede tener la mujer para el hombre, con excepción de la función de parir a los hijos*”. Sus superiores comenzaban a ponerse nerviosos, pues su apostasía ya iba demasiado lejos.

Su posición había ido evolucionando paulatinamente desde una velada crítica a una abierta y frontal confrontación con la Iglesia. Si las clases magistrales en la universidad eran demoledores ataques con altura académica, los grupos parroquiales con jóvenes próximos a celebrar sus nupcias eran infinitamente más mordaces, más agresivos.

Empezó a proclamar el amor libre, la pareja abierta, atacaba acremente la hipocresía contenida en la monogamia y el amor eterno.

Después de la desaparición temporal, reapareció en forma espectacularmente histriónica. En el patio de la universidad, con la ayuda de varios estudiantes y amigos, remedó la hoguera donde fuera quemado vivo Giordano Bruno en 1600.

Con el torso desnudo y manchado de lo que parecía sangre (era sangre figurada), espetó con fiereza las palabras que el teólogo italiano profiriera a sus verdugos en aquel entonces: “*Tembláis más vosotros al anunciar esta sentencia que yo al recibirla*”. Ya en lo que representaba la hoguera, con un megáfono de alta potencia que le acercaron denunció a los cuatro vientos: “*Fui engañado por mi cónyuge. Pero la culpa no la tiene ella, en tanto mujer “pecadora”. No existen las mujeres pecadoras. No hay pecado. La culpa la tiene la hipocresía de una unión que es mentirosa, mezquina, imposible. La culpa la tiene la Santa Madre Iglesia por continuar manteniendo tantas mentiras*”.

Los médicos del Hospital Psiquiátrico donde lo condujeron amarrado no quisieron internarlo. Dijeron tajantes que este nuevo Bruno... ¡no estaba loco!

## Venganza

Paul pertenecía a una tradicional familia londinense de clase media alta. Sus padres, ambos profesionales, después de perder a su segundo hijo en el parto, decidieron quedarse solo con él. Se crió, por tanto, como hijo único, plagado de atenciones, sobreprotegido.

Sus años de escuela secundaria en la prestigiosa City of London School for Boys no le dejaron el mejor recuerdo. Por el contrario, tuvieron el sabor de martirio. Sus grandes lentes con aros de carey y su cara eternamente aniñada le conferían un aspecto de debilidad del que, con el más aborrecible espíritu burlón, se aprovechaban sus compañeros. Como sufría cierto grado de cifosis dorsal, lo que lo hacía caminar siempre bastante jorobado, lo habían apodado “El Esclavo”. Paul resentía amargamente de todo eso, pero no sabía qué hacer. Los largos años de psicoterapia llevados con una prestigiosa psicoanalista, no habían servido para quitarle el profundo sentimiento de inferioridad. Se encontraba solo, se sentía eternamente solo, desamparado, vulnerable.

Su vida siempre fue así o, al menos para él, ésa era la sensación que le dejaba: eterno desabrigo, perpetua orfandad. Nadie podía ayudarle, ni los padres, ni su psicoterapeuta. Hermanos no tenía, y sinceros amigos con quien hablar, tampoco. Los empleados domésticos que habían pasado por su casa eran lejanos, y sus docentes, aunque no entendía bien por qué, le marcaban una distancia infranqueable. Sentía que nadie podía ayudarle.

El recuerdo que tenía de la escuela cuando su adolescencia era bastante dramático: lo habían desnudado en un par de ocasiones, escondiéndole toda la ropa, y en un caso, quemándosela en el baño del establecimiento. En otra oportunidad, le habían obligado a comer crudo parte de un pollito utilizado para una disección en la clase de Zoología. También recordaba, muy amargamente, cuando le habían impuesto masturbarse cinco veces seguidas, so pena de denunciarlo ante las autoridades del centro educativo como homosexual. Todo eso le confería un resentimiento visceral, que nunca dejaba salir, pero que allí estaba. La cólera acumulada era demasiada.

En la universidad estudió Arqueología. Fue el único alumno de todo su grupo del City of London School en elegir esa carrera. Elección que le costó las más ácidas burlas por parte de sus compañeros adolescentes. Todos reían de esa profesión, “inservible” según el criterio generalizado.

A ese grupo –unos doce muchachos– dejó de verlos desde que ingresó a su carrera. Años después, habiéndose encontrado con un ambiente no tan hostil en el ámbito universitario, con honores se graduó como arqueólogo. El resentimiento contra aquellos adolescentes, de todos modos, nunca menguó.

En la universidad era de pocos amigos. Bastante parco, muy tímido, hablaba lo mínimo indispensable con sus compañeros varones. De las mujeres, hasta donde le era posible, prefería huir. Nunca pudo conseguir pareja. A los 28 años, ya con un doctorado en Paleontología ganado con las máximas calificaciones, era aún casto. La cólera sufrida durante sus años de adolescencia con los compañeros del City of London School perduraba. Secretamente, aunque su psicóloga lo había enfilado hacia una necesaria superación de la cólera, la furia ahí seguía.

Curiosamente, aunque era un consumado científico, mantenía creencias bastante irracionales. Por ejemplo, con respecto al monstruo del Lago Ness, en Escocia. De hecho había viajado varias veces allí con la secreta esperanza de avistarlo. Por supuesto, nunca había visto nada.

Otro tanto pensaba del “gusano de la muerte”, el *Aka Allghoi Khorhoi*, según la creencia de los nómadas de las estepas mongolas, fundamentalmente de quienes vivían en el desierto de Gobi, ese mágico y fascinante lugar del planeta tan cargado de leyendas, yacimiento por excelencia de fósiles prehistóricos.

Justamente por esa afición a las creencias populares, a los mitos, a una visión mágico-animista que siempre mantenía, junto a su posición materialista, se dedicaba bastante a los juegos de azar. En especial, a la lotería. Y quiso la suerte que dos días antes de su cumpleaños número 29 ganara un pozo especial que se había venido acumulando: casi dos millones de libras esterlinas.

Aunque soltero empedernido, vivía separado de sus padres desde hacía buen tiempo. Ni bien ganó ese millonario premio, no lo pensó mucho y tomó la decisión: se iría a cruzar el desierto de Gobi. Ese era uno de sus sueños dorados. Otros, visitar diversos lugares que se le figuraban exóticos, encantadores: el Machu Picchu en el altiplano andino en Perú, el desierto del Sáhara, algunas islas en la Polinesia, los bosquimanos en el desierto del Kalahari. Pensó también, si el dinero le alcanzara, en un viaje espacial (algunas órbitas circunvolando la Tierra), aunque eso se le antojaba excesivamente caro.

Dos días antes de la partida se lo comunicó a sus padres. Iría al desierto de Gobi en solitario, absolutamente solo.

Viajó hasta la ciudad de Irkustk, en la Siberia rusa, y de ahí en tren hasta Ulan Bator, la capital de Mongolia. Allí contrató un vehículo todo-terreno (un jeep Toyota), debidamente preparado para el tipo de travesía que emprendería.

Desoyendo todos los consejos ofrecidos en las agencias de turismo, no contrató ningún guía. Confió enteramente en su intuición, en su GPS y en su sed de aventura. Lo que iba a emprender no era nada fácil: en el desierto de Gobi, en Mongolia, no hay carreteras trazadas, y se viaja por caminos siguiendo los rastros de las caravanas. De todos modos, pese a todas las posibles dificultades, nada lo desalentó. Un garrafón con 60 litros de agua pura, una buena provisión de comida envasada, dos tanques extras de combustible y algunos rudimentos de idioma mongol le fueron suficientes para emprender el viaje.

En la primera semana de julio –la época propicia para aventurarse por el desierto, cuando las temperaturas son más benignas que los 30 grados bajo cero del invierno– partió desde Ulan Bator hacia el Gobi Sur. Primeramente pasó por el Cañón de Yolyn, para encaminarse luego hacia el Parque Nacional Gobi Gurvan Shaikhan.

La desolación del desierto le encantaba a Paul. Ahí se sentía realmente muy bien: no debía hablar con nadie, no había límites, era casi la nada. Viajaba sin un camino fijo, solo siguiendo las huellas de algún otro vehículo que pudiera haber pasado con anterioridad, o guiado por algún rebaño de camellos de alguna caravana de nómades con que se encontraba. Ocasionalmente caballos, cabras, algún yak; muy poca gente, casi nadie. En algún momento se avistaban *gers*, las tradicionales carpas circulares mongolas cubiertas de pieles de oveja, con gente viviendo en medio de esa desoladora inmensidad, cocinando, manteniendo el calor de hogar. Para su sorpresa, nunca veía niños. También lo sorprendieron los paneles solares y antenas satelitales que esas rústicas viviendas exhibían, que luego vino a saber son parte de una iniciativa del gobierno mongol, vendidas a un cómodo precio a los nómades del desierto.

Viajar en esas condiciones lo sentía fascinante. No se veían pueblos, ni cultivos, ni pasturas, ni cercos que limitaran el paso. Cuando por puro gusto se detenía en algún momento y apagaba el motor del vehículo, el único ruido que escuchaba era el ulular del viento. Un cielo azul inconmensurable, con un sol abrasador no ocultado por ninguna nube, se juntaba con el árido suelo en el horizonte, dando la sensación de un espacio monumental, inacabable. Eso lo hacía sentir empequeñecido; pero al mismo tiempo, le confería una sensación de grandeza espiritual que jamás había experimentado, ni con alucinógenos, ni con algunas experiencias místicas que había buscado cuando estudiaba Arqueología.

Las primeras noches las pasó dentro del vehículo. La incomodidad y el frío hicieron que desde el cuarto día trabara contacto con los pobladores de los *gers*. Haciéndose entender con una mezcla confusa de inglés, mongol y señas, alquiló espacio en esas carpas para las futuras noches. Como pudo, trabó conversación con los lugareños. Aunque durante el día el sol raja la tierra con calores bastante agobiantes, las noches son especialmente gélidas. Le llamó la atención –y quiso ayudar en la faena de encender el fuego– que como combustible hogareño utilizaran bosta de caballo de o camello, dado que no hay madera en la región.

Todo lo tenía fascinado: la falta de contaminación ambiental de las ciudades (sonora, visual, la polución del aire), el silencio, los cambiantes colores del desierto, la inmensidad, la sensación oceánica de completud. Así, imbuido de ese sentimiento tan peculiar, amparado en su buen sentido de orientación y lo que podía intercambiar con los habitantes del lugar, llegó a las magníficas dunas de arena conocidas como *Khongor*, o “Dunas cantantes”. Allí se quedó dos días, contemplando hipnotizado ese paisaje, solo, sin hablar una palabra con nadie.

Más espectacular aún fue su sensación de grandeza e infinitud, todo al mismo tiempo, en los “Acantilados de Fuego” de *Bayan Zag*, donde se encuentran los yacimientos de restos fósiles de dinosaurios más grandes del mundo. Soñó despierto con que, de algún huevo fosilizado de

estos extinguidos animales, podría aparecer una bestia. El escenario del desierto le parecía propicio para una aparición tal. Ahí estuvo tres días. Habló con varios nómades que habían alzado sus *gers* en la zona; compartió alimentos, intercambiando platos de los lugareños con arenque enlatado de sus provisiones. Bebió gustoso *airag*, fermentado de leche de yegua, que sintió similar a la cerveza tradicional de cualquier *pub* londinense.

Después de ese corto tiempo en aquel sitio de ensueño, imaginando sentir el rugido de algún gran reptil prehistórico, siguió su marcha rumbo al Valle de Orkhon, con el proyecto de llegar así a las ruinas de Karakorum, la antigua capital del Imperio Mongol de Genghis Kan. Para Paul todo eso tenía un aura mágica, inexplicable, algo hipnótico. Pensaba, y eso lo emocionaba largamente, que la mayoría de la población actual del mundo –más de 30 países modernos con alrededor de 3.000 millones de personas– habita hoy en tierras conquistadas en su momento por el gran guerrero mongol. Al igual que con los dinosaurios, fantaseaba poder ver aparecer en las inmensidades del desierto las hordas de ese grandioso emperador, atronadoras, invencibles, montadas en sus legendarios caballos (los mongoles son los mejores jinetes del mundo).

En esas elucubraciones estaba en el medio del Valle de Orkhon cuando sucedió lo impensable. Algo mucho más, infinitamente más surrealista que la aparición de un dinosaurio o de Genghis Kan con sus ejércitos. Algo que no entraba en su lógica, ni en su más suprema fantasía: en un paraje especialmente árido, donde no había caminos de camellos ni se veían tiendas de los nómadas por ningún lado, había dos jeeps similares al suyo, con guías mongoles y varios turistas. Inmediatamente los reconoció.

No podía ser real, pero ahí estaban, desesperados, casi llorando, al borde del ataque de pánico. No conocía a todos, pero sí a cuatro de los ocho viajeros: eran algunos de sus ex compañeros de la escuela secundaria en su Londres natal. Coincidencia inaudita del destino, también ellos habían decidido hacer ese viaje a través del desierto de Gobi. Hacía años que no se veían, y Paul no hubiera querido encontrarlos nunca más en su vida. Pero ahí estaban. Increíblemente, en la inmensidad del desierto, habían hecho una desafortunada maniobra y los dos vehículos habían chocado entre sí. Producto del impacto, un jeep había golpeado contra un enorme peñasco, y el otro había volcado. Ambos habían quedado inutilizados, y no llevaban radio. La sangre corría por la frente de alguno de los turistas, mientras el clima general de todo el grupo era de desesperación. Pero lo peor era que William –quien fuera seguramente el más osado, el más ruin en sus bromas contra Paul en las épocas de estudiantes del City of London School– parecía agonizar. Según explicaron a los gritos, entre sollozos y ademanes de tragedia, algo “inexplicable” lo había alcanzado. “*Algo así como un rayo, una descarga eléctrica*”, decía una de las jóvenes del grupo, desconocida para Paul. “*¡Aka Allghoi Khorhoi!, ¡Aka Allghoi Khorhoi!*”, gritaban alarmados los dos chóferes mongoles.

“*El gusano de la muerte*”, pensó Paul. “*Entonces... ¡existe!*”, haciendo referencia a los mitos populares del desierto de Gobi que hablaban de un mitológico animal que envenena/electriza a sus víctimas. Con el vidrio de la ventanilla apenas bajado unos pocos centímetros, escuchó

la súplica del grupo. Uno de los jóvenes lo reconoció, y trató de saludarlo. William agonizaba, y el grupo en su conjunto no sabía cómo salir de ahí.

La partida del jeep de Paul fue increíblemente rauda. Varios días después, cuando leía en Ulan Bator la noticia en un diario local, en inglés, de la muerte de un grupo de turistas británicos y dos guías mongoles, sonrió satisfecho.

## ¡Soy inocente!

Cuando le faltaban unos pocos días para salir, Eusebio decidió contarle a su compañero de celda.

*“Veinte años estuve esperando. ¡Veinte años! Ahora llegó el momento de la venganza”.* Ramón, el otro detenido, no entendía bien de qué se trataba. Intuía vagamente algo, por lo poco que Eusebio se había permitido decirle en los largos años de convivencia.

*“¿Y qué vas a hacer?”*

*“Lo que tiene que hacer un hombre digno en estos casos”*, respondió cortante.

Eusebio, negro cuarentón originario del puerto de Buenaventura, casi no recibía visitas. Era parco con todos, con los guardicárceles, con los otros reos. Incluso con la poquísima gente que lo visitaba. Su madre había llegado pocas veces antes de fallecer, en visitas donde casi no había palabras. En los últimos cinco años, quien llegaba con cierta regularidad era una mulata de incierta edad, ataviada muy llamativamente, que musitaba palabras incomprensibles para Ramón. Con ella hablaba casi al oído, pero cuando se retiraba, sus ojos brillaban espeluznantes. Era el único momento en que se le veía medianamente feliz. El odio que había acumulado Eusebio se le salía por los poros.

*“Me arruinó la vida esta vieja, me la arruinó de una vez para siempre”*, refunfuñaba en voz baja. *“Tú tal vez no entiendes esto; eres bastante más joven que yo. Además, eres ladrón de profesión”*. Eusebio lo decía con un tono monótono, despersonalizado, que no podía provocar el enojo de su interlocutor. Efectivamente, Ramón rió cuando escuchó eso. ¡Era cierto! Él purgaba una condena de seis años por robo a mano armada, y repetía orgulloso que nunca había trabajado en su vida. *“El que nace delincuente, muere delincuente”*, razonaba con jovialidad.

*“Yo, por el contrario, nunca delinquí. Desde niño trabajé; fui lustrabotas, estuve en una panadería. Después empecé a trabajar en el puerto, cuando esa vieja de mierda me arruinó...”* Se detuvo un momento, como reflexionando. Cuando hablaba de este tema -cosa que hacía muy habitualmente- su rostro se tornaba más duro que lo habitual. Los ojos sacaban chispas y el pulso se le aceleraba. *“A mí me da una vergüenza terrible haber estado preso. Para ti eso es normal”*.

Ramón lo escuchaba en silencio. Habían sido incontables las veces en que Eusebio relataba los hechos que lo llevaron a la cárcel. Era evidente que ambos no eran de la misma categoría: *“Un ladrón se diferencia de uno que no lo es”*, afirmaba Eusebio con reciedumbre. *“Y creo que se me nota a la legua que no soy de tu clase. Pero como soy negro...”*

Había repetido hasta el cansancio la forma en que se lo atrapó. Todo había sido, según contó millones de veces, producto de una perversa acción. “*Se llenan la boca hablando de combatir al racismo, pero seguimos casi igual que cuando trajeron a nuestros abuelos desde el África...*”.

Lo relataba siempre de la misma manera, sin poner ni quitar el más mínimo detalle, lo cual permitía pensar que la historia era cierta. El psicólogo de la prisión, que lo había entrevistado varias veces, se había permitido decir -sin escribirlo en su historia clínica, para no comprometerse- que muy probablemente había habido un error. “*Eusebio no es un psicópata como todos sus compañeros*”.

En el momento de la aprehensión, era soltero. En su historial conocido, nunca había habido algún exabrupto sexual. Los testigos que habían testificado en su momento lo describieron, en todo caso, como un “*muchacho tímido*”. Su novia, que inmediatamente lo abandonó, no podía creer los cargos. “*Conmigo siempre fue muy respetuoso*”, afirmaba consternada.

Quien menos podía creer los cargos que se le imputaban, era el propio Eusebio. Ante el juez le daba mucha vergüenza decirlo, pero finalmente lo hizo: tuvo que reconocer que con sus diecinueve años nunca había tenido contacto con una mujer.

Cuando el juez, casi socarronamente, le preguntó “*¿ni siquiera con mujeres de la vida?*”, su cara se incendió. No sabía si lo mortificaba más declarar en público que era casto, o que lo “*tomaran por uno de esos borrachitos mujeriegos que inundan el puerto de Buenaventura, esos que lo único que quieren es ir con putitas baratas*”. Su amor para María Esther, su novia adorada, era “*puro y sacrosanto*”, gustaba decir. Lo sucedido con quien, según su relato, le “*arruinó la vida*”, era una absoluta injusticia.

La justicia, como pasa siempre y en todos lados, es ciega..., pero sabe ver bien, bajándose un poco la venda, dónde está la lámpara que más ilumina. Eso había sucedido con Eusebio.

Lo que escuchó Ramón, su “confesor” obligado, no lo habían escuchado ni el juez ni el jurado durante el juicio. Era tal la vergüenza que lo invadía a Eusebio que no había podido expresarlo en su momento. Ello le costó veinte años de cárcel. Andando el tiempo, masticando sopeadamente su rencor, había podido contárselo a alguien. Tarde ya. O tarde, al menos, para el proceso judicial. Buena parte de sus mejores años se le habían ido entre delincuentes, matones y borrachos, escuchando las horrendas -¡y exageradas!- historias de robos, asesinatos y transgresiones varias. Eso lo asqueaba. En varias oportunidades, sin que nadie lo hubiera notado, tuvo que salir corriendo al baño al escuchar relatos de delitos, para vomitar.

Lo suyo, sin embargo, no era un delito. Así lo repetía casi a gritos con Ramón. Este caco, joven veinteañero de algún tenebroso suburbio de Bogotá, se limitaba a escuchar, riendo para sus adentros. Pensaba que Eusebio fuese fundamentalista evangélico. Mas no era así: su transparencia se debía a motivos absolutamente éticos (¿o psicopatológicos?).



Los otros presos lo trataban con una mezcla ambigua de sentimientos: miedo, sorna, y al mismo tiempo respeto. Jamás había querido tener sexo con algunas de las trabajadoras sexuales que visitaban -clandestinamente- el penal. Eso era visto como “muy raro” por los otros reos. De todos modos, nadie osaba considerarlo homosexual.

Según el relato oficial, Eusebio había violado a Claudia Nariño, una ricachona heredera de una conocida cadena de hoteles y fincas cafetaleras. Viuda a sus 32 años, despampanante rubia que vivía más de noche que de día, alguna vez había llegado a Buenaventura para navegar por el Pacífico y hacer avistamientos de tiburones sumergiéndose en jaulas. De hecho, la empresa para la que trabajaba Eusebio ofrecía ese servicio, muy caro por cierto, que solo algunos colombianos tomaban, reservado fundamentalmente para turistas extranjeros. Nuestro héroe tenía pavor de eso; jamás hubiera nadado en presencia de escualos. Él solo se encargaba de algunos trámites administrativos.

Claudia, exuberante y sensual como pocas -en ocasiones también modelaba como pasatiempo- llegó a Buenaventura con otro propósito, no el de avistar tiburones precisamente. Según Eusebio le contaba a su compañero, “*esta vieja loca buscaba un negro bien fornido para comérselo*”, según ella misma decía. Quiso la mala fortuna que se cruzaran en sus caminos. Sin mayor disimulo, la acaudalada rubia lo intentó seducir invitándolo a su cuarto de hotel. No sabe por qué, sin querer serle infiel a su novia, el joven aceptó. “*Pensaba, más que nada, en la propina que me dejaría*”, contaba casi sollozando. Pero ya desnudos ambos, Eusebio no tuvo erección.

Temblaba de desesperación en la lujosa suite del hotel -propiedad de la familia Nariño- pidiéndole con lágrimas en los ojos que lo dejara ir. Claudia, perversa como ninguna, no se lo permitió, e intentó por todos los medios lograr excitarlo. Ante la imposibilidad de consumar su propósito, salió de la habitación dando gritos despavoridos, denunciando “*¡violación!, ¡violación!*”.

Los razonamientos de Eusebio, siempre desestimados, tenían mucha lógica. Fue curioso que nunca se le hiciera un examen forense a la atrevida millonaria. “*El color de piel lo decide todo aquí*”, se quejaba dolorido. De todos modos, la sensación de impotencia se había ido convirtiendo en espera triunfal.

“*Sé que tengo la razón de mi lado, Ramón, y la diosa Macumbé está conmigo*”. Cuando decía esto, primera vez que lo expresaba, a menos de una semana de la salida, su cara se transformó. Ramón sintió profundo miedo al verlo así. Parecía que Eusebio hablaba poseído.

“*¿Macumbé? ¿Y qué es eso, mi brother?*”, preguntó con temor, parapetándose en la cama como esperando un golpe, alguna reacción violenta.

“*La diosa del mal que me va a ayudar a cobrarme venganza*”.

El compañero de celda no entendía nada, y comenzaba a asustarse mucho. Estuvo tentado de llamar a un guardia, pero pudo resistir hacerlo. No era particularmente impresionable -joven hecho a los golpes entre pandillas y calles violentas- pero la expresión de Eusebio aterrorizaba.

“*Mi hermano*”, preguntó de pronto Ramón, como cayendo en la cuenta de algo, “*esa señora que te visitaba cada tanto, con pinta de bruja, ¿quién era?*”

“*Era eso: ¡una bruja!*”

“*¿Una bruja de verdad?*”

“*Pues sí, y de las mejores*”

“*Y..., perdón paisa, pero... ¿para qué una bruja?*”

“*Para que elimine a esa vieja podrida. Para que sufra ella ahora todo lo que yo sufrí*”, espetó casi victorioso. “*La hermana Dorotea me va a ayudar a eso*”

Como en la vida carcelaria todo es transgresión y violencia, delación, puñaladas por la espalda Ramón, buscando así congraciarse con sus cancerberos, comunicó inmediatamente lo que Eusebio le había confesado. La forma en que lo transmitió prendió las alarmas de los agentes penitenciarios. Por eso, con discreción, ni bien salió en libertad, comenzó la vigilancia. Lo que el informante había hecho saber -exagerando, sin dudas- es que Eusebio, invocando a los dioses del mal, iba a matar a la vieja que lo mandó preso.

Claudia Nariño vivía en Bogotá -cuando estaba en el país-. Buena parte de su tiempo lo pasaba viajando por el mundo. Se había vuelto a casar, y ahora tenía dos hijos. Con sus 52 años, por todos los cuidados que se prodigaba, parecía una jovencita. Las cirugías plásticas y los implantes de silicona se contaban por decenas. Nunca había abandonado el buceo, una de sus pasiones.

El seguimiento que se hizo de Eusebio no pudo demostrar nada en concreto. Se encontró un par de veces con la hermana Dorotea -la bruja- y participó en un rito de iniciación con la secta de los Macumbé, oscuro grupo del que la policía poco sabía. Al no ser precisamente un rito satánico -y menos aún: al no existir orden judicial- nada pudo hacerse al respecto. El sacrificio de alguna iguana o de una serpiente no constituía, precisamente, un delito. Ni tampoco la orgía iniciática donde Eusebio participó, con tres mujeres y dos varones, incluida la bruja.

No había conexión con lo sucedido a Claudia. O, al menos, no se podía demostrar. Los afiebrados temores de Ramón y la ansiosa preocupación de la policía no tenían un correlato en la realidad. Lo cierto es que la siliconada millonaria siguió practicando submarinismo, y en especial, avistamiento de tiburones desde jaulas. Su condición física, cuidadosamente atendida, se lo permitía. Ese era una de sus mayores placeres. Si bien eso estaba desaconsejado, y en

algunos casos prohibido -por los desastres ecológicos que ocasionaba-, Claudia continuó con la práctica de observar tiburones desde cerca en su propio ambiente, cebándolos con carnes que los atrajeran. El festín de sangre y adrenalina no tenía parangón.

Fue en el mar Caribe donde ocurrió, en los cayos de Belice, dos días después del rito orgiástico iniciático de Eusebio. Inexplicablemente, un tiburón blanco de grandes proporciones atacó la jaula con tal furia que logró abrir su puerta. Las heridas que provocó el depredador fueron tantas que no hubo forma de salvarle la vida a Claudia.

Fue curioso que Eusebio, sin ser participado, asistiera a las exequias de la excéntrica millonaria. Cuando alguien de la familia Nariño se le acercó preguntándole quién era, con una sarcástica, diabólica sonrisa dibujada en los labios contestó: “*Un amigo de ella... de un negro pasado*”.

## Atrevimiento

Estaba orgulloso de sus dos hijos. Siempre que podía, los mencionaba con nada disimulada vanidad. Para él, sus dos amores completaban su “*vida perfecta*”, según gustaba decir. Leticia, de 21 años, estudiante de Psicología y ganadora de una beca, era su “*joya*”. El varón: José Manuel, no quedaba atrás; si bien jovencito aún -16 años-, ya era el “*muchacho ideal*” a ojos de su padre, el funcionario público Manuel S.

A decir verdad, toda su vida la tenía por perfecta. Ningún pormenor “*importante*” -importante para Manuel, claro- quedaba fuera de su atención. Le interesaban los más mínimos detalles: las uñas del pie bien cortadas, siempre debía haber papel higiénico en el vehículo -“*por cualquier cosa; uno nunca sabe*”-, estar al tanto de los resultados de los partidos de fútbol de los equipos principales, tener preparado algún dicho chistoso para cada ocasión -“*eso siempre cae bien*”-. Su hoy era un continuo prepararse para mañana. La espontaneidad no era, precisamente, su lado más fuerte. Todo tenía que pasar por el filtro de la preparación detallada, de lo planificado. “*La perfección*”, reflexionaba con afectado aire filosófico, “*solo se consigue con trabajo arduo entre bambalinas. Lo improvisado nunca funciona*”.

Esa era su “*filosofía*”; y, por lo tanto, su modo de vida. Su familia -esposa y dos hijos- ya estaba habituada, y de algún modo, aunque siempre a su pesar, seguía su camino. Pero no desaprovechaban ocasión para hacerle ver lo insoportable de su actitud, de sus mañas insufribles, locas, que envenenaban la vida cotidiana. Años atrás había sido peor, cuando la manía de la limpieza le había atacado fuerte; por ese entonces tenía a todos enloquecidos en la casa, cuando les obligaba a lavarse las manos varias veces al día con alcohol, o sacudir los zapatos y limpiarlos con un cepillo de alambre antes de ingresar a la vivienda.

Ahora estaba más calmado en ese sentido, pero nunca faltaban las extravagancias. De todos modos -Manuel era claramente consciente de ello-, esas excentricidades se habían trocado, básicamente, en pensamientos que no compartía con nadie, y que lo mantenían en un estado de continua rumiación. Devaneos varios que le ocupaban mucho tiempo, demasiado, como por ejemplo, saber si había suficiente papel higiénico en el baño, o repetir de memoria la capital de todos los países de Oceanía buscando no equivocarse. O estar desesperadamente pendiente de algún error en la vestimenta de su interlocutor para hacérselo notar. Para Manuel todas esas rarezas eran una prueba de inteligencia, de agudeza, para ver “*cuán atento y concentrado*” estaba.

Era sincero cuando se creía perfecto porque, efectivamente, así se sentía. Con sus 49 años había logrado comprar su casa (modesta vivienda pagada con crédito hipotecario del que aún le restaban varios largos años) y un automóvil bastante nuevo (de cuatro años atrás), que mantenía impecable. Todos los jueves tenía sexo con su esposa -tenía estudiado cada movimiento,

y las pocas veces que se había salido del guión, no gozó en lo más mínimo, o incluso no tuvo erección en un par de oportunidades-.

En su trabajo -una dependencia de un ministerio- era sumamente eficiente; su prolijidad y detallismo resultaban proverbiales. Jamás se le escapaba nada, una fecha, una anotación marginal, un lápiz o un papel mal colocados sobre su escritorio. Para algunos, eso era la obra de un maniático perfeccionista que no podía perder cinco minutos tomando un café comentando una película o hablando de las piernas de una secretaria; para Manuel, esa dedicación absoluta al trabajo, a los pequeños detalles, eso representaba la perfección.

Su vida, en realidad, era bastante aburrida, pero él no quería enterarse de eso. Se las arreglaba para encontrar encantador cada cosa que hacía. Aunque secretamente sabía que había algo raro en todo. Por ejemplo, eso de mantener relaciones sexuales solo los días jueves no se atrevía a contárselo a nadie; intuía que alguno lo podría ver muy loco. Por supuesto, Manuel tenía explicación para cada cosa, explicaciones cargadas de lógica y de justificaciones. Pero le quedaba siempre una sensación amarga que prefería espantar al momento sin cuestionarse nada. Cuando sentía que alguna conversación podía poner en riesgo su estabilidad, tenía la maestría de cambiar de tema con sutileza.

Siempre bien vestido -casi religiosamente con camisa blanca y corbata azul-, con los zapatos eternamente bien lustrados, los dientes bien cepillados -“*el mal aliento es lo peor que hay, me enseñó mi padre, ¡y tenía razón!*”- y una sonrisa bastante plástica que, en realidad, no engañaba a nadie, pasaba los días contando las horas y los minutos para cada próximo evento que se fijaba como importante: el próximo partido de fútbol de su equipo, la Navidad, los cumpleaños de sus familiares, el concurso de Miss Universo. ¿La hora de su muerte?

Un lunes de tantos, se incorporó a la oficina Graciela, la nueva recepcionista. 21 años, igual que su hija, también estudiaba Psicología. Era hermosa, “*demasiado hermosa*”, para el parecer de Manuel. Sin saber por qué, casi inmediatamente después de llegada al ministerio, Manuel comenzó a tutearla -cosa nada habitual en él, quien trataba a todo el mundo con estudiada formalidad-. Ella, por respeto, continuó siempre con el trato de “usted”.

No se atrevió a comentar la llegada de la nueva empleada en su casa; sin saber explicar exactamente por qué, algo lo turbó, haciéndole sentir que el solo pensar en Graciela ya tenía algo de pecado. Y él, por cierto, no quería en modo alguno ser un pecador, un extralimitado. Se enorgullecía -y lo expresaba con fuerza en público- que nunca había tenido una relación por fuera de su matrimonio (donde se estrenara sexualmente al casarse). Por cierto, siempre había hecho el amor con la luz apagada, contrariando incluso el deseo de su esposa, que en más de una ocasión le había rogado tenerla encendida para verse. Le daba vergüenza mirarse a la cara haciendo “*esas intimidades un poco cochinas*”. Los ruegos de su cónyuge de tener sexo algún otro día, no solo los jueves, siempre fueron desestimados. No está claro, pero parece ser que ella finalmente se permitió tener alguna “*escapadita*” extramatrimonial, porque la asfixiaba ese ceremonial tan rígido de solo tal día, con la luz apagada y siempre igual (por cierto: con el amante sí logró orgasmo).

Graciela tenía como compañera de estudios a Leticia. En alguna conversación, hablando de la neurosis obsesiva -ese era el tema que estaban viendo ahora en la clase de Psicopatología- ambas comenzaron a intercambiar opiniones no sin cierto dejo de burla: “*Los obsesivos son incorregibles*”, sentenció terminante Leticia. Obviamente, sabía por qué lo decía.

“*Pero si una sabe llevarlos*”, agregó desafiante Graciela, “*siempre terminan rindiéndose a una histérica*”. La conversación fue subiendo de tono, calentándose, erotizándose. “*En mi oficina hay un personaje de manual, un obsesivo que parece sacado de una película. Y creo que le gusto. Les apuesto que si me lo propongo, lo desestabilizo*”. El grupo de muchachas (eran cinco) se miró entre intrigadas y provocativas. “*¿Te lo cogerías?*”, preguntó Leticia. “*¡Por supuesto!*”, respondió Graciela. Inmediatamente estaban hechas las apuestas.

Manuel estaba sorprendido (¿fascinado quizá?) con un joven que trabajaba en su oficina: Andrés. Estudiante de Filosofía, su inteligencia, pero más aún su valentía en la vida, le parecían envidiables. Lo veía como un sueño inalcanzable: con 20 años ya vivía solo, usaba un *piercing* en la oreja y reconocía públicamente que, a veces, fumaba marihuana. Pero más aún lo fascinaba, muy en secreto, su pensamiento rebelde, su radical iconoclasia. A Manuel le hubiera gustado ser así, o fantasearlo más exactamente. En la realidad jamás se lo hubiera permitido. “*Este Andrés... no sé: buen muchacho, pero no debería pensar así. Eso es una falta de respeto.*”

Sentía que le gustaba demasiado hablar con él; llegó a pensar que había una atracción homosexual. “*Si ven que me le pego demasiado, pueden pensar mal. ¿Qué haría un viejo como yo, respetable, con un jovencito como él? Mejor alejarme*”, reflexionaba con pesar. De todos modos, escuchar hablar a Andrés tenía para él un valor especial: siempre decía lo que Manuel, muy secretamente, no se atrevía a pensar, ¡pero que hubiese querido hacer! Su malograda carrera de Derecho -abandonó en tercer año- lo había puesto en contacto, años atrás, con ideas marxistas. Le hacían temblar..., pero en secreto le atraían. “*Si mi viejo y mis tíos trabajaron toda la vida, ¡mentira que si uno quiere salir de pobre, puede!*”

Escucharle hablar a Andrés ciertos temas -sobre política, sobre sexualidad, sobre la familia- además de espantarlo oficialmente, le habría preguntas, le picaba. Demasiadas preguntas, muy fuertes. “Espantarlo oficialmente”, digamos, porque por supuesto, dada su lógica, no podía reconocer en público que todo eso le hacía cosquillas, no lo podía expresar con nadie, ni con su esposa ni hijos, ni con compañeros de trabajo; y lo peor: ni con él mismo. Pero en forma “extraoficial”, es decir, en secreto, solo en muy contadas ocasiones -que tanto lo espantaban como lo subyugaban- se atrevía darle rienda a esas ensoñaciones. Ahí aparecía, por ejemplo, Graciela. O el deseo de seguir profundizando algunos temas con Andrés. Ir a buscar información en internet no se le ocurría. “*¿Y si después revisan lo que estuve mirando y se dan cuenta?*”

A la joven estudiante de Psicología no le resultaba desagradable Manuel, al menos en su aspecto físico. Sus locuras obsesivas, sus interminables ceremoniales maniáticos, su parsimonia,

todo eso le resultaba gracioso. “*Soportar un loco así como marido sería imposible*”, razonaba. “*Pero apuesta es apuesta*”. Comenzó a seducirlo.

El mismo Manuel no quería reconocerlo pero, aunque muy inadvertidamente, algo había comenzado a cambiar en él. Por ejemplo: tenía un frasco de colonia desde hacía más de dos años, producto de un regalo navideño de su hermano, que jamás había tocado. Ahora comenzó a usarlo. “*Para que no se eche a perder*”, fue su justificación ante su esposa. Y también ante sí mismo. Secretamente, sin embargo, sabía que no era así.

Eran como los comentarios que le escuchaba expresar a Andrés: sabía que el muchacho tenía razón, “*pero esas cosas no se pueden decir*”. “*Ser feliz por obligación, por decreto*”, se burlaba Andrés alguna vez. “*¡Qué imbecilidad! ¿Acaso nos queremos más realmente en Navidad porque nos hacemos regalitos?*”, preguntaba sarcástico. Manuel sabía que tenía razón..., pero no lo podía asentar.

Empezó a sentirse profundamente enamorado de ambos polos: de los razonamientos del joven, de la seducción de Graciela. “*¡Qué disparate!*”, era su reacción. “*¿Pero qué me está pasando?*”. De todos modos, no quería salirse del encanto. El día que fue al trabajo sin corbata, se sorprendió él mismo a media mañana cuando lo constató. A su esposa lo justificó diciendo que “*hacía mucho calor*”.

Graciela sabía hacer su trabajo de seducción. Se las ingenió varias veces para quedarse después de hora con Manuel con cualquier excusa. Los juegos sugestivos, las provocaciones veladas, minifaldas y escotes iban en aumento. Un miércoles, cuando habían quedado solos en la oficina, ella lo buscó. El beso fue anodino -así lo sintió la joven- pero para Manuel fue una de las cosas más importantes de su vida. “*Después de mis hijos, claro*”, se apuró a pensar para tranquilizarse.

Esa noche, como hacía años no le sucedía, se masturbó en el baño de su casa. Y para tremenda sorpresa de su esposa -¡no era jueves!-, la buscó sexualmente.

Andrés le comentó que estaba militando en un partido político de izquierda. Todo lo que sonara a rebeldía, a discurso contestatario, por simple reflejo condicionado para Manuel era despreciable. Sin embargo, se daba cuenta que las ideas -altamente provocativas para él- que le transmitía el muchacho, eran ciertas. No le eran tan novedosas, porque en sus cortos años de estudiante universitario ya las había encontrado. Contrariando el decir de sus padres, que le recomendaban casi religiosamente no “*meterse en nada*”, algo le habían calado. La desaparición de su primo hermano Claudio, militante de un grupo de izquierda, lo conmocionó tanto que le hizo abandonar los estudios. Desde ese momento se rasuraba todos los días, porque “*la barba puede levantar sospechas*”. Ese acontecimiento de su familiar lo tornó el tipo tan extremadamente pusilánime que se afeitaba a diario “*por precaución*”, el mimo que ahora sucumbía a estos nuevos estímulos, tan “*locos como atractivos*”. Alguna vez, en medio de una interminable cola del tráfico, refunfuñando por llevar más de media hora sin moverse del mismo lugar, se le atravesó la idea que “*todo lo bueno, lo más rico... hace mal*”. Y se le apa-

recieron las imágenes de Andrés y de Graciela. Con un violento movimiento de la mano se espantó la ida. “*Pero... ¿de dónde me vienen estas ideas?*”, se preguntó quejumbroso.

En esos días, por primera vez en su vida se atrevía a cuestionar un noticiero televisivo. “*No todo lo que te dicen por televisión es cierto*”. Esposa e hijos comenzaron a notar el cambio. Cuando Andrés le dijo que el matrimonio era una institución destinada a desaparecer, Manuel tembló. “*¿Cómo?! ¿Y los hijos?*” Pero muy hondamente le abrió una grieta en sus convicciones. Se dio cuenta que ahí había cosas de las que no quería saber nada. Tal como, por lo demás, pasaba en toda su vida. Y supuso entender el mensaje oculto de aquel anuncio de la enfermera con el dedo sobre los labios: “El silencio es salud”. “*Pero... ¿es salud?*”, se cuestionó. “*Si no nos atrevemos a hablar... ¿somos unos enfermitos llevados de las narices!*”.

Con Graciela hubo nuevos besos y sexo oral en el baño de la oficina. Manuel sentía una terrible vergüenza por lo que le estaba sucediendo, pero al mismo tiempo no quería dejar de sentirse arrastrado por estos nuevos sentimientos. Era algo similar a lo que le producían las conversaciones con Andrés: sabía que eso “*estaba mal*”, pero era fascinante. Al mismo tiempo, serena y agudamente se atrevía a pensar: “*¿quién dijo que está mal?*”.

Graciela había apostado con sus compañeras de la universidad que tendría relaciones sexuales con ese “personaje” de su trabajo, y para comprobarlo, las filmaría. Así fue.

Después de varios acercamientos muy subidos de tono en la oficina, finalmente se decidieron por ir a un hotel. Manuel no quería. Era la primera vez en su vida que hacía algo así. Fueron necesarios varios ruegos de la joven para convencerlo. Ella pagó -eso fue parte de la negociación que debió darse-. Y también se las ingenió para grabar parte de la escena con su teléfono móvil, sin que Manuel se diera cuenta. Eso bastaba como prueba.

Para su sorpresa, Graciela se sintió mucho más a gusto de lo que podría haberse imaginado; tanto, que tuvo más orgasmos de los que solía tener con sus diversas parejas, que no eran pocas. Quedó satisfecha y con ganas de repetir. Incluso llegó a pensar si sería correcto continuar con la apuesta y ganar dinero de esa manera. Esto la hizo sentir algo mal. Era consciente que había un nivel de burla demasiado grande para con Manuel, quizá inmerecida. Pero “*Poderoso caballero es Don Dinero*”, sentenció, citando a Francisco de Quevedo. Eso la convenció sin más trámite.

Los días siguientes, para Manuel fueron indescriptibles. Después de pensarlo y repensarlo infinitas veces, se decidió a hacer dos cosas que jamás hubiera concebido poder lograr: envió flores a Graciela -en forma secreta, firmando como “Un admirador”-, y en una librería de usados compró el Manifiesto Comunista, de Marx y Engels. “*Trabajé toda mi vida, desde los 17 años, y estoy más pobre que una rata. Una puta casa que aún debo, y me creo que con eso soy feliz... Tiene razón Andrés: de lo único que puedo hablar es de fútbol. ¿Y por qué me tengo que reír de los chistes de porquería de mi jefe?*”



Un par de días después de consumada la acción del hotel, las cinco estudiantes coincidieron en casa de Leticia con un doble propósito: por un lado, debían ver una película para realizar su análisis psicológico como exigencia de una cátedra que estaban cursando, y por otro, aprovecharían la circunstancia para ver la “prueba” que aportaría Graciela. Ninguna de las dos jóvenes sabía la identidad de la otra: que Manuel era el padre de una (Leticia) y el objeto parte de la apuesta de la otra (Graciela). La película que debían analizar era “Los puentes de Madison”.

Manuel, al ver a Graciela en su casa, quedó perturbado. Ella también. Pero ya era demasiado tarde para desistir de lo pactado con sus compañeras. Tanta fue la perturbación de Manuel que, contrariando lo que debería haber sido correcto en la ocasión, pidió permiso para ver la película junto a las cinco jóvenes. Quería estar junto a Graciela a cualquier costo. Obviamente, no sabía lo que se avecinaba. Justificó su presencia diciendo que esa película la conocía de nombre y nunca la había podido ver. Y como sabía que tenía muy buena crítica, le gustaría aprovechar entonces la ocasión. Ninguna se opuso; no había motivo para hacerlo. A Graciela le llamó la atención eso, y comenzó a tener un mal presentimiento. Quería irse, pero no se atrevía.

La película atrapó a todo el grupo. No faltaron lágrimas, pero sin dudas a quien más turbó lo visto fue al padre de Leticia. Terminada la proyección, salió sin despedirse de nadie profundamente emocionado, con un llanto incontenible, que solo pudo dejar escapar profusamente en el baño. Su hija quedó algo sorprendida, porque sabía que su padre no era de hacer algo así; lo habitual en él hubiera sido desarmarse en excusas y permisos antes de salir, saludando ceremonialmente. “*¿Qué le estará pasando a mi viejo? Está raro*”.

La metáfora sobre la vida, sobre la mezquindad de la vida y la necesidad de ser “normales” pero sacrificando con eso la espontaneidad, todo lo cual representaba la película, “*cuadro perfecto sobre la mierda que es la vida*”, reflexionaba en secreto Manuel con los ojos inundados de llanto, le pareció impecable. “*Tenía razón Andrés en estas cosas que decía sobre el matrimonio. Ser normal tiene costo... ¡un alto costo! ¿Por qué es tan difícil atreverse a cambiar?*”.

Las jóvenes también quedaron tocadas por el film, pero nunca tanto como Manuel. Luego de algunos comentarios, los necesarios para completar el trabajo de análisis que se les exigía desde la universidad, con risitas picarescas se decidieron a ver lo que traía Graciela como prueba de la apuesta. En este punto, Graciela no quería seguir adelante. Tener en la misma casa al “objeto de experimentación” y a su hija, con quien no se llevaba mal, se le hizo insostenible. Quiso poner cualquier excusa para suspender la proyección, pero la insistencia del grupo, incluso de Leticia, la obligaron.

En un momento pensó levantarse y retirarse sin más, pero eso la haría verse muy chiflada, pensó. Por otro lado, el dinero apostado no era poco, y si la joven ganaba se llevaba, aproximadamente, el equivalente a su sueldo mensual. “*Todo eso por una cogidita con un tonto..., que, por cierto, no coge tan mal*”, se permitió bromear. Y, dado que se le hacía insufrible la

presencia allí de la hija de “ese tonto”, agregó, intentando preparar las condiciones para atemperar la catástrofe que intuía se aproximaba: “¿Saben una cosa, muchachas?: me equivoqué con él. ¡No es tan tonto como creía! Parece tonto..., pero es un tipo brillante en el fondo”.

“¿Cobrar unos pesos por una cogidita? Mmmm..., suena a puta”, dijo una de las estudiantes. “¿Y es malo ser puta?”, preguntó con aire filosófico Graciela. “Además... ya no se les dice «putas» sino «trabajadoras sexuales»”, agregó casi desafiante. Ninguna supo qué responder.

Utilizaron la pantalla del televisor para proyectar lo filmado con el teléfono. La imagen no tenía la mejor definición, pero se distinguían perfectamente los rostros. Cuando comenzaba la proyección, quiso la suerte que Manuel, aún abombado por la película anterior, entrara nuevamente a la sala. Contrario a su estilo -seguramente por la turbación que aún lo acompañaba- no pidió permiso, no se deshizo en explicaciones para explicar por qué estaba allí. Pero allí estaba. Y, sin buscarlo, se vio en la pantalla. Aunque detuvieron inmediatamente la proyección, ya se había visto.

Los tres: Graciela, Leticia y Manuel, cambiaron de color. Se formó un silencio sepulcral en el grupo, pues nadie sabía qué decir. Alguna comentó que ya era tarde y se tenía que retirar. Todas, incluida Graciela, aprovecharon el momento para levantarse y salir casi corriendo. Leticia quería retener a Graciela para pedirle explicaciones, pero no pudo. No le salían las palabras. Tampoco hacia su padre pudo dirigirse. Una confusa mezcla de indignación, cólera y sorpresa se lo impedía. Manuel también se retiró de la escena sin decir nada.

Los tres quedaron profundamente avergonzados. Graciela se olvidó del dinero; le parecía del peor gusto volver a tocar el tema con sus amigas. Leticia no podía creer lo sucedido. Su padre, a veces, se le hacía insoportable por tantos ceremoniales absurdos, por su pesantez insufrible. Pero en el fondo lo amaba mucho. Saberlo objeto de una burla inmisericorde como la que le jugaba Graciela, la sacaba de quicio. Pero más aún la perturbaba el hecho que su padre se permitiera tamaño desliz. “*Si siempre, hasta el cansancio, nos habló de la fidelidad y la familia*”. Eso le hizo descubrir que ella, más aún que su progenitor, era una defensora acérrima de la familia y los valores que, por años, había venido escuchando.

Manuel se sentía víctima de un engaño atroz, monumental. Le daba vergüenza presentarse ante su hija. No sabía si lo turbaba más la transgresión cometida o el haber sido tan tonto de dejarse engañar así. Seguramente, era esto último. De Graciela no quiso volver a saber más nada. Al día siguiente, en la oficina, no le dirigió la palabra en ningún momento. La miraba con encendido rencor.

Graciela no podía aguantar esa mirada de odio, por lo que, hacia el mediodía, pidió permiso para retirarse alegando encontrarse enferma. Esa noche no fue a la universidad (estudiaba en turno nocturno, junto a Leticia).

Dos días después, casi fuera de sí, Leticia la llamó por teléfono. “*Hija de puta, zorra de mierda: ¡tenemos que hablar!*”. Graciela, aun no queriendo hacerlo, entendió que debía dar la ca-

ra. Lo cometido era bastante grave, o así le parecía, y no se podía dejar pasar en el silencio. Fue pensando los argumentos con que se defendería. *“Bueno... después de todo, todas estuvieron de acuerdo en seguir el juego de la apuesta. Nadie sabía que el monigote elegido era tu papá”*, razonaba. ¿Por qué sentirse mal, en definitiva?, era su planteamiento.

Se encontraron en una cafetería cercana a la universidad. Ambas pensaron que la reunión podría ser dramática, calamitosa, pero no resultó así. Inicialmente, Leticia ofreció unos bombones que Manuel le había enviado hoy por una tercera persona, sin dirigirle la palabra. Ella no había querido tocarlos, por eso se los pasaba ahora a Leticia, para que ella dispusiera qué hacer. Si quería, podía quedárselos. Si no, le pedía que por favor se los devolviera a su padre con el correspondiente pedido de perdón. Graciela decía que no era merecedora de un regalo. *“Al contrario: creo que me merezco un castigo. Fui una hija de puta en lo que hice. Lo reconozco”*.

Para su sorpresa, Leticia manifestó entenderla: *“¡Tranquila! En realidad, todo el grupo apoyó el juego. Yo no sabía que se trataba de mi viejo, pero ¡tranquila! Lo pensé bien estos días, y no hay problema, amiga... Si no hubiera sido él, seguro que estaríamos riéndonos del pobre tipo ahora, y pagándote la apuesta”*.

La reunión resultó muchísimo más distendida de lo que ambas podrían haber supuesto. Leticia aceptó los bombones. Optó por no dárselos al padre, sino comérselos ella misma. Pero, en realidad, no se los podría haber dado, porque esa noche, para tremenda sorpresa de toda la familia, Manuel no llegó a la casa, ni avisó nada.

Inmediatamente se prendieron las alarmas en la familia: *“¡No es posible que no regrese y no avise!”*, dijeron madre e hijos. Eso era absoluta, total, completamente inconcebible. Alguien como Manuel tenía que estar secuestrado, en un hospital o muerto para que hiciera algo así. En forma urgente dieron parte a la policía. Leticia dudó si contar lo sucedido a su mamá y a su hermano; esa tenía que ser la causa de la repentina ausencia de su padre. Pensó que podía acercarse algo catastrófico, aunque no sabía con exactitud qué.

Las cosas se complicaron más aún cuando Leticia debió ser hospitalizada de urgencia debido a un envenenamiento del que había sido víctima. Los bombones, destinados en realidad a Graciela, contenían arsénico en cantidad suficiente para matar a una persona; la adecuada intervención médica, casi inmediata, impidió su muerte, pero le quedaron terribles secuelas: una polineuropatía con efectos crónicos sumamente molestos.

Manuel, escondido esos días en algún punto de la ciudad -nunca se supo con exactitud cómo lo hizo- se enteró del hecho de la intoxicación de su hija. Dos días después, cuando el revuelo tanto en su familia como en su oficina era mayúsculo, con Graciela al borde del colapso nervioso y Leticia con terribles cefaleas que no le permitían mantenerse en pie, misteriosamente apareció una carta firmada por él a través de un amiguito de su hijo menor, José Manuel. Luego de eso, nunca más se supo de él.

Hoy día la esposa ya se considera viuda, aunque formalmente no inició los trámites pertinentes para convalidar su nueva situación. Y ambos hijos se consideran huérfanos, sintiendo una tremenda vergüenza de hablar del tema. Graciela dejó la ciudad sin rumbo conocido. Hay quien afirma, sin que ello esté confirmado, que salió del país. Los comentarios que se prosti-tuyó, así como que se hizo monja, parece que son puras habladurías, porque en concreto nunca nada pudo saberse con certeza.

La carta de marras, escueta, bien redactada, dice:

*“Era hora de cambiar. Por años, por décadas; más aún: toda mi vida hasta ahora, fue fingir. O peor aún: yo no sentía que estuviera fingiendo. Para mí eso era lo más natural del mundo. Era, en todo caso, hacer como que todo estaba bien. Yo, secretamente, sabía que no era así, pero fingía que las cosas marchaban de modo agradable. Eso, según me enseñaron siempre, es la normalidad. O sea, dicho en otros términos, ser normal tiene mucho de mentiroso. ¿Hipocresía necesaria para vivir en sociedad?”*

*Un varón debe cumplir con ciertos parámetros, así como, por supuesto, también una mujer. Si eso no se da, vienen los problemas. La sociedad es muy dura con eso: es una máquina trituradora que no permite disensos. Yo, varón, padre de familia, buena persona, católico -según todas las atribuciones que se supone tenía- debía cumplir a cabalidad con un mandato que nunca supe quién me lo dio, pero que ahí estaba, impertérrito, incuestionable. Hasta que alguna vez me atreví a cuestionarlo.*

*Reconozco que, aunque no me lo cuestionaba antes, toda esa coraza con la que me protegía -¿protegerme de qué?, me pregunto ahora- funcionaba de tal manera que hasta me hacía sentir feliz. Siguiendo la corriente, no disintiendo, no atreviéndose a alzar la vista y mirar un poco críticamente las cosas, uno puede tener la sensación de tranquilidad. ¡Pero es una tranquilidad engañosa! Tiene costo. El costo es que uno termina siendo un muerto en vida. ¡Y yo no estoy muerto! ¡¡No quiero estar muerto!!*

*¿Por qué hay que “ser feliz” por decreto? ¿Acaso el triunfo de su equipo de fútbol, o la nueva licuadora o el nuevo horno a microondas que nos compramos por abonos nos hacen realmente felices? Desearse “felicidades” en Navidad, ¿nos hace felices y nos transforma en “mejores personas”? Por mucho tiempo me lo creí. Y lo decía a voz en cuello, lo defendía, se los transmitía a mis hijos.*

*“Hay que cuidar las instituciones”, nos enseñan sacrosantamente. Yo lo repetía disciplinadamente, porque eso hace una persona llamada normal. ¿Por qué hay que cuidarlas? O, en todo caso, ¿de qué instituciones hablamos? ¿De la propiedad privada? ¿Del repugnante, burocrático y enfermante ministerio donde trabajé por años? ¿Del matrimonio? Todas son un engaño bien montado. Ahora abrí los ojos. ¡Finalmente me atreví! No se preocupen por mi persona, que ya estoy grandecito y me sé cuidar solo.”*

La policía buscó un poco, pero no teniendo prácticamente ninguna pista, en un corto tiempo abandonó la pesquisa. Al día de hoy, por lo se ha podido saber -por fuentes no muy confiables- Manuel está incorporado en un grupo guerrillero en algún país centroamericano. O, esto parece más verosímil, aunque no hay evidencia contundente, vive con unos pescadores artesanales en un Cayo de Belice, ganándose la vida haciendo artesanías manuales que vende a los turistas.

## Buenos ejemplos

En alguna ciudad de Latinoamérica que no viene al caso mencionar ahora, Miguel y Aníbal habían nacido en la misma familia, criados por los mismos padres en la misma casa y con iguales estrecheces, sufriendo similares penurias.... Pero eran muy distintos.

Miguel, el mayor de los ocho hermanos, le llevaba 21 años al último de la serie: Aníbal. Habiendo fallecido el padre cuando Aníbal era un bebé, su hermano mayor había ocupado el lugar de “hombre de la casa”. A decir verdad, a Miguel le quedaba muy bien ese papel; desde temprana edad dio muestras de tomarse muy en serio eso de ser “prudente y responsable”. O, al menos, se tomaba muy en serio el papel. Porque era justamente eso: un papel a protagonizar. Más allá de su cara eternamente sonriente y su actitud de disponibilidad y ayuda “*para cualquier cosa cuando sea necesario*” –tal como solía decir–, nadie, ni él mismo, podía creerse su actuación una vez se le conocía un poco más profundamente.

Transpiraba desfachatez por todos lados. “*Futuro politiquero*”, había vaticinado premonitorio su padrino cuando Miguel apenas era un adolescente. Aunque la imagen “oficial” –ante quien aún no le conocía– era de transparencia, de joven abnegado y dedicado a su familia, cuando se veían los detalles se descubría su verdadera cara: un farsante total, un cínico descarado. Es decir, como había entrevisto el padrino: ¡un verdadero político de profesión!

Miguel nunca tuvo un trabajo conocido, pero jamás le faltaba el dinero. En realidad, luego del fallecimiento del padre, había sido quien conseguía buena parte del ingreso familiar. Nadie sabía exactamente cómo ganaba el sustento, pero en la casa se vivía con relativa abundancia. Por allí se había comentado que tenía ocupaciones no muy santas: rufián con varias jovencitas a su cargo, traficante al menudeo de drogas ilegales, que era mantenido por un millonario homosexual, que era encargado de “reducir” objetos de dudosa procedencia en el mercado La Vanguardia. Sus gustos lujosos (cigarros importados, buena ropa de marca, zapatos italianos siempre impecables, alguna botella de champagne francés y otras exquisiteces por el estilo) no eran baratos. Eso había que pagarlo, y Miguel jamás se quejaba por el dinero.

Aníbal lo tenía como su héroe. Había crecido con la imagen de un hermano mayor responsable, dedicado, siempre servicial. Quizá porque la vida los puso en esta relación de casi padre-hijo, Aníbal veía a Miguel como un ejemplo a seguir, como un verdadero padre ejemplar. Siendo un púber, tenía a su hermano mayor –ya un adulto con profuso bigotón– como el más envidiable modelo, siempre exitoso con las mujeres, bien vestido, elegante, nunca falto de dinero y respetado por todo el vecindario. Lo que más le admiraba era su prodigiosa facilidad de palabra.

Aníbal estaba fascinado con lo que quería ver: el hijo de un modesto albañil y una sufrida obrera de maquila, sin siquiera haber terminado la universidad –apenas había cursado dos

años de Derecho y Jurisprudencia— había ayudado en la crianza de sus hermanos menores, tenía vehículo último modelo, era buscado y admirado por innumerables personas del vecindario, y le daba lecciones de moral.

Efectivamente, esa era una de las cosas que más encantaba a Aníbal: pasaba horas escuchando los consejos de su hermano mayor. Miguel, al saberse con un público cautivo e hipnotizado — público unipersonal, pero suficiente para despertarle sus ínfulas más vanidosas— se pavoneaba con su mejor oratoria. Imposible saber si el hermano mayor creería una sola de las palabras que profería admonitorio; el menor, definitivamente, las creía todas.

Cuando Aníbal llegó a la mayoría de edad, siguiendo los que entendía buenos consejos de su hermano-padre, decidió entrar en la Academia de Policía.

“*Un buen agente*”, repetía con el pecho henchido y voz inflamada, “*es el más honesto y respetable servidor público, porque arriesga su propia vida por la de los demás*”. Cuando Miguel le escuchaba decir esas cosas, lo aplaudía. Pero al mismo tiempo, secretamente, reía: “*¡pobre niño! ¿Cuándo va a abrir los ojos?*”

En la Academia Aníbal fue un alumno excelente, el mejor. El día de su graduación, con veinte años recién cumplidos, recibió la medalla al mejor alumno de toda la promoción. Miguel avisó a último momento que “*por motivos impostergables*” lamentablemente (¿lo lamentaría?) no podía llegar al acto. Alguien dijo verlo salir de un motel de lujo a esa hora, con la esposa de su mejor amigo. Pero “ *fueron solo habladurías malintencionadas*”, se apuró a aclarar posteriormente.

Mientras Aníbal comenzaba una ejemplar carrera como policía en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad, Miguel entraba a trabajar como asesor de un diputado en el Congreso. En poco tiempo, la valentía y honorabilidad ganada por uno de ellos era tan proverbial como las triquiñuelas y artimañas del otro. El hermano menor era ya famoso y admirado entre sus compañeros policías porque, en poco tiempo, había podido detener a varios de los vendedores callejeros de drogas más conocidos del sector, en un par de oportunidades él solo, y en un caso, liándose a puñetazo limpio con el malhechor, reduciéndolo con las tomas de yudo que le habían enseñado en la Academia. Se hizo bastante famoso en la televisión cuando salió denunciando al jefe de su comisaría, quien exigía sobornos a sus subordinados. Como en persona el propio Aníbal, en una maniobra sumamente osada, que le podría haber costado tanto la vida como un ascenso, se encargó de llevar a tres medios de comunicación para hacer público el ilícito —haciendo imposible no proceder al Comisario General de la institución para destituir al corrupto jefe de estación— su aureola de “policía ejemplar” comenzó a ganar espacio.

Igualmente famoso se hizo Miguel por un pequeño asunto que trascendió en el Congreso, aunque de signo contrario al de su hermano. Por apañar al diputado de quien era asesor en un cobro ilegal de viáticos sobrevaluados, tuvo que optar por salvarse él de la cárcel, o el legislador, al hacerse público la sobrefacturación de una importante suma. No quedándole otra alternativa para salvar su pellejo que denunciar al *Padre de la Patria* (designación que siempre le

pareció hilarante, descabellada), su nombre salió bien parado del incidente. La prensa, siempre ávida de noticias sensacionalistas, cubrió la nota de tal manera que Miguel quedó como un paladín de honestidad. Nunca se supo –salvo la secretaria del diputado, que era amante de ambos: legislador y asesor– que la mayor parte del viático ficticio fue a parar al bolsillo de Miguel. Por supuesto, jamás fue a visitar al legislador cuando éste estuvo entre rejas, borrándolo de todas sus redes sociales.

Aníbal, al conocer la noticia que se difundió rápidamente por la prensa y distintos medios comunicacionales, se sintió orgulloso de tener un hermano tan probo, que predicaba con el ejemplo las cosas que a él, años atrás, le había transmitido haciendo de padre postizo. Miguel le agradeció con una sonrisa fingida, pensando para sus adentros que *“el hermanito menor no tiene cura... ¡Pobrecito! Se creyó todas esas tonteras que alguna vez le conté. ¡Pero si eran cuentos para que se durmiera, como Blancanieves, o Caperucita Roja!... ¡¡Por dios!!”*

Esas acciones tuvieron consecuencias: a Aníbal le significaron un ascenso. Y también el odio visceral de buena parte del cuerpo policial, que empezó a valorar aterrorizado el peligro que *“un loco así algún día llegue a Comisario General”*. A Miguel, sin que entendiera bien por qué –aunque secretamente había movido todos los hilos necesarios para que eso pudiera suceder– lo nombraron Vice-ministro de Gobernación. Sabía que allí había alguna *“jugada sucia”*, pero no terminaba de entender de qué se trataba. *“En política nadie te regala nada porque sí...Seguramente ya vendrá el cobro de factura”*.

Ambos se sentían muy satisfechos de sus carreras: el uno, por su honestidad, por saber que era un ejemplo de rectitud y que sus hijos podrían sentirse orgullosos de él. El otro, porque en algunos pocos años había amasado una interesante suma, que ahora prometía poder acrecentarse mucho más desde el Vice-ministerio. Dos vehículos blindados, una lujosa casa con helipuerto –faltaba el helicóptero aún– y cancha de tenis y la inmunidad que le confería el cargo, no eran poca cosa para sus 44 años. Lo que podía venir ahora, se mostraba mucho más prometedor.

Así fue. El acceso a altos niveles decisorios del país lo puso en contacto con uno de los más connotados jefes del narcotráfico. Allí los vehículos blindados y las propinas que se contaban por miles en cabarets de lujo, eran cosa casi obligada. El poder se demostraba con derroche de recursos, con ostentación. El oro, en todas sus expresiones, era muy valorado. Era esa cultura de “nuevo rico” donde se trataba de demostrar que, sin venir de cuna dorada, también se puede ascender socialmente. La pompa aparatosa era imprescindible. *“Así uno puede sentir que casi, casi se iguala con los aristócratas”*, reflexionaba no sin amargura, él, hijo de albañil y obrera de maquila.

Los dos hermanos se veían muy ocasionalmente. Alguna fiesta familiar –cada vez más espaciadas, pues las apretadas agendas no lo permitían– o una ocasional llamada telefónica en un cumpleaños, constituía toda la comunicación entre ellos. De todos modos, aunque los contactos iban siendo cada vez más espaciados, cada vez que Aníbal tenía la oportunidad le agradecía a Miguel *“todo lo que había hecho”* por su honorabilidad. Miguel, benevolente, sonreía.



Le parecía muy cruel desarmarle la ilusión. Por otro lado, a él le resultaba reconfortante encontrar que alguna persona en el mundo lo creyera honrado. Nunca se atrevió a mostrarle su verdadera cara.

Porque su verdadera cara... ¡era terrible! Como muchos de sus colegas en altos puestos gubernamentales, la ostentación era elemento infaltable. Sin que fuera necesario, siempre había que mostrar más de lo que realmente se podía hacer: el saltarse los límites le resultaba indispensable. Compró títulos de maestría y de doctorado en Ciencias Jurídicas y Criminología, aunque ni siquiera había terminado sus estudios de grado. En la universidad pública, también corrompida hasta los tuétanos, no le fue difícil conseguir esas preseas. Pero lo peor fueron sus nuevos negocios.

Aunque parezca mentira, Miguel había disparado armas de fuego infinitamente más veces que su hermano. Sucedió que los policías, por falta de presupuesto, debían pagar de su propio bolsillo los tiros que hacían, por lo que se cuidaban mucho de no desperdiciar municiones. Solo en contadas, contadísimas ocasiones Aníbal abría fuego. Por el contrario, Miguel era un asiduo tirador. Tenía varias armas de alto calibre, compradas nuevas –eludir los controles reglamentarios era lo de menos–, y su consumo de municiones era altísimo. “*Eso se paga con dinero del Congreso*”, explicaba sin la menor vergüenza. “*Mi sueldo me queda casi íntegro*”.

Un día de tantos, en alguna ceremonia oficial, sin habérselo propuesto previamente, se encontraron. Rompiendo todo protocolo de seguridad, ambos decidieron prolongar el encuentro y sentarse por allí a tomar un café. Hacía años que no conversaban. Ninguno de los dos disponía de mucho tiempo, por lo que la charla fue veloz.

Luego de las primeras palabras rompe-hielo, Miguel fue al grano. “*Hermanito: no hay otra forma de hacer dinero que metiéndose en cosas. ¿No te diste cuenta todavía? Trabajando... ¡imposible!*”

Aníbal quedó estupefacto. Los ojos se le desorbitaron, no le salían palabras. “*¡Vamos!, ¡vamos muchacho!*”, trató de recomponerlo Miguel. “*No me digas que todavía estás con eso de la cigüeña y los Reyes Magos... ¡Es hora de desengañarse!, ¿no?*”

“*Pero... ¿y todo lo que me habías enseñado sobre la honorabilidad y la rectitud?*”, acertó a decir, tartamudeando, sin terminar de recomponerse de la sorpresa.

“*Taradeces, muchacho. ¡Taradeces!*”, espetó Miguel, cortante.

Se despidieron con bastante pompa el uno, con tristeza el otro, un poco histriónicamente el hermano mayor, cabizbajo y aún sin salir de su asombro el menor.

Ese mismo día, y mucho más en los días posteriores, Aníbal se dedicó a repasar mentalmente todos los bienes que conocía de su hermano. Empezó a llamarle la atención la cantidad de cosas que le había visto –lo cual, hasta ese momento, no lo sorprendía–, pero al hacer el re-

cuento, vio que no eran pocas. Entre otras cosas, lo sorprendía la forma tremendamente exuberante en que se vestía, sus anillos de oro, su reloj despampanante con incrustaciones de diamantes. La promesa de comprarse un helicóptero que le había confesado en la charla de días atrás ahora cobraba sentido.

“*De los ricachones de cuna, uno se espera eso. ¡Pero no del hijo de dos humildes trabajadores!*”, reflexionaba el policía. Las palabras de su hermano, el Vice-ministro, le daban vuelta por la cabeza: “*No hay otra forma de hacer dinero que metiéndose en cosas*”. “*¿Cuáles serían esas formas?*”, se repetía insistente Aníbal. No quería ni pensarlo. Solo intuir que podría haber algo reñido con la ley, lo espantaba. Él era un convencido absoluto de la justeza de la ley. La vez que Miguel, alardeando de su “*alta formación intelectual*”, como gustaba decir con aire de fanfarronería, le lanzó aquella frase filosófica del sofista Trasímaco de Calcedonia, el griego que dialogaba con Platón: “*La ley es lo que conviene al más fuerte*”, no entendió. Ahora, tras muchos cabildeos luego de esa corta pero importantísima plática, comenzaba a entenderlo. “*La ley es lo que conviene al más fuerte.... ¡Claro! ¡¡Por supuesto que sí!! ¿Recién ahora me vengo a dar cuenta?*”

“*Trabajando no se hace plata*”; esa frase se le repetía ahora infinitamente a Aníbal, con enfermiza insistencia machacona. Trataba de encontrarle explicaciones, ejemplos que dieran cuenta de la formulación, historias de vida que lo demostraran. El recuerdo del jefe de comisaría al que mandó preso no ofrecía discusiones: “*trabajando no se hace plata, ¡es obvio!*”

Por primera vez en su vida, Aníbal dudó sobre sus principios. “*Puras deudas, puros problemas, siempre angustias por la plata...*” Todo lo llevó a tomar la decisión: pediría un soborno. “*Solo uno, para ver cómo resulta*”, reflexionaba con vergüenza, en secreto. A nadie le compartió la decisión tomada. Lo haría solo; sus acompañantes policías no deberían enterarse.

Rápidamente encontró el momento. En una de tantas patrullas que realizaba por allí —él estaba a cargo de la unidad, siendo acompañado por dos agentes— se topó con una moto donde viajaban tres pasajeros: el conductor con su esposa y un hijo de 10 años. El reglamento indicaba que en motocicletas solo pueden viajar dos personas. Tres, como en este caso, es una infracción. Además, solamente el conductor portaba casco; las otras dos personas no, y eso iba contra las normas.

Al momento de detenerlos fue cortante, deliberadamente brusco. “*¡¿Ustedes no saben que está prohibido viajar más de dos personas en una moto?! Y además, ustedes dos van sin casco*”. Sin que hubiera necesidad, y contrariando las normativas policiales, exhibió amenazante su arma reglamentaria. El susto de los detenidos fue mayúsculo.

“*¡Tranquilo, agente! No pasa nada... Aquí tiene algo para el cafecito*”, dijo el padre de la familia que se conducía en la moto, alargándole un billete escondido en la mano.

La sensación de Aníbal fue rara: entre gozo y repugnancia. Sabía que contrariaba sus más elementales principios, pero al mismo tiempo le pareció muy fácil, ¡demasiado fácil!, cómo empezar a hacer un sueldo extra. Eso lo fascinó.

*“Bueno... los voy a dejar ir. ¡Pero que sea la última vez! Y se me ponen casco para la próxima”*. Si bien aceptó el soborno –unos míseros pesos que apenas alcanzaban para un litro de bebida gaseosa–, no quedó tan insatisfecho, porque el consejo dado a los pasajeros le pareció correcto. Incluso se quedó con la idea que estaba haciendo un buen servicio, informándoles de algo que, quizá, desconocían del reglamento de tránsito.

La mala suerte lo acompañó, porque dos calles más adelante la moto fue arrollada por un camión. En la caída, falleció el niño. Los reproches que comenzó a hacerse Aníbal no tuvieron fin.

Se consideró la peor persona del mundo, un inmundo pecador, bochornoso, impuro. Por su culpa había fallecido ese niño inocente. Pero más aún: la culpa la empezó a transferir a su hermano.

*“Si yo jamás había cometido estas barbaridades... ¡Yo no soy corrupto! Todo por culpa de este hijo de puta de mi hermano...”* El odio le creció con fuerza meteórica. La admiración mantenida por años, rápidamente se trocó en visceral resentimiento, y la sed de venganza no tardó en aparecer.

*“Ahora me doy cuenta: trabajando honestamente es cierto que no se sale de pobre. ¡Tenía razón este cabrón!”*.

En un accidente aéreo –cayó el helicóptero en que se transportaba, confuso incidente que nunca quedó claro– falleció el Ministro, por lo que Aníbal, apadrinado por el presidente, quedó a cargo del ministerio. Los negocios le iban viento en popa.

Todos habían advertido, desde su esposa a sus subordinados, desde sus familiares a sus superiores, que la conducta del sargento Aníbal P. había cambiado. Ahora estaba mucho más impenetrable, serio, distante. Era evidente que algo le atormentaba. Nadie sabía qué, nadie se atrevía a preguntarlo, pero para todos era más que notorio ese nuevo hermetismo, desconocido anteriormente en él. Su actuación policial no había decaído, no ofrecía errores en términos técnicos, pero ahora presentaba una cierta brutalidad implacable, exagerada, desmedida en la aplicación de las normas. Su rigidez, en pocos meses, se había hecho proverbial. La sonrisa, nunca muy abundante, desapareció por completo de su rostro. Como nunca le había sucedido anteriormente, en diversos operativos mató a varios delincuentes que se habían resistido a ser detenidos. Nadie podía objetarle nada –su accionar se apegaba rigurosísimamente a la ley–, pero todos veían que allí había algo raro. No era necesaria tanta rudeza, tanto aspereza en el trato; parecía un robot deshumanizado.

Como cosa algo curiosa, inusual en sus hábitos, desde inicios de noviembre de ese año comenzó a preparar la fiesta navideña familiar. Su esposa e hija quedaron un tanto sorprendidos —era primera vez que ofrecerían la cena de Navidad en su casa para tantos invitados—, pero no se opusieron. Eran buenas católicas, y esa celebración les atraía. Además, la idea de mantener firmes los lazos familiares era parte de sus ideales. “*Y al padre, al hombre de la casa nunca se le contradice*”, opinaban. Por supuesto, Miguel también fue invitado. Aníbal insistió interminables veces para que su hermano estuviera en la celebración. Sabía que la agenda de un ministro es muy compleja, y no siempre se puede disponer de la vida personal a su antojo. De todos modos, los ruegos fueron numerosos. Finalmente, consiguió lo esperado: el 24 de diciembre por la noche, Miguel, junto con su esposa y sus dos hijos y pródigos regalos para todos, entraba en casa de su hermano. Como cosa inusual, solo llevó dos escoltas, que lo esperarían fuera de la vivienda.

En un momento de la fiesta, Miguel comentó que no sería malo hacer pasar a los dos guardaespaldas a tomar un trago y hacer el correspondiente brindis navideño. Pero la reacción de Aníbal fue terminante: “*¡Imposible! Están en horario de trabajo. ¡Eso sería una falta muy grave!*” Todos quedaron algo sorprendidos por esa rudeza, pero nadie se atrevió a contradecirlo. Solo Miguel agregó: “*Hermanito: no hay que tomarse las cosas tan a la tremenda. Más relajadito, papaíto...*”.

Fue en ese momento que Aníbal sacó la pistola de entre sus ropas descerrajándole seis balazos a su hermano. Todos fueron certeros; ni uno solo erró la humanidad del ministro, quien cayó aparatosamente sobre la mesa servida.

Cuando entraron los guardaespaldas, pistolas en mano, Aníbal ya se había pegado un tiro en la sien. La carta que luego su esposa encontró en la mesa de noche, con muchas faltas de ortografía, hablaba de esa “*lacra inmundada y deleznable*” de la corrupción. Nunca nadie supo del incidente con los motoristas.

## De todo corazón

Cuando Efraín tenía 7 años, sus padres se separaron. La madre, eterna ama de casa, a duras penas pudo arreglárselas para mantener a sus tres hijos. Él, el menor, fue el más sufrido. Su padre biológico, albañil de profesión, escasamente pasaba la cuota alimentaria.

Ya desde muy niño silbaba todo el tiempo; llamaba la atención su facilidad para repetir cualquier melodía. En el barrio era conocido por esa habilidad, y más de alguno le había ofrecido una moneda por escucharlo silbar.

Irma, su madre, luego de un tiempo volvió a formar pareja. No era lo que ella, ni Efraín, hubieran deseado. Pero al menos ayudaba a solventar en parte la situación económica, cada vez más dura. Pedro, el padrastro, era un desocupado crónico que se las arreglaba reciclando basura. Sus años de músico aficionado habían quedado atrás. Ahora, lo único que mantenía de aquella época era un desvencijado acordeón, que alguna que otra vez hacía sonar.

La pobreza arreciaba. Por tanto, toda la familia –Pedro aportó un hijo más al grupo, producto de su anterior matrimonio, y con Irma tuvieron dos descendientes más– debió instalarse en una villa miseria, una más de las tantas que la debacle económica del país había hecho surgir en esos años. El padrastro de Efraín, para contentarse un poco ante tanto drama, tocaba su acordeón varias noches por semana. De esa forma, simplemente mirando y escuchando, el niño fue aprendiendo el arte de ese instrumento.

En realidad, aprendió solo. Pedro nunca le explicó nada, y conforme avanzaba el tiempo y su alcoholismo, su relación con Efraín fue deteriorándose. Tanto y a tal punto que a los 14 años el jovencito prefirió buscar su vida en las calles de Buenos Aires.

Autodidacta, con una perfección técnica que llamaba la atención, se ganaba la vida tocando la flauta dulce en cualquier estación de subte. Al poco tiempo, sin que quedara claro cómo lo había conseguido, emulando a su padrastro ejecutaba el acordeón con una calidad que impresionaba.

En un principio fueron cumbias villeras. Luego, el repertorio fue ampliándose. Tangos, valeses, algún rock o melodías de moda, sin saber una sola nota de música, Efraín ejecutaba a la perfección –en la flauta o en el acordeón– un programa cada vez más amplio. Llamaba poderosamente la atención cómo lograba escuchar una pieza y repetirla íntegra, de memoria (como dicen que hacía Mozart). Quién sabe dónde la escuchó y cómo hizo para aprenderla, lo cierto es que alguna vez comenzó a tocar las Czardas de Monti, de una complejidad técnica endiablada. La ejecución fue perfecta.

Fue ese día –un jueves de mucho frío– que el director de la Sinfónica municipal pasaba por allí y tuvo la ocasión de escucharlo.

Inmediatamente quedó fascinado. Eso no era común, no era normal: un jovencito de 15 años, sucio y desalineado, ¿cómo lograba tocar con esa maestría, sin un solo error, obras de tamaño dificultad? Cuando escuchó la ejecución de La Campanella, de Paganini –en una interpretación igualmente perfecta– no lo dudó un instante y acometió a Efraín.

*“Pibe, ante todo ¡felicitaciones! No lo puedo creer, che... ¿Cómo hiciste para aprender a tocar así?”*

*No sé... Me sale, así de simple. En la lleca aprendí.*

*Pero, ¿sabés música?*

*¡Ni una nota!*

*¿Y cómo hacés? ¿Tocás de oído?*

*Sí. Escucho algo y después lo repito. Y en general me sale bien.*

*Debés tener oído absoluto.*

*¿Y eso qué mierda es?*

*Bueno..., los grandes músicos lo tienen. Escuchan algo y saben exactamente qué es eso, cómo está compuesto, lo pueden repetir a la perfección. Con los ojos cerrados, sin ver el instrumento, saben qué nota es cada una.*

Repentinamente el director cambió de tema. Con dulzura le planteó:

*¿Y no te gustaría estudiar música?*

Una sonrisa iluminó la cara de Efraín. Él sabía que le faltaba preparación; podía inventar melodías –de hecho, ya lo había hecho varias veces– pero no sabía cómo escribirlas. Aceptó de inmediato.

*Te podríamos conseguir una beca. Dejame ver qué podemos hacer.*

Al poco tiempo el joven era un muy destacado alumno del Conservatorio Municipal. Pasar del teclado del acordeón al del piano no le había costado nada, y si bien su edad no era la mejor para iniciarse en un instrumento musical, el grado de virtuosismo que mostraba era impresionante. Igualmente incursionó en el violín, y también allí mostró grandes dotes interpretativas. Ya con profundo conocimiento de armonía y composición –logrado en un tiempo meteórico– había escrito varias obras que combinaban la cumbia villera y el chamamé con reminiscencias del clasicismo europeo dieciochesco.

*Me gustaría dirigir una orquesta sinfónica, se dijo alguna vez. ¡Eso sí que me gustaría!*

Pero antes que pudiera tomar clases de dirección orquestal surgió la oportunidad de viajar a Barcelona con una beca para profundizar sus estudios de composición. El afamado maestro Jon Nicolau sería su guía.

No sin dificultades pudo arreglarse su situación administrativa. Por ser menor, había más de alguna complicación. Con su madre ya casi no mantenía contacto, y de su padre había perdido toda relación. Alguien le había dicho que había muerto, cosa que no lo inquietó mayormente. Lo cierto es que, finalmente, pudo embarcarse hacia Barcelona.

La beca obtenida le cubría su estancia y estudios con el profesor por espacio de tres meses. Eran diez alumnos de distintas partes del mundo. Los idiomas en que se impartirían las clases eran inglés y español. Efraín se sentía seguro... ¡y muy alegre! La arritmia que le habían encontrado en los exámenes previos a la partida –era un requisito de la beca estar en aceptables condiciones físicas para viajar– no le molestaba para nada. En realidad, nunca había tenido ninguna dificultad con el corazón. El diagnóstico que le habían dado, Efraín lo sentía como ajeno. No entendía que era eso de “arritmia”; nunca había sentido síntomas. Era una palabra más de esas incomprensibles, como aquella de “oído absoluto”.

A la semana de estar pisando suelo barcelonés, junto con algunos de los otros becarios paseaba por la Plaza Sabadell. Era un sábado por la tarde. De pronto, como por arte de magia, de entre la gente que caminaba por el lugar, fueron saliendo uno a uno los músicos, cada uno con su instrumento en la mano. Hasta tímboles aparecieron. En un momento estaba armada la orquesta sinfónica, y el Himno a la Alegría comenzó a sonar. Era una función sorpresa de la Orquesta Municipal y el Coro de Bellas Artes, una presentación al aire libre esa tarde de sábado.

Los ocasionales paseantes comenzaron a acercarse; en un instante la orquesta estuvo rodeada por cientos de personas. Lo curioso es que sonaba sin que nadie la dirigiera. De pronto, Efraín tuvo la idea.

Corrió desde donde estaba y se colocó frente a la masa orquestal. Sin batuta, como los más grandes directores, solo con el movimiento de manos, comenzó a dirigir. La diferencia en la ejecución, sin director y ahora con director, fue notoria. El exacto sentido rítmico, la pasión expresiva, lo acompasado de la orquesta que lograba con su maestría se evidenció de inmediato. Parecía que conociera la partitura de memoria. Seguramente van Beethoven hubiera estado muy feliz escuchando esta versión.

*¡Putá madre! Ni von Karajan lograba esto, dijo alguien del público, emocionado ante el virtuosismo.*

El *tutti* orquestal final, con el cuarteto de solistas y coro a pleno, fue apoteósico, monumental. No caben dudas que el estilo de conducción de los directores decide la forma en que suena una orquesta. Lo que pudo escucharse con esta presentación de Efraín lo ratificaba.

Los aplausos de los asistentes, cada vez más fervorosos, no se detenían. Los *bis* se pedían a gritos. Fue ahí que Efraín, de la emoción, cayó muerto de un paro cardíaco.



## Los fantasmas existen...

En los arrabales de alguna ciudad latinoamericana se dio una historia realmente singular. Cuando se hizo pública, muchos no quisieron creerla. Me la contó alguien de quien no puedo dudarle, por lo que la doy por verídica.

Varias décadas atrás, una reputada familia de abolengo comenzó a sufrir los embates de su disipada vida. Don E., jugador empedernido, mujeriego y alcohólico, heredó de su padre, don J., el patriarca y fundador de la estirpe, una riquísima finca de miles de hectáreas, así como la casona que ahora nos ocupa. Don E., con sus excéntricos gustos y sus andanzas étlico-amorosas, comenzó a perder la fortuna. Su primogénito y único heredero de los restos de la riqueza que aún quedaba, el señorito P., terminó de extinguir prácticamente todo.

Para sobrevivir, la familia venida a menos terminó mudándose a una modesta vivienda de clase media en el centro de la ciudad, y alquiló la mansión, ya bastante deteriorada. Como parte de ese deterioro, fue desprendiéndose de algunas posesiones para poder sobrevivir: algunas joyas, cuadros de algún pintor renombrado, y hasta una armadura medieval que adornaba la sala principal de la casona.

Pasaron así varios años, en los que desfilaron distintos inquilinos. La idea de alquilar las numerosas habitaciones -eran cerca de veinte- para aumentar la renta, ayudó a paliar la pobreza, pero terminó deteriorando casi irreparablemente la mansión. Cuando la empresa estadounidense la adquirió, para derribarla y construir ahí un enorme centro comercial con estacionamiento para más de dos mil automóviles, pagó centavos. Para la ya desintegrada familia -que por pudor ni siquiera se atrevía a decir que provenía de “sangre azul”- esas míseras monedas fueron un madero salvador. Para los empresarios inmobiliarios: un gran negocio.

Desde el momento de la adquisición hasta la hora en que iniciarían las obras de demolición se había fijado un lapso de tres meses. Fue en ese período que ocurrió la historia que nos interesa.

La mansión, casi deshabitada los últimos dos años -había apenas un par de inquilinos para entonces- presentaba un aspecto decadente. Las paredes y las ventanas sucias, ganadas por el moho invasor, el jardín totalmente descuidado con una grama que albergaba todo tipo de alimañas y un tejado desvencijado que dejaba pasar más agua que la que detenía, daban un aspecto fantasmagórico a la otrora reputada casona señorial. Las habladurías populares no tardaron en señalarla como casa embrujada.

En realidad, algo había que permitía ese mote. Desde hacía unos meses, inexplicablemente se veían “cosas raras” cuando caía la noche. La casona, ahora con un color impreciso en sus sólidas paredes, estaba a unos pocos metros de la calle principal. Cuando fue construida, mu-

chos años atrás, en el apogeo de la familia, esa vía era de tierra, ya en las afueras de la ciudad. Con el correr del tiempo, el sector se fue urbanizando; la calle, por tanto, se asfaltó, pasando a ser años después una arteria principal. De hecho, se convirtió en uno de los vínculos priorizados que desembocaban en la carretera cercana, que tenía comunicación directa con el puerto a no muchos kilómetros de ahí. Ese era el motivo por el que ahora, con mucha frecuencia, pasaban los pesados camiones que venían del mar con contenedores cargados de mercaderías de todas partes del mundo.

El fenómeno en cuestión era curioso: a veces, por las noches, sin que hubiera explicación lógica posible, se encendían y apagaban solas las luces de la gran sala. Era una lujosa araña de cristales franceses, con una docena de lámparas. Por alguna casualidad se había salvado de la necesidad de la familia cuando comenzó a vender -a precio de remate- algunas de las pertenencias de valor, así como de posteriores depredadores de la mansión en decadencia. Como mudo testigo de dorados tiempos pasados, ahí se mantenía la pomposa araña. Y por las noches, sin razón aparente, en algún momento prendía todas sus luces, apagándolas inmediatamente.

La población del lugar, gente humilde de barriadas pobres que fueron formándose con el tiempo, era bastante prejuiciosa, dada a las creencias. La idea de fantasmas y aparecidos caló muy rápidamente. Era inconcebible que sola, cada rato, la sala se iluminase completamente por momentos. Eso era más común en días de semana; los fines de semana, y en especial los domingos, no sucedía.

La intriga fue apoderándose de los vecinos, a tal punto que se tejieron varias historias. La conclusión obligada fue que la casa estaba embrujada. Salió a relucir la historia del viejo patriarca familiar, don J., que según los relatos de la gente había fallecido en su habitación, sin el amor de sus hijas mujeres, algo respetado solo por su primogénito, y por eso su alma en pena volvía cada noche para encontrar el amor que se le había negado en vida.

Todo eso llegó a oídos de la empresa constructora. Estadounidenses pragmáticos, rieron de los cuentos. Pero no dejaron de tomarlos en cuenta, puesto que, según su parecer, algo podría significar todo aquello. Quizá, según especularon, una estrategia del barrio para impedir la construcción del futuro centro comercial. Por lo que fuere, investigaron de qué se trataba.

Por cierto, no dejó de sorprenderles el fenómeno: no había razón aparente para explicar por qué, en momentos, se prendían esas luces. Dedicaron algún tiempo a investigar, y comenzaron a descubrir una regularidad: las lámparas encendían cuando pasaba algún camión muy pesado por la carretera. No sucedía eso con vehículos livianos. Ello hizo profundizar la investigación, y se encontró que había quedado un viejo tendido eléctrico subterráneo que provenía del otro lado de la calle. Inexplicablemente se conducía a través de una tubería precaria hasta la mansión, a la que alimentaba. El caño pasaba a escasos cinco centímetros del asfalto, por lo que el peso de los grandes camiones cargados lograba hundir la tierra lo suficiente como para comprimir el cable. Dado que nunca se había suspendido el suministro de energía eléctrica -nadie sabía por qué, algún error de la compañía eléctrica seguramente-, con el peso de las compre-

siones que hacían los camiones, en algún momento, por un segundo, la electricidad pasaba y las luces se prendían.

Rápidamente, para disipar rumores y posibles animadversiones de la población del barrio, los ingenieros de la empresa constructora hicieron difundir el hallazgo: ¡no había fantasmas ni cosa que se le pareciera! Era una simple cuestión práctica, muy fácil de explicar. Las gestiones ante la empresa de electricidad de la ciudad fueron rápidas, y en un par de días se desactivó el cable en cuestión.

Lo curioso -aterrador para algunos pobladores, que habían recibido la noticia de la constructora, molesto para los ingenieros- fue que luego de la desactivación, las luces siguieron prendiéndose.

La primera reacción de los encargados de la demolición fue de desagrado; pensaron que algún gracioso había vuelto a conectar el fluido, quizá en forma clandestina. Para evitarse complicaciones, dado que la entrada del cable estaba ya en la propiedad que habían adquirido -la mansión con sus jardines ocupaba casi dos hectáreas- y, por tanto, podían disponer a su antojo de él, procedieron a cortarlo sin más trámite. Pero el asombro fue en aumento, porque ahora las lámparas seguían encendiéndose... ¡y con más frecuencia!

Ya no era solo cuando pasaba algún camión pesado por la carretera: ahora era un prendido y apagado bastante intermitente, cada cuarto de hora a veces. En otras ocasiones pasaba un par de horas, y a veces, casi a modo de señales codificadas, pareciendo el viejo lenguaje Morse del telégrafo, se daban “conversaciones” con las luces, prendiendo y apagando alternadamente por espacio de medio minuto, un minuto. Otras veces, por el contrario, pasaban seis u ocho horas sin señales. La situación comenzó a tener algo de aterradora.

La gente de la compañía estadounidense comenzaba a estar sorprendida, y también muy molesta. Si eso era una provocación del barrio para que no se construyera el proyectado centro comercial, la decisión fue hacer la guerra frontal. Como no sabían exactamente de qué se trataba y cuál era el truco en cuestión -no había explicación racional para lo que estaba sucediendo-, sin hacer ningún aspaviento, decidieron contactar un cazafantasmas de Estados Unidos.

Tomar esa decisión fue algo difícil, controversial. Los argumentos a favor y en contra sacaron chispas; algunos esgrimieron que eso era primitivo, supersticioso, casi salvaje, y que de ninguna manera gente que se preciaba de científica podía apelar a algo así. Otros, siendo pragmáticos, dijeron que alguna solución debía encontrarse. Y una vez más salió a relucir aquello de “*yo no creo en fantasmas, pero que los hay, los hay*”.

En definitiva, luego de algunas acaloradas discusiones, se decidió traer a un especialista en fenómenos paranormales (nombre elegante para referirse a “cazafantasmas”). La condición fue que vendría esta persona (era un conocido del ingeniero en jefe, de Nueva York), mientras se continuaba por no más de una semana con la investigación sobre la posible causa del fe-

nómeno por parte de la gente de la empresa. “*Con método racional*”, dijeron quienes adversaban la venida del cazafantasmas. Aunque, en realidad, por más racionalidad que se intentara, nadie sabía por dónde empezar la averiguación. Luego de ese período, sin importar lo que sucediera, se procedería a la demolición de la casona y daría inicio la posterior construcción del centro comercial.

B., un rubio de profundos ojos azules, de casi dos metros de altura y cara de niño bobalicón, llegó finalmente. Sus honorarios, nada bajos, los asumió la empresa. Ni bien llegado al país, bajando del avión, se dirigió a la casona antes siquiera de ir a su hotel. Con una parafernalia de instrumentos ininteligibles -algún ingeniero rió al ver todo ese despliegue- comenzó su trabajo.

Medía, fotografiaba, desplegaba aparatos poco o nada comunes por todos los rincones de la desvencijada mansión. Incluso, un poco histriónicamente, se revolcaba por el piso olfateando todo o probando el sabor de lo que le parecía importante: una telaraña, una mancha de moho, algún mueble destartado. Luego de varios días de intensa labor, con rostro circunspecto dio el resultado de lo investigado: “*¡Aquí no hay ningún fantasma!*”

Junto a esta búsqueda, los ingenieros de la empresa también habían hecho lo suyo: revisaron planos, igualmente midieron, cavaron, tejieron hipótesis. Lo cierto es que, al igual que B., no obtuvieron nada en concreto. En definitiva: nadie sabía por qué las luces seguían encendiéndose solas.

Ese desconocimiento no importó para que, tal como se había acordado, unos días después comenzara a demolerse el palacete. B. marchó de nuevo a su país de origen, algo decepcionado, pero convencido que su trabajo se había desenvuelto bien. La maquinaria cumplió rápida y efectivamente su labor: en un santiamén, ante los ojos de curiosos que, en muchos casos, respiraron tranquilos al ver que se terminaba con un “*nido de fantasmas*”, la otrora señorial casa se vio reducida a escombros. Las luces endemoniadas que prendían y apagaban solas pasaron a ser un recuerdo.

Con semejante celeridad, o más aún, se levantó el nuevo centro comercial. Dinero para la inversión había de sobra, por lo que en unos pocos meses todo estuvo listo para la inauguración. Era el *shopping center* -había que decirlo en inglés, por supuesto..., pero también se podía decir *mall*- más grande y refinado de la ciudad. Sus siete pisos rebosaban lujo por todos lados; cada detalle había sido cuidado con esmero. Los tres helipuertos, la piscina climatizada con simulador de olas del área de juegos y el acuario con dos tiburones blancos reales, constituían una novedad para este tipo de edificación. El nuevo sistema de iluminación de neón iónico comprimido daba en cualquier punto de la construcción una sensación de luz solar real. Era el primer centro comercial que disponía de ese servicio en América Latina. El estacionamiento para 2.200 automóviles era verdaderamente impresionante, así como cada uno de los elementos de pompa y confort con que el edificio había sido equipado. Se iban a dar cita ahí las más estilizadas marcas de ropa, perfumes, vehículos, así como los restaurantes más exclusivos. En

síntesis: una maravilla arquitectónica y del buen gusto, mezclando los más avanzados elementos tecnológicos con estilos neoclásicos en una combinación exquisita.

Cuando todo ya estuvo listo, la empresa estadounidense -que tenía como socio menor a dos diputados nacionales dueños de otras tantas compañías inversionistas- respiró tranquila. Nadie recordaba el odioso episodio de las luces “encantadas” de la antigua mansión. Uno de los ingenieros que había conducido el proyecto, el más viejo de todo el grupo, tuvo un mal palpito, pero no se atrevió a expresarlo. Por otro lado, no había nada que agregar: aquellas molestas luces que prendían y apagaban solas eran ahora un vago recuerdo, y en su reemplazo se tenía una maravillosa obra, envidia de los más avanzados centros comerciales de las más avanzadas ciudades. Lo hubieran tomado por loco si decía que tenía un presentimiento; de hecho, él había sido el más enconado adversario de traer un cazafantasmas. De todos modos, no durmió tranquilo esos días.

La inauguración iba a ser el jueves, día de la independencia patria. Muchos grupos políticos y de derechos humanos se opusieron a eso: se veía como una repugnante comercialización de una fecha solemne. Se le daba más importancia a una cuestión comercial que a la celebración de tan magno día. Pero, obviamente, los negocios mandan.

Luego de los actos protocolarios de la independencia, por la mañana, en horas de la tarde el presidente en persona, con el embajador de Estados Unidos y una gran comitiva -empresarios, diplomáticos, gente de la farándula, el cardenal primado del país, entre otros- procederían a la inauguración. Varios de los canales abiertos del país cubrirían el evento.

El miércoles por la noche -me lo contó uno de los mismos guardias que experimentó en persona el hecho-, cuando ya todo estaba listo, en el cuarto nivel comenzó el fenómeno. Inmediatamente los dos guardias asignados al nivel lo comunicaron a los otros compañeros. Había dos custodios por piso, por lo que eran 14 en total. Luego del cuarto nivel, comenzó a suceder en el séptimo, luego en todos al mismo tiempo. Inexplicablemente, igual que había sucedido otrora con la mansión, comenzaron a encenderse y apagarse todas las luces de los pasillos.

El espanto de los policías fue mayúsculo; no sabiendo qué hacer, se comunicaron de urgencia con la oficina central de seguridad. Para evitar problemas, se les indicó evacuar inmediatamente el centro comercial, esperando fuera del edificio la llegada de refuerzos y autoridades de la agencia. Sin mediar palabras, dejando de hacer todo lo que estaban haciendo en ese momento -mi informante estaba defecando, por lo que no le dio tiempo siquiera a lavarse convenientemente- los 14 policías huyeron despavoridos.

Cuando el centro comercial quedó completamente vacío, con los agentes de seguridad en su exterior, se produjo el derrumbe. Como si hubiera sido implosionado desde sus cimientos, los siete pisos cayeron estrepitosamente. No hubo víctimas, pero no quedó un solo ladrillo en pie. La catástrofe fue total.

Cuando relato este episodio, nadie me lo quiere creer. El gobierno y la embajada de Washington aún al día de hoy, pese a no haber encontrado ninguna prueba, siguen afirmando rotundamente que se trató de un acto terrorista. No se atreven a decir que fueron musulmanes, porque no hay evidencia al respecto; pero lo murmuran en privado.

Mi conocido, este guardia que literalmente se cagó encima cuando el suceso, me lo relató ya más de mil veces que en el momento en que comenzaron a parpadear las luces se percibió un penetrante olor a alcanfor y se escuchó una estridente risotada. La empresa aseguradora, con sede en las Islas Vírgenes, aún sigue averiguando para saber qué pasó, porque se resiste a pagar. Mi policía informante ahora es alcohólico y no quiere volver a hablar del tema.

# Olvidos

## 1. ¡Uy..., me olvidé!

Como lo hacían una vez por quincena, o por mes, ese fin de semana Rodolfo y Mónica fueron a visitar a la abuelita. En realidad, así le decía Mónica, pero era su madre adoptiva. Rescatada del basurero con dos meses de vida, fue adoptada por doña Esperancita y por don Hilario porque la pareja no había podido tener hijas mujeres. Sólo tres varones. Y después vino la operación de matriz...

Mónica había quedado ahora como la única heredera de una de las más cuantiosas fortunas de la región, rica zona ganadera con excéntricos y multimillonarios magnates. Su padre adoptivo, don Hilario, había fallecido hacía ya varios años, en el mismo accidente donde murieron dos de sus tres hijos. El tercer varón, Marcelino, había muerto hacía tiempo en circunstancias poco claras. Y doña Esperanza, desde un par de años padecía una profunda demencia senil por lo que fue puesta en ese hospital geriátrico.

Era uno de los más caros del país, muy lujoso, muy bien atendido. Eso no mejoraba su senilidad, pero al menos la mantenía con cierta dignidad. El dinero hacía más tolerables las cosas.

Ese fin de semana, como cosa curiosa, llevaron al sobrino, Paquito, quien padecía síndrome de Down. Su madre, hermana de Rodolfo, había accedido complacida a la invitación. Ni ella ni su esposo podían ir, pero dejaron en manos de su hermano y su esposa a su hijo, sabiendo que un paseo fuera de la ciudad no le vendría mal.

El hospicio quedaba en el pueblito de T., cercano a la capital (una hora de viaje). Como hacían habitualmente, la sacaron a pasear fuera del geriátrico. Dieron algunas vueltas por la plaza del pueblo –en la silla de ruedas donde doña Esperancita se desplazaba–, siempre acompañados por Paquito, el sobrino, quien solo sonreía.

Al cabo de un rato, le pidieron al muchachito que quedara cuidando a la viejita mientras ellos iban por el automóvil, estacionado a un par de cuadras. Paquito se desesperó cuando comenzó a anochecer, sus tíos no venían y doña Esperancita empezó a gritar furiosa, queriendo incorporarse de la silla de ruedas.

Como el dinero lo puede todo, finalmente el juez estableció que Mónica era la única heredera de la abultada fortuna, y la causa por homicidio preterintencional no correspondía. Paquito nunca pudo explicar a ciencia cierta qué pasó aquella tarde.

Cuando saliendo del tribunal algún periodista le preguntó increpante a la heredera por qué había dejado abandonada a su madre en esa soleada plaza, Mónica simplemente respondió: ¡uy..., me olvidé de buscarla!

## 2. ¡Uy..., me olvidé!

Roberto no entendía en qué habían fracasado. Su esposa, Graciela, y él, eran normales padres de familia. Profesionales ambos, llevaban una vida relativamente tranquila.

Bueno... "relativamente", dijimos, pues al llegar a la adolescencia su hijo mayor, Sebastián, comenzaron los problemas. Los dos vástagos (el varón y la nena: Sofía) habían sido siempre buenos alumnos, más aún Sebastián. Materialmente no les había faltado nada. Si bien no vivían en la opulencia, los ingresos como arquitectos de los dos padres les habían permitido una acomodada vida de clase media.

A los 14 años Sebastián probó su primer cigarro de marihuana. A partir de ahí, la carrera de adicciones no tuvo freno. Pasó por todas las sustancias psicoactivas, llegando a conocer la heroína en algún momento. A los 17 era ya un consumado adicto.

Sus padres ya no sabían qué hacer, en especial Roberto, a quien más mortificaba la situación. Habían probado con todo: psicólogos, psiquiatras, consejeros juveniles, internación en centros de rehabilitación. En secreto, desesperada ya, Graciela había consultado con un curandero de larga trayectoria en la ciudad. Pero nada había resultado.

A Roberto le había impresionado siempre aquello de la "necesidad de normas" con que insistían los diversos psicoterapeutas que habían visitado. En otros términos, "mano dura", según su particular modo de entender las cosas.

Con esa idea en la cabeza, una vez llamó a Sebastián a su estudio. Para ese entonces el joven estaba repitiendo por segunda vez su tercer año de bachillerato, y los estragos de las drogas se dejaban ver en su rostro y en su forma de caminar.

"¿Qué pasó, viejo?", preguntó el muchacho en actitud desafiante al entrar a la oficina. Roberto, que hacía tiempo ya lo estaba esperando, repentinamente esgrimió una pistola. La sorpresa de Sebastián fue mayúscula. Quedó petrificado.

Con voz enérgica, el padre se dirigió autoritario a su hijo:

"Ya hemos probado de mil maneras para que dejes las drogas... ¡pero nada!". Fue elevando el tono de voz. "Ya estamos cansados, tremendamente cansados tu madre y yo. Y creo que no hay derecho que nos hagas sufrir tanto"-



Diciendo todo eso dirigió el cañón de la pistola hacia la frente del joven, a quien no le salían las palabras y tenía su frente bañada de sudor frío. Los sonidos entrecortados que pudo balbucear no se entendieron.

"Es la última vez que te lo digo: si vemos de nuevo que hay drogas... te vuelo la mano derecha de un balazo, ¿entendiste?". Terminando de decir eso, el balazo certero entró por el entrecejo del joven. La desesperación de Roberto fue indecible.

Años después, cuando lo atendía en un sanatorio psiquiátrico en las montañas de M. -paraje de ensueño rodeado de bosques fríos pero que no alcanzaba para detener tanto sufrimiento- tuve ocasión de preguntarle por qué lo hizo, por qué disparó.

"No me lo va a creer, doctor, pero solo quería darle un susto... ¡Me olvidé de poner el seguro!"

### **3. ¡Uy..., me olvidé! (Un olvido que salvó al mundo)**

En los primeros días de noviembre de 1983, con Ronald Reagan en la presidencia de Estados Unidos, en Moscú había mucha preocupación. Según informes de inteligencia altamente confiables, Washington preparaba un ataque nuclear contra la Unión Soviética.

Las relaciones entre ambas naciones estaban deterioradas, y la Casa Blanca había introducido recientemente los misiles Pershing II en Europa, lo que constituía una seria amenaza para la seguridad soviética. Por otro lado, acababa de suceder un incidente militar confuso, donde los soviéticos habían derribado un avión surcoreano que había violado su espacio aéreo, con varios estadounidenses a bordo. Casi inmediatamente, unas pocas semanas después la OTAN comenzaba los ejercicios militares "Arquero Capaz 83", que incluía una enorme movilización de recursos militares con la simulación de lanzamientos de misiles nucleares coordinados.

La situación estaba al rojo vivo. Los ejercicios militares eran inusualmente provocativos, incluyendo acciones que jamás antes había realizado el Pentágono, con vuelos estadounidenses de bombarderos con armamento nuclear sobre el Polo Norte y presencia de navíos de guerra por zonas de soberanía soviética. Se estaba sobre un barril de pólvora y la más mínima chispa podía hacerlo estallar.

Todo el escenario hizo pensar al Kremlin que se trataba de maniobras previas a un ataque nuclear real, disfrazado tras los ejercicios militares. Por ello, prepararon también sus propias fuerzas atómicas, poniendo en alerta máxima a sus fuerzas aéreas destacadas en Alemania Oriental y Polonia. La guerra (¿el exterminio de la humanidad?) flotaba en el ambiente.

Pasada la medianoche de uno de aquellos aciagos días, en el bunker Serpujov-15, centro de mando desde donde se dirigía la defensa aeroespacial soviética, Stanislav Petrov recibió el informe enviado por un satélite de observación de alerta temprana: un misil balístico intercontinental con carga nuclear había sido disparado desde la base militar de Malmstrom, Montana,

en suelo estadounidense, y en alrededor de 20 minutos impactaría en algún punto de la Unión Soviética.

Su misión era monitorear cualquier posible ataque, y avisar en forma urgente a sus superiores en caso se diera alguno, para iniciar inmediatamente el contraataque.

Según los muy estrictos protocolos de seguridad, estaba prácticamente descartado que algún militar soviético bebiera en horas de servicio. Habría que entender, por tanto, que lo hecho por Petrov no se debió en modo alguno al vodka. Lo cierto es que su reacción no fue dar la alarma automática; prefirió esperar un poco. Unos momentos más tarde aparecieron sobre la pantalla de su computadora la trayectoria de otros cuatro misiles más.

Stanislav no se precipitó. Pensó que era muy raro que se iniciara un ataque nuclear con tan poca artillería, disponiendo Estados Unidos de miles de misiles. Lo más probable, además, era que se bombardeara desde submarinos y no desde una base en tierra.

Decidió esperar y no dar la alarma. Sabía que la respuesta de su país era la guerra total: ante los primeros misiles recibidos, el Kremlin respondería con cientos y cientos de armas atómicas (esa era la doctrina militar oficial). La "destrucción mutua asegurada", tal como indicaban los manuales de guerra, es decir: el fin de la humanidad, la destrucción completa del planeta Tierra y serios daños para Marte y Júpiter con consecuencias que llegarían hasta la órbita de Plutón, estaban a unos pocos segundos. Oprimiendo el botón rojo de emergencia, esa elucubración de ciencia ficción pasaría a ser un hecho consumado.

Su pulgar derecho, temblando, sudoroso pese al frío, rozó el botón fatal. Pero no lo oprimió. Rápidamente, con la ayuda de varios técnicos, descubrió que se trataba de una falsa alarma ocasionada por una rarísima conjunción de la Tierra, el sol y la posición particular del satélite de observación.

Para algunos fue un héroe que salvó a la humanidad. Para sus superiores, un insubordinado que no cumplió con su deber. De todos modos, no fue castigado (indirectamente en Moscú también se lo reconoció como un salvador).

Cuando se le preguntó por qué no dio la alarma, se limitó a responder: *"La gente no empieza una guerra nuclear con solo cinco misiles"*. Pero entre amigos, ya con un vaso de vodka en la mano, su respuesta fue otra: *"juy..., me olvidé!"*

## Sincerándose

*Señor Juez:*

*Suena un tanto rebuscado, peliclesco quizá, comenzar una carta de esta naturaleza dirigiéndosela al “Sr. Juez”. ¿Quién asegura que será un magistrado quien haya de leerla? ¿Y si fuera una Jueza en vez de un Juez? ¿No son estas cosas puras frases hechas, estereotipos cuestionables? ¿Y si la recoge el portero y la tira a la basura?*

*Como ven, el solo hecho de comenzar con esta elucubración ya muestra lo básico que quiero resaltar: ¡soy un incorregible mediocre!, un pusilánime anodino, banal, insignificante. Lo único que puedo hacer es detenerme en detalles insignificantes, en trivialidades sin importancia. Me hubiera gustado ser distinto: descollante, brillar con luz propia... ¡Pero no fue así! Me tengo que conformar con esto, con muy poco.*

*De todos modos, no quiero inspirar lástima. No quiero, ¡ni debo! hacerlo. ¿Por qué llamar a la conmiseración? No, de ninguna manera. Soy mediocre, ¿qué le voy a hacer?, pero hay que navegar con eso. Pero no, como suele decirse, navegar con bandera de algo para despistar, siendo en realidad otra cosa. Si navego con bandera de tonto, de trivial y superficial, es simple y llanamente porque eso soy. En todo caso, si me fuera posible, debería buscar las causas de esa eterna y agobiante mediocridad, para aspirar a solucionarla. Aunque ya, a esta altura de mi vida, no lo veo muy posible.*

*Creo que se trata de sincerarse, de no seguir engañándome y engañando a otros. Toda mi vida, hasta donde recuerdo, fue una interminable sucesión de engaños, de máscaras, de poses. Me asusta –¿me aterra, debería decir?– confrontarme con lo que soy. ¿Y qué soy? Pues bien... creo que sí, efectivamente, navegué con bandera equivocada. ¡Equivocada ex profeso!, claro... ¡Qué horror!*

*Si realmente desarrollara esa pregunta de qué soy, si la desarrollara con honestidad, con toda la profundidad que la situación impone, creo que nadie leería esta carta, porque sería interminablemente kilométrica. Aunque, conociendo la naturaleza humana y el morbo que nos alienta a todos, quizá muchos la leerían completa por el solo hecho de enterarse de mi desgracia. ¿Homo homini lupus, dijo alguien por ahí?*

*Pues bien, vamos a hacer un compromiso, una transacción: ni tanto ni tan poco. Es decir: no habré de explayarme profusamente sobre las causas de mis desdichas, pero tampoco dejaré de mencionar algunas cosas, las mínimas e indispensables para entender por qué estoy a punto de tomar la decisión tan trascendente que he de tomar.*

*Mi vida fue siempre un rosario de desgracias. ¡Y aclaro rápidamente, para que quede claro de una vez sin que haya necesidad de repetirlo, que no estoy buscando la lástima!! Hablo con la más profunda sinceridad. Mi mediocridad no puedo achacársela a mis padres. Ellos hicieron lo mejor que pudieron, dentro de sus limitaciones. Si soy un desastre, reconozco –con dolor– que es por mérito propio. Ya desde pequeño tuve la sensación que todo me salía mal. No entendía bien por qué, pero siempre me vi “raro”. Otros niños eran felices, disfrutaban de la vida, no se hacían problema por cada cosa. Yo no. Nunca pude sentirme plenamente feliz, ni desde niño –que es cuando, se supone, con la inocencia del caso, se goza la vida sin preocupaciones–. En secreto me cuestionaba todo, y nunca encontraba las respuestas.*

*Me apuro a aclarar, sin embargo, que esto de andar buscando explicaciones críticas desde pequeño, aunque pueda sonar muy “de vanguardia”, era ya una mentira. Me cuestionaba las cosas... porque nunca entendía nada. En realidad, más que cuestionarme, andaba buscando desesperadamente la explicación de aquello que, para mi vista, era incomprensible, y que percibía que todos los demás podían manejar con facilidad. Siempre, absoluta y totalmente siempre, mi sensación fue de desconcierto, de estar perdido, de estar en el lugar equivocado.*

*La otra gente entendía dónde estaba parada, qué debía hacer, para qué estaba en la vida. Yo no. Ese era –¡y sigue siendo hasta el día de hoy!– mi drama cotidiano.*

*0, al menos, uno de mis dramas, quizá el principal. Porque debo aclarar que hay varios.*

*Como ya van viendo –y perdonen que suene trágico quizá– lo mío no llama a la felicidad por ningún lado. No quiero ser trágico en el sentido más cabal del término; eso hace alusión a un destino marcado, negro, siempre negativo, ineluctable, del que no se puede salir. No me atrevo a decir que mi vida sea trágica, porque eso tendría, en todo caso, un valor trascendente: habría algo establecido por una fuerza superior, los dioses, la conjunción de los astros, no importa, algo que conduce la vida. Pero ello hasta puede tener, o más bien tiene, un valor épico, heroico. Lo mío... ¡ojalá fuera trágico en ese sentido! Lo mío es mucho más banal, sencillo, simple. Mis fracasos no tienen nada de heroicidad, de glorioso; lo mío es pura chabacanería, chapucería. Morir por la patria, morir defendiendo las Termópilas, por una causa justa, por la revolución, puede ser heroico; morir mordido por un cerdo rabioso en un chiquero, o atropellado por un camión al que se le fueron los frenos cuando estaba retrocediendo, no. Lo mío, por supuesto, tiene que ver con lo segundo.*

*¿Perciben la diferencia? No es poco, por cierto. Una cosa es salir derrotado en una gran pelea, monumental, notoria, fulgurante. ¡Eso sí es glorioso! Una gloriosa pelea con la vida, con final pírrico quizá. Y ahí me resuena esa palabra que tanto envidia, que miro con admiración, siempre desde abajo hacia arriba, con veneración: gigantomaquia. Otra muy distinta es terminar siempre mal por chapucero, por mediocre, por bobo. Morir en un chiquero atacado por un cerdo con hidrofobia no tiene mucho de glorioso... ¡Esa es la metáfora de mi vida! ¡¡La puta y asquerosa metáfora de mi vida!!..., pero absolutamente cierta. Perdón por el exabrupto, Sr. Juez, pero creo que no hay otra forma de expresar mi sentimiento que permitiéndome escribirlo así. Ya es hora de dejar de fingir.*

*Tengo que reconocerlo, aunque me duela en el alma: ¡soy bobalicón! Un bobalicón incorregible.*

*Como iba contando, ya desde pequeño me descubrí así: bobalicón, tonto, mentecato. Y desde pequeño, entonces, viene mi descarada mentira. Viví siempre intentando por todos los medios que no se notara esa condición. Pero nunca lo logré.*

*Algunos me dicen que soy sagaz, agudo. ¡Tonterías! Me lo dicen por puro cumplido, porque es muy ofensivo tratar de tonto en la cara a alguien. O, mucho peor: porque los engaño. Siempre me resonó aquello de: “si el sabio reprueba: malo; si el necio aplaude, peor”. Como vivo aterrorizado esperando que no se descubra la mediocridad en juego, me hago pasar por no mediocre. En otros términos: juego a parecer sagaz, a hacerme pasar por agudo. Pero, por favor entiéndanlo: lo actúo, lo miento. Soy una cosa, disfrazado de otra. ¡Un travesti!*

*Eso me recuerda palabras de la hermana de un amigo, vecino de mi infancia, patéticas, monstruosas. Teníamos un vecino en común con debilidad mental, con síndrome de Down; pero resulta que alguna vez este discapacitado dijo algo muy agudo –no importa exactamente qué era–. Lo cierto es que resultaba discordante que un jovencito así de impedido saliera con una agudeza profunda (creo que era respecto a una jugada de ajedrez, corrigiendo a alguien que se había equivocado). Tanto nos sorprendió, que esta muchacha le dijo: “no te hagas el normal”. La explosión de hilaridad de los presentes fue fabulosa. Hasta el día de hoy lo recuerdo y me mueve a risa.*

*¿Por qué relato este odioso, tóxico y repelente episodio? Porque pinta de cuerpo entero lo que ha sido mi vida: siempre fingiendo ser lo que no soy. ¡Pero no en términos de éxito social! No en relación a mostrar una cara de “éxito” económico allí donde no lo había –lo típico de las capas medias en cualquier lugar del mundo, siempre intentando mirar para arriba y aterrorizadas por la posibilidad de caer hacia la pobreza–. No, no: ¡de ningún modo eso! Mi mentira tiene que ver con lo que dijo esta muchacha con tanta espontaneidad: paso la vida haciéndome el normal. Y lo peor de todo es que muchos se lo creen...*

*¿Por qué lo hago?, se preguntarán ustedes. Pues..., si yo supiera... En realidad, no sé por qué me sale hacer eso. Pero lo hago casi como respuesta automática. Reconocer que soy un imbécil me espanta, me aterroriza. Y más aún, me espanta que la gente se dé cuenta.*

*Por allí leí alguna vez que a todo el mundo le pasa algo más o menos parecido: reconocer que no se sabe algo, que no se lo puede todo, que se es falible, que uno es limitado, todo eso asusta, horroriza. El ejercicio del poder pareciera que nos salva de esa sensación... ¡por eso es tan fascinante su posesión! Aunque yo, la verdad, nunca me sentí con poder. Más bien mi vida fue siempre, inexorablemente, el sentimiento de inferioridad, de fracaso, de pérdida. Tener poder es la ilusión de sentirse grande, sin faltas, absoluto. ¡Un dios!, en definitiva. ¿Será por eso que nos seduce tanto? Descubrir que uno no es dios, que no es absoluto, que tiene fallas –que se tira pedos, decía un amigo mío por ahí– asusta. Pero no quiero perderme en estos devaneos. Volvamos al punto.*

*Nada, absolutamente nada de lo que hago, me deja satisfecho. Como Funes el memorioso, aquel genial, o patético, personaje de Jorge Luis Borges, me paso todo el día repasando lo que hice, lo que dije, repitiendo meticulosamente cada elemento de mi jornada. Pero peor aún, me la paso revisando mi vida, lo que hice la semana pasada, el año pasado, lo que hice en mi juventud y en mi infancia, y no solo en el día anterior, como Funes... Y siempre encuentro lo mismo: el sabor amargo de la derrota.*

*Nunca, lamentablemente, nunca jamás en todos los años que llevo vividos, encuentro algo que me satisfaga en su totalidad. Ni con el sexo me pasa. A todo lo mío siempre le encuentro defectos, errores, mediocridades. Aun haciendo el amor. Quizá ahí más que en otros campos.*

*No voy a decir que no me guste fornicar; el orgasmo es una de las cosas más lindas del mundo, quizá la más linda. Pero aun eso no me termina de dejar tranquilo. Tengo que reconocerlo —aunque a usted, Sr. Juez, quizá estas intimidades no le interesen, o hasta le incomoden tal vez—, pero eyaculo, y ya estoy pensando en si lo hice bien o mal, en que otro lo hará mejor que yo, en que todo resultó pobre y podría (debería) haber sido mejor. Y una vez más, el amargo sabor de la derrota. Pero insisto: no de la derrota heroica, del triunfo pírrico que enorgullece, sino la chabacana imagen de la mordedura de un asqueroso cerdo rabioso. ¿Se entiende, no?*

*En otros términos: hago toda esta larga —y quizá muy aburrida— perorata (iba a decir introducción, pero me suena más a perorata, a insoportable sermón inaguantable, a grito desafiado de papagayo), hago esto para dar a entender por qué tomo la presente decisión. Me hubiera gustado no hacerlo así y dejar que la vida fluyese sin inconvenientes, pero no fue posible. ¿Usted cree, por ventura, que me complace hacer lo que he de hacer en un momento? ¿Usted tiene alguna idea de la monstruosa lucha interior que tengo en este momento, sabiendo que la decisión tomada es irreversible? Más aún: ¡tiene que ser irreversible!, pues si no, una vez más, aflora la más bastarda chapucería, y lo que hago no es creíble, es banal, es tonto. ¡No quiero que eso siga repitiéndose!*

*Pues bien: he tomado la decisión, y no hay vuelta atrás, Sr. Juez. Pero le insistiré un poco más en los profundos motivos que me llevan a hacer esto. ¡Soy un fracaso! Así como lo puede leer: un fra-ca-so, con todas las letras. ¿A usted le pasa esto? No, seguro que no. Usted, como todo Juez, como todo ser humano, como persona, como profesional, probablemente como esposo y como padre de familia, tendrá aciertos y desaciertos en su vida. Haber llegado a ocupar el cargo que ocupa, sin dudas permite ver que no es tan fallado, tan lleno de contradicciones, de miserias. Yo, por el contrario, ¿qué llegué a ser? ¿En qué me ha ido bien? Lo único que he hecho en mi vida es engañar: engañarme a mí mismo (bueno..., un poco, porque no me lo creo del todo), y engañar a los otros, engañar a la gente. ¿Se da cuenta, mi estimado Sr. Juez? No creo que usted se pase engañando al mundo toda la vida. No, eso no es posible. Como dijo no sé qué presidente de Estados Unidos: “es posible engañar a algunos todo el tiempo, o engañar a todos por un corto tiempo. Pero no es posible engañar a todos todo el*

*tiempo”. Pues bien, ahí está el núcleo de mi drama: vivo desesperado porque intento engañar a todos todo el tiempo, sabiendo que eso no es posible.*

*Por supuesto que habrá gente, mucha gente, más de lo que me imagino o de lo que quiero creer, que sabe que todo lo mío es mascarada. Pero el solo pensarlo me aterroriza.*

*Muchas veces en mi vida pensé terminar todo abruptamente. No solo porque todo me sale mal. Eso, al fin y al cabo, parece inexorable. Hay límites, y hay que aprender a reconocerlos. No puedo ser lo que no soy. Pero no está ahí el verdadero núcleo del problema. El drama, la profunda tragedia de mi vida es que no quiero aceptar mis flaquezas, mis miserias –¿habrá alguien que no las tenga?– sino esa infame manía de ocultarlas, de “hacerme pasar por normal”, de hacer como que no hay problemas, fingir. No quiero hacer eso... ¡pero no puedo impedirlo! Es más fuerte que yo, créamelo sinceramente, mi estimado Sr. Juez (¿le puedo decir “estimado”, no?).*

*Por todo ello, como le decía, pensé terminar mi vida en reiteradas ocasiones. Pero no me atreví. Dos veces estuve cerca de hacerlo: en un caso, había fabulado tomar un seguro de vida muy grande poniéndolo a nombre de mi familia, y fingir un accidente. Por supuesto, no me atreví. La otra, cuando tuve mi primera impotencia sexual –no fue con mi esposa sino con una acompañante ocasional, por allí– fue más dramática: pensé, tal como había visto alguna vez en una película, partirme la cabeza de un hachazo. De todos modos, desistí: eso me pareció demasiado loco, demasiado cruento. Así, mis hijas sabrían que fue suicidio... y eso es malo. No por la creencia cristiana del pecado que representa quitarse la vida –aclaro que no soy creyente, ni cristiano ni seguidor de ninguna religión– sino por lo que leí en algún lado: que ocho de cada diez hijos de suicidas también se suicidan. Y creo que no tengo el más mínimo derecho de condenar a mis hijas a eso.*

*Ahora que hablo de mis hijas, también allí quiero hacer una consideración. Las quiero, por supuesto; las adoro, quizá son lo único en la vida que quiero realmente. A mis viejos tengo que decir que los quería –sería sacrílego decir lo contrario, ¿verdad?–, pero en honor a la más pura verdad, he de reconocer que no los quería tanto. De hecho, no lloré en ninguno de sus dos funerales. ¿Llorarán mis hijas por mí ante mi cadáver? Me atrevo a decir que no, que secretamente estarán contentas, porque el día en que me entierren (no tengo el suficiente valor de hacerme cremar, como realmente querría), asumo que se estarán sacando un peso de encima. Quizá me lloren, pero no creo que sea un llanto muy genuino.*

*Y, por supuesto, si ellas no me quieren mucho –aunque simulen hacerlo– es por mi responsabilidad. Mi esposa creo que no tiene nada que ver en esto. Ella sí es amorosa. Lo es con todo el mundo, con sus hijas, conmigo, con la gente. Si yo no puedo amarla –amarla verdaderamente, me refiero– no es por su culpa: ¡es por mis terribles complejos!*

*Sr. Juez: creo que yo no quiero a nadie. Tal vez por eso mis hijas no me quieren a mí. Y de ello se desprenden dos cosas de las que quiero escribir algo, antes de pasar al acto y hacer lo que vengo prometiendo desde el inicio de esta misiva (perdone si ya lo tengo hastiado por mi estilo barroco, pesado, interminablemente aburridor). Amo a mis hijas, pero también ahí*

*siento mi fracaso. Tengo que reconocerlo: hubiera preferido varones. Eso nunca lo dije, ni a mi esposa ni a nadie. No tuve confesor, amigo íntimo ni psicoanalista a quien contárselo: siempre me quedé con las ganas de tener un hijo varón. Además, ninguna de las dos siguió mis pasos, al menos como humanista (no me refiero a seguir mis pasos como mediocre fracasado). Yo, como tal vez lo sabrá cuando comience las pesquisas una vez leída la presente carta, soy un humanista (quizá es demasiado exagerado decirlo así). Mejor aún: un gris y anodino profesor de literatura, que quiso ser pintor en algún momento de su vida, y que fantaseó con escribir un libro de filosofía del lenguaje (libro que, por supuesto, no se concretó). Humanista al fin, me hubiera gustado que mis dos hijas anduvieran por ahí, pero ambas se dedicaron a otra cosa: ingeniera en sistemas una, laboratorista la otra.*

*Es su decisión, por supuesto..., pero me pesa. No tengo tema para hablar con ellas. Hablar de sus esposos me resulta banal, y de cosas femeninas... menos aún. Hay mucho de farsa en la relación. Al menos de mi parte.*

*Pero así llegamos al otro punto, quizá capital, del que he hablado —o escrito— poco todavía: mi terrible, monstruosa incapacidad de amar.*

*Tuve mujeres: la oficial, algunas ocasionales, algunas con las que verdaderamente llegué a apasionare (un corto tiempo). Pero nunca pude sentir que daría la vida por alguien. Si algo me gustaba, si algo efectivamente me apasionaba, era ir a velorios. Por supuesto, jamás decía esto (¡me hubieran tomado por loco!). Aunque secretamente era una de las pocas cosas, quizá la única, que me movía en lo más profundo. Era una sensación de triunfo indescriptible. Era una pulseada con La Parca, y al dar el pésame con el cadáver ahí presente, sentir la sensación de “no todavía, gané por esta vez”.*

*¿Se entiende lo que digo?*

*De mi producción mejor ni hablar: profesor tedioso, soporífero, que movía siempre al bostezo y jamás al interés de sus oyentes, lo mío fue una retahíla de desgracias. Que me hayan dado el premio a la excelencia docente en tres oportunidades me parece patético. ¡¡¿Cómo puede haberse dejado engañar así esta gente?! O, quizá, son más mediocres que yo... Bueno, pero eso no importa ahora.*

*Lo cierto es que las pocas veces que publiqué algunos artículos científicos en revistas especializadas —siempre de segunda línea, más por “lástima” de los editores que por verdaderas capacidades propias, por genuinos aportes que sirvieran para algo— irremediablemente quedé con la sensación de falsedad, de mentira que nadie se atrevía a descubrir (los editores necesitan presentar resultados, y por descarte terminan aceptando cualquier porquería. Eso es un hecho, aunque usted no lo crea).*

*De todos modos, vamos al grano con esto de la producción intelectual: este es, seguramente, el punto que más me angustia. Si en algo me sentí un impostor durante toda mi vida, fue en esto. Nunca plagié nada, se lo puedo asegurar. En todo caso, mi problema no era la haraga-*



nería, la dejadez. Eso no me afectó nunca. Lo mío era la sensación de absoluta precariedad intelectual, y los continuos, denodados, tragicómicos esfuerzos por maquillar eso. Espero que me esté entendiendo.

Como se da cuenta, estimado Sr. Juez, por el flanco que abordemos, lo único que podrá encontrarse son lágrimas, por decir lo mínimo. Lágrimas, o vergüenza. Una profunda vergüenza que hay que tapar. ¡Esto no es vida!

La energía puesta en toda esa operación me agota, me agobia. Si todos esos esfuerzos los hubiera dedicado a producir algo más “decente”, para decirlo de algún modo suave, estoy seguro que hubiera logrado muchas más cosas en mi vida. Y quizá —no exagero— cosas de valor. ¡Pero no! Toda mi energía estuvo siempre, puntual y sistemáticamente, dirigida a mantener la mentira, la máscara, el engaño. Y creo que en una buena medida lo logré. Como le digo: ¡hasta premios a la excelencia gané! ¡¡Qué mundo tan loco!!, ¿no?

¿Por qué mi vida fue este desastre? Sinceramente... ¡no lo sé! ¿A quién se lo puede reclamar ahora? Tampoco lo sé... Quizá ya es muy tarde para reclamar. Eso suena, incluso, a justificación; es como desculpabilizarse. Y ahí puede entrar la excusa que se desee: los padres malos, la injusticia social, dios (o los dioses, o la deidad que se quiera: Poseidón, Jehová, el Dios del Trueno, Buda, etc., etc.). ¿Quizá un hermano mayor malo? ¿Tal vez las dichosas condiciones económico-sociales desfavorables? ¡¡No!!, por favor. No quiero seguir engañándome ni engañando a nadie. Ya va siendo hora que me haga grandecito y acepte todo este circo multicolor que yo mismo he creado. Que ¡yo solo! he ido creando, y del que soy la primera víctima. Ahora ya es materialmente imposible salirme de todo esto.

Por eso busqué esta vía drástica, contundente, total. En realidad, luego de pensarlo y repensarlo mucho, de devanarme los sesos por interminables noches de insomnio, pude llegar —¡felizmente!— a esta angustiada decisión. Angustiosa... ¡pero infinitamente necesaria! En realidad, pensé que nunca llegaría. Por suerte: me equivoqué.

Sr. Juez: no quiero continuar engañando a nadie, vendiéndole ilusiones, máscaras, espejitos de colores. No tengo el más mínimo derecho a seguir haciendo eso. Más aún: me siento despreciable, un gusano inmundo, un hipócrita absoluto si sigo por ese camino, un farsante al que se debería castigar de modo contundente. Afortunadamente pude darme cuenta de todo esto y tomar la gran decisión. ¡Era necesario! ¡¡Era imprescindible!! Pude dar el paso (aunque reconozco me costó horrores).

Si de algo puedo sentirme orgulloso, de lo único en mi vida que puedo sentirse verdaderamente orgulloso, es que cuando me torturaron, allá en mi lejana juventud cuando formaba parte del movimiento revolucionario, no delaté a nadie. Preferí perder mi ojo izquierdo antes que abrir la boca. De verdad, Sr. Juez, eso me enorgullece. Pero no quiero hablar de eso.

Por todo lo anterior, entonces —y hasta, incluso, por ese mismo motivo de orgullo que llevo a cuestas, que no deja de tener también ribetes de profunda mediocridad, más allá de lo heroi-

*co de la acción (¿le parece correcto estar orgulloso de ser un discapacitado?)– es que tomo la decisión, Sr. Juez. No se culpe a nadie, absolutamente a nadie de la misma. Es mi más profundo acto de voluntad. Creo que nunca estuve más claro y consciente de algo que habría de acometer en mi vida. Es más: diría que nunca, nunca jamás en mi vida, absolutamente nunca en toda mi triste historia, estuve más decidido y alegre de una acción mía, de un acto asumido como propio, de una decisión que siento como lo más íntima y profundamente mío.*

*Sr. Juez: ¡he de seguir viviendo cada vez con mayor plenitud, con mayores ganas, con mayor deseo de enmendar esta interminable cohorte de taradeces y despropósitos que fue mi vida hasta ahora!*

*Sr. Juez: ¡viviré!*

*Dixi, et salvavi animam meam.*

## Explicaciones

Su único hermano, Bill, mayor que él cuatro años, desde siempre había vivido mortificándolo. Para Paul ese era un constante sentimiento que lo torturaba. Ahora, ya con 18 años, la sensación se había agravado.

En todos los órdenes de la vida Bill superaba a su hermano menor: mejores notas en la escuela, hijo excelente que nunca daba problemas a sus padres, mejor deportista, más popular entre las muchachas. Incluso en sus respectivos pasos por la música se repetía la diferencia: Bill no tocaba mal la guitarra acústica, y el grupo de folk que había formado con sus compañeros era todo un éxito en Memphis, esa musical ciudad del Estado de Tennessee. Paul, por el contrario, no había pasado de chapucear un poco el piano, heredado de un tío. No fueron pocas las veces que su hermano mayor lo ofendió en público sugiriéndole que, como pianista, mejor se dedicara a ser soldado.

Las burlas no habían sido pocas a través de los años. Incluso mucho de los amigos de Bill se permitían secundarlo, y sin la menor delicadeza también caían sobre Paul con artillería pesada. Un tic que tenía en la ceja izquierda –notorio y molesto, por cierto– servía para alimentar generosamente las bromas. “*Mal músico, medio mariconcito..., y encima con muecas*”, solía mofarse Bill. El odio que se iba acumulando en Paul era indecible.

Sus padres estaban al tanto del modo en que se desenvolvía la relación entre sus hijos, dándose cuenta que allí había algo bastante perverso. De todos modos –así son las locuras familiares– no hacían nada por evitarlo. Más aún: de alguna manera, lo fomentaban.

Siempre, directa o indirectamente, el hijo menor aparecía como el débil del grupo, el tonto, quien estaba condenado a sufrir todo tipo de golpes. Contrariamente, el mayor era el elegido, el protegido. Cualquier cosa que hiciera Bill recibía en forma inmediata la aprobación de sus padres. Lo hecho por Paul, cualquier cosa que fuera, era siempre cuestionado.

Ambos cursaban la universidad. Bill había elegido la misma carrera que su padre: ingeniería mecánica. Paul optó por las humanidades; era buen lector, por lo que lo atraía tanto la literatura como la filosofía. Ello, por supuesto, era motivo de burla por parte de su hermano mayor.

En el rendimiento académico en sus estudios universitarios, ambos eran buenos, pero se perfilaban diferencias. Bill apuntaba desde el inicio a ganar dinero; para él, una profesión era el pasaporte indicado para optar por una vida de comodidades, y si se podía, de lujos. Por el contrario, Paul se tornaba cada vez más desinteresado por lo material. Su aspecto físico lo permitía ver: flaco y desgarbado, no cuidaba su vestimenta ni su imagen. Sus pecas y los enormes lentes con marco de carey negro (¿por qué había elegido ese estilo tan anticuado?) completaban el cuadro: lo que menos tenía era aspecto sexy, varonil. El tic completaba el cuadro de

desolación. Su hermano, en tanto, era un *dandy*; siempre elegantemente vestido, en general con aspecto casual o deportivo, las mujeres lo tenían por unpreciado botín.

Paul había pensado que ingresando a la universidad las burlas desaparecerían. Pero no fue así. En todo caso: arreciaron. Los padres, en vez de intervenir morigerando la situación, la permitían con su silencio cómplice. O la avalaban. El hecho de haber optado por las humanidades era motivo casi de desprecio por parte del padre, ingeniero bien remunerado en una empresa de la localidad, hombre pragmático como ninguno, para quien todas esas cosas “*artísticas y metafísicas*” eran, lisa y llanamente, “*asunto de maricones, drogadictos y comunistas*”.

La madre no estaba muy lejos de ese pensamiento; ama de casa de toda la vida, defensora a muerte de lo que dijera su esposo –sin cuestionar jamás el sentido de lo dicho– veía en Paul un motivo de vergüenza. Era la antítesis absoluta de su otro hijo, quien sí la llenaba de orgullo.

El muchacho menor venía acumulando odio desde hacía años. Su sentimiento de rencor lo llenaba cada vez más, le abarcaba toda su vida, sus pensamientos, sus fantasías. Hacía tiempo que estaba maquinando una venganza. La pensaba, la fantaseaba, le daba infinitas vueltas, pero no se decidía por ninguna. En medio de sus padecimientos, pensar que había luz al final del túnel, que alguna vez se podría cobrar revancha, lo animaba. Más aún: le daba una fuerza especial. Mientras eso se consumaba, esperaba.

No se había impuesto ningún tiempo en especial; sabía que cuanto más esperara, mejor sería. Ya se había acostumbrado a sufrir, a ser denigrado, por lo que un período más de espera aumentaba convenientemente el odio. Cuanta más animadversión lo colmara, mejor aún, maquinaba con tranquilidad, con una sonrisa diabólica.

Mientras tanto, las ofensas por parte de su hermano no paraban. Bill avanzaba aceleradamente en sus estudios, siempre con buenas notas, en tanto Paul se lo tomaba sin prisa. Prefería leer más que ganar cursos en la universidad. A los 24 años, Bill ya se graduaba de ingeniero, para orgullo de sus padres, quienes prepararon una gran fiesta celebrándolo. Paul miraba todo esto de lejos; apenas participaba. De hecho, no estuvo para el acto de graduación de su hermano, lo cual fue motivo de un gran escándalo por parte de su progenitor, quien lo increpó agriamente.

Las cosas iban inclinándose en forma cada vez más desproporcionada para el éxito de Bill y las penas de Paul, cuyo tic se hacía cada vez más inmanejable. Ingeniero ya graduado, el hermano mayor rápidamente pudo ingresar en la misma compañía que su padre. Ya había pasado su época de cazador de mujeres, por lo que ahora llevaba un adorable noviazgo con Lilian, una estudiante de ingeniería, gran deportista y traductora de alemán -sus padres eran de origen teutón-. Todo parecía brillar rutilante en su vida. Un futuro promisorio lo esperaba. Y “*sintics*”, le gritaba en la cara, provocativo, a su hermano menor.

Por el contrario, Paul iba lento en sus estudios; o, al menos, en las clases que debía aprobar. Sus lecturas se hacían cada vez más copiosas y eruditas. Había escrito algunas poesías, publicadas en revistas literarias de poca monta. No se le conocía mujer.

Pero algo apareció en el firmamento esplendoroso de Bill que le cambió radicalmente la vida. En principio fueron dolores en la cintura; al corto tiempo orinó sangre. Luego vinieron unos desmayos y la impotencia sexual. Eso lo desesperó más que nada. La consulta con el especialista fue lapidaria: cáncer de riñón.

La noticia, naturalmente, cambió toda la dinámica de la familia. Paul, contrario a lo que se podría haber pensado, estuvo más solidario que nunca con su hermano. Hasta los mismos padres se asombraron de ese proceder del hijo menor. Pese a las humillaciones constantes a las que lo sometía Bill, el actuar de Paul era encomiable.

Pero, claro: nadie sabía lo que había atrás de todo eso, como agenda oculta, ¡muy oculta!

En los días en que Bill consultó con la clínica más reputada de la ciudad, Paul también intercambió pareceres con el nefrólogo que atendía a su hermano. Éste le hizo saber que, ante el cáncer fulminante que había aparecido, una posibilidad, quizá la única, era extirpar el riñón más enfermo -el izquierdo-, buscando que la funcionalidad del derecho se mantuviera, pero siendo imprescindiblemente necesario un trasplante, recibir uno nuevo. Desde ese momento, el hermano menor concibió la idea.

Sin que nadie se lo pidiera, Paul se ofreció a ser donante. Padres y hermano mayor quedaron sorprendidos ante esta actitud. Sorprendidos y hondamente agradecidos. Después de tantas ofensas y vejaciones, nadie en la familia podía esperar una reacción así de parte del menor. En sus elucubraciones, el padre pensó que, en definitiva, para algo podían servir estas “*mariconadas del arte y la filosofía*”. Según su razonamiento, eso podía tornar más sensible, más humano a una persona. La reacción de Paul lo evidenciaba.

El verdadero plan de Paul, por el contrario, era mucho más diabólico de lo que podía imaginarse. Se consideraba ya un desahuciado de la vida, por lo que la obra a emprender, según su punto de vista, sería gloriosa.

Con rapidez se hizo saber en la clínica que Paul sería el donante. Por tanto, rápidamente se le practicaron todos los exámenes de rigor previos a la operación. Eran compatibles para hacer el trasplante, y el joven estudiante de filosofía, más allá de su desgarbada presentación, estaba sano. No había impedimento alguno para proceder a la intervención. La misma debía ser rápida, por lo que se fijó para dos días después.

El día anterior a la operación, sucedió el hecho. En realidad, nadie se dio cuenta. Paul salió de su casa muy temprano, sin dar explicaciones. Conocía los bajos fondos de la ciudad, donde solía ir a emborracharse. Conocía también muchas trabajadoras sexuales, mucha gente promiscua y que vivía en la indigencia, drogadictos crónicos, población sin esperanza. Memphis,

como cualquier ciudad estadounidense, también tiene la contracara del “sueño americano”. Ese era el ambiente donde se sentía a gusto, donde se movía habitualmente.

En forma alocada mantuvo relaciones sexuales con varias prostitutas. Fue una maratón del horror; en una mañana hizo lo que nadie se atrevería a hacer en toda una vida: tuvo sexo sin protección en varias ocasiones, se inyectó con agujas usadas por conocidos adictos suyos, de la marginalidad más oscura, tragó semen de dos varones que se sabía eran portadores del VIH. Su intención declarada era contagiarse.

Al día siguiente, a la hora convenida se presentó toda la familia a la clínica: padres, donante y paciente. La cara de felicidad de Bill y el gesto de agradecimiento hacia su hermano eran enormes. Pero más enorme era la sensación de triunfo de Paul.

*“Recién contagiado, el virus todavía no aparece en los exámenes”,* razonaba con malicia. *“Yo me moriré, pero este cabrón también”.*

Como es sabido, el contacto con alguien contaminado con el virus de inmunodeficiencia humana no siempre necesariamente contagia. Las posibilidades son de un 50%. Por milagro, por casualidad o por la explicación que quiera dársele, pese a todas las alocadas conductas de alto riesgo que tuvo Paul el día previo a la operación, no contrajo el VIH. Por lo tanto, con una operación exitosa, el riñón que le donara a su hermano siguió funcionando perfectamente. Y sin SIDA a la vista.

Paul sigue sin encontrarle explicación a lo sucedido. Es por eso que ahora, para no fallar, compró la ametralladora y los ocho cartuchos de explosivos.

## Sueño futbolístico

El partido había terminado 1 a 1. En el alargue no había habido goles. El estadio, especialmente construido para ese Campeonato Mundial –el más grande del mundo, con capacidad para casi 300.000 personas– estaba absolutamente colmado. Las 124 cámaras de televisión dispuestas estratégicamente, transmitían para la mayor audiencia jamás registrada antes. La expectativa era total. ¿Se iría a definición por penales?

En el minuto 14 del segundo período adicional, cuando ya todos evidenciaban cansancio y los calambres empezaban a aparecer, la infracción contra el delantero fue evidente. El árbitro marcó la pena máxima de inmediato. No hubo reclamos, pues la falta del defensor fue grosera.

Después de todos los prolegómenos de rigor, la pelota quedó ubicada en el punto del penal. Ese tiro desde los doce pasos lo podía definir todo. ¡Era la gran final del Campeonato Mundial de Fútbol, y faltaban menos de 30 segundos para expirar el tiempo reglamentario! El silencio que se creó en el estadio fue sepulcral.

B. tomo más de diez metros de carrera. El derechazo fue impresionante, pero....

El balón pasó como medio metro por encima del travesaño. ¡¡Fallé!! ¡¡ Fallé!! Las lágrimas comenzaron a aparecer en sus ojos. La congoja lo paralizó. En eso, despertó.

El sueño con el fallo en la pena máxima evocaba la impotencia sexual (¡otro fallo!) que un par de horas antes había tenido con su secretaria veinteañera en el motel.

Al día siguiente, cuando quiso resarcirse con una trabajadora sexual prepago (también veinteañera), tomó una dosis excesiva de sildenafil. Luego del paro cardíaco (bueno.... ¡algo se paró finalmente!), la joven, asustada, lo abandonó en la habitación alquilada.

No quedó claro de quién ni por qué, pero al velorio llegó una corona de flores decorada (¿morbosamente?) con pelotas de fútbol.

## Carta desde el Sur

*Hallada en el baño de un restaurante de baja calidad en un barrio popular de Rawalpindi, Pakistán. Escrita en perfecto francés. Autor anónimo.*

Dirigida a quien quiera leerla  
(pero especialmente a los ciudadanos del Norte)

No soy blanco.

Aclaro esto desde un principio para que se entienda bien quién escribe esto, y por qué lo escribe. No ser blanco significa que no pertenezco a ese 30 por ciento de privilegiados –si es que así se le puede llamar– que no se siente discriminado por el simple hecho de tener un determinado color de piel. No ser blanco, es decir: ser oriental, negro, indio, árabe, mestizo o todo tipo de combinación que se desee, es ya un estigma imposible de borrar. Los que sufrimos este estigma, los que padecemos esa pesada carga día a día, somos muchos, muchísimos. Somos, especialmente, los que vivimos en el Sur. Y representamos mucha gente, la enorme mayoría de la población del mundo.

Es muy impreciso decir "el Sur", por supuesto. Pero da una idea bastante aproximada del problema en ciernes: ser del Sur es, en términos generales, no ser blanco y formar parte de ese 70 por ciento de población planetaria que vive en condiciones infrahumanas, que no sabe si al día siguiente va tener para comer, que no sabe cuándo va a desencadenarse la próxima guerra, ni por qué. Ser del Sur es formar parte del enorme grupo de los que no saben leer ni escribir –y que constituye nada más y nada menos que casi un 50 por ciento de la Humanidad–. Ser del Sur significa que en un 50 por ciento de los casos se sufre desnutrición. Sí, sí como lo están leyendo: ¡desnutrición! Desnutrición en un mundo que se permite gastar cantidades demenciales de dinero en armas, o en productos innecesarios, un mundo que produce el doble de la cantidad de alimentos necesarios para alimentar perfectamente a todos sus habitantes, pero que dadas las injusticias reinantes condena de hambre a una inmensa cantidad de seres humanos. Un mundo en el que un perrito de un hogar término medio del Norte come un promedio anual de carne roja superior a un habitante de nuestras tierras. Ser del Sur es no saber si mañana se podrá morir de hambre, picado por una víbora venenosa o por haber pisado una mina antipersonal de las que dejan los interminables conflictos que barren nuestros países. Ser del Sur es vivir resignado ante las catástrofes naturales que periódicamente nos golpean, produciendo devastación entre nosotros y sólo problemas manejables en el Norte –con lo que se evidencia que esas catástrofes no son precisamente tan "naturales"–; es vivir sabiendo que en cualquier momento se puede pasar a ser un refugiado por algún conflicto militar que estalle y en el que no tenemos ninguna participación pero que nos fuerza a salir huyendo despavoridos; es poder pasar a ser un ilegal despreciado si se intenta escapar de tanta miseria marchando al Norte, que nos recibe con indiferencia... y muros de contención electrificados, metralla y pe-



rros guardianes –si logramos sobrevivir al viaje para llegar allá, claro–. Ser del Sur es no ver la luz al final del túnel.

¿Entienden lo que estoy diciendo? Ser del Sur es estar prácticamente condenado a que comer sea un privilegio. No digamos ya otros "lujos" como leer y escribir. Y muchos menos tener acceso a la educación superior. Entre los nuestros, comer todos los días es ya una bendición. Nadie sueña con ingresar en ese selecto grupo del 2 por ciento de nuestra población que termina estudios universitarios. Y faltándonos las cosas básicas como comida o agua potable, o techo, o inmunizaciones a temprana edad contra enfermedades que en el Norte ya han sido derrotadas, mucho menos nos preocupa poder tener otros beneficios de la civilización como teléfono, automóvil, aire acondicionado o mil productos más que vemos a la distancia –y que, de todos modos, nos los ofrecen hasta el hartazgo diciéndonos que con todo eso se consigue la felicidad–. Utilizar internet en la tan cacareada "sociedad de la información" es un privilegio que ni se nos ocurre en el Sur, siendo que apenas un 1 por ciento de nosotros está en condiciones de hacerlo.

Ser del Sur es una maldición. Sí, sí... así como oyen, con todas sus letras: ¡una maldición! ¿Cómo entender, si no, que por el solo hecho de nacer, un ciudadano del Sur –bueno, un bebé, que no sé si ya lo podemos considerar ciudadano– ya está debiendo 5.000 dólares a los bancos del Norte? ¿Alguien puede explicar eso? Si la consigna del Banco Mundial –supuestamente una organización al servicio de toda la Humanidad– es: *"Nuestro sueño: un mundo sin pobreza"*, ¿cómo resulta posible que sea el encargado de cobrar puntualmente una deuda ficticia, infame, inmoral, contraída en condiciones denigrantes y que nos condena a la postración desde el momento mismo en que venimos al mundo? ¿A algún deudor del Sur le sirvieron de algo esos 5.000 dólares?

Podrán decir, quizá, que hablo con resentimiento. No es así. Hablo con mucha cólera, muchísima. ¡Y no lo oculto! Digo todo esto profundamente enojado, pero no con resentimiento. Sé que en el Norte también hay blancos pobres. Y muchos. Sé que no toda esa población nos desprecia y se aprovecha de nosotros. O, en todo caso, entiendo que si la conciencia generalizada allá es racista y la gran mayoría de la gente mira con desdén a quienes no usamos una tarjeta de crédito o saco y corbata, por lo que nos siguen tratando de "incivilizados", ello tiene una historia. La explotación no se da sólo hacia los pobres y no-blancos del Sur. También en el Norte hay explotación, injusticias, exclusión; y si el ciudadano medio de estas sociedades opulentas lo único que considera y le importa de verdad es tener la refrigeradora llena de comida, el automóvil en la puerta de su casa y un aparato de televisión para distraerse (¿no es eso también una tremenda forma de pobreza humana?), entiendo que todo eso tiene una explicación. Si durante siglos se les dijo que "ellos" eran la avanzada del planeta –y gracias a nuestro trabajo, como esclavos en muchos casos, y a los recursos que nos robaron y siguen robando en cantidades monumentales, su calidad de vida ha sido superior a la nuestra este último tiempo– es totalmente comprensible que se terminen creyendo la historia de la "superioridad". Pero insisto: no hablo desde un sentimiento. Lo que digo son puras verdades. Yo no odio a los blancos; en todo caso me rebelo contra la discriminación, contra la injusticia. Y los ciudadanos del Sur, lamentablemente, sabemos demasiado de esto porque lo sufrimos a diario.

También dentro del Sur mismo se dan injusticias, por supuesto. No debemos quedarnos con la idea que los blancos del Norte son "malos" por naturaleza y el Sur es un paraíso de "buenos salvajes" arruinados por la civilización de los blancos. Eso sería absolutamente injusto; y además: una estupidez. En nuestras tierras, desde que hay historia registrada, se sucedieron imperios, guerras, conquistas, sistemas esclavistas, sacrificios humanos, hambrunas provocadas, injusticias. Eso no es nuevo ni es invento del Norte. Pero ahora, en estos últimos siglos, dado la tecnología que en esa parte del mundo se logró desarrollar, las diferencias se hicieron tan odiosas, tan oprobiosas que no podemos menos de levantar la voz ante ello con toda la fuerza. Por ejemplo: los "desarrollados" del Norte disponen hoy de una cantidad de armamento nuclear tan grande que, de hacerse explotar en su totalidad, borraría toda forma de vida sobre la superficie de nuestro planeta produciendo una onda expansiva tan fenomenal que llegaría hasta la órbita de Plutón. Pero esta supuesta proeza técnica no impide que cada siete segundos muera de hambre alguien en el Sur. ¿Les parece que no es motivo suficiente para estar hondamente encolerizado?

También en el Sur, decía, hay injusticias. Y algunos de los nuestros, algunos negros, o "chinitos" como llaman en el Norte a cualquier oriental, o algunos indígenas...es decir: algunos de los no-blancos que viven en nuestras sufridas sociedades también son unos explotadores de sus mismos hermanos. Muchos de estos "primitivos ilustrados" han estudiado en el Norte y se sienten más nortños y blancos que un oriundo de allá. Pero no debemos olvidar que es el Norte el que concentra la mayor parte de la riqueza y del poder del mundo. Permítanme decirles que el patrimonio de las 358 personas cuyos activos sobrepasan los 1.000 millones de dólares –pequeño grupito que puede caber en un moderno avión Boeing 747– supera el ingreso anual combinado de países en los que vive el 45 por ciento de la población mundial, por supuesto, toda del Sur. ¿Hay derecho para eso? Ah, y obviamente ese grupito está integrado básicamente por blancos del Norte.

Como es tan grande esa dominación, esa imposición, como el Norte ha tomado tal supremacía sobre nosotros, sobre nuestros pueblos, sobre nuestras vidas, y también ¡sobre nuestras mentes!, por todo ello es que muchos en el Sur no vemos otra escapatoria a nuestra situación que imitar al Norte. Nos han hecho creer de tal modo que somos unos "bárbaros primitivos" que finalmente muchos de nosotros lo terminaron aceptando. ¡Y hasta se imita al amo del Norte sin pensar lo que eso significa! ¿Cuántos de nosotros no se tiñen el cabello de color rubio, por ejemplo? Aclaro que jamás he visto un blanco disfrazándose de negro, de indio, de oriental, ni tiñéndose el cabello de color castaño. Nosotros, a lo sumo, somos "exóticos"; si se toma algo de nuestras culturas es sólo en forma descontextualizada, fragmentaria. Con buena suerte, es un agregado circunstancial a la "civilización desarrollada". ¿Pero cómo es posible llegar a ese grado de hipocresía? El discurso dominante del Norte se considera a sí mismo –y por otro lado, nos lo impone a la fuerza– como "el" discurso de la verdad. En todo: en lo económico, en lo político, en lo cultural. ¿Cómo la organización que se ocupa de la cultura a nivel planetario, la UNESCO, podría tener como símbolo genérico de identificación un templo del imperio griego que floreció en el Mediterráneo dos milenios y medio atrás sentando las bases de la modernidad europea si no fuera por un absoluto prejuicio blanco? ¿Esa es "la cultura"? Y una

pagoda china, o un bohío africano, o una pirámide maya, ¿son cosas "incivilizadas" entonces? ¿Por qué y hasta cuándo vamos a seguir con el prejuicio que el Norte vale más que el Sur? En general, desde las sociedades dominantes, hay un desprecio por lo del Sur... ¿siendo que aquí florecieron las grandes culturas de la Humanidad! ¿Somos acaso unos "incivilizados" los que nos vestimos de otra manera que los del Norte, los que tenemos otras costumbres, los que profesamos otras religiones? El primer ser humano, estimado lector, fue negro, ¿no lo olvidemos nunca!

¿Con qué derecho –o con qué cuestionable arrogancia– pueden tratarnos de sub-desarrollados quienes nos diezmaron, quienes llevaron el planeta al borde de una catástrofe ambiental, quienes pusieron en marcha un modelo de vida que valora por sobre todas las cosas la propiedad privada y considera que la tierra, el agua, el aire que respiramos o las plantas y los animales de los que nos valemos pueden tener dueño? ¿Ese es el modelo de "civilización avanzada" que debemos seguir? La inconmensurable mayoría de población del Sur no consume localmente provocando daños a la naturaleza, pero es quien más sufre los efectos de esa catástrofe civilizatoria a través de la falta de agua, las hambrunas, los desastres naturales. Permítaseme este ejemplo: mucha población de las riberas de varios mares del Sur tendrá que abandonar sus actuales lugares de habitación en un par de décadas porque las aguas crecen sin detenerse producto del derretimiento de los polos; y ello debido a la contaminación ambiental enfermiza que se sufre, siendo que los damnificados prácticamente no han vertido un gramo de agentes contaminantes. ¿Quiénes son los primitivos, los atrasados y bárbaros?

Querido lector: ¿no ha llegado ya la hora de cambiar todo esto?

Un ciudadano del Sur

## Mujeres

Trataban de no mirarse a la cara porque las dos se sabían impresentables. Doña Sofía, la señora de la casa, tenía los ojos inflamados de tanto llorar. Ramona, la empleada, quería ocultar su ojo morado. Ambas intentaban esconder lo que era evidente: sufrían mucho.

La patrona había pasado ya los cuarenta; proveniente de una aristocrática familia de Santafé de Bogotá y casada con alguien de otro no menos encumbrado linaje, toda su vida había sido un derroche de lujos y comodidades. Ahora, habiéndose enterado de la relación extramatrimonial de su esposo, buscaba entre sus innumerables amistades y sus continuas actividades sociales, en general frívolas, olvidar un poco la pena que la carcomía.

Ramona, originaria del Putumayo, hacía más de diez años que trabajaba en esa casona. Había llegado a la capital cuando adolescente, y ahora con dos hijos –de su anterior pareja– y uno más que venía en camino, se arrepentía de haber iniciado esta nueva relación con Nicanor. Que no fuera muy cariñoso con ella, hasta podía disculpárselo. Pero la violencia física no la toleraba. Casi todas las semanas aparecía con alguna nueva evidencia de agresiones.

Ambas fingían que las cosas estaban tranquilas. Casi quince años de convivencia –una sirviendo, la otra siendo servida– les había permitido llegar a conocerse bastante. El trato siempre había sido distante; una ricachona, esposa de uno de los banqueros más importante del país, no podía dignarse tratar de igual a igual a una de sus tres sirvientas. De todos modos, para doña Sofía Ramona era la preferida de su servidumbre y, secretamente, sabía que con ella podía contar en forma casi incondicional. Sin embargo, ahora prefería no dejarse descubrir en su desgracia.

Ramona, llegada a la casa para el momento mismo del casamiento de su patrona, experimentaba por doña Sofía una combinación extraña de sentimientos. No la estimaba, pero la fuerza de la costumbre había ido desarrollándole una rutina en donde no se le ocurría su vida sin estar atendiéndola. Fundamentalmente, muy en secreto, la envidiaba. Aunque no le quedaban muchas alternativas, no se resignaba a aceptar que una tuviera tanto y tanta felicidad, mientras que la otra debía conformarse siempre con migajas.

Doña Sofía le vio el moretón en su ojo izquierdo y no necesitó preguntar nada, adivinando lo que había sucedido. Otra agresión más de su acompañante, supuso acertando. Ramona se dio cuenta que le había descubierto la evidencia del golpe, y simplemente trató de desviar la mirada.

Pero a la inversa no fue lo mismo: era raro que Ramona viera a doña Sofía acongojada, sufriendo. La idea que tenía de su señora era otra: alguien siempre jovial, dinámica, sin problemas, a quien la vida le sonreía en todo. Inmensamente rica, muy atractiva aún pese a sus cua-

tro décadas, todo el tiempo bien arreglada, madre de dos hijos encantadores, paseando continuamente y comprando lo que se le venía en ganas, para Ramona era impensable que alguien así pudiese sufrir. Pero ese semblante de ahora era inequívoco: doña Sofía había estado llorando por mucho tiempo. No dijo nada –las normas de respeto así se lo indicaron–, si bien estuvo tentada de preguntarle qué le pasaba, de tenderle una mano.

Toda la vida de doña Sofía tenía algo de cuento de hadas. Siempre cumpliéndosele hasta el más mínimo capricho, con todos los lujos que deseaba, habiendo viajado alrededor de medio mundo, parecía que no conocía lo que era el sufrimiento. Su matrimonio había funcionado perfectamente hasta unos meses atrás. Cuando descubrió que algo había cambiado, quiso evitar pensar en el asunto. El gimnasio, las reuniones con amigas y los desfiles de moda, en principio, bastaban para mantenerla distraída. Pero la situación fue tornándosele cada vez más molesta, y aunque ella misma no podía creer que eso fuera posible, la confirmación de la agencia de detectives que contrató terminó por convencerla: su esposo estaba saliendo regularmente con otra mujer.

No era la primera vez que sabía de alguna aventura extramatrimonial de él; en todos los años de matrimonio, en dos ocasiones habían tenido crisis por ese motivo. Pero en ambos casos se trató de salidas ocasionales sin consecuencias ulteriores. Siendo doña Sofía muy desconfiada, a partir de pequeños indicios había podido intuir las libertades tomadas por Leonardo. En ambos casos, luego de pequeños cortocircuitos pasajeros, las cosas habían vuelto a la normalidad conyugal. La segunda de las oportunidades, la crisis fue el preámbulo de un viaje al Lejano Oriente en calidad de reconciliación que el esposo pagó con gusto: dos meses por China, Nepal, Tailandia, Japón y la India. Pero ahora la cuestión se percibía más grave; no era una noche en que no regresó al hogar con alguna excusa. No; ahora había otros matices más preocupantes. "La crisis de los cuarenta", hipotetizó doña Sofía. Efectivamente, algo de eso había. Leonardo, con cuarenta y cuatro años y una más que holgada posición económica, no tenía nada de qué quejarse respecto a su esposa. Pero la rutina había comenzado a invadir sus vidas como pareja, y él empezó a permitirse algunas salidas extramatrimoniales. No muchas, pero sí las suficientes como para convencerlo que todo eso no era, en realidad, tan pecaminoso como le habían enseñado. Franqueada esa barrera, los viajes inesperados por un par de días comenzaron a hacerse más frecuentes. Doña Sofía lo intuyó rápidamente. Circunstancias fortuitas –comentarios de unas amigas que lo vieron con otra mujer en situación comprometedoramente en algún aeropuerto fuera del país– la terminaron de convencer que había algo más que alguna escapadita. Llegó a saber, entonces, que se trataba de una relación bastante sólida con la subgerente de una empresa multinacional radicada en Colombia. Economista de profesión, treinta y tres años, estadounidense de origen, Leonardo había empezado a perder la cabeza por esta mujer. Las desavenencias en su casa no se hicieron esperar.

Doña Sofía no sabía qué quería: si retenerlo o separarse. Si fuese la primera opción, no encontraba la manera de lograrlo. La separación, pese a lo angustiante de la situación que estaba viviendo, tampoco la convencía. Formada como buena católica, prefería aguantar resignada a un divorcio, siempre escandaloso para su gusto. Le preocupaba mucho la cuestión de la imagen social.

Ramona, como tantas mujeres, sufría por causa de los varones. El primer hijo lo tuvo como madre soltera. Cuando el niño tenía ya dos años, volvió a quedar embarazada del mismo hombre, siendo entonces que decidieron –luego de interminables ruegos de ella– vivir juntos. No se casaron, pero al menos el muchacho cumplía con sus obligaciones paternas. Convivieron por dos años. Luego la situación se hizo insostenible y decidieron distanciarse.

Ella vivió poco tiempo en la casa de doña Sofía; pero desde que dejó de ser personal camadentro, en años de trabajar ahí nunca faltó un día. Ya era una inveterada rutina viajar casi dos horas diarias para llegar a la residencia de la familia. El tiempo le fue dando cierta confianza, y a instancias de su patrona, a veces se permitía contarle algunos detalles de su vida personal. Si algo resaltaba, era el sufrimiento. Escaso ingreso, condiciones de sobrevivencia muy duras –vivía en una humilde casa en un cerro junto a su hermana, su cuñado y tres sobrinos, más sus hijos– y la violencia era cosa cotidiana. Andando el tiempo conoció a Nicanor, un albañil bastante mayor que ella, separado. Más por error que por decisión propia, volvió a quedar embarazada. Nicanor no era mala persona, pero la violencia física le era algo normal, común. Pegarle a Ramona prácticamente no lo tomaba como una transgresión. Desde toda su vida había visto que eso era lo que hacían los varones, por lo que no le podía resultar llamativo ni impropio alguna paliza de tanto en tanto. Cuando ella le escuchó la frase –pretendidamente simpática, elocuente por su cruda sinceridad– "a las mujeres hay que pegarles aunque sea por las dudas", se le hizo patente que se había equivocado: Nicanor no era lo que ella necesitaba.

Pero si no era la violencia de Nicanor –que en realidad no era mala persona, sentía Ramona– era la irresponsabilidad de Jacinto, el padre de sus dos hijos, o la infidelidad del señor Leonardo, como ahora veía en la familia donde servía... Los ejemplos sobaban. La conclusión casi obligada era que los hombres no tienen arreglo.

Similar conclusión también iba sacando doña Sofía: si no eran agresivos como "el bruto de ese albañil que le vive pegando a la muchacha" eran infieles, como el caso de su esposo. "Todos, en definitiva, son iguales", remataba con amargura.

Por distintos caminos, señora y empleada llegaron ese jueves por la tarde al mismo lugar: el grupo femenino de autoayuda "Nosotras valemós".

Ramona, luego de mucho pensarlo, se decidió contactar con unas muchachas que solían visitar su comunidad y quienes le habían comentado en varias oportunidades sobre la conveniencia que las mujeres hicieran valer sus propios derechos, que las agresiones varoniles debían ser denunciadas, que había que perder el miedo de levantar la voz.

Doña Sofía, un poco asustada porque todas estas organizaciones de "mujeres, hippies y drogadictos" le evocaban un trasfondo de "guerrilleros comunistas", finalmente pudo quebrar el miedo y optó por llegar a ese grupo del que se había informado. Prefirió consultar su actual problema conyugal ahí y no con sus amigas porque le daba mucha vergüenza ventilar sus aflicciones con gente conocida. En este lugar, al menos, no la conocía nadie.

En la sesión de esa tarde participaban quince mujeres, y había tres facilitadoras: dos psicólogas y una trabajadora social. Todas las participantes llevaban problemas con una temática común: sufrían por su situación de ser mujeres, por el maltrato físico en muchos casos, por la irresponsabilidad varonil, por la discriminación a que se veían sometidas por su género. Eran todas heterosexuales.

Cuando doña Sofía y Ramona se vieron, quedaron paralizadas. Podrían haberse retirado, pero ninguna de las dos se decidió a hacerlo. En realidad podrían haberlo hecho, pero al mismo tiempo no podían. Reconocerse mutuamente las dejó mudas, heladas, pegadas a sus sillas. Aunque hubieran querido salir corriendo –y las dos lo quisieron hacer, lo pensaron incluso– las piernas no les respondían. Era una sensación confusa para ambas: creían que podrían hablar con la más absoluta libertad con gente desconocida y que al mismo tiempo las entenderían, como sucede con el confesor en la iglesia. Pero ambas se encontraron con esta sorpresa desconcertante. Con quien menos imaginaban encontrarse era, precisamente, una con la otra. Y ahí estaban, frente a frente, en el medio un grupo de otras mujeres con similares sufrimientos, separadas solo por un par de sillas.

Cuando les llegó el turno de presentarse, con disimulo se miraron una a otra. A doña Sofía se le quebró la voz y comenzó a llorar. Con la ayuda de las facilitadoras pudo balbucear algunas frases; en ningún momento miró a Ramona. Sollozando, tropezándose una palabra con la otra, pudo contar el motivo que la llevaba ahí y la angustia con que se encontraba en este momento de su vida. Supuso que si no hubiera estado presente Ramona se hubiera podido explayar con más facilidad; de todos modos no quiso hacer la más mínima alusión a la presencia de su empleada dentro del grupo.

A su turno, Ramona se mostró más armada que su patrona. No lloró sino que habló casi con odio. Ella misma se iba sorprendiendo de sus propias palabras al escucharse. Al sentir un profundo silencio en el grupo, índice del interés que las otras mujeres mostraban respecto a lo que decía, se animó a seguir hablando cada vez más. Relató con mucha fuerza expresiva todo lo que había sufrido en sus relaciones con los hombres, sus expectativas nunca cumplidas, los golpes recibidos. Sin hacer referencia a la presencia de doña Sofía, habló de su historia de sufrimiento, de cómo nada en la vida le resultaba fácil, de la difícil lucha para sobrevivir y, con un marcado resentimiento, de la envidia que sentía por la gente a la que ella veía como tan bien acomodada, supuestamente libre de problemas.

Cuando doña Sofía la escuchaba, se mordía los labios. Si bien podía entender todo lo sufrido por su empleada, la sublevaba esa forma casi desafiante con que Ramona relataba su historia, implicando implícitamente a su patrona aunque sin nombrarla nunca.

Como Ramona y doña Sofía eran nuevas en el grupo –primera vez que asistían–, luego de presentadas sus historias las facilitadoras pidieron al colectivo expresar sus opiniones sobre los relatos. Hubo diversas reacciones, pero en general el tono fue de solidaridad para las dos recién llegadas, de apoyo a sus situaciones. No faltaron recomendaciones.

Cuando fue el turno de cada una de ellas dos para opinar sobre lo relatado por la otra, ambas se sintieron incómodas. Primeramente habló doña Sofía, quien no se ahorró palabras para denostar la conducta de Nicanor, a quien trató de bruto, animal, bestia y algún otro calificativo por el estilo. Incluso dejó caer alguna velada crítica para Ramona, a quien en ningún momento dijo conocer, pero a la que amonestó por no haber reaccionado antes dejando plantado a su agresor.

Al tomar la palabra Ramona, agradecida por las muestras de solidaridad de todas las otras mujeres pero igualmente molesta por la intervención de su patrona, tampoco dijo nada de la relación laboral establecida entre ellas dos. Se solidarizó con lo expuesto por ella en relación a la relación extramatrimonial de su esposo, pero no dejó de recalcar, no sin cierto grado de mordacidad, que cuando hay abundancia de recursos las cosas son infinitamente más fáciles de sobrellevar.

Dado que doña Sofía no había dado mayores detalles de su posición económica, para el grupo resultó un tanto incomprensible, hasta discordante inclusive, la intervención de Ramona. Si bien dijo entenderla en su desgracia, engañada, hecha a un lado, despreciada por su marido que ahora salía con otra mujer, había al mismo tiempo algo de ataque hacia la patrona, oculto quizá, pero ataque al fin. Una animosidad ancestral –en definitiva la dupla patrona-empleada permanecía– se escapaba visceralmente por todos sus poros. Y Ramona no quería disimularlo.

La reunión, aunque angustiante por todas las historias presentadas y los casos de inequidad que se ventilaron, tuvo un talante ameno. Las asistentes, en general, salieron reconfortadas, con ideas nuevas, dispuestas a hacer algo para cambiar su histórica situación de exclusión. Pero no fue totalmente así el caso de doña Sofía y de Ramona. Las dos se fueron, en parte, con ese ánimo retaliativo; "no hay que dejarse", era la consigna generalizada. Aunque al mismo tiempo el encuentro les permitió verse, una vez más, en proyectos diametralmente opuestos, que si bien tenían cosas en común –ambas, como mujeres, se encontraban en desventaja con los varones–, en todo lo demás las alejaba de modo irremediable.

Al día siguiente volvieron a verse la cara, pero ahora en otra circunstancia: era la residencia de doña Sofía. Ésta se mostraba molesta, nerviosa. Luego de mucho pensarlo y repensarlo, llamó a Ramona a un cuarto con privacidad, para que nadie las escuchara.

Fue clara y precisa en su exposición; con fuerza, casi con altanería, le dijo a Ramona haber percibido un profundo malestar en su relación para con ella en su intervención del día anterior en el grupo de mujeres.

–"Como mujeres estamos mal las dos"–, comenzó diciendo con decisión, "pero me parece que aquí hay otro malestar más, Ramona. ¿No está conforme conmigo? ¿La molesta algo de mi parte?". Lo preguntó con un tono que, aunque pretendía ser dulce y quizá hasta conciliador, en el fondo dejaba ver prepotencia.

–No, señora–.



—¿Y por qué esos ataques ayer, diciendo todo eso que con dinero las cosas son más fáciles, que alguien con muchos recursos no sufre? ¿Usted cree, Ramona, que toda mi fortuna me puede salvar del sufrimiento de verme engañada por el hombre a quien quise tanto?—

—Bueno...mire doña Sofía. Ya que me lo pregunta de esa manera: sí. Yo creo que aunque la esté pasando mal ahorita, tiene muchas más posibilidades que yo de resolver su situación. Si se separara, por ejemplo, como muy probablemente pueda terminar sucediendo, no le va a ir tan mal como a mí—.

—¿Por qué cree eso?—

—Porque es así, doña Sofía. Es cierto que como mujeres estamos mal, tal como recién lo dijo. A las dos nos joden, pero yo no puedo agarrar mi Mercedes Benz y pedirle al chofer que me lleve de compras a una boutique para desahogarme—.

—¿Y cree acaso que con eso resuelvo mi angustia, mi sufrimiento?—

—Tal vez no, pero eso ayuda, señora. Yo no puedo hacerlo. Y después de cada paliza que me da Nicanor lo único que me queda es rezar para que eso no vuelva a suceder. Pero de salir de compras para consolarme, ¡ni soñar!—

—No sé por qué piensa que salir de compras me puede solucionar algo. En todo caso lo único que hace es diferir el problema, lo que, al final, es más grave. Al menos usted tiene la posibilidad de decirle a su compañero que no venga más, y asunto arreglado. ¿Pero cómo hago yo para seguir manteniendo mi familia con un esposo que me engaña y que en cualquier momento se va?—

—¿Y cómo hago yo para siquiera tener una familia? Mire, creo que las dos, a nuestro modo, estamos mal. Todas las mujeres sufrimos a causa de los hombres, ¡todas! Quizá las monjas sean las únicas que se salven, si es que a eso se le puede decir salvarse. Pero, tal como nos decían ayer en el grupo, no son los varones nuestros enemigos. Es el machismo lo que nos jode, el ¡machismo! Aunque con dinero en la mano, todo es más fácil doña Sofía. Y eso no me lo puede negar—.

Doña Sofía no encontró más palabras para seguir la conversación. Tenía una confusa mezcla de sentimientos: sentía ganas de llorar, de reconocer como una igual a esa otra mujer que tenía delante y que también sufría —quizá más que ella, pudo admitir en silencio, aunque sin aceptar los argumentos de Ramona—, pero también se veía ridícula por mantener una charla de igual a igual con alguien a quien, según su criterio, no podía poner como igual. Pensó en despedir a su empleada, simplemente por considerar que estaba faltándole el respeto. Y casi lo hace. Aunque al mismo tiempo reconoció que no se lo merecía, que tenía infinitamente menos recursos que ella para afrontar la vida. Pero lo que más la detuvo fue pensar que, si volvían al grupo —de hecho ella pensaba hacerlo— hubiera sido de muy mal gusto que se supiera esa otra historia. "No era correcto mostrarse tan inhumana", pensó.

Doña Sofía llegó a las sesiones siguientes; no así Ramona. Ella optó por buscar ayuda en otro sitio porque se le hacía demasiado molesto hablar de sus problemas íntimos sabiendo que en el grupo había alguien a quien sentía tan distante. Siguió trabajando en la casa, aunque siempre tratando de no vérselas cara a cara con su patrona.

Al cabo de un tiempo Leonardo planteó formalmente la separación. Doña Sofía casi muere con la noticia; hasta debió ser hospitalizada precautoriamente luego de la crisis que sufrió al recibir la propuesta de boca de su marido. Fue un pequeño episodio de desvanecimiento y parálisis facial temporal del que salió rápidamente. De buena católica no quería dejarse ver como mujer separada, y lo decía convencida. Aunque la fuerza de las circunstancias fue llevándola, muy a su disgusto, a aceptar la situación. En el juicio de divorcio, asesorada por su abogada, pidió una enorme compensación, logrando mantener la mayor parte de los bienes comunes. Los dos hijos, por supuesto, quedaron con ella.

De todo esto Ramona no supo nada sino hasta un mes después que Leonardo abandonara la casa. Su continuada ausencia fue llamando la atención del personal doméstico que, en todo caso, dedujo la separación. Por boca de doña Sofía nunca supieron nada. Ella se volvió más distante aún, y a Ramona prácticamente no volvió a dirigirle la palabra.

Ramona, asesorada por otras trabajadoras del nuevo grupo de autoayuda al que comenzó a asistir, tomó valor y le planteó a Nicanor que no quería continuar la relación, y que ella se haría cargo sola del hijo que venía en camino. Contra lo esperado, él aceptó, y esta vez no hubo paliza. Finalmente, luego de mucho pensarlo, decidió abortar.

La relación entre Ramona y doña Sofía fue haciéndose tensa. Anteriormente, de tanto en tanto la patrona solía preguntarle a su empleada sobre la marcha de su relación con Nicanor. Quizá más por formalismo que por real interés, al menos había algunas preguntas, una cierta preocupación por la suerte que corría con su pareja. Ahora, consumada la separación de Leonardo, y después de esa ríspida charla luego de la primera sesión en el grupo "Nosotras valemos", las cosas fueron cada vez más tirantes. Ramona comenzó a buscar un nuevo trabajo.

Si bien su patrona no era precisamente una confesora, antes Ramona al menos encontraba ahí un lugar donde contar sus problemas, un hombro donde reclinarse. Ahora eso era imposible. El saberse mutuamente golpeadas por la vida dada su condición femenina, en vez de unir las, las había separado.

Ramona continuó asistiendo al grupo de mujeres, donde se sentía muy a gusto por cierto. Eso la ayudó a sobrellevar con entereza su aborto. Fue ganando en confianza y comenzó a sentir que allí, en esa organización y ayudando a otras mujeres, podía ser útil. Crecía mucho más que sirviendo a doña Sofía. Crecía personalmente, por supuesto, a la par de ayudar a crecer a otras mujeres. Sin dudas, se sentía muy a gusto en ese papel. Permitir hablar a mujeres que sufrían mucho, fomentar los relatos de todas las que asistían, siempre con problemas comunes en definitiva, ayudar a buscarle salidas a los eternos problemas de maltrato y desprecio, era

algo que la hacía sentir muy bien, y que por cierto podía realizar con mucha solvencia. Para su sorpresa, las coordinadoras de la institución le ofrecieron trabajar como promotora. La habían visto realmente desenvuelta, capaz, por lo que decidieron hacerle ese ofrecimiento. Ramona no lo pensó dos veces. A la semana siguiente, y sin mayores preámbulos, dejó la residencia donde había trabajado por años y comenzó su nueva labor. Doña Sofía no hizo nada por retenerla.

Dos meses después de haber iniciado Ramona su nuevo trabajo con el grupo de mujeres, una vez más se encontraron. Doña Sofía, deprimida por la separación, no encontrando consuelo en todas las banalidades con que trataba de distraerse, asistió a esa organización que alguien le había recomendado.

Al encontrarse, la sorpresa fue enorme para ambas, pero más aún para doña Sofía. Pero seguramente la sorpresa más grande la tuvo al ver que su ex empleada la tuteó y no la trató con el ceremonial "doña".

*–Todas y todos somos iguales, Sofía. ¿En qué te puedo ayudar?–*

## **Miniaturas**

### **Arenga**

Compañeros:

Sabemos que en esta misión nos va la vida. Pero no importa. Desde siempre hemos tenido claro cuál era nuestro objetivo, qué superiores intereses rigen nuestro actuar. Seguramente la gran mayoría de nosotros va a morir en el intento, pero eso no debe acobardarnos. De nuestro esfuerzo, de nuestra accionar digno, glorioso, inmortal, surgirá vida. De nuestro final como individuos el colectivo se verá beneficiado. Es por eso, compañeros, que no debemos estar tristes. Sabemos que si morimos, estaremos dando aliento a otros intereses más nobles, más trascendentes. Pero bueno, basta de palabras. ¡A la acción concreta! ¡Salgamos, espermatozoides!

### **Confesión**

¿Nombre y edad?

Matilde Ramírez, 65 años.

¿Por qué lo hizo?

Por amor... Lo quería muchísimo, pero me engañó. El fue el enfermero de mi esposo durante su agonía. Tenía cáncer, y estuvo los últimos meses en la casa, cuando ya no había nada que hacer. Venía todos los días a atenderlo. Jovencito como estaba –22, creo– era muy bueno en su trabajo. Y tanto vernos que finalmente terminamos enamorándonos. Cuando murió Esteban, empezamos a salir. Quería dejarle algo de mi fortuna, pero me engañó. No me había dicho que era casado... con un varón. Por eso, lo maté.

### **Cuestiones urbanísticas**

El Alcalde no entendía por qué tanta insistencia.

Primero lo visitó el cura párroco de la Iglesia La Merced, esa que está en la acera norte de la avenida. Ahora la madre superiora, del Colegio Sagrado Corazón, que está justo enfrente, en la acera sur. Y ambos con lo mismo: que el conducto principal de drenaje que se montaba no pasara por ahí, que hiciera un rodeo a ambas edificaciones. ¡Qué raro!

Los trabajos no se interrumpieron; las máquinas continuaron abriendo la zanja. La sorpresa fue grande cuando descubrieron el motivo del pedido: ¡el túnel por debajo de la calle!

### **Experto**

En principio dijeron que era un ardid para negociar una mejor jubilación. Luego afirmaron que se trataba de una enfermedad psiquiátrica. Viendo que las denuncias que seguía presentando se les iban de la mano, decidieron eliminarlo. Lo hicieron pasar por "suicidio". Pero su sobrino –no tenía hijos– reveló las intimidades del caso. Desde hacía 27 años trabajaba para la agencia. La noche del 10 de septiembre fue uno de los tres encargados de colocar los explosivos en las Torres. Por remordimiento, o vergüenza, o desesperación, un mes después contó los detalles. Los 3.000 muertos del día 11 le pesaban mucho.

### **Reencuentro**

De origen hispano, llevaba por nombre artístico Tom Martínez. Era ahora uno de los más cotizados de Hollywood. Vagamente sabía lo del orfanato pero no le constaba lo de un hermano gemelo. Prefería no hablar de su pasado.

Para la actual película se necesitaban varios dobles; algunos, en osados trabajos con las escenas violentas. Cuando lo vieron, todos inmediatamente supieron que ése era el más indicado; no había muchos indígenas mexicanos en condiciones de suplantarlo.

Aunque Tom lo evitaba, Cipriano Xenóchitl, el doble, lo intuía. ¡Eran demasiadas coincidencias!

Fueron necesarias varias copas para que ambos lo descubrieran y aceptaran. "*¡Hermano!*"

### **Sueño pasajero**

De su época de pandillero arrastraba el pseudónimo: "Cloroformo" –porque durmió a uno de una patada–. Ahora, borracho irrecuperable, contentábase con comer cada noche de algún basurero.

Hurgando entre los desperdicios encontró el maletín. ¡Más de 100.000 dólares! Urgente fue a gastarlos. Cerró el cabaret, ordenó whisky para todos y pidió tres mujeres. Se emborrachó como nunca. Por supuesto, estuvo impotente.

Niños de la calle le robaron lo que le quedaba.

Tanta fue la vergüenza que prefirió morir por las torturas de los narcotraficantes que habían ocultado el maletín en aquel bote antes de revelar que había perdido todo.

### **Un aventurero desventurado**

Fue el único sobreviviente de la catástrofe. El avión cayó en medio de una espesa selva tropical, y después de caminar más de dos días, se encontró con ellos. En todo momento pensó que sería fácil engañarlos. En la caída no se le había dañado el *discman*, y con ello pudo lograr –creía– mantenerlos hechizados. Todos querían escuchar esa "música mágica" que hacía el forastero. Después fue el turno del despertador de su reloj pulsera. Con tanto "truco" los man-

tendría embelesados hasta conseguir ganarse su admiración. Después sería sencillo manejarlos. Eso creyó, hasta el día que se lo almorzaron.

## **Apuesta**

La noche sin luna resultaba tétrica. Pero habiendo apostado, no podía dejar de cumplir. "Clavar un clavo sobre la tumba de Humberto" era el pacto. A medianoche saltó la tapia del cementerio. Envuelto en su capa buscó a tientas el sepulcro designado. Los otros miraban desde fuera.

Con pocos golpes de martillo hundió el clavo. Al comenzar a salir fue agarrado por algo que le retuvo. Murió en el acto de un paro cardíaco. "¡La mano del muerto!", exclamaron todos. Luego se supo que había clavado su propia capa, y al intentar caminar el clavo se lo impidió.

## **Una vida incómoda**

Las inundaciones son monstruosas. Se vienen cada tanto... Son unos torrentes de agua jabonosa, con espuma. ¡Son terribles! Ya sobreviví a varias.

Y algo también increíblemente incómodo son esas operaciones rastrillo que hacen cada tanto. Es como que te estuvieran pasando un peine que arrastra todo, y si no estás atento, te llevan... La verdad que todo esto es una situación muy incómoda: hay que estar siempre cuidándose, alerta.

Y algo también muy molesto son esos ataques con esos dedos gigantescos que hacen cada tanto. Creo que a eso los humanos lo llaman "despiojarse".

¡Triste nuestra vida de piojos!

## **Viaje accidentado**

*"El último viaje de hoy"* se dijo Ramón subiendo al pasajero. Catorce horas diarias en el taxi agobiaban; *"pero, ni modo..."*

Anocheceía. Sólo recuerda cómo fumaba esa persona: *"cuatro cigarrillos, uno tras otro"*, declaró luego.

Lo llevó frente a la casa del combativo sindicato metalúrgico, *"el que estaba en huelga"*. Le dijo que demoraría unos minutos en un trámite; en garantía dejaba las cajas con zapatos. *"¡Hasta me mostró un par!"*

Como tardaba mucho, Ramón fue rapidito a un baño. *"¡No eran zapatos, señor!"*

Ramón se salvó, pero el taxi se deshizo todo en la explosión. Y el sindicato también.

## **Violinista**

Por años estuvo preparándose para ese momento. Era un aventajado estudiante de violín, y sus maestros le auguraban un gran futuro. La sala de conciertos del conservatorio estaba llena – familiares de alumnos fundamentalmente– y el "Capriccio" que iba a interpretar podría promoverlo a ganar una beca para viajar a Europa.

Pero él prefería el bajo eléctrico. Secretamente había formado un grupo con algunos amigos: "Los desafortunados", aunque aún nunca habían actuado en público.

Cuando salió a escena lo decidió, no antes. Su profesor quedó estupefacto. La sonoridad era magnífica; la técnica, impecable. Pero nadie se esperaba un rock and roll fogoso allí donde debía sonar Paganini. Terminada la improvisación, rompió el violín.

Sus padres hablaron de internarlo en un psiquiátrico, mientras los de la revista de arte "Nuevas tendencias" propusieron que se le entregara el Premio Nacional de Música de ese año.

Ahora Ramiro toca el charango en un conjunto de latinoamericanos en una estación de metro en París. Por cierto, ya no se habló más con sus progenitores.

## **Jubilación**

Era su última misión. "*Más de cuarenta años dedicado a esto...*", exclamó con una mezcla de alegría y resignación. Se calzó sus botas, sus guantes, su capucha. Nunca, en toda su carrera profesional, había tenido una mácula. Todo el mundo lo admiraba, aunque ahora, seguramente por lo avanzado de la edad, más de algún crítico anónimo ya había sugerido que era el momento para retirarse, que era mejor hacerlo ahora, aún en la gloria, y no esperar un deterioro que podría arruinar décadas de brillo. Él también pensaba así, aunque su deseo más recóndito hubiera sido seguir con su trabajo. Pero, inteligente como era, se dio cuenta que ya iba perdiendo eficiencia. El momento para decir adiós había llegado. En la misión anterior una de las bombas nucleares que debió detener en el aire con las dos manos le había producido alguna quemadura. "*Mal presagio*", se dijo, y fue ahí donde tomó la decisión. Lo que lo angustiaba era que, en todos sus años de super héroe, nunca había hecho aportes jubilatorios, y ahora no sabía de qué iba a vivir. No tenía claro si para pedir limosnas en la puerta de alguna iglesia convendría usar el traje con el que se hizo famoso, o eso sería un problema. Volando ahora entre las nubes, en su último vuelo, lo decidiría.

## **L'amour, toujours l'amour....**

La quería entrañablemente. Había sido un amor fulminante, a primera vista. Cuando llegó a Tokio para estudiar su maestría en informática, temía que su precario japonés no le permitiera desenvolverse bien. Trasladarse desde Colombia a un país tan lejano, sin ningún familiar, sin ningún amigo, para estudiar más de diez horas diarias en un ambiente tan desconocido, era todo un reto. Muchas veces pensó que no lo lograría, pero conocer a la bella Takako –también estudiante de la maestría– le animó y le llenó de energía.

Noviaron por espacio de casi los dos años que duraba su beca. En Colombia, igual que en tantas partes del mundo, era una extendida fantasía estar con una geisha japonesa. A veces no

podía creer todo lo que estaba viviendo. No fueron pocas las veces que les encontraba el amanecer luego de toda una noche de amor, aún con más ganas de seguir amándose.

Estaba comenzando a contemplar la posibilidad de quedarse en forma definitiva en Japón, incluso contraviniendo el contrato que le obligaba a retornar a su país natal. El amor por la hermosa Takako estaba más allá de todo. Hasta que sucedió lo impensable. Un mes antes de finalizar la beca la descubrió besándose con un varón. Jorgelina no pudo tolerarlo y mató a su novia japonesa.

Ahora, detenida en Tokio, ha contemplado la alternativa de suicidarse. Pero hay que ser japonés de origen para atreverse a practicar un harakiri.

### **El que ríe último ríe mejor**

Jean-Pierre no entendía por qué la mujer a quien violó, *"la negrita esa de provocativa minifalda que paraba siempre en la esquina de rue Bonaparte, a una cuadra de la plaza Etienne"*, como relató luego a los investigadores policiales, no opuso resistencia. Siempre, en sus reiteradas violaciones anteriores, las mujeres se oponían desesperadamente, forcejeaban, pateaban, gritaban. Ésta, por el contrario, hasta parecía divertirse. Incluso llegó a animarlo para que la penetrara más veces. Cuando luego lo supo, entendió ese proceder: Zulma, la prostituta marroquí que Jean-Pierre violó –por supuesto sin usar preservativo– esa noche de julio en aquella oscura callejuela de Bruselas, tenía Sida.

### **Conclusiones y recomendaciones**

Luego de fogosas discusiones por espacio de un mes, el panel de veintidós expertos internacionales pudo llegar a concluir por unanimidad que:

*"La especie humana está condenada a sufrir. Sus condiciones de base la llevan inexorablemente a estar enfrentándose entre sus miembros, a vivir dominada por la idea del poder, a buscar siempre la eliminación del otro semejante. La infinita sucesión de hechos violentos que marcan su historia –guerras, enfrentamientos diversos, luchas interminables, agresiones mutuas– lo evidencian de modo patético".*

Ahora bien, las recomendaciones no fueron unánimes. Un grupo sugirió que:

*"No obstante todo ello, y sabiendo que la victoria final no está asegurada al respecto, hay que seguir apostando al amor fraterno, aunque eso tenga mucho de quimérico".*

Pero el grupo que se impuso, recomendó:

*"No habiendo otra salida, y ante la catástrofe a que se ha llevado la vida en el planeta, recomendamos que se active todo el arsenal termonuclear disponible".*

Se dice que uno de los expertos expresó, en tono de broma: *"al menos nos queda la posibilidad, si alguien sobreviviera, de empezar todo de nuevo. Y quizá así esta vez lo hacemos mejor"*.



## **Chapuzón inesperado: buena receta**

Con 63 años, estaba en la plenitud de su carrera como director de orquesta. Especialista en Mozart y Haydn, sus grabaciones se habían hecho célebres, habiendo logrado así amasar una considerable fortuna. Wilhelm von Krauersaut era todo un excéntrico.

Luego del primer vómito de sangre, el diagnóstico fue inequívoco: le dieron no más de seis meses de vida. Mientras le duraran las fuerzas, decidió hacer una despedida que lo guardara en la historia como más célebre aún de lo que ya era. Y más excéntrico. Organizó un concierto final en las cataratas del Iguazú.

Le aconsejaron que no, que era demasiado arriesgado, pero nada lo hizo desistir en su determinación. Y el gran día llegó. Había más de cien profesores y un coro de cincuenta voces apostados en un escenario levantado sobre la Garganta del Diablo, y eran alrededor de tres mil las personas asistentes, ubicadas en improvisadas pasarelas que surcaban los otros saltos. El juego de luces que acompañaba el concierto era fascinante. El programa elegido contemplaba tres obras monumentales: la Sinfonía Fantástica de Berlioz, la Obertura 1812 de Tchaicovsky y la Novena Sinfonía Coral de van Beethoven. Cuando sonaba la Marcha del Suplicio, del compositor francés, sucedió lo inesperado. Una de las pasarelas cedió, cayendo más de mil oyentes a las cataratas. El golpe emocional fue tan grande para von Krauersaut que, contrariando todos los pronósticos, vivió cuatro años más. Dicen que en un baño público de su Munich natal apareció la inscripción anónima: "Cura para el cáncer de pulmón: arrojar al agua a unos cuantos".

## **En el confesionario**

Padre, he pecado.

¿Qué hiciste, hijo?

Maté.

¿Estás arrepentido?

Un poco. Pero..., era mi trabajo.

¿Tu trabajo?

Sí, padre: soy militar. Estamos en guerra.

¿Te consideras un buen hombre?

¡Por supuesto! Soy buen cristiano, buen padre de familia, defensor de nuestros valores occidentales... Pero a veces siento que los comunistas también son seres humanos, y me agarran esas culpas.

No te preocupes; reza diez padrenuestros y el Señor te acogerá gozoso.

Gracias. Padre: no me reconoce, ¿verdad?

No. ¿Quién eres?

El general Francisco Franco.

¡¿El generalísimo?!... Con dos padrenuestros es suficiente, Excelencia.

## Historia de un muerto

Fue por la avenida Ayacucho. Eran alrededor de las seis de la tarde, la hora en que sale todo el mundo de sus trabajos. La calle era un río torrencioso de gente por lo que, en un primer momento, nadie se dio cuenta que había sido él. Se escuchó el disparo –luego se supo que era un policía privado repeliendo un atraco en una agencia de seguros– pero nadie pudo precisar más detalles. La bala perdida le dio en la cabeza.

En un momento la ambulancia ya estaba recogéndolo. Los curiosos agolpados en torno al cuerpo ensangrentado molestaron un poco a los paramédicos aunque, muy profesionales, en cuestión de segundos lograron cargarlo. Inmediatamente, a las pocas cuerdas de comenzar el recorrido, lo dijeron sin temor a equivocarse: estaba muerto. El balazo le había destrozado el cerebro. Ya no valía la pena seguir con la sirena activada.

Al día siguiente lo estaban recogiendo en la morgue municipal. Viendo que no regresaba a su casa a la hora habitual –era sumamente puntual, rutinario– la familia se inquietó y comenzó las averiguaciones del caso. En poco tiempo pudieron localizarlo. La esposa y el hijo mayor –doce años– fueron a retirar el cuerpo. La hija menor esperó con unos familiares mientras se cumplían todos los trámites.

Julián se alegró mucho cuando reconoció las voces de su mujer y de su hijo. Quería hablarles, quería decirles todo lo que los quería... pero no le salía una palabra. Viendo que no lograba comunicarse así, trató de moverse... pero el cuerpo no le respondía. No entendía qué pasaba. Recién ahora comenzaba a salir del aturdimiento y se había sorprendido –y asustado– al verse en el medio de todos esos cadáveres. Sentía un poco de frío en esa cámara congelada. No entendía bien qué había pasado. Recordaba vagamente la calle llena de gente por donde caminaba y, de pronto, un dolor en la cabeza. Después: más nada. Y esta cámara fría de ahora...

Cuando lo preparaban para su velorio sintió una gran impotencia y mucha ira. Quería decirles que no lo hicieran, que lo dejaran levantarse y salir. Quería agitar los brazos, gritar, mover las piernas... Pero no podía. Le pareció, en un momento, que podía levantar una ceja. Se puso contento cuando creyó notar que eso le era posible. Aunque evidentemente no lo era, pues nadie respondía a su gesto. Contra su pesar tuvo que aceptar sombrío la situación: estaba muerto.

Pero ¿cómo era posible? Si él no había hecho nunca mal a nadie, si todavía se sentía una persona muy joven –tenía 38 años–, si jamás había dado que hablar con conductas reprobables... Si era casi un modelo de perfección como padre, como empleado, como hijo, como ciudadano (bueno, recordó que una vez se había atrasado dos meses en el pago de la tarjeta de crédito, ¡pero luego se puso al día, por supuesto!)... si todo eso era así: ¿cómo esta injusticia ahora? ¿Por qué morirse por culpa de una bala perdida con la que nada tenía que ver?

Quiso enterarse de más detalles, por lo que aguzó el oído cuando alguien –parece que era su primo, el gordo, ese con el que iba a pescar cuando adolescente– contaba los pormenores de su muerte. No había muchas vueltas que darle al asunto: una bala perdida le había destrozado la cabeza y estaba muerto, bien muerto. Mañana iba a ser el entierro.

Recordó eso que había visto en la televisión vez pasada, ese estado raro, medio anormal por el que una persona parece muerta pero no lo está. No tenía presente el nombre, y tampoco podía preguntarlo a nadie. O, por más que intentara hacerlo, nadie le respondía. Le venía en mente la palabra "cataplasma", aunque sabía que no era esa. "Cata... cata... ¡cataclismo!", se dijo emocionado. Pero no era así. Además de la angustia de la situación, se le sumaba ahora la que le producía no poder recordar la palabra. De todos modos, enseguida dejó eso. No importaba el nombre. Debía ser esa cosa de nombre raro, ese estado extraño, pensó, sin importar cómo se llamara. Y según había visto en la televisión, la gente que sufría ese estado, después de un rato, unas horas, despertaba. "Y... ¿si lo enterraban vivo?", se preguntó consternado.

Al velorio llegó una regular cantidad de gente. Pocos lo lloraron con convicción: su esposa, sus dos hijos, sus tres hermanos. La mayoría repetía las consabidas frases de ocasión, las mismas que él decía cuando iba a otros velorios. Lo que no podía entender es cómo era eso de sentirse vivo sabiendo que estaba muerto. Aunque, "¡no, no estaba muerto!", se decía para sí. "Si tengo plena conciencia de todo lo que está pasando... ¿O así será estar muerto?"

Pensó con honda consternación que si eso era estar muerto... era horrible. No podía decir ahora: "entonces: mejor muerto", porque efectivamente, estaba muerto. Se había imaginado la muerte de otra manera. No era un tema que le preocupara especialmente éste, pero tenía otra idea del asunto. Las pocas veces que le dedicaba algún tiempo a pensar esto, esperaba que la muerte lo encontrara en una cama, sin sufrimientos, descansando. Era, según creía, un sueño largo del que uno ya no despierta más. ¡Pero nunca hubiera imaginado que podía sobrevenirle en plena calle y en un horario pico, rodeado de gente desconocida, entre los gritos de la muchedumbre y el ruido del tráfico! No, no era eso lo que deseaba...

"Pero, claro... las cosas no son siempre como uno las desea", reflexionaba con amargura. "¿Y qué pasará luego, cuando cierren la tapa del ataúd?". Eso lo tenía desesperado. "¿La noche eterna?... Pero, si yo puedo pensar aún... ¿qué voy a hacer todo el tiempo aquí, encerrado, con las manos cruzadas sobre el pecho sin poder moverme pero pensando y sintiendo todo?... ¡Es un espanto!"

Recordaba haber visto que la gente que sufría de esos raros estados que ahora no podía recordar cómo se llamaban –"cata... cata... ¡catapulta!... No, no era catapulta... ¿Pero cómo era?"–, bueno, recordaba que a veces, inmóviles como estaban en su féretro, antes que los enterraran daban a entender que seguían vivos... llorando. Así vio una vez en una documental por televisión.

Decidió llorar entonces. Pero no podía. Primero, no le salían lágrimas. Y, además, no tenía ningún motivo que lo hiciera sentirse con ganas de llorar. Lo que le estaba sucediendo más bien le producía terror. Pero no tristeza.

Intentó serenarse y pensar en cosas tristes de su vida, a ver si de esa manera lograba llorar. Pensó en la muerte de sus padres. Esos habían sido momentos feos; recordaba que en ambos casos había llorado. No mucho, pero sí lo suficiente para que nadie dijera que no quería a sus progenitores. Con su madre lloró un poco más; la quería mucho, sin dudas. Pero ahora, al evocar aquel momento, no le venían las lágrimas. Pensó en otras circunstancias tristes...pero nada: las lágrimas no venían.

Cuando comenzó a escuchar las palabras del cura diciendo el responso, se desesperó. "¿Pero cómo nadie se da cuenta que no estoy muerto?!... ¿O así es estar muerto?" Julián no sabía cuál de las dos cosas lo trastornaba más. Pensó que sería terrible pasar toda su vida así, en un cajón... bueno, hasta le resultaba cómico descubrirse pensando eso. Si era un difunto, lo que le tocaba de ahora en más no era "seguir pasando la vida". Era ¡hacer de muerto!

Pero nunca se imaginó que los muertos pensaban, sentían, podían tener todas las sensaciones que él ahora experimentaba.

"La vida será una porquería... pero es más lindo que estar muerto", se dijo con aflicción. "¿Qué hacer entonces? ¿Resignarse?"

La tapa fue colocada entre el llanto de los más allegados. Al menos antes Julián podía ver y escuchar a la gente; ahora no. Eso le llamó poderosamente la atención: si tenía los ojos cerrados, ¿cómo era posible que viera a los asistentes a su velorio? Porque de ello no le quedaban dudas: ¡estaba viendo a las personas! Ahí estaba su hijita Viviana, de ocho años, con el vestido azul que le habían comprado hacía no más de un mes. Y su hijo Omar, con muchos granitos en la cara –cosa que al jovencito lo tenía sumamente preocupado y sobre lo cual Julián le hablaba siempre diciéndole que eso ya le iba a pasar, que no era nada grave—. Ahí lo podía ver perfectamente, no era una alucinación. Cada vez entendía menos la situación.

Ahora, cerrado ya el féretro, no podía ver nada; e incluso escuchaba con mucha dificultad. Lo incomodaron los barquinazos cuando el ataúd era trasladado. "¡Esto no es vida!", se permitió bromear. Tuvo, por otro lado, la sensación que sonreía por la humorada. Pero no podía compartir el chiste con nadie, lo cual lo afligió. "¿Le crecería la barba ahora?", siguió cavilando. Algo inexplicable lo forzaba a reírse de la situación. No podía ser cierto todo eso que estaba atravesando. "¿Cómo voy a estar muerto si estoy pensando estas cosas? Los muertos no piensan, ¿verdad? No, no...no estoy muerto. Esto es todo un chiste que me están haciendo".

Las paladas de tierra que iban tapando el cajón lo convencieron que allí no se trataba de ningún chiste. Por otro lado, si fuera un chiste...no entendía cómo podría ser posible. ¿Quién iba a estar haciéndole un chiste de esa naturaleza?

Muy a lo lejos escuchó los últimos llantos de sus familiares directos. Escuchó la voz de su hija que lo llamaba desconsoladamente. Y eso lo paralizó. Nunca en su vida había sentido tantas ganas de gritar. Ahora lo intentaba con desesperación, pero la voz no salía. "¡Aquí estoy, Vivianita del alma! Hija mía: no estoy muerto, no. Hay un error. Diles a todos que me saquen. ¡No estoy muerto!" Sintió que todos iban retirándose. Le pareció escuchar, incluso, muy a lo lejos, motores de automóviles que se ponían en marcha y se alejaban.

"¿Y qué hacer ahora?"

La sensación que tuvo fue horrible, espantosa. Si lo que le estaba pasando era un ataque de esa enfermedad—"¡catalepsia!", por fin la recordó—¿cuándo despertaría? Y cuando despertara, ¿qué haría? ¿Cómo salir de ahí?

Perdió la noción del tiempo. No podría decir cuánto pasó encerrado en el cajón, y mucho menos de qué manera había sucedido, lo cierto es que en algún momento se encontró en un lugar conocido. No lo podía creer, no era posible. Enseguida reconoció el sitio: ¡estaba en su barrio!

No le importó mucho saber los por qué. Lo primero —y único!— que pensó fue en cómo llegar a su casa. No estaba nada lejos, sólo un par de calles. Encontró todo igual, y sin pensarlo dos veces, caminó apresuradamente. En realidad, no era caminar; era una carrera atropellada, aparatosa. Pero algo sentía que estaba mal: sus pasos no hacían ruido. Se detuvo un momento en su alocada marcha y miró sus pies. Llevaba puestos los mismos zapatos que aquel día en que había recibido el balazo fatal.

No entendía bien qué sucedía. ¿Por qué no hacía ruido? ¿Qué estaba pasando? Luego de un pequeño instante de cavilación, siguió su loca carrera. A los pocos metros se encontró con un vecino conocido de años, don Ricardo, que venía caminando. Quiso ver cuál era la reacción de este buen hombre, anciano ya, a quien había visto en su funeral. Pensó también que el pobre se podría morir de un paro cardíaco al verlo vivo nuevamente, pero después de todo no era tan fea la muerte, porque él ya la había conocido, y en realidad, más allá de la soledad, no se sufría tanto.

Se acercó hasta el buen hombre y lo saludó efusivo. "¡Hola, don Ricardo! ¿Se acuerda de mí todavía?" El interpelado siguió su marcha cansina sin prestarle la más mínima atención. "¡Eh, don Ricardo. Soy Julián, su vecino. ¿No se acuerda? ¡El que se murió de una bala perdida en la cabeza!". Don Ricardo continuó inmutable. Le pareció verlo más avejentado. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde su muerte? El envejecimiento del vecino lo asustó. "¿Habrán sido varios años?"

Siguió su marcha. Le quedaba como argumento pensar que don Ricardo, muy avejentado, estaba ya muy sordo, deteriorado por la edad, con demencia senil quizá, y por eso no lo reconocía. De todos modos ahora no continuó corriendo. Iba caminando con tranquilidad observando atentamente cada detalle del sector. Era una sensación grata. No recordaba haber caminado por su barrio anteriormente de esa manera, disfrutando cada cosa, cada esquina, cada

casa que veía, cada árbol. El corazón le palpitaba, lo cual lo hizo sentir vivo, bien vivo. Había llegado frente a la puerta de su casa.

Se detuvo un momento. Había muchos detalles cambiados. Eso le hizo suponer que había pasado ya un tiempo considerable desde su entierro. El frente de la casa tenía otro color ahora, y las cortinas de la cocina que alcanzaba a ver era nuevas.

Así estuvo por espacio de unos minutos, pensando qué iba a decirle a su familia. ¿Lo reconocerían? ¿Se morirían de miedo al verlo nuevamente? ¿Cómo reaccionarían?

Además de preocupado, estaba contento. Muy contento, rebosante de alegría. ¡Estaba volviendo a su casa! ¡Ya no estaba muerto! ¡Ahora sí se iba a terminar el equívoco! Aunque todos los cambios que veía le hicieron pensar en un mal presagio. "¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Y si ya no me recuerdan?"

De pronto vio salir a su esposa. Bueno... su ex esposa. "¿Cómo tendría que decirle: esposa o ex esposa?" Poco importaba eso. Lo cierto que ahí estaba Marta, bonita como siempre. Pero su sorpresa fue mayúscula. Casi muere de la impresión —por decirlo de alguna manera— cuando vio que ella estaba embarazada. "¿Será mío?" Inmediatamente recordó que antes de recibir el balazo en la cabeza aquella tarde, Marta nunca le había hablado de un nuevo embarazo. O podría ser que no se lo había querido contar aún y le iba a dar una sorpresa.... Claro, eso tenía que ser. ¡Una sorpresa! Le iba a dar una sorpresa y la muerte lo sorprendió antes... Eso era. "¿O sería de otro?..."

Julián quedó sin palabras. Vio cómo ella salía lentamente de la casa, algo más avejentada, y caminaba con la misma parsimonia de siempre. La miró alejarse. Quería decirle algo pero no podía. Además, ella había pasado a no más de dos metros de donde él estaba parado y no le había dirigido la palabra. ¿Sería posible que no lo hubiera visto? ¡No, no, eso es imposible! "¿No me habrá querido saludar? Pero... ¿por qué?"

Cuando Marta se alejaba, Julián la llamó. Sintió que pronunciaba su nombre claramente, pero no escuchó su propia voz. ¿Cómo era posible eso? Insistió. Gritó. Gritó con todas sus fuerzas. Pero nada... No se escuchaban sus gritos. Justo en ese momento pasaba por la acera una vecina de años: doña Leonor (también recordaba que había estado en su funeral). En forma precipitada, aún sabiendo que la pobre mujer podría no entender nada, sorprenderse de verlo de nuevo ahí parado frente a la puerta de su casa, aún a riesgo de todo eso decidió hacerla participar en la escena. Acaloradamente, casi gritando, se dirigió a la mujer: "¡¡Doña Leonor, no se asuste: soy yo, Julián!! Ya le voy a explicar cómo es posible todo esto, pero ahora, por favor, por diosito lindo, ¡¡llámela a Marta!! Por favor, doña Leonor: dígame que volví".

Pero doña Leonor siguió caminando ajena a todo.

"¡Doña Leonor! ¿No me escucha? ¿No me ve, doña Leonor? Soy yo, ¡Julián!"

La mujer siguió su camino imperturbable y dobló la esquina.

A Julián lo ganó la desazón, la desesperanza. No entendía lo que estaba sucediendo. "Pero, ¿estoy o muerto o no? ¿Esto es estar muerto? O sea que uno puede hablar, pensar, sentir, ver y escuchar a los demás... pero nadie puede verlo ni escucharlo a uno. ¡Qué cosa tan rara esto de estar muerto! Yo pensaba que era distinto: que uno se quedaba dormido para siempre, ya no sentía nada..."

Estaba atormentado con todas sus cavilaciones. En realidad no sabía bien qué hacer, si valía la pena seguir insistiendo con los vivos, llamarlos, intentar presentarse ante ellos.

Empezaba ya a resignarse a que su actual existencia era eso: un estar sin estar, cuando de pronto le pareció ver venir a su hija Viviana. Estaba irreconocible: era ya una muchachita y no la niña que él había dejado cuando murió. "¡Cómo nos cambia la vida!... Bueno, pero más aún la muerte, ¿no?", reflexionaba con amargura.

Viviana no venía sola; iba con su tío, el hermano menor de Julián. A una prudente distancia él los observaba. No se decidía aún a presentarse ante ellos a ver qué pasaba esta vez, cuando por la misma acera, pero en sentido contrario, venía caminando Marta. Seguramente había ido de compras. Traía un par de bolsas repletas con productos del mercado, ante lo cual el hermano menor de Julián, Luis –"Luisito, para todos... ¡cuántos recuerdos!..."– solícito salió hacia ella. Se saludaron con un beso en la boca, beso que no podía ser de cuñados.

Julián quedó estupefacto. No lo podía procesar. "¿Eran pareja entonces? Pero, ¿ese embarazo?... ¿Será de Luisito?" Por varios minutos quedó atontado. En ese instante tanto Marta como Luis y Viviana entraron en la casa. Julián quedó en la puerta, parado, trastabillando por la emoción de lo visto.

Un momento después vio llegar a su hijo, Omar, todo un muchachón ya. Venía en bicicleta. La incipiente barba se le dibujaba en el rostro serio, ya sin granitos. Sin pensarlo dos veces Julián corrió hacia él y lo tomó de un brazo mientras le gritaba desesperadamente: "¡Hijo, hijito mío! ¡Soy yo: tu padre! ¿No me escuchas?" Omar sintió algo en el brazo, y con un rápido movimiento de su mano izquierda pareció espantar algún insecto. Eso fue todo. No contestó a los gritos de su padre. No vio nada, no sintió más nada en el brazo. Tomó la bicicleta y entró en la casa.

Desconsolado, Julián ni siquiera quiso llamar a la puerta. ¿Para qué? Así permaneció un buen rato. Lo desesperaba, además de todo lo que acaba de ver, pensar en su futuro. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Dónde dirigirse? No existía, nadie lo reconocía... ¿Volver al cajón? Pero... ¿cómo? Ni siquiera sabía cómo había salido de ahí, cómo había llegado hasta su viejo barrio.

Con una congoja que lo hacía sentir que se moría –bueno, es una forma de decir–, sin saber por qué, optó por tocar el timbre de la que había sido su casa. Un instante después salió a la puerta su hermano Luis. Julián no cabía en sí de la alegría. Corrió hacia él, lo abrazó, quiso

besarlo, todo envuelto en expresiones de alegría. "¡Luisito, Luisito querido! ¡Al final me escuchan. Hace una hora que estoy llamándolos, gritándoles, y nadie me contesta. ¡Volví, Luis! ¡Volví!" Pero Luis lo único que dijo, contestando a Marta que desde dentro de la casa le pregunta quién tocaba, fue, no sin cierto desagrado: "nadie".

Julián no salía de su asombro. Pero... si habían escuchado el timbre, ¿cómo era posible? Insistió. Ahora tocó con más vehemencia, varias veces seguidas. Luis salió con cara de pocos amigos, miró hacia todos lados, y no viendo a nadie, malhumorado cerró dando un portazo. "¿No existo entonces? ¿Y el timbre?... ¿Cómo es posible?"

Nadie sabe con exactitud cómo fue tejiéndose el mito popular. Hoy, incluso, hay varios estudios antropológicos sobre el asunto. La habladuría repite siempre lo mismo: que a cualquier hora, cualquier día de la semana, también por las noches, tocan desaforadamente el timbre de cualquier casa, y nunca hay nadie cuando los moradores salen a contestar. Hubo quienes se tomaron la molestia de dejar cámaras de video filmando por un buen tiempo, y hasta desde la universidad vinieron a hacer esa investigación. Pero quedó claro que no son travesuras infantiles. De hecho, a todos los niños del vecindario se les tiene terminantemente prohibido tocar los timbres. Cuenta la historia que Viviana, la solterona loca del barrio, una vez tuvo una sorpresa tan grande cuando abrió la puerta a la que habían llamado que prácticamente nunca más quiso salir de su casa, y ahí envejeció, solitaria, casi sin volver a hablar nunca más con nadie. Y si escucha tocar el timbre, entra en pánico.



## **Insólitas noticias aparecidas en serios y respetables periódicos**

### **Aparecida el 15 de mayo de 1997 en el Süddeutsche Zeitung, Alemania**

*Es recomendable hablar cada tanto con su compañero de trabajo*

**Munich, 15/5/97.** Los directivos de una empresa de publicidad intentan averiguar por qué nadie se percató que uno de sus empleados estuvo muerto sentado en su mesa de trabajo durante cinco días sin que nadie se interesara por él ni le preguntara qué le ocurría.

Michael Messerschmitt, de 54 años de edad, quien trabajaba como revisor de estilo en una empresa de Munich desde hacía treinta años, sufrió un paro cardíaco en la oficina que compartía con otros veintisiete trabajadores.

El lunes por la mañana llegó a trabajar y discretamente se ubicó como siempre lo hacía en su cubículo reservado, pero nadie notó que no se marchó nunca hasta que el sábado por la mañana el personal de limpieza se preguntó qué hacía trabajando el fin de semana.

Su jefe, Karl Weinachst, declaró: "Michael siempre era el primero en llegar por la mañana y el último en marcharse por la noche, por lo que a nadie le pareció extraño que estuviera continuamente en su sitio sin moverse y sin decir nada. Era bastante reservado y su trabajo le absorbía."

Un examen post mortem reveló que llevaba muerto cinco días tras sufrir un infarto, aparentemente el mismo lunes en que llegó a la oficina.

Como era solo, nadie llamó durante toda la semana para averiguar algo sobre su suerte. Por tanto, nadie cobrará su seguro de vida.

### **Aparecida el 22 de julio de 1998 en el Clarín, Argentina**

*Insólitos modos de sobrevivencia siguen apareciendo tras la crisis económica*

**Buenos Aires, 22/7/90.** Una mezcla de sorpresa, consternación y humor causó la declaración dada por el ganador de un concurso de "resistencia para comer".

Andrés Romagnoli, de 34 años de edad y oriundo de la provincia de Catamarca, residente en la Capital Federal desde quince años, participó junto a nueve personas más en el Concurso "¿Cuánto aguanta?", organizado por una prestigiosa cadena de supermercados de nivel nacional.

Desde el primer momento llamó la atención su presencia: al lado de nueve obesos que superaban en todos los casos los 130 kilogramos de peso, el Sr. Romagnoli lucía casi desnutrido. Nadie entendió bien por qué estaba participando en un concurso de resistencia para ver cuánto podía comer. El público asistente así como los locutores del canal televisivo que cubrió el evento en vivo especulaban que era un toque divertido que se pretendía dar al show.

Terminado el concurso dos de los nueve participantes debieron ser hospitalizados de urgencia debido a la enorme cantidad de comida ingerida, uno de ellos el más obeso del grupo, de 221 kgrs.

El Sr. Romagnoli, sin prisa pero sin pausa, pudo comer 14 emparedados de jamón y queso, dos pizzas enteras de anchoa, dos tortas de chocolate, acompañado todo ello con tres litros y medio de gaseosa.

Contento, terminado ya el evento manifestó que hace seis meses que está desocupado, y por cuatro días estuvo sin comer preparándose para el concurso. El triunfo, según manifestó, se lo dedicó a su familia y "a la memoria del general Perón".

### **Aparecida el 6 de febrero de 2001 en el ThaiRath, Tailandia**

#### *Original protesta*

**Bangkok, 6/2/01.** Una pareja de esposos –el Sr. Monthathip Komutcharoenkul, 29 años, y la Sra. Phuket Shinawatra, 26 años– habiendo sido víctimas de una estafa, según manifestaron a prensa y curiosos que no podían creer lo que veían, se encerraron en un ascensor a hacer el amor como original método de protesta.

La pareja hizo saber que la empresa financiera Bangkok Insurances and Financial Business, filial local de la multinacional Universal Insurances Corporation Ltd. con sede en Atlanta, Estados Unidos, los estafó en 30.000 dólares depositados en una cuenta de ahorro especial un año y medio atrás.

Al momento de querer retirar sus fondos se encontraron con que ello no era posible, contravieniendo lo originalmente pactado. Según dijeron a ThaiRath, tras dos meses de infructuosos reclamos donde no encontraron respuesta positiva ni en la compañía ni en los juzgados pertinentes, decidieron provocar un escándalo que permitiera hacer público el hecho.

Fue así que en horas de la mañana del jueves 5 de febrero montaron el ascensor del edificio donde está ubicada la empresa financiera –una torre de 32 pisos– y ante los ojos atónitos de otros usuarios que entraban y salían del mismo, se amarraron con cadenas a sus agarraderas, se desnudaron y comenzaron a mantener relaciones sexuales.

La medida provocó indignación en algunos e hilaridad en otros. Los medios de comunicación llegaron más rápido que la policía, quien finalmente los detuvo por escándalos e inmoralidad en lugares públicos. De todos modos la empresa aludida se vio forzada a reaccionar ante la denuncia de la pareja, y al momento del cierre de esta edición había pagado la fianza para sacarles de la comisaría donde los esposos habían sido conducidos, comenzando a negociar "en términos amigables".

### **Aparecida el 18 de octubre de 2002 en Le Quotidien, Senegal**

#### *Ya no se sabe quién es quién*

**Dakar, 18/10/02.** La noche del miércoles 17 del corriente, en el destacamento de policía del barrio de Seuil Bordon de esta capital, fue presentada una insólita denuncia. Doudou Ndiaye, varón transformado en travesti, de 23 años de edad, se presentó ante las autoridades policiales exhibiendo fuertes golpes en diversas partes del cuerpo para denunciar que su conviviente, la Srta. Nafi Ngom Keïta, de 24 años, le había maltratado.

El ofendido (u ofendida, como en todo momento pretendió que se le tratara) manifestó que desde hace un año vive con Nafi, una joven enfermera especializada en manejo de pacientes psiquiátricos, y de quien dijo "le da mala vida, la cela continuamente, la engaña con otras, y además de todo eso, le pega".

Según expresaron fuentes policiales que pidieron el anonimato, fue todo un problema redactar el acta de la denuncia presentada por Doudou Ndiaye. Le Quotidien tuvo acceso a la misma, y efectivamente pudo constatar que había una serie de enmiendas cada vez que debía emplearse una marca de género. Finalmente el escribiente policial optó por poner a/o para cada terminación, a fin de ahorrarse problemas.

El/la ofendido/a dijo estar decidido/a a no regresar más a su hogar en compañía de el/la agresor/a, a no ser que un juez fijara taxativamente las responsabilidades de cada uno/a. E igualmente exigió que Nafi Ngom Keïta fuera apercibida/o, so pena de ser detenida/o si incurría nuevamente en cualquier tipo de agresión.

En el momento mismo de firmarse el acta por parte de el/la denunciante en dependencias de la policía, se presentó al lugar la/el agresora/or, quien ramo de flores en mano intentó infructuosamente convencer a su pareja que retirara la demanda. Si bien llegaron a una amistosa componenda, la denuncia no fue levantada por parte de el/la Sr./Srta. Ndiaye, retirándose ambos/as de la comisaría con lujo de enamoramiento ante la atónita mirada de los funcionarios policiales.

### **Aparecida el 11 de noviembre de 2004 en El Universal, Venezuela**

*No se sabe si fue accidente o suicidio. Y si fue suicidio, fue por error*

**Caracas, 11/11/04.** En la mañana de ayer el servicio de metro se vio entorpecido debido a que fue temporalmente cerrada la Línea 1, ocasionando ello un caos vehicular de enormes proporciones en las calles caraqueñas.

Alrededor de las 06.30 AM, hora pico en que se desplazan grandes cantidades de personas comenzado su jornada laboral, en la Estación Capitolio cayó a las vías el ciudadano de origen colombiano Ángel Gaitán Chávez, de 44 años, siendo arrollado por un tren y muriendo en el acto.

Los bomberos tuvieron que trabajar por espacio de casi una hora para poder retirar el cadáver. No están claras aún las circunstancias del hecho. Testigos presenciales afirman que el amontonamiento sobre el andén hizo que Ángel perdiera pie al ser empujado casualmente por alguien cuando llegaba el tren.

Pero según declaraciones dadas a este diario por una persona de sexo femenino que dijo conocer al occiso, vecina de él en el barrio 23 de Enero y quien pidió el anonimato para brindar su

testimonio, el Sr. Gaitán se quitó la vida tras haber recibido el resultado de una prueba de VIH-SIDA.

Aparentemente, según las declaraciones que este periódico pudo recoger, un mes atrás varios vecinos del referido sector se sometieron a esta prueba diagnóstica, y la ahora víctima fatal habría salido con resultado positivo. Ante la desesperación, y sabiendo que la Empresa de Metro paga un seguro de vida a la viuda superviviente, habría optado por suicidarse, dejando así asegurados a su mujer y a sus cuatro hijos.

Reporteros de El Universal continuaron la investigación en el transcurso del día y encontraron que el centro diagnóstico donde el Sr. Ángel Gaitán se realizara la prueba habría tenido un error, intercambiando los nombres de los examinados, cosa que jamás aceptó reconocer el personal del laboratorio. Por lo tanto, de haber sido un suicidio, el mismo habría tenido lugar por error.

### **Aparecida el 22 de junio de 2005 en el Ayna, Azerbaiyán**

#### *Cuidado con dormirse*

**Bakú, 22/6/05.** El señor Rasim Musábeyov, trabajador de una empresa de mudanzas en la localidad de Siyazan, no olvidará nunca en su vida la tarde del 16 de junio del 2005 y los tres días que a partir de ella le tocaron vivir.

Habiendo sido contratada la compañía donde él trabaja para realizar la mudanza de un laboratorio de análisis y tratamiento de insulina desde Siyazan hacia la capital, Bakú, junto a otros tres empleados se dedicó durante el transcurso del día jueves 16 de junio a mover y cargar en dos camiones todo el material que debía transportarse.

De acuerdo a lo que él mismo relatará luego, el mismo día 16, cuando ya estaba casi todo listo y sólo quedaba por acomodarse una refrigeradora industrial, quiso hacer una broma escondiéndose en la misma. A último momento autoridades del laboratorio decidieron que esa refrigeradora no sería llevada a Bakú sino que quedaría en la cámara frigorífica de Siyazan.

Oculto en el aparato –de más de dos metros de altura por un metro y medio de ancho y uno de profundidad–, seguramente cansado por el esfuerzo realizado, cayó dormido. Sus compañeros, al notar la ausencia, según pudo reconstruirse posteriormente, optaron por no darle importancia al asunto, y procedieron a acomodar el aparato en la cámara fría tal como les fue indicado.

Maldiciendo la repentina desaparición de Musábeyov, pero no pudiendo hacer nada al respecto dada la responsabilidad de ponerse en marcha para terminar con el trabajo, dejaron ubicada la refrigeradora en el lugar establecido y salieron rumbo a Bakú con ambos camiones cargados. Cuando el señor Musábeyov despertó e intentó salir de su improvisado escondite, descubrió que la refrigeradora estaba dentro de una cámara fría a 30° C. bajo cero.

El que fuera su escondite para su "travesura" pasó a ser su salvación para no morir congelado. Dado el proceso de presurización de la refrigeradora en que durmió su larga siesta, el frío ambiente no lo mató. Pero tuvo que esperar ahí dentro tres largos días hasta que el lunes por la mañana la misma fue abierta y se le descubrió en su interior, deshidratado y acalambrado.

Prometió Rasim Musábeyov que nunca más dormiría una siesta en horas de trabajo.

## **Aparecida el 26 de diciembre de 2005 en Nuestro Diario, Guatemala**

### *Muertos solidarios: un cadáver ayudó a cambiar una llanta*

**Guatemala, 26/12/05.** Los jóvenes Abelino Chicará y Pascual Toj Tzum, de la aldea Guapinol, municipio de Chichicastenango, departamento del Quiché, vivieron una Navidad que no olvidarán jamás en su vida.

El mismo día de Navidad falleció en esa aldea el Sr. Orlando Ixquiac, familiar lejano del primero de ellos. Para cumplir con la última voluntad del difunto, se decidió transportar el cuerpo al sitio donde pidió ser enterrado: Llanos del Pinal, una comunidad vecina a la ciudad de Quetzaltenango. No encontrándose otro medio para hacerlo más que el traslado del ataúd en un pick-up guiado por los jóvenes mencionados, el día 25, en horas de la tarde, emprendieron el viaje.

Según lo relatara posteriormente Toj Tzum, de 22 años de edad –conmocionado aún por lo vivido–, ya entrada la noche al atravesar el túnel de Zunil pincharon una llanta. Como llovía torrencialmente en ese momento, quiso la providencia que el vehículo quedara bajo el túnel en el momento en que llegaban casi al final del mismo. Eso les permitió trabajar sin mojarse para cambiar la rueda. Pero ni bien comenzaron la tarea, se encontraron con que la llave que llevaban estaba gastada y no permitía quitar los correspondientes tornillos.

De noche, lloviendo, y en día de Navidad, desesperaban ya los dos jóvenes sin saber cómo resolver el problema, agravado por la urgencia de transportar el cadáver.

En esas circunstancias apareció un mecánico sin que supieran de dónde, quien solícitamente se prestó a ayudarlos. En un santiamén, de acuerdo a lo relatado por Toj Tzum, el desconocido cambió la llanta, negándose luego en forma tajante a continuar con ellos, rechazando el ofrecimiento de ser transportado pese a la torrencial lluvia.

Sin insistir demasiado, los dos jóvenes continuaron su marcha.

La sorpresa mayúscula la tuvieron en el punto de destino, en Llanos del Pinal. Ni Pascual Toj Tzum ni Abelino Chicará aciertan a explicar por qué el cajón de muerto llegó vacío.

## Misión cumplida

Era un jueves por la tarde. Habían elegido ese día porque lo consideraban el más adecuado: por las tardes, después de almuerzo, la embajada no atendía al público. Además, los días jueves habitualmente no había mucho movimiento.

Juan, el jefe de la célula, hacía más de dos meses que venía estudiando los movimientos de la misión diplomática. En general era él mismo quien iba a hacer cualquier averiguación, cambiando el disfraz en cada caso, para tener información de primera mano. En pocas ocasiones había sido Mireya quien había cumplido esa tarea. Roberto y Santiago no conocían la embajada por dentro sino sólo por los planos que Juan les presentaba.

Era un tanto ostentoso hablar de "la célula", porque ello podía dar a entender que, además de esa, había otras muchas. Lo cual hubiese demostrado que era un movimiento grande, bien organizado, sólido. Y en verdad, no era ese el caso.

El MATE –Movimiento Alternativo Revolucionario para la Transformación del Estado y la Sociedad Burguesa en Uruguay–, nombre un tanto rebuscado, era en realidad más el sueño afiebrado de su fundador que una organización real. Apenas siete personas lo componían, pero según el análisis que proponía Juan, este fermento era el inicio de la futura gran organización de masas.

Juan, 54 años, sobreviviente del otrora legendario Movimiento Tupamaros que operara en Uruguay para la década de los 70 del siglo XX, había estado preso en Montevideo por más de tres años. Torturado, puesto en libertad de forma repentina posteriormente, había pasado buena parte de su vida *"deambulando por el mundo"*, como gustaba decir. Con el retorno de la democracia en el país, también él había retornado. Mucha agua había corrido bajo el puente en tanto tiempo, pero él no había cambiado prácticamente nada en estos más de treinta y cinco años desde su ingreso a la militancia en su época juvenil hasta el momento de la actual operación comando. Incluso su aspecto físico no era la de una persona de esa edad: no tenía ni una sola cana ni un kilo de más, manteniendo la misma barba y fumando con la misma pipa de sus años *"heroicos"*, como solía decir: la época de militancia en una célula del movimiento armado en su Montevideo natal.

Mireya era una jovencita de 22 años, pareja de Juan y, además, su ferviente admiradora. Estudiante de filosofía, habiéndolo conocido en la universidad, encontraba en el jefe del grupo la personificación de cuanta perfección pudiera imaginarse: militancia a prueba de todo, sapiencia universal, ética irreprochable, buen amante... Todo eso, al menos, era lo que Mireya encontraba. Era una relación casi hipnótica; sin dudas hubiera hecho todo lo que Juan le pidiera. De alguna forma, por ese vínculo con mucho de fascinación era que ella ahora estaba en este operativo con un fusil en la mano y la cara cubierta con un pasamontaña.

Roberto (32 años) y Santiago (30 años) se decían de izquierda, y de algún modo lo eran. Pero básicamente eran alcohólicos. Roberto, bastante recuperado. Albañil de profesión, hacía tiempo que no asistía a los grupos de Alcohólicos Anónimos, pero de todos modos ya eran varios meses que se mantenía sobrio. Santiago ni siquiera lo ocultaba mucho: bebía. De hecho ahora, para el operativo, cargaba una botella de caña, y el aliento alcohólico podía sentirse a buena distancia. Juan lo dejaba pasar porque estimaba que era *"un buen cuadro"*, aunque nunca dejaba de hacérselo notar y reprocharle el hábito.

El operativo estuvo muy bien montado. La delegación diplomática no tenía policía como custodio, por lo que fue muy sencillo reducir a las cuatro personas que trabajan en la oficina: el embajador —el único canadiense—, la secretaria-recepcionista, el contador y el chofer. La sorpresa fue mayúscula. Nadie podía esperarse acciones de ese tipo hoy día, terminados aquellos días de la guerrilla urbana ya largas décadas atrás. Menos aún en un país como el Uruguay actual.

El embajador —Jean-Luc Gamalier, 48 años, diplomático de carrera— nunca había estado en destinos que se pudieran considerar peligrosos. Por cierto, la república de Uruguay tampoco lo era. Por otro lado, Canadá, siendo una próspera economía tan capitalista como las principales potencias occidentales, no era un país particularmente mal considerado por su espíritu rapaz e imperialista. Rara vez o nunca se quemaba su bandera en ninguna parte como acto de repudio a su política externa. Por todo ello, el pasar de Jean-Luc Gamalier en suelo uruguayo era cómodo, libre de sobresaltos. Su actividad profesional la compartía con una extendida vida social, sofisticada y banal en muchos casos. Era soltero.

Los otros tres empleados de la embajada eran uruguayos. Rosa, la secretaria, una hermosa muchacha de 22 años, igual que Mireya; Alberto, un obsecuente de alma, que se autodefinía —él suponía que en forma chistosa— como "succiona-calzetines" por decir "chupamedias", contador, que con sus 35 años tenía un aspecto tan indefinido que podría haber pasado indistintamente por un joven estudiante como por un experimentado profesor; y don Carlitos, el chofer, la única persona de la delegación diplomática a la que todos llamaban con el apelativo "don", respetable señor de 62 años de edad, bastante parco, de aquellos que sólo decían lo necesario, pero siempre correcto.

La intención del movimiento MATE era tomar como rehenes a todos los empleados de la embajada, incluido el embajador, y exigir dos puntos: un rescate de diez millones de euros (*"ya no hay que seguir hablando de dólares"*, razonaba Juan, *"así contribuimos de una buena vez a la caída del imperio"*) y la posterior liberación de todos los integrantes de la célula poniendo un avión a su disposición que los trasladara a un punto a determinar luego (quizá Cuba). Eso, según reflexionaba Juan, *"comenzaría a despertar conciencia en el proletariado urbano arrastrando tras de sí a las masas campesinas viendo que cualquier país capitalista, incluso uno supuestamente pacífico como Canadá, también es explotador. Por eso su embajada, representante de intereses explotadores en el mundo, también es un objetivo militar en la lucha por la liberación de la humanidad"*.

Todas estas elucubraciones las realizaba Juan con la más absoluta sinceridad, convencido que las cosas así eran. Y si alguien osaba contradecirlo –por ejemplo Mireya, quizá con una inocente pregunta sobre cómo era en detalle algo de lo que estaba planteando– entraba en un verdadero estado de angustia.

Sorprendidos todos en la embajada, quedaron mudos e inmóviles ante los fusiles que les apuntaban. Sólo se escuchaba la música de fondo, muy suave, que había acabado de colocar en un precario reproductor de sonido don Carlitos: el oratorio "La creación", de Haydn, en su versión en alemán. Raro que un chofer –al menos así lo indicaba el prejuicio dominante– se interesara por esa música. Pero así era el caso.

–*¿Dónde está el embajador?*– vociferó Santiago con la cara cubierta por un pañuelo. Todos los empleados sabían que estaba en la delegación.

Rosa, la secretaria, quien se sintió interpelada en forma directa –se suponía que ella tendría que saberlo y responder– no pudo evitar las lágrimas. Temblando, sin poder articular palabra, con la mano indicó torpemente hacia la oficina siguiente.

–*Con mucho cuidado levántese y acompáñenos donde está él. ¡Pero cuidado con cualquier movimiento raro! ¡Y no se le ocurra gritar!*–, dijo Juan con decisión mientras la apuntaba con una sub-ametralladora.

Rosa estaba en estado de pánico; pero no tanto por los atacantes que le apuntaban y daban estas órdenes con toda rudeza. Se la veía desconcertada, angustiada.

–*¡No, no! No entren...*– dijo al borde del llanto.

–*¿Y por qué no? ¿Está armado acaso?*–

–*No*–

–*¿Cuál es el problema entonces?*– rugió Santiago, a quien los tragos que había tomado amenazaban con hacerle perder la frialdad tan necesaria en un momento así.

–*Es que... esteeee.... mejor que no entren*–, agregó Rosa con un gesto que parecía pedir perdón. Y agregó una mirada casi picaresca a todo el grupo atacante.

–*Aquí hay gato encerrado. ¿Qué es lo que está pasando? Vamos, andá vos adelante*– ordenó Juan dirigiéndose a la secretaria, indicando con el cañón de su arma la puerta que comunicaba con la oficina del embajador.

–*Pero tengo órdenes del señor embajador de no dejar pasar a nadie*– dijo Rosa reponiéndose algo.



–*Lo siento, pero las órdenes ahora las damos nosotros*–, agregó Juan con una sonrisa de satisfacción. –*Vamos, rapidito que no tenemos todo el día para esto*–. Dicho lo cual obligó a la joven, casi a la fuerza, a ponerse en la puerta mientras él se colocaba por detrás y un metro hacia la derecha en actitud de combate.

Cuando la puerta se abrió, la tensión se convirtió en sorpresa, y más aún, en hilaridad: el embajador Gamalier estaba vestido de mujer.

Llevaba puesta una provocativa minifalda color rojo, que le dejaba ver las piernas afeitadas mostrando descubiertos prácticamente todos los muslos, y unos zapatos con plataforma, también rojos, de no menos de 15 centímetros de altura. En la mano tenía la peluca pelirroja que se estaba probando.

–*¿Pero cómo? ¿Es mujer o varón? ¡Está rebuena, mirá, loco!*– exclamó al borde de la excitación Roberto. No lo dijo como chiste, sino convencido de estar diciendo una verdad.

–*¿Este es el embajador?*–, inquirió Juan a la secretaria, con cierto aire de desagrado.

–*Sí, sí...*– respondió turbada.

–*Encima de capitalista explotador, ¡maricón!*–, agregó Santiago.

–*Bueno, compañero: tampoco se trata de discriminar a nadie*–, sentenció Mireya.

Entre los cuatro integrantes de la célula se dio una sensación rara, de cierta incomodidad. Nadie sabía de estas tendencias del embajador, lo cual, de alguna manera un tanto inexplicable, no complicaba las cosas, pero sí les agregaba un elemento impensado que los desconcertó. Se miraban unos a otros perplejos; era una mezcla confusa de risa burlona, fastidio y decepción.

Luego de unos segundos de sorpresa, dirigiéndose al embajador, Juan gritó atronador:

–*¡En nombre del pueblo en armas de Uruguay queda usted detenido!*–

Aprovechando el momento de relativa distracción que produjo esa escena, Alberto quiso correr hacia la puerta.

–*¡Alto!*– rugió Roberto, dispuesto a abrir fuego si el empleado no se detenía.

–*Ni se te ocurra, ni a vos ni a nadie, porque estamos dispuestos a todo, ¿entendieron?*– sentenció Juan con cara que daba a entender que no estaba bromeando.

Acto seguido, luego de un breve intercambio de palabras en voz baja entre los cuatro miembros del grupo comando, esposaron a Alberto: una argolla en su muñeca derecha y la otra en una agarradera de un pesado mueble. No les inspiraba confianza luego del intento de fuga.

Juan, quien era el que tomaba la iniciativa dando todas las indicaciones, hizo venir a los otros tres miembros de la delegación diplomática. Acomodados los cuatro –el embajador seguía manteniendo la peluca pelirroja en su mano, mientras no paraba de temblar–, esposado sólo Alberto, se dirigió al grupo:

*–Ahora ustedes son rehenes de las fuerzas revolucionarias. Nosotros, una célula operativa del MATE, Movimiento Alternativo Revolucionario para la Transformación del Estado y la Sociedad Burguesa en Uruguay, estamos cumpliendo con esta misión, pero desde ya les dejamos claro que no hay nada personal con ninguno de ustedes–.* Los cuatro, a partir de ahora: "rehenes", según lo declarado por Juan, escuchaban sin perder palabra. Cada uno con preocupaciones distintas, con temores diversos, la zozobra principal del embajador era que no trascendiera su condición de travesti.

Luego de una prolongada y encendida presentación de los motivos por los que se estaba tomando la embajada, desarrollada por el jefe del grupo captor, los rehenes, sin terminar de salir de su asombro, se permitieron unas tímidas preguntas.

*–¿Y cuánto tiempo nos van a tener aquí?–* se atrevió a decir Rosa, la joven secretaria.

*–Amigos, yo los entiendo en su lucha. Y hasta que... casi, casi, les diría que en cierta forma los apoyo, esteee, pero... ¿no podrían quitarme las esposas?–* sonó discordante la voz de Alberto.

*–Ustedes perdonen, pero... ¿no podría cambiarme de ropas?–,* inquirió asustado, casi al borde del llanto, el embajador Jean-Luc Gamalier, a quien la copiosa transpiración comenzaba a hacerle correr el maquillaje del rostro.

*–¿Y de verdad, muchachos, ustedes piensan que les pueden satisfacer esas demandas que están pidiendo?–,* preguntó con serenidad don Carlitos, siendo ésas sus primeras palabras desde el momento de la irrupción del grupo guerrillero en la sede.

*–¿Y por qué lo pregunta?–* respondió de mala manera Juan.

*–Es que, me parece, es una exigencia demasiado alta la que piden. Me atrevería a decir que eso no se los van a dar nunca. Y, si no se ofenden, me parece que se equivocaron de embajada, muchachos. Deberían haber buscado otra y no la de Canadá. Esto puede terminar mal–* sentenció con gravedad el chofer.

*–¿Cómo puede saber usted eso?–*

*–No lo sé. En todo caso, es una presunción, una idea que se me ocurre. Ojalá me equivoque, pero esto puede convertirse en una carnicería–.*

Visiblemente molesta por las palabras del rehén, Mireya se apresuró a callarlo.

*–¿Pero qué está diciendo este viejo de mierda? ¿Y por qué no paran esa música de mierda que ya me tiene cansada!?*– en alusión al oratorio que seguía reproduciéndose, majestuoso, bien proporcionado, como cualquier obra de Haydn.

Se hizo un silencio entre todos, entre los dos grupos: atacantes y rehenes, mientras la música continuaba sonando.

*–Tranquila, Mireya, tranquila–*, intercedió Juan tratando de poner un toque de racionalidad, algo artificialmente quizá. También él había quedado golpeado con las palabras del chofer.

*–Bueno, ya vamos a hablar de eso, viejo–* dijo Juan dirigiéndose a don Carlitos, que parecía ser la única persona tranquila en el medio de todo aquel grupo cada vez más tenso. *–Y usted, embajador: prepárese para llamar por teléfono. Usted va a comunicar a la prensa lo que nosotros le vamos a decir–.*

Sacó una lista con los nombres de todos los medios de comunicación donde debía avisarse de la acción, con sus respectivos números de teléfono. Ahí estaban los principales periódicos, canales de televisión y radios del país. También traía escrita la consigna que Gamalier debía pronunciar. Para que no hubiera errores, se la hizo leer como prueba antes de comenzar con las llamadas.

El mensaje era escueto. Debía presentarse diciendo que era el embajador de Canadá, y luego difundir la proclama. No más de media cuartilla. Se explicaban ahí las causas de la operación comando y las reivindicaciones solicitadas, todo dicho en un lenguaje parco, casi telegráfico, pero muy elocuente.

*–¡Y cuidadito si dice una palabra de más!–* amenazó Juan al embajador esgrimiendo su arma en forma amenazadora.

Las llamadas se sucedieron una a una, con el silencio sepulcral de parte de todos los presentes y el oratorio de Haydn siempre como telón de fondo. Fueron once en total.

Todo eso no tomó más de un cuarto de hora. Antes que terminara de llamar a todos los medios que figuraban en el listado, comenzó a sonar la otra línea.

Se miraron nerviosos unos con otros.

*–¡No, todavía no conteste nadie! No antes que el embajador haya avisado a todos los medios–* fue la áspera respuesta de Juan. *–Vamos, prosiga–* le indicó a Jean-Luc, que continuaba

con su ropa de mujer, cada vez más transpirado, más demacrado. En realidad ya era una cosa amorfa, ni varón ni mujer. La tensión suprema que estaba viviendo lo había desmejorado completamente, y el maquillaje esparcido por el rostro le daba un toque payasesco. Estaba sentado masculinamente, con las piernas abiertas, mientras su femenina minifalda dejaba ver todos sus muslos.

Terminadas las llamadas del embajador, comenzaron a contestar las que llegaban a la embajada. Ya tenían decidido que sería Mireya la encargada de eso. En principio eran todos medios de comunicación los que telefoneaban, para tener noticias frescas de lo que estaba sucediendo. Con voz maquinal, seguramente estudiada, la joven se limitaba a decir unas pocas palabras. En realidad el grupo esperaba ansioso otra comunicación: la de alguien que comenzara las negociaciones.

Y finalmente esa llamada llegó. Era el jefe de policía de Montevideo.

Para comenzar a hablar Juan estimó que no estaba mal. Hubiera esperado un funcionario de mayor categoría –alguien de Cancillería suponía él–, pero de todos modos no estaba mal por ser el primer contacto. A partir de ese momento era él quien tomaba las llamadas a su cargo, dejándole Mireya el puesto que estaba ocupando junto al teléfono. Los rehenes, mientras tanto, guardaban completo silencio.

Santiago sacó su botella y dio un largo trago. El nerviosismo era evidente en todos.

Después de unos minutos de conversación, Juan colgó enojado, muy molesto, casi violento.

*–Están queriendo ganar tiempo. No me dijo nada de nada, sólo distraerme–.*

Alberto, angustiado en forma extrema viendo que era el único esposado y que, por lo visto, nadie más correría su misma suerte, con voz que pretendía ser dulce, pero que se quebraba a cada momento, terció:

*–Amigos, miren: aquí en la embajada tenemos algo de efectivo. No sé... quizá eso podría ser para empezar a hablar, ¿no? Y... tal vez podríamos conseguir más. Yo podría intentar hacer algunas llamadas si ustedes me lo permitieran ahora, pero antes les pediría...–*

Juan no lo dejó terminar la frase. Con violencia lo interrumpió:

*–¿Y vos quién carajo te creés que sos, pelotudo? Mejor callate, si no te reventamos–.*

*–Este podría ser el primero que hacemos cagar si no dan respuesta, ¿no les parece?–* dijo Roberto, señalando a Alberto con el cañón del fusil.

*–Sí, yo estoy de acuerdo–,* agregó Santiago con un tono que asustaba y los ojos vidriosos, producto de la ira contenida, pero más aún, de los ya numerosos tragos de caña.

El oratorio "La Creación" seguía sonando. Y por largos momentos era lo único que se escuchaba en la sala. Había un clima pesado, denso. Los teléfonos dejaron de sonar.

Luego de más de un cuarto de hora en que nadie dirigió la palabra y donde sólo se escuchaba la tenue cortina musical de Haydn –que, dadas las circunstancias, más que majestuosa sonaba aterradora–, don Carlitos comentó:

–*Esto es un mal indicio, ¿no les parece? ¿Por qué nadie llama ahora?*–

De pronto pareció oírse un ruido apagado en el pasillo de entrada. La embajada estaba en un octavo piso de uno de los edificios más lujosos de la ciudad, con algunas medidas de seguridad, pero no excesivas. Ese ruido crispó los nervios mucho más de lo que ya estaban.

–*¿Qué fue eso?*– preguntó Rosa.

–*¡Todos al suelo!*– ordenó Juan.

Alberto no podía extenderse en el piso sino sólo agacharse, dado que permanecía encadenado a un mueble. En voz muy tenue intentó hacerlo saber, buscando ser cortés. Pero por toda respuesta obtuvo un furioso insulto de parte de Roberto.

–*Che, ¿y si lo boleteamos de una vez a éste?*– preguntó con malicia Santiago.

–*No, no. Esperemos*–, fueron las únicas palabras de Juan.

Y nuevamente el silencio.

Como el equipo en que se reproducía la música había quedado con la opción de "continuo", el oratorio, una vez terminado –solemne, imponente– había recommenzado. Nadie advirtió eso, o si lo advirtió –quizá don Carlitos sí, que era quien más gustaba de escuchar esa música y quien más solía utilizar el aparato–, no lo había dicho. Lo cierto es que el silencio había vuelto a invadir a los ocho presentes. La escena tenía algo de tragicómica, de grotesca: tres personas echadas en el piso cuerpo a tierra, una de ellas vestida con ropa de mujer siendo varón, una cuarta amarrada a un pesado armario y semi agazapada, mientras otras cuatro, con sendas armas largas y caras cubiertas con pasamontañas o pañuelos, se paseaban ansiosas por la recepción de la embajada.

Así pasó aproximadamente una hora, hasta que una llamada al teléfono celular del embajador quebró la melodía que seguía escuchándose ininterrumpida, arias y recitativos en alemán.

Juan se abalanzó sobre Jean-Luc, que tenía un aspecto casi monstruoso con toda la cara surcada por el maquillaje que se le había ido derritiendo: delineador de ojos, polvos faciales, pintalabios...

–*¡Déjeme ver quién es!*– le espetó. Tomó el aparato y leyó en el visor.

–*Tania... Mmmm, ¿quién es?*–

–*Mi pareja*–

–*¿Hombre o mujer?*–

Rosa no pudo contener una sonrisa pícara.

–*Che, ¡pero qué jefecito te echaste, petisa!*– dijo no sin malicia Santiago guiñándole un ojo a la secretaria, que se había quitado los zapatos para ese entonces.

–*Bueno, conteste. ¡Pero mucho cuidado con lo que dice!, ¿me entiende?*– le gritó Juan a menos de medio metro del oído.

Visiblemente turbado, el embajador respondió. En principio sólo contestó con monosílabos en francés. Al percatarse de eso, Juan le ordenó, de muy mal modo por cierto, que hablara en español.

–*Pero él casi no habla español*– dijo Gamalier con cara de inocente.

–*¡Entonces corte!*–

–*Pierre, mon amour, mira: estamos en una situación un poco...incómoda ahora. Tendríamos que hablar sólo en español, ¿puede ser?*–

Mireya tuvo una ocurrencia:

–*Que le pregunte qué están diciendo los medios acerca del operativo*–.

–*Buena idea*–, sentenció Juan. Y dirigiéndose a Jean-Luc le indicó que eso hiciera.

–*Sí, sí, te quiero mucho...pero ahora tengo que hacerte otra pregunta. Mira, escucha esto: aquí estamos sufriendo un...*– y miró a Juan para ver qué palabra usar.

–*Secuestro. Sí, un secuestro. Hay un grupo de ...*–, nuevamente miró a su captor para ver qué decir. Ante el silencio de Juan, continuó con lo que le pareció lo más atinado:

–*Aquí hay un grupo de... hombres armados que están secuestrando la embajada. Y me hicieron leer un comunicado con todos los medios de comunicación. Mira, mi amor... digo, mira, Pierre: haz esto, por favor. ¿Por qué no miras en la televisión a ver qué están diciendo de esto?*–

Se hizo un nuevo silencio. Todos se observaron nerviosos. Finalmente Jean-Luc retomó la conversación.

—*¿Nada? Que no dicen nada. Ah, bueno*— Y a una seña de Juan, se despidió y cortó.

En la embajada había televisor, por lo que no se entendía por qué era necesario consultar con alguien de afuera para saber qué noticias se transmitían sobre la toma de la sede. Quizá el grupo guerrillero no sabía que estaba ese aparato ahí, o se le había escapado el detalle en su planificación. Quizá contaban con que la noticia provocaría una conmoción en los medios y no pararían de llamar por teléfono para averiguar qué sucedía. Juan hasta había llegado a imaginar que quizá negociaría con una línea telefónica abierta que saldría al aire, para que así todo el mundo se enterara de los pormenores de lo hablado. Pero nada de eso estaba pasando.

—*Parece que se olvidaron de nosotros*— agregó don Carlitos.

—*Miren, amigos: no quiero que lo tomen a mal ni quiero inmiscuirme en los planes que ustedes seguramente ya deben tener trazados, y que por supuesto respetamos, claro, pero me parece que no sería malo si ahora...*— cuando Alberto comenzaba a hablar fue cortado en seco por Santiago.

—*¿Te dijimos que te mantuvieras callado!*— y le acercó el fusil a la cara. —*¿Es que no entendés, la concha de tu madre?*—

Nuevamente el silencio. Sólo la música del maestro vienés rompía la falta de palabras. Así pasó otro buen rato. La tensión reinante hacía que cada minuto se sintiera como una hora. Nadie podía decir con exactitud cuánto tiempo tomaban esas pausas.

Al cabo de un tiempo, quizá quince minutos, quizá media hora, Juan dijo, molesto:

—*¿Pero por qué no se comunica nadie?*—

Todos habían escuchado que el grupo demandaba diez millones de euros como rescate cuando el embajador leyó telefónicamente la proclama ante los medios. No dejaron de sorprenderse con la cifra.

—*¿Y qué piensan hacer con tanto dinero?*— preguntó inocentemente Rosa, que ahora se veía un poco más tranquila. Incluso, pidió permiso para fumar.

—*Es para la causa*— respondió Mireya.

—*¿Qué causa?*— preguntó la secretaria, con naturalidad, casi con asombro.

—*¿Cómo qué causa? ¡Nuestra lucha! Pedimos esa plata para nuestra lucha*—.

–*¿Pero por qué están luchando ustedes? No entiendo*–. Rosa lo decía con total sinceridad, espontánea, mientras fumaba voluptuosa. Convidó un cigarrillo a Mireya.

–*Es que nosotros luchamos por todos, para todos. No es una lucha sólo nuestra, de la célula. Es una lucha popular, del pueblo uruguayo, también para vos*–. Mireya encontró que se iba enredando con sus propias palabras y buscó con la mirada la ayuda de Juan.

–*¿Y qué consiguen con esa lucha?*– preguntó con honesta ingenuidad Rosa.

–*No es fácil explicarlo en dos palabras*– se apresuró a intervenir Juan. –*¿Nunca escuchaste hablar de nuestras reivindicaciones?*–

–*Bueno, le soy... o te soy –¿te puedo tutear, no?–, te soy franca: la verdad que no sé bien por qué están peleando ustedes*–.

–*Por la igualdad de todos*–.

–*¿Y de todas!*– agregó enfática Mireya.

–*Sí, sí, claro: de hombres y mujeres. No hacemos distinciones en ese sentido*– dijo con aire profesoral Juan.

–*¿Pero no es que en Cuba persiguen a los homosexuales?*– preguntó el embajador, cuando parecía que el pobre ya no estaba en este mundo, perdido en sus temblores, demacrado, hecho un ovillo en el suelo.

–*¿Y de dónde sacó eso?*–

–*Lo sé, lo sé ... Todo se sabe*–.

–*Porque algún maricón reaccionario de la isla anda diciendo eso por ahí*– interrumpió con vehemencia Santiago.

–*¿Pero acaso los maricones no tienen derechos?*– inquirió Jean-Luc.

–*En Cuba no hay homosexuales!*– agregó con aire triunfal Roberto.

–*Ustedes perdonen que me intrometa en lo que están hablando, pero creo que lo que dice el señor embajador es correcto. Todos tenemos iguales derechos, también aquellos a quien dios condenó haciéndolos homosexuales*– comenzó a explicar no menos profesoral Alberto, siendo tajantemente interrumpido por el embajador.

–*¿Y de dónde saca usted que ser homosexual es una condena de dios?*–



–Mire, señor embajador: con todo el respeto que usted me merece –y le confieso que me deja atónito con esta tendencia suya que no conocía–, pero... bueno, respetándolo en su desgracia... ¡por supuesto que la homosexualidad es una condena divina! Ya la Biblia lo dice claro: ¡Adán y Eva! y no Adán y Esteban–.

–¡Pero qué reaccionario hijo de puta!– no pudo contenerse Mireya.

–¿Qué significa exactamente "reaccionario"?–, preguntó Rosa. –Siempre escucho esa palabra, pero la verdad que no entiendo bien qué quiere decir–.

–Bueno, eso que acaba de decir este boludo, tu compañero de trabajo. ¡Eso es ser un reaccionario! Alguien conservador, retrógrado, que está siempre a contracorriente de la historia, temeroso, pusilánime, tradicionalista. ¿Se entiende?– dictó cátedra Juan.

–¡Cuánto que sabés!– agregó no sin cierto coqueteo Rosa.

–¿Entendiste entonces lo que significa "reaccionario"?– preguntó con aire molesto Mireya, arrojando con violencia el cigarrillo ya casi terminado.

–Sí, sí, claro... ¡Muchas gracias!–. Y dirigiéndose especialmente a Mireya, con evidente malicia: –pensé que vos lo sabías y no iba a tener que ser él quien me lo explicara–.

Mireya recibió el golpe, agregando con voz firme: –da lo mismo quién lo explica. Insisto con lo que te decía: nosotros no hacemos distinciones, somos todos iguales–. Y dijo "todos iguales" remarcando provocativamente esas palabras.

–Mire jovencita: si son todos tan iguales, ¿para qué piden diez millones de euros?– volvió a participar el embajador.

Mireya buscó nuevamente a Juan con la mirada.

–¿Pero de dónde saca esos razonamientos, compañero?– dijo sonriente Juan.

–¡Yo no soy compañero suyo!– se apresuró a responder Gamalier, poniéndose de pie, dejando ver bajo su minifalda una sugestiva ropa interior femenina, también de color rojo.

–¿Entonces lo es de este energúmeno?– dijo Roberto señalando con el arma a Alberto, que seguía agachado, esposado al mueble, –¿es compañero de alguien que lo desprecia por ser homosexual?–

–¿Y quién dijo que yo soy compañero de éste?– agregó casi con desprecio el embajador, siempre de pie.

–Mire, señor embajador: yo lo respetaba mucho, dada su investidura, y porque además me parecía una persona digna. Y le consta que nunca le falté el respeto. Pero entre esto que voy descubriendo de su condición sexual, más esto que acaba de decirme... yo ya no lo puedo considerar alguien de bien–, dijo Alberto, poniéndose también de pie.

–¿No? ¿Y acaso tú te consideras de bien por ser un obsecuente, por estar todo el tiempo como perrito faldero al lado de tu jefe? ¿Te crees que yo no me daba cuenta lo despreciable que eres? "¡Chupamedias!", como dicen ustedes aquí. ¿Qué es ser una persona de bien, me lo puedes explicar? ¿Arrastrarte mientras estabas esperando que te consiguiera esa beca para que tu hijo pudiera ir a estudiar a Canadá?–

–Pero yo, al menos, tengo hijos. Soy un varón normal– respondió Alberto con altivez. –Y aunque haga cualquier cosa pensando en el bien de ellos, eso no está mal. ¡Pero no ando disfrazándome de mujer por ahí! ¡Vergüenza debería darle! Y todavía va a misa... ¡Hipócrita!–

–Voy a misa porque mis obligaciones de embajador me lo imponen, pelotudó– la última palabra la acentuó como si fuera en francés (era evidente que no la había aprendido en el ámbito académico, dado que su español era perfecto).

–Nunca me hubiera esperado esto de usted, maricón de mierda– dijo con notorio desprecio Alberto.

–¿Y ustedes no sabían que su jefecito era homosexual?– preguntó Juan descomprimiendo la situación.

–Bueno... yo sí. Pero tenía que tenerlo en secreto– agregó Rosa, casi con vergüenza.

–¿Cómo? ¿Por qué en secreto?– preguntó con aire detectivesco Mireya.

–Es que...–, Rosa no parecía atreverse a seguir hablando. Miró como pidiendo permiso al embajador. Ante su silencio continuó: –es que, como yo lo sabía, me quiso despedir. Entonces...yo lo amenacé con contarle. Y, esteeee... entonces llegamos a un acuerdo–. Parecía que le faltaban las fuerzas para continuar el relato.

–¡Putra madre, che! ¡Esto se pone bueno! Parece un novelón de televisión– dijo riéndose Roberto. –¿Entonces?–

–Una vez me invitó a una fiesta en su residencia...–. Se formó un silencio inquietante, sólo quebrado por la música del oratorio "La Creación" que seguía siempre como fondo.

–Yo no conocía a nadie ahí. Era un ambiente totalmente nuevo para mí: demasiado lujo, parecía una película. Y entre copa y copa me hizo probar un poco de coca–.

–¿De cocaína?!–

–Sí. Yo nunca había probado. La verdad que tenía un miedo que me moría, pero la situación, los tragos, la presión... En fin, ustedes entienden–.

–Claro, claro... ¿y qué pasó?–

–Terminé desnuda haciendo el amor ni sé con cuántos... ¡y cuántas!–

–¿Por dios, Rosa! ¡Eso no lo sabía! Nunca nos lo habías contado...– dijo con nada fingida sorpresa Alberto.

–No, claro... ¿Para qué lo iba a contar?–

–Y seguro que te chantajeó– agregó, doctoral una vez más, Juan.

El embajador volvió a echarse en el piso. Mantenía la vista baja, fijada en sus pies. Su rostro era una mezcla indescifrable de expresiones, pero en el fondo se dejaba ver una sonrisa perversa. Se colocó la peluca que aún mantenía en la mano.

–Sí, me chantajeó. Me filmaron, y luego me hizo ver la grabación. Lloré una semana seguida, créanme. No sabía qué hacer. No me atreví a contárselo a nadie. Finalmente, llegamos a un acuerdo.–

–¿Qué acuerdo?– preguntó Santiago con una curiosidad que lo carcomía.

–¿Parecés una vieja chismosa!– le retrucó Roberto.

–Es que parece una telenovela barata esto– respondió con una sonrisa infantil –y no me quiero perder el final–.

–Me compró mi silencio con esa filmación. Pero para quedarme callada, le exigí un doble sueldo, que puntualmente me pagan disfrazado como viáticos–.

–¿Ahora entiendo!– reaccionó Alberto. –Esa cantidad siempre me llamaba la atención, y no entendía por qué el embajador tenía que cobrar todos los meses una cantidad de viáticos similar al sueldo de Rosa. ¡Así era la cosa!–, concluyó triunfal.

–¿Ven la mierda que es el capitalismo!– intervino igualmente triunfal Santiago, con un tono que mostraba que ya estaba pasando la raya de lo manejable con la caña. La lengua algo estropajosa lo evidenciaba.

–¿Pero qué tiene que ver el capitalismo con esto? ¿Acaso entre ustedes, los "heroicos guerrilleros comunistas"?– pronunció estas últimas palabras con un aire burlesco –¿acaso no hay homosexuales?– espetó provocativo el embajador.

–Puede haber homosexuales, ¿por qué no?– se apresuró a contestar Juan –pero no corruptos como usted–.

–¿Y no es corrupto esto que están haciendo ahora?– volvió a decir desafiante, ahora con la peluca puesta.

–¿Corrupto? ¡Nosotros somos luchadores por la justicia, por la igualdad, y no violadores y chantajistas como vos, viejo explotador!– gritó Santiago, blandiendo su fusil con actitud amenazante. –Ustedes, los blanquitos del norte, se creen que pueden llevarse el mundo por delante. ¡Pero eso se va a terminar!–

De pronto volvió a escucharse un ruido similar al anterior. Fue un golpe seco, corto, e inmediatamente la sensación de tensión, de que algo importante podía suceder en el instante siguiente. El calor de la conversación había ido borrando el efecto del primero ruido. Pero nuevamente se hizo un silencio entre todos, quedando sólo un coro del oratorio como telón musical de fondo.

Nadie tomó la iniciativa de apagar el equipo reproductor, por lo que la música siguió adelante. Todos guardaron un nervioso silencio. Nadie se atrevía a tomar ninguna iniciativa. Los miembros de la célula comenzaron a observar hacia las ventanas, pero allí no había nada nuevo. En actitud de combate, Juan indicó a Roberto acercarse a la oficina del embajador, que había quedado vacía. Entraron armas en mano, pero allí no había nadie.

De pronto se apagaron todas las luces de la sede y se detuvo la música. Habían cortado la energía eléctrica de la embajada.

–Esto se pone feo, muchachos– dijo luego de un prolongado silencio don Carlitos. –Si cortan de la luz, ¿será que ya vienen por ustedes?–

–Lo que más me llama la atención es que no se han vuelto a comunicar. ¿Será que no quieren negociar?– reflexionó Juan.

–Che, ¿y si volvemos a comunicarnos nosotros?– preguntó casi con vergüenza Roberto.

–Algo tenemos que hacer. Ya está empezando a anochecer y nos quedamos a oscuras– razonó Mireya.

–Pero trajimos linternas– retrucó Juan, demostrando seguridad en lo que afirmaba.

*–Claro, claro... Pero, no sé... como no nos llamaron más, ¿qué tal si probamos pasar de nuevo el comunicado?–* volvió a sugerir Roberto con un dejo de ruego.

La larga espera sin ninguna llamada, los sospechosos ruidos en el exterior de la embajada, ahora el repentino corte de luz, todo conspiraba contra la misión. Imaginaban que, una vez presentadas las demandas, casi al instante se encontrarían negociando (Juan había llegado a pensar que con tres millones de euros era suficiente). Pero el hecho es que parecían haberlos dejado abandonados. Fuera de la llamada del comisario Rondón –intrascendente por lo demás– no había habido más contacto.

Atardecía ya. La sede diplomática empezaba a quedar en penumbras.

*–Esto es una guerra de nervios. Los quieren quebrar–* dijo de pronto don Carlitos.

*–¡Pero no lo van a lograr!–* respondió casi altanero Juan.

*–Bueno... ojalá. Pero los quieren volver locos. Los están poniendo a prueba–.* El chofer, que parecía el único entre los ocho que no perdía la calma, hablaba pausado, como meditando cada palabra. *–¿Y tienen pensado algún plan de contingencia, muchachos?–*

Los cuatro integrantes del MATE se miraron entre sí. Se hizo un repentino silencio.

*–Eso no tenemos por qué explicárselo a nadie, ¿me entiende?–* dijo soberbio Juan.

*–No, no es para provocarlos, muchachos, no... Quizá me entendiste mal. O me expresé mal yo. Eso es lo más probable. Quiero decir: las cosas no siempre salen como uno las desea, ¿verdad? En ese caso, y por favor no se ofendan, ¿no saben qué harían? Me parece... bueno, digo yo, me parece que sería bueno para ustedes que tuvieran un plan B–.* El tono de don Carlitos era paternal, sereno. La única cuota de serenidad en medio de ese mar de nervios en que se había transformado la embajada.

*–¡Por supuesto que tenemos un plan alternativo!–* rugió Mireya, con brillo en los ojos.

*–Sí, claro, por supuesto que lo tenemos. Pero no hay por qué andar dando explicaciones a nadie ¿no?–* volvió a terciar Juan, con aire doctoral, seguro de lo que decía.

En el preciso momento en que terminaba esas palabras, sonó un balazo de arma larga y Roberto, que estaba parado junto a una ventana, caía aparatosamente con la cabeza ensangrentada. Inmediatamente también, Juan gritó, casi excitado:

*–¡Comienza el plan B!–*

*–¿Y con quién?–* preguntaron al unísono Mireya y Santiago. *–¿Con éste?–* dijo ella, señalando con la punta de su arma a Alberto.

–Sí–, afirmó tajante Juan. –*Es el más adecuado*–. Para agregar unos segundos después: –*Cuidado, no nos acerquemos a las ventanas. Se ve que han apostado francotiradores y nos están controlando*–.

Alberto, que seguía esposado, intuyó que no eran buenas noticias las que le esperaban. Con decisión, Santiago comenzó a quitarle los grillos que lo mantenían al mueble; pero todo lo bebido le impedía poner con facilidad la llave en el orificio de la cerradura. Luego de un par de intentos fallidos y los correspondientes insultos, lo logró.

–*Levantate lentamente, poné las manos en la nuca y caminá hacia la puerta. ¡Pero cuidadito con lo que vas a hacer!*– indicó amenazante Santiago, con un aliento alcohólico ya considerable, que se podía sentir a una regular distancia.

Llegaron a la puerta de la oficina. Juan indicó a Rosa que abriera con el botón eléctrico, y a Alberto que comenzara a caminar hacia el pasillo. Cuando estaba terminando de atravesar el umbral y se encontraba ya fuera de las dependencias de la embajada, Juan le descerrajó un tiro en la cabeza. Mientras Alberto caía pesadamente, Juan corrió hacia la entrada para impedir que el cuerpo agonizante que se desplomaba, obstaculizara la puerta impidiéndola cerrar. Con el pie terminó de empujarlo, haciendo que quedara enteramente en el exterior, y de inmediato cerró la pesada puerta con toda su fuerza.

–*Uno a uno*– agregó con frialdad Santiago.

–*Sí, uno a uno*– repitió Mireya, –*pero hubiera sido mejor no perder a este compañero. La muerte nunca es alegre*–.

Rosa, la secretaria, en el momento mismo en que sonó el primer disparo, empezó a gritar. Eran gritos desesperados, angustiados, acompañados de un llanto incontenible, mezcla de terror e impotencia. El segundo muerto aumentó esa sensación.

Don Carlitos, luego de tratar de calmarla con la mayor dulzura posible, viendo que había entrado en una suerte de crisis aparentemente sin retorno, optó por un cachetazo. Fue tal la sorpresa de la acción –y seguramente la fuerza del golpe, porque le dejó la cara roja por un buen rato– que Rosa, de inmediato, cesó su desborde. Incluso, con voz tenue, pidió perdón.

–*¿Estás mejor?*–, se dirigió a ella don Carlitos con mucha ternura.

–*Sí, sí. Gracias*–. Curiosamente, llegó a esbozar una tenue sonrisa. –*¿Puedo fumar?*–, preguntó con actitud ingenua.

–*No, mejor no. Estás muy nerviosa, se nota. Pero aguantate un poco, flaca. Ahora que estamos a oscuras fumar no es lo más conveniente*–. El tono con que dijo esto Juan no dejaba lugar a dudas; no era una orden en sentido estricto, pero funcionaba como tal.

Su modo de hablar era siempre didáctico. Pausado, con detalles, explicaba todo y nunca se molestaba si se le volvía a preguntar. Todo eso era lo que tanto fascinaba a Mireya. Era un eterno profesor. Y eso también fue lo que encandiló a Rosa.

–*Si vos me lo pedís, seguro que debés tener razón*–, dijo Rosa, no sin cierto coqueteo, ya respuesta de la crisis.

–*Che, Juan: ¿y si vamos sacando las linternas?*–, preguntó Mireya bastante cortante, con evidente intención de romper el diálogo entre Juan y Rosa.

–*Sí, sí... claro. Eso tenemos que hacer*– agregó el jefe del grupo guerrillero.

–*¡Ay, qué dolor!*–, se quejó dramática Rosa. –*Quedé toda contracturada... ¡Ay, me duele mucho!*–

–*¿Pero qué te pasa?*–, preguntó preocupado Juan.

–*Es que me puso tan mal esto de las muertes que me agarró un dolor de cuello que no me puedo ni mover*–.

–*¿Dónde?*–

–*Aquí, en el cuello y en la espalda*–, y se señaló la zona afectada.

–*Dejame ver*–, y por primera vez Juan dejó el arma un momento desde que habían ingresado a la embajada. La apoyó en el suelo, y reclinándose sobre la joven, que ahora estaba sentada en un sillón en la sala de espera, puso sus manos sobre sus hombros.

–*¿Ahí?*–

–*Sí, ahí...*–

En silencio, sin que nadie se atreviera a decir una palabra, se desarrolló una micro sesión de masajes. Fue el embajador el que rompió el encanto que parecía haberse creado:

–*¿Y ahora te la vas a coger?*–

–*¿Pero qué te pasa, viejo de mierda? ¿Estás celoso?*–, respondió Juan con violencia.

–*¿Y por qué tendría que estar celoso este viejo maricón?*– intervino intempestiva Mireya. –*¿Acaso te parece que le estás dando motivos?*–

–*¿Motivos? ¿Y por qué?*–, preguntó no sin sorpresa Juan.

–Bueno..., lo acabás de decir. Si hasta el viejo puto este te lo pregunta, será porque está en el aire, ¿no?–

–¡Uy, Mireya! No me vas a hacer una escena ahora, ¿no?–

El vómito de Santiago cortó la discusión. Fue un ruido gutural, grotesco. Todos se quedaron mirándolo. Inmediatamente, con los zapatos manchados, corrió hacia una ventana.

–¡No, no! ¡No abras!–, ordenó autoritario Juan. Pero su indicación llegó casi en el mismo instante en que Santiago ya había abierto buscando aire fresco para despejarse. Y casi al mismo tiempo, también, en el que un balazo de fusil le destrozaba la cabeza.

Una vez más, destemplados gritos de Rosa inundaron la habitación.

–¡Carajo!– fue todo lo que pudo gritar Juan. Y se hizo un silencio tenso donde sólo se escuchaba los gemidos sordos de Rosa.

–Bueno, nos guste o no, tenemos que seguir con lo planeado. Ojo por ojo...– dijo con decisión Mireya.

–Sí, sí... ya lo sé. Pero... ¡puta, che! Cuesta tomar estas decisiones, ¿no?–, agregó Juan con cierto aire de desconsuelo.

–Aunque cueste, mi amor, tenemos que hacerlo–.

–Sí, claro.–

El silencio se tornó más pesado. El embajador, don Carlitos y Rosa se miraron entre sí intuyendo que de ellos se trataba ahora. Todos parecían acusarse mutuamente con la mirada; todos parecían empujarse uno al otro diciéndose: "yo no, mejor él"...

–El embajador no por ahora. Mejor que a él lo conservemos para el final–, sentenció Juan.

–Estoy de acuerdo, claro. Entonces... la piba–, dijo con severidad Mireya.

–¡¿Rosa?!... Esteee.... No sé. Me parece mejor el viejo. Guardemos a Rosa para después, ¿no te parece?–. El comentario de Juan no tenía la fuerza de una orden. Era casi una súplica, suave y con voz entrecortada.

–¡Ni pensarlo, Juan! ¡Ni pensarlo! Si no lo hacés vos, lo hago yo ahora mismo–. La reciedumbre en la voz de Mireya no dejaba lugar a dudas. Y todo esto lo decían delante de los implicados, de los condenados a muerte. Porque era obvio que el "ojo por ojo" al que se habían



referido un instante antes no contemplaba otra cosa que el ajusticiamiento de alguno de los rehenes.

*–¿Pero por qué la muchacha? Me parece que sería mejor el tipo... ¿no creés?–*

*–No, para nada. No lo creo, y es más: me parece que perdiste la objetividad. ¿Qué te está pasando con esta minita, Juan? A mí nunca me hacés un masaje, y a esta, como dijo el viejo puto este del embajador, ya medio que te la cogés aquí, delante de todos.–*

Mireya hablaba con decisión y de sus ojos parecían salir chispas.

*–Bueno, compañero: hay que actuar rápido: o vos o yo, pero hay que devolver el golpe.–* La decisión con que hablaba la guerrillera asustaba. Juan mismo pareció conmovido por esa fuerza. No atinó sino a balbucear alguna palabra incoherente, lo cual dio pie a que Mireya tomara una vez más la iniciativa, ahora con más determinación aún.

*–Mirá, esto me lo enseñaste vos: en los momentos claves hay que tener sangre fría. Ahí es donde se mide a un verdadero revolucionario. Si no respondemos ahora según lo planificado, en dos minutos estamos muertos y fracasa la operación. Así que, Juan... ¡procedamos!–*

*–Sí, claro..., tenés razón.–* Y dicho eso, sacó una jeringa hipodérmica de su mochila. *–Tomá, encargate vos–*, pasándosela a Mireya.

*–¿Qué van a hacer, criminales?–* gritó Jean-Luc, abatido como estaba, casi lloroso.

*–Usted, mejor cállese–* fue todo lo que dijo, lacónica, con cara glaciarse, Mireya.

Con la suficiencia de una enfermera experimentada –y por cierto no lo era– inyectó a Rosa sin provocarle ningún dolor. La maniobra fue rápida, precisa. En unos breves instantes la secretaria comenzó a desvanecer. Entre Mireya y Juan la condujeron hacia la ventana a la que había intentado asomarse Santiago, que yacía ensangrentado junto a ella. Cargaron el cuerpo inerte de Rosa logrando subirla hasta el marco. Cuidando de no exponer sus cuerpos a las balas de los francotiradores, pudieron colocar a Rosa sobre la ventana. En el momento en que iban a dejarla caer (estaban en un octavo piso) el embajador se levantó enardecido corriendo hacia ellos. Un disparo al aire de Mireya lo contuvo.

*–¡Hijos de puta! Miren lo que van a hacer. ¿Y ustedes hablan de comunismo y de igualdad? ¡Son unos bastardos asesinos!–*

Dejando caer el cuerpo de la joven, cerraron rápidamente la hoja de ventana que permanecía abierta, y Juan se volvió hacia el encolerizado embajador.

*–¿Pero qué mierda puede hablar usted, violador, tráfuga? Nosotros estamos ahora en una acción de guerra, una guerra a muerte. Somos el pueblo en armas y en guerra, y en la guerra*

*vale todo. Pero usted es una carroña que hace a diario estas cosas. ¿No fue usted el que la pervirtió? ¿Qué pueden hablar ustedes, los explotadores chupasangre, de moral? Ustedes, los blanquitos del norte "desarrollado" viven matándonos, torturándonos, bombardeándonos. ¿Por qué mejor no se calla, canalla explotador hijo de la gran puta? ¡No lo mato ahora de cinco balazos porque vamos a ver si lo podemos negociar!–*

Las sombras de la noche ya habían ganado la embajada. Fue necesario comenzar a usar las linternas para moverse. Juan probó usar el teléfono, pero estaba cortado.

*–Nos dejaron incomunicados–, dijo molesto.*

El silencio volvió a adueñarse de toda la situación. Sin luces, sin teléfono y con dos cadáveres dentro, la embajada era tétrica.

*–Muchachos, ¿y qué piensan hacer ahora?–, preguntó con aire paternal don Carlitos.*

Juan y Mireya se miraron algo desconcertados. El chofer, en vez de estar nervioso, de tomar una actitud de hostilidad hacia ellos –tal como lo hacía el embajador– en ningún momento perdía la compostura. Y ahora parecía más bien un amigo consejero que un rehén.

*–Eso va a depender de lo que ellos hagan, de cómo reaccionen– dijo amargamente Juan.*

*–Bueno, parece bastante claro lo que dicen, ¿no?– opinó con suficiencia el chofer.*

Mientras hablaban entre los tres: don Carlitos, Juan y Mireya, el embajador parecía enfurecerse cada vez más. Con un aspecto demacrado, con el maquillaje totalmente esparcido por el rostro y la peluca mal colocada en su cabeza pronta a caer en cualquier momento, Jean-Luc profirió un grito espantoso, femenino en su tono, pero gutural y hombruno en su forma.

*–¿Y ustedes todavía dudan de lo que tienen que hacer? ¡Deben entregarse, así de simple! ¿O quieren que nos maten a todos?–*

*–¿Entregarnos? ¿Pero qué estás diciendo? En todo caso, si nos quieren joder, te tenemos a vos para negociar. ¿Cómo te creés que nos vamos a entregar?– dijo con vehemencia Mireya.*

*–Mire jovencita: ante todo, trátame de usted. Yo soy el señor embajador de la República de Canadá. Y por otro lado: si no se entregan ahora mismo y dejan de poner en riesgo nuestras vidas, yo comienzo a gritar–.*

*–Gritá todo lo que quieras, viejo maricón, pero ahora mismo dame el celular–, agregó con violencia Juan, encañonándolo con su arma.*

*–¿Y para qué van a hablar, si están totalmente rodeados?–*

–*¡Dame el celular y dejate de decir boludeces!*– y Juan le arrancó el teléfono de las manos.

–*Pero, flaco... de verdad*–, intervino don Carlitos dirigiéndose a Juan. –*¿Y qué piensan hacer ahora? Miren que están bastante jodidos*–.

–*¿Entregarnos? Pero... así nos matan. Por lo menos, si nos van a joder, primero jodemos a éste*– dijo señalando al embajador que comenzaba a temblar, producto más de la cólera que del miedo.

De pronto, sorprendiendo a todos, Gamalier rompió en gritos desaforados dispuesto a no dejarse intimidar.

–*¡Socooooorro! ¡Sáquennos de aquí! ¡Socooooorro!*–

–*¡Callate, viejo de mierda!*–

Las amenazas de Juan y Mireya no lograban detenerlo. Por el contrario, los gritos eran cada vez más audaces. Había comenzado a tirar patadas desde el suelo, semi agazapado como estaba. La escena tenía algo de patéticamente cómica.

El mismo don Carlitos se sintió compelido a intervenir al ver lo absurdo de la situación.

–*Tranquilícese, señor embajador, ¡tranquilícese! Así, lo único que va a lograr es que los muchachos se enojen más*–.

–*¿Los "muchachos"?*– preguntó con asombro, casi con estupor, Jean-Luc Gamalier. –*¿Cómo los "muchachos"? ¡Asesinos! Vulgares comunistas asesinos. ¿O acaso estás de su parte, chofercito de mierda?*–

–*Señor embajador, me parece que está muy alterado. Trate de tranquilizarse. Es por su bien que se lo estoy diciendo, ¡tranquilícese, hombre!*– agregó con pasmosa calma don Carlitos.

–*¿Y a vos qué te pasa?, merde! Est-ce que tu es avec eux?*–

–*Pregunta si está con nosotros*– intervino doctoral Juan, traduciendo lo que había pronunciado Gamalier con una cólera incontenible, enrojecido, chorreando transpiración y maquillaje derretido.

En ese instante sonaron atronadoras varias bombas de gases lacrimógenos. La embajada se llenó inmediatamente de un espeso humo blanco mientras se quebraban los vidrios de varias ventanas. En cuestión de segundos un escuadrón de fuerzas especiales de la policía ocupaba el lugar abriendo fuego cerrado. Mientras Juan y Mireya caían abatidos, don Carlitos cubría con su cuerpo al del embajador. Cuando el humo comenzó a disiparse, el único que se levantó fue el chofer. Gamalier yacía desmayado junto a un sillón, con las marcas de dos poderosas ma-

nos que le habían oprimido el cuello hasta casi asfixiarlo, y señales de haber sido atacado repetidas veces con la jeringa con que habían inyectado a Rosa. Tenía la garganta llena de sangre.

Los policías se sintieron algo confundidos ante la escena. La rápida reacción de don Carlitos terminó de desconcertarlos.

En español, pero con un marcado acento francés, se dirigió a los ocho efectivos que habían ingresado a la sede diplomática:

*–Merçi beaucoup, queridós amigos. Sin su oportuna participación estos asesinos nos hubieran matado a todós.–*

Los policías se miraron entre sí, aún con las armas humeantes. El jefe del grupo preguntó secamente:

*–¿Usted es el embajador?–*

*–Oui, mon ami. Y muchas gracias por rescatarnós. Todos los demás murieron, lamentablemente...–*

*–¿Usted es el único sobreviviente entonces?–*

*–Así es–*, agregó con satisfacción el chofer.

Ante las cámaras de televisión que esperaban fuera, don Carlitos dio unas parcas declaraciones jugando su improvisado papel de embajador. Nadie lo contradijo. Misteriosamente, luego, fue desapareciendo de la escena, y cuando la policía quiso trasladarlo a una comisaría para tomarle declaraciones, no se lo encontró por ningún lado. Cuando Gamalier volvió en sí poco después, no podía hablar producto de las lesiones sufridas. Al querer hacer saber por escrito de su verdadera identidad, nadie le creyó. Le resultó sumamente difícil poder explicar la situación y por qué estaba vestido de mujer. Para cuando otro diplomático convocado por la policía pudo testimoniar identificándolo en la clínica donde fue internado, don Carlitos ya estaba lejos. Meses después del incidente, en Canadá a donde se trasladó en forma definitiva, Jean-Luc no había logrado recuperar enteramente el habla.

Uno de los policías contó días después del operativo que mientras estallaban los últimos disparos en el momento de irrumpir a la embajada, escuchó decir a alguien, en español: "misión cumplida".

## Entrevista a Jesús de Nazareth

*El periodista suizo Heinrich Unheimlich, famoso por su penetrante espíritu investigativo y por las osadas entrevistas que pudo conseguir en su dilatada carrera profesional, nos volvió a sorprender recientemente. Sin revelar nunca cómo lo obtuvo, pudo establecer contacto con Jesús de Nazareth, quien aparentemente estaba de incógnito en nuestro planeta, y forzarlo a responder algunas preguntas. Se dijo en un primer momento que el reportaje era apócrifo, pero la cinta de audio (un viejo cassette convencional de grabadora manual), sometida a las más rigurosas pruebas –en centros académicos del más alto nivel e incluso en la NASA–, demostró su autenticidad. No pudo tomar fotos (según contó luego Unheimlich, al querer fotografiarlo usando su teléfono celular, el mismo se bloqueó inexplicablemente... ¿Milagro?). De todos modos, aun quedando en las tinieblas los pormenores de la entrevista, lo importante es que la misma pudo realizarse y luego difundirse.*

*No pueden dejar de mencionarse dos aspectos importantes, aparentemente marginales al contenido específico de la nota periodística, pero que dan un talante de lo que allí está en juego: por un lado, la grabación del reportaje está hecha en alemán con acento de Zürich en su primera parte, cambiando luego al francés –cambio que inopinadamente hizo el entrevistado– para seguir más tarde en arameo, lengua que, al no ser comprendida por el entrevistador, hizo dar por terminado el reportaje en forma un tanto abrupta. Y un segundo elemento no menos significativo cual es el hecho que, dos días después del encuentro –aparentemente fue en un centro comercial de Ámsterdam, según una versión, o en un hotel en El Cairo, según dicen otros– Unheimlich perdió el habla, que no ha vuelto a recuperar hasta la fecha, y desarrolló un repentino cáncer de próstata.*

*Gracias a avatares del destino, hoy llegó a nosotros esta riquísima pieza, no digamos ya del periodismo sino de la producción cultural universal, que ahora ponemos a disposición de los lectores en idioma español. Entendemos que la ocasión es más que propicia, dada la cercanía de la cristiana fecha de la Navidad. Ustedes juzgarán.*

---

### **Heinrich Unheimlich: Jesús, ¿qué anda haciendo por aquí casi de incógnito?**

**Jesús:** Bueno.... no es la primera vez que lo hago. Habitualmente suelo darme una vuelta por aquí a ver cómo están las cosas. Y permítame decirle que nunca antes me habían descubierto, por lo cual lo felicito: es usted muy perspicaz. En verdad me sorprende que haya podido identificarme. Dígame: ¿cómo lo hizo?

**Heinrich Unheimlich:** Mire, no se ofenda, pero ahora yo diría que vamos a invertir los papeles. Ahora, quien pregunta soy yo, ¿de acuerdo? Luego, después de la entrevista, si le parece, le cuento los detalles de cómo lo identifiqué. Pero, volviendo a lo que decía-

**mos... ¿así que regularmente viene de incógnito por aquí? ¿Y cómo encontró las cosas ahora?**

**Jesús:** Mal, muy mal. La verdad es que siempre le damos seguimiento a este planeta, nos interesa mucho...

**Heinrich Unheimlich: Perdón que lo interrumpa: habla en plural. "Le damos seguimiento" dice. ¿Quién además de usted?**

**Jesús:** Pues, mi padre. Fue él quien hizo todo esto. Y –se lo digo entre nosotros, en privado– a veces se arrepiente. A veces se reprocha por qué se dejó llevar por la pasión inventando esta especie tan rara que son ustedes, y se arrepiente. Pero ya es tarde, no hay marcha atrás. En más de una oportunidad, para reparar ese "error", como suele decir, pensó en eliminar toda la especie. De ahí que permitió que desarrollen las armas de destrucción masiva, fundamentalmente las nucleares. Pero nunca se termina de decidir si hacerlas usar. También considera muy cruel la extinción total. Si bien la especie humana es insoportable, absurda en algunos casos, incomprendible a veces, también tiene cosas muy lindas, muy simpáticas.

**Heinrich Unheimlich: ¿Como cuáles?**

**Jesús:** Bueno...muchas, numerosas, numerosísimas. Ustedes no son sólo estupidez; también han hecho cosas importantes, muy lindas. Además de hacer la guerra, por ejemplo, y entre otras cosas, hacen arte, aman a sus hijos, a veces se enamoran, a veces filosofan y dicen cosas bien interesantes, bien profundas. Claro que no hay que olvidar la contracara de todo eso: son egoístas, muy violentos, son muy conservadores, les asusta mucho el cambio, y en estos últimos tiempos han desarrollado una enfermiza cultura de apego a las cosas materiales que ustedes mismos producen. Hay que reconocer que a veces son realmente inteligentes. Yo me sorprendí mucho cuando en estos últimos años empezaron a inventar todos estos artefactos tan llamativos que les reportaron enormes cambios: máquinas para volar, que ustedes llaman aviones, máquinas para ir por debajo del agua, todos los aparatos para comunicarse a la distancia: el telégrafo, el teléfono, la radio, la televisión, el internet. No han logrado dominar aún la telepatía, pero no falta mucho para que lo hagan. Bueno, todo eso realmente me tiene sorprendido. Y a mi padre también. Porque de verdad que él no había planificado todo esto. Él solo dejó la posibilidad abierta; de ahí en más, fueron ustedes los que dieron estos pasos. Y de verdad que los felicito.

Por otro lado, como le venía diciendo, no hay dudas que todas esas cosas, cuando uno lo ve desde afuera, sorprenden gratamente. Y hacen pensar en que la humanidad no es tonta. Claro, después cuando empieza a profundizar... se agarra la cabeza. Tienen internet... ¡para ver pornografía! Me imagino que usted debe saber, bien informado como está al ser un destacado periodista, que una tercera parte de las consultas que se hacen en la red de redes, es para mirar pornografía. No es que esté mal tener apetitos carnales, no, por supuesto. Para eso mi papá les dio la facultad del deseo. ¿O acaso no es grato desear, derretirse de ganas por alguien? Pero, ¡qué pobreza espiritual tener que contentarse con mirar a alguien desnudo en una pantalla!, ¿no? Cosas como esas son las que me abren –o nos abren, mejor dicho– esas dudas: mi padre,

a veces con una sonrisa bonachona y mesándose la barba, dice entenderlos y que él así lo quiso. Pero otras veces –y yo soy de esa idea también– piensa que son demasiado tontos, demasiado miedosos ante la vida. Prefieren ver un cuerpo desnudo en una pantalla en vez de tocarlo con sus propias manos. ¿Por qué ese miedo absurdo? Prefieren la mentira y la hipocresía en vez de buscar la verdad. No entiendo por qué esa pusilanimidad, no lo entiendo. Prefieren decir que está todo bien, mientras sufren como condenados.

Bueno, pero me voy por la tangente. Usted me preguntaba qué cosas buenas tienen los humanos. Mire: muchas. Por ejemplo, hacen música, que es algo hermoso, angelical. Y no importa qué música, de las innumerables variedades que tienen. Eso siempre es algo lindo, grato, que alegra el espíritu. La estupidez comienza cuando con esa fiebre enfermiza por el apego a lo material y ese insaciable afán de poderío que se ve tanto en estos últimos años de su historia, comienzan a vender musiquita empaquetada. Por eso le digo que siempre están oscilando entre lo genial (en música han hecho cosas geniales, de verdad. Mire el alemán van Beethoven; pese a estar sordo musicalizó una oda a la alegría, ¿no le parece genial? Bueno, o cualquier música: ¿escuchó alguna vez un ukelele sentimental? Se lo recomiendo, Unheimlich); pero para no irnos por la tangente, le decía que siempre basculan entre lo genial y lo ramplón. Hacen músicas hermosas, y al mismo tiempo componen enlatados estúpidos que se obligan a consumir pagando para escucharlos. Claro que, en eso, el jueguito es más complicado: son algunos pocos los que se aprovechan de la gran mayoría. Son unos pocos los que ganan dinero vendiendo basura, y la gran mayoría silenciosa agacha la cabeza y consume las modas. En música eso se ve con palmaria claridad. ¿Me entiende lo que le quiero decir? Al lado de creaciones realmente geniales ustedes hacen estupideces que no parecen posibles. ¿Por qué ese afán perpetuo de dominarse unos a otros? ¿Por qué esa lucha interminable por el poder?

**Heinrich Unheimlich: ¿Y usted que cree? ¿Por qué su papá nos hizo así?**

**Jesús:** Como le decía: a veces se arrepiente de haber hecho eso. Pero también tiene sentido que sean así, si uno lo piensa bien. Como son finitos, tienen los límites siempre a la mano (la muerte está siempre presente, envejecen, se ponen decrepitos o, para graficarlo de un modo muy evidente: al lado de la belleza que puedan tener, se tiran pedos, con lo cual todo se afea – y todos, varones y mujeres, se los tiran, todos...–), pues bien, como la finitud los inunda por todos lados, el poder es lo que les puede hacer sentirse menos frágiles, es la puertita hacia la plenitud. O es lo que, al menos, les provoca la sensación de plenitud. Todos ustedes están condenados a envejecer, a corromperse, a morir, todos ustedes son siempre falibles, viven presa de los miedos, saben las cosas siempre limitadamente, irremediablemente tienen que decidir ser varón o mujer porque todo al mismo tiempo no se puede...; es decir: como la vida de los humanos está inexorablemente marcada por sus límites (viven tirándose pedos, en otros términos: comen manjares que luego se transforman en flatulencias), el ejercicio del poder los hace sentir menos limitados. De ahí que estén buscándolo perpetuamente. ¿A quién de ustedes no les gustaría ser dios? Tener poder –aunque sean cuotas mínimas: el varón sobre la mujer, el europeo –presuntamente civilizado– sobre los supuestos salvajes del África, el rico sobre el pobre, el adulto sobre el joven– tener poder es alejarse de los límites, aunque sea un poquito. El poder siempre hace sentir impune, absoluto, inmortal. Por eso viven inventando historias que les permita fantasear con todo eso: Superman actualmente, o cualquier héroe de las mito-

logías históricas en todos los pueblos que han pasado por el planeta. ¿A quién no le gusta ser como un actor triunfador de Hollywood, o como Schumacher, o como John Lennon, que llegó a decir que era más famoso que yo? ¿Me entiende?

**Heinrich Unheimlich: Creo que sí. ¿Pero por qué su papá nos hizo así, tan limitados entonces?**

**Jesús:** Vaya pregunta, mi amigo... ¿A quién no le gusta ser dios? Pregúnteselo a mi padre... Pero yo vine al mundo hace dos mil años para tratar de ayudar un poco a soportar esos problemas, para hacer más llevadera la vida pese a todos esos límites. Yo traté de enseñar a vivir sin tantas angustias, sin fascinarse tanto con la búsqueda del poder.

**Heinrich Unheimlich: ¿Y qué dice: lo consiguió?**

**Jesús:** ¿Me lo está preguntando en serio? Vamos, Unheimlich: ¡no sea estúpido! ¿No ve acaso cómo está el mundo? A veces soy yo el que se arrepiente de haber venido, me arrepiento de haberme hecho tantas expectativas. Con toda sinceridad le digo que yo pensaba que iba a ser más fácil la transformación ética de los seres humanos. Pero veo que eso no es fácil. No digo que no se pueda cambiar, no, por supuesto que no. Ahí está el socialismo como una promesa abierta. Y eso no ha terminado, créame que no. La historia sigue, y lo que se creía un triunfo absoluto de los grandes capitales hace unos años atrás, hoy se derrumba como castillo de naipes con la crisis financiera internacional. La gente es tonta, pero no tanto. Se deja explotar porque no le queda otra alternativa, pero llega un momento en que se rebela. "Pena sobre pena y pena hace que uno pegue el grito. La arena es un puñadito, pero hay montañas de arena". Creo que eso lo dice claramente: es un poema de un cantor argentino que quizá conozca: Atahualpa Yupanqui. No le puedo decir que fracasé en mi intento de hace dos mil años; pero veo que las cosas son más complicadas de lo que creía. Los que se suponía tenían que ser mis sucesores para seguir predicando ese mensaje de contestación contra el poder –que fue revolucionario en su momento, créame, por eso a mí me crucificaron los romanos–, los que tenían que seguir con mi ejemplo, es decir: la iglesia católica, mire cómo terminaron: una institución con el poder más descomunal durante mil años, dueña de riquezas y conciencias, que se permitió matar a cuanta persona se le opuso, y que ahora, aunque un poco debilitada, sigue siendo lo más contrario a lo que yo vine a enseñar. ¿Cómo podría entender usted que mis sucesores vistieran ropas de oro y piedras preciosas si yo vine a combatir esas flaquezas? ¿Cómo puede entender que, en mi nombre, se quemó viva a tanta gente, en nombre del amor? Algo no funcionó ahí.

**Heinrich Unheimlich: Habló del amor. Usted predicó aquello de poner la otra mejilla luego de ser abofeteado, de amarse los unos a los otros –bueno: John Lennon decía algo parecido, ¿no?– Pero si observamos detenidamente el mundo, lo que menos encontramos es amor. El amor eterno de los enamorados se termina muy pronto, después de la luna de miel, y las relaciones entre las personas no son muy amorosas que digamos precisamente (se venden más armas que libros, o que flores). ¿Qué pasó con su enseñanza?**



**Jesús:** A veces me lo cuestiono, sí. Quizá fui un poco ingenuo, lo reconozco. Vez pasada hablaba con Quetzalcóatl en un encuentro de dioses que tuvimos en el monte Olimpo, y fue él quien me abrió los ojos al respecto. Yo pensaba que la gente respondería mejor a mi mensaje, que verdaderamente haría un acto de arrepentimiento y buscaría cambiar cuando se diera cuenta de su condición. Pero no sabía con exactitud cómo los había programado mi padre. Veo que la angustia ante la vida que tienen ustedes –que no he encontrado en los seres de otros planetas– es más fuerte de lo que me imaginaba, de ahí que la búsqueda del poder los tiene demasiado trastornados. Viven siempre pensando en sí mismos, siempre preocupados en ver cómo triunfan a costa del otro. Son demasiado individualistas, "narcisistas" para decirlo con un término que inventaron sus psicólogos y me parece muy bueno: viven fascinados y enamorados de ustedes mismos, por eso les cuesta tanto amar al otro. Piensan en primera persona, sueñan en primera persona, el otro les es un instrumento para conseguir sus fines, nada más. Yo creí que lo lograría, pero no sabía bien en la que me metía. Por eso, dos mil años después, rectificaría mi mensaje: no los llamaría tanto a amarse sino a respetarse, lo cual ya es muy mucho pedir.

Mire, Unheimlich: se lo voy a decir con una parábola. Ustedes se aman tanto a sí mismo, les cuesta tanto amar a otro, que está más que demostrado que el 98,5% se procura placer a sí mismo sin compañero sexual, masturbándose.

**Heinrich Unheimlich: ¿Y el otro 1,5 por ciento?**

**Jesús:** Es manco. (Risas)

**Heinrich Unheimlich: Tiene buen sentido del humor, por lo que veo. Hablando de otra cosa, pronto está de cumpleaños. ¿Qué dice al respecto?**

**Jesús:** Eso, de verdad, me tiene asqueado. Ahora, al menos en una buena parte del mundo, festejan mi cumpleaños, el número 2004<sup>1</sup> para ser más exactos, tirando la casa por la ventana. Pero vea cómo lo celebran: ¡ni una imagen mía por ningún lado! En mi lugar vino a instalarse ese gordito con risa estúpida vestido de payaso, que no entiendo de qué vive riéndose. ¿Se da cuenta? ¿Entiende lo que le quiero decir? Todo el mundo dice ahora: ¡feliz navidad!, y creo que ni siquiera sabe lo que está festejando. Pregúntele usted a cualquiera que come como condenado en mi fiesta de cumpleaños y chupa como una esponja, quién es ese flaco ascético que andaba por ahí harapiendo predicando la igualdad hace dos mil años atrás, y seguro que no lo va a saber. Pero seguro que compró regalitos y puso una imagen del gordito este que le mencionaba en su casa. ¿Por qué nadie me pone un pastel con velitas para que las sope? ¿Alguien me preguntó si no me gustaría mariachis para festejar mi cumpleaños? No, nada de eso... Yo hablé de valores espirituales, de lucha contra la ostentación y la frivolidad del poder, de solidaridad genuina, de igualdad para todos y todas –bueno, en mi época no importaba la cuestión de género, se hablaba sólo en masculino–, y ahora celebran mi cumpleaños olvidándose de mí y reemplazando mi mensaje por un consumismo voraz y por un imbécil que se

---

<sup>1</sup> La entrevista se realizó el 20 de diciembre de 2004.

ría invitando a comprar locamente. ¡Es triste! Pero no hay que darse por vencidos. Yo sigo viendo luz al final del túnel, aunque cueste mucho.

**Heinrich Unheimlich: ¿Ve luz? ¿De verdad? ¿Y cuál es el futuro de la humanidad entonces, Jesús?**

**Jesús:** *[A partir de aquí Jesús comienza a hablar en francés]* Ah..., está pidiendo demasiado. Como me imagino que comprenderá, no puedo darle mayores precisiones. Lo que sí le adelanto es que la historia no está terminada. Aunque los que alientan el consumismo interminable que promueve Santa Klaus crean que ganaron la batalla, se equivocan. En ese sentido, parafraseando a ese buen pensador que tuvieron ustedes en el siglo XIX llamado Hegel, podríamos decir que "el amo tiembla aterrorizado delante del esclavo, porque sabe que inexorablemente tiene sus días contados". Por más parafernalia militar que los amos desarrollen para cuidar sus privilegios, la justicia se va a imponer. No hay espada –ni misil nuclear, digamos hoy día–, por más poderosa que sea, que pueda imponerse sobre la justicia.

**Heinrich Unheimlich: ¿Se refiere a la justicia divina, al Juicio Final?**

**Jesús:** ¡No, compañero! ¿De qué justicia divina me está hablando? Quiero decir que la gente, lentamente, va abriendo un poco más los ojos. Antes, cuando yo andaba correteando por los desiertos de Galilea –¡todavía me acuerdo la sed que pasaba ahí!– el emperador, el amo esclavista, eran casi dioses, intocables, impunes. ¿Quién osaba enfrentárseles? Y otro tanto pasaba en otras latitudes: los chinos no podían mirar a los ojos a su emperador. Lo mismo era con cualquier mandamás. Cualquier teocracia –en el Asia, en América– podía decidir con la más absoluta naturalidad sobre la vida de un súbdito. ¿Quién le ponía freno a esos poderes? Lo mismo podía hacer el varón con su mujer. ¿Quién iba a protestar por eso? Pero las cosas están cambiando, mi amigo. La gente va abriendo un poco más los ojos. No sé si habrá sido mi enseñanza, no lo sé. A veces, cuando visito cualquier centro comercial para esta época, unos días antes de mi cumpleaños, me sorprende y pienso que todo mi esfuerzo fue en vano. ¿Cómo es posible que unos pocos, poquísimos, desde sus limusinas blindadas o desde un pent house que puede costar varios millones de dólares, decidan la vida de las grandes mayorías planetarias? ¿Cómo es posible que a las masas, igual que en mi época en el circo con los gladiadores y los leones, se las siga engañando de esa manera, ahora con todos los nuevos artificios tecnológicos? Parece que las cosas no cambian, y eso llevaría a la desesperanza. Pero no es tan así, Unheimlich: las cosas cambian.

**Heinrich Unheimlich: Sí, claro ... pero permítame decirle que la gente ya no se siente tan creyente como antes. Los católicos aún siguen los ritos, por ejemplo el de festejar la Navidad, o el de casarse por la iglesia o bautizar a sus hijos, pero la religiosidad va perdiendo importancia en el mundo moderno, más guiado por los jet supersónicos y las tarjetas de crédito que por un mensaje místico.**

**Jesús:** Exactamente. Eso es lo que estoy tratando de decirle: la gente cambia. Y agregaría: ¡felizmente! Si no, aún seguiría en las cavernas. Pero no: hay cambios, siempre. La historia no

está terminada. No quiero anticiparle para dónde seguirán esos cambios. Es más: nos pusimos de acuerdo con mi viejito que eso no lo vamos a revelar por ahora. Pero, aunque parezca que no, las cosas se mueven. Como dijo aquel italiano famoso que la iglesia casi cocina en la hoguera: eppur si muove.

**Heinrich Unheimlich: Entonces, haciendo un balance de estos primeros dos mil años de su trabajo, ¿qué diría?**

**Jesús:** *[Comienza a hablar en arameo y el periodista corta la entrevista]*

## Corresponsal en el trópico

Cuando Clifton se graduó como periodista su padre se lo prometió: hablaría con Bob –así lo trataba coloquialmente dada su larga amistad desde los años de la universidad–, el actual director de *The New York Times*, para que lo colocara en el diario.

No fue difícil: Bob –es decir, el Sr. Robert Nicholsson– tenía gran aprecio por Peter Mc Cohan así como por su hijo, el recién graduado Clifton. Además, el Sr. Mc Cohan era un importante accionista de la empresa, y por supuesto había que tomar en cuenta sus pedidos.

A los pocos días, con 24 años y más dudas que certezas en cuanto a su nascente profesión, Clifton fue nombrado asistente de redacción.

Era un muchacho muy aplicado y rápidamente se fue ganando la simpatía de sus superiores. Al director del periódico lo vio sólo una vez, pero Nicholsson estaba bien al tanto de su actuación. Además de congraciarse con uno de sus patrones, quería darle una mano sincera al hijo de su amigo. Veía en Clifton una promesa para el periodismo. Sus dos hijas se habían dedicado a otras actividades: profesora de piano una y azafata la otra, por lo que Clifton vino a cumplir, sin saberlo, el papel de protegido del director del diario.

El ritmo de trabajo resultaba infernal. Se trabajaba siempre contra reloj, y era común decir, por supuesto en tono de broma, que si no había noticias...se inventaban. Clif pudo acoplarse muy bien a esa modalidad. Trabajar bajo presión incluso le gustaba.

Sin ser precisamente un militante de izquierda, tenía lo que podría llamarse preocupaciones sociales. Con un muy buen pasar económico, lejos estaba de saber qué era la pobreza, la necesidad. Su crianza nunca lo había acercado a sectores humildes, y para él eran más comunes clubes selectos –que en general rechazaba– y viajes en avión en primera clase que las penurias de los barrios marginales de New York. De todos modos había ido desarrollando una sensibilidad un tanto incomprensible para alguien de su condición: le importaban los problemas de los negros, de los inmigrantes latinos. Por contacto con algunos jóvenes colombianos, supo de los distintos movimientos guerrilleros en América Latina. Eso lo tenía fascinado. Le parecía increíble que alguien dejara la comodidad de un hogar urbano para irse a las montañas movido por sus convicciones.

Fue por circunstancias fortuitas que comenzó a ocuparse de las noticias de Centroamérica. El encargado de esa sección tuvo un accidente automovilístico, y el asistente casualmente estaba fuera del país. No quedó más remedio que adentrarse en el tema. Ahí fue cuando descubrió lo poco o nada que sabía del asunto.

Para él, como para la mayoría de los ciudadanos estadounidenses, América Central era un conglomerado difuso que se conocía como repúblicas bananeras. Se avergonzó cuando descubrió que no conocía las capitales de cada uno de los países; más aún: no sabía con exactitud qué países hacían parte del área. Sabía que México no, y que más al sur estaba el mar Caribe, pero no tenía una idea exacta de la región centroamericana.

Como, en general, nadie la tenía en su círculo de allegados. De todos modos, ahora difusamente había comenzado a estar en el tapete en las informaciones porque, según decía el nuevo discurso oficial en boga con el presidente Ronald Reagan a la cabeza, los sandinistas que habían tomado el poder en Nicaragua constituían un peligro para la seguridad nacional de Estados Unidos.

Clifton no tomaba en serio esa advertencia, por supuesto, pero no dejaba de llamarle la atención la moda mediática que se iba abriendo paso. Hasta había visto un documento que presentaba con lujo de detalle una invasión del ejército nicaragüense a Texas, apoyado por fuerzas cubanas. Le parecía un dislate total, y eso le llevaba a cuestionarse su profesión. ¿Cómo era posible tratar tan de estúpida a la población?

Pero lo que más lo indignaba era que la población no reaccionara. Le resonaban continuamente palabras de un profesor a quien admiraba mucho, que lo habían dejado muy impresionado: *"si la gente quiere basura, pues entonces hay que darle basura"*.

*"Pero... ¿la gente en verdad quiere basura?"*—, reflexionaba acucioso. Eso echaba por tierra todas sus convicciones respecto al periodismo. *"¿Qué quiere la gente?"*—

Su padre, que en realidad nunca había ejercido el periodismo pero que estaba íntimamente ligado al oficio por ser un importante accionista del diario más connotado del país —y del mundo—, lo alentaba. De alguna manera aspiraba a que su hijo fuera realmente un informador objetivo, serio en su profesión; y al mismo tiempo no quería adelantarle nada de las miserias de todo el mundillo del negocio de la comunicación. Prefería que él mismo las fuera descubriendo por sí solo.

El seguimiento que Clifton comenzó a hacer de Centroamérica fue impecable. Tanto así, que su jefe de redacción fue quien le propuso ir de corresponsal para allá. El director del periódico, Nicholsson, estuvo encantado con la idea. Y mucho más lo estuvo Clif.

El país de destino fue Guatemala.

Apresuradamente se informó acerca de esta nación. Lo primero y más destacado que aparecía era su perfil turístico. "Paraíso maya", "El pasado sigue vivo en la jungla", "Cuna de una gran civilización" eran las promociones que más le llamaron la atención. De la situación política no era tan fácil hallar información. Por ese entonces, fines de 1982, gobernaba el país una terrible dictadura producto de un golpe de estado. El presidente de turno —del que Clifton sabía algo sólo por referencias vagas, personaje prácticamente desconocido en la prensa estadounidense— era un militar: el general y predicador evangélico José Efraín Ríos Montt.

No era la primera vez que estaba en América Latina, pero nunca había visitado esta zona del istmo centroamericano. Pasear por Buenos Aires, Río de Janeiro o México, en buenos hoteles y con una sólida tarjeta de crédito de respaldo sin salirse de los circuitos turísticos demarcados por las agencias, no era en verdad conocer mucho la región. Y haber visitado Manaos, en el corazón de la selva amazónica, o el Salto Ángel, en la Orinoquía venezolana, con un periplo previamente preparado por operadoras turísticas cinco estrellas, tampoco, Bajando del avión tuvo claramente esa certidumbre. En el corto camino que lo llevó el taxi desde el aeropuerto a su hotel lo pudo sentir en forma evidente.

Nunca había visto "indios" personalmente. ¡Y ahí estaban!

Más en broma que en serio, se dijo para sí: *—"son iguales que cualquier ser humano"—*.

Respiró tranquilo cuando supo que había Mc Donald's.

Rápidamente se pudo integrar bien a la nueva situación. Su precario español se había reforzado bastante con lecciones tomadas las semanas previas al viaje. Se sentía seguro y en condiciones de poder comunicarse sin mayores problemas.

De acuerdo a las normativas de su embajada —al igual que todos los funcionarios de gobierno y personal de empresas privadas de Estados Unidos que trabajan en el extranjero— debía cumplir con una larga serie de medidas de seguridad. Por lo pronto, tenía un oficial del ejército de su país encargado de su situación pendiente de él todo el día. Como corresponsal de un medio prestigioso —lo cual lo convertía en un potencial blanco de ataques— debían darle un tratamiento singular. Una vez por día debía reportarse ante su contacto de la embajada.

Toda esa ceremonia desagradaba profundamente a Clifton. El no se sentía en peligro en lo más mínimo, y quizá con una cuota de ingenuidad, no entendía por qué debía cuidársele tanto. Si el gobierno de su país era detestado, eso —según razonaba— no tenía por qué involucrarlo a él. *—"Nou todos los gringous ser mala gente"—*, le gustaba afirmar casi con orgullo.

A partir de su trabajo trabó contacto con militantes del movimiento armado, y fueron muchas las veces que los sorprendió el amanecer, entre ron y muchos cigarrillos, hablando de la situación política de Guatemala, del "imperialismo yanqui", de los ideales socialistas.

Clif no sentía alguien claramente de izquierda, pero tampoco era un defensor acérrimo de la libre empresa ni de las multinacionales de su país. El contacto con una realidad tan dura como la que ahora estaba experimentando le abrió los ojos en muchos sentidos.

Guatemala vivía una sangrienta guerra civil con un ejército que virtualmente funcionaba como fuerza de ocupación, y una guerrilla igualmente poderosa. El movimiento armado tenía controlada buena parte del territorio nacional, pero no estaba en condiciones de hacer colapsar al gobierno central. Washington, luego del triunfo sandinista en la vecina Nicaragua tres años

atrás, había endurecido su política anticomunista para la región. No toleraría más gobiernos de izquierda en Centroamérica. Por tanto, lo que sucedía en Guatemala debía ser una advertencia para toda el área.

La estrategia en juego por parte de los gobiernos militares que hacía varios años venían gobernando el país con asentimiento de la Casa Blanca, era descabezar en forma total cualquier tipo de protesta social u organización popular que surgiese. Si los grupos guerrilleros se movían como "pez en el agua" entre los campesinos indígenas de las zonas más remotas del territorio –los eternamente excluidos y explotados, los mayas descendientes del gran imperio de mil años atrás–, se trataba entonces, según lo decían sin mucho maquillaje, de "quitarle el agua al pez". Es decir: golpear en la zona rural, golpear sin piedad a la base campesina para crear terror, para cortar todo vínculo con los alzados en armas.

–*"Igual que en Vietnam"*– concluía Clifton. –*"Pero el Pentágono ya aprendió algo: aquí no mandan tropas propias: hacen pelear a los indígenas"*–. Lo que más le sorprendía era que el ejército nacional, el mismo que llevaba a cabo las matanzas en las zonas de campesinos mayas, estaba conformado igualmente por indígenas.

Si bien por su estudio y por su breve experiencia laboral en la redacción central del diario en New York ya había descubierto que el mundo no era, precisamente, un cuento de hadas con final feliz, la crudeza de lo que ahora experimentaba lo tenía sorprendido. ¿Cómo podía haber tanta maldad? ¿Cómo se podía llegar a esos extremos de brutalidad?

Lo que más lo impactaba no era tanto la bestialidad de la represión del ejército contra los campesinos mayas sino la perfidia de quien *"movía los hilos de los títeres"*, como había comenzado a decir.

–*"¿Y todas estas matanzas, en definitiva, para poder seguir tomando Coca-Cola en un McDonald's? ¡Qué absurdo!"*–

Los primeros reportes que envió gustaron mucho en la redacción, según le hicieron saber. Estaban bien escritos, con seriedad, con mucha claridad y objetividad. Sin caer en lo morbosos ni en el sensacionalismo, no ocultaba nada de lo que estaba sucediendo en el país. Le incomodaba un poco que editaran sus reportes de la forma en que lo hacían. De pormenorizados informes plagados de datos de una cuartilla de extensión, es decir: 500 palabras, si es que los publicaban, sólo aparecían en los lugares menos visibles del diario, en la página de Internacionales, reducidos a un título con unas breves líneas.

\*\*\*

Clifton se había tomado la molestia de ir hasta la aldea arrasada. La información le había llegado por amigos indígenas vinculados al movimiento guerrillero. Era una aldea destruida más, una más de tantas que el ejército aniquilaba completamente en su campaña de terror. Según el dato que le habían proporcionado, de alrededor de 500 habitantes sólo habían sobre-

vivido tres. Es más: el ejército había buscado que quedaran vivos algunos pocos testigos para que contaran de la masacre, para que difundieran lo sucedido y el terror se esparciera. No era necesario movilizarse hasta el lugar para tener alguna información que poder transmitir. Con un sucinto relato de las acciones de la guerra hecho desde la capital bastaba para lo que *The New York Times* quería informar. Ir más allá no era necesario... ni deseable. Pero Clif quería hacerlo; y con dos compañeros de etnia ixil junto a otro periodista italiano de una organización no gubernamental de derechos humanos que trataba igualmente de informar sobre el genocidio en curso, se movilizó hacia la profundidad del departamento de Quiché.

No fue fácil conseguir el permiso en su embajada. Luego de muchas trabas, lo obtuvo. Desde ya, eso despertó sospechas en los encargados de seguridad e inmediatamente quedó, por supuesto que sin saberlo, bajo observación.

Llegaron en automóvil hasta Santa Cruz del Quiché, la capital del departamento. Desde allí era bastante complicado seguir avanzando hacia Nebaj por la cantidad de retenes militares que había en el camino. Ir en vehículo propio podría haber despertado sospechas. "*¿Qué hacían estos dos periodistas gringos con dos indios por esta zona?*" hubiera sido lo primero que preguntarían los soldados. Prefirieron viajar en transporte público de ahí en adelante.

Se hicieron pasar por turistas. Era un tanto raro encontrarse con dos "mochileros locos" por aquellas regiones, zonas rojas de la geografía nacional donde se sabía, no oficialmente, que se estaba llevando a cabo una represión brutal contra la población civil. Pero nunca faltaban "gringos despistados".

Así camuflado, junto con su amigo italiano Guglielmo, todo empolvado llegó a Nebaj luego de un viaje matador de más de ocho horas en un bus que a duras penas podía remontar las cuestas. En el camino dos veces fueron detenidos por patrullas militares que hicieron bajar a todo el pasaje para requisar uno por uno a los viajeros. Su presencia llamó la atención, pero como no había ningún elemento por el que detenerlo —no llevaba cámara fotográfica, para sorpresa de todos— lo dejaron continuar y pudo arribar a su destino. Eran estos dos compañeros ixiles —Agapito y Jesús— quienes los transportarían hasta la aldea destruida. El idioma común para comunicarse entre todos ellos era el español, que no era lengua materna de ninguno. Decidieron ir hasta el lugar a pie al día siguiente, poniéndose en marcha antes del alba. Era una caminata de cuatro horas aproximadamente. A último momento Guglielmo amaneció engripado y prefirió no ir.

Clif partió bajo la llovizna persistente y las neblinas de diciembre junto con sus dos guías a las cuatro de la madrugada. Fueron las horas más tensas que recuerda haber vivido, pero al mismo tiempo las más plenas. Caminar bajo la lluvia a oscuras con el temor de ser detenidos por el ejército lo excitaba. Era una vivencia absolutamente nueva para él. Nunca había sentido la sensación del peligro inminente; esta era la primera vez, y por cierto, le fascinaba. Además —esto era lo definitorio— era un peligro que, según su parecer, valía la pena ser corrido. A nadie se lo había mencionado, pero llevaba una cámara fotográfica oculta. No era una máquina convencional sino una que había conseguido en New York casi de "contrabando" antes de



viajar a Guatemala. Era una miniatura no más grande que la uña del dedo meñique que utilizaban los servicios de inteligencia, con mayor definición que las cámaras comerciales. La llevaba bien oculta, y con eso pensaba cubrir la nota. La idea era conocer el área arrasada, por supuesto fotografiar, y luego, ya de regreso, pasar visitando a los tres sobrevivientes —una anciana, una adolescente y un niño— para entrevistarlos. En estos momentos estaban hospedados en casas de familiares, algo retiradas de la reciente masacre —precarias viviendas de adobe con piso de tierra que tenían sorprendido a Clif, a dos horas de marcha de la aldea masacrada. No entendía cómo la gente podía vivir toda una vida en esos lugares, tener hijos, ser felices...

—*También sin Mc Donald's se puede vivir...*— concluía. Ninguno de los sobrevivientes hablaba español, sólo ixil. Y ninguno había estado nunca en la ciudad de Guatemala.

No fue fácil hacer la entrevista, pero logró comunicarse. El resultado final fue una pormenorizada nota para publicarse en varias entregas —al menos así lo sugirió él— con profusión de datos y de fotos. Se relataban detalladamente la reciente masacre, de la cual los tres sobrevivientes brindaban relatos escalofriantes, y de otras más, todo en el marco de explicar la estrategia del ejército en su lucha contrainsurgente.

La respuesta del director fue contundente:

—*Querido Clif: eres un muy buen profesional, pero a veces mejor no exagerar con la profesión*—.

Entendió inmediatamente cómo estaban las cosas. Pensó en escribir también a su padre, pero creyó mejor no hacerlo, pues si el director del diario pensaba así —siendo, en definitiva, un empleado— ¿qué otra cosa podría pensar uno de los propietarios?

Luego de dos días en que prácticamente no durmió y tomó más de dos litros de café —habitualmente no tomaba, sólo lo hacía cuando estaba ansioso— decidió volver a escribirle a Nicholsson. Esta vez la carta fue bastante dura. Llegaba a insinuar su poca profesionalidad al no querer denunciar lo que se debía denunciar.

—*Lo nuestro debe ser un apostolado. Si bien no cumplimos un rito iniciático para la profesión como los médicos, tenemos que actuar como si hubiésemos hecho un juramento hipocrático: si nuestro deber es informar con objetividad, no podemos permitirnos no hacerlo, no importando consideraciones secundarias que son sólo justificaciones*— escribió altisonante.

Unas horas después, Clifton recibió un fax que no tenía ni siquiera encabezado o dedicatoria y cerraba con un nombre frío, casi impersonal, sin firma escrita de puño y letra: Nicholsson, Director. El mensaje contenía sólo estas ríspidas frases: *"Recuerda las palabras del primer ministro inglés Lloyd George durante la primera guerra mundial: "Si la gente realmente supiera lo que ocurre, la guerra se detendría mañana. Pero, por supuesto, no saben y no pueden saber. Los corresponsales no escriben la verdad y la censura no la dejaría pasar"*.

Se deprimió mucho, y luego de tres días de cavilaciones, casi sin despedirse de nadie, se marchó de Guatemala.

Hoy, más de dos décadas después de aquel fax, habiendo heredado el paquete accionario de su padre muerto en un accidente aéreo tres años atrás, recuerda con nostalgia su paso por Centroamérica. A veces, solo en su despacho, se le llenan de lágrimas los ojos cuando recuerda la primera reacción al recibir el mensaje de Nicholsson. "*¿Y qué hubiera pasado si me metía a la guerrilla?*"

## María y Revolorio

La estrategia del ejército era terminar con esa aldea –así como lo hizo, de la misma forma, con otros cientos de poblados similares– masacrando a todos sus habitantes, dejando solo algunos pocos testigos para que pudieran relatar lo ocurrido. Difundir el terror es siempre instructivo, enseñan los manuales militares.

El plan se cumplió al pie de la letra; fueron más de doscientos los muertos, y los sobrevivientes, apenas cuatro: los hermanitos María y Revolorio, junto a dos adultos.

En las montañas del departamento del Quiché, en Guatemala, eso era común por aquellos primeros años de la década del 80, en plena guerra civil. Del esplendor del gran imperio maya de siglos atrás, ya nada quedaba. La vida, ahora, era tratar de sobrevivir lo menos penosamente que se pudiera escapándole a la pobreza crónica, y en estos momentos, huir también de esa violencia monstruosa que se había ensañado con los indígenas en nombre de una estrategia "contrainsurgente", palabra que los mayas no terminaban de entender: "*¿por qué nos atacan ahora?*". Ser indígenas y campesinos pobres los condenaba a la miseria desde hacía siglos; querer cambiar esa situación los condenaba a ser objetivo militar ahora. Una de las pocas salidas –quizá la única– que les quedaba a estos habitantes era marchar a la ciudad capital como modo de hacer menos sufrida su vida. Era un poco menos infeliz trabajar de jornalero en un mercado en la ciudad de Guatemala o de empleada doméstica en una casa, que cultivar la tierra entre malaria, serpientes venenosas y minas antipersonales sembradas a lo largo de sus campos, teniendo que desplazarse además varios meses al año a los cortes de azúcar o de café en las grandes fincas de la costa sur.

María y Revolorio corrieron suertes distintas luego de la masacre. Él tenía ocho años para aquél entonces, y ella uno más. La lengua cotidiana de ambos siguió siendo el maya-quiché. Revolorio fue criado por unos tíos de una aldea no muy lejana; María fue a parar a una finca de la zona, donde desde recién llegada la pusieron a trabajar en tareas domésticas. El idioma español lo aprendió muy mal. Entre ellos, una vez separados, nunca más hubo contacto. Los tíos que criaron a Revolorio no supieron nunca que su sobrina había sido llevada a esa hacienda, por lo que jamás se les ocurrió buscarla. A su sobrino ya no volvieron a hablarle de ella. Por su parte, María ya nunca volvió a saber nada de Revolorio. Las penurias materiales y los acosos de los varones fueron lo común de su vida.

Los años pasaron, y los niños sobrevivientes fueron haciéndose jóvenes, casi sin memoria de su trágico pasado. Para María llegó la menstruación y el inminente peligro de poder quedar embarazada sin desearlo. Su vida de huérfana abandonada criada en la soledad de una finca que se le hizo inhóspita desde el primer día, la volvió huraña, desconfiada. El recuerdo de la masacre de aquella noche en su aldea natal, borroso en alguna medida, pero al mismo tiempo infinitamente vívido, y la continua evocación de su familia desaparecida para siempre, la

acompañaban a diario. Soportar sus precarias condiciones de vida más esa suma de rememoraciones trágicas, le hacían su vida demasiado desagradable. Todo eso, fragmentariamente hablado con la única amiga que tenía en la finca –otra muchacha de crianza abandonada a su suerte– hizo que ambas se decidieran a probar mejor fortuna en la capital. María, con dieciocho años recién cumplidos y sólo una mochila como equipaje, hablando un más que precario español, junto a su amiga marchó hacia la ciudad de Guatemala. Era analfabeta.

Revolorio llegó a tercer grado primaria. Al criarse con sus tíos recibió siempre algo más de afecto que su hermana. De todos modos, con doce primos y una pobreza crónica que, con buena suerte, dejaba comer cada día una magra ración de tortilla con frijol en los tres tiempos, su vida tampoco había sido hasta el momento un cuento de hadas con final feliz. Sin embargo, varón como era, cuando despertó a la pubertad, no debió ser él quien se cuidara de los abusos y atropellos. En todo caso, como cualquiera de sus primos, con catorce años ya había tenido su primera borrachera y visitado prostitutas en la cabecera municipal. Entusiasmado por dos de sus primos, marchó a probar suerte a la ciudad capital; con dificultad, leía y escribía un poco. De la masacre a la que había sobrevivido casi nada le habían hablado sus tíos, y él muy vagamente recordaba. Prefería olvidar.

Llegada a la ciudad de Guatemala, María rápidamente pudo ubicarse como empleada doméstica en una de las más lujosas casas de una elegante zona residencial. Fue azaroso su arribo ahí; resultó de la combinación de una serie de factores inesperados: la enfermedad de una de las empleadas anteriores y la imposibilidad de su amiga, con la que había viajado desde el Quiché, de aceptar esa plaza, dado que unos días antes ya había encontrado ubicación en otra casa de familia. Para María resultaba raro –no molesto, pero sí extraño– tener que dejar su traje típico para colocarse ese delantal blanco y esa cofia que, en secreto en su habitación, le provocaban risa. Solo los domingos, su único día libre –hasta las seis de la tarde, hora en la que ya debía regresar a la casa– se le permitía usar su corte y su güipil. Al menos aquí, en su nuevo destino, los acosos sexuales eran menos que en la finca donde se había criado: debía cuidarse solo del patrón de la casa –un militar retirado cincuentón que gustaba de pellizcarle las nalgas– y de su hijo mayor, de veinticinco años. Entre las cosas que más la alegraban estaba el no tener que caminar todos los días, con lluvia o bajo el sol, para traer agua desde un arroyo o cargando leña para encender el fuego. La vida en la ciudad se le antojaba infinitamente más cómoda. Lo que no le gustaba era ese trato continuo de "indita" que recibía, entre paternal y despectivo. Su español iba mejorando rápidamente.

Revolorio llegó a Guatemala más o menos para la misma época en que lo hizo María, con diecisiete años de edad. A los dos días de su llegada ya estaba trabajando. Con sus dos primos se ubicó como agente en una empresa privada de seguridad. Muy poco le exigieron para la contratación, incluso no contó que fuera menor de edad. Casi sin instrucción militar previa, le pusieron un chaleco antibalas –que le molestaba por lo apretado– y una escopeta en las manos, y lo mandaron a trabajar como custodio de una clínica. No terminaba de entender qué era lo que tenía que cuidar armado, por qué un centro de salud tenía que ser custodiado con una escopeta. En el dispensario de su comunidad, allá en las montañas de Quiché, nunca había visto eso. Pero al poco tiempo de llegado a la ciudad capital comprobó que era de lo más natu-

ral que cualquier negocio –una tienda, una panadería, un consultorio odontológico– tuviera guardias armados en las puertas. Y también comprobó que los asaltos se sucedían todos los días, en cualquier lado y en cualquier momento. Terminó por reconocer que con un arma de fuego en las manos –eso ya no era el machete de Quiché, infaltable para cualquier ocasión en los quehaceres de un varón– la vida se le antojaba más agradable: era una sensación de poder, de majestuosidad que antes nunca había sentido. Las muchachas, incluso, lo trataban con cierta admiración. Bueno, claro que ciertas muchachas, no todas: las empleadas domésticas fundamentalmente, aquellas que usaban el traje maya típico. Las no indígenas lo miraban con cierto desdén, hasta con burla a veces. No entendía bien –le desagradaba– esa expresión de "indito", entre paternal y despectivo. Pero la realidad le fue haciendo entender, a fuerza de golpes y desencantos, que ser indígena en esa ciudad, aunque estuviera armado, no era para sentirse muy orgulloso. Le molestaba profundamente, aunque no se atrevía a decírselo a nadie, que se equiparara "indio" con "bruto". "*¡No seas indio!*" era la expresión que más le irritaba. Pero ese era el precio que tenía que pagar, al menos así concluía Revolorio, por vivir en una gran ciudad, con alumbrado público encendido durante toda la noche –eso era lo que más lo fascinaba–, roconolas y ... ¡tantas mujeres bonitas!

Un día –una tarde de jueves con lluvia– repelió un asalto en la clínica que custodiaba. Logró matar a uno de los atacantes, y al otro lo redujo, hiriéndolo en una pierna. Como aún era menor de edad –le faltaban dos meses para cumplir los dieciocho– el coronel Portillo, el dueño de la agencia de seguridad para quien trabajaba, arregló las cosas para evitar cualquier problema legal. Él mismo en persona felicitó a Revolorio por su acción, ofreciéndole trabajar como uno de sus guardaespaldas privados –tenía otros cuatro–. "*¡Sos cabrón, vos, patojo! Indito, pero de los buenos... ¡Ojalá todos los inditos fueran como vos!*". Revolorio no lo podía creer; ese era para él el orgullo más grande que había sentido en su vida. A los pocos días andaba viajando todo el tiempo en un vehículo blindado, armado con una pistola nueve milímetros, con saco y una corbata que lo asfixiaba, pero que debía usar porque ... "*así lo quería el patroncito*", explicaba.

La historia de un nuevo guardaespaldas que había contratado el patrón, el coronel Portillo –coronel retirado, ahora dedicado a los negocios (no muy santos por cierto: contrabando)– llegó a oídos de María. Según los comentarios de la servidumbre –trabajaban tres domésticas en la casa– se decía que el nuevo elemento era de los más valientes; y además, era del Quiché, como ella. Cuando lo vio por primera vez, desde lejos –ella estaba arreglando las habitaciones del segundo nivel y él llegó hasta la puerta de calle con los otros guardaespaldas– le pareció un niño. Pero no dejó de reconocer que tenía encanto.

Al poco tiempo de estar en la ciudad, Revolorio ya se había hecho un experto seductor. Pero de un cierto espectro de mujeres, claro: las que eran como él, indígenas, las que iban con sus trajes típicos, en general empleadas domésticas. Ya había dejado embarazada a una, por cierto. Aspirar a las otras, las rubiecitas como las hijas del coronel Portillo, era imposible. Para esas mujeres no podía dejar de ser nunca un "indito", por más valiente que fuera. Y él mismo se sentía más cómodo abriéndole la puerta de los automóviles que mirándolas con avidez sensual. "*Indito es indito..., ¿qué vamos a hacerle?*", concluía resignado.

Pero María era de las suyas. La conoció con el uniforme de sirvienta, aunque la prefería con su multicolor güipil y su corte típico, las prendas del domingo. Ese era el único día en que ella se dejaba el cabello suelto. Renegrido y largo casi hasta la cintura, sin cofia, así la prefería Revolorio. Comenzaron a salir.

Entre ellos conversaban en quiché. Revolorio sentía, sin poder explicárselo, que con María había algo más que con las otras ocasionales muchachas con las que ya sabía ejercer muy bien su oficio de seductor. Hablaban mucho y reían juntos con una espontaneidad fresca, vital. María nunca había dado un beso en la boca, y hasta ahora los varones solo le significaban esos buitres acosadores de los que tenía que cuidarse. Más allá de manoseos, siempre sufridos como ataque –los que recibía en la finca en su tierra natal, los del coronel Portillo o los de su hijo–, no había tenido una relación amorosa con un hombre. Ahora, por primera vez en su vida, empezaba a sentir lo que era enamorarse. Así llegó el primer beso.

De sus respectivas vidas poco se contaban. En realidad los dos se habían hecho un pacto de silencio consigo mismo sobre su pasado. En cierta forma, no recordaban con mucha claridad los traumáticos acontecimientos de su niñez, cuando la masacre de su aldea. Pero además ninguno de los dos quería recordar aquellos sucesos. Cuando se preguntaron mutuamente por sus historias de vida, por sus raíces, sus infancias y sus familias, los dos escaparon a las respuestas con evasivas. Solo se permitieron decir que venían de Quiché, pero ninguno quiso ir más allá. Fue Revolorio quien relató un día, quizá escapándosele a su propio autocontrol, que recordaba tener una hermana llamada María, pero con la que hacía mucho tiempo había perdido todo contacto. María se sintió súbitamente tocada. ¿Sería ella? La duda comenzó a corroerla.

A partir de ese domingo, no había día en que a ella no le surgiera la duda y se le reactualizaran las preguntas y los fantasmas del pasado. Ella también recordaba claramente que tenía un hermanito llamado Revolorio y del que nunca más supo nada. Pero no recordaba con exactitud qué había sucedido luego de la masacre. ¿Dónde había ido a parar el chiquilín? De algunos de sus familiares, aunque prefería no evocarlo, sabía que habían muerto a mano de los soldados. Recordaba aún –y la hacía llorar cada vez que afloraban las imágenes– ver a su padre golpeado en el suelo, pateado, todo ensangrentado. Y recordaba también, aunque buscaba evitar la rememoración cada vez que aparecía, cómo habían macheteado a su hermano mayor, Sinforoso. Escondida tras una pila de leña había visto cómo los militares lo trozaban en pedazos al igual que se hacía con un corte de carne. Aún sentía sus gritos desgarradores que sobresalían sobre el ruido de voces desesperadas, balazos, insultos. Y aún hoy, años después, no encontraba respuestas. "*¿Qué hicimos para merecerlo?*"

Decidió que no le diría nada a Revolorio acerca de sus dudas; comentarle que ella recordaba tener un hermano con su mismo nombre sería crearle una situación de angustia horrible. ¿Para qué? Suficiente con su duda, con su ansiedad. Por último, ya que eran pareja –cerrando los ojos ante esa loca posibilidad que también fueran hermanos– ella se resignaría. "*Al menos que él la pase bien. Por último, la mujer tiene que hacer sentir bien al varón, ¿no?*", reflexionaba, no sin cierto estoicismo, en quiché. A María le gustaba mucho Revolorio como para permitir-

se pensar que podían ser familiares y tener que cortar la relación. Si ya había podido silenciar su pasado, también podría silenciar esto otro.

A Revolorio en algún momento también lo asaltó la duda. Pero rápidamente desechó la idea. No era posible eso, consideraba. Eran locuras. Le compró un anillo de plata como regalo y empezó a pensar que no sería feo casarse con alguien con quien se entendía muy bien, que hablaba quiché y a quien tendría el privilegio de desflorar. Descartó de una vez para siempre esa remota posibilidad de que fueran hermanos. Si había podido hacer desaparecer sus recuerdos de la masacre –al menos, así lo creía– también sería posible hacer desaparecer esta disparatada idea de estar noviendo con su hermana.

El coronel Portillo había amasado una considerable fortuna. Él había sido el responsable de buena parte de los operativos militares contrainsurgentes del Quiché años atrás. Su crueldad era legendaria; en muchos casos, él mismo en persona comandaba las acciones de tierra arrasada, y él mismo, con su nueve milímetros, ejecutaba indígenas conminándolos a denunciar a los guerrilleros que operaban en esas montañas. Retirado ya del ejército, pero sin haber perdido totalmente los vínculos con la institución, gracias a sus negocios ligados al contrabando hoy día gozaba de una muy buena posición económica. Nunca supieron María ni Revolorio que había sido él quien dirigió la operación de exterminio de su aldea. Tampoco supo él que los dos niños a quienes dejaron vivos deliberadamente como testigos, eran ahora sus empleados.

Justamente por sus negocios sucios, el coronel tenía más enemigos que amigos. Dada la fortuna acumulada en estos años, era también un buen objetivo para secuestradores, en muchos casos, militares de graduación media, también retirados. Su hija menor, Libertad, fue la escogida por la banda que decidió darle el golpe; medio millón de dólares era lo que pedirían de rescate. Sabiendo que eso podía sucederle, sus tres carros estaban blindados, y tenía ahora a su servicio y el de su familia cinco guardaespaldas. Comenzó a ser seguido por sus futuros captores.

El personal doméstico fue especialmente investigado por la banda de secuestradores. María, quien se encargaba en la mayoría de los casos de hacer las compras de frutas y verduras en un mercado vecino al sector residencial donde vivían, fue la elegida. Sin sospecharlo siquiera, estuvo siendo estudiada por espacio de tres semanas. Finalmente, la contactaron.

Primero intentaron seducirla. La idea era poder contar con ella como un aliado estratégico dentro de la casa, y nada mejor que una enamorada para pasar toda la información requerida para el golpe; pero ese camino no funcionó. María no prestó la más mínima atención al tipo que intentó acercársele. Así las cosas, los delincuentes optaron por una vía más violenta, más expedita: la amenaza directa.

Habiendo investigado que noviaba con uno de los guardaespaldas del coronel, decidieron amedrentarla con eso: si no colaboraba con lo que la banda le imponía –distraer a Revolorio de sus tareas de cuidado con Libertad, la muchachita objeto del futuro secuestro–, su novio

sufriría las consecuencias. Se lo hicieron saber por la calle, sin mayor tacto: *"indita pisada: o la hija del cabrón ese, o tu novio. Vos elegís. ¡Y no estamos haciendo chistes! Si no nos ayudas, le vamos a cortar lo que más te gusta de él y te lo vamos a mandar en una caja. ¡Pensalo bien!"*

Revolorio sintió que algo había cambiado en la relación. María estaba muy rara: triste, ausente. Habitualmente ella no era así. Consecuencia de ese nuevo y desagradable estado fue que accedió a hacer el amor por primera vez en su vida. Su idea de mantenerse virgen hasta el matrimonio quedó desechada sin mayor culpa, al igual que sus cavilaciones sobre si su novio era su hermano. En realidad, más que hacer el amor, fue un intento de huir de una situación que se le había tornado insostenible. Y así, sin quererlo, sobrevino un embarazo. Cuando María lo supo, se angustió. En principio decidió no decírselo a Revolorio; hasta incluso en un momento se le cruzó la idea de abortar. Pero la mezcla de sus ancestrales principios mayas de respeto a la vida más la carga católica que igualmente llevaba, le hicieron descartar de inmediato la ocurrencia. Sentía que su vida había entrado en una vorágine de acontecimientos que no podía controlar. Una vez más recibió las amenazas por la calle.

Desesperada, optó por hablar sobre todo esto con Revolorio. No sabía qué era lo que más la angustiaba, si la posibilidad que fueran simultáneamente hermanos y novios, las amenazas recibidas o estar embarazada.

Revolorio quedó sorprendido. Era una combinación confusa de sentimientos. Del embarazo se alegró, y la abrazó emocionado. De las amenazas se asustó mucho. Y en cuanto a sus historias de vida, cosa de la que nunca habían hablado con seriedad, se decidió a indagar más. Bastaron unos pocos datos para confirmar quiénes eran: el nombre de los padres y de los otros hermanos lo dijeron todo. Ambos quedaron estupefactos, quizá más asustados que con las amenazas de los secuestradores. ¿Qué hacer ahora? Algo era evidente: se amaban mucho, y no como hermanos precisamente. Además, iban a tener un hijo. Una conversación que escuchó Revolorio por casualidad la noche anterior en el automóvil cuando viajaba con el coronel Portillo decidió las cosas.

Con alguna copa de más –media docena de vasos de whisky escocés que había tomado en el Círculo Militar– el coronel dejó escapar algunos datos que daban la pista; hablaba de sus operaciones en el Quiché diez años atrás. Entre risas cómplices contaba a su interlocutor –un teniente bastante más joven que él– cómo habían sido algunas de las acciones. La idea de dejar algunos pocos sobrevivientes luego de las masacres estaba indicada en los manuales de operaciones. Y eso mismo, recordaba con efusión, había sido lo que les resaltaba siempre John, *"el psicólogo gringo que fue uno de nuestros instructores años atrás, civil, pero con más huevos que un militar"*, el mismo que ahora trabajaba en la embajada de Estados Unidos en Guatemala como agregado cultural y que *"anda pretendiendo a mi hijita menor, la Libertad, la que ahorita estudia en la universidad Marroquín. Es un poquito mayor que ella, pero, bueno... no está tan mal eso..."*.



Revolorio no pudo saber con exactitud a qué operativos se refería, pero no importaban los detalles para el caso. Todas las masacres habían sido semejantes, y siendo él sobreviviente de una de ellas –junto con su hermana/pareja–, bien podría haber sido el coronel Portillo quien comandaba la que arrasó su aldea y terminó con su familia. Y de no haber sido ésa exactamente, en su aldea natal en Uspantán, daba lo mismo. El "patroncito" de ambos era su verdugo. ¿Merecía que lo siguieron sirviendo ahora que empezaban a conocer la verdadera historia?

Recordar esa conversación, oída la noche anterior, en el momento en que hablaba con María precipitó la decisión. Abrazados tiernamente, con los ojos inundados de lágrimas por la profunda emoción, ambos decidieron que tendrían al hijo jurándose que si eran pareja, nunca nadie sabría de su relación fraterna. Eso era "pecado", según les había enseñado el cura que visitaba la aldea de tanto en tanto cuando pequeños, y lo que otros sacerdotes les habían indicado igualmente en sus pocos contactos con las iglesias a que habían asistido. Pero no importaba: el amor que sentían los animaba a pecar con mucho gusto. Y lo más importante a decidir para ese momento concreto, considerando las amenazas: ¿por qué iban a defender a su verdugo y a su familia? Optaron por colaborar con los secuestradores.

En ningún momento se les ocurrió pedirles algún pago material a los bandoleros por la colaboración. No, no se trataba de eso. Era una forma de hacer justicia con la historia, con sus vidas, con las vidas de los doscientos vecinos masacrados. Libertad, la víctima en la mira, no era la responsable de la conducta de su padre, sin dudas; pero no había muchas alternativas: ella representaba a una de esas "blanquitas" despreciativas, las que gustaban hacer sentir que no era "de la chusma", las que se habían criado en la cultura del humillar a los "inditos brutos". ¿Merecía más respeto que su padre acaso? Por otro lado, ¿cómo respetar a su padre? ¿Qué hubiera dicho el coronel Portillo si Revolorio pellizcara las nalgas de Libertad cada vez que pasaba a su lado como hacía él con María? El hijo que habían concebido, pensaban, no debía sufrir tanto como ellos. Pero, ¿cómo hacer? Que unos delincuentes le quitaran una buena cantidad de dinero a otro delincuente, en definitiva, lo entendían como un acto de reparación con la historia. Si ellos no podían hacer justicia por su propia mano, que al menos un acto igualmente reprochable como un secuestro sirviera para darle un escarmiento a quien fuera su victimario.

Con la seguridad que les daba saber que la decisión tomada era la más adecuada, esperaron algún nuevo contacto de los malhechores. Finalmente, unos días después, se comunicaron con María. La ubicaron por la calle. Ella, con actitud firme y cara de pocos amigos, los sorprendió tomando la iniciativa. Ya conocía el rostro de quien la había abordado varias veces, por lo que, sin dudar, lo afrontó.

*"¿Y qué tengo que hacer para lo que me pidió? Voy a ayudarlos, usté. Díganme, pues".*

El secuestro tuvo lugar según lo previsto. María llamó por teléfono de acuerdo a lo convenido –tres veces, sin hablar, sólo dejando que suene el aparato; esa era la señal– avisando el momento en que Libertad salía de la casa en uno de los vehículos blindados con dos custodios. Revolorio se las ingenió para distraer al otro guardaespaldas y chofer, y no opuso ninguna

resistencia cuando los secuestradores los abordaron con armas largas y gorros pasamontañas cubriéndoles las caras. Libertad entró en pánico gritando desafortadamente, pero eso no impidió que se la llevaran. Dos horas después el coronel Portillo recibía en su teléfono móvil el primer contacto de los captores: *"medio millón de verdes en billetes de a cien"*.

### **Primer final**

Algo no salió como los secuestradores lo tenían planificado y las cosas se complicaron. Se vieron forzados a cambiar de escondite a Libertad. Eso permitió que la policía los fuera acorralando, de tal suerte que en una arriesgada operación comando con veinte agentes de fuerzas especiales, en cuestión de unos pocos segundos luego de la irrupción violenta en la precaria casa en que se refugiaban, tres miembros de la banda caían abatidos mientras otros tres eran detenidos. Libertad fue rescatada sana y salva. Al tomar las declaraciones de los capturados –tortura por medio– salieron a relucir los nombres de María y Revolorio. Cuando ambos fueron detenidos, no salían de su asombro. *"¿Yo secuestrador? ¡No, debe haber un error!"*, gritaba Revolorio. María prefirió guardar silencio. Los interrogadores no podían creer que no fueran a recibir dinero por su participación.

El hijo –un varoncito– nació durante el cautiverio de María. Como nadie visitaba a Revolorio en la prisión, nunca se enteró de su paternidad. Suponía que ya debía haber nacido, pero no lo pudo saber jamás. Para el momento en que murió acuchillado en un riña con otro interno tiempo después, María salió en libertad en atención a su buena conducta y a su maternidad. Hoy día se la ve mendigando con su hijo en la puerta de la catedral. La vez que una rubiecita muy bien vestida flanqueada por dos guardaespaldas se le acercó a darle una limosna, le pareció descubrir a Libertad. Ambas se reconocieron, y sin mirarse siquiera, voltearon los rostros.

### **Segundo final**

Ni bien se consumó el secuestro, tal como lo tenían planificado, María y Revolorio desaparecieron de la casa del coronel Portillo. Pero para no despertar sospechas dijeron oficialmente que se casaban y marchaban como ilegales a Estados Unidos, que esa era una decisión que ya tenían tomada hacía tiempo y que, pese a lamentar el mal momento de la familia, ya tenían acordado viajar justamente para esa época. En medio de la ansiedad generada por el acontecimiento, en la casa del coronel Portillo nadie prestó particular atención a ese incidente. Para alguno de los policías encargados de la investigación resultó sugestiva esa partida, pero de todos modos nadie fue tras ellos.

Luego de largas y complicadas negociaciones, se pagó un rescate de trescientos mil dólares y Libertad fue liberada en buen estado de salud. El asunto fue manejado con gran cautela; luego de un primer momento de escandalosa difusión en los medios de comunicación, se silenció totalmente. Ahora Libertad vive en Washington, casada con John, el psicólogo militar instructor de su padre.

María y Revolorio marcharon para Quiché. Revolorio avisó a sus primos que regresaba a su tierra, casado y esperando un hijo, cosa que los desconcertó un poco, pero que aceptaron sin agregar mucho por último. En realidad, no había mucho que decir.

Ahora viven cerca de la casa de los tíos en un terreno que compraron con sus pocos ahorros y que les permite, aunque magramente, sobrevivir con dignidad. El niño también se llama Revolorio. Contentos por el hecho de mantener entre ellos dos un doble secreto –ser hermanos sin confesarlo a nadie y haber permitido ese golpe "reparador" contra quien masacrara a su familia años atrás–, ahora conocieron gente que impulsa temas de justicia en la post guerra. Así fueron ganando en conciencia crítica respecto a su situación. Estando María embarazada por segunda vez, comenzó a alfabetizarse. Y ambos, en la medida que pueden, participan en un grupo que busca el castigo a los responsables de las masacres vividas. Pero Revolorio no se queda solamente en el castigo al brazo ejecutor, a los soldados que crearon tanto sufrimiento en su población durante la guerra interna. Su idea, ahora que decidió que algún día quiere llegar a ser abogado aunque le cueste mucho esfuerzo, es que los militares no fueron sino los guardaespaldas de gente más poderosa. *"Y los guardaespaldas, usted, solo cumplen órdenes... Hay que entrarle a los patroncitos, pues"*.

## Un recuerdo perturbador

Remedando a un sabio chino, esos maestros que hablan poco, con elípticas parábolas, inescrutables las más de las veces, así vivía Salomón en su destartado cuartucho. Eran frecuentes las visitas de gente que se le acercaba pidiendo la luz de su sabiduría. No solo de la comunidad judía, a la que pertenecía, sino de todos los rincones de la diversidad humana. Ávidos de sus consejos, muchas veces quienes lo buscaban debían esperar semanas, meses incluso, antes de ser recibidos por el hermético sabio.

Mi primo H. y su hijo J., que por aquel entonces estaban pasando indecibles penurias, fueron a verlo. Con mucho tiempo de antelación habían gestionado la cita, y finalmente, un gélido miércoles que nevaba mucho, llegaron a su morada. Los dejó estupefactos su presencia: de una edad indescifrable, larga barba hasta el abdomen y aspecto desaliñado, los atendió sin mirarles nunca a los ojos.

*“Maestro, no sabe la emoción que nos embarga de poder llegar a usted”.*

*“¿Qué quieren de mí?”,* respondió con voz áspera, cortante.

*“Mi esposa, es decir: la madre él”* -señalando a su hijo- *“está sumamente afectada y nadie le encuentra solución”.*

*“¿Qué le sucede?”*, preguntó enterneciéndose algo.

*“Ella es hija de una señora que estuvo en Buchenwald, y continuamente tiene pesadillas donde grita, en idish: «¡a los gitanos, a los gitanos!»”.*

El silencio se hizo sepulcral. Por varios minutos el tiempo pareció detenerse. De pronto, de los ojos del Maestro comenzaron a caer unas lágrimas. Preguntó luego, con voz pausada:

*“¿A los gitanos?”*

*“Sí, Maestro. Y casi todas las noches sueña eso. Incluso se levanta sonámbula, sigue gritando eso, y destruye la vajilla. ¡Usted no sabe todos los platos y vasos que ya ha quebrado!”.*

*“¿Qué color de ojos tiene?”*, preguntó desconcertando a los consultantes, que quedaron sorprendidos.

*“Celestes como el cielo”.* El silencio nuevamente ganó la escena. Luego de una tensa espera, mi primo prosiguió:

*“La hemos llevado con los mejores médicos y psicólogos, pero nadie le encuentra cura... ¿Qué debemos hacer, Maestro?”*

*“Una noche de luna llena, sin nieve pero con mucho frío, hacerla cantar «O Tannenbaum» mientras el universo se mueve sin destino fijo, y arreciar en la macroscopía secular”.*

Padre e hijo se miraron estupefactos; no sabían cómo reaccionar. Si la respuesta había sido una alegoría, una profunda metáfora, era absolutamente incomprensible. Salomón quedó mudo, mirando el infinito. Los consultantes, mirándose entre sí con gesto despavorido, también quedaron mudos.

Luego de un momento, el Maestro agregó:

*“Y no reparar en gastos...”*, frase que se hizo más enigmática aún.

Como el silencio se prolongaba tenso, mi primo y mi sobrino -según me contaron luego- optaron por retirarse. Lentamente se incorporaron, y esbozando un tímido saludo que no fue respondido por Salomón -que seguía en trance- salieron de la habitación.

Días después se supo que el presunto adivino y sabio iluminado, al escuchar hablar de la *Shoah*, el Holocausto -que él había sufrido en sus mocedades como judío oriundo de la ciudad de Leipzig siendo destinado a Auschwitz-, entró en crisis psicótica. Sus orientaciones, siempre ofrecidas en ese tono hermético que los consultantes aceptaban como sesudas elucubraciones, insondables y crípticas formulaciones que daban para pensar, eran en realidad floridos delirios. Ahora, en el Hospital Psiquiátrico de U., recuerda con obstinada meticulosidad cada día pasado en el campo de concentración.

## Frascos de formol

Gilberto nunca decía “no” a nada. Era ya proverbial su amabilidad. No discutía con nadie, siempre con una sonrisa en su rostro.

En el grupo juvenil de la iglesia donde actuaba, algo en tren de broma, le apodaban “el santo”. En realidad, más que broma parecía una realidad. “*Un pan de dios*” era la expresión que mejor le cuadraba, que lo describía en su integridad.

Sin explicación lógica posible, era el preferido de su abuelo entre sus ocho nietos. Don Maximiliano, el más acaudalado terrateniente de la zona, legendario por sus amoríos y por su violencia -tenía varios muertos en su haber, siempre en “defensa propia”, según rezaban los partes policiales, así como incontables hijos extramatrimoniales- gustaba decir que Gilberto era su “*único y verdadero sucesor*”.

De hecho, ambos eran dos gotas de agua: sus características de “*raza superior*”, como solía expresarse el viejo hacendado, les hacía sentirse en un plano especial. Abuelo y nieto superaban el metro noventa de altura, y la blancura de sus pieles, así como el azul profundo de sus ojos y el amarillo reverberante de sus cabellos, no tenían parangón. Por lo pronto, Gilberto era el único de sus descendientes que hablaba en perfecto alemán con el viejo (lo había estudiado con obsesiva perfección en la *Deutsche Schule*).

Del pasado de don Maximiliano nadie sabía mucho a ciencia cierta. Oscuramente se tenía idea que había llegado a ese rincón de aquel país latinoamericano escapando de la guerra. No más que eso. Y que tenía mucho dinero. Dada esa opacidad, se habían ido tejiendo distintas leyendas a su alrededor. El viejo terrateniente, siempre enigmático, impenetrable, sonreía levemente tras su máscara pétreo. Las dos pistolas que cargaba en su cintura, más el infaltable machete, clausuraban todas las preguntas.

Gilberto despertaba ternura. Ese “pan de dios”, ese “santo”, parecía de otro mundo: su actitud casi beatífica, su candidez, el hecho de jamás proferir insultos, le daban un aire especial. Resultaba raro que un tipo como su abuelo, quien aún era partidario de utilizar el látigo para castigar a sus trabajadores en ciertas ocasiones, ponderara tanto a ese inocente jovencito de aspecto angelical. Si algo los unía, era su compartida afición por la entomología. Ambos dedicaban, por separado o a veces juntos, largas horas a buscar y clasificar insectos.

Nadie conocía de la secreta pasión de Gilberto, quien solía perderse tardes completas en las zonas boscosas de la heredad de su abuelo: buscaba insectos... para descuartizarlos. Don Maximiliano, a su vez -también en secreto- era un consumado descuartizador de animalitos. En su estudio -decorado con pomposa suntuosidad- exhibía interminables frascos con piezas de bichos varios, y en las paredes se mostraban numerosas cabezas embalsamadas de distintos

animales. Cuatro cráneos humanos sobre su escritorio daban un toque tétrico al lugar. Las empleadas domésticas buscaban como escaparle a la limpieza de esa habitación; el aire lúgubre de tanta botella con formol, mariposas y murciélagos atravesados con alfileres y bocas rugientes de animales momificados las espantaba.

Solo Gilberto mantenía una muy cordial relación con el abuelo; tanto sus hijos como los nietos miraban al anciano con temor, con cierta desconfianza. Había algo de siniestro en su figura. Sin buscarlo, espantaba. ¿Qué había en ese nieto, el “alemancito”, con el que mantenía un trato tan cordial?

Gilberto, sin que pareciera darse cuenta de ello, era continuamente víctima de acoso. Muchas veces, un acoso sutil o, en todo caso, abusaban de él. Dada su generosidad, como nunca se negaba a nada, terminaba siendo el obligado chofer de todo su grupo de amigas y amigos. Tenía un lujoso vehículo cero kilómetro, que los dividendos de la hacienda permitía comprar. Pero él casi no lo disfrutaba: era más el tiempo que dedicaba a llevar pasajeros gratis que lo utilizado para sí mismo.

Un hecho especialmente importante en su vida, silenciado por Gilberto durante mucho tiempo, fue el aborto que, sin quererlo, terminó apañando. Se puede decir que nunca tuvo novia; en todo caso, más de alguna mujer lo sedujo, incluso lo llevó a la cama. Como él nunca decía que no, se dejó. Fue así que Alicia, hermosa morena veinteañera, quedó embarazada. El procedimiento quirúrgico lo terminó pagando Gilberto, sin saber que el dinero que daba era para eso. Cuando supo que ya no sería padre, casi desespera. La muchacha, sin mayor trámite, lo dejó. A partir de ahí la actitud del joven -23 años tenía en ese entonces- empezó a cambiar.

Coincidió todo ello con la muerte de su abuelo y de sus padres en un accidente aéreo. Los tres, junto con el piloto, cayeron en la avioneta particular propiedad de don Maximiliano, dirigiéndose alguna vez hacia la ciudad de P. El testamento del viejo alemán era explícito: Gilberto era el único -¡el único!- heredero de sus propiedades: Hacienda La Moderna “*con todo lo clavado y plantado*” (se quitó la indicación que rezaba “*indios incluidos*”, por ser una rémora impresentable en la actualidad), alrededor de una docena de propiedades en la capital, varios vehículos, la avioneta, un lujoso yate.

Por supuesto, toda la familia reaccionó airada. Sus tres hermanos, tres tíos y ocho primos no lo podían creer. El odio que se disparó entre todos ellos fue volcánico, incontenible. De todos modos, no había modo de reaccionar jurídicamente contra el beneficiado: el texto del documento legal no daba lugar a malentendidos.

Pero siempre se encuentran alternativas. Como el dinero lo compra todo, en un complot del más alto hermetismo, varios de los familiares lograron “convencer” a un juez. Así fue que se intentó declarar *insano mental* a Gilberto. Cuando el joven se percató de la artera maniobra, ya su suerte estaba echada. O, al menos, eso era lo que pensaban los otros descendientes.

Hasta donde se sabe, el joven no tuvo ninguna asesoría; fue enteramente su elucubración. Lo cierto es que, un día antes de la audiencia fijada por el juzgado, Gilberto citó a la familia al despacho que otrora fuera de don Maximiliano. No se conocen los detalles exactos, pero el voraz incendio terminó con la vida de los diez familiares presentes, así como con la de tres empleados de la casa. Gilberto se salvó de milagro. Los cuatro que no murieron carbonizados, quienes no estuvieron aquel día en la reunión por diversos motivos, fueron apareciendo descuartizados tiempo después, sin ninguna explicación. Ahora, en su nueva casa -un apartamento bastante modesto en el barrio M., en la capital- en la habitación convertida en estudio, exhibe cuatro cráneos, igual que lo hacía su abuelo. Y varios frascos con formol con piezas biológicas. Él dice que son insectos y partes de animalitos que diseccionó. En realidad, nadie se lo cree.



## Sorpresa

### Marcelo Colussi y alguien más (cuento a cuatro manos)

Esteban y Silvina eran dos personas que se consideraban exitosas. Sin cuestionarse mucho qué significaba ese “éxito”, sus vidas giraban casi por entero, obsesivamente, en torno a esa idea. Cumplían a cabalidad con todos los elementos que, según lo establecido, les conferirían ese, para ellos, tan preciado don. Eso los mantenía orgullosos, quizá un tanto pedantes. “*No todo el mundo es exitoso*”, razonaban. Por tanto, ellos se salían de esa “mediocridad de perdedores”.

Habían hecho carreras meteóricas en sus respectivas profesiones. Ella, 31 años, arquitecta, trabaja en un estudio de los más renombrados de la ciudad. Era allí, pese a su relativamente corta edad, pieza clave. Los tres arquitectos dueños de la empresa estaban fascinados con su trabajo. Y también con ella. Su belleza impactaba tanto como su talento profesional. De hecho, en la universidad privada donde había estudiado, había sido nombrada “Miss Arquitectura” en más de una oportunidad. Su costoso vehículo era la envidia de sus compañeros de trabajo. Las propuestas para salir, siempre desestimadas por Silvina, le llegaban en cantidades industriales. Sabía poner distancia con los “*buitres que merodeaban*”.

Él, también 31 años, administrador de empresas, se había graduado a los 23 años con todos los honores, y tenía ahora dos maestrías. Como manejaba el inglés a la perfección -había pasado su adolescencia en Estados Unidos- no le costó ascender meteóricamente en una empresa multinacional de ese origen que operaba en su hispanohablante país, siendo gerente de operaciones. Era un adicto al trabajo, donde pasaba de doce a catorce horas diarias.

Después de un noviazgo de seis años, durante las épocas universitarias, se casaron con todas las de la ley. Provenientes los dos de familias de clase media acomodada, tuvieron como regalo de bodas en un esfuerzo conjunto de los padres de ambos un bonito apartamento. Ahora, tras tres años de matrimonio y sin hijos a la vista por el momento, por decisión de la pareja, se embarcaron en un crédito hipotecario para adquirir una lujosa quinta en una exclusiva zona. Piscina en su amplio jardín, estacionamiento para seis vehículos y ocho habitaciones en la lujosa casona eran, al menos para su criterio, una inequívoca muestra de éxito. No había cancha de tenis aún, pero ya la harían.

Como cada vez trabajaban más y más -había que pagar la mansión- su vida en común se limitaba a unos minutos en el desayuno y un furtivo encuentro por las noches, agotados ambos, con el único deseo de descansar. Su vida sexual iba quedando limitada a ocasionales encuentros -cuando se podía- los fines de semana. De eso no hablaban mucho. El éxito consistía, en todo caso, en mostrarse siempre sonrientes, sin preocupaciones a la vista, muy bien vestidos y, en lo posible, bronceados. Todo lo cual lograban con creces -también el bronceado-.

Iba todo viento en popa, al menos en los íconos que entendían debían hacerse públicos. Casa y vehículos lujosos, buena ropa, ocasionales salidas a los restaurantes más elegantes y sonrisas por doquier los mantenía satisfechos. Buena parte de los orgasmos de Silvina eran fingidos, pero eso no importaba. Ella suponía que Esteban se daba cuenta, pero no valía la pena preguntar. Sus treinta y dos pares de zapatos, más otros numerosos oropeles, silenciaban esos espinosos asuntos. Saberse codiciada por los varones del estudio, aunque con ninguno jamás fuera a tomarse un café, también servían para sentirse feliz.

Para Esteban el éxito estaba en sentirse “triunfador” siendo gerente -uno de los cinco gerentes de la empresa- a tan corta edad; de hecho, el más joven de todos. Sus frecuentes viajes a Los Ángeles, donde estaba la casa central, lo hacían sentir orgulloso. También saber que su esposa era codiciada por tantos hombres, y que ella no optaba por ninguno, sino solo por él.

Pero un nubarrón apareció de pronto. La multinacional entró en un período de crisis y decidió reorganizar sus estrategias comerciales. La reducción de personal fue una de sus más drásticas medidas. Esteban, aunque con una cuantiosa indemnización, se encontró desocupado por vez primera en su vida.

El golpe fue duro. Prefirió no contarlo a nadie; le daba particular vergüenza sentirse sin trabajo, sin ingreso. Su preocupación mayúscula, igual que la de Silvina, fue la de si podría mantener el tren de vida llevado hasta ese entonces. Pero más aún, saber si podrían continuar pagando el crédito con el banco para la lujosa mansión que habitaban. La sola idea de tener que dejarla -a la mansión, claro- lo trastornaba. No podía soportar esa idea; hasta se le cruzó lo de suicidio si eso se llegara a concretar.

Silvina decidió sacrificarse. Hablaría con los arquitectos del estudio para pedirle trabajos extras. Ella podía dedicarse a dibujar planos, tal como hacían los estudiantes, fuera del horario de oficina. Eso traería dinero extra. Sus empleadores estuvieron de acuerdo, contó a Esteban, y se quedaría todos los días algún tiempo luego del horario de cierre. Todo fuera por no dejar de pagar ese bendito crédito.

De esa forma, ella comenzó a llegar más tarde todas las noches. Primero, un par de horas más de lo que habitualmente solía hacer antes. Paulatinamente esos tiempos extras se fueron haciendo más largos; así, fue habitual que apareciera de vuelta por la casa a las 22 o 23 horas. A veces, incluso, después de medianoche. Esteban no estaba muy de acuerdo, pero aguantaba eso resignado. Mientras, buscaba afanosamente un nuevo puesto.

Así pasaron cuatro largos meses; él, cada vez más ganado por la angustia, ella, aportando una considerable entrada extra a la casa, y llegando cada vez más tarde por las noches. Pero el buen humor de ambos, aún un poco forzosamente, no desapareció. Hasta que, por fin, Esteban volvió a conseguir el anhelado trabajo.

Después de varias interminables entrevistas, una empresa farmacéutica de origen europeo lo contrató para su Departamento de Mercadeo, con un sueldo casi similar al anterior. La alegría de la pareja fue enorme, y lo festejaron en forma.

También Esteban lo quiso festejar por su parte. Con algunos de sus amigos más íntimos, y con dos primos con quienes mantenía una relación sumamente estrecha, salieron una noche de viernes, como en su época de soltero. La idea era tomar unos tragos, casi gastando a cuenta del futuro salario. El lunes siguiente comenzaba en su nuevo puesto.

El festejo se prolongó varias horas, con bastantes copas y mucha alegría. Uno de los miembros del grupo propuso terminar la noche “*como dios manda: yendo de putas*”. Esteban dudó si dios mandaría eso, pero impulsado por los vapores etílicos, aceptó. Eso no era común en él; era una práctica que muy ocasionalmente había tenido en sus épocas de estudiante. No estaba del todo convencido, pero motivado por sus amigos, lo vio como una travesura pasable. “*Silvina no se va a enterar. Además... una vez por año no hace daño*”, se dijo.

Decidieron llamar a una empresa VIP de sexoservidoras, de esas que van a domicilio con personal “especialmente seleccionado”, todas jóvenes muy bonitas, muy discretas, y “dispuestas a todo”, según la tarifa que se pague. Por supuesto, aceptan tarjetas de crédito, e incluso dan factura. “Servicio de masaje”, anotan en la descripción del producto.

Pidieron tres mujeres para los seis varones de la reunión. Ya sobre la marcha verían cómo se distribuirían y qué les ordenarían hacer específicamente. Las esperaron en el apartamento de soltero de uno de los amigos: Julián, el más joven, de muy buena posición económica. Como casualmente esa fecha era noche de Halloween, aparecieron disfrazadas, estruendosamente maquilladas y con sendos antifaces. La sorpresa de Esteban fue mayúscula al ver a las trabajadoras sexuales, pues una de ellas, quizá la más guapa, le pareció que era Silvina. No podía creer que fuera ella, pero la duda lo carcomía. El antifaz no le permitía tener total certeza. Silvina quedó más sorprendida aún, pero no dijo una palabra.

Aunque la sorpresa fue más grande aún, al menos para Esteban, pues el dueño de casa solicitó, sin decírselo a sus amigos, junto a las tres damas, también una mujer trans, o sea un *travesti*. Para Esteban eso fue conmocionante: siempre había querido tener una relación con una mujer-hombre de esas, pero no se había atrevido. Ahora era la ocasión.

Lo detenía la posibilidad que una de esas mujeres fuera Silvina. “*¡Qué vergüenza, si era ella, que se enterara!*”, se dijo. Lo pensó rápidamente, llegando a la conclusión que eso no podía ser. Seguramente los efectos del alcohol le habían nublado un poco la vista y estaba viendo visiones. Así pudo convencerse, y terminó siendo el más activo con la mujer-hombre. Tuvo sexo oral y anal, activo y pasivo; algo de cocaína que apareció por allí -uno de los amigos la aportó- lo ayudó a desinhibirse totalmente.

Silvina, desde el primer momento, quedó azorada. Su disfraz y el abundante maquillaje pensó que la ocultaban bien, por lo que trató de mantener la calma y actuar con todo el profesiona-

lismo del caso. En principio, quedó estupefacta por dos cosas: ser descubierta por su esposo, así como por constatar que Esteban no era tan “santo” como decía. Pero mucho más aún la golpeó ver su conducta homosexual. Pese a no querer ver el espectáculo, no pudo evitarlo. “*Lo peor de todo*”, se decía, “*es que goza más que cuando coge conmigo*” ..., pero no dijo palabra. Varios meses de estar haciendo ese trabajo “extra” le permitieron mantener el aplomo en la oportunidad, fingiendo siempre “*estar pasándola bomba*”.

En un momento, luego de un par de horas de sexo alocado con los otros jóvenes -con su esposo lo evitó siempre-, fue al baño de la casa; ahí se quitó el antifaz -en la empresa le habían pedido especialmente a las cuatro personas asignadas que lo mantuvieran todo el tiempo, para “*darle más sabor a la cosa en Noche de brujas*”-. Así lo hizo ella, pero ya estaba asfixiada. Mientras se arreglaba el cabello y el maquillaje, pasó por la puerta entreabierta Esteban y la vio con la cara descubierta. Ella no se dio cuenta. Fue solo pasar un instante, pero suficiente para constatar que era su esposa. No dijo palabra.

La noche fantástica terminó y todo el mundo, salvo Julián, marchó a sus casas. Algo, o bastante, borrachos llegaron Silvina y Esteban, cada uno en su vehículo con diferencia de unos pocos minutos. Los dos se contaron muy superficialmente lo que habían hecho. El joven administrador relató la parranda con sus amigos, donde todo había estado “*super*”. “*Unos cuantos tragos y escuchamos música toda la noche. Estuvo muy bueno*”. Por su parte, la joven arquitecta contó su “*larga y aburrida jornada*” dibujando planos. “*Ya me dolía la mano de tanto dibujar*”, agregó con cara cansada.

Ambos sospechaban que el otro sabía lo acontecido, pero nunca dijeron una palabra del asunto. Eran especialistas en mirar para otro lado, en simular (los orgasmos, Silvina; que todo anda bien, Esteban). Así pasó el tiempo, siempre ocultando, siempre fingiendo, y finalmente tuvieron la anhelada cancha de tenis.

### ***Post scriptum***

Pasado el tiempo, Silvina sigue “dibujando planos” en horas extras. Ahora aspiran a un Ferrari.

## **¡Muere, hijo de puta!**

En algún país del África cuyo nombre no es relevante en este momento, en la década de los 70 del siglo pasado tenía lugar una sangrienta dictadura. El general B., colocado en el poder por la confabulación de varias potencias occidentales, aseguraba a las multinacionales del caso los recursos minerales que robaban impunemente.

Las protestas populares se silenciaban a base de muertes, desapariciones y torturas. Como siempre esas potencias, al igual que los organismos internacionales y las principales embajadas, seguían llenándose la boca de palabras altisonantes: “libertad”, “democracia”, “derechos humanos” y cosas por el estilo, mientras miraban para otro lado en relación a las montañas de cadáveres y ríos de sangre que bañaban al país.

El general B. en persona, en muchas ocasiones tomaba parte en las torturas de los opositores políticos. Su megalomanía iba en aumento; las potencias a quienes servía lo aplaudían. Su última demostración de grandeza había sido la adquisición de diez aviones militares de última tecnología, endeudando a la nación de una manera bochornosa. Las protestas, silenciadas siempre a base de sangre y cachiporrazos, no se habían hecho esperar: era vergonzoso gastar esa fortuna en maquinaria bélica mientras el hambre, la malaria y el dengue arreciaban por los cuatro puntos cardinales del país. Las potencias y los organismos internacionales, sin embargo, seguían mirando distraídas para otro lado.

El 17 de junio se celebraba el Día de la Independencia. Era absurdo, patético, más bien triste: un país con 18 grupos tribales diversos, con 18 lenguas y autóctonas y una europea establecida como oficial, impuesta a latigazos, país que a duras penas producía algo de alimentos para su población y que debía importar casi todo, no podía festejar ninguna “independencia”. Pero para el general B. y su equipo de gobierno -otros militares tan sanguinarios como él- representaba un motivo de especial orgullo organizar un fastuoso desfile para la ocasión. Sería el momento de presentar los recién comprados aviones.

Gastando exorbitantes cantidades de dinero en actos celebratorios, el país se engalanó para el festejo. El día indicado, con sus mejores galas, la plana mayor de oficiales se había dado cita en el palco de honor para presenciar la parada militar. Los carteles con la imagen del general B., con su pechera cubierta de medallas, inundaban el paisaje. La población -famélica, en muchos casos descalza- agitaba banderitas nacionales, regalo del gobierno.

El acto central se hacía en la ciudad capital, a orillas del caudaloso río M. Bajo un sol extenuante, soldados y más soldados, tanques de guerra, vehículos militares y toda la parafernalia que servía para reprimir a la población, desfilaba soberbia. Sobre el final del acto hicieron su entrada los aviones. Con pilotos poco experimentados -habían sido capacitados en el país fabricante de las aeronaves un corto tiempo- la posibilidad de un accidente era algo muy posible. Y efectivamente sucedió.

Dos de los aviones chocaron en pleno vuelo, ante la mirada atónita del público. La gran mayoría, en secreto, festejó. Era una forma, indirecta quizá, pero una forma finalmente, de infligirle un daño a la dictadura. Dos aviones menos, dos posibilidades menos para el pueblo hambreado y reprimido de sufrir los ataques de esa aeronáutica asesina.

En el acto, uno de los pilotos murió con la explosión; el otro pudo eyectarse con su asiento, cayendo en paracaídas en medio del río. Como no había ninguna embarcación militar preparada, solo un bote de pescadores artesanales pudo ir en su rescate. Los hermanos J. y A. salieron presurosos hacia donde flotaba el piloto.

Esto me lo contó A., pidiéndome expresamente que lo mantuviera en secreto. Como acaba de morir, ya viejito -siempre fue pescador-, ahora puedo contarlo. Me relató el susodicho que llegando cerca del piloto, que a duras penas se mantenía a flote en medio del caudaloso río, hizo como que le tendía una mano. Así, si lo observaban desde la orilla, todo el mundo podía ver un intento de salvataje. La verdad fue otra. Ya cerca del siniestrado, simulando tenderle la mano, le dio con el remo en la cara, y con un gancho de los que utilizaban para la pesca, perforó el salvavidas que lo mantenía a flote. Con gesto triunfal le dijo: “*¡Muere, hijo de puta! Una mierda menos*”.

## Un error

Cecilia pintaba muy bien. Ya había expuesto en un par de galerías, y ahora estaba gestionando una nueva muestra, esta vez en París. Su familia, una de las más adineradas del país, en principio no veía muy bien sus aficiones artísticas, pero con el tiempo fueron aceptándolas. Ahora, ante la posibilidad de exhibir en Europa, padre y madre la miraban encantados.

La joven vivía en un mundo de ensueño. Con sus 22 años recién cumplidos, su vida había sido un cuento de hadas. Educada en los mejores colegios de Suiza, su afición por las artes plásticas la había llevado a su corta edad a frecuentar grandes maestros de la plástica, de Europa y de Estados Unidos. Ahora, de vuelta en Feudalia, su país natal, seguía pintando, mientras su padre continuaba haciendo más y más dinero con sus numerosas empresas, su madre pasaba su tiempo en tareas de beneficencia y la dictadura militar asolaba la nación.

Su novio, Roberto, a punto de graduarse de ingeniero y listo para viajar a Alemania con un post grado, era su amor de toda la vida. El joven, de familia igualmente adinerada, también vivía en una campana de cristal. Con automóvil flamante cada año -aspiraba a un Ferrari con su primer sueldo y sus ahorros; de momento no trabajaba- prácticamente nada sabía de la sangrienta dictadura en que vivía.

La feliz pareja, alejada de mundanas preocupaciones, llevaba un noviazgo peliclesco. Entre lujos y opulencia, parecían no enterarse de las montañas de cadáveres y los ríos de sangre que marcaban el día a día de Feudalia. La aparición de “*guerrilleros comunistas*” había obligado a la intervención de las “*patrióticas y abnegadas*” fuerzas armadas, para impedir que “*el sucio trapo rojo ondeara en los mástiles impolutos de la república*”. Don Carlos, padre de Cecilia, que había rechazado ser Ministro de Economía en el gobierno del actual presidente de facto, el general Pérez, por considerar que eso lo alejaba de sus negocios, era uno de los principales impulsores de la “*limpieza*” que se estaba llevando a cabo. Hombre público como era -varias veces presidente de la cámara empresarial- había declarado en distintas oportunidades que “*el país estaba pasando por un momento angustiante, y que un poco de mano dura era imprescindible*”.

El general Pérez, intachable militar formado en la Escuela de las Américas, en Panamá, cumplía a cabalidad con lo recomendado (¿exigido?) por el embajador de Estados Unidos y varios de los más connotados empresarios -don Carlos era uno de ellos- en alguna reunión previa al golpe de Estado que lo llevó a la presidencia: “*General, el país necesita de sus buenos oficios. No podemos ser cabeza de playa de apátridas y ateas potencias extraterritoriales, así que... tiene carta blanca para limpiarnos el terreno de esos molestos comunistoides, esos zurditos malolientes que nos traen ideas foráneas*”.

La indicación había sido más que clara. Como buen soldado, el general Pérez sabía cumplir órdenes. Sus doce o catorce horas diarias dedicadas a atender la represión, es decir: los asuntos de Estado, las pasaba encantado. Para él eso no era una pesada carga laboral: era la más sentida obligación llevada a cabo “*con la satisfacción del deber cumplido*”. “*¡Hay que salvar al país de las garras del comunismo internacional!*”, decía pletórico.

Nadie se atrevía a hablar en Feudalia. Las escasas denuncias de violaciones a los derechos humanos que aparecían esporádicamente, eran silenciadas con brutalidad. Cárceles clandestinas, cámaras de torturas, desaparición sistemática de “personas molestas” (léase: disidentes políticos), aparición de cadáveres descuartizados en zonas despobladas y patrullajes militares continuos estaban a la orden del día. El país se había vestido de verde olivo.

Cecilia y Roberto seguían su vida de ensueño, ajenos a esa sangrienta realidad. A lo sumo, sabían que había “*algunos bochinchés*”, y que las “*gloriosas fuerzas armadas*” estaban poniendo la casa en orden.

Aquel miércoles por la mañana, Cecilia tenía que ver al maestro Romagnolli, una de las glorias nacionales de la plástica. Feudalia no se caracterizaba precisamente por un alto desarrollo ni científico ni cultural, pero había chispazos geniales por aquí y por allá. Este pintor era uno de ellos. Hijo de inmigrantes italianos, había hecho su vida allí; su talento le había dado fama internacional. Era por eso que la joven artista y millonaria lo había contactado, para que el maestro le sirviera de contacto con la galería de Francia. Romagnolli, sabiendo de la calidad artística de la muchacha, lo estaba haciendo gustoso.

Cecilia y Roberto llegaron a la casa del pintor en el preciso momento en que se estaba llevando a cabo el operativo. Eran tres automóviles sin placa de identificación, con cuatro ocupantes cada uno. Armados hasta los dientes y encapuchados, los matones -después se supo que era personal militar actuando de civil- se estaban llevando a Romagnolli. El maestro -Cecilia no lo sabía, ni siquiera podía imaginarlo- era parte del movimiento revolucionario. Su trabajo consistía en proporcionar logística; sus 62 años no le permitían incorporarse como combatiente, pero su acción era vital para la organización.

La parejita quedó estupefacta al ver lo que estaba ocurriendo. Ambos tenían idea de que esas cosas sucedían, pero preferían ignorarlas. Con sus familias jamás hablaban de eso; era más tolerable reconocer, un poco a medias, que tenían relaciones sexuales prematrimoniales que tocar esos espinosos temas políticos. El padre de Roberto, un acaudalado terrateniente, había donado al Ejército una de sus cuantiosas propiedades en la ciudad capital para que allí funcionara un centro clandestino de detención y tortura. Por supuesto, nadie en su familia sabía nada al respecto.

Cecilia se molestó tremendamente al ver que llevaban a empellones y patadas a su adorado maestro. Sin pensarlo, muy alterada, se dirigió a los gritos, desafiante, a los armados:

“*¿Qué hacen, animales? ¿Por qué tratan así a este caballero?*”



Los matones se miraron sorprendidos, y esperaron instrucciones de quien estaba a cargo de la operación. Luego se supo que era el Capitán de Infantería Eleuterio Monzón. Éste, igualmente sorprendido, se dirigió a la pareja:

*“¿Y ustedes quién mierda son?”*

*“Lo mismo me pregunto yo: ¿quién mierda son ustedes?, ¿qué mierda están haciendo con Marco, con el profesor Romagnolli?”* Era raro que Cecilia utilizara improperios. Más raro aún -para Roberto constituía una sorpresa mayúscula, lo que lo dejó sin palabras- verla así alterada, con el rostro enrojecido y los ojos que le saltaban de las órbitas.

El capitán, por supuesto vestido de civil, quedó perplejo. Luego de pensarlo unos segundos, ordenó a su gente:

*“Llévense también a estos dos. Deben ser cómplices estos hijos de puta”.*

En un santiamén, Cecilia y Roberto estaban encapuchados, esposados e introducidos a la fuerza en los vehículos, entre golpes e insultos. Ahí comenzó su calvario.

Marco Romagnolli intentó explicar que estos jóvenes nada tenían que ver con el grupo guerrillero. Un tremendo culatazo en la boca lo acalló, quitándole varios dientes y partiéndole el labio inferior. Ya en la cárcel secreta, ensangrentados, doloridos hasta morir por los golpes, sometidos psicológicamente con los agravios recibidos -*“¡te vamos a cortar la verga, hijo de puta, y a tu mujer la vamos a violar mil veces!, ¿entendiste?”*- Cecilia y Roberto fueron separados. Cada uno fue alojado en un pequeño calabozo, al igual que hicieron con el pintor. A partir de ahí, ya no volvieron a verse entre sí.

Después de tres días de interminables torturas, Romagnolli repitió por enésima vez que la pareja no pertenecía a ninguna célula, que eran de muy buena familia, y que la muchacha era una excelente pintora que venía a verlo por su viaje a Francia. Hasta ese momento no le creían; sus torturadores pensaban que era una estrategia para que liberaran a dos de sus “cómplices”. Pero eso, repetido hasta el cansancio por el artista plástico, más lo dicho por Roberto, abrieron una duda al encargado de la prisión, el coronel Gómez. El joven, en medio de las palizas recibidas, insistiendo una y mil veces que no tenía ninguna relación con movimiento armado alguno, que no era de izquierda, que era hijo de uno de los grandes ricachones de Feudalia, pudo reconocer el lugar en que se encontraba.

*“Esta casa es de mi viejo. Estoy seguro, porque aquí me vine a masturbar por primera vez en mi vida. Si quieren se las describo completa. ¡Esta casa es de mi familia! ¿Por qué me tienen aquí?”*

Ante tanta insistencia, y ante lo que parecía algo congruente, llamaron al coronel. El oficial en persona vino a preguntar cómo estaba la situación. Después de un largo interrogatorio, esta

vez sin golpes ni blasfemias atemorizantes -“*imprescindibles para un buen trabajo de investigación*”, según rezaban los manuales militares- decidió averiguar. En forma urgente presentó el caso a su superioridad, y casi de inmediato todo se iluminó. El presidente de la república, el general Pérez, ya había sido informado por las dos “respetables” familias del drama que estaban viviendo. Don Carlos en persona lo había visitado en su despacho para presentar el cuadro de situación: hacía tres días que su hija y su futuro yerno habían desaparecido. La primera hipótesis adelantada por las autoridades fue que podía tratarse de un secuestro extorsivo por parte de “*esos malditos bolcheviques*”. Ahora, con lo informado desde “El Hogar de Huérfanos” -así apodaban a ese centro de torturas- las cosas comenzaban a aclararse.

No sabían cómo proceder ante las familias de Cecilia y de Roberto. En sentido estricto, no era un error. Dos personas que se acercaban a la casa de un miembro activo de la guerrilla, perfectamente eran sospechosas de poder pertenecer a la organización. Eran tiempos de guerra sucia, y las verdaderas autoridades de Feudalia -la embajada y el consejo empresarial- habían pedido expresamente “*limpiar el país de comunistas*”. ¿Quién era culpable? ¿A quién acusar?

La familia de Cecilia, recalcitrantemente católica, estaba en total desacuerdo con el aborto. Pero en este caso hizo una excepción. Producto de las violaciones de esos días en cautiverio, la joven resultó embarazada. En total hermetismo, con todas las medidas sanitarias del caso - en Feudalia el aborto era ilegal en ese entonces-, se procedió a detener el embarazo.

Don Carlos intentó entender lo sucedido. Él mismo le había hablado de “carta blanca” al militar que ahora era presidente. Y “carta blanca” significaba todo eso: hacer lo necesario, cualquier cosa, saltando todos los límites imaginables, para detener esa “*enfermedad pestilente del comunismo*”. De todos modos, no estaba en los planes lo sucedido con Cecilia y Roberto. Obviamente, eso no podía esperarse; había sido un exceso, uno más de los miles y miles cometidos durante la dictadura. ¿Un error? “*Suerte perra la mía*”, se maldecía don Carlos. “¿*Por qué me tuvo que tocar esto? ¿Por qué?*”

Fue la presión familiar, fundamentalmente la de su esposa, la distinguida doña María de las Mercedes González Casanova y de Fuentes, señora de J., la que terminó obligándolo a tomar la decisión. Don Carlos, a partir de las conversaciones mantenidas con el embajador, William H., quien quedó impresionantemente consternado al conocer el caso teniendo que pedir instrucciones a Washington, hizo lo imposible por remover al general Pérez. “*En realidad este pobre hombre no tenía la culpa*”, declaró alguna vez con unas copas de más a algunos de sus más íntimos amigos, varios de ellos empresarios estadounidenses, hablando en elegante inglés británico. “*Fueron las circunstancias*”. Finalmente, aunque la carnicería continuó, Pérez fue reemplazado.

Las heridas físicas fueron sanando, tanto en Roberto como en Cecilia. No así las psicológicas. Finalmente, no siguieron juntos. Con el paso del tiempo, el muchacho llegó a tener su maestría en Alemania, y luego un doctorado. Al regresar a Feudalia, se hizo cargo de alguna de las empresas de su padre, como reputado ingeniero industrial que era. Se casó. Ahora ya es abue-

lo, y único heredero de una cuantiosa fortuna. De Cecilia nunca más volvió a mencionar palabra.

Cecilia, producto del suplicio vivido, prácticamente no volvió a estar en Feudalia. Se instaló en París, y allí se dedicó toda su vida a pintar. Fue una destacada artista plástica; pintaba óleos, pero donde mejor se sentía era en las acuarelas. A su país natal volvió en muy contadas ocasiones: para la muerte de sus padres, alguna vez por una cuestión administrativa en relación a su enorme herencia, solo una vez para visitar a antiguas amigas. Ahora, ya sin dictadura, estuvo por aquí de pasada en estos días. Como ya hacía tiempo que manteníamos este contacto, nos concedió una entrevista. Ahí nos contó un poco más en detalle lo que ya sabíamos de oídas: viviendo en la ciudad luz se fue relacionando cada vez más con artistas jóvenes, intelectuales, militantes políticos de izquierda. El cambio fue gradual, pero al cabo de los años, definitivo, sin retorno. El cheque millonario que le envían sus administradores puntualmente cada mes lo sigue cobrando. Muy pocos saben que destina buena parte a financiar un movimiento guerrillero en el África. Con lágrimas en los ojos nos contó que le hubiera gustado tener un hijo, pero luego de lo vivido nunca más volvió a tener relaciones sexuales con nadie. Su vida la dedicó enteramente al arte..., y a apoyar causas de izquierda.

Uno de sus cuadros más notorios -pintura expresionista-, hoy día en una pinacoteca privada que mantiene uno de sus mejores amigos italianos, se titula "*Pobre tipo*". Nadie entiende bien por qué hay tanta sangre en la obra. Nosotros sí lo entendemos. El general Pérez sigue sin entender por qué lo removieron de su cargo, si solo se limitó a cumplir órdenes.

## ¿Brujería?

<https://www.youtube.com/watch?v=3TjVBpyTeZM>

Ni bien conoció la historia, Tao Lam decidió que quería hacer algo al respecto. Sabía que existía un lejano parentesco con esa rama de la familia Lam que había emigrado a Canadá un tiempo atrás. Por tanto Elisa, la misteriosamente desaparecida joven, era una lejana familiar. Las noticias que recorrieron el mundo, y que, por supuesto, también llegaron a Hong Kong, lo conmovieron profundamente.

Tao era periodista. Si bien aún muy joven, ya se había ganado fama de acucioso investigador, inteligente, muy profundo. Por eso el canal de noticias ATV Home lo había contratado. Sus búsquedas periodísticas, que daban como resultado “picantes” notas, eran seguidas con mucho interés. De ahí que, cuando planteó a la dirección del canal la posibilidad de hacer una exhaustiva investigación sobre el caso Elisa Lam en Los Ángeles -lugar de la desaparición de la muchacha- de inmediato tuvo luz verde. Se le asignó un generoso presupuesto para moverse por un mes entre Canadá, lugar donde vivía Elisa con sus padres, y la ciudad estadounidense. El canal preparó todas las condiciones necesarias, habiendo contactado tanto con la policía de Los Ángeles como con las autoridades del hotel donde había tenido lugar el suceso, así como la familia Lam en Vancouver, todo ello para facilitar el desplazamiento de los periodistas-investigadores. Tao viajaría, con los gastos pagos, junto al camarógrafo Wang Ming Fu, compañero de trabajo con quien había ido trabando una profunda amistad.

La historia trágica de la desaparición y muerte de Elisa Lam seguía envuelta en el misterio. Esta joven de 21 años, Lam Ho Yi, quien tomara el nombre occidental de Elisa en Canadá donde sus progenitores de origen chino abrieron un restaurante de comida original de su país, era ya nacida en territorio del continente americano, en la ciudad de Vancouver. Presentaba algunos trastornos psicológicos. Por lo pronto, el año de su desaparición, 2013, no habiéndose inscrito para continuar sus estudios en la Universidad de Columbia Británica, había consultado con un psiquiatra. Se le había diagnosticado depresión profunda y trastorno bipolar (psicosis maníaco-depresiva), por lo que estaba recibiendo tratamiento con neurolépticos y antidepresivos (quetiapina, wellbutrin, lamotrigina y venlafaxina). Ese año, por tanto, decidió no estudiar, tomándose un tiempo para recorrer la costa oeste de Estados Unidos.

Fue así que viajó sola a Los Ángeles, contrariando la voluntad de sus padres. Ellos sabían que Elisa no estaba en las mejores condiciones para moverse, que su depresión no era poca, pero no pudieron oponerse. Ya en California, sin conocer la ciudad, buscó un albergue barato, terminando en un sitio con un oscuro historial a sus espaldas: el Hotel Cecil. Ese lugar, que parecía especialmente preparado para una macabra obra de terror, mostraba una historia espesa, pesada, que podría asustar a cualquiera. Habiendo sido elegante al momento de su inauguración, allá por 1924 con un fino estilo Art Decó, en el momento de la llegada de Elisa había

pasado a ser un decadente refugio de marginales, un hotelucho de mala muerte, pese a sus 600 habitaciones. La zona en que se hallaba, el pleno centro de la ciudad, había ido decayendo hasta convertirse en “área roja”, plagada de drogadictos, vendedores callejeros de drogas, prostitutas, personas recién salidas de la cárcel sin destino y *homeless*.

Si bien sus instalaciones aún conservaban el lujo de épocas idas, el escaso mantenimiento y el tipo de clientela con la que se manejaba habían ido deteriorando su imagen. Como aristócratas venidos a menos, el Hotel Cecil no tenía mucho de lo que sentirse orgulloso, más que de su gloria pasada. Menos aún, con la sucesión de “catástrofes” que contaba en su haber: muertes varias en sus habitaciones, suicidios, haber hospedado a criminales tristemente famosos, ser lugar de refugio de marginales diversos. Por sus habitaciones pasaron dos de los más connotados asesinos seriales de Estados Unidos: Richard Ramírez, con 14 asesinatos en su haber durante el año 1985, y Jack Unterweger, quien asesinó a 10 trabajadoras sexuales la década de los 90, tres de ellas durante su estancia en el Cecil. Igualmente hospedó a Elizabeth Short, popularmente conocida en los medios como “La Dalia Negra”, al momento en que apareciera descuartizada, crimen que conmovería a todo Los Ángeles y que catapultó más aún la funesta reputación del Cecil. La misteriosa muerte de Elisa Lam completaba patéticamente el macabro paisaje.

Tao y Wang viajaron llenos de expectativas, deseosos de hacer una nota verdaderamente impactante. En Hong Kong, o incluso en toda China, eso podría ser todo un éxito, dado que la suerte corrida por esta joven de ascendencia china había tocado profundamente la fibra nacional. Se prepararon muy exhaustivamente para la investigación. Tao leyó todo lo que pudo encontrar sobre el caso, vio el tétrico video infinitas veces y se informó de las interminables conjeturas que recorrían el internet, para hacerse una muy detallada idea de la situación. De ese modo, partió con varias hipótesis. Por supuesto, las había en gran cantidad, no faltando explicaciones esotéricas, ligadas a fuerzas fantasmáticas, a fenómenos paranormales y hasta algún abordaje que hablaba de alienígenas involucrados en el asunto. Como siempre, los “casos raros” disparaban toda suerte de dislates.

Por lo que habían podido conocer los reporteros, Elisa tomó en principio una habitación compartida; su comportamiento algo extraño, extravagante, asustó a sus compañeras, las que pidieron se alejara a la joven chino-canadiense. Las autoridades del hotel, entonces, ubicaron a Elisa en una habitación para ella sola. La suma de todos estos elementos -su rara conducta, su diagnóstico psicológico, el estar bajo medicación psiquiátrica- abrían ya una punta investigativa para profundizar, la misma que utilizó la policía en su momento.

Lo tremendamente llamativo de todo el caso fue el inquietante video del ascensor de la noche del 31 de enero de 2013, última vez que se vio a Elisa con vida, antes de su posterior desaparición. Igualmente rara, inquietante se diría, fue la forma en que se la encontró días después: muerta en un depósito de agua en la azotea del hotel sin ninguna pista clara que permitiera esclarecer el hecho. La policía llegó a la conclusión que no se trató de un hecho criminal. ¿Suicidio? Era difícil decirlo, pero no habiendo rastro alguno de violencia en el cuerpo de la joven, ni prueba de ataque sexual o de consumo de alguna sustancia psicotrópica, el hecho no

podía catalogarse como homicidio. La autopsia no reveló ningún dato adicional que hiciera pensar en algo delictivo. Simplemente, se consideró un accidente; Elisa habría subido, ella sola, hasta el tanque de agua, y habría caído ahí dentro, no pudiendo sobrevivir, por lo que no había asesino que perseguir.

Finalmente, el caso se cerró. Al menos, se cerró como expediente judicial. Pero al haberse viralizado el video del ascensor (en diez días recibió más de diez millones de visitas), las especulaciones y los “investigadores” de internet se multiplicaron al infinito. Por tanto, de algún modo el caso Elisa Lam nunca se dio por terminado; las dudas siguieron flotando en el ambiente. Tan “llamativo” resultaba el asunto, que años después un canal televisivo lo aprovechó para generar una serie, de gran audiencia por cierto (gran negocio, claro está).

Tao y su camarógrafo Wang revisaron el video de marras no menos de 200 veces. El registro de la cámara de seguridad del ascensor dura casi 4 minutos. Lo que se ve hacer allí a Elisa parece el montaje de una película de terror. Pero no lo es. Es exactamente lo que quedó grabado, material que nunca fue editado. La policía permitió que el mismo se difundiera, y por lo bizarramente escalofriante, o escalofriantemente bizarro, que se ve, abrió interminables comentarios, conjeturas, conspiraciones. Una de las preguntas recurrentes es por qué por tanto tiempo las puertas permanecieron abiertas; ello llevó a pensar a muchos observadores -espíritu conspiracionista mediante- que hubo otros agentes involucrados en la desaparición, y no solo se trató de un accidente fatal de la joven.

No faltó también quien dijo haber visto un zapato masculino en el minuto 2:27, último momento en que se ve a Elisa. Del mismo modo, se especuló con que faltaban partes del video, convenientemente editado por las autoridades policiales o por el personal del hotel. Todo ello, en tanto especulaciones de las más variadas, creíbles y radicalmente no creíbles -“*Elisa estaba comunicándose con un espíritu que se hallaba en el pasillo a través de sus incomprensibles gesticulaciones*”, se dijo por allí- alimentaron un mito, que no dejó de crecer con el tiempo.

Entre algunas de las cosas llamativas, sin explicación por parte de nadie, es la desaparición del teléfono celular de la joven. Junto a su cadáver, flotando en la cisterna del techo con dos metros y medio de profundidad, aparecieron sus ropas, pero no así el teléfono. Eso, obviamente, dio lugar a las más intrincadas elucubraciones.

Igual de intrincada, complicada, compleja, fue una de las conclusiones -si es que así puede llamársele- a la que llegaron varios internautas interesados en el caso. En el momento en que se produjo el fallecimiento de la joven y en los meses posteriores, cuando tuvo lugar la investigación de los detectives de la policía de Los Ángeles, en la zona en que se encuentra el hotel, Skid Row, tuvo lugar un gran brote de tuberculosis. Fue llamativo, al menos eso indicaron varios “investigadores cibernéticos”, que la prueba específica aplicada por las autoridades sanitarias de la ciudad para detectar potenciales nuevas víctimas de la enfermedad, tenía como nombre LAM-ELISA: Lipo Arabino Mannan -LAM- (glucolípidos y factor virulento asociado con *Mycobacterium tuberculosis*, la bacteria responsable de la tuberculosis), y Enzyme-Linked Immunosorbent Assay -ELISA- (ensayo por inmunoabsorción ligado a enzimas para

detectar anticuerpos). Rarezas de ese tipo empezaron a encontrarse por todos lados, alimentando así en forma exponencial el aura de misterio que rodeó el caso. Y sigue rodeándolo años después. Tanto, que un prestigioso canal encontró en él una interesante veta económica, produciendo una serie.

Con el paso del tiempo, el Hotel Cecil cambió su nombre por el de Stay on Main, sin dejar de ser un albergue de bajo costo, listo para recibir a todo tipo de personas no importando su condición. También con los años, el hotel fue enjuiciado, tanto por algunos de los huéspedes que se alojaron en el momento de la muerte de Elisa -y que, seguramente, bebieron el agua que provenía del depósito donde flotaba su cadáver- como por sus padres. Todas las demandas fueron finalmente desestimadas, pues la institución adujo que no podía responsabilizarse de un hecho fortuito, explicable básicamente por una enfermedad mental de una de sus pasajeras.

El trabajo de Tao y de Wang fue arduo. El mes presupuestado inicialmente no alcanzó, por lo que el canal decidió prolongar por treinta días más su financiamiento. De ese modo, los periodistas pudieron verse con una interminable cantidad de personas. Empezando por familia Lam en Vancouver, tomaron contacto con numerosos policías asignados al caso en su momento, así como con muchos trabajadores del hotel, del 2013 y actuales. Para completar la investigación, se entrevistaron también con vecinos del lugar, huéspedes y habitantes diversos de Los Ángeles. Producto de todo eso, produjeron abundantes imágenes y el guión de un fabuloso video, que en algún momento se pensaba difundir por la televisión de Hong Kong.

En el diario de campo de Tao se decía, coincidiendo con lo afirmado por la policía en su momento -explicación que parecía la más lógica, en realidad: la única lógica- que la joven chinocanadiense no había sido víctima de ningún hecho criminal. Su condición psicológica explicaba lo sucedido: padeciendo un trastorno psíquico grave, en la soledad del hotel sufrió un acceso psicótico que la llevó a la muerte. Lo que se ve en el ascensor, más allá de la forma incomprensible que pueda presentar -y que sin duda impresiona, asusta, pareciendo no admitir explicaciones racionales- manifiesta en definitiva una conducta delirante. Todo indicaría que Elisa Lam fue víctima de un delirio persecutorio (¿personalidad esquizo-paranoide de base?), lo que se puede ver en su rara conducta en el video del ascensor. Presumiblemente se sintió perseguida y salió aterrorizada. No está claro cómo llegó a los tanques de agua de la azotea, pero no sería improbable que eso haya sucedido: en medio de su frenética y despavorida huida de sus perseguidores imaginarios, la desesperada Elisa podría haber buscado refugio en la cisterna, sin saber en qué peligro mortal se metía. Una persona psicótica en pleno brote, en pleno ataque, es capaz de hacer cualquier cosa. No hubo mano criminal: su propia enfermedad mental la mató.

Terminado de escribir su reporte, Tao bajó al restaurante del hotel. Wang no quiso acompañarlo pues dijo tener mucho dolor de cabeza. Luego de un tiempo prudencial, viendo que Tao no regresaba a la habitación, el camarógrafo se inquietó un poco. Lo llamó reiteradas veces a su teléfono móvil, sin conseguir comunicarse. Ante ello, se sorprendió, por lo que decidió bajar. Ni en el restaurante ni en la recepción supieron explicarle nada: Tao había desaparecido. Inmediatamente se movilizó la policía; incluso llegó el Cónsul chino destacado en Los

Ángeles. La prensa, más rápida a veces que la policía, inundó el Hotel Cecil en búsqueda de primicias. El despliegue fue casi inmediato, impresionante. El mismo Wang, en tiempo real, comenzó a mandar noticias a Hong Kong. Un nuevo revuelo, similar al de 2013, o superior, comenzó a copar el interés de la opinión pública mundial. Tras tres días de afanosa búsqueda, desnudo, con sus prendas flotando en el agua, en el mismo tanque que años atrás había aparecido el cuerpo de Elisa Lam, se encontró el de Tao, también muerto por inmersión. No había la más mínima seña de violencia; la autopsia no reveló ingestión de psicotrópicos ni de alcohol etílico. No había habido agresión sexual. La sorpresa cundió por todo el orbe. Nadie sabía explicar qué había pasado. El teléfono celular de Tao sigue sin aparecer.



# Suicidios

## 1. PADRE MAURICIO

Cura viejo: Padre Mauricio, ¿cómo le va? ¿Qué lo trae por aquí?

Cura joven: Padre Esteban, me quiero confesar. Usted es bastante mayor que yo, siempre lo respeté mucho. Lo admiro en todo sentido, por eso ahora lo busco como confesor.

Cura viejo: De acuerdo, hijo. Te escucho. ¿Qué te está sucediendo?

Cura joven: Es que..., me da un poco de vergüenza decirlo. O más bien: consternación. Me cuesta...

Cura viejo: Te entiendo. Pero no te preocupes: para eso estamos los pastores de almas, para saber escuchar a nuestro rebaño, y orientarlo. A ver... ¿qué te pasa? Tranquilo, dímelo.

Cura joven: ¿Sabe una cosa, padre? He pensado en suicidarme.

Cura viejo: ¡Uy, caramba! Eso es grave. Pero, ¿qué está pasando, padre Mauricio? ¡Eso es pecado!

Cura joven: Sí, sí... ¡Lo sé! Por eso estoy tan preocupado. No quiero hacerlo, por supuesto que no. Pero las circunstancias, la vida me está empujando hacia eso. Sé que está muy mal, pero lo pienso.

Cura viejo: Bueno, tranquilo. Veamos..., ¿cómo has llegado a esa idea?

Cura joven: Por las cosas que me están sucediendo. No aguanto más...

Cura viejo: Cuenta tranquilo, hijo. Con humildad, con respeto a nuestro Señor Jesucristo y al Sumo Hacedor, padre celestial omnipotente. ¡Cuenta!

Cura joven: ¿Puedo contar tranquilo, padre?

Cura viejo: ¡Pero por supuesto! ¿No estamos para eso acaso? Para saber escuchar las cuitas, las tribulaciones de estos gusanos inmundos y pecadores que somos todos. ¡Por supuesto que sí, padre Mauricio! Hay secreto de confesión, ya lo sabes.

Cura joven: Sí, claro. Bueno... sucede que embaracé a una mujer.

Cura viejo: Ahá... ¿Y por eso te quieres suicidar?

Cura joven: No, no... No es por eso. Eso se arregla. El problema es más grave.

Cura viejo: ¿Es casada ella?

Cura joven: Sí, efectivamente. Son una pareja que viene todos los domingos a misa. Usted les conoce, padre.

Cura viejo: Bueno, pero... ¿qué te lleva a pensar en tomar una decisión así, tan tremenda, tan contraria a los designios de nuestro Señor todopoderoso?

Cura joven: Es que pequé más aún: me metí también con la hermana de esta mujer.

Cura viejo: Ah, eres bígamo.

Cura joven: Como usted.

Cura viejo: ¡¡¿Qué dices?!!

Cura joven: Como usted bien sabe..., eso quise decir. No, no... perdón. Como usted bien sabe, padre Esteban, la carne es débil.

Cura viejo: (silencio)

Cura joven: Y ahí viene la parte fea, tremenda, oscura. El tormento que me está llevando a pensar en esta salida impropia.

Cura viejo: ¿Qué sucedió?

Cura joven: Con la hermana no tuve erección.

## **2. FALTAN DOS DÍAS**

Beatriz sentía que todo lo hacía mal, que en todo fracasaba, que el mundo parecía conspirar contra ella. Hacía tiempo que quería consultar con un psicólogo, pero nunca se atrevía a dar el paso.

Aquel martes caluroso, molesta por tener que hacer ese trámite -odiaba hacerlos- fue al banco. Una de sus cuentas había quedado sin uso por más de un año, y necesitaba reactivarla ahora. La empleada que la atendió fue parca, con una fingida simpatía profesional. Sin mayor emoción le explicó que, al reactivar la cuenta luego de catorce meses de inactividad, tenía una

penalización. Podía optar por una suma que debía pagar, o tomar un seguro de vida, equivalente a la misma cantidad. Beatriz se molestó terriblemente.

Resultaba una injusticia atroz ese cobro, pero la señorita que la atendió se limitó a decir que eran “*políticas de la institución*”. Por tanto, no había mucho que discutir: el cobro era irreversible.

“*Ni una cosa sale bien*”, pensó. Esa misma semana había ido mal en su examen en la universidad, y la semana anterior venía de separarse de su novio. “*Me cambió por la que era mi mejor amiga*”, mascullaba con amargura. Su odio contra la vida era indecible. Este seguro de vida vendido obligatoriamente (“*¡exacción!, cobro ilegal*”, se dijo furiosa) fue la gota que derramó el vaso.

Salió muy ofuscada del banco, pensando una vez más que su vida era solo golpes tras golpe. Para completar su desgracia, la moto no le arrancó en el estacionamiento, por lo que debió esperar que llegara el servicio mecánico de su seguro. Mientras hacía tiempo, se sentó en un restaurante a tomar un café. Fue ahí que lo decidió.

Rauda, regresó a la agencia bancaria. Canceló al mecánico que ya estaba en camino, porque lo que debía hacer ahora era “*mucho más importante, ¡primordial!*”. Debió esperar un nuevo turno para volver a hablar con quien la había atendido. Refunfuñando, pasó casi media hora en la sala de espera. Finalmente, la misma muchacha la recibió, siempre con su fingida sonrisa plástica. Quedó algo sorprendida ante el pedido de Beatriz: iba a aumentar la póliza en un dos mil por ciento. Si el seguro que le obligaban a tomar, que cubría suicidio, otorgaba una prima de diez mil dólares, ahora la cifra se hacía muchísimo más alta. También cambió el nombre del beneficiario: ya no sería su hermano menor, a quien adoraba y protegía en todo lo que podía, sino su madre, esa “*vieja de mierda que me arruinó la vida. Así se siente culpable*”.

Se desentendió de la moto y el mecánico, y volvió a la misma cafetería. Ahí redactó la carta dirigida a su madre -pensó en la *Carta al padre* de Kafka-. La retahíla de ataques contra su progenitora abarcaba tres carillas. El papel fue hallado en el bolsillo trasero de su pantalón, cuando los socorristas llegaron al lugar. No había nada que hacer; Beatriz había saltado desde la terraza de aquel edificio de veinte niveles. El cadáver quedó muy deformado, casi irreconocible.

Lo que no pudo saber es que nadie, ni su madre ni su adorado hermano, cobrarían nunca el seguro. El mismo entraba en vigencia 48 horas después de haber sido gestionado.

### **3. PODEROSA GLORIA**

Kurt sentía que su vida no valía nada. Sus tres intentos de suicidio, fracasados todos de manera algo bochornosa, le ratificaban su mediocridad. No servía para nada, ni siquiera para matarse, era su obligada conclusión.

Había entrado en la catedral desesperado, pensando que allí podría encontrar algún consuelo. O, al menos, el silencio que necesitaba para reflexionar. La idea de un nuevo intento, que ahora por nada del mundo debía fracasar, le perseguía con obstinación. Para su sorpresa, el templo no estaba en silencio; justo en ese momento la iglesia se había convertido en sala de concierto, y se estaba ejecutando la *Missa Solemnis*, de Juan Sebastián Bach. No era su intención escuchar música en ese momento, pero los melodiosos acordes de la obra lo retuvieron.

Se sentó en el único espacio que encontró disponible, pues el lleno era total. Mientras escuchaba orquesta y coro en su majestuosa interpretación, cavilaba sobre todos los recaudos que tomaría esta vez para no fallar. El viejo puente de E. era el lugar escogido. Caer desde más de 50 metros sobre afiladas rocas significaba muerte segura. Ahora nadie se lo podría impedir.

Ya estaba tomada la decisión; caminaría desde la catedral hasta el puente. Por cierto, no estaba lejos, quizá dos kilómetros. Se regodeaba con la idea. Ahora sí, todos sus conocidos, que solían reírse de sus amenazas de suicidio, verían que hablaba en serio. Les tataría la boca a todos.

Respiró hondo, se levantó de su asiento y salió con decisión.

Justo en el momento en que caminaba por el pasillo central del templo, atrayendo sin quererlo la mirada de todos los oyentes, sonó el *Gloria in Excelsis Deo* de la misa. La potencia de la combinación de trompetas, timbales, orquesta de cuerdas y coro *a tutti* lo detuvo. La magia envolvente de ese fragmento -el más majestuoso de toda la obra, junto al *Kyrie* introductorio a cinco voces, según los entendidos- le golpeó. Quedó absorto por largos segundos en el pasillo de la nave central, con los ojos en blanco, escuchando en estado de éxtasis.

No se suicidó. Terminó de escuchar el *Gloria*, y salió de la iglesia. Caminó por varias horas sin rumbo fijo. Pasó cerca del puente, y sonrió con mueca burlona.

Ahora se entiende por qué, en la organización de atención al suicida que regentea desde hace ya más de cinco años, suena continuamente el *Gloria* de la Misa en si menor de Bach.

#### 4. CARTAS

Jean-Paul rayaba ya los 60. Divorciado tres veces, soltero ahora, se consideraba el mayor Don Juan de la ciudad. Su fortuna, hecha de un modo no muy santo precisamente -se decía que mantenía trabajadores esclavos en algunas de las colonias de ultramar, muchos de ellos utilizados para la pornografía “salvaje” que producía- le daba para atraer a granel incautas jovencitas deseosas de “prosperar”. Brigitte era una de ellas.

La muchacha, de 19 años, resaltaba tanto por su belleza como por su malicia. Había dejado encerrada a su madre en un geriátrico para quitarle su casa, humilde morada que sus padres lograron tener luego de años de trabajo. De todos modos, una casa en el corazón de París nunca era un mal negocio. Con el producto de esa venta pudo conocer India, China y Tailandia. Su hermano Philippe había fallecido dos años atrás de una manera llamativa: atragantado con el carozo de un melocotón. Nadie lo creyó cabalmente, pero tampoco nadie, ni la policía, investigó más a fondo el hecho.

Cuando se vieron, hasta podría creerse que fue “amor a primera vista”. En realidad, fue “conveniencia” a primera vista; ambos pensaron que habían encontrado lo que buscaban: él, la mujer que necesitaba para la película pornográfica que estaba produciendo. Ella, el millonario que la sacaría de penas económicas. Ninguno de los dos se enamoraba nunca; solo hacían cálculos.

Sin embargo, curiosamente hubo conexión afectiva y no solo sexo (fingido, aumentado y escenificado por parte de ambos en casi todos los casos). Lo que pensaron que podía ser efímero, obteniendo lo que buscaban, parecía que se perpetuaría. Después de varios meses de relación, se presentaron en público como pareja. Informaron oficialmente que Brigitte estaba embarazada.

Como Jean-Paul no encontraba la mujer exacta para la escena de tortura que necesitaba en su video porno (él lo producía, otro era el director de cámara), pensó que Brigitte podría cumplir el papel. Decidió drogarla muy fuertemente y hacerla actuar así. Ella no sabría nunca lo que pasó. El guión original, donde una de las protagonistas moría en la realidad y era descuartizada (¡había mercado para ese tipo de películas!) debía ser cambiado. La escena final, ahora con Brigitte, sugeriría una muerte, pero no habría sangre real. La muchacha, pensaba él, era la persona adecuada para representar el papel. Su rostro de “inocente y degenerada” al mismo tiempo, como gustaba decir, era el ideal.

Resultaba difícil decir si el fulgurante enamoramiento de ambos era ficticio o no. De ninguno podía saberse nunca si había verdades, o siempre todo eran puras actuaciones. Lo cierto es que comenzaron a vivir como pareja. Brigitte pensaba -solo se lo contó a su hermanastra alguna vez, con quien la unía una especial amistad- que su nuevo amor le había prometido dejar parte de su fortuna como herencia. Ya había visto la mansión en Montecarlo que deseaba comprarse. Como vehículo, un Lamborghini estaba bien. El problema es que todo eso llegaría estando ya viuda..., y eso no pasaba.

La noticia del embarazo sorprendió a todos, pero más aún, a Jean-Paul. Él se había hecho la vasectomía hacía años, por lo que le pareció sumamente extraña esa posibilidad. Sabía que había casos atípicos, y quizá el suyo podía ser uno de esos. De todos modos, aún dudándolo, no lo demostró ante su “princesita adorada”. Comenzó a pensar, lamentándose, que haberle prometido parte de la herencia -habían redactado documentos al respecto- fue una pésima idea. Por tanto, ahora debería cuidarse de un premeditado y bien calculado asesinato.

Brigitte, al ver que pasaba el tiempo y no podía consumir su plan (un accidente de tránsito donde Jean-Paul debía morir), comenzó a preocuparse, dado que el vientre no le crecía. Ni le podría crecer..., porque no había embarazo. Ello era una preocupación: Jean-Paul ya estaría sospechando.

Parece una casualidad, o una macabra jugada del destino: lo cierto es que con diferencia de un día (un miércoles y un jueves) ambos esposos aparecieron “suicidados”. Misteriosamente suicidados: los dos murieron por envenenamiento. Claro que... de productos distintos. Las cartas de despedida que ambos dejaron entre sus pertenencias anunciando el suicidio, aparecieron en los respectivos discos duros de sendas computadoras cuando la policía comenzó a investigar. Claro que en las computadoras invertidas: la carta de Jean-Paul, en la de Brigitte, y la de Brigitte en la de Jean-Paul.

“¿Suicidio?”, dijo el jefe del grupo de investigadores. “¡No me hagan reír!”

## 5. ASESINO

A Iván todo el mundo le decía “El asesino” como sobrenombre. A él, por supuesto, eso no le caía en gracia, pero era un mote bien ganado. Simpáticamente, si así puede decirse, se hizo acreedor a un pseudónimo que mostraba de cuerpo entero su realidad. En verdad, no mataba ni a una mosca; era el tipo más pacífico que pudiera concebirse..., pero su “mala suerte”, su raro “destino”, el infortunio que le acompañaba a cada paso, lo transformaba en un auténtico asesino.

Más de una vez Iván había pensado consultar a un psicólogo por la angustia que le ocasionaba todo eso. Nunca lo había hecho aún, pero la idea seguía rondándole de continuo. Cada vez se enojaba más, se exasperaba, cuando alguien -quizá sin la más mínima mala voluntad de ofenderlo- usaba ese apodo. Pensaba que en alguna oportunidad transformaría el alias en una cruda realidad contra quien osara llamarlo así. Pero nunca lo hacía. De hecho, jamás había empuñado un arma y, antes bien, se consideraba un pacifista.

Entonces, ¿por qué “El asesino”? Porque muchas, numerosas personas que tomaban contacto con él, morían. Podía pensarse en puras casualidades, así de simple. Pero no faltaba otro tipo de “explicaciones”. Aunque nadie lo creía seriamente, se elucubraban las más diversas y disparatadas teorías. Por ejemplo: que estaba pagando culpas de otra vida, que había una posesión diabólica, o un pacto voluntario con Lucifer. También se había especulado que era un psicópata peligroso disfrazado de “manso y tranquilo”. Lo cierto es que eran innúmeros los casos en que se acercaba a alguien, y ese alguien fallecía al poco tiempo. O incluso, estando con él.

Había cuidado a su padre, internado en fase terminal de cáncer, durante sus últimos días. Fue Iván el único testigo de su agonía, una fría madrugada de diciembre, cuando el octogenario

enfermo murió en su habitación acompañado solo de su hijo. Algo similar había sucedido con su madre, a quien cuidó en su casa cuando ésta se reponía de una neumonía. Habiéndose dormido el muchacho, la madre no quiso despertarlo para ir al baño. No se sabe bien cómo, mientras Iván dormía la señora cayó por las escaleras, falleciendo de un tremendo golpe en la nuca.

Con sus dos hermanos la situación fue distinta, pero igualmente, de alguna manera él tuvo que ver en su trágico final. Era Iván quien conducía el automóvil cuando chocaron contra un camión pesado. Él se salvó: hermano y hermana murieron en el acto. Con su sobrino, sobreviviente de su hermana muerta -era madre soltera- ocurrió algo llamativo también. Lo llevó una ocasión al pediatra, y en la sala de espera resbaló, cayendo sobre el niño, quien se fracturó dos vértebras cervicales, debiendo ser internado un par de días para observación. Nadie en el hospital pudo explicar fehacientemente cómo ni por qué, lo cierto es que el menor murió de una extraña infección hospitalaria al poco tiempo.

El día en que todos los compañeros de estudios fueron a festejar el final del ciclo lectivo, la gran mayoría terminó con una brutal infección intestinal, producto de algo que comieron en el restaurante donde tuvo lugar el encuentro. Solo Iván y una muchacha no murieron. O no murieron en el momento, pues Tatiana, a los pocos días, fue arrollada por un vehículo. Nuestro héroe fue el único sobreviviente del envenenamiento entonces.

La primera vez que viajó en helicóptero para hacer una pequeña investigación de campo junto a tres ingenieros más -uno de ellos prestigioso catedrático en la universidad de M.-, la aeronave cayó a tierra a poco de despegar. Iván fue el único sobreviviente. Algo similar, salvando las distancias, sucedió el día en que se vio atrapado en un tiroteo entre ladrones y policías. Además de dos agentes y cuatro malhechores muertos, de los ocasionales transeúntes que resultaron víctimas, fueron tres mujeres las que cayeron en el fuego cruzado, cinco varones resultaron heridos -dos de ellos fallecieron luego en el hospital- y seis niños presentaron crisis de pánico. Solo Iván salió completamente ileso.

Su fama de “asesino” comenzó a expandirse, acrecentándose con el condimento picante que le otorga el chisme, por supuesto, siempre morboso. Su figura, hasta en cierto nivel público -salió en la televisión luego de la caída del helicóptero y luego con la balacera- comenzó a dar que hablar. Mucha gente le huía.

Alguna vez, presenciando una exhibición de paracaidismo, expresó que él jamás haría una cosa así, por lo peligroso que eso le resultaba. Fue solo decirlo y una centella fulminó en el aire al campeón, que en ese momento hacía una espectacular caída libre. Su fama de “pájaro de mal agüero”, de presagio lúgubre y patético, se hizo providencial. La vez que acarició al hijo de su primo, un hermoso bebido de meses, terminó de confirmarlo: a la semana siguiente, el niñito murió de modo inexplicable (parece ser un paro cardiorespiratorio).

Para Iván todo se hacía insoportable, insufrible. Lo único que quería era desterrar de una vez y para siempre esa horrenda fama. No encontrando la salida, desesperado ya, angustiado a un

nivel que no le permitía vivir, decidió suicidarse. Después de interminables cavilaciones, saltó de aquel octavo piso del Ministerio de Finanzas. Tanta mala suerte tuvo, que su popularidad como “asesino” se acrecentó en forma exponencial: cayó sobre un transporte escolar sin techo que estaba realizando una excursión por la ciudad. Fueron ocho las niñas muertas. Iván, ni un rasguño. Solo se quebró el dedo pulgar izquierdo.

## 6. UNA ESTAFA REPULSIVA

Ana nunca se llevó bien con su familia. Con su madre mantenía una relación ambigua, de amor y odio. Para todos los otros miembros del grupo, ella era la oveja negra: madre soltera, se había ido de la casa sin casarse, tenía tatuajes, estudiaba Psicología.

Vivía atormentada por esa complicada relación con su mamá. Lo único que la mantenía medianamente tranquila era que, dado su bilingüismo, nunca le faltaba trabajo como traductora, siempre bien pagado. Era por eso que su madre se aprovechaba y vivía pidiéndole favores económicos. En estos últimos tiempos, prácticamente la estaba manteniendo. Y la mantenía con un muy buen nivel de vida.

Cuando la señora enfermó, fue Ana el único sostén financiero. Todos los otros familiares, en general de escasos recursos, desaparecieron. Pero no desaparecieron las críticas contra Ana, por “*mala hija*”, por “*no irse a vivir con su madre como correspondería*”. Ana jamás hubiera podido hacer una cosa así: por sus numerosas actividades -no le quedaba tiempo-, y fundamentalmente, porque no se soportaban.

Los gastos de una enferma de cáncer no eran pocos. La señora no tenía jubilación ni renta alguna, por lo que no disponía de dinero. Tampoco tenía seguro de salud. De todos modos, para sorpresa de Ana, siempre disponía de algún centavo para sus pequeños “lujos”. “*¿De dónde lo sacaría?*”, se preguntaba la hija. Ninguna de las dos enfermeras que ella pagaba sabía nada al respecto; lo cierto es que nunca le faltaban flores frescas, por ejemplo, o “gustitos” como buenos chocolates, o algún refinado perfume o un nuevo par de zapatos. Eso no lo pagaba Ana. “*¿Tendría algún admirador secreto?*”

Ana insistía que los tratamientos los llevara en algún hospital público, pero su madre lo rehusaba. Incluso la familia le hacía saber que ella “*de buena hija, de buena cristiana, como tenía recursos*”, debía pagar las hospitalizaciones en centros privados. Así lo hacía, pero eso la estaba endeudando más y más. La compra de medicamentos, de pañales geriátricos más todas las intervenciones necesarias, constituían una más que abultada cuenta. El presupuesto de Ana no daba para tanto. Tuvo que pedir un préstamo en el banco para continuar afrontando los gastos.

Dos días después de la muerte de su madre decidió vender su vehículo -había comprado un automóvil casi cero kilómetro antes del inicio de la enfermedad de su progenitora-; esa era una forma de remediar en parte las deudas. La sensación que experimentaba en ese momento



era una confusa mezcla agri dulce: la extrañaba, pero también se sentía libre de una asfixia. Fue de casualidad que se enteró: una de las enfermeras, hablando sobre la deuda que aún quedaba por saldar, le dijo a Ana -en realidad se le escapó, pues la extinta señora le había pedido expresamente que eso lo mantuviera en secreto- que su madre sí tenía seguro social. Era así que siempre tenía una cierta disponibilidad de dinero -la pensión que recibía mensualmente-. Y, por supuesto, hubiera tenido gratis toda la atención médica y de enfermería por la que ahora su hija estaba endeudada. Endeudada y sumamente angustiada.

La angustia que ya arrastraba se le disparó infinitamente al sentirse estafada, aumentando la que ya traía por las deudas. A Ana todo eso le pareció una burla cruel de parte de su madre. Sin pensarlo mucho, lo decidió en un meteórico impulso. Llevó a su hija, de cuatro años, junto a la tumba de su abuela. Allí la mató de numerosas puñaladas, y allí mismo, antes que otras personas pudieran acercarse para intervenir, también se abrió el vientre con el cuchillo. Los paramédicos, llegados a toda prisa en una ambulancia, nada pudieron hacer. Relataron los ocasionales visitantes al cementerio que antes del suicidio se le escuchó decir a Ana: “*¡Vieja hija de la gran puta!*”

## Mea culpa

*Tengo 76 años, y creo que me merezco lo que me está pasando. Mis hijos me dejaron en este asilo de ancianos hace ya casi dos años, y nunca vinieron a visitarme. ¡Qué desalmados!, podría pensarse. Pues no, no es así. Ellos son buena gente. Si hicieron eso, es porque yo me lo merezco. En definitiva, se cosecha lo que se siembra.*

*Ustedes se dirán que los estoy justificando, que porque son mis hijos los estoy perdonando. Déjenme decirles que no es así: de verdad que ellos -son cuatro, dos hombres y dos mujeres- no están comportándose mal. No, para nada. Simplemente hicieron lo correcto, lo que creo que yo también hubiera hecho en su lugar.*

*En realidad, lo que me sucede ahora, ya de viejito, me lo busqué: es la consecuencia obligada de lo que fue mi vida.*

*No hablo con resentimiento, con rencor contra nadie. No hablo, tampoco, desde una posición religiosa. Fui muy creyente en mi juventud, pero luego el rigor de los años me fue volviendo más y más incrédulo. Pasar todo lo que pasé -y yo no era el bueno de la película, en absoluto- me hizo empezar a ver qué es lo que verdaderamente estaba haciendo. Como dije: uno cosecha lo que ha sembrado. Y yo sembré mierda. Por eso ahora, en mi vejez, mi vida es una mierda. Pero está bien.*

*Dije que no hablo desde ninguna religión, porque se podría suponer que las religiones -hasta donde sé: todas por igual- hablan del amor, la bondad, el perdón. No estoy pidiendo perdón por nada, porque lo que hice ya está hecho, y pedir perdón a estas alturas puede ser un poco hipócrita. Me merezco el castigo, y punto. El perdón no soluciona nada; además, en todo caso, solo un ser superior podría darlo. Nosotros, los mortales humanos, no necesitamos indulgencias. ¡Necesitamos justicia!*

*Sé que mi vida no fue, precisamente, un paquete de virtudes, una vida ejemplar, encomiable. Me desentendí siempre de mis hijos, de mi esposa, fui un asesino, vil y despiadado. ¿Por qué iría a pedir conmiseración ahora? ¡No!, ¡para nada! Me merezco el castigo. Como dije, ya dejé de ser creyente. No necesito pensar que voy a arder eternamente en un lago de fuego en el infierno por las atrocidades cometidas aquí en la tierra. Esas son tonteras. Ya lo había dicho el papa polaco Juan Pablo II, bien de derecha, y lo reafirmó el argentino Francisco, medio bolche: el infierno no existe, es una metáfora para referirse al mal, el lugar que le corresponde al que se alejó de dios, es decir, del bien.*

*Bueno, pero no quiero entrar en esas benditas e interminables disquisiciones teológicas. Yo no sé una mierda de todo eso, ni me interesa. De lo que sí estoy seguro, de lo que no me cabe ninguna duda, es que fui muy malo, y por eso necesito el castigo. ¡Aquí en la tierra!, ahora, no para cuando me haiga muerto. ¡Perdón!: haya muerto. Siempre se me filtra lo bestia.*

*Necesito el castigo, y lo quiero, porque es lo que me merezco.*

*Ustedes dirán ¿por qué esa rigidez?, ¿por qué este tormento que ahora pido para mi persona? Pues porque no encuentro otro camino para intentar limpiar un poco mis culpas. En realidad, estoy convencido que las culpas no se pueden limpiar, como si fuera una mancha en una ropa. Pero sí, definitivamente, poner castigos puede ser útil. Ejemplar, diría. Para quien*

*lo recibe y, fundamentalmente, para los que lo ven. Como todos somos un poco morbosos, o mucho, a todos nos interesa ver cómo sufre el otro. No digamos que no, porque eso es así: ¿por qué, si no, habría peleas de box, riña de gallos o tauromaquia? Somos morbosos, por supuesto. Entonces, ver cómo a uno lo queman en las llamas de las hogueras purificadoras, como hacía Torquemada en el medioevo con las brujas, sirve al populacho, para que tema y no repita las mismas fechorías. ¿Se entiende?*

*Bueno, pero sin desviarme de lo que quería decir: acepto alegremente mi castigo. ¿Cuál es mi castigo? Estar encerrado entre estos ancianos decrepitos, solo, abandonado, sin visita de nadie, sin saber qué es de la vida de mis hijos. Estoy solo, sin posibilidad de salir de aquí, y la verdad que esto me mata.*

*Pese a mi edad, me siento que aún puedo hacer mucho. Seguramente por mi modo de vida, como siempre cuidé mucho mi cuerpo, aún no me siento viejo. Estos viejitos y viejitas que me acompañan en el asilo están todos acabados. Yo no, créanme que no. Hago gimnasia cada mañana, tal como me acostumbré toda mi vida a hacerlo, años atrás en el cuartel, después en mi casa. Todavía ando piropeando a alguna de las enfermeras que nos cuidan.*

*Si pudiera, de verdad que me iría. Pero esto está muy bien controlado. Como es privado -me imagino que mis hijos lo deben pagar regularmente- atienden más o menos bien a los internos. Pensé varias veces en ver cómo me iba. Pero me detiene la idea de qué hacer luego afuera. Aunque no estoy acabado, con mis setenta y tantos años no me sería fácil sobrevivir. Y no querría terminar de indigente pidiendo limosnas en la puerta de una iglesia, ¡por supuesto que no!*

*Pero, bueno... como venía diciendo: me merezco estar encerrado aquí. Esto es peor que una cárcel. En la cárcel -nunca estuve en ninguna por dentro, pero esto se sabe- uno no la pasa tan mal; hay alcohol, drogas, mujeres, uno puede tener cierto poder si lo desea, puede sobornar a los guardias, puede arreglar para salir y entrar con discreción... Todo depende del color del billete con que se cuente. La verdad es que, para algunos, incluso es mejor estar en la cárcel que afuera. Pero los asilos para ancianos, los geriátricos, no permiten nada de eso. Son como un loquero, un depósito para deshechos. Sé que no soy un deshecho, pero mi reflexión me llevó a sentirme así, una basura, uno hijo de puta que no se merece amor de nadie.*

*Pensarán que soy masoquista por todo esto que digo. No, no, no lo soy. Quiero ser justo. Si la hice, la tengo que pagar. Recién de grande, de viejo, fui comprendiendo eso. Que la impunidad es una mierda, que uno no puede hacer lo que quiera, saltándose las reglas, cagándose en el otro. La gente es gente, sufre, siente, hay que respetarla. Por años yo viví sin tener en cuenta eso. Eso que ahora me parece tan elemental, por muy buena parte de mi vida parecía no contar, no importar.*

*Viví engañando a mi esposa. Además de los cuatro hijos oficiales, tengo algunos más desperdigados por ahí. Y a los oficiales, a los cuatro estos que me pusieron aquí, les di muy mala vida. Parrandeando todo el tiempo como me gustaba estar -nunca fui alcohólico ni drogadicto, aunque consumía- me desentendí de mi familia. Por mi trabajo también me desentendí. Como por varios años fui militar, y justo pasé los mejores años de mi vida durante los gobiernos militares, sirviendo durante esa época, me vi muy comprometido con la guerra anti-comunista que librábamos. Sé que hubo excesos, que mucho de lo que hice está mal, es una aberración moral, pero en guerra uno no piensa eso. Además, paradojas de la vida, estuve años y años combatiendo contra comunistas, y dos de mis hijos salieron comunistas. Además*

de la otra que salió lesbiana, para mí todo eso fue la peor afrenta. O, al menos, así lo consideraba años atrás. Ahora veo que no fue sino el resultado de mi conducta, de mis acciones. Yo fui formado en la Academia militar como un cuadro en la lucha contrainsurgente. Por aquel entonces se nos enseñaba a rajatabla que los comunistas eran la peste número uno, lo peor de lo peor, el tumor canceroso y putrefacto contra el que debíamos luchar. Por supuesto, buen alumno como era, yo lo repetía a pie y juntillas. Así pasé años. Cuando me tocaba actuar, siempre tenía presente aquellas enseñanzas. Incluso me recuerdo cosas bien perversas que nos hacían. O, al menos, ahora las veo perversas. Alguna vez íbamos a reprimir una manifestación que sabíamos tendría lugar en la ciudad capital. Sabíamos que iba a ser el jueves; entonces nos encuartelaron desde el lunes, cerrados sin posibilidad de salir ni de comunicarnos con nuestras familias o seres queridos. Nos decían, siempre a los gritos, maltratados con insultos, que estábamos allí por culpa de los “malditos comunistas” que manifestarían el jueves. Que si no fuera por ellos, ahora podríamos estar tranquilamente en nuestras casas, descansando. De esa manera lograban que cuando salíamos a reprimir el jueves, sintiéramos una furia feroz contra esa gente. Es como hacen con los toros de lidia, que tienen encerrados antes de la corrida, y los azuzan, les golpean los testículos, los enervan... Cuando salen al ruedo, están endiablados, furiosos. Pues bien: así hacían con nosotros. Se imaginan, ¿no? Siempre agresivos, siempre listos para comernos al “enemigo”. Y así pasé años de años. A quien me discutía algo, a quien me contrariaba, ya lo veía como un enemigo. También era así con mis hijos, con mi mujer, con quien me discutiera algo.

Me acostumbré a la violencia. Eso, para mí, era una diversión. No solo un oficio, que se hace como cualquier oficio, cumpliendo un horario. Era un modo de vida.

Torturé infinidad de veces. Y me llevé a varios para el otro lado. Al principio, dudaba un poco; después, tengo que reconocerlo, hasta me empezó a gustar. Se ve que la sangre busca más sangre. Cuando torturaba tenía una sensación increíble, era como un orgasmo. Da una idea de plenitud, de que uno puede todo, de que a uno nunca le va a pasar nada. Se siente dios. Me entienden, ¿no? Sé que es una locura, pero es así. Estos son temas que no se hablan con nadie, pero las pocas veces que comenté algo de esto con algún otro colega en estas cosas, todos coincidimos: al torturar, uno se siente grandioso.

No estoy loco, créanme. Por un tiempo viví esa loca sensación, pero después me fui dando cuenta que eso no estaba bien, que era enfermizo. No me voy a hacer el bueno. Nadie es bueno. No vengamos con esas tonteras del amor al prójimo y cosas por el estilo. Eso no existe. Si no, no se harían las cosas que se hacen: torturar, matar a sangre fría, cagarse en el otro... La verdad es que no somos muy buenos que digamos. Los curas se llenan la boca hablando de amor y caridad, pero se violan a los niños. ¡Por favor! Y la moral, mis amigos, es un buen invento para mantener tranquilas nuestras conciencias. Se ponen normas para no terminar comiéndonos unos a otros, pero sabemos que todos queremos violar esas normas continuamente. No podemos, porque si no, nos cae la sociedad. Pero cada vez que tenemos la oportunidad de saltarlas, lo hacemos. Un ministro español dijo la vez pasada que “las normas son como las mujeres: están hechas para ser violadas”. Por supuesto, lo dijo, y al día siguiente tuvo que renunciar. Pero eso esconde algo que realmente pasa en la sociedad. Todos queremos andar violando normas. ¿Por qué, si no, todo el mundo le escapa a pagar impuestos, aunque sepamos que los Estados viven de los impuestos, que eso vuelve a la pobla-

*ción como servicios? Todos nos hacemos los tontos para evadir impuestos. ¿Me pueden explicar por qué lo hacemos, si no es porque, en el fondo, todos somos medio hijos de puta?*

*Ustedes dirán que soy un psicópata. Bueno..., quizá. Pero la vida me ha enseñado que todo el mundo es más o menos igual. Yo, de puro hijo de puta, me atreví a hacer lo que otros fantasean. Claro que está mal, pero yo cumplía órdenes.*

*Es complicado todo esto, muy complicado. No quiero quedar como una pobre víctima, un simple engranaje que cumplía una directiva. Al final, tengo que reconocerlo, me gustaba torturar, me gusta ver cómo alguien se cagaba en las patas literalmente ante mi presencia. Eso da una sensación de grandeza. Pero ¿por qué lo hacía? Porque me, o mejor dicho: nos habían preparado para hacerlo. Se entiende, ¿verdad? No era solo yo. Era un plan. Yo era el malo de la película, pero ¿quién es verdaderamente el malo? ¿Quién escribió los manuales que nos daban en la Academia? ¿Por qué los ricachones, los que realmente manejan los hijos del poder, nunca protestaban contra nuestra bestialidad?*

*Es cierto que no todos pueden torturar. O, al menos, no todos pueden sentir el mismo placer torturando. Algunos lo hacían solo cumpliendo órdenes; otros, como yo, realmente experimentábamos placer con el sufrimiento de otro. Pero todos, en mayor o menor medida, lo hacíamos. Nos preparaban para eso. Incluso muchas veces se torturaba en grupo: todos teníamos que pasar a darle algún golpe al enemigo, para hacer sentir así el espíritu de cuerpo, para que todos supiéramos que éramos parte de lo mismo, para tener una responsabilidad compartida. Y aunque ustedes no lo crean, hasta más de alguna vez hubo sacerdotes participando en el asunto. ¡Sí, sí! Torturando. Y médicos que estaban al lado del torturado viendo hasta dónde se le podía pegar, para que no se nos fuera demasiado la mano. ¿Dónde mierda dejaron su juramento hipocrático entonces? ¿Mujeres torturadora? ¡Por supuesto! ¿Por qué no? La cuestión es que cualquiera, dadas las circunstancias, puede hacerlo. ¿Cómo creen ustedes, si no, que alguien puede entrar en combate, ir a la guerra, si no es porque todos tenemos algo de sádicos? Siempre puede haber un enemigo, un hijo de puta al que atacar. También para los comunistas eso vale. Estos cabrones se llenan la boca hablando de solidaridad, pero también cualquiera de ellos, en nombre de su ideal de justicia e igualdad, puede levantar un arma y disparar. Mis hijos comunistas, discutiendo algunas veces de esas cosas conmigo, me decían que en un mundo menos mierda quizá se logra que cada uno de los individuos sea también menos mierda. Puede ser. Ahora, de viejo, llego a pensar que tal vez sí. Si todos comemos por igual, si no tenemos problemas para sobrevivir, quizá nos respetamos un poco más. No lo sé. De momento, de acuerdo al mundo que conozco, veo que eso está lejos todavía. Pero queda la esperanza del cambio, ¿no?*

*Miren: al final todos somos iguales. ¿Qué diferencia real hay entre Bill Gates, la reina de Inglaterra o el fulano que putea al árbitro de un partido de fútbol y al día siguiente vuelve a trabajar como un pobretón? En un sentido, todos somos iguales, más allá de la cantidad de billetes que se tenga. Cualquiera, llegado el caso, puede sacar su lado oscuro. ¿El papa es más bueno que una puta que trabaja vendiendo su cuerpo? ¿El que manda a matar es más bueno que el operador que aprieta el gatillo? Veamos los curas, como recién decíamos. Se agarran a las monjitas, las embarazan, y después se hacen los desentendidos. Eso pasa, me consta. Una vez le preguntaron a Wojtyla, el que después fue Papa con el nombre de Juan Pablo II, ¿cuál era el lugar de la mujer en la Santa Iglesia Católica? ¿Y saben qué dijo? Sumisa a los pies de Cristo muerto. Es decir: ¡cállese la boca y obedezca!*

*Yo no me voy a hacer el buenito, ni el comunista que pregona la solidaridad, ni el santulón. No... ¿para qué ser hipócrita? ¿Yo buenito? ¡Por favor!, si soy un asesino. Pero reconozco que hay injusticias por todos lados, dobles discursos, mucha mierda. Pero algo pasó que cambié. En realidad, no fue ninguna revelación divina ni cosa por el estilo. Aunque ustedes se rían y no me lo puedan creer, ver una película cierta vez me hizo empezar a reflexionar. Tal vez la vieron. “El niño del pijama de rayas”, inspirada en la novela de un irlandés, no recuerdo su nombre, Boyne o algo así, novela de la que luego se hizo la película. Yo vi la película -leo muy poco; los bestias como yo casi no leemos-. Vi la película, y eso, más lo que me dijo mi hijo mayor casualmente para esos días, me hizo reflexionar.*

*No voy a decir que fue un cambio de vida, una revelación mística. Esas cosas no pasan. Pero sí me sucedió algo que me hizo pensar.*

*Como les decía, coincidió esa película con lo que me dijo el mayor cuando nos enteramos que una de sus hermanas era homosexual. Él me dijo que la dejara tranquila, que si ella había salido así, era su decisión, que yo no tenía por qué andar metiéndome, que ya había sido así toda mi vida, intrusivo, abusivo. Me dijo que yo me consideraba el dueño de la vida de ellos, y que ya los cuatro estaban hartos de mi forma de ser. Me lo dijo gritándome en la cara: que yo no tengo ningún derecho a decidir la vida de los demás.*

*En la película que les comento pasa algo igual: el mensaje es que nadie tiene derecho a decidir sobre la vida de los otros. Miren que yo fui militar, y uno está preparado para sentir que es distinto al resto de la gente. Por eso llevamos uniforme, para distanciarnos del resto de lo que llamamos “civiles”. Más aún: a uno lo preparan para saber dar órdenes, para manejar a la gente, para no tener miedo a nada. Eso hacen los superiores con los inferiores: a los gritos se les hace saber que el que está abajo no vale nada, que se le puede hacer cualquier cosa, porque el que manda, ¡manda! Y eso no se discute. Pero eso no puede ser así. Con nadie: ni con un subalterno, ni con un hijo, ni con nadie.*

*Ahora entiendo cuando uno de mis hijos me hablaba del comunismo y del poder popular: nadie está por arriba de nadie, todos tenemos que ser iguales. Todos tenemos que decidir en conjunto. En “El niño del pijama de rayas” se trata ese tema, y eso fue lo que me hizo pensar. Ahí, un oficial nazi, siguiendo las indicaciones del partido nazi, hace y deshace a su gusto lo que quiere con los judíos que están en el campo de concentración, los tratan como basura, como subhumanos. Pero por paradojas de la vida, su hijo, muy ingenuo, termina haciéndose amigo de un niño judío que tienen prisionero, creyendo que el uniforme que les ponían era un pijama. Y a partir de esa confusión, al hijo del jerarca nazi lo terminan matando en una cámara de gas, confundido con un judío.*

*Yo maté gente, mucha. La verdad, perdí la cuenta de cuántos fueron. Y los cadáveres los tirábamos por allí. Ahora hasta me da vergüenza decir lo que hacíamos. Había un loco entre nosotros que tenía relaciones sexuales con las mujeres muertas, con las jovencitas, claro, con los cadáveres todavía calientes, mutilados por las torturas y las violaciones. Necrofilia creo que le llaman a eso, ¿verdad? Bueno..., ya ven: los seres humanos damos para todo. En África, aquel negro dictador no recuerdo de qué país, un tal Idi Amín Dadá, se comía algunos órganos de sus rivales muertos. ¿Qué me cuentan? Así somos los seres humanos. ¡Pero tiene que haber límites!*

*Yo eso lo entendí de grande. Por eso me agarró la culpa. Si mis hijos me ven como un hijo de puta porque les arruiné su vida en buena medida, tienen razón. Si ahora me dejaron abando-*

*nado aquí, tienen razón. No pido clemencia, ni perdón, ni me voy a golpear el pecho. Simplemente, como buen soldado que soy, acostumbrado a recibir golpes, diría que si me lo merezco, es correcto. Me lo merezco, y punto.*

*¿Saben la sorpresa que les tengo preparada a los cuatro? Para mi próximo cumpleaños, que viene dentro de poco, los estoy invitando a que lleguen, para festejarlo junto a ellos. Mi esposa ya falleció, lo cual me ahorra un problema. No me pregunten cómo hice para conseguirlo, pero lo cierto es que tengo un revólver 38 con parque. Espero que lleguen los cuatro ese día. Entonces, como acto de despedida, delante de ellos me voy a pegar un tiro en la sien. ¡Castigo es castigo!*

## El hijo de Paganini

Terminando la presentación, Edward fue ovacionado por largos minutos. Él sabía que la locura que causaba en el público, el femenino fundamentalmente, se debía a su persona. Pero amable, casi condescendiente, hizo el gesto de compartir los aplausos con los otros cinco integrantes de la banda. Varias muchachas, frenéticas, arrojaban su ropa íntima al escenario.

Esta estrella del rock, con sus 42 años, parecía un adolescente por la forma en que saltaba y electrizaba a sus seguidores en cada show. Era la voz principal del grupo, y ocasionalmente tocaba la guitarra rítmica. Nunca se había casado formalmente, pero había convivido en parejas -todas muy cortas, por cierto- en numerosas ocasiones. Recordaba que, al menos habían sido cinco. De la primera unión nació su único hijo, Peter, ahora un joven de 19 años. De mujeres ocasionales, había perdido la cuenta (en un tiempo llevaba la lista, pero cuando superó las 100, dejó de hacerlo).

Edward mantuvo siempre una vida escandalosa: mucho alcohol, bastante drogas, infinito sexo, violencia cotidiana (era frecuente que se agarrara a trompadas con cualquiera y por cualquier causa. Y era un amante de las armas, de las que tenía una nutrida colección en su casa). Él mismo solía compararse con Paganini, el legendario violinista italiano: tremendamente talentoso en la música, popular como ninguno en su época, profunda vida licenciosa..., y un solo hijo. ¿Pacto con el demonio? Con sonrisa mefistofélica, gustaba hacer esa alusión.

Peter era, igual que Aquiles en relación al virtuoso genovés decimonónico, el único vástago del *rockstar*. Igual que aquel pobre muchacho, acompañaba a su padre en las giras artísticas. Pero Peter estaba harto de esa vida; alguna vez la disfrutó, porque había novedades continuamente, mucha adrenalina, sensación de libertad. Con el paso de los años, sin embargo, se le tornó insoportable. Añoraba una madre fija, un lugar estable de residencia. Su formación académica había sido caótica: hablaba inglés como lengua materna, herencia directa de su progenitor, y chapuceaba otras varias de acuerdo a los lugares donde permanecía un tiempo, ninguna con solvencia. A los 19 años de edad ya conocía varias decenas de ciudades en todo el mundo. Odiaba visceralmente la música.

De igual modo, odiaba visceralmente a su padre, ese “*macho*” que de lo único que le hablaba era de “*cogerse a cuanta mujercita pudiera*” o de “*reventar a patadas en el culo a quien molestará*”, blandiendo algún arma de fuego en su mano (guardaba en su colección privada desde viejos trabucos a modernos fusiles de asalto).

Peter fue creciendo en un profundo resentimiento con relación a lo que había sido su vida, “*alocada vida*”, como solía decir. Para él, según lo que había ido recogiendo de su padre, todo eran luminarias, aplausos y “*culitos para agarrar*”. Pero eso era para “*para Edward*”, ese “*rockero borracho y adicto que no sabía ser padre*”, como lo definía su hijo. Lo que sí apreciaba de la enseñanza paterna era su vocación de triunfador.



“*Cualquier cosa que hagas hay que hacerla bien, hay que hacerla para ser el mejor*”, transmitía casi con vehemencia la estrella del rock a su hijo. Su peculiar sentido del éxito era una confusa -y peligrosa- mezcla de talento, temeridad bastante imprudente, impunidad y sentimiento megalomaniaco. Su carrera como astro de la música lo había llevado a un sitial de honor en el mundo de la farándula; ello le permitía sentirse un “*fuera de serie*”, con derecho a todo. De ahí que, con el fastuoso aire de una *prima donna*, se permitía cuanto berrinche se le ocurriese. Eran legendarias sus excéntricas demandas minutos antes de comenzar un concierto, amagando no presentarse si no se le cumplían sus exigencias.

Peter se había criado en ese caldo de cultivo. Veía que su padre era realmente exitoso, que sus presentaciones públicas atraían infinidad de personas y que la venta de sus canciones generaba ganancias monumentales. Saberse heredero de esa voluptuosa forma de ser había ido formando en él una confusa sensación: él no era como cualquier jovencito. Al igual que su padre, cuanto capricho se le podía ocurrir, era inmediatamente cumplido por toda la parafernalia que acompañaba a Edward. Aunque, al mismo tiempo, esa vida supuestamente de ensueño, lo atormentaba. No se sentía “*normal*”. Como otros jóvenes de su edad, no podía caminar tranquilo por la calle. Los paparazzi atormentaban; pero más aún atormentaba ser “el hijo de”. Peter, como sujeto independiente, no existía.

Su educación había sido un drama. Residiendo habitualmente en Londres, nunca pasaba allí más de unos pocos meses continuos; los viajes marcaban su cotidianeidad. De ese modo, las clases eran un verdadero rompecabezas sin mucha lógica. Estudiaba por vía virtual algunas materias; otras las recibía circunstancialmente en los países donde la banda, o más aún su padre, se detenía por algún corto tiempo. En su ciudad natal casi no tenía amigos. En realidad, no los tenía en ningún lado. Igual que Aquiles Paganini, su vida era acompañar a su progenitor, vivir a su sombra escuchando siempre los aplausos ajenos.

Junto a la idea de “éxito” que transmitía apasionadamente Edward, la imagen de “*varón sexualmente insaciable*” era el otro elemento que había taladrado por años el entendimiento de Peter. En otros términos: un ensalzamiento absoluto del patriarcado, visto como posesión de mujeres. Los cuerpos femeninos considerados como presea, como trofeo de caza.

Cuando llegó la pubertad y la explosión de hormonas, el Aquiles moderno guardaba una relación ambigua con su padre. “*¿Así habrá sido la vida del hijo de Paganini?*”, se preguntaba. Amor y odio, admiración y abominación, carencia de lugar fijo, atenciones a raudales, pero al mismo tiempo con cuentagotas. Casi su único referente para todo era Edward. Eso agobiaba. Así como agobiaban los interminables aplausos, los estallidos de histeria de las jovencitas y las luminarias que solo estaban direccionadas hacia su padre. A Peter no le quedaba más que ser la sombra, el hijo de...

Con la llegada de su despertar genital empezó a descubrir un mundo nuevo. Pero, contrario a su padre, no le interesaron las mujeres. Tampoco los varones. Él, Peter, quería ser mujer. Te-

nía pene, pero eso se le antojó un detalle secundario. Sabía que, aunque nacido hombre, podía cambiar esa condición biológica. Desde los 14 años comenzó la transición.

Edward, más allá de su máscara de liberal, era un profundo y reaccionario conservador. Los machistas son machistas, aunque se quieran hacer pasar por progresistas. ¡Punto! ¿Quién más machista que un incorregible Don Juan? Cuando escuchó la decisión de su hijo, entró en crisis.

Su primera reacción fue de violencia extrema. De una patada destrozó una silla. Varios jarrones terminaron hechos añicos, y los gritos retumbaron en toda la casa. Peter estuvo a punto de llorar, pero pudo contenerse.

“*¡Nunca imaginé que me harías algo así!*”, vociferó atroz Edward.

“*Yo no te hago nada. Simplemente te comunico lo que decidí*”.

“*¡Mal hijo!*”

“*Hija*”, corrigió Peter. “*Y no soy mala*”.

“*¡¿Cómo hija?!*”, agregó enardecido Edward, mientras no paraba de destrozarlo lo que tenía a mano: adornos, papeles, muebles. Algún asistente se acercó a ver qué sucedía al escuchar los gritos. “*¡No pasa nada!*”, espetó frenético el rockstar, ya fuera de sí, obligando a retirarse al empleado con un gesto amenazante. “*¡¿Cómo hija?!*”, volvió a tomar la palabra el padre. “*El que nace macho, es macho para toda la vida. ¿De dónde mierda te salen estas locas ideas de cambiar de sexo?*”

“*Padre, no te pongas así...*” La voz de Peter se tornó muy tierna, como queriendo endulzar la situación. “*¿De dónde me salen? No sé..., seguramente de verte actuar. Hace tiempo que empecé a odiar esa repugnante forma viril de tratar a las mujeres*”.

“*Yo nunca te enseñé a ser raro*”.

“*No soy raro. En todo caso, seré rara, en femenino*”.

Tranquilizándose algo, intentando respirar hondo y tomarse un tiempo, Edward preguntó:

“*Y ahora ¿qué sigue? ¿Me vas a decir que hay matrimonio a la vista? ¿Vas a tener un hijo? ¿Qué locura nueva viene ahora?*”

Peter encendió un cigarrillo. Se sentó cómodamente en un sofá que se había salvado de la furia destructora de su padre, y con la más pasmosa tranquilidad continuó hablando.

“*Querido padre: los tiempos cambian. Hay que aceptarlo*”.

Edward permanecía estático. Rápidamente su rostro pasó por varios colores: del rojo encendido de la cólera se tornó morado, luego blanco pálido. No salía de su asombro. No sabía si llorar o seguir destruyendo cosas. Pensó pegarle a su hijo, aunque supuso que eso no sería lo mejor, porque seguramente así no se arreglaría nada. Fue la primera vez que dimensionó que la violencia no podía arreglar todo. Él también encendió un cigarrillo, pero de marihuana.

“*¡Qué hijo de la gran puta, Peter! No te crié para esto...*”, dijo luego de un prolongado silencio donde ambos fumaban mirándose fijamente a los ojos.

“*En realidad, padre, nunca me criaste*”. La expresión del joven (o: la joven) iba tornándose desafiante, cada vez más.

“*Habrás escuchado del hijo de Niccolò Paganini, ¿verdad?*, comenzó a decir Peter con aplomo. “*Aquiles. Pobre tipo, fue siempre un vulgar segundón. Según se cuenta, se terminó suicidando, porque no aguantaba el hecho de ser sombra.*”

“*¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?*”, preguntó algo alterado Edward.

“*¿Tanto te cuesta entenderlo?*”.

Luego de esa respuesta de Peter, se hizo un silencio sepulcral. Terminados sendos cigarrillos, ambos se levantaron sin decir palabra. Edward, sin querer reconocerlo, derramó unas lágrimas. Se autoengañó pensando que eso no le estaba sucediendo (lo del hijo, no lo de las lágrimas).

A partir de ese encuentro, el joven, rebautizado Linda, aceleró cada vez más su transformación. Dado que no le faltaban recursos, hizo todo lo necesario para pasar a ser una hermosa mujer con escultural cuerpo. Luego de varias intervenciones quirúrgicas, era una muy atractiva muchacha de prominentes pechos y larga cabellera rubia. Maquillaje y tacones no podían faltar en su indumentaria. Edward trató de ir alejándose cada vez más de su hijo; ya no lo llevó más a ninguna de sus giras.

La vida del rockstar no cambió mucho; al menos en lo aparente. Continuó siendo el alma de la banda, cada vez más histriónico, con presentaciones crecientemente estudiadas en cada detalle, con una vida mediática dedicada por entero a la pose bajo los reflectores. En lo interno, en lo que jamás hablaba con nadie, la sensación de fracaso le iba carcomiendo. Nadie lo advirtió, pero fue en crecimiento su consumo de cocaína. Sin confesarlo jamás, en la soledad de sus noches varias veces lloró. Se lamentaba por lo de Peter, ahora Linda.

La devenida muchacha, seguramente siguiendo caminos trazados por su padre, también quedó fascinada por los reflectores. La belleza pasó a ser su principal preocupación. Del joven con barba hirsuta de la adolescencia ya no quedaba nada; ahora el glamour de una *top-model* inundaba toda su vida. “*Cualquier cosa que hagas hay que hacerla bien, hay que hacerla pa-*

*ra ser el mejor*”, había pasado a ser su consigna de vida. Las enseñanzas de su padre, más allá de detalles circunstanciales, hicieron mella. “*Destacar, ser siempre lo máximo*” era el estandarte a levantar. Ahora, embelesada por la idea de belleza, tenía que ser “*la más bella*”.

Puso todo su empeño en lograrlo. A sus 18 años, ya era una conocida y reputada modelo, muy cautivante por cierto. Pero seguía siendo “el hijo de Edward T.”, ahora en versión femenina. Para Peter -o Linda- eso se mantenía igual: era su condena, su abominación. No podía valer por sus propios medios. Cada vez que lograba un contrato -cosa crecientemente frecuente- no faltaba quien le preguntara por su padre. O peor aún: que la ligara directamente al padre. “*La hija de Edward, ¿verdad?*” Aunque lo más grave era la pregunta -que muchas veces no la hacían por recato, pero que otras veces no faltaba- sobre su identidad sexual. “*Si antes era hombrecito... ¿qué pasó?*”

Peter/Linda ya desesperaba con eso. Si bien había comenzado a tener vida propia y sus presentaciones en público comenzaban a ser numerosas, la sombra del padre continuaba pesándole. Los encuentros padre/hijo se iban haciendo cada vez más espaciados. Ambos comenzaron a odiarse.

El odio se fue tornando visceral. Ya no se hablaban, y cada vez que podían, el uno hablaba mal del otro con el interlocutor que fuera. Edward trataba por todos los medios que no trascendiera que tenía un hijo varón convertido en mujer transgénero. Por el contrario, Peter había decidido utilizar la fama de su padre para que le sirviera como trampolín. “*El hijo del rockero se hizo mujer, y ahora es Miss Universo, la más bella de todas*”, soñaba con poder escuchar. Su fama vendría por lo que había pasado a ser y no por la herencia paterna.

Para terminar de completar su proceso de transformación, Peter/Linda se sometería ahora a una orquiectomía (extirpación de los testículos) y una penectomía (extirpación del pene). Tan perfecta debería ser la intervención que nadie podría sospechar que en su origen había sido varón. Mantendría la operación en secreto, que realizaría un equipo de famosos cirujanos en Boston. Lo que más ansiaba, era que su padre no se enterara. La relación se había tensado a tal punto que ya no solo no se comunicaban sino que se odiaban profundamente, buscando dañar uno al otro.

Antes de su operación, Peter -claramente Peter, aún con pene, antes de ser en todo sentido Linda- decidió masturbarse por última vez. Debería ser una despedida inolvidable. Para ello preparó algo especial. Inspirándose en algo que había leído vez pasada por allí, utilizaría una aspiradora. Introduciendo el pene erecto en la manguera de aspiración, pondría en marcha el artefacto. De esa manera, de acuerdo a lo investigado, sentiría una placentera succión, como si le estuvieran haciendo sexo oral. Resulta, sin embargo, que la información obtenida no era precisamente muy correcta. Puesta a funcionar la aspiradora, produjo una succión tan potente que le dañó severamente el glande.

Pero la aventura no terminó en forma tan simple, y mucho menos, deliciosa. El dolor producido fue tan grande que comenzó a dar gritos desfavoridos, quedando el pene flácido metido de

tal manera en el electrodoméstico que no lo podía retirar. Fue necesario llamar a un servicio médico de urgencia. Los paparazzi, siempre dispuestos a obtener escandalosas noticias frescas, estaban apostados en las afueras de la residencia (Peter aún convivía con su padre). Por supuesto, el hecho se difundió con celeridad monumental. Al día siguiente era la comidilla de todo el Reino Unido.

Pero no solo en el archipiélago británico impactó; dada la fama de Edward, y de la que ya iba cobrando la modelo, la novedad se esparció por el orbe. Las burlas no faltaron, por supuesto. Indirectamente, Peter logró la notoriedad que tanto había buscado. “El hijo del rockstar” ahora brillaba con luz propia. Claro que..., una luz que no hubiera deseado el joven.

El padre, más que avergonzarse o preocuparse, se sintió alegre. “*Ojalá así aprenda este imbécil*”, se dijo pletórico. “*Ahora sí que va a ser mujercita...*” Peter/Linda moría de la consternación. Los chistes que recibió en los días siguientes fueron, además de ofensivos, extremadamente interminables.

Un mes después del accidente era su cumpleaños número diecinueve. Como todavía seguía habitando la mansión paterna, Edward decidió celebrar el nuevo aniversario de su hijo. De esa forma, organizó una fiesta sorpresa. Invitó a poca gente, algo muy íntimo -unas 30 personas-. Aunque no faltaron los medios de comunicación; los más amarillistas, por cierto. Había que darle notoriedad al asunto. El padre colocó en un sitio bien visible, en los jardines, una enorme piñata, de esas que tanto le habían fascinado en sus viajes a México, y de las que gustaban tanto a Peter cuando pequeño. Eligió como motivo de la misma un pene erecto.

Peter, aún convaleciente del percance, vestido como una elegante joven, no resistió el agravio. En medio de la fiesta, pidió permiso para retirarse un momento. Se dirigió al cuarto de su padre, donde sabía que éste guardaba una pistola, siempre cargada. La intención, decidida en un relámpago de ira, era vaciar el cargador sobre la humanidad de Edward. Luego vería: quizá se suicidaba, o intentaba huir. Eso era secundario.

Edward, en el momento en que su hijo tomó la fatal decisión, no estaba con los invitados. Se había ausentado, seguramente para ir a vomitar al baño, o para buscar más droga. Cuando Linda llegó a la alcoba paterna, no pudo utilizar la bendita pistola. Ya lo había hecho su padre, con silenciador. El balazo, muy certero, entró por la sien derecha y le destrozó el cerebro. Linda rió satisfecha.

## Enigma resuelto

Alrededor de media mañana llegó a la plaza y se sentó en la primera banca que vio desocupada. Ahí permaneció largas horas sin moverse.

Cuando el sol fue cambiando de posición, en un momento le bañó el rostro. Eso no le incomodó. Ahí siguió inamovible.

Por la tarde, cuando la plaza se llenó de niños con sus madres divirtiéndose en los juegos infantiles, seguía sentado en el mismo sitio. Eso llamó la atención de más de alguna señora. Lo hicieron notar a los cuidadores del lugar, quienes discretamente se le acercaron para ver qué estaba pasando. Su cara impasible, con aspecto casi sepulcral, era una máscara impenetrable.

Anocheció. La plaza se fue vaciando; los guardianes se retiraron, pero él seguía ahí. A la mañana siguiente, en la misma banca, casi en la misma posición del día anterior, ahí continuaba sentado. Los cuidadores municipales comenzaron a alarmarse. Eso era demasiado raro. Conjeturaron las más diversas explicaciones, pero ante la duda, optaron por llamar a la policía.

Aunque no había motivo alguno para detenerlo, esa prolongada presencia despertaba sospechas. Quizá le pasaba algo, estaba enfermo, necesitaba ayuda. ¿Podría ser un loco escapado del manicomio?

Interrogado por la pareja de agentes que se le acercó muy gentilmente, se limitó a decir que estaba viendo si se ganaba el millón de dólares ofrecido por el Instituto Clay de Matemáticas, de Cambridge, Massachusetts. Los dos policías, un hombre y una mujer, no sabían si era una broma o un delirio. Se miraron atónitos, desconcertados. Al insistir en su interrogatorio, tuvieron como toda respuesta un pedido de silencio -expresado con su mano derecha en alto- y la concisa frase de *“Ya estoy por resolver la hipótesis de Riemann. Déjenme solo”*.

Sin saber cómo actuar, los guardianes del orden tuvieron que hacer un esfuerzo para no reír. Dándose indicaciones con señas, la mujer terció nuevamente, preguntando qué era esa “hipótesis”.

*“¿No saben? La conjetura que formuló Riemann en 1859 sobre la distribución de los números primos, de los ceros en la función zeta, más exactamente”*.

El agente masculino pensó que lo mejor sería pedir refuerzos. Su señal fue clara: el sujeto en cuestión estaba loco.

De pronto, el interrogado saltó eufórico de su asiento, profiriendo un grito ensordecedor.

*“¡Eureka! ¡¡Gané el millón!!”*

La pareja de policías, más unos cuantos curiosos que se habían ido acercando, quedaron perplejos.

En la estación de policía, el barbado joven, con ojos inyectados sangre y señas evidentes de llevar varios días sin dormir, pidió papel y lápiz. Quería escribir la forma en que había resuelto la conjetura matemática. Nadie lo entendió, y no sabían si era un chiste, un delirio, o una coartada para escapar de algún crimen recién cometido.

El psiquiatra forense necesitó una larga entrevista de dos horas para comenzar a entender de qué se trataba. El profesor de Matemáticas consultado por vía telefónica pidió hablar con el sospechoso. Luego de otra larga conversación de casi una hora, dijo que parecía cierto: la conjetura estaba resuelta.

Desde el suceso traumático sufrido en su infancia, J. solo se había dedicado a pensar y repensar en silencio. Su formación académica lo había llevado a esas intrincadas elaboraciones numéricas. Así, de ese modo, no recordaba lo sucedido 18 años atrás.

*“18 años, 7 meses, 3 días y dos horas con veintidós minutos, para ser exactos”*, expresó con una voz que parecía robótica, sin sentimiento, lejano.

Solo ahí, cuando se le preguntó qué había pasado, pareció emocionarse, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

*“Con mi hermanito entramos a robar en casa de un tío. Era una apuesta que habíamos hecho. Queríamos hacerle una broma y llevarnos su reloj de oro, solo eso. Pero la jugada salió mal. Mi tío, veterano de guerra, siempre andaba armado. Sin saber que era su sobrino, lo liquidó de tres balazos. Yo, ni sé cómo, pude escapar. Jamás, jamás, jamás en mi vida quise hablar de eso. Con el millón de dólares pienso comprarle el mejor reloj del mundo a mi tío, que es un viejito, y ahora está en un geriátrico”*.

## No me atraparán

La ciudad de Bangkok estaba estupefacta. Si bien siempre había habido crímenes violentos - como en cualquier parte del mundo-, lo que ahora se estaba viendo superaba todos los límites.

La policía se encontraba desconcertada, mientras que los medios de comunicación hacían su gran negocio con las noticias sensacionalistas. Entretanto, la población no salía de su asombro. O de su terror.

A quien más preocupaba lo que estaba sucediendo era al grupo de las mujeres. En especial, las mujeres jóvenes; y más en particular aún, a las trabajadoras sexuales.

En los cuatro primeros meses del año ya iban 32 mujeres asesinadas. Era un promedio de 2 por semana. Algo increíble, inaudito. La mitad de ellas eran sexoservidoras. Todas, sin importar su condición, tenían no más de 30 años. El promedio rondaba los 24. También había estudiantes, trabajadoras, amas de casa.

De las cosas más sorprendentes, era la forma en que aparecían los cuerpos: siempre brutalmente agredidos, con muestras de haber sido sometidos a los más espantosos tormentos -en muchos casos descuartizados-, nunca presentaban evidencias de ataque sexual. Jamás un rastro de semen, jamás un desgarramiento vaginal o anal. Eso despistaba a todos.

Sobrepasada como se sentía, la policía local decidió apelar a la ayuda del FBI estadounidense. Después de los rápidos arreglos diplomáticos, llegaron algunos investigadores del país americano. Para ellos, al igual que para los tailandeses, el desconcierto era total.

Había un patrón que se repetía en todas las muertes, aunque las pistas no estaban nada claras. Todo indicaba que se trataba del mismo hechor: un maniático asesino serial. Eso explicaba todo, pero al mismo tiempo, no explicaba nada.

¿Por qué esa saña enfermiza en cada asesinato? ¿Por qué muchas veces el desmembramiento - extremidades cercenadas, lengua cortada, ojos fuera de sus órbitas- pero nunca una violación? Lo bizarro -y sádico- del asunto abría interminables conjeturas.

La policía de Bangkok, con ayuda de los asesores externos, intentó trazar un perfil psicológico del presunto asesino. Era tremendamente difícil. No podía entenderse por qué, más allá de lo monstruosamente sanguinario, ninguna víctima sufría vejaciones sexuales. ¿Un psicópata homosexual? ¿Una estrategia de distracción para desorientar? ¿Quizá un críptico mensaje en clave, de momento indescifrable? La sensación dominante en las autoridades era que se estaba más perdido que ante el misterio de Jack el destripador.



Se destinaron numerosas policías mujeres encubiertas como prostitutas, preparadas a la perfección en artes marciales, defensa personal y manejo de distintas armas -blancas y de fuego-, a las calles de la ciudad. Como por arte de magia, cesaron las muertes de trabajadoras sexuales. Pero curiosamente comenzaron a aumentar en forma exponencial las de jóvenes estudiantes.

En los tres meses siguientes se produjeron 15 muertes más; siempre mujeres jóvenes, de no más de 22 años, estudiantes de nivel medio o universitarias.

El sadismo aumentó. Ahora, en casi todas las víctimas, además de los desmembramientos, comenzaron a aparecer inscripciones en sus espaldas con instrumentos punzo-cortantes. Escrito en lengua tailandesa podía leerse: “*¡No me atraparán!*” Quien quiera que fuera el asesino, o los asesinos -se comenzó a especular que podía tratarse de una macabra banda, quizá una secta satánica- era evidente que estaba jugando con la policía y con la opinión pública.

La población de Bangkok estaba horrorizada. Los asesinatos en serie se habían transformado ya en noticia nacional. Incluso habían trascendido fronteras, y dado que era sabido que había colaboración del FBI -no encubierta, por cierto- el hecho tomó estado público mundial. La celeridad que permiten las redes sociales hizo de estos asesinatos masivos un evento planetario. Todo el mundo hablaba del asunto. Mientras, la policía seguía profundamente desconcertada.

Al cabo de interminables muertes, con cadáveres en distintos lugares de la ciudad, pero siempre siguiendo un mismo patrón, el asesino se silenció. Pasaron tres meses aproximadamente sin ninguna nueva muerte. Nadie sabía qué estaba pasando. No faltó quien, entre las autoridades, propusiera avisar que el loco homicida había sido detenido. Eso, se especulaba, podía ser una forma de llevar cierta tranquilidad a la población. El público, especialmente el femenino, temblaba. Las mujeres aborrecían salir de sus casas. El pánico se había apoderado.

Una calurosa tarde de un día jueves, una jovencita se presentó en la Central de Policía. Ante la mirada tensa de los agentes que la recibieron, la muchacha pidió que llegara la prensa, pues tenía algo “muy importante” que decir en relación a la cadena de asesinatos recientemente cometidos. Sorprendidos, los policías no sabían cómo reaccionar. Consultados los jefes, se decidió llamar a algunos medios. En un santiamén, dos docenas de periodistas -de radio, televisión y prensa escrita- se agolpaban en la Sala de recepciones de la policía.

Lawan, de 23 años, delgada, esmirriada, con un gesto imperturbable mezcla de lejanía afectiva y sonrisa diabólica, se presentó. Dijo ser hija de uno de los más connotados empresarios del país. Mientras iba hablando, varios periodistas contactaron al presunto padre, quien dijo ser efectivamente su progenitor. En unos pocos minutos, el señor estaba en la sala mirando atónito a su hija. Lawan, con voz monótona, relató uno por uno los 47 asesinatos, dando detalles precisos que solo el asesino podría conocer. Era más que evidente que no mentía.

Nadie podía creerlo, pero la precisión de sus relatos no dejaba lugar a dudas. En un momento sacó de entre sus ropas el estilete con el que dijo que escribía sobre la espalda de sus víctimas. Interrogada entonces por la policía, se declaró culpable de cada uno de los homicidios.

*“¿Por qué lo hizo?”*

*“Para demostrar que las mujeres somos mejores en todo. También como asesinas seriales. Si no me entrego, nunca me hubieran atrapado”.*

## Catástrofe

María de las Mercedes se dejó estar para tener un hijo. Se casó a los 35 y recién a los 39 buscó el embarazo. Eugenio Xavier también se demoró bastante. Tenía 43 cuando se enteró que sería padre. Ambos, padre y madre, pasaron los largos años de su juventud extendida entre viajes, parrandas y lujos exorbitantes. Sus respectivas muy holgadas posiciones económicas se los permitían.

Los negocios familiares heredados les brindaban la oportunidad de realizar sus caprichos sin que nadie se les pudiera oponer. Ser herederos de dos bancos más diez mil hectáreas de tierra fértil, en un caso, o de la acería más grande del país y de una aerolínea en el otro, transformaban sus irracionales berrinches en simpáticas excentricidades.

Cuando supieron que la joven sería madre, la alegría fue mayúscula en ambas familias. Se debía garantizar que las herencias siguieran en buenas manos.

No importaba que el ser en camino fuera varón o mujer. Lo importante era que naciera bien, sin complicaciones, normal por donde se le quisiera ver.

Como extravagancia de multimillonarios, la pareja decidió hacer una gran fiesta cuando se supiera el sexo del vástago. Para ello, dado que con la pandemia de COVID-19 se debían guardar estrictas medidas de seguridad sanitaria, se decidió hacer un almuerzo al aire libre con más de cien comensales. En el transcurso de la celebración, una avioneta dibujaría en los cielos un corazón con el nombre del hijo o hija con humo. Color rosado si era mujercita, celeste si se trataba de un hombrecito.

El ultrasonido se realizó a las 10 de la mañana en el Centro Diagnóstico más caro de la ciudad. De allí, con la noticia recién salida del horno, padre y madre marcharon al Country Club, donde esperaba esa multitud ávida de conocer la noticia.

Como parte de la "sorpresa" preparada, no serían los papás quienes anunciarían el sexo del pequeño, sino el color de la estela que dejaría alguna de las dos avionetas preparadas.

Un momento antes de mediodía, previo al pantagruélico almuerzo, el avión correspondiente debía dejar dibujado un gigantesco corazón en el cielo con el color respectivo. Se sabía que padre y madre, si alguna virtud tenían, era la puntualidad. De ahí que los invitados comenzaron a preocuparse cuando, pasadas las doce, ningún vuelo anunciaba la novedad. Más de media hora después de lo establecido, para mayúscula sorpresa de los invitados, ambas aeronaves dibujaban al unísono un corazón con dos colores.

Quiso el destino, ¿quizá premonitorio?, que en medio de esa maniobra, demasiado arriesgada por cierto, chocaran los aviones cayendo entre llamas sobre los asistentes. María de las Mercedes y Eugenio Xavier, que en ese momento iban incorporándose al grupo, providencialmente resultaron ilesos. Luego, entre llantos y gritos de horror y la risa nerviosa por haberse salvado de la catástrofe, de esa catástrofe, hablaron de la otra catástrofe: el hijo en camino no era enteramente ni rosa ni celeste. Era hermafrodita.

## Amores que nunca acaban

Sergio era el bobalicón de la clase. Había pegado el estirón de la pubertad antes que los otros compañeros, por lo que a sus 12 años ya era un gigante de 1.80 mts. Pese a su tamaño -altura y peso, pues rondaba los 120 kgs.- seguía teniendo cara de niño asustado. En realidad, era un tierno niño asustado.

De figura imponente, resultaba incapaz de matar una mosca, por eso todo el resto del grupo, incluida las mujeres, lo acosaba de continuo. No era mal alumno, aunque tampoco destacaba por sus notas. La pésima ortografía era su sombra negra. Incluso su nombre, en más de alguna ocasión, lo había escrito con errores: *Cergio*. Término medio en todo: ni triste ni alegre. Siempre con una sonrisa a flor de labios, aunque nada la justificara, soportaba estoicamente las burlas.

En su casa no decía una palabra de las ofensas recibidas en el colegio. Secretamente, sufría horrores. Su rostro aparentemente alegre era una burda máscara que ocultaba un furioso volcán listo para estallar en cualquier momento.

Después de mucho insistir, consiguió que sus padres aceptaran inscribirlo en un gimnasio. Oficialmente iría a hacer ejercicios para reducir el ya incipiente abdomen. El fin real, oculto para sus progenitores, era tomar clases de boxeo. Nunca lo dijo en su hogar, pero ya desde el inicio dejó atónitos a sus preparadores: su fuerza en los puños era desproporcionada. No podían creer que un jovencito de 12 años pudiera abrir un considerable hoyo en la pared de un directo. ¡Y no se quebraba los nudillos!

Fue allí que conoció a Mirtha. La jovencita, escultural muchacha quinceañera que concitaba la lasciva mirada de todos los varones del gimnasio, inmediatamente quedó fascinada con Sergio. Y él con ella. Fue Mirtha quien lo animó a salirse de su lugar de objeto atormentado, eternamente acongojado, sufriente. “*Sos una cosa acosada*”, dijo con pícaro sonrisa.

Esas palabras fueron suficientes para despertar en Sergio sus ansias de venganza. El dolor acumulado era tan fabuloso que una pequeña chispa podía encender el fuego. Y el fuego se encendió. Más que fuego, fue una monumental hoguera con ribetes sádicos, una pira inapagable que iba ardiendo cada vez más.

Eran varios los promotores del acoso, pero en especial dos: Marcelo y Martín. Sergio pensó en ir eliminando a todos los molestos; los líderes del grupo encabezaban la lista, aunque había muchos más.

Fue buscando la manera de encontrarse uno a uno con aquellos de quien deseaba vengarse, siempre a solas, sin testigos. El baño de la escuela era el lugar ideal. Fue así que los tres primeros “ajusticiados” requirieron, en todos los casos, sendas hospitalizaciones. Sus *cross* al

rostro eran demoledores. Uno de los atacados terminó con el tabique nasal fracturado, necesitando operación; el otro perdió su ojo derecho. Un tercero, de los que más se burlaba, perdió cuatro piezas dentales y debió recibir cirugía restaurativa en el labio superior.

Las autoridades del centro educativo estaban escandalizadas. No había ninguna prueba que pudiera incriminar a nadie. Se dio parte a la policía de Montevideo para que actuara, pero la institución no supo bien cómo tomar cartas en el asunto. Destinó algún investigador, aunque éste poco pudo hacer.

Se sospechó que podía ser Sergio quien estuviera tras todo esto tomándose venganza, pero no había modo alguno de demostrarlo. Eso no pasaba de la conjetura. El vengador, sabiendo que ya se habían encendido las alarmas en la escuela, prefirió cambiar un tanto las reglas de juego. Seguirían las venganzas -ya le había entusiasmado la obra-, pero tomándose otros recaudos. Ya no sería en la escuela.

Ante las sospechas que podían levantarse sobre su persona, Sergio optó por la seguridad. El ansia de venganza podía esperar. Más aún: si no tomaba las precauciones del caso, el plan podía estropearse.

Pasaron varios meses desde los primeros heridos. La dirección del establecimiento intentó por todos los medios mantener un bajo perfil para con lo sucedido. Dos de los jovencitos fueron retirados del colegio, y sus padres abrieron juicios. La policía y el sistema de justicia no sabían cómo proceder. Sergio sí.

*“El sufrimiento padecido no podía quedar así”*, se decía. Su ahora noviecita lo alentaba a seguir adelante con su empresa. Quedaban todavía los principales, los instigadores: Martín y Marcelo. El acoso hacia él, luego de los rostros destruidos a trompadas, había cesado por completo. Ahora todo el mundo se acercaba amistosamente a Sergio. Incluso Beatriz, la más bonita de todas las muchachas, se le arrimaba en son de conquista. El ayer acosado ahora seguía sonriendo con su cara de bobalicón, pero permitía que la clase completa fingiera ser su amiga. Él también fingía.

Así fue como pudo conocer la dirección de la casa de Martín. Una tarde, con cualquier excusa, prepararon una visita de Mirtha al lugar. La jovencita, a quien el otrora acosador no conocía, logró que Martín saliera de su morada. Mientras lo distraía/seducía con cualquier banal argumento, de detrás de un árbol apareció Sergio, oportunamente enmascarado. De un aparatoso gancho al hígado derribó a Martín, quien ya en el suelo recibió ocho patadas en la cabeza. La conmoción cerebral sufrida le impidió terminar ese año escolar.

En la escuela ya todos estaban consternados, alumnos, maestros, autoridades, padres de familia. El verdadero sentimiento que cundió era de terror. ¿Quién sería el próximo?

Sergio jugaba a la perfección su papel de tonto. Igual que todos los jovencitos y jovencitas, se mostraba atribulado por los acontecimientos. Con su familia, que ya se había enterado de los

sucesos, fingía extrañeza y preocupación. Algunos estudiantes sospechaban de él, pero no lo podían creer, pues los vejámenes ya habían desaparecido. Ahora todos lo querían, lo respetaban, incluso algunas lo admiraban. De esa forma, no había motivos. O no los había aparentemente. El odio acumulado seguía ahí. “*La venganza es el placer de los dioses*”, escuchó por allí; la frase le pareció apoteósica.

Faltaba muy poco para finalizar el ciclo lectivo. Restaba aún por ajusticiar al principal, el que realmente había promovido los abusos desde dos años atrás, y que a inicios del presente año había llegado al colmo de orinar en la cabeza de Sergio: Marcelo.

Quiso la casualidad que a dos días del final de las clases, terminando un recreo, ambos jóvenes se encontraron en el baño de varones. Estaban ellos dos solos; el resto de muchachitos ya se había retirado (algunos iban a fumar a escondidas allí; eran sus primeros cigarrillos, por supuesto con toda la adrenalina de la travesura). Marcelo pretendió ser simpático, pero el tremendo *uppercut* de derecha de Sergio a la mandíbula del atacado no le dejó terminar la frase comenzada. Al caer, su nuca golpeó mortalmente contra un inodoro.

Sergio, al constatar la gravedad de lo sucedido, abandonó el baño con todo sigilo. Nadie vio lo acontecido. Solo un buen rato más tarde, al constatar la maestra que faltaba Marcelo en el salón, se prendieron las alarmas. Cuando llegaron los paramédicos en la ambulancia, el joven yacía boca arriba. No había nada que hacer: el golpe en la nuca había sido fatal.

El noviazgo de Sergio y Mirtha no duró mucho. Al hacerse pública la muerte de Marcelo, la muchacha interrogó estupefacta a su novio. Sergio negó rotundamente su participación. “*Se debe haber resbalado y golpeado la cabeza al caer*”, respondió con frialdad. Como no había ninguna otra señal de agresión -el golpe en la mandíbula no podía constatarse-, finalmente se impuso la explicación de un accidente fortuito. Sergio, satisfecho, sonreía en silencio.

Andando el tiempo, la vida de todas y todos quienes habían vivido esos acontecimientos, siguió cursos muy diferentes. Mirtha alguna vez contó, cuando daba testimonios a la Comisión para la Paz que estudiaba el caso de los desaparecidos durante la dictadura de los años 70-80, que ella seguía sin entender qué había sucedido. A Sergio dejó verlo desde aquella época de la escuela primaria. Supo por terceros que él se había metido a la policía. Ella, al Movimiento Tupamaros, la guerrilla marxista del Uruguay. En una redada, junto a varios compañeros de militancia, fue hecha prisionera. Ya en la sala de torturas, el verdugo que se ocupó de ella se le hizo familiar. Aunque llevaba capucha y hablaba muy poco, su voz era inconfundible. Apenas si la golpeó. Se electrizó cuando escuchó que iban a violarla. El torturador del caso, a los gritos, mandó que se fueran los otros y que él se ocuparía. No termina de entender, ahora que pasaron muchos años, cómo fue que, medio drogada, apareció libre, no habiendo sido violada, arrojada en un descampado a las afueras de Montevideo. Lo más curioso, lo que se le hace absolutamente ininteligible, es el papelito que llevaba en su bolsillo del pantalón. “*Gracias*”, decía.

## El Doctor

Entre la basura del Mercado Central, cubierto con papeles de diario, en medio de orines, vómitos y fruta podrida, se acomodaban los indigentes para pasar una noche más. Había uno, muy particular, por cierto, que en medio de su borrachera recitaba poemas de Rilke y de Bertolt Brecht, en alemán. Nadie conocía su verdadero nombre; nadie, al menos, de su círculo cotidiano: borrachos crónicos y mendigos. Para todos era simplemente “el Doctor”.

A los promotores de la oficina de Pastoral Social de la parroquia de la zona, quienes asistían a estos grupos de pordioseros, les llamaba la atención ese personaje. Especialmente a una jovencita, estudiante de Trabajo Social, aguda y desconfiada. Irma se llamaba. *“El Doctor' no es como todos.... Además ¿por qué lo llamarían así?”*, se preguntaba inquieta. La vez que, en medio de su resaca, le explicó el funcionamiento de las aurículas y los ventrículos, la dejó sorprendida. *“¿Cómo podía ser que ese borracho empedernido supiera todo eso?”*. Cuando le contó cómo se podía hacer un aborto con instrumentos precarios, la joven quedó atónita.

El Doctor casi no hablaba con nadie. En realidad no estaba casi nunca en condiciones de hacerlo; borracho de caerse, sus diálogos eran monólogos incomprensibles. Había que prestarle particular atención para deshilvanarlos. Para muchos, podía pasar simplemente por loco, uno más de los tantos que poblaban esas peligrosas calles. Irma, con paciencia indecible, se tomaba la molestia de escucharlo.

*“Mira, compita: tienes que procurar seguir estudiando, siempre, ¿oíste? Porque no hay otra alternativa posible para salir de esta mierda. Y cuanto más puedas capacitarte, mejor. Y si puedes estudiar alemán, mejor todavía. Verstanden, meine liebe Freundin?”*, le decía el Doctor alguna vez, en un raro momento de lucidez, o de no tanta embriaguez más precisamente, con un penetrante aliento mezcla de alcohol y vómito. No faltaban tampoco los olores a orina y heces fecales. La “mierda” a que se refería el Doctor estaba por todos lados, en lo físico y en lo espiritual.

Era la enésima vez que Irma se lo preguntaba, no consiguiendo nunca una respuesta. Esa noche fue distinto. *“A ver si hoy me lo cuenta. ¿Por qué le dicen 'el Doctor' a usted?”*, se atrevió a inquirirle Irma ese miércoles de bastante frío. El Doctor rió con picardía y le dijo: *“aquí no puedo hablar; caminemos y bebamos algo. Y te cuento”*. Irma sonrió y agregó: *“de acuerdo, pero nada de alcohol por esta noche”*. El Doctor aceptó y se marcharon. Caminaron un par de cuadras y encontraron una sórdida cantina.

Se sentaron, y la mesera, que conocía al vagabundo, con aire maternal le dijo: *“Hijo, ¡mira cómo andas!, con esa ropa y ese olor. Deberías cuidar más tu apariencia, o asustarás a esta bella señorita que te acompaña”*. El Doctor asintió con la cabeza, enrojando algo; Irma



sólo sonrió. “Dígame Doctor, ¿qué toma?” El Doctor, muy avergonzado, pidió un café bien cargado; Irma agregó: “que sean dos”.

“Así que, cuénteme: ¿por qué lo llaman así? ¿Cuál es su verdadero nombre?”, inquirió Irma. “Eehhh...”, dijo el Doctor –mientras daba un profundo suspiro–, “espero estés preparada para escuchar todo lo que tengo para contarte”. “Por supuesto”, agregó la joven. “Es largo y complicado. Pero... ahí va”, dijo balbuceante. “Hace muchos, muchos años vivía en otra ciudad en el interior, lejos de aquí. Aunque tú no me lo creas, era un muchacho distinto a como me veo hoy; bastante atractivo, con muchas muchachas a mi alrededor. Hablaba muy bien alemán por aquel entonces, porque había estudiado en la Deutsche Schule. Tenía un hogar estable; vivía todavía con mis viejos, que eran hijos de alemanes. Yo era el mayor de tres hermanos. Era un prominente estudiante de Medicina; todo mi porvenir parecía brillante: un excelente promedio, reconocimiento por parte de mis catedráticos, admiración por muchas personas, chicas bonitas como tú, sobre todo” –agregó con picardía, guiñando un ojo– “Pero había una, una en especial que me causaba un ‘no sé qué’, un algo especial. Una hermosa joven, de ojos grandes y oscuros, una sonrisa brillante. ¡Vaya!: irradiaba una dulzura, una ternura, una sagacidad que hacía palpar a cualquiera. Hasta diría... igualita a como te veo, con todo respeto, claro...” Irma escuchaba con profunda atención. “Tus ojazos negros me recuerdan a aquella muchacha...”. El Doctor se quedó mudo por un instante. “Y tu inteligencia...”

Entraba la noche. Los parroquianos, algunos conociendo al Doctor, comenzaron a marcharse. “Me interesé mucho por ella, buscaba cualquier pretexto para verla, para saber de ella. Yo era un presumido que podía hacer caer a cualquier chica; la experiencia te va dando ese don, pero algo pasaba con esta muchacha, algo me hacía pensar que con ella no sería tan fácil. Me la pasaba pensando en esta muchacha, pensando cómo agradarla, cómo acercarme sin que fuera a darme una bofetada. Una vez hice algo raro: mandé flores a todo un grupo de muchachas con las que estudiaba, porque no me atrevía a mandárselas solo a ella. Fue un regalo... disfrazado, digamos”.

Irma no respiraba, no pestañaba: estaba absorta en el relato del Doctor. La mesera se acercó para ofrecerles algo más; el viejo y la joven parecían haber perdido la dimensión del tiempo. Llevaban más de una hora ahí sentados, sintiendo que recién estaban empezando a hablar.

“Yo sabía que esta muchacha tenía novio. Estaba seguro que no me iba a prestar atención; en realidad, era una de las chicas más deseadas en toda la carrera de Medicina. Y tenía fama de ‘difícil’. En realidad, era un poco engreída. No me preguntes qué pasó, pero dos meses después de esas flores, estaba embarazada. ¡Y yo era el padre de la criatura que venía en camino!”. Guardó un largo silencio; los ojos se le poblaron de lágrimas.

“¿Entonces?”, preguntó Irma con una angustia que la desbordaba. Contrariando los protocolos que debía seguir en su trabajo con personas indigentes –protocolos rígidos, que no admitían discusiones– no pudo (ni quiso) evitar tomarle la mano. También ella, con lágrimas en los ojos –de emoción, de expectativa, de ansiedad creciente– temblaba.

“Bueno... me da un poco de vergüenza decirlo, pero...” No pudo seguir; las palabras se le quebraron y el llanto ahora fue copioso.

“¿Puedo pedir algo fuerte, un ron, un tequila?”, preguntó el Doctor con actitud pueril, atemorizado, casi avergonzado.

“Sabe que no, Doctor. Esa era la condición, ¿verdad?” La joven dudó por un instante, quedó muda, y luego de luchar un interminable momento consigo misma ordenó a la cantinera: “dos tequilas doble”.

“Gracias, hija”...

“¿No soy su hija, Doc., no me diga así!” Irma, sin saber por qué, iba quedando estupefacta, boquiabierta. Nadie, nunca en su vida, jamás la había llamado ‘hija’. Ella también tenía una historia negra a sus espaldas de la que prefería no hablar. Nunca la contaba, la angustiaba sobremanera. Era huérfana. Según sabía, trayéndola de otra ciudad, la habían abandonado frente a un convento de monjas recién nacida, donde se crió. Ahora estudiaba Trabajo Social, y su labor de samaritana atendiendo desarraigados e indigentes por las calles la sentía como un pago en agradecimiento a la vida.

“Continúe Doctor, cuénteme qué pasó con esa criatura que esperaban”. Nuevamente se le poblaron de lágrimas los ojos. El Doctor continuó: “no sé cómo contarte esto; es más, ni siquiera sé si vas a entenderme, te ves como una niña sin...” Irma interrumpió abruptamente: “¡no soy una niña!, ¿no ve cómo me ha costado llegar hasta donde estoy?”. El Doctor se disculpó. El tequila ayudaba a bajar los ánimos... ¿o a subirlos?

“Esa criatura que venía en camino, era mía. Una tarde esa muchacha que me tenía loco, vino a hablarme, pero yo, muy ocupado con mis amigos, no le presté atención. Se fue llorando. ¡Cómo me arrepiento de eso, de no haberla escuchado!”.

“¿Cómo se llamaba esa mujer?”, preguntó Irma. “Victoria” agregó con parsimonia el Doctor. “Bueno, como ya me sacaste el nombre, la llamaré siempre así ahora: Victoria”. Irma aún no iba por la mitad de su vaso, cuando el Doctor ya había terminado el suyo. No se atrevió a pedir otro, pero eso hubiese deseado.

“No me di cuenta que ella quería contarme algo importante. Preferí seguir parrandeando con los amigos. Después me di cuenta lo que quería decirme aquella tarde Victoria”.

Llegados a este punto, fue Irma quien pidió dos tragos más. Sabía que eso no estaba bien, que si las monjas con quienes vivía se enteraran, tendría problemas, pero la angustia que la iba ganando era demasiado grande. “¡Que sean dobles!”, agregó.

El Doctor, con los ojos encendidos –por el licor, o por la tristeza – continuó con voz pausada: *“Al día siguiente, ya sin tragos encima, los que estábamos bebiendo con mis amigos, me di cuenta de lo tonto que había sido. La llamé a su casa, y me dijeron que Victoria no podía contestarme, que había tenido que viajar de urgencia por algunos meses”*.

*“¿El bebé en camino era suyo?”*, preguntó Irma con ternura.

*“Sí... Lamentablemente: sí. Ya ni recuerdo cómo, Victoria me hizo llegar una esquelita contándome que estaba embarazada..., de mí. Digo “lamentablemente” porque ninguno de los dos quería tener ese hijo. Mejor dicho: ¡no podíamos! Nuestras familias no estaban mal económicamente. De hecho, la de Irma era encumbrada, de la “sociedad”, digamos. Tener una hija embarazada antes de fecha –ella tenía que graduarse primero, por supuesto– sería una deshonra. Las dos familias eran católicas, de esas que se golpean el pecho”*.

A Irma comenzó a temblarle el ojo izquierdo, y no podía contenerlo.

*“Ya sabes lo que son las religiones, m’hija, aunque trabajes para una congregación religiosa bienintencionada: ¡son hipócritas! ¿Me permites decirlo? ¡Son una mierda! Por su culpa yo terminé de borracho. Pero, bueno: no es ese el punto. Lo cierto es que ninguna de las dos familias hubiera aceptado el embarazo. ¡Y mucho menos abortar!”*

Irma no salía de su asombro. Si bien había sido criada en un orfanato de monjas y, al menos superficialmente, se sentía una católica que iba cada domingo a misa, en la soledad de su reflexión compartía totalmente lo expresado por el Doctor. Sabía que había demasiada hipocresía. Las relaciones sexuales encubiertas que le obligaba a mantener la Madre Superiora en su despacho, de las que la joven jamás había contado una palabra por el terror con que vivía, le parecían deleznable. Eso la llevó a cuestionarse cada vez más la religión y el papel de las iglesias.

*“¿Qué pasó entonces?”*, preguntó Irma con una ansiedad desbordada.

*“Victoria dejó la carrera, salió de la ciudad –se puso cualquier excusa ante la gente– y tuvo su hija en otro sitio. Luego regresó a la casa, pero la bebé –era una mujercita de enormes ojazos negros, como los tuyos... yo la vi solo una vez, por no más de cinco minutos– la bebé fue dada en adopción. Creo que la entregaron en la Casa de la Santa Misión de las Adoradoras de Nuestro Señor del Cristo reencarnado. Yo, entre nos, la llamo la casa de San Polomío. Esa que queda por el Parque Central, aquí, en la capital”*.

Irma quedó atónita, estupefacta. Con voz entrecortada, casi sin aliento, pudo preguntar:

*“¿Cuándo fue eso?”*

*“Hace más de veinte años. Veintidós, para ser exactos”*.

La joven, con el latido de su ojo izquierdo ya crecido en forma desesperante, empezó a llorar. Tartamudeando, con más rabia que otra cosa en su expresión, agregó:

*“Yo, doc., fui entregada en esa casa de monjas hace veintidós años. Y según lo que me contaron, mi madre fue una mujer de muy buena posición social de una ciudad del interior, hija de terratenientes, que por culpa de un –como dicen las hermanas – un “descarriado que la embarazó y luego la abandonó”, tuvo ese traspie en su vida”. Por allí alguna vez una de las monjas me contó algo de mi padre, que, según habían sabido, se había dado a la bebida. Y vivía aquí, en la capital. Parece que era medio alemán, y sabía algo de Medicina”.*

“¿Y qué más te dijeron de tu padre?”, preguntó el Doctor, con el ceño fruncido y recobrando rápidamente toda la lucidez que dos vasos de tequila –y años de miserable vida de indigente– le habían ido quitando.

Irma echó a llorar y abrazó con fuerza a su interlocutor. Era evidente que, sin saberlo ni haberlo buscado, se encontraba frente a su padre. Su padre, ese borracho indigente que vivía de limosnas para sobrevivir, con esa lúgubre historia a sus espaldas. La cantina se fue vaciando. La mesera tosió como para darles a entender que debían irse.

Luego de varios minutos de llanto ininterrumpido, Irma le preguntó al Doctor si sabía algo sobre su madre. *“Hija, hace veintidós años que yo estoy por acá, en esta loca ciudad. En algún momento lúcido de mi vida en el que no estaba tan caído en el alcohol como ahora, vi a una hermana de ella, tu tía Gertrudis –que parecía una bruja–. Se me acercó con lástima, notando que evidentemente yo ya no era aquel joven apuesto y brillante. Mi miró con cara de asombro y de repudio. Me reclamó que, por irresponsabilidad mía, tu madre se había vuelto como una anciana, que enfermaba a cada rato...”*

Irma miró su reloj; era muy tarde, y podía tener problemas si llegaba a esa hora al convento. La cantinera comenzó a cerrar el local. Pensó: *“las monjas deben estar buscándome, ¿qué hago? No puedo abandonarte, menos ahora que sé que eres mi padre; no quiero regresar a esa iglesia, no soy la misma. Es cierto, tienes razón con lo que dices: con las religiones nos encontramos solo problemas. Pasé veintidós años, sola, sin nadie a quien contarle mis penas, sin una mano amiga de una madre, sin el cuidado y protección de un padre, que ahora me gustaría tan siquiera poder compartir un tiempo con quien acabo de encontrar”.*

El Doctor se quedó paralizado; jamás esperó esa respuesta por parte de Irma. Quedó gratamente sorprendido al ver que no le importó que fuera un indigente apestoso, sin futuro que poder ofrecerle.

*“Pero hija: ¿qué puede darte este mendigo? Seguro que nada de lo que tú mereces, además, mira como estoy...”* Irma interrumpió abruptamente, y agregó vehemente: *“¡No digas eso! Eso ahora no importa, entiéndeme por favor. ¡Cuantos años de soledad! Ahora que te encuentro, quiero compartir contigo muchos momentos”.* La mesera se acercó con cara seria, dando a entender que iba a cerrar.

*“Yo podría trabajar de cualquier cosa, en una cochina cantina como esta, en una panadería, vendiendo rosas, lavando ropa, lo que sea para que tengamos una mejor vida, ¡papá...!”*. El Doctor no podía articular palabra. *“No lo merezco”*, dijo.

Luego de un prolongado silencio, agregó: *“Así es, hija: por culpa de esa falsa moral de la iglesia, de los curas y de las monjas, me vi forzado a dejar que Victoria escondiera su embarazo. De esa forma, todo se terminó: tu madre tuvo algún intento de suicidio luego del parto. Mientras tanto, yo me deprimí, fui a parar a la calle, y el alcohol hizo el resto. Y tú, ya lo ves: criada por monjas sin saber quiénes son tus padres, solita, abandonada”*.

*“Bueno, pero eso no es todo”*, agregó Irma. Dicho eso, tuvieron que salir de la cantina. Caminando sin rumbo por las calles vacías, tomados del brazo, la joven agregó, con una mezcla de llanto y férrea fiereza: *“Las monjas son malas, padre. Son raras, son un poco maniáticas. ¡Nos violan, a nosotras las muchachas!”*

*“No me sorprende, hija. Eso del celibato, del voto de castidad, todo eso son locuras...”* Quedaron callados un momento. Ya no lloraban. Sus rostros se tornaron tensos. *“La moral es una ridiculez”*, agregó el Doctor. *“Bueno...al menos esa doble moral que nos venden: se golpean el pecho por un lado, y hacen lo contrario de lo que predicán por el otro”*.

*“¡Totalmente de acuerdo!”*, dijo Irma. *“Y sé que estas monjas abortan, también... En el hogar nos dimos cuenta. Varias veces vimos al médico que llegaba a practicarlos, siempre escondido, con una facha que asustaba”*.

El Doctor quedó mudo. Se detuvo; su cara se hizo pétrea, sus ojos tomaron una profundidad desconocida que asustaba. *“Ese doctor...”*, no pudo seguir hablando. Fue necesario que la hija le oprimiera fuertemente el brazo para que no cayera.

*“Ese doctor... ese osado estudiante de Medicina que practica abortos con una aguja de tejer desinfectada, ese loco borracho y perdido, ateo que odia a los curas y las monjas por lo que le hicieron, pero que les practica abortos cuando ellas lo piden... ese doctor... soy yo”*.

## **Cuento corto y estúpido**

Había una vez, hace mucho tiempo, muy lejos de aquí, un príncipe que fue azul –ahora estaba desteñido– y como era muy miedoso, no cazaba dragones ni se atrevía a salvar a su princesa recluida en la torre de un castillo.

Se compró una moto japonesa, y no sabiendo manejar bien, tuvo un accidente. Se quebró la pierna izquierda, por lo que no pudo jugar más al polo ni practicar rafting. Ahora es senador vitalicio en algún lejano país. Para no aburrirse, colecciona estampillas y mira siempre a Laura de América.

Y colorín colorado, me voy a tomar un cafecito.

## El pozo

Vos sos mexicano, ¿no? Sí, me di cuenta por el acento. Bueno, y porque estamos en México, ¡qué boludo!, ¿no?

¿Qué hago aquí? Uy... si te contara. Es largo. Si tenés tiempo te cuento. La verdad, che, sos la primera persona a quien se lo voy a contar. Y quizá la única. Porque de aquí tengo que agarrar un vuelo para Europa, hacer combinación, voy a El Cairo, en Egipto, y de allí vuelo para Yemen.

¿De por qué voy ahí? Es complicado. Es difícil de explicar. Tenés razón: ¡qué mierda vamos a saber aquí en América Latina de Yemen! Esos son países raros, que nunca escuchamos nombrar. ¿Tenés idea cuál es la capital de Yemen? Por supuesto: aquí no sabemos nada de esa parte del mundo. Eso es de los cuentos de hadas, de “Las mil y una noches”. La capital se llama Saná, una ciudad que jamás en la puta vida escuchamos mencionar.

¿Y qué voy a hacer ahí? Bueno..., te cuento. No voy por negocios, no. Ni tampoco soy terrorista musulmán. ¡Olvidate! Voy a pagar deudas. Una deuda fundamental, básica, la más importante de mi vida. Voy a pagar la gran, terrible, monstruosa cagada que cometí años atrás.

¡No!, no te asustes. Soy buenito. Pero hay que explicarlo bien. Yo, ahí donde me ves, soy un asqueroso y repugnante asesino. Soy buenito, porque yo nunca quise matar a nadie. ¡Pero de pelotudo que soy me pasé casi 200 personas, y dejé heridas al menos a otras 1,500! Y todos los daños psicológicos, por supuesto. ¡Eso no se cura nunca!

Tranquilo, hermano. ¡Tranquilo! No soy un asesino en serie, un matón a sueldo. No, nada de eso. Soy el tipo más pelotudo del mundo, y de boludo sin arreglo que soy, hice una imbecilidad hace ya como 20 años que no me está dejando vivir.

¿Te acordás del incendio en aquella discoteca en Argentina? Eso fue en diciembre de hace muchos años, casi veinte pirulos atrás. Bueno... yo fui el pelotudo que tiró la bengala. O más que pelotudo: el tremendo hijo de puta.

Me imagino que te habrás enterado, ¿no? Claro, por supuesto: ¡fue la peor tragedia del rock argentino! No solo argentino, che: ¡fue la peor tragedia del rock mundial! Todavía no se me pasa... Todavía siento los gritos de la gente, los empujones de la muchachada tratando de salir corriendo, la desesperación, el fuego, el humo. Se apagó la luz con el incendio, y eso fue un infierno. ¡Qué horrible! ¡¡Qué mierda!!

Los jueces dijeron que los culpables fueron los empresarios del boliche y algunos funcionarios municipales. Sí, todo eso es más o menos cierto. Sin duda que fue una terrible cagada que dejaran entrar tanta gente, que tuvieran las puertas cerradas, que no hubiera medidas de seguridad. Sí, estoy de acuerdo: que los metan en cana a todos esos soretos, así, por lo menos, los familiares y amigos de las víctimas saben que hay un culpable. Eso tranquiliza un poco. Ya se sabe que los empresarios lo único que quieren es ganar gaita, y se cagan en la gente. ¿Qué les importa diez, cien o mil muertos más si eso da ganancia? Y los inspectores municipales son todos unos tráfugas, unas mierdas. En lo único que piensan es en las coimas. ¿Coimas? Sí, claro: soborno. ¿Cómo se dice aquí? ¿Mordida? Ah, ¡qué simpático!

Por supuesto, los muertos no reviven con esos tipos presos, pero al menos se hace un poco de justicia. Eso está bien. Pero lo peor –te lo cuento con toda confianza–, lo peor de todo esto es que el verdadero culpable anda suelto: soy yo.

A mí siempre me gustó el rock. De pendejo... ¿Qué significa pendejo? Bueno, en Argentina quiere decir pibe, jovencito. Ah, sí: en México quiere decir tonto. Está bien: de pibe, cuando ya era un pendejo en sentido mexicano, es decir: un boludito, quise formar mi grupo de rock. Yo hacía como que tocaba la batería. Nunca estudié, pero tenía un amigo baterista que me enseñó un poco. Y algunas veces me prestaba su batería. Pero nunca llegué a formar una banda. La verdad, flaco –¿cómo te llamás vos?–, la verdad, Ramiro, siempre fui un fracaso. Quizá la única forma de destacar en algo era haciendo un poco de quilombo. ¿Qué quiere decir quilombo? Bueno, en Argentina eso es despelote, ruido, bulla, ¿me entendés? Solo haciendo eso, quilombo, haciéndome notar con algo raro, con algo que llamara la atención, yo me sentía bien. Por eso iba a la cancha a ver a Boca y ahí gritaba como un condenado, puteaba, llevaba el bombo y una matraca. Solo así, haciéndome sentir con esas boludeces, me sentía bien yo. Una vez le tiré una botella a uno de River, y le pegó en la pata. Me acuerdo que se armó un quilombo bárbaro en la cancha..., ¡tuvieron que suspender el partido! Yo, por supuesto, contento, cagándome de risa. Los de la barra hasta me festejaban.

Pero, bueno...lo de aquella discoteca fue lo máximo de todo eso. Yo varias veces había llevado bengalas a conciertos de rock. Es lindo eso, hacer quilombo, sentir que uno vale en el medio de la muchedumbre, que te aplauden. Eso te hace sentir gente, y no el boludo total que soy. Pero, en fin... no quiero aburrirte. ¿Te estoy aburriendo, Ramiro?

Entonces sigo. Bueno, la cuestión es que un gomía... ¿Qué significa gomía? Es que en Argentina se chamuya todo el berre, se habla al revés. Gomía es amigo. Entonces, un amigo me dijo que no hiciera tamaña estupidez, que tirar una bengala en un lugar cerrado podía ser una catástrofe. El flaco Gutiérrez... Era buen tipo el flaco.

Dicho y hecho. Yo tiré la bengala, y me imagino que sabrás lo que pasó aquella noche. Era un día antes de fin de año. Yo tenía 20 años y vivía con mis viejos. Ese año había empezado Filosofía en la UBA, la Universidad de Buenos Aires, que es pública. Pero avancé muy poco. En realidad, yo sabía que no podía, no me daba el cuero para eso. Siempre fue pelotudo para todo, y para el estudio más todavía. La cuestión que ese diciembre andaba soltero, y por ganas de romper las pelotas un rato llevé un par de bengalas. No tuve problemas para pasarlas. Estaba con unos amigos, que ya para esa hora de la noche andaban en pedo. Es decir: borrachos. En Argentina estar borracho se dice estar en pedo, o estar en curda. ¿Cómo se dice eso en México?

Ah, ¡qué cómico! Bolo... Bueno, estos muchachos estaban más bolos que la mierda. Yo no. Para colmo eso: yo estaba más fresquito que una lechuga, por eso lo que hice fue atroz, no merece perdón de dios. Aunque no creo en dios, claro. Lo hice en mi sano juicio, cagándome en lo que me había dicho este otro tipo, que no fuera a tirar una bengala en un espacio cerrado.

La cuestión es que ni bien tiré el cusifai ese, la bengala, en un segundo el techo se prendió fuego. Parece que era de plástico. Lo demás, ya sabés.

Fue lo peor del mundo, realmente un infierno. ¿Sabés lo que son 6,000 personas gritando, amontonadas, todas cagadas de miedo por el fuego y el humo que hay en la sala, y con solo



una puta puerta de salida? ¡Fue fatal, che! La gente se moría asfixiada, pisoteada, lloraba, gritaba....

Yo ni sé cómo, pero pude salir. Afuera, en la lleca, o sea: en la calle, pude respirar tranquilo. Me desencontré con mis amigos. Uno de ellos quedó todo quemado, pero no murió. En el real quilombo que se armó, perdí el reloj. Pero ya afuera me tranquilicé un poco. Aunque por dentro estaba que me moría.

Cuando empezó a llegar la cana, es decir: la policía, yo estuve tentado de entregarme. Les iba a decir: “yo soy el hijo de puta que comenzó el incendio”. Pero créeme que no pude, Ramiro. Me cagué todo, no me atreví. Y despacito, sin hablar con nadie, me fui yendo a la mierda. Mi cagazo era tremendo, porque pensé que Gutiérrez, el flaco este que me había dicho que no llevara la bengala, podía delatarme. Después, a los días, me enteré que el pobre había muerto. Es horrible: alegrarse de la muerte de una persona. Me entendés por qué estoy tan hecho mierda, ¿no?

La cuestión es que me fui del lugar de la tragedia, caminando, silbando bajito. Llegué a mi casa como a las dos de la madrugada. Mis viejos estaban apolillando, o sea: durmiendo. Venía con tantos nervios que los desperté para contarles lo que había pasado. Por supuesto, no les dije una palabra de lo de la bengala. Mi vieja, con lágrimas en los ojos, me abrazó fuerte, fuerte, muy fuerte, como creo que nunca lo había hecho en su vida. Agradeció al cielo que yo estuviera sano y salvo. Ella era bastante católica, ¿viste?

Me fui a dormir, pero no pude dormir. Me fumé como medio atado de cigarros. Estaba que no me aguantaba. A las seis de la mañana me levanté. Mi viejo, que ya estaba mateando, se sorprendió de verme tan temprano. Yo esos días no laburaba. Tenía vacaciones, por navidad y todo eso. Había pensado ir a pasar la noche de fin de año a otro boliche, quizá invitando a una minita que me gustaba. ¿Minita? Eso quiere decir mina, es decir: una piba, una mujer. Había pensado invitarla. Gloria se llamaba. Pero te juro que ese fue uno de los peores días de mi vida. A la noche íbamos a ir de mis abuelos para despedir el año, y de ahí, después de la cena, tenía pensado ir a boludear a una discoteca. Pero ya ni la llamé a Gloria, y no fui a pachanguear.

Mis viejos pensaron que estaba tan mal, tan caído, por el shock de lo vivido. No dije nada, y asentí. No me atrevía a decir que yo era el asesino hijo de puta que había tirado la bengala. Ya todo el país estaba conmocionado con la noticia. Por todos lados, la televisión, la radio, empezaban a dar las noticias: diez muertos, veinte muertos, cincuenta muertos, ochenta muertos.

Vos entendés cómo puedo haber estado yo, ¿no? Pregunté por teléfono a mis amigos cómo estaban. Solo el Ricardito había salido jodido. Estaba internado, medio quemado el pobre. Los otros pibes con los que había ido estaban bien.

Bueno... ahí empezó el suplicio. En estos casi veinte años no hubo un día, un solo puto día en que no pensara en esa tragedia. Y jamás lo pude contar a nadie. No me atreví. Hasta pensé ir con un psicólogo. Pero me detuve. Me daba mucha vergüenza contar eso. Más aún: yo pensaba que si me delataba, me podían meter en cana. No sé qué tendría que hacer un psicólogo en ese caso, si eso es secreto profesional o tendría que denunciarme a la tira. Por las dudas, no fui.

Y así fue pasando el tiempo. Como no estudié y no tengo guita, tuve que ir a laburar de cualquier cosa. Desde hace años soy tachero. ¿Qué es tachero? ¿El que arregla los tachos? ¡Ja, ja, ja!... No. En Argentina al taxi se le dice tacho, y al taxista: tachero. Bueno, fui taxista por va-

rios años, siempre como peón, como empleado del dueño del coche. ¡Qué iba a comprar yo un taxi! ¿Con qué guita? Nunca me casé. Anduve boludeando con varias minas, pero nunca me casé. Y desde hace ya varios años empecé a pensar en este plan que ahora estoy concretando. Ahora viene la parte linda, che. ¿Por qué estoy en México ahora? Bueno... fui juntando centavo tras centavo, y pude llegar a la suma que necesitaba. Lo vi por primera vez en un documental, y dije: ¡ahí tiene que ser! ¡¡El pozo del infierno!! Que también llaman el pozo Barho-ut.

¿Dónde es? Bueno... Como te decía, Roberto... ¡Perdón! Ramiro. Es que uno de los pibes muertos yo lo conocía. Roberto se llamaba, y todas las semanas, ¡todas las putas semanas se me aparece en una pesadilla, con la cara desfigurada! Ya no aguanto más eso, ¿me entendés? ¡¡No se puede vivir así!! Pero..., me estoy exaltando. Tranquilo, tranquilito..., te sigo contando. Yemen es un país allá por el Golfo Pérsico. Es de los más pobres del mundo; es puro desierto. Y como todos los países de esa zona, tiene petróleo. Aunque la vida allá es un quilombo: la gente literalmente se caga de hambre. No hay nada: puro desierto, Ramiro.

En el medio de ese desierto, en su provincia más pobre, que se llama Al Mahra, hay una cosa increíble: un pozo intrigante.

Todo esto lo fui averiguando con el tiempo, buscando en internet, viendo documentales. Ese pozo está embrujado, según dicen los lugareños, tiene espíritus malignos. Es la entrada al infierno. Yo no creo esas boludeces, por supuesto. ¿No viste lo que dijo el papa Francisco? –que es argentino y es de San Lorenzo de Almagro, los Gauchos de Boedo–: que el infierno no existe, que eso es una representación de la malicia humana, una ¿metáfora creo que se dice, no? Bueno, lo que hice yo, por ejemplo. Pero me voy del tema.

El puto pozo éste está en el medio de la nada, del desierto de piedras y arena. La gente del lugar no quiere pasar cerca, porque dicen que el pozo te chupa, te traga. Es grande. Tiene como 30 metros de diámetro, y no se sabe qué profundidad. Calculan que, por lo menos, 100 metros. O más tal vez. Nadie nunca bajó. Todo el mundo le tiene miedo, porque está todo oscuro y no se ve el final. Dicen que salen olores nauseabundos. Parece que es de terror, che. ¿Para qué voy a ir ahí? Para tirarme y hacerme mierda. Y si de verdad es la puerta al infierno, ¡que la abran! ¡¡Allá voy!!

Unos días después de ese encuentro en la sala de espera del aeropuerto de México, Ramiro Rodríguez Cruz, originario de Tamaulipas, desde Italia donde había viajado por asuntos de negocio, hizo saber que ese “loco” que se había tirado al “Pozo del infierno” –noticia que se hizo bastante pública, dado lo bizarro del asunto– había estado con él conversando tranquilamente. Manifestó el empresario mexicano que pensó que se trataba de una broma que le estaba haciendo su interlocutor; llegó a pensar que era un montaje de cámara oculta, cámara-sorpresa, para ver su reacción, por lo que prefirió no opinar nada ante ese “disparatado argentino”. No quería hacer ningún ridículo.

En Argentina la noticia causó cierto revuelo y reavivó la bronca eterna por la tragedia de los pibes muertos en ese concierto. Por lo pronto, apareció un anónimo –un mensaje escrito en papel dejado en el baño de caballeros del Café Tortoni –bar emblema de la ciudad de Buenos

Aires— donde decía que ese suicida de Yemen era un impostor, que el verdadero artífice de la masacre, quien había disparado la aciaga bengala, andaba “suelto, vivo y coleando”.

## Diálogos

### 1. MISS JONHSON

**Fiscal:** Entonces, ¿usted la mató?

**Acusada:** Fue mi mano quien lo hizo, pero no podría decir que fui yo. Fueron las circunstancias, fue la historia.

**Fiscal:** Eso no es una respuesta lógica. ¿Cómo que su mano? Su mano es suya. Usted la mató. No responda con evasivas.

**Acusada:** No son evasivas, señor Fiscal. Sí, yo la maté, nunca lo he negado. Pero, ¿sabe usted por qué lo hice?

**Fiscal:** Porque es una asesina, y eso debe pagarlo. Con cárcel, o quizá con la vida.

**Acusada:** Es fácil decirlo así. Pero no deje de considerar que usted me acusa con toda esa fuerza, hasta con odio diría, porque es blanco.

**Fiscal:** ¿Y eso qué tiene que ver?

**Acusada:** ¿Cómo que qué tiene que ver? Usted nunca podría entender lo que siente la población negra de este asqueroso país. Menos aún, lo que siente una mujer negra.

**Fiscal:** Está exagerando. Esas son evasivas para no reconocer su culpabilidad. Pero usted mató de 18 puñaladas a la Sra. Nancy Miller el día 23 de febrero de 1921. ¿O va a negarlo?

**Acusada:** Claro que la maté. Sé que eso está mal, que no hay que matar. Violé un mandamiento bíblico. Moralmente es incorrecto. Lo reconozco. Pero si fuera un hombre blanco seguramente no correría la misma suerte que una mujer negra, nieta de esclavos.

**Fiscal:** Insisto, Sr. Juez, y estimada Srta. Kamali Johnson: esas son estupideces, meros distractores que intentan desviar su culpabilidad.

**Acusada:** ¡Soy culpable de haber asesinado a esa cretina de Nancy Miller! ¡¡No lo niego!! Pero tengo sobradas razones para haberlo hecho, y ustedes, todos blancos y mayoritariamente hombres, no pueden entenderlo.

**Fiscal:** No se sulfure, por favor. Si no, tendré que pedirle a Su Señoría que la retire de la sala y proseguiremos el juicio sin su presencia.

**Acusada:** Ustedes no están entendiendo.

**Fiscal:** ¿Qué es lo que no entendemos, Srta. Johnson?

**Acusada:** Que sí, fue mi mano la que empuñó ese cuchillo, pero que fue una larga historia la que me llevó a ello.

**Fiscal:** Eso suena a poesía, a metafísica. Y aquí estamos en un juicio oral y público en el estado de Alabama. Aquí no filosofamos, no perdemos el tiempo. Aquí juzgamos a criminales, y usted es una criminal que merece pagar su crimen.

**Acusada:** No se sulfure usted. Vea: más criminales son los blancos que trajeron a mis abuelos como esclavos a esta tierra desde nuestra África natal. Más criminales son los hombres blancos que violaron y violaron sin piedad a mi abuela, y también a mi madre. Más criminales son los blancos que, aunque nos dieron esto que llaman libertad, nos siguen tratando como basura.

**Fiscal:** Srta. Johnson: me parece que se está extralimitando.

**Acusada:** ¡¿Extralimitando?! ¡No me haga reír! ¿Sabe usted quién se extralimita? Ustedes, los blancos. ¿Sabe por qué maté a esta mujercita?

**Fiscal:** ¡Porque usted es una asesina!

**Acusada:** Eso dice todo y no dice nada. Ustedes son infinitamente más asesinos que yo. ¿Sabe lo que me hacía la tal respetable Sra. Miller? Me obligó a tener sexo con su hijo mayor, para que el joven se estrenara con una mujer cuando tenía 17. ¿Qué diría si eso le hicieran a su hija o a su esposa, o a su hermana? ¿Sabe por qué maté a esta perra? Porque me hacía lavar su inodoro con las manos, sin guantes.

**Fiscal:** Todo eso no justifica un asesinato, Srta. Johnson.

**Acusada:** Tal vez no lo justifica, pero sí lo explica. Usted, hombre blanco, exitoso miembro de una corte, que no necesita lavar la caca de otros con sus manos, que no se siente humillado día a día, que no tiene que comer parado y a las apuradas, que no tiene horario para trabajar, bajo la lluvia o el sol, que no recibe insultos continuamente por su color de piel, ¿podrá entender lo que significa ser tratado como animal?

**Fiscal:** A usted nadie la está tratando como animal. Está en un juicio con un abogado defensor donde se le respetan sus sacrosantos derechos civiles. Usted está en el país más civilizado del mundo, con libertades y democracia.

**Acusada:** ¡Por favor! Me parece absurdo lo que dice. ¿Libertad y democracia? Ja, ja, ja... Entonces, ¿qué dice de los esclavos? Aunque ahora ya no llevamos cadenas, los grilletes permanecen.

**Fiscal:** Usted no lleva ningún grillete.

**Acusada:** ¿Cómo que no? Los grilletes no son solo físicos. ¿Sabe lo que hacía el honorable y respetado Sr. Miller, dueño de una plantación donde trabajaron mis abuelos como esclavos, y mi madre como criada, siendo ya una mujer “libre”? ¡Me obligaba a hacerle sexo oral sin que su adorada y respetable mujercita se enterara! ¡Y me obligaba bajo amenaza de muerte! Por supuesto, nadie sabía de eso en la respetable familia de este respetable país tan democrático.

**Fiscal:** Eso no tiene nada que ver, no justifica una muerte.

**Acusada:** ¿Le parece? ¿Está tan seguro? ¿Y puede llamar vida a la que yo llevaba en esa casa? ¿No era una muerte en vida?

**Fiscal:** A usted, Srta. Johnson, nadie la agredió.

**Acusada:** ¿Usted está loco? ¿Y qué era todo eso que le estoy contando?

**Fiscal:** Son exageraciones.

**Acusada:** ¿Exageraciones? ¿Cómo puede decir eso? Sistemáticamente, todos los días, tanto el matrimonio como sus seis hijos, me vivían maltratando, tratando de negra de mierda, obligándome a trabajar 12 o 14 horas diarias, someténdome a vejámenes. ¿Dónde está la tierra de la democracia y la libertad?

**Fiscal:** Si la maltrataban, podría haber buscado otro trabajo.

**Acusada:** ¡Qué fácil lo ve usted! ¿Y cómo piensa que tratan a las mujeres negras en otros trabajos? Igual o peor.

**Fiscal:** Volvemos al principio: nada justifica un asesinato.

**Acusada:** Seguro que seré condenada. Eso ni lo dudo. Pero espero que esta próxima muerte casi segura que me espera sirva, en algún momento, para hacer justicia. No queremos la venganza de los negros contra los blancos. Eso no está bien. ¡Queremos, pedimos, exigimos justicia!

**Fiscal:** Sr. Juez: creo que quedó más que evidenciado que la Srta. Johnson es culpable de asesinato. Ella misma lo reconoce abiertamente.

**A** **Acusada:** Claro que lo reconozco, nunca lo negué. Me enloquecí y entonces hice algo que no debería haber hecho. Pero lo que no queda claro, y espero que alguna vez la historia se encargue de demostrar, es que los asesinos son ustedes. Su riqueza, la de los terratenientes blancos que se llenan la boca hablando de democracia y libertad, reposa en la sangre de los negros y las negras que trajeron en condición de esclavitud. ¡No se olviden!

## 2. RENUNCIA

**A**: Y, ¿cómo fue que pudiste conseguir ese trabajo en la ONG? No tienes título universitario, ¿verdad? ¿Cómo hiciste?

**B**: Uy... es largo de explicar. Y me duele cada vez que lo relato.

**A**: ¡Tranquila! No es necesario que lo cuentes entonces.

**B**: No, no... ¡Quiero hacerlo de todos modos! Es doloroso, pero siempre es bueno decirlo. Y cada vez que lo hago, se me ratifica más la necesidad de cambio. Pues bien... ¿te acordarás de la visita esa que hizo la princesa rubia aquella a nuestro país hace como tres décadas?

**A**: Sí, claro. La parásita esa que vive gracias a lo que nos roban a nosotros.

**B**: Exacto. Como todos los reyes europeos. Pero, bueno... esa vieja llegó hace años a nuestra aldea, rodeada de un millón de guardaespaldas, por supuesto. Y por supuesto, tampoco probó bocado de nuestra comida. ¡Ni agua quiso tomar! Traían cientos de botellas.

**A**: ¿Seremos perros sarnosos?

**B**: Así parece. Lo cierto es que llegó hasta mi madre, que era mamá soltera con cuatro hijos, en ese entonces, y había perdido una pierna, producto de una mina antipersonal sembrada durante la guerra.

**A**: ¡No sabía eso!

**B**: Sí, así fue... Pobrecita. Le tocó duro a mi viejita. Mucho más que a esta princesa, que viaja con no sé cuántas damas de compañía, y tiene un vestido para cada día del año. Y nunca jamás en su perra vida vivió como nosotras.

**A**: ¡Qué infamia! ¿no? Y todavía tienen el descaro de venir al África, después que nos hicieron mierda, a fotografiarse con estos “exóticos” negritos.

**B**: Sí, es deplorable... Pues bien: yo era una de las hijas de esa pobre mujer. La tal princesita, sacada de los cuentos de hada, llegó a nuestro caserío y nos sirvió un plato de comida a todas. Éramos como cien niñas. Fue un asqueroso gesto demagógico.

**A:** Creo haber visto esa foto muchas veces.

**B:** Seguramente. Se hizo famosa. Bueno... y la historia continuó. Años después, de una de esas llamadas agencias de cooperación, como yo era quizá la más movidiza de los hijos - siguió teniendo, llegó a ser madre de once niños- me ofrecieron entrar en la ONG.

**A:** ¿Por qué motivo?

**B:** Porque yo era como un símbolo. Me usan.

**A:** Pero, ¿pagan bien?

**B:** Sí, sin dudas. Te compran el silencio con eso.

**A:** ¿Estás cómoda allí?

**B:** ¡Para nada! Me siento una traidora de mi gente. Pronto voy a renunciar.

### **3. ISLA DESPOBLADA**

El yate, de 5 millones de dólares, partió del puerto de B. con 12 personas a bordo. Viajaban su propietario, el excéntrico multimillonario M., con algunas amigas y amigos, además de la tripulación: el capitán, dos marineros y un grumete. Después de dos días de navegación, se desató inesperadamente una terrible tormenta que terminó hundiendo la nave. Por avatares del destino, solo pudieron salvarse M. y el joven aprendiz de marinero, J., de tan solo 18 años. A duras penas ellos dos pudieron llegar hasta una muy pequeña isla despoblada. Allí empezaron su sobrevivencia. Después de un par de semanas en la más grande precariedad, esperando siempre algún barco salvador, un pajarito escuchó este diálogo, que ahora nos relató:

**A:** Muchacho, tráeme unos cocos más. Hoy me quedé con hambre.

**B:** ¿Sabe una cosa? Estaba pensando por qué tengo que hacerle yo todas estas cosas.

**A:** ¿Cómo por qué? ¿No eres el ayudante acaso? ¿No estás para eso?

**B:** Bueno..., en el barco así era. Pero aquí estamos los dos de igual a igual, como náufragos.

**A:** Uy... ¿qué te pasa? ¿Desde cuándo esa rebeldía? Pero ¿acaso no se te paga para que nos atiendas?

**B:** ¿Pagar? ¿Usted me va a pagar en esta isla desierta? ¿Acaso soy su empleado?



**A:** Bueno..., así son las cosas, ¿no? Así son las reglas de juego, te guste o no te guste. Eres pobre y yo soy el dueño del yate. Soy yo el que tiene los billetes. No te olvides nunca de eso, muchacho.

**B:** Yo diría que... ¡tenía! los billetes. Aquí, en esta soledad, somos los dos iguales. Y ni siquiera somos iguales, porque yo soy más joven, más fuerte, estoy mejor preparado para sobrevivir. En realidad, aquí no somos iguales: soy yo un poco superior. Al menos para soportar esta vida.

**A:** Pero no tienes una abultada cuenta bancaria. Esa es la pequeña diferencia...

**B:** ¿Cuál cuenta? Aquí eso no existe, M. Aquí estamos los dos semi desnudos, y el más fuerte, que soy yo, es el único que puede treparse palmeras para buscar cocos, o ir a pescar con ese improvisado arpón que hice. Si aquí hay alguna diferencia, la hay a mi favor. ¿De qué billetes me habla?

**A:** Cuando nos rescaten volveremos a la normalidad. Y tú seguirás siendo grumete, marinero a lo sumo, pescador. Si te va bien: capitán de un pobre barquito pesquero, cuando envejecas. Yo, en cambio, volveré a mi pent house, a mi limusina, a mi jet privado... ¡Esa es la normalidad!, y no lo que estamos sufriendo aquí.

**B:** Sí, claro... Si tiene la suerte de sobrevivir aquí volverá a “esa” normalidad. Porque ahora la normalidad es esta, donde usted come gracias a mi trabajo. O sea: sobrevive si a mí se me ronca el culo de seguir pescando y bajando cocos para usted. Acuértese, M., que desnudos y medio barbudos como estamos, es decir: como dios nos trajo al mundo, no hay diferencias. Las limusinas, las joyas y las cuentas bancarias son accesorios que no nos definen. Nada de eso se lleva al más allá.

**A:** ¡Comunista había salido el muchacho!

**B:** No sé cómo se llamará eso..., pero es la pura, absoluta y descarnada verdad. ¿O las diferencias las da un Rolex de oro?

#### **4. SORPRESA**

**A:** Queríais hablar conmigo, ¿verdad Sor Rita?

**B:** Sí, madre superiora. Por favor....

**A:** Bueno, os escucho.

**B:** Es que..., me da mucha vergüenza. No sé por dónde empezar.

**A:** Vamos, vamos hermana... No temáis. Desembuchad. Vamos... ¡O escucho!

**B:** Sucede que... he pecado.

**A:** Aha. ¿Qué habéis hecho?

**B:** Tuve una mala acción, de la que me arrepiento mucho. Estoy avergonzada.

**A:** Bueno, tranquila, Sor Rita. Decidme: ¿cuál fue vuestro pecado?

**B:** Es que..., es que.... Me permití besar en la boca con Sor Mercedes.

**A:** ¡¿Sor Mercedes?! La muy desgraciada... Zorra de mierda.

**B:** Pero, ¿por qué decís eso, madre superiora?

**A:** Esa ramera me había prometido que solo conmigo estaría.

**B:** .....

## 5. DUPLICACIÓN

**A:** Yo soy niña arco iris.

**B:** Ah, ¡qué bien.... ¿Y eso qué significa?

**A:** Es la persona que nace después que la madre tuvo un aborto.

**B:** O sea que naciste después de un niño que no nació.

**A:** Exacto. Mi mamá perdió un bebé antes que yo naciera.

**B:** ¿Cómo lo supiste?

**A:** Lo descubrí a partir de mi psicoterapia, con mi psicólogo. Y luego, informándome, hablando con una tía.

**B:** ¿Cómo es eso? No te entiendo.

**A:** Mi vieja siempre me decía que yo soy su arco iris.

**B:** ¿Y eso?

**A:** Yo no entendía. Pensé que me quería decir que yo era hermosa, una suma de colores, algo bello como el arco iris. A quién no le gusta el arco iris, ¿no?

**B:** Sí, es cierto. Pero... ¿qué es lo que descubriste? ¿Te molestó ese descubrimiento?

**A:** Bueno, sí... Me molestó un poco. Porque alguna vez, después de tanta preguntadera de mi parte, me confesó que había habido otra niña antes que yo.

**B:** Aha, ¿entonces?

**A:** La muy hija de puta me puso el mismo nombre que a la muerta.

**B:** ¿Cómo es eso? ¿Y tu papá qué dijo?

**A:** Soy hija de madre soltera.

**B:** ¿Y por qué hizo eso tu vieja?

**A:** No lo sé. Pero ya no se le puede preguntar.

**B:** ¿Murió?

**A:** ¡La maté a la muy perra!

**B:** ¡¿De verdad?!

**A:** Claro, por eso estoy acá, en la cárcel. Aquí no te ponen por bonita.

**B:** Pero, ¿por eso te la tronaste?

**A:** Por supuesto. ¿A quién le va a gustar ser el reemplazo de alguien? Cuando descubrí por qué mis primos me decían Adela dos, no aguanté. Siete puñaladas le metí.

**B:** ||Como los colores del arco iris.

## **6. EN EL CONFESIONARIO**

**A:** Padre, he pecado.

**B:** ¿Qué hiciste, hijo?

**A:** Maté.

**B:** ¿Estás arrepentido?

**A:** Un poco. Pero..., era mi trabajo.

**B:** ¿Tu trabajo?

**A:** Sí, padre: soy militar. Estamos en guerra.

**B:** ¿Te consideras un buen hombre?

**A:** ¡Por supuesto! Soy buen cristiano, buen padre de familia, defensor de nuestros valores occidentales... Pero a veces siento que los comunistas también son seres humanos, y me agarran esas culpas.

**B:** No te preocupes; reza diez padrenuestros y el Señor te acogerá gozoso.

**A:** Gracias. Padre: no me reconoce, ¿verdad?

**B:** No. ¿Quién eres?

**A:** El general Francisco Franco.

**B:** ¡¿El generalísimo?!... Con dos padrenuestros es suficiente, Excelencia.

## 7. CAFECITO

**A:** Mi amigo, se acaba de pasar el semáforo en rojo.

**B:** Sí, ya lo sé agente. Sí, ¡qué vergüenza! Yo nunca hago eso..., pero esta vez estoy en una situación especialísima.

**A:** ¡No me diga! ¿Y cuál es la excusa?

**B:** Créame, agente: no es excusa. Voy apuradísimo porque estoy desesperado.

**A:** ¿Sí? ¿Y qué lo desespera tanto?

**B:** Lo que le acaba de pasar a mi señora. Entraron ladrones a la casa, y me dice que la violaron.

**A:** ¿De verdad? Uy... ¡pobrecita!

**B:** No se burle, agente. ¡De verdad! Recién me acaba de llamar, y lloriqueando me lo contó.

**A:** Mire: no se lo puedo creer, pero veo que se la supo ingeniar bien. La verdad es que lo felicito. Hasta voy a hacer como que se lo creo. Déjese algo para el cafecito y se me va a la chingada.

**B:** ¡Buena onda, poli! Aquí le dejo un billetito para el café. Muchas gracias. De verdad que se lo agradezco. Y le juro que no se va a volver a repetir la infracción.

**A:** ¡No, maestro! ¿De qué viviríamos nosotros entonces?

## **8. SANGRE**

**A:** Papá, mamá: tengo que confesarles algo.

**B:** Adelante hija, te escuchamos.

**A:** Es que..., no sé por dónde empezar. Me da un poco de vergüenza.

**B:** Tranquila, mi amor. Te escuchamos con total ternura. Lo que digas, no importa lo que sea, lo sabremos entender.

**A:** ¿De verdad?

**B:** Por supuesto. Para eso somos tus padres. ¿O te hemos fallado alguna vez?

**A:** Bueno, es difícil... Sí y no.

**B:** ¿Cómo sí y no? ¿Cuándo te fallamos?

**A:** Este..., no es sencillo decirlo, pero ustedes no han sido los mejores padres precisamente.

**B:** ¿Cómo es eso? ¿Qué estás diciendo?

**A:** Eso que oyen: que no han sido los mejores padres. Me quedan muchas dudas, muchas cosas no resultas.

**B:** ¡Uy! ¿Y eso? ¿Cómo que hay cosas no resueltas? ¿Quién te mete esas ideas en la cabeza?

**A:** No me las mete nadie. Yo solita veo eso. Y lo digo.

**B:** ¿No te parece desconsiderado? ¿Cómo vas a decir eso, después de todo lo que hemos hecho por ustedes?

**A:** Es que... hicieron lo que cualquier buen padre debería hacer. ¿O acaso no es obligación de los papás criar a sus hijos? Y criarlos bien.

**B:** Sí, claro. Es lo que hicimos nosotros.

**A:** Eso es lo que ustedes creen. Pero, ¿me van a permitir que les diga lo que les quería decir? Porque parece que cualquier cosa que diga y que nos les guste, desata un vendaval.

**B:** No es así. No, de ninguna manera. ¡Adelante! Te escuchamos.

**A:** Bueno, si están preparados, permítanme decirles que....

**B:** Sí, sí... adelante. Sin rodeos. Vamos. ¿Qué es lo que hay que comunicar? Vamos, de una vez.

**A:** Voy a ser actriz porno.

**B:** ¿Y eso? ....

**A:** Es una decisión que ya tomé. De hecho, ya hice mi primera prueba.

**B:** ¿Cómo que hiciste la primera prueba? ¿Qué significa eso?

**A:** Lo que oyen. ¿No saben lo que es una primera prueba? Pues... hice un casting, una actuación, ya me filmaron. Y me dijeron que salió estupenda.

**B:** Pero, ¿cómo es posible eso, hijita? ¡Nosotros no te criamos para eso! Queríamos que fueras alguien en la vida.

**A:** Entonces ¿no voy a ser nadie?

**B:** Es que.... resulta raro. ¿Cómo vamos a decir por ahí que nuestra hija hace esas... esas...?

**A:** ¿No se atreven a decirlo? Esas atrocidades, estarán pensando, esas cosas de mala mujer, esas aberraciones, cochinas, sucias, pecadoras.

**B:** Exacto. No queremos tener una hija que deshonre a la familia.

**A:** ¿Y qué es deshonrar? ¡Por favor! ¡No me hagan reír! Si ustedes, ambos, han tenido amantes toda la vida. ¿Creen que no me daba cuenta?

**B:** ¡Por dios! ¿Qué estás diciendo hija? ¿Se te ha metido el demonio?

**A:** Vamos, vamos... No se hagan los santos, que de eso no tienen nada. Ya no soy una niña y me doy cuenta de las cosas. ¿O creen que no lo sé?

**B:** No sé a dónde vas con todo esto.

**A:** A hacerles saber que, aunque vayan cada domingo a misa y se golpeen el pecho, con eso no se lavan los pecados, y que yo ya no me quedo callada. Yo ahora hago lo que me venga en ganas.

**B:** ¿Y el respeto? Seguimos siendo tus padres, ¿no?

**A:** ¿Acaso solo los hijos deben respetar a los padres? Los padres también deben respetar a los hijos. ¡No olvidarlo!

**B:** ¿Te hemos faltado el respeto?

**A:** Sí, aunque ustedes piensen que no. Me han mentido siempre. Se hacen pasar por buena gente contribuyendo con obras benéficas en la iglesia, pero hablan mal de los indios, de los negros, de los homosexuales. Claro que eso lo hacen en privado. En público, dan la imagen de magníficos.

**B:** Te estás volviendo loca, hijita. ¿Cómo es posible decirnos todo eso?

**A:** Bueno... ¡terminos las mentiras! Ustedes son terriblemente homofóbicos. Pues bien, sepan que yo soy bisexual. Y en los videos que voy a hacer, le entro a todo: hombres y mujeres.

**B:** ¡Nos vas a hacer morir! ¡Por dios, hija! ¿Qué te está pasando?

**A:** En la empresa de ustedes son unos explotadores. Hacen trabajar de más a la gente y no pagan horas extras. ¿Eso es correcto? ¿Creen que eso se lava con una limosna a algún pordiosero?

**B:** Pero... si nosotros... nena, ¿qué estás diciendo? No te entendemos. Por favor, ¿qué te pasa?

**A:** Es que decidí ser más auténtica que ustedes. No decir mentiras. Así de simple. Soy lo que soy, y no lo oculto. Soy una hija de puta, no lo niego.

Las sospechas de la policía cayeron sobre E., de 19 años, actriz porno en ascenso. Pero nunca se pudo demostrar nada. Por tanto, ahí anda libre por el mundo. Ella, contrariamente a sus tres hermanos, no lloró en el velorio de sus padres. De la fábrica no quiso saber nada, y ahora la administra el hijo mayor. Su carrera en el cine para adultos está siendo meteórica.

## Teorema

Durante el siglo XVIII, cuando Europa se sentía el centro del mundo imponiendo su civilización a punta de cañonazos y bayonetas, se dio una curiosa historia que recién ahora sale a luz. Revisando viejos documentos ganados por el moho encontrados en el sótano de la antigua casona de la familia L., hoy día convertida en museo, en la medieval y hermosa ciudad de N., unos historiadores pudieron reconstruir esta llamativa curiosidad.

En esa casa nació, vivió y murió el gran matemático G. L. Su vida estuvo enteramente dedicada al estudio y la investigación, legando a la humanidad su archiconocido Teorema de L., que años después sirviera para desarrollar buena parte de los viajes interplanetarios. Según pudo saberse a partir de esas mohosas cartas ahora recuperadas, hay mucha tela que cortar en su producción científica.

G. fue el hijo mayor de un acaudalado comerciante, quien llegó a tener una gran prosperidad para mediados de ese siglo. Oficialmente este mercader tuvo seis hijos, pero fuera del matrimonio parece haber engendrado una cantidad indeterminada de otros vástagos, no inferior a doce, quizá más. Uno de esos “hijos naturales” fue M. “Un bastardo”, como M. solía designarse a sí mismo.

Resulta ser que G., como primogénito, heredó la mayor parte de la fortuna de su padre. Pero por su afición a las matemáticas, solo se quedó con la casona; la empresa algodonera la dejó en manos de sus hermanos. Él se consagró a la investigación y la docencia; los números eran su obsesión. Renta familiar nunca le faltó.

Resulta también que M., el “bastardo”, a los cuatro años fue a parar a la familia como entenado. Era costumbre bastante común en ese entonces que las familias acomodadas tuvieran ese gesto de buena voluntad, adoptando un pupilo, un semi-hijastro, que corría distintas suertes. Nunca sería como los hijos legítimos, pero en algunos casos obtenían algunos beneficios; por ejemplo: se les alfabetizaba.

M. era tremendamente inteligente. Aunque había un gran problema: era zurdo. Problema, porque se consideraba que esa condición era una aberración, por lo que se obligaba a quienes la tenían a penosos esfuerzos para lograr acostumbrarse a manejar su mano derecha. Era costumbre, por tanto, amarrar el brazo izquierdo de los zurdos a su espalda, para forzarlos a no utilizar esa mano, obligando al uso de la otra. Los efectos así obtenidos eran diversos, habiéndose llegado al colmo, en más de alguna oportunidad, que una persona zurda, no soportando ese castigo, terminara por suicidarse a corta edad.

M. no era de esos. Con paciencia, casi con obstinación, llegó a manejar aceptablemente ambas manos. Claro que, en público, se cuidaba muy bien de no dejar ver que utilizaba la izquierda.



Dada su alta capacidad natural, había llegado a tocar aceptablemente el violín, empleando la derecha para el arco, sin recibir clases formales, solo viendo lo que practicaban algunos de sus medio-hermanos. El profesor que llegaba cada semana, el destacado S., concertista eximio, no podía creer que un autodidacta lograra esos sonidos.

G., que ya de pequeño daba muestras de su capacidad para los números, estableció una profunda amistad con M., a quien siempre vio y trató como su hermanastro. De sus cinco hermanos legítimos (tres varones y dos mujeres), no prefería a nadie como su ser más cercano, sino a M. Preguntado muchas veces el porqué de esa relación, jamás dio una explicación convincente. Hoy, gracias a esas cartas que se pudieron recuperar –en realidad era el diario personal de G– pudo saberse que, en realidad, la única persona a la que amó, fue M. Existía una rara, oscura relación entre ambos.

M., medianamente aceptado por la familia como uno más –aunque las hermanas mujeres siempre lo despreciaron– no pasó de ser el mandadero de la casa, un criado con ciertos mínimos privilegios. Más o menos instruido, tocando el violín casi a escondidas, su suerte no fue distinta a la de cualquier criada o criado de los muchos que había. Con estos últimos compartía mesa y dormitorio. Además, como un suplicio perenne, era castigado si se le veía utilizando la mano zurda para hacer alguna tarea que “la buena educación” imponía debía hacerse con la diestra.

Lo curioso era la relación casi secreta que se había establecido con G. M., de oídas, fue adentrándose en el mundo de las matemáticas. Pitágoras, Euclides, Newton, Descartes pasaron a ser sus entrañables amigos intelectuales. Con su medio hermano jugaban a veces para ver quién resolvía más rápido una ecuación. G. estaba encantado con esos pasatiempos secretos. En silencio, envidiaba la capacidad descollante de su hermanastro.

En secreto también, era su salvación cuando se trataba de la mano izquierda. Dado que M. era tratado como criado, muchas veces debía hacer pesados trabajos en la casa; en muchas ocasiones necesitaba hacer mucha fuerza con las manos, levantar pesos, cargar objetos. Como no podía utilizar la mano zurda, pues se exponía a castigos, se encontraba muchas veces en serias dificultades. G., con una generosidad que no exhibía con sus hermanos oficiales, le ayudaba gentil. No entendía por qué esa locura ilógica de forzarlo a utilizar una mano que no era la más hábil.

Quizá esos favores fueron desarrollando en M. un sentimiento de deuda para con su medio hermano. G. era el único de todo el grupo familiar que no lo martirizaba con el uso obligado de la diestra. De hecho, a veces jugaban pulseadas utilizando ambos sus manos izquierdas; era ese un gesto de reconocimiento para con M., de algún modo premiando su condición de zurdo.

G. estaba sorprendido por cómo su “bastardo” hermano progresaba en las matemáticas. Muchas veces era M. quien lo ayudaba con algún cálculo. Sin mayor preparación académica, con lo poco que le habían enseñado en la casa, el expósito muchacho –su madre había muerto en

el parto, y el padre no lo reconocía como hijo legítimo— daba muestras de una inteligencia brillante, tremendamente astuta, perspicaz.

Ninguno de los dos, ni G. ni M., contrajo matrimonio. Ambos envejecieron juntos, habitando la vieja casona familiar, el uno encumbrándose como profesor de Matemáticas en la Universidad de B., el otro como su criado. El dueño de casa siempre le permitió utilizar libremente su mano izquierda, aunque por razones inexplicables, ante los miembros de la familia —por ejemplo, cada vez que había una reunión de todos los hermanos, ya casados y con hijos en todos los casos, salvo G.— M. se cuidaba de utilizar solo la diestra.

En términos oficiales, M. era un tímido que casi no hablaba. Esa era la percepción que todos los integrantes de la familia tenían de él. G. sabía que no era exactamente así: hablaba poco, pero cada vez que lo hacía era para sentenciar algo con la mayor profundidad. Su inteligencia numérica era despampanante. En el juego de ajedrez, que también había aprendido como autodidacta, quedaba demostrado: muy pocas veces, en contadísimas ocasiones, G. pudo llegar a hacer tablas con M. Eso ya era un éxito. M., con la mayor modestia, solo sonreía benévolo al momento del triunfo.

De acuerdo a los empolvados papeles ahora descubiertos, pudo reconstruirse algo de la historia. No queda del todo claro qué los unía de esa forma, pero pareciera que existía una intensa ola amorosa allí. No sería improbable que, incluso, haya habido sexo. Los manuscritos no permiten aseverarlo con exactitud. Lo que sí quedó muy claro, según el diario personal de G., es que su famoso teorema, de una complejidad altísima, el mismo que lo llevara a la fama perpetuando su nombre en la historia, no fue creación propia sino obra de M. *“Es injusto que lleve mi nombre. Debería llamarse el Teorema del bastardo zurdo”*.

## Una familia perfecta

La familia Nariño era perfecta. O, al menos, eso aparentaba.

En realidad, el matrimonio era un experto en las mentiras, en las apariencias. Su imagen impecable, impoluta, estaba por encima de todo. Si alguien buscaba virtudes, debía fijarse en ese grupo. Era la representación por antonomasia de la pulcritud, de la excelencia.

Sus cuatro integrantes eran miembros del Opus Dei. Padres e hijos parecían salidos de un cuento de hadas. Eran, como decía un familiar que se reía de tanta perfección, “*de los que no transpiran*”.

Por supuesto, transpiraban. Pero jamás se les iba a sentir mal olor. Los perfumes –para eso están– ocultan los hedores. Y la familia Nariño era especialista en tapar hediondeces varias, no solo las de la transpiración. Obviamente, consumían litros y litros de agua de colonia, pero no solo las que venían en elegantes frascos. Ocultaban las miserias y mezquindades como el mejor. Su vida era un manto de perfume disimulando pestilencias.

La madre, doña Cristina, cuarentona muy bien conservada, era profesora de literatura española en colegios de enseñanza media. Orgullosa de su perfección, tan bien cuidada siempre, tenía como distintivo una enorme cruz de plata que cargaba ostentosa sobre su pecho.

“*Si hay pobreza, que no se vea*”, era su lema. Provieniendo de un hogar de clase media baja de la ciudad de Barichara, se había trasladado a Bogotá en su adolescencia para cursar su profesorado, viviendo entonces con unas tías solteronas. Por ese entonces conoció a Miguel, su actual esposo. Éste, elegante arquitecto de una encumbrada familia bogotana, luego de un rápido noviazgo, la desposó. Miguel también aspiraba a ser excelente, siguiendo en todo a su esposa. Para él conocer a Cristina fue un hallazgo importantísimo. En realidad, fue su primer y única novia. Su timidez proverbial –sus profundos problemas psicológicos, mejor dicho–, aunque era un musculoso muchachón codiciado por todas las mujeres que le conocían, le había impedido tener una relación sentimental hasta los 24 años. Eran el uno para el otro.

La familia de Miguel, bien ubicada económicamente, le había facilitado las cosas a la joven pareja: una bonita casa en el elegante barrio de Los Rosales y lujoso vehículo blindado –cero kilómetro, por supuesto– como regalo de bodas.

Cristina, hecha toda una señorona desde el casamiento, se había acostumbrado muy rápido a manejar a su servidumbre. Siempre había aspirado a ser “muy correcta” en todo; el matrimonio con Miguel se lo había permitido en forma exponencial. Poco más de un año después de la unión vino la primera hija: Mercedes. Dos años después llegó Sebastián. Su glamour iba siempre en aumento, igual que su devoción católica.

Toda la familia Nariño era un modelito de película, una fantasía hecha realidad. Todo estaba siempre en orden, bien arreglado, muy presentable. El lema que se repetía a diario doña Cristina valía para todos los aspectos de la vida; la relativa precariedad económica de su primera infancia la había dejado marcada a sangre y fuego. De la violación sufrida cuando niña a manos de un familiar lejano, Miguel nunca supo nada. La mujer había podido superar satisfactoriamente el hecho. Aunque a un costo elevado: nunca pudo tener un orgasmo, cosa de la que su esposo jamás se enteró. Si de histrionismo se trataba, Cristina no tenía parangón. El lema que se repetía, en realidad, era herencia de su padre, un modesto empleado municipal de aquella ciudad de provincia. De todos modos, ella lo había hecho extensivo a toda la vida: todo debía verse bien. Violación y pobreza quedaban sepultadas. Cómo estaba en verdad, no importaba; lo que contaba era lo que se veía, lo cosmético.

Miguel, a su modo, también participaba de esa visión de las cosas. Para él era importantísimo, imprescindible mostrar una imagen de tranquilidad. En su interior, muy en secreto, sabía que no había ninguna perfección ni tranquilidad ni cosa que se le pareciera. Vivía atormentado, sintiéndose un pusilánime sin solución; pero jamás lo reconocía con nadie. Lloraba su tormento en la más completa soledad. Si alguna vez pensó en consultar con un psiquiatra, descartó muy rápidamente la idea. El hecho de visitar un especialista “de los nervios” lo dejaría ver como débil. Había que mostrarse fuerte, decidido, siempre triunfador. El par de horas diarias que pasaba en el gimnasio le servían como psicoterapia. Su martirio lo soportaba muy en secreto, con estoicismo. Cristina había sido su primera novia. Por tanto, su primer beso pasional, y naturalmente, su primera relación sexual. Prefería no acordarse nunca de eso, hacer como que no había sucedido, jamás hablar de la que él creía era ya una crónica soltería. “*Si hay pobreza, que no se vea*”. Esa consigna, que le había resultado simpática la primera vez que la escuchó de boca de su cónyuge, marcaba toda su vida. “*Si hay pobreza espiritual, si hay angustias, malestares, pesares... ¡que no se vean!*”

Como arquitecto, en realidad conseguía trabajos por la influencia de su padre, un connotado ingeniero civil ligado a las altas esferas del gobierno; en lo profundo, Miguel sabía que en términos profesionales era un tonto, un mediocre que jamás hubiera conseguido un proyecto. Ser de alcurnia, sin dudas, facilitaba la perfección.

Ambos asistían puntualmente a misa de once todos los domingos. Era muy importante que se les viera en la catedral metropolitana, siempre bien vestidos, perfumados, sonrientes. Cuando los hijos fueron creciendo, los cuatro llegaban a la Catedral Basílica Metropolitana y Primada de la Inmaculada Concepción y San Pedro de Bogotá, con aire ceremonioso y cara de circunspectancia para el oficio religioso. Terminada la misa, se demoraban con parsimonia en la escalinata de entrada, buscando saludar –y ser saludados por– la mayor cantidad de gente. Era de buen gusto, por supuesto, dejar algunas limosnas a los pordioseros que mendigaban en el lugar.

Sebastián se aficionó por la música desde pequeño. Tocaba muy bien el piano y tenía una hermosa voz. En poco tiempo ingresó al coro de la iglesia. A sus doce años pensó en abrazar

la carrera sacerdotal. Luego fue desilusionándose, cambiando de parecer, pero seguía asistiendo con puntualidad tanto a los oficios religiosos como a los ensayos del coro. Su gusto por el canto gregoriano llamaba la atención en un púber. Aprendió algo de latín para cantar las medievales antífonas, que tanto le agradaban. Para sus padres, era un orgullo tener un hijo tan ejemplar: no fumaba, no bebía, no usaba drogas, estaba siempre entre los mejores promedios de su clase.

Mercedes, por su parte, una recatada señorita de singular hermosura –igual que su madre, quien no perdía el encanto con los años sino que, por el contrario, se acrecentaba– durante todos sus cursos en la primaria y en secundaria no había dejado de ser abanderada con honores. Cuando comenzó a utilizar maquillaje y sus primeros tacones, los varones le llegaron por docenas. Ella, muy elegantemente, sonreía con cordialidad y miraba a todos esos cazadores al acecho con cierto desdén poniendo distancia.

No había manchas en la familia Nariño. Nada, ningún nubarrón que ensombreciera tanta dicha. Todo parecía una película con final feliz, de esas acarameladas comedias a que nos tiene acostumbrado cierto cine comercial. Y si lo había –en realidad, por supuesto que los había– nadie, en absoluto, iba a enterarse. Pobreza espiritual, angustias, malestares y pesares varios quedaban encerrados con cerrojos, sepultados, silenciados por siempre. Ni siquiera entre los cuatro miembros de la familia se sabían las miserias. Esas se lloraban en silencio en el baño a puerta cerrada. Todos, padres e hijos, habían aprendido a la perfección el difícil oficio de la mentira, de la más endulcorada apariencia. Tan bien sabían hacerlo que nunca jamás nadie podía encontrar fingidas esas caras radiantes, siempre relucientes, gozosas y satisfechas.

*“Lo mejor es no meterse en problemas, alejarlos, evitar los líos”*, enseñaban padre y madre, muy ceremoniosos, a sus vástagos. La enseñanza fue tomada muy en serio por Mercedes y Sebastián. Cuando la muchacha, de jovencita, tuvo la desgracia de presenciar la violación de una prima suya en una fiesta de jóvenes a manos de un desagradable personaje, drogado con éxtasis, al ser llamada como testigo para el juicio que se le inició al agresor tiempo después, la recomendación de sus progenitores dio resultado: la muchacha dijo no haber visto nada, no saber nada. No meterse en problemas hacía parte fundamental de la tan anhelada perfección.

El día que Mercedes dio el primer beso tuvo una mezcla rara de sensaciones: algo de repugnancia, de temor, pero también de inocultable placer. El hecho de haberlo hecho a escondidas, en el confesionario de la catedral, le confirió un sabor especial a la situación. Justamente, el sabor de la travesura, de lo prohibido. Como el beso vino acompañado de tocamientos en sus zonas pudendas por parte del muchacho en cuestión con su consiguiente primer orgasmo –nunca se había masturbado hasta ese entonces, con sus quince años ya cumplidos– el descubrimiento fue una espectacular novedad. A partir de ahí, su afición al sexo fue aumentando día a día.

El primer cigarro de marihuana que probó Sebastián le supo mal. Casi vomita. De todos modos, el valor de transgresión que tuvo el hecho lo movió como nunca antes le había sucedido. Tanto, que él mismo tomó la iniciativa de buscar un segundo. No le fue difícil conseguirlo, y

un cigarro fue llevando a otro, y a otro, y su apego por los psicotrópicos fue exponencialmente en aumento.

Casi al mismo tiempo, Miguel y Cristina comenzaron a dar clases en la universidad. Los dos en la Nacional de Colombia, la más grande y prestigiosa del país. El uno, en la Facultad de Arquitectura; la otra, en la de Filosofía y Letras. Para ambos esa constituía una experiencia novedosa. Sin dudas, comenzaron a hacerlo con temor. Como todo tenía que ser perfecto, se prepararon con infinito esmero. Cada detalle estaba cuidado al milímetro: una pareja perfecta, gente perfecta, seres humanos perfectos –tal como los dos se sentían– no podían dejar nada librado a la improvisación, al malhadado azar. Cada uno en silencio memorizaba el guión de lo que iba a decir en la clase; incluso hasta algún chiste con que matizar la exposición estaba ensayado como correspondía. Chistes, claro está, políticamente correctos, con palabras nunca soeces, más bien juegos de palabras que podían provocar una sonrisa y los mostraban como rectos y categóricos en su materia, pero también con cierta cuota de plasticidad. Esas licencias podían quedar muy bien, pensaban los dos noveles catedráticos.

Para ambos, la realidad con que se encontraron en la universidad les caló hondo. Ese ámbito era algo desconocido, ignorado por completo: tratar con jóvenes que no eran tan perfectos como sus hijos, encontrar que había cuestionamientos, cosas impensadas, novedades que sacaban de la consabida e infalible corrección con que se movían siempre, les abrió puertas inconcebibles. En las caras no solo se veían sonrisas radiantes; también había preocupación, tristeza, aburrimiento, dolor. En otros términos: las mismas miserias de la que ellos eran esmerados especialistas en ocultar.

A Cristina, sin querer aceptarlo, le llamó la atención tanta juventud masculina viril, que le discutía muchos temas de igual a igual. Como buena católica, buena esposa fiel y excelente madre de familia, desechó de inmediato cualquier pecaminosa tentación que pudiera habersele cruzado. De todos modos, no pudo quitarse de su pensamiento a un joven que la había cautivado con su oratoria. Era un estudiante de Letras de largo cabello, arete en su oreja izquierda y algunos tatuajes que asomaban bajo su camisa. Con una culpa monstruosa que la invadió luego, sin saber explicarlo claramente, se masturbó pensando en ese joven como no lo hacía desde su adolescencia. Por supuesto, tamaño desliz ni siquiera a su cura confesor se atrevió a contar.

Miguel se encontró con un universo desconocido. Tanta juventud que no era perfecta, como sí lo eran sus hijos, su esposa, él..., tanta gente llena de problemas –olían mal, no estaban todo el tiempo sonrientes, decían malas palabras– no lo podía entender. Pero, al mismo tiempo, todo eso tenía algo de fascinante. “¿Así es el mundo?”, se preguntaba con candidez. Rápidamente trabó amistad con otros docentes, arquitectos todos. No había mujeres en ese grupo de profesores. Le pareció raro, pero no le puso especial atención al asunto.

Después de los primeros días de clase, la relación con esos arquitectos fue estrechándose. A Miguel le parecían todos gente maravillosa, buenos profesionales, muy serios en lo que hacían. Ninguno tenía aspecto afeminado, pero sin mayores preámbulos fueron diciéndole que

eran homosexuales. Para él eso fue un choque. Siempre se había tenido por muy “hombrecito”. Sabía, siguiendo las enseñanzas religiosas, que la homosexualidad no es un simple pecado venial, sino que es ¡mortal! No quería que su alma ardiera eternamente en el infierno cuando muriera por cometer un acto tan bochornoso como la homosexualidad. Sería un deshonor para su familia. Sin embargo, aunque no lo dijera jamás en voz alta, ni siquiera a su esposa, el placer que otorga el tacto de la mucosa anal era de los más notorios. Procurarse ese placer solía hacerlo en solitario, fantaseando contactos “pecaminosos” que jamás se atrevería a llevar a cabo en la realidad. Después de numerosas invitaciones rechazadas, por fin, rogando total discreción, aceptó visitar una discoteca gay con alguno de sus colegas homosexuales. Quería conocer ese mundo desde dentro, porque siempre le había parecido intrigante. “¿Por qué a un hombre le podría gustar otro hombre?” Más aún: contrariando las enseñanzas religiosas se preguntaba –en riguroso secreto, claro está– “¿por qué eso es pecado, si los griegos lo hacían?”

Cada fiesta de cumpleaños, o para las celebraciones navideñas, o en cualquier otro evento social donde aparecían junto los cuatro, encontraba a la familia Nariño en su más grande esplendor, con su particular encanto y gracia de triunfadores. Nunca faltaban las sonrisas de oreja a oreja, el glamour y los perfumes tapando posibles malos olores. Nada de todas estas transformaciones que comenzaban a darse ahora aparecía en sus comentarios domésticos. Si bien los cuatro compartían la mesa con regularidad a la hora de la cena –desayuno y almuerzo no siempre, por razones de sus actividades– jamás salió a relucir algo de todo esto que estaba sucediendo: relaciones pecaminosas, sexo desbocado, infidelidades, drogas, mentiras. La perfección se mantiene con la boca bien cerrada.

Mercedes fue quien primero encendió las señales de alarma en la familia. Los fines de semana, en un tiempo pasados muy tranquilamente en el seno hogareño, o con grupos juveniles de la iglesia y misa, ahora mostraban un desfile de muchachos que venían por ella. Viernes, sábados y domingos pasaron a ser días casi obligados de salidas. Su actividad sexual, de la que nada sabían sus padres obviamente, iba siempre en ascenso. Seguía siendo una muy buena alumna –había empezado a estudiar la carrera de Psicología con sus 17 años–, lo cual no impedía que tuviera profusión de parejas. Las había de todo tipo; también mujeres.

Contrario a su madre, Mercedes era multiorgásmica, y cada cosa que se permitía hacer en la cama –o donde fuere– la disfrutaba con la mayor intensidad. Habiendo iniciado sus experiencias en un confesionario, ahora su lista de travesuras no tenía límites: en ascensores, arriba del transporte público escondida entre los pasajeros, tríos, juguetes sexuales al por mayor, disfrazada provocativamente, con látigos, ayudada con alcohol o estimulantes. Todo era excitante, todo la ponía en clímax. Sabiendo de su forma tan pasional de darse al sexo, había recibido una propuesta para ser actriz porno. Estuvo tentada de aceptarla, pero “una buena muchacha de familia” no puede hacer eso. Por tanto, la desechó. Así lo hizo porque eso, básicamente, la sacaba del cierto anonimato en que se encontraba. Aparecer en películas la transformaba en popular, en una imagen pública. Eso era inadmisibles. “Sexo, todo lo que se quiera..., pero que nadie se entere”, se decía. Solía usar un antifaz en sus correrías, lo cual le daba un toque erótico-picaresco a la cuestión... e impedía que la reconocieran.

Sebastián fue haciendo un progresivo abandono del coro, pero no de la música. El rock pasó a ser su inspiración, su pasión. Los primeros tatuajes los hizo con mucho temor a ser descubierto por sus padres. Se los realizó en zonas del cuerpo que quedaban siempre ocultas: una nalga, el arco del pie, una axila. Sorprendía bastante el lugar elegido, pero los tatuadores no preguntaban razones; solo tatuaban. En secreto se integró a una banda rockera: *Crazy worms*, “*Lombrices locas*” en español. Allí era tecladista y, muy rápido, pasó a ser el vocalista principal. Su registro de barítono brillante, convenientemente educado por su formación eclesial, le permitía juegos vocales que ningún otro integrante de la banda lograba.

Las primeras actuaciones fueron clandestinas, en locales informales de Bogotá. Las conseguía el jefe del grupo, el guitarrista, un muchacho activo, siempre eléctrico, con larga cabellera hasta su cintura, todo tatuado y con algún arete. Así como conseguía esos toques, conseguía también la droga, de la que era gran consumidor. Para salir de su casa por las noches Sebastián, siendo aún un jovencito totalmente apegado a las “buenas costumbres” familiares, fue inventando las más desopilantes –pero de algún modo creíbles– justificaciones. Actuaba con una enorme gorra y una bufanda que le cubrían buena parte del rostro; no quería ser identificado por nada del mundo. El uso de psicoactivos fue en aumento. Las dosis de cocaína pasaron a ser casi diarias, con efectos perfectamente disimulados ante sus padres: gotas oftálmicas, toneladas de pastillas de menta, encierros a cal y canto en su habitación con la excusa de estar preparándose para sus exámenes.

Cristina era una buena catedrática; clara, concisa en sus explicaciones, siempre correcta en sus acciones. Era “perfecta”, según gustaba decirse ella a sí misma. Había superado la violación y la crónica pobreza pueblerina, y ahora tenía dos empleadas domésticas en la casa, y muchísimas amigas en las redes sociales. Tenía, además, un Mercedes Benz del año, un marido adorable –que seguramente hasta se creía sus fingidas expresiones de goce sexual– y dos hijos espectaculares, sanos y triunfadores. Eran todos, los cuatro, excelentes católicos, buenos samaritanos que colaboraban con la Fundación Cottolengo para atención de ancianos, jamás blasfemaban y representaban el modelo de éxito que “*una buena familia debía tener*”, según razonaba esta exuberante cuarentona. Pero el diablillo de la tentación se le había instalado.

Su exuberancia, su desenvoltura, su aplomo –“*en realidad, el crucifijo que cargaba sobre las tetas, que se las resaltaba con lujuria*”, había dicho su admirador– hicieron que este joven estudiante veinteañero, desembozado y provocador, le clavara los ojos de un modo asaz concupiscente. Cristina lo notó desde el primer día; y desde ese momento, sin poder explicarlo conscientemente, comenzó a utilizar escotes más provocativos. Luego de un par de semanas, por vez primera en su vida se atrevió a llegar a clase sin sostén en sus pechos. Su marido la vio así esa noche, pero prefirió no decir nada. Las miradas lascivas de su estudiante la erotizaban en forma creciente. En un mar de confusiones y autoreproches, con una fuerza erótica que la abrazaba pese a su consciente voluntad de decir no, buscó la manera de quedar a solas con el joven, en su oficina privada, bajo alguna excusa creíble.



Miguel, empujado por algunos tragos, se decidió a bailar en la discoteca a la que lo habían llevado. Lo vio como algo alegre, liberador en cierto sentido. Allí nadie lo conocía, y un poco de baile no hacía mal. Siempre se había sentido muy “machito”, por lo que no se veía tentado por ninguno de los hombres gays que allí estaban. Seguramente los vapores etílicos, más palabras erotizantes que fue recibiendo, lo encendieron. Sus horas y horas de gimnasio le habían labrado un escultural cuerpo que, para un cuarentón, lo convertían en un verdadero objeto de deseo femenino..., y, ¿por qué no?, también homosexual.

El joven que se le acercó, muy provocativo, tenía un arete en la oreja derecha, cabello largo y floridos tatuajes que le brotaban de debajo de la camisa. Era un muchacho veinteañero, con los ojos rojos, muy inyectados, sin dudas producto de alguna sustancia psicotrópica. Hablaba muy desembozadamente, usando improperios. Nuestro arquitecto se sintió muy a gusto profiriendo algunos, cosa que iba totalmente en contra de su costumbre. De todos modos, eso no le molestó. Por el contrario, se sintió muy a gusto. “*Nadie se va a enterar aquí*”, pensó. Bailaron un buen rato, siempre alejados, sin tocarse. Miguel la pasó muy bien. Cuando ya decidieron irse —el joven le propuso que fueran a su apartamento, lo que Miguel rechazó con delicadeza— hicieron intercambio de tarjetas de presentación. A Miguel le llamó la atención que un jovencito así, con aspecto bastante informal, tuviera esas tarjetas. Eso era “*cosa de más viejos*”, pensó. No obstante, ahí estaba la tarjeta en sus manos. “*Alejandro*”; simplemente ese nombre, en letras negras, sobre un fondo crema, y su número telefónico. Le dijo que era músico y que estudiaba Letras, porque quería ser poeta para componer sus canciones. Con gesto seductor le dijo que le gustaría se siguieran viendo.

Los cuatro integrantes de la familia comenzaron a notar cosas llamativas en los otros. De todos modos, como no es “*de buen gusto andar metiéndose en las vidas de otros*”, según rezaban sus credos muy peculiares, nadie dijo nada, nadie vio nada, nadie perdió la compostura. Preguntar podía significar recibir respuestas que no se querían escuchar. Por tanto, era mejor guardar silencio, mirar para otro lado. “*Lo que no se ve, no existe*”, enseñaban los códigos familiares. Sin embargo, para todos era evidente que algo estaba sucediendo. La familia perfecta quizá no era tan perfecta.

Cristina se sintió tremendamente despechada cuando esperó en vano a su estudiante en su cubículo; se habían citado un día después de clase, pero el joven no llegó. Podría pasar por una simple irresponsabilidad de un joven atolondrado. Ahí podría quedar la cosa. Mas no fue así. La profesora lloró en silencio, arreglándose inmediatamente el maquillaje para que nadie notara su descompostura. Luego del desaire sintió una mezcla confusa de sentimientos que le arrebatában la tranquilidad. “*¿Cómo me voy a preocupar por este tontillo, un jovencito que ni salió del cascarón todavía?*”, intentó razonar para sobrellevar el agravio. Casi una hora después de lo pactado, visiblemente agitado y con la ropa desalineada, llegó el muchacho, cuando Cristina ya estaba alzando sus pertenencias para retirarse. Saberlo ahí le significó una bocanada de felicidad.

No se lo pudo explicar de ningún modo, pero fue verlo y el alma pareció volverle al cuerpo. La sonrisa tornó a dibujársele en la cara, y en un raptó de locura pasional, que al mismo mu-

chacho dejó estupefacto, lo besó en la boca. Sin salir de su asombro, el joven intentó balbucear alguna palabra, pero no pudo. “*No me hagas caso; ya me voy*”, pudo decir Cristina, tan confundida como él. “*Por favor: ¡esto no pasó nunca!*”, agregó en un tono casi amenazante. Antes de despedirse y tomar rumbos distintos, el joven le entregó una tarjeta de presentación: “*Alejandro*”, escrito en letras negras sobre un fondo color crema, con su número telefónico.

Era evidente que algo sucedía en el seno de esa “familia perfecta”; se respiraba una tensión que antes no existía, había desconfianzas, miradas de reprobación, un malestar sórdido que quería salir por alguna abertura, pero que no encontraba por dónde. Sin que nadie lo propusiera en forma explícita, las llegadas a la iglesia para la misa dominical fueron haciéndose más espaciadas.

La fe católica no la abandonaron, aunque tampoco puede decirse que se fortaleciera en un momento como el que estaban viviendo. En todo caso, se tornó algo más laxa. O muy laxa, para ser exactos. Los cuatro advertían que seguían siendo católicos, pero que eso no les ayudaba en su proceso personal. La religión, con toda su pesada carga moral, más que ayudarles se les hacía una tortura. A su modo, los cuatro se sentían agobiados por ese peso. Vivían algo así como una suerte de demolición de los principios que cada quien, a su modo muy particular, vivenciaba. La creencia, la fe incommovible de otros tiempos, no alcanzaba ahora. Casi que se les iba transformando en un estorbo.

“*Creo que algo nos está pasando, ¿verdad?*”, se animó a decir alguna vez Miguel. “*¿No les parece que sería bueno hablar con el padre Alfonso un día de estos, nuestro asesor espiritual?*” El silencio se hizo interminable, tenso, agobiante.

“*¿Para qué?*”, preguntó Mercedes.

“*Pues..., es que, creo, nos están pasando cosas, ¿cómo decir?, cosas extrañas últimamente*”.

“*Quizá nos estamos alejando demasiado de dios*”, agregó Cristina con aire de sermón.

Miguel reaccionó airado. “*¿Tú te estarás alejando, con esos indecentes escotes que estás usando ahora!*”.

“*Me parece injusto decir eso. ¿Y tú que ahora llegas tarde a la casa dos o tres veces por semana? ¿Qué dices de eso: no es estar cada vez más cerca del demonio?*”, dijo Cristina alzando la voz, cosa muy inusual en ella.

El encuentro se comenzó a volver muy denso, agresivo. Como cosa también inusual en todos los miembros –en las “familias perfectas” esas cosas no suceden–, no faltaron los insultos. Una palabra fue llevando a la otra, y la temperatura no dejó de aumentar. “*Putá, infiel, mentiroso, drogadicto, coño ’e su madre, borracha, arrastrada, come mierda, farsante*” y preciosuras por el estilo poblaron esa sobremesa. El calor de la discusión fue en continuo aumento, y algún plato destrozado contra el suelo con mucha vehemencia puso su toque de violencia.

Bueno..., de violencia física, porque la verbal había trepado sin miramientos. Pese a todo, Miguel respiró tranquilo, porque nadie habló de homosexualidad. Él sabía, siempre en riguroso secreto, que no había pasado de erotizarse con un hombre, pero hasta ahí. “*No hice nada malo*”, pensó. No se sentía involucrado directamente en las acusaciones.

Fue Sebastián quien, levantándose de la mesa y llorando, a los gritos pidió terminar el pleito. Todos asintieron y callaron.

Por lo dicho, por lo expresado en forma recriminatoria, parecía que todos sabían bastante bien de las andanzas de cada uno de los otros. Si todo eso no se había dicho, sin dudas era para salvaguardar la presunta perfección. “*Los trapos sucios se lavan en casa*”, sentenció Cristina. “*Nadie, absolutamente nadie fuera de nosotros tiene que saber estas cosas*”, fue la conclusión con la que toda la familia pareció estar de acuerdo, y con la que se dio por terminada la disputa.

Apenas una semana después de ese áspero encuentro Mercedes, sollozando, pidió hablar con ambos padres. Comunicó que estaba embarazada. El hermano también permaneció en la reunión, por lo que supo de la noticia de primera mano.

“*¡Por dios santo! ¡¡Qué vergüenza!! Los Nariño no hacemos esas cosas... ¿Y quién es el padre?*”, preguntó molesta la madre.

En medio de un lloriqueo continuo, la muchacha pudo decir: “*Un joven que, si lo conocen, no les va a caer bien. Tiene pelo largo hasta la cintura, tatuajes, y un arete en su oreja*”.

“*¿Cómo se llama?*”

“*Alejandro*”, respondió lacónica Mercedes.

“*Como un amigo que conocí por ahí y que hace rock pesado con una banda que dirige*”, dijo Sebastián. “*Aunque no quiero acercarme mucho a él, porque es drogadicto*”.

Ambos progenitores se miraron en forma instantánea, sin saber por qué lo hacían. Pareció importarles más eso, el nombre del susodicho, que el estado de gravidez de su hija.

“*¿Qué hace ese pelao?*”, preguntó severo Miguel. “*¿Estudia, trabaja?*”

“*Pues sí...*”, contestó la muchacha. “*No es mala gente. Estudia Letras en la Nacional, y hace música. Tiene una banda de rock. Él toca la guitarra. Con eso gana sus centavitos. Vive solo en su apartamento*”.

Padre, madre y hermano quedaron un tanto, o muy, sorprendidos. ¿Estarían hablando todos de la misma persona? Ahora, lo que urgía era resolver lo del embarazo de la muchacha. Eso, de-

finitivamente, alejaba en un todo de la felicidad de una familia perfecta. Por el contrario, era una mácula imperdonable.

“Entonces, ¿qué piensas hacer?”, inquirió severa doña Cristina, con su mejor rostro adusto. Mientras lo preguntaba, se le cruzó el recuerdo de su joven estudiante y de las fantasías que había ido tejiendo al respecto. Fantasías, por supuesto, que desechaba al instante. De consumir algo, hubiera sido la primera vez que tenía una relación extraconyugal. Aunque, pensando en detalle, ya algo se había consumado, porque ese beso no había sido nada inocente, nada maternal. Haciendo el amor con su esposo la noche anterior –todavía tenían una relativamente intensa vida sexual– había evocado a ese tal Alejandro en su pensamiento.

Mercedes estaba desorientada. No quería tener un hijo a los 19 años, con una carrera universitaria a la mitad, sin ingreso, con un padre del niño que apenas conocía. Este Alejandro le gustaba mucho. A decir verdad, había sido la pareja con quien mejor se había sentido en su ya larga lista de compañeros y compañeras sexuales. ¿Por qué ahora, si se cuidaba tanto, había salido embarazada? No lo podía explicar. “¿Será que lo habré buscado en forma inconsciente?”, se decía. Como fuera, ahí estaba la panza. No quería ser mamá a esa edad, pero al mismo tiempo, todavía le pesaba su formación católica. “El aborto es un crimen”, recordaba cómo martillaban con eso en los grupos juveniles.

Sus padres también pensaban eso, pero las circunstancias que ahora se precipitaban podían hacer revisar los principios. “Estos son mis principios, ¡y si no le gustan!... aquí tengo otros”, recordaban a Groucho Marx. Tener una hija embarazada en estas condiciones, con un “cualquiera”, era inadmisible. Eso no era algo que enalteciera a los Nariño. ¡No podía ser! Había que buscar salidas decorosas.

Como era una familia realmente muy unida, entre todos –también incluyeron en esto a Sebastián– comenzaron a buscarle soluciones a este inesperado embarazo no deseado. Fajarse la barriga durante los primeros meses, y ya sobre el final, cuando no se pueda ocultar el vientre, irse a tener el parto en otro sitio, otra ciudad u otro país. Nacida la criatura, se podía dejar en un orfanato, o darla en adopción ilegal a alguna familia extranjera (“Pagan muy bien los bebés. ¡Varios miles de dólares!”). Por supuesto, nadie debería enterarse de eso.

De este modo razonaban los Nariño, buscando soluciones prácticas, no cayendo en señalamientos moralistas. “Si abortas, tendría que ser muy lejos de Bogotá. ¿Te imaginas si se llegaran a enterar!”, agregaba Cristina con cara de circunstancia. “Yo sé que hay abortivos naturales: clavo de olor, anís, no sé..., hay hierbas que sirven para eso”, añadía Sebastián, en apariencia más preocupado por la situación que su misma hermana. “Se podría fingir una caída y así, del golpe, ¡puf!, como por arte de magia se termina el problema”, dijo Miguel con una forzada sonrisa. “Es pecado abortar, pero más pecado aun es condenarme a terminar mi vida de joven, de estudiante que le falta mucho por recorrer todavía, terminarla de esta manera inesperada, horrible”, decía compungida Mercedes.

Nadie, ni la muchacha ni los otros miembros de la familia, pensaron nunca en el matrimonio. Casarse a las apuradas, embarazada, sin un previo noviazgo “*como debía ser, correctamente*”, no entraba en sus consideraciones. “*Cuando te cases, tendrá que ser después que estés graduada, con la persona adecuada, no con un cualquiera*”. Mercedes estaba tentada de agregar: “*Pero Alejandro no es un cualquiera*”, aunque no se atrevió a hacerlo. La idea de no seguir adelante con el embarazo fue imponiéndose.

No habían terminado de decidir cómo sería esa interrupción cuando, unos pocos días después, recibieron la llamada telefónica en la línea fija de la casa. Atendió Miguel. Una voz juvenil les avisaba que Sebastián acababa de ser internado por una sobredosis de cocaína.

“*Pero, ¿quién habla?*”, vociferó el padre. Del otro lado de la línea, con aplomo alguien dijo: “*Un amigo de Sebastián: Alejandro. Los dos tocamos en la misma banda. Yo le avisé al parce que estaba consumiendo mucho. Pero no me hizo caso*”. Dio el nombre del centro asistencial donde se encontraba, y cortó la llamada.

Las alarmas volvieron a dispararse en la familia. “*¿Cómo es posible?!*”, gritó Cristina, muy alarmada. “*¿Qué estamos haciendo mal para tener tanta desgracia? ¿Por qué este castigo?*”

Mercedes, que casualmente estaba en la casa en ese momento, pensó –sin atreverse a decirlo–: “*¿Será que nos lo merecemos por tanta inmundicia?*” De inmediato, sabiendo a medias del consumo de su hermano, pues le había encontrado una bolsita de marihuana vez pasada hurgando en su mochila, puso la mejor cara de circunstancia y agregó: “*Pobrecito Sebastián. ¡Hay que ayudarlo!*”

Miguel, agobiado por todo lo que estaba sucediendo, buscando algún camino que le diera algo de paz, luego de dudarlo bastante, se decidió a llamar a este joven que lo había cortejado: Alejandro. No sabía bien por qué, qué era lo que buscaba, pero finalmente concertaron una cita.

Se vieron en un elegante restaurante, habitualmente visitado por la comunidad gay. Almorzaron, y al calor de los tragos, el erotismo fue subiendo. Terminaron en el apartamento del joven, y un toque de éxtasis –para Miguel era la primera vez que usaba algo así– permitió que llegaran a lo genital. No fue como el arquitecto lo había imaginado, pero no estuvo mal. Para el muchacho no dejó de ser interesante.

Luego de mantener relaciones, ya relajados, ambos se permitieron ventilar sus cuitas. Ambos lloraron. Alejandro contó que era bisexual, por eso usaba el arete en cada oreja, según lo impusieran las circunstancias –ese día lo llevaba en la derecha–, agregando que estaba muy apesadumbrado porque había dejado embarazada a una muchacha. Confesó que no estaba enamorado de ella; eso jamás, porque veía muy tonta a esa joven, muy superficial, pero que ella sí estaba profundamente prendada de él. Para Alejandro eso constituía un drama moral: no quería dañarla, pues en el fondo la estimaba un poco. Aunque la veía una estúpida, dado que había sido ella la que buscó tener sexo sin protección. “*Creo que tiene muchos rollos en su casa, por eso, me parece, buscó embarazarse, para salir de ese infierno*”. Miguel escuchaba atóni-

to. No se atrevía a relacionar una cosa con la otra. “*De ningún modo puede estar hablando de Mercedes*”, se repetía para sí. “*No, no. Eso es imposible. Mi hijita no está en ningún infierno*”.

Animado por la situación, por los tragos, por el estimulante ingerido, Miguel se permitió relatar lo de su hijo Sebastián. “*Eso me tiene abatido*”, expresó con hondo pesar.

Alejandro, al ir conociendo los detalles —un jovencito de buena familia que tocaba en la banda rockera a escondidas, hijo de un arquitecto y una profesora de literatura, viviendo en Los Rosales— cayó en la cuenta que estaban hablando de su vocalista. Prefirió no decir nada. Solo mostró pesar. “*Sí, te entiendo. ¡Qué feo!, ¿verdad?*”

De la internación Sebastián salió recuperado, pero con la recomendación médica de seguir obligadamente un tratamiento psicológico en forma ambulatoria. “*Por lo que nos ha contado, está muy mal en su relación familiar*”, dijo pausadamente el psiquiatra tratante a la pareja de padres. “*Los estupefacientes son una salida desesperada. Mejor que hable con un profesional. El muchacho está muy mal*”.

Ya de vuelta en la casa, progenitores y joven, también con la presencia de la hermana, hablaron a calzón quitado. Sebastián confesó que hacía tiempo pertenecía a los *Crazy worms*, pero que no se atrevía a contarlo, porque eso sería un problema.

“*Bueno, si te gusta el rock, ¡adelante! Pero te recomiendo actuar con mucha discreción, quizá con máscara. Sería una vergüenza que te reconocieran por allí. ¿Te imaginas? De un angelical coro eclesiástico a una banda satánica*”, dijo Miguel.

“*Pero... ¡no es una banda satánica!*”, se apuró a aclarar Sebastián. Del consumo de drogas no se habló mucho. Solo la recomendación de no volver a hacerlo y “*por favor, por el amor de dios nuestro señor todopoderoso*”, que esto no trascendiera. “*Te aguantas, Sebas. ¡Te aguantas!*”, dijeron ambos padres. “*En una familia perfecta estas cosas no pueden pasar*”.

“*Además, sería bueno que te vayas alejando de ese tal Alejandro, o como se llame el músico este*”, dijo enérgico el padre.

Decidieron que el aborto Mercedes lo haría en Venezuela. Ahí tenían gente conocida “*de muy alto nivel, gente honorable*”, y nadie se enteraría en Bogotá. “*Sería una vergüenza. ¿Te imaginas qué espanto, hija?*”, fue la reflexión de la respetable familia Nariño.

Iría ella sola, en avión. Allá la esperarían amigos. Si viajaban hija y padres, eso podía llamar la atención. Ante todo, las cosas había que hacerlas con mucha precaución. “*Nunca se sabe, pero de pronto en el aeropuerto nos ven y comienzan las preguntas. Sería muy incómodo, ¿verdad?*”, reflexionaba Cristina.

Antes de partir, madre e hija hablaron lo más honestamente que podían. Quizá nunca habían dialogado con franqueza, como dos mujeres que se pueden contar sus problemas. Todo era cosmético, cosa fingida. Siempre la sonrisa plástica, la máscara. “¿Y quién es ese tal Alejandro, hija, el pelao que te dejó este regalito?”

La respuesta de Mercedes galvanizó a doña Cristina. “Es un buen tipo, de verdad, mamá. Es músico, y también estudia Letras en la Nacional. De pronto hasta lo conoces. Usa un arete en su oreja izquierda y tiene muchos tatuajes”.

“¿Y también pelo largo, agarrado en una colita?”

“Sí, exacto. ¿Lo conoces?”

“No, no. Es que... todos estos jóvenes se visten igual hoy día”. No pudo evitar cambiar de color. Su hija lo notó. “¿Te pasa algo, madre?”

“Tranquila, hija. Estoy bien. No pasa nada. Lo que sí, me gustaría hablar por teléfono con este muchachito. ¿Tienes su número?”

“¿Hablar con él?! ¿Para qué? Mejor olvidarlo, ¿no?”

“Me parece que sería bueno ponerlo en cintura, Mercedes. Y eso lo puede hacer solo una madre”, agregó con convencimiento, con aire ceremonioso. De ese modo, Cristina consiguió que su hija le pasara el dato. Cuando vio el número, casi cae de espaldas.

La noche anterior al planificado viaje de Mercedes, el padre les pidió tener una reunión familiar de urgencia. Se reunieron los cuatro. Para mayor tranquilidad, les dieron el día libre a las dos empleadas domésticas, asegurándose así que estarían solo ellos, los miembros de la ilustre y ejemplar familia Nariño. Con aire solemne, serio, con la cara tensa, Miguel dijo con voz enérgica:

“Ahora no importan los detalles, pero todos sabemos quién es Alejandro. Suficiente con eso. Por diferentes motivos, los cuatro Nariño nos vimos afectados por este perro hijo de la gran puta. Conclusión: hay que sacárnoslo de encima”.

Se hizo un silencio sepulcral. Ninguno de los cuatro se atrevía a mirar a los ojos a los otros. Después de unos segundos que parecían siglos, Sebastián preguntó:

“¿Y cómo lo hacemos?”

Nuevo silencio tenso. Finalmente, Mercedes agregó: “Conozco gente que se encarga de esas cosas”.

*“El fin justifica los medios. No se hable más del asunto”, expresó circunspecta Cristina. “Cuando regreses de Venezuela, nos ocupamos”.*

Un mes después, el cadáver de Alejandro Restrepo, 22 años, oriundo de Bogotá, aparecía desmembrado en un paraje rural cercano a la ciudad capital. Los Nariño, por supuesto, continuaron siendo una familia perfecta.

Bueno..., más o menos perfecta, porque los problemas no faltan. En realidad, terminaron con Alejandro, pero no con su legado.

El día del encuentro de Cristina con el muchacho en su cubículo, no solo hubo un beso. Hubo sexo oral sin protección de la profesora al estudiante. Eso, la glamorosa mujer no quería ni pensarlo. Simplemente, lo borró. Jamás lo reveló a nadie. Por otro lado, cosa de la que Sebastián nunca habló, ni siquiera con el personal que lo atendió durante su internación, en varias oportunidades usó heroína. Lo peor es que, para inyectársela, compartió la misma jeringa con Alejandro.

Algún tiempo después de la aparición del cadáver del joven, a Sebastián le llegó el comentario de que el líder de la banda –ya disuelta para ese entonces– había sido seropositivo. Fue solo un comentario de pasada, no una aseveración, pero suficiente para dispararle una angustiante preocupación.

Meses después lo comentó con su familia. Era imposible saber si la noticia resultaba cierta. Aunque se inhumaran sus restos –cosa absolutamente descartada, por otra parte– luego de unas horas no quedan rastros del virus. La única forma de saber si alguno de ellos era portador, consistía en realizarse una prueba de VIH. Como eso, dados sus prejuicios, podría disparar sospechas, prefirieron seguir la vida como si nada hubiera pasado. Pero en secreto –como siempre–, más allá de sus eternas sonrisas plastificadas, la angustia los carcome día a día. De todos modos, para las fotos que siguen subiendo con profusión a las redes sociales, continúan siendo una familia perfecta.



## ¿Quién tiene una batuta?

Con sus 24 años para muchos era ya el mejor director de orquesta sinfónica de la historia, superior a Toscanini, a von Karajan, a Mehta o a Bernstein, los grandes del siglo XX.

Oriundo de Brasil, se había educado en Europa. Tenía muchas manías (obsesivo compulsivo, lo habían diagnosticado): se lavaba más de 50 veces por día las manos, usaba 4 toallas para bañarse, medía siempre su batuta antes de empezar a dirigir -temía que no tuviera la longitud adecuada-. Era un perfeccionista insoportable, un maniático chiflado para lo que no fuera música.

Nunca había dirigido el Oratorio El Mesías, de Händel. Ahora lo iba a presentar en Nueva York, con la Filarmónica de Londres y el Coro Monteverdi, dos de las mejores agrupaciones del planeta. Contrariando a los productores, había exigido ensayar un año exacto antes del estreno, a razón de 25 horas por semana. Nadie pudo convencerlo que era demasiado. “*La presentación tenía que ser absoluta y radicalmente perfecta*” decía. Nadie podía contradecirlo.

El último ensayo, el 15 de diciembre, había sido impresionante, espectacular. Al día siguiente se embarcaron para la Gran Manzana, donde se presentarían. Seguramente jamás se había logrado un amalgamiento tan perfecto entre instrumentistas y cantores. Algunos críticos que habían escuchado el postrer ensayo dijeron que “*no se podía creer la perfección obtenida, la rigurosidad técnica y la pasión expresiva*”.

El día anterior a la presentación, X. creyó morir de un paro cardíaco en el hotel donde se alojaba. Cuando despertó, comprobó que nada había cambiado y recordó el cuento de Tito Monterroso sobre el dinosaurio. Sobre unos sucios cartones en la zona roja de San Pablo, su ciudad natal, había dormido bastante plácidamente. Los efectos de la inhalación de thinner lo mareaban profundamente, y así se olvidaba del mundo. Su brillante carrera musical se había cortado a los 22 años, cuando estaba comenzando con notorio éxito. El alcohol, sin dudas, puede ocasionar desastres. Lo único que quedaba de aquella época, siempre guardada entre sus ropas, era su batuta.

## Un muerto especial

Raúl era de los que siempre se equivocaba, de los que nunca pegan una. Cada cosa que hacía, al menos así lo sentía él, era un desastre. Muy en secreto sabía que así era su mundo, pero por todos los medios intentaba no mostrar esa imagen. Por el contrario, pretendía evidenciarse como triunfador.

Situación algo tragicómica: ante cada fracaso, ante cada metida de pata –muy numerosas, por cierto– era proverbial su tonta sonrisa y alguna explicación justificatoria, absurda en la mayoría de los casos. Le habían recomendado varias veces ir al psicólogo, pero se rehusaba terminantemente.

A los 13 años, motivado por algún amigo, había comenzado a estudiar guitarra. Lo hizo con un discípulo de Abel Carlevaro en su Montevideo natal. No era mal alumno; a decir de su maestro, pintaba para posible concertista. En cuatro años de estudio intenso ya había adquirido un muy buen nivel. Pero como todo le salía mal, jugando al fútbol se quebró un dedo de la mano izquierda, y su carrera como concertista de guitarra se vio truncada.

En realidad, no había todavía ninguna carrera; en todo caso, ese era su anhelo, más motivado por lo que decía su profesor que por una realidad palpable.

Este accidente a sus 17 años le ratificó lo que ya, desde su niñez, venía manifestándose balbuceante: no había cosa que no le saliera mal. Pero su tenacidad era a prueba de todo. Por tanto, como le encantaba la música académica europea, más conocida como música clásica, tanto en Uruguay como en buena parte del mundo, optó por la dirección orquestal.

Se presentó al Conservatorio Nacional con todas las esperanzas. Una vez más recibió un baldazo de agua fría: para acceder a ese curso necesitaba amplios conocimientos de piano, armonía y composición. No los tenía, por lo que la batuta de director pasó al olvido. De esa época de cercanía con el arte sonoro solo le quedó el gusto por la música clásica, la barroca fundamentalmente.

Como no queremos entretener al lector con innumerables relatos de fracasos, tropiezos y fiascos varios, solo digamos que su vida fue un continuo tormento. Lo curioso es que, pese a todos los traspies recibidos, nunca se le borraba la sonrisa de oreja a oreja. Parecía más bien una mueca –quizá lo era–, que encubría el profundo dolor que llevaba, una máscara. Había una relación, como diría un matemático, directamente proporcional en su vida: a mayor insatisfacción por los golpes sufridos, mayor sonrisa.

Los años fueron pasando, y nunca se despegó de su madre. Su padre hacía años se había marchado. Era hijo único. Nadie como Raúl cambiaba tanto de trabajo. Era muy llamativo eso:

duraba poco en cada puesto, pero siempre, rápidamente después de los despidos, conseguía uno nuevo. Hizo de todo: empleado en una fotocopidora, agente de seguridad en un banco, ayudante de plomero, camarero, un breve paso por una radio como locutor, taxista, acomodador en un teatro. De noviazgos, poco y nada. Ninguna relación estable, seria. Algunas salidas ocasionales, sin mayor compromiso. Tampoco era un asiduo visitante de prostíbulos. Su soltería comenzaba a arraigarse.

A los 30 años, viviendo siempre con su “viejita adorada”, comenzó a pergeñar la idea. Fue descubriendo que todo el mundo le devolvía su sonrisa plastificada, pero en verdad, no tenía amistades reales. Eran, a lo sumo, acompañantes ocasionales, compañeros de ruta que él quería ver como amigos. Aunque amigos sinceros, no había. Decidió ponerse a prueba, para ver cuánta gente realmente lo estimaba.

El plan era macabro, bastante tétrico. En todo caso, rayaba en la locura. Se haría pasar por muerto, viendo si aparecía alguien a su funeral. Dedicó innumerables horas a informarse sobre el asunto y a planificar con lujo de detalles la obra. Debía ser una gran escenificación, por lo que todo debía quedar bajo control.

Contactó con dos empleados de una pequeña empresa funeraria para arreglar el asunto. Después de haberse asesorado convenientemente, estableció que tomaría una dosis de haloperidol —esa droga que se le suministra a los pacientes de los hospitales psiquiátricos— para mantener un estado cataléptico por varias horas. El efecto daría como resultado, según lo que pudo averiguar, consultando a varios médicos incluso, un aspecto cadavérico, con rigidez total, y hasta con una palidez cutánea que podía hacer pensar sin dudas en una persona muerta.

La jugada era muy audaz. Por un lado, los efectos de la droga no estaban totalmente asegurados: podía dejarlo catatónico, pero también podía matarlo. Por otro lado, el montaje preparado con los funebros no era fácil. Debían dejarlo en un ataúd que le permitiera respirar, y todo tenía que estar muy bien coordinado para poder despertar justo en el momento preciso. Ese momento era el instante en que iban a depositarlo en la tumba.

Además, todo debía prepararse para hacer creer a su familia —a su madre básicamente— que Raúl había fallecido en un accidente automovilístico, y que por la forma en que había quedado desfigurado su cuerpo, en el cajón solo se mostraba el rostro. El ficticio muerto, así, podría escuchar lo que se decía durante el velorio.

Como buen melómano, la música clásica lo fascinaba. De esa cuenta, más de alguna vez había dicho a sus allegados que el día en que muriera, gustaría de ser llevado en el momento de su inhumación al compás de la Oda a la Alegría, el cuarto movimiento de la Novena Sinfonía de van Beethoven. La madre reía de la ocurrencia de acompañar su funeral con música. Lo veía como una extravagancia de su hijo, una más de tantas.

La idea de Raúl consistía en permanecer como muerto durante todo ese tiempo, y despertar al escuchar los sonos de esa música. Daría golpes en la caja ya cerrada, y ante el presumible es-

panto/sorpresa/asombro de los acompañantes, los empleados oportunamente instruidos abrían el ataúd. Terminada la escena –increíble, fantástica, sorprendente– el joven renacido narraría los entretelones de la historia.

Todo se cumplió según lo previsto. Por primera vez en su vida sentía que podía hacer algo bien, que la vida no lo abofeteaba como era lo habitual. Pero siempre quedan imponderables. En medio del canto triunfal de la Novena Sinfonía cuando lo llevaban desde la carroza fúnebre hasta la tumba, descubierta que fuera la tapa por los empleados contratados, el impacto fue mayúsculo, inaudito. Tanto, que su madre y una tía murieron de un paro cardíaco por la impresión. Los pocos, poquísimos asistentes, no sabían si reír, salir corriendo o golpear a Raúl sintiéndose burlados. Ni siquiera fue noticia en la prensa local: los editores decidieron que era de muy mal gusto informar sobre un acto psicótico. Prácticamente nadie se enteró del hecho.

Su odio con sí mismo fue tan grande que dos días después desapareció de Montevideo y nunca más se supo nada de él en la ciudad. Según comentarios nunca confirmados con certeza, parece que ahora presta servicio en la Legión Extranjera de Francia como mercenario incorporado.

## Denuncia sobre neuroarmas

*Este es un relato de docuficción. No existe la tal carta ni el tal autor o autora. Pero sí existe lo que el texto manifiesta.*

---

### CARTA ABIERTA A QUIEN DESEE LEERLA:

Sé que al escribir esta carta –que más bien es una denuncia– me puede ir la vida. Pero mi ética no me permite seguir ocultando algo que, a todas luces, es una inmensa tropelía, una injusticia con un descaro inconmensurable, una cosa realmente repugnante. No he de firmarla, pero cualquiera que sepa de la reunión que voy a presentar ahora, podrá colegir rápidamente quién es su autor o autora. Dejo, de todos modos, el anonimato como mi pretendido paraguas cobertor. Si saben quién la escribió, por supuesto que soy persona muerta. Pero eso no me preocupa. Como dicen que dijo Aristóteles en su intercambio con su genial maestro ateniense: “*Soy amigo de Platón, pero más aún lo soy de la verdad*”.

Quiero tener total claridad y transparencia, y si lo que digo aquí sirve para que más de alguien pueda abrir los ojos y reaccionar como debe ser, me alegraría muchísimo. Lo digo abiertamente, sin pelos en la lengua: estamos ante una monstruosidad espantosa, ante la posibilidad de que el gran poder de la primera potencia capitalista del mundo, Estados Unidos de América, nos maneje de una forma brutal, absoluta, pero con la mayor de las sutilezas, a tal punto que no podríamos darnos cuenta de la artera maniobra en juego. ¿Qué quiero decir con esto? Que el grado de sofisticación que se está teniendo en las nuevas guerras que libra el sistema capitalista para defenderse e intentar perpetuarse, nos deja estupefactos. Es de destacarse que quien lo hace en grado sumo, es ese país, de momento líder del capitalismo mundial, con una saña y una sangre fría que asustan.

Todo el mundo o, al menos, la pretensión de trabajar sobre la mayor parte de la humanidad que le sea posible, es el objetivo que se traza la gran potencia. ¿Para qué? Para seguir manteniendo su papel de hegemonía planetaria absoluta. Sabemos que a fines del pasado siglo, entre 1980 y el 2000, los geoestrategas de Washington formularon los tristemente célebres Documentos de Santa Fe. Los mismos, esas cuatro piezas sin desperdicio que escribieron esta gente sin escrúpulos, patéticamente conservadora y retrógrada, no tienen color partidario; es lo mismo si quien está en la Casa Blanca es demócrata o republicano –por último, para la política exterior de Estados Unidos eso no importa: todos los presidentes responden por igual al nefasto complejo militar-industrial quien es el que, efectivamente, fija los criterios para la geodominación global–. Esos documentos, como es sabido, tienen como objetivo básico lograr que el siglo XXI siga siendo, al igual que el siglo XX, dominado por el país de los vaqueros. “*Por un nuevo siglo americano*”, se titulan. Eso lo dice todo.

En ese contexto, en su denodada lucha para evitar que aparezca otra potencia que le haga sombra –para el caso China o Rusia–, el proyecto de la clase dirigente de Estados Unidos es hacer todo, absolutamente todo lo posible para seguir manteniendo el liderazgo mundial. Y cuando decimos “todo”, queremos decir exactamente eso. Cualquier cosa está justificada: guerras nucleares limitadas, manipulación del clima y provocación de catástrofes supuestamente naturales, sistemas de espionaje planetario total que terminan con la privacidad de la población, banco de datos de la población mundial para saber cómo piensa cada quien, magnicidios, guerra química y bacteriológica a niveles inimaginables, guerra mediática llevada a cotas esquizofrénicas, centros de tortura con la más alta tecnología, militarización del espacio sideral, sabotajes salvajes, preparación de mercenarios sin la más mínima contención ética, y un largo etcétera que escandaliza. Para todo ello, para seguir manteniendo ese “nuevo siglo americano” –así lo establecen esos documentos sin el más mínimo reparo– está dispuesta a emprender cualquier cosa, más allá de todo límite moral. Me permito decir –pues la experiencia así lo demuestra– que en esto de mantener los privilegios, cualquiera que detenta una cuota de poder, sea cual fuere, actúa siempre de la misma manera: los defiende como fiera enjaulada, con toda la brutalidad y saña posibles. ¿Quién acaso cede gentilmente, con simpatía, con benevolencia, sus privilegios? ¿Los varones ceden amablemente sus privilegios ante las mujeres? Por eso se sigue manteniendo el patriarcado; ya no hay cinturón de castidad, pero el machismo insultante continúa. ¿Los blancos ceden su poder sobre los no-blancos? ¡Ni pensarlo! De ahí el repugnante racismo que sigue marcándonos. ¿Los propietarios ante los desposeídos acaso? Pero razonar sobre estos tópicos nos llevaría por caminos escabrosos, y no es esa mi intención con esta breve misiva. Además, creo que no me dan mis fuerzas intelectuales para hacerlo. Por eso, vuelvo a lo que, más modestamente, quería transmitir.

La clase dominante de Estados Unidos, decía, autoproclamada poseedora de un presunto destino manifiesto, se siente dueña y dominadora del planeta. Desde la extinción de la Unión Soviética y la emblemática caída del Muro de Berlín, la dichosa “cortina de hierro”, como oprobiosamente se le conoció, ese grupo de super poderosos, representado por el elenco gobernante que dirige desde la Casa Blanca de Washington –por cierto, varones blancos, ya que estábamos hablando de patriarcado y racismo–, se ha entronizado y ensoberbecido. Como ningún imperio en la historia, se siente omnímodo, intocable, absoluto. Dicho en otros términos: unos dioses. Aunque –y esto es lo importante a destacar– en su fuero íntimo sabe que ni es tan omnímodo ni tan intocable. Nuevas fuerzas han venido surgiendo últimamente en el mundo, las cuales fuerzas le comienzan a disputar esa hegemonía. Como leí por ahí: “El amo tiembla horrorizado ante el esclavo, porque sabe que el esclavo, inexorablemente, en algún momento se rebelará, y el amo tiene así sus días contados”. Es por eso que, para no perder sus privilegios, ese grupo de ensoberbecidos ricachones puede hacer cualquier cosa.

Pero el mundo se mueve, cambia, se transforma. La clase dominante de esta gran potencia ya ve venir su ocaso. Si el dólar se ha estado manteniendo por espacio de siete décadas como la divisa obligada de la humanidad a base de desembarco de marines o de bombas inteligentes, hoy por hoy esa supremacía comienza a ponerse en entredicho. Eso la tiene tan, pero tan inquieta. Y lista para accionar.

La República Popular China, con un complejo sistema político que, desde Occidente, se nos hace a veces muy difícil entender, eso que se llama “socialismo de mercado” –capitalismo con un Estado comunista que dirige férreamente y planes a un siglo-plazo– en estos últimos años ha pegado un salto cualitativo fabuloso. Ya no es el taller del mundo donde se fabrican juguetitos de mala calidad o chucherías descartables; ahora es una super potencia científico-técnica, con desarrollos que obnubilan. Según revistas especializadas, la investigación científica china ya aventaja a la estadounidense. Un sol artificial producto de la fusión nuclear que generaría energía limpia infinita, la computadora cuántica más rápido del mundo, trenes de alta velocidad que dejan estupefactos, obras de ingeniería tan osadas que ni Le Corbusier hubiera podido imaginar, inteligencia artificial y robótica impresionantes, tecnologías 5G y 6G para las comunicaciones únicas en el mundo, investigación espacial que ya comienza a superar a rusos y estadounidenses, un vehículo interplanetario en viaje hacia Júpiter, misiles hipersónicos que apabullan al Departamento de Estado norteamericano, todo eso marca que este país toma la delantera de la humanidad. Su economía, no basada en el dólar, está marcando el rumbo. Y como van las cosas, lo seguirá marcando cada vez más, desplazando al imperio americano.

No cabe dudas que el capitalismo ha dado grandes frutos, resolviendo problemas ancestrales de la humanidad. O resolviéndolos en parte, al menos. Los irlandeses que desembarcaron en la costa este de Estados Unidos hace algunos siglos en el legendario Mayflower, además de matar muchos indígenas norteamericanos y de haber traído cantidades de población negra del África como esclavos a su territorio, definitivamente crecieron. Si bien fueron, desde el inicio, unos reverendos... bueno, ustedes me entienden..., además de eso, desarrollaron un sistema económico que, al menos a un grupo de población en el mundo, le dio resultado. Estados Unidos creció y obtuvo grandes logros científico-técnicos. Eso es innegable. Tanto, que dejó atrás a Europa, y andando el tiempo, llegó a dominar buena parte del globo terráqueo. Para la post guerra del 45 producía una tercera parte del producto global con tecnologías de avanzada, y con una población que es el 2% de la población planetaria total, consumía el 25% de todos los recursos del mundo. Un trabajador yanqui podía sentirse opulento, porque realmente lo era comparado con otros trabajadores del mundo.

Como es sabido, para después de terminada la Segunda Guerra Mundial –que, en realidad, fue ganada por la Unión Soviética, quien puso 25 millones de muertos y una infraestructura nacional casi aniquilada en su totalidad en el enfrentamiento–, Estados Unidos, que no recibió ni un balazo en su territorio, quedó como líder absoluto del planeta. Con Europa devastada y reconstruida con el infame Plan Marshall –que convirtió al así llamado Viejo Mundo en su rehén–, con un nivel de confort para sus habitantes único en todo el globo y, en aquel entonces, el monopolio del arma nuclear, Estados Unidos se sintió dios. Pero se les fue la mano en su altanería, en su narcisismo hedonista. Empezaron a consumir locamente, más de lo que producían. Recuérdese el derroche monstruoso de las décadas de los 50 y los 60 del siglo pasado, cuando era común que un trabajador estadounidense tuviera un automóvil de 8 o de 12 cilindros, quemando petróleo en forma incontrolada. Vehículo que –eso es el consumismo– cambiaba periódicamente, sin que fuera necesario.

Ahí comenzó la decadencia, igual que le pasó al Imperio Romano ensoberbecido por sus grandezas. Sin ningún lugar a dudas Estados Unidos se convirtió en superpotencia, viendo en la Unión Soviética su archirrival, que presentaba otro modelo de sociedad, quizá más austero... ¡o más racional! Norteamérica fue el punto máximo del capitalismo, donde todo es negocio, donde lo más importante es “hacer dinero”, y consecuentemente, consumir. La llamada obsolescencia programada vino a entronizarse: fabricar cosas para que se rompan rápido y haya que renovarlas, así no se detiene nunca el ciclo económico. Pero justamente ese consumo desaforado, ese despilfarro loco, sin límites –todo se compraba por docenas; se usaban una o dos cosas, y el resto se echaba a la basura, todo había que cambiarlo rápido, la sed insaciable por lo nuevo y lo que está de moda se impuso con frenesí enfermizo–, esa forma de comerse el mundo comenzó a pasar factura. Como alguien sabiamente dijo: “comenzaron a cagar más alto que el culo”, y eso es insostenible. Se consume lo que se tiene, si no, se entra en deuda. Exactamente eso pasó en este país: la deuda de cada familia –todo el mundo endeudado con hipotecas y varias tarjetas de crédito–, y las deudas federales, ya sea la fiscal o su deuda externa, se fueron haciendo cada vez más abultadas. En términos técnicos: impagables. Repitamos: consumen más de lo que producen, y eso no es sostenible. Las facturas, tarde o temprano, hay que pagarlas. Y en este caso, ese consumo desaforado y voraz de ese 2% de la población planetaria, ha destruido buena parte del medio ambiente, comiéndose una enorme cantidad de recursos no renovables. Se produjo así una catástrofe medioambiental que afecta a toda la humanidad, siendo que muchísima gente en el mundo jamás consumió ni la milésima parte de lo que consume un ciudadano estadounidense. ¿Saben ustedes cuántos litros diarios de agua consume un Homero Simpson? Más de 100. ¿Y saben cuánto consume un africano sub-sahariano? ¡Solo un litro diario! ¿Quién paga esa factura entonces?

¿Cómo se mantuvo Estados Unidos y siguió siendo superpotencia? Como hace el grandote del barrio: en base a bravuconería, aprovechándose que no tiene rival de peso. Con los socialistas de la Unión Soviética, aunque en un primer momento inmediatamente después de terminada la guerra en 1945 hubo hipótesis militares para destruirla con armamento atómico, no se atrevieron. Y rápidamente el primer Estado obrero y campesino del mundo tuvo también sus misiles nucleares, llegando a equipararse, o incluso a superarlo: recordemos la bomba de hidrógeno soviética. Ya sabemos lo que eso significó: una Guerra Fría, con amenazas y bravatas de ambas partes, que se peleó no entre los dos gigantes sino a través de sus países satélites, de sus zonas de influencia. Así, Medio Oriente, África, Centroamérica pusieron los muertos, mientras las dos potencias se amenazaban con armamento cada vez más letal, sin atreverse a disparárselo entre sí. Por supuesto, para el complejo militar-industrial de Estados Unidos, eso era una ganancia fabulosa, estratosférica. Para la URSS, su derrota.

La Guerra Fría terminó, y Estados Unidos fue el ganador. Pero antes ya había comenzado el declive. Aunque no lo quiera reconocer, el país hace tiempo que ya viene desacelerándose. Podría decirse que se echó a dormir en sus laureles. Lentamente fue perdiendo la delantera en muchos aspectos. Por ejemplo: un emblema de la industria norteamericana, un símbolo de su hiper desarrollo, la General Motors Company, que fabricaba siete marcas de vehículos y ocupaba a miles y miles de trabajadores en el mundo, terminó quebrando, y fue el Estado quien salió a su rescate –por supuesto, con fondos públicos, que pagaron los mismos ciudadanos–. Los



vehículos japoneses, menos consumidores de petróleo, más baratos, la hicieron hundir. Sin dudas Estados Unidos sigue siendo una potencia, pero lentamente fue deteniendo su velocidad, su empuje. Vivir endeudado no es buen negocio para nadie. Lo cierto es que en estos últimos años le aparecieron sombras por varios frentes. Aunque caído el Muro de Berlín se alzó como superpotencia unipolar, su dinamismo ya estaba perdido. Su economía, cosa de la que la prensa capitalista prefiere no hablar, se empezó a mantener en muy buena medida gracias a las inyecciones financieras japonesas y chinas. Siguió siendo el hegemón indiscutido, aunque ahí fueron apareciendo China, como ya dijimos, y Rusia, ensombreciendo su futuro. De la mano de un ex agente de la KGB convertido en el nuevo mandatario, el país euroasiático renació política y militarmente. En este último ámbito, desarrolló armamento que hizo palidecer al Pentágono, superándolo en términos de poder de fuego, sacándole algunos años de delantera en el desarrollo del armamento más sofisticado. Gracias a la venta de petróleo y gas, Rusia logró acumular ingentes cantidades de divisas, de las más grandes del mundo. Hoy por hoy, ambos países de este nuevo eje de poder: China y Rusia, son la sombra de Washington. Y en verdad se la están poniendo bien difícil. ¿Se imaginan lo que va a pasarle a la nación americana si se destrona el dólar? Todo indica que hacia ahí vamos. Por eso su clase dominante, que ahora vive en muy buena medida de la especulación financiera y de la fabricación de armas, es decir, de la fabricación de guerras, está algo nerviosa. Nadie quiere perder sus privilegios, ¿verdad?

Pero no quiero extraviarme. Vamos a lo concreto, al punto que me hace escribir esta carta. Aunque no voy a revelar mi identidad –los servicios de inteligencia muy probablemente me terminen identificando– he de decir que fui una de las 60 personas convocadas por una Fundación del país del norte –una forma elegante de enmascarar una iniciativa de su gobierno– supuestamente para darnos una capacitación. En realidad, se trató de una forma de introducción –pretendidamente sutil– sobre las nuevas armas que están desarrollando. Como todas y todos los convocados tenemos que ver, de modo directo o indirecto con el tema, la idea fue ponernos al corriente de estos nuevos ingenios, para que nosotras y nosotros nos vayamos familiarizando y, con discreción, propagandizarlos.

La susodicha reunión tuvo lugar en un lujoso hotel en alguna isla caribeña, esos lugares de ensueño reservados solo para millonarios. Supongo que quisieron darnos un trato especial, magnífico, para hacernos sentir parte de un todo, de una familia, de un proyecto compartido. Yo, sinceramente, a esta altura de mi vida ya no puedo compartirlo.

Cuento en dos palabras por qué. Fui muy pobre en mi infancia en algún país latinoamericano –que, por razones obvias, no he de mencionar–. Con madre viuda a corta edad, sin papá, me tocó hacer de sostén de la casa desde muy pronto, atendiendo a mis dos hermanos y asistiendo a mi mamá, que tuvo demencia senil siendo bastante joven. Tengo facilidad con los idiomas, por lo que llegué a manejar con mucha fluidez inglés y francés, además de español, mi lengua materna. Eso, más mi formación universitaria –estudí con beca completa toda mi carrera y mi maestría en una prestigiosa universidad privada– me permitió llegar a un puesto relacionado con la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, más conocida como USAID, por su sigla en inglés. Sin falsa modestia, puedo decir que soy muy capaz –nunca

desaprobé una clase en la universidad, siempre con las mejores notas—. Descollé desde un primer momento en la empresa contratista que trabajaba con fondos de la AID, laborando ahí en mi especialidad —tiene que ver con la comunicación, y perdón si no doy más datos específicos. Espero sepan entenderme. Es por mi seguridad—. Todo el mundo me tomó como alguien afín a los dólares, alguien que se vende por un buen puesto en una de estas parasitarias empresas que se llenan la boca hablando de desarrollo y usan un lenguaje políticamente correcto, mientras son la contracara —la cara amable, se diría— de la nefasta CIA. ¡Sí, sí: de la CIA! Lo digo sin cortapisas, porque en mi trabajo me fue tocando cada vez más verme con oficiales de la Agencia. Hasta ahí les cuento quién soy. Yo no soy de la CIA, no soy estadounidense, ni lo quiero ser, amo a mi patria en la sufrida Latinoamérica, y veo que el dominio de esa clase privilegiada del gran país del norte es infame. Si hasta hace poco, sabiéndolo o no, trabajé para ella, ahora digo basta, ya no más. No puede seguir tolerándose su altanería, su arrogancia y prepotencia. O, dicho más claramente aún, su violencia infinita. No debemos olvidar nunca que fue el único país en la historia que se permitió usar armas atómicas contra población civil no combatiente en Japón, cuando la guerra ya estaba terminada, solo para mostrar al mundo su músculo. ¿Sabían que muchos, cuando no todos, los militares asesinos y torturadores que tenemos en nuestras tierras fueron preparados por estadounidenses? Si pueden, lean un manual de contrainsurgencia de esos que usan en esas clases: van a caer de espaldas.

Aclaro rápidamente que, aunque tuve que relacionarme en forma creciente con esta gente, nunca estuve de acuerdo con ellos. Reconozco, no sin vergüenza, que “poderoso caballero es don dinero”, por lo que los sucios y asquerosos billetes verdes me obnubilaron en un primer momento. Para alguien que más de alguna vez se tenía que acostar con el estómago vacío en su niñez y adolescencia y que veía a sus hermanitos descalzos porque no había para zapatos, tener en la mano cada fin de mes cuatro o cinco mil dólares, era una cosa increíble. Eso atrapa, fascina, nubla la mente, debo reconocerlo. No se imaginan ustedes la sensación de triunfo inconmensurable que tuve cuando pude comprarme mi primer teléfono inteligente. Me sentía en la cima. Así me pasé varios años. Como era muy competente en mi trabajo —no me avergüenzo de lo hecho, porque lo mío era puramente técnico, yo no tomaba decisiones políticas— fui escalando posiciones. Y consecuentemente: salario. Pero lo recién sucedido me asqueó de tal manera que decidí renunciar. Y además, me decidió a hacer público todo este disparate. Mas no digamos disparate. Digamos lo que efectivamente es: ¡esta mierda!, ¡esta loca aventura hija de puta de unos millonarios ávidos de poder que se sienten superiores al resto de los mortales!

Sin extraviarme en pormenores, entonces, diré que en la susodicha reunión había médicos psiquiatras, psicólogos sociales, comunicadores, diseñadores de campañas publicitarias y propaganda política, ingenieros en informática, más los cinco facilitadores, que eran estadounidenses. Se habló solo en inglés. Todo lo logístico fue de primera: se nos trató como reyes. ¿Qué se buscaba con ese encuentro? Asumiendo que toda persona que estaba allí es directamente un defensor/a del *american way of life*, la idea era motivarnos para trabajar —tal como dicen los Documentos de Santa Fe— por “un nuevo siglo americano”. En otras palabras: mostrarnos los “progresos” de la ciencia yanqui, haciéndonos partícipes de la misma. ¿Y para qué eso? Para que seamos divulgadores y divulgadoras de esas “maravillas”, que permitirán —al

poder de Washington, obviamente— manejar las mentes de la humanidad. Eso es lo que están tramando. Yo no quiero ser parte de ese plan, me espanta, me horroriza. Por eso ahora tomo la pluma para denunciarlo.

Parece de ciencia ficción lo que estoy relatando, ¿verdad? Una de esas malas películas, viejas películas en blanco y negro, de un científico loco que pergeña alguna criatura extravagante en su laboratorio, un ser terrible y sanguinario que responde solo a la voz de mando de su creador. Pues bien: eso no es ciencia ficción. Si escribo esta carta pública es para hacer saber al mundo que la clase dirigente de Estados Unidos, a través de su gobierno de turno, está preparando ese engendro maquiavélico, monstruoso, patético, con el que piensa asegurar la continuidad de su hegemonía mundial. Me refiero a las llamadas neuroarmas. En otros términos, a eso que se llama “guerra cognitiva”, la guerra de última generación.

¿Qué es eso? Dicho rápidamente: armas que sirven para influir directamente sobre la conducta humana a través de la alteración de funciones del sistema nervioso central, manipulado procesos cognitivos y emocionales, influyendo abiertamente sobre ciertas capacidades humanas tales como la percepción, el razonamiento, los valores éticos o la tolerancia al dolor. Ello se deriva de los fenomenales avances en el campo de las neurociencias. La idea de base es poder intervenir directamente en los procesos cerebrales, estableciendo lo que las personas deben pensar y/o sentir. Esas neuroarmas pueden darse bajo la forma de agentes biológicos, o de armas químicas, así como de energía dirigida. Todo ello puede maquillarse, presentándose como mejoras en el campo de la biotecnología, con altruistas fines humanitarios para atender determinadas enfermedades, dizque promoviendo el bienestar general. Se puede hablar así del diseño de dispositivos útiles para expandir o mejorar las capacidades cognitivas y comunicativas de la gente y mejorar la salud y sus capacidades físicas. Dicho así, obviamente, suena bien. ¿Quién podría oponerse? En realidad, más allá de toda esa pomposa parafernalia discursiva, se busca la más repugnante manipulación. Con estas neuroarmas se logrará hacer pensar y/o sentir lo que determinados centros de poder quieren que se piense o se sienta. Por supuesto, de más está decirlo, el guión lo escribe la superpotencia, a su favor, claro está.

En este bendito encuentro del que hablo, nos mostraron las posibilidades que las mismas abrirían. Todo indica que sí, efectivamente, se puede manipular a gusto la voluntad de la gente. Si desde hace más de un siglo con un bombardeo de publicidad nos obligan —digamos que sutilmente— a tomar Coca-Cola, sin que entonces se usaran las llamadas neurociencias, ¿qué no lograrán estas acciones basadas en preceptos científicos? Si es posible manipular el pensamiento con inducciones, mucho más lo será con técnicas específicas, desarrolladas y probadas en laboratorios, con impactos tan profundos que no se pueden ver, pero que actúan en forma demoledora a nivel de corteza cerebral. ¿Recuerdan los experimentos de publicidad subliminal de décadas atrás, prohibidos en su momento? Pues bien: esas cosas son juego de niños comparado con lo que ahora se viene. Pavlov, con sus perros de experimentación, moriría de placer al ver estos logros de condicionamiento.

Puede parecer novelesco todo lo que aquí expongo, pero aseguro, y doy fe de ello, que esas manipulaciones ya existen. Se nos convocó en la ocasión para mostrarnos esos avances:

nanochips que se implantan en el cerebro, manipulación de ondas cerebrales, artificios que parecen sacados de una película de terror, pero que ya se han probado. Y lo peor: ¡son efectivos! Convergen en todo esto distintas disciplinas, que pueden ser interconectadas, como la nanotecnología, la biotecnología, la informática y las llamadas ciencias cognitivas. En ese lujoso hotel, mientras comíamos opíparamente y podíamos disfrutar de una paradisíaca playa privada, con ranchitos modestos no muy lejos de allí donde vive el personal que nos atendía, se mostraron experiencias filmadas, por ejemplo, de soldados manipulados de esta forma, con lo que se logra hacerlos inmunes al miedo y al dolor, carentes de todo sentimiento y traba moral, listos para cumplir cualquier misión. Rambos a la medida de lo que se desee. Es decir: un humano absolutamente robotizado, manipulado, llevado como marioneta. De esa manera, con esto que se llama neuroarmas, esos soldados, esos seres humanos más bien dicho, se convierten en terribles armas letales, más devastadoras que las armas nucleares. Seres manipulados hasta sus entrañas, transformados en autómatas libres de ataduras éticas y sin umbral de dolor ni miedos paralizantes, listos para cumplir cualquier cosa. “Máquinas de matar”, en el más cabal sentido de la palabra, sin asco, sin remordimientos, sin frenos. Y lo mismo se podrá hacer con la población civil: ¡piense esto, no piense tal cosa, sienta esto otro, no sienta tal otra cosa! ¡¡Patético!! ¿verdad?

Como todo esto me resultó infame, repugnante, alevoso, sin ser yo precisamente de pensamiento comunista, entiendo es mi deber hoy hacerlo de conocimiento público. Si esta carta sirve de algo, me alegraría mucho. Por favor, divúlguenla.

## Aborto

*“Se lo voy a contar porque es usted y me cayó bien. Créame que no a cualquiera le cuento estas cosas. En realidad, para mí es muy duro hablar de todo esto.*

*Quizá piense que estoy exagerando, que me quiero hacer pasar por víctima. No es así, en absoluto. En realidad, soy víctima. Soy enteramente una víctima, y si usted me permite un momento, si tiene un rato para que le cuente mi historia y quiere soportar un relato algo lacrimógeno, verá por qué digo esto.*

*No quiero dar lástima. Nunca en mi puta vida quise hacer eso: dar lástima, pienso, es despreciable. ¿Para qué hacer algo así? Es de flojos, de débiles. Y yo, créame, no soy nada de eso. Siempre aguanté de pie los golpes. Y lo voy a seguir haciendo. No crea que la sentencia que acaban de darme me atemoriza. La gente que, como yo, tiene esa vida de mierda a sus espaldas, la gente que está acostumbrada a todo, a la miseria, a golpes, a vejámenes, a darse contra la pared todo el tiempo, bueno..., gente así no le tenemos miedo a nada. Estamos demasiado curtidos, se nos endureció el corazón.*

*Y una vez más permítame decirle que no exagero. ¡En absoluto! Si pasé todo lo que pasé en mi vida, si soporté los mil y un golpes, atrocidades, desprecios, cárceles, violaciones, mierdas de todos los colores, formas y tamaños, ¿acaso cree que esta puta condena me puede asustar?*

*No le estoy diciendo que me voy a escapar de la prisión. Ganas no me faltarían, pero supongo que no será fácil salirse de una cárcel de alta seguridad como ésta donde me van a meter. Ya me fugué tres veces en mi vida de cárceles. Una vez, la primera, fue de jovencito, cuando estaba en el reformatorio; después, ya mayor de edad, en dos oportunidades pude escaparme. Aunque ahora lo veo difícil. Supongo que todo el mundo va a tener puestos los ojos sobre mí, porque en este momento soy figura pública. Todas las cámaras de televisión están sobre mí, me acosan los periodistas... Claro que ser figura pública de esta manera no es lo más interesante del mundo precisamente. De verdad, no se lo deseo a nadie; esto es una tortura.*

*Bueno, como le decía: me fugué varias veces, recibí un balazo, tengo varias cicatrices de navajazos, me peleé no sé cuántas veces en la calle, recibí todo tipo de ofensas, una violación sexual de pequeñito, tuve varias sobredosis de crack..., pero aquí estoy vivo. Ahora se habla más de mí que de Maradona, de John Lennon, aunque eso va a ser temporal, me doy cuenta. Mi caso se hizo super famoso en este momento por lo que significa. Por supuesto, a nadie le interesa un negrito de mierda, pobre, nacido y criado en un barrio marginal, vapuleado varias veces de niño cuando robaba solo alguna que otra billetera o un collar a alguna mujer, golpeado por la policía hasta el cansancio, semi analfabeta. ¿A quién le importo? ¡A nadie!*

*Pero, curiosamente, ahora soy noticia mundial. Sé que aparezco en la televisión todo el tiempo; y en las redes sociales no se para de hablar de mí, de mi malicia, de mi poca humanidad.*

*¡Qué hipocresía!, ¿no? Ahora hablan, ahora soy noticia, ahora todo el mundo, en todos los países, dice indignarse por lo que hice, pero nadie, absolutamente nadie se pregunta cómo se llegó a esto, por qué un joven de apenas 22 años es un asesino, qué hubo en mi vida que me hizo llegar a esto.*

*Por eso le decía que usted me cayó bien, no me parece hipócrita, me dice las cosas de frente, tal como debe ser, no me está juzgando todo el tiempo como hacen otros. Por eso, entonces, le cuento todo esto, y me gustaría saber su opinión. Su opinión franca, por supuesto. No que me vea con lástima, con conmisericación -¿está bien dicho así, verdad?, porque no conozco mucho de palabras complicadas-, con lástima, con compasión. Pero, bueno..., así son las cosas, mi amigo: maté a esa familia completa: padre, madre y los dos hijos, solo para robarle unos pocos billetes que tenían en la casa, y una bandeja de helado que había en la nevera. Parece terrible, ¿verdad? Quizá la gente llamada “normal” no lo pueda entender. Lo que muestra que hay mucha mentira con esto de la normalidad.*

*Yo, de haber tenido otra vida de pequeño, seguramente no hubiera llegado a esto. Tal vez hubiera podido ser como esos dos niños que maté. Es decir; niños normales, con una familia normal, con un papá y una mamá que me quieren, con juguetes, con comida todos los días, sin violencia... Pero no fue así. Claro que, cuando uno dice “normales” hay que hacer una consideración: muchos son así, con papá y mamá, y tomando helados a veces, con una infancia feliz, tranquila. ¡Pero también muchos son como yo! Es decir: vivimos en situaciones de mierda, entre la basura, la violencia, la más completa pobreza, el olvido. Tal vez yo, lo reconozco, soy más basura que otros, soy un asesino, pero ¿no son una basura también los que viven en palacios y nos miran a nosotros como desechos?*

*Creo que usted conoce mi historia, ¿no? Mi mamá, puta de profesión, o trabajadora sexual, como se dice ahora, ya tenía otros cuatro hijos cuando yo nací. Estaba ya viejita cuando quedó embarazada de mí. Y según supe, porque ella misma me lo contó no sé cuántas veces, no quería tenerme, había pensado abortarme. Ella andaba ya por los 40, pero seguía trabajando de prostituta. Fue un grupito de muchachos de, digamos “buena familia”, que la contrató para una orgía. Ella aceptó, porque los billetes nunca venían mal. Pero esta gente la estafó: no le pagaron lo que le habían prometido, y no tuvieron protección al tener sexo.*

*Producto de eso, según ella me contaba, vino el embarazo. Mi viejita quiso denunciarlos, pero eso era imposible. ¿Se imagina usted?: una puta pobre, negra, ya vieja, sin ningún poder, meterse contra “niños bien”. Eso no podía prosperar de ningún modo, para nada. Así que mi pobre madre tuvo que aguantarse el atropello y agachar la cabeza. Agacharla una vez más, como la hemos agachado siempre nosotros, los pobres, los marginados, los negros, lo que venimos de esas barriadas consideradas zonas rojas por la gente llamada “normal”. No sé si usted alcanzará a dimensionar el odio que uno va acumulando así, pero creo que sí se da cuenta.*

*El odio no nace porque sí, así nomás. No, para nada. Tiene historia, como todo tiene historia en la vida. Las cosas no surgen de la nada. Nadie es malo solo porque se le ocurre ser malo. Yo creo, según lo que he visto en mi corta vida, corta pero movida vida, que la maldad es algo complicado. Todos tenemos cosas buenas..., a veces. Y también, del mismo modo, todos podemos hacer las peores cosas. Somos una mezcla rara, confusa. Mire, yo no soy psicólogo ni psiquiatra ni nada de eso, pero con mi poco, poquísimo estudio que tengo, veo que cualquiera puede hacer las cosas más nobles, a veces. Y también las más terribles.*

*Dicen que los pobres somos violentos, que de esas barriadas pobres, “marginales” como les dicen, “zonas rojas”, viene la gente más violenta. No estoy de acuerdo; creo que no es así. Todo el mundo tiene buenos sentimientos, a veces, como le decía. Y todos somos un poco demonios también, a veces. Depende de las circunstancias. Por ejemplo: la violencia más grande que hay, la guerra, donde está permitido matar, donde premian al que más enemigos mata -ahí uno no es un asesino sino un héroe de la patria-, la guerra, decía, no la declaran los pobres. ¿Se imagina gente como yo, un matón a sueldo, un pandillero peligroso, decidiendo la guerra de los países? ¡Imposible! Totalmente imposible. Entonces ¿de dónde putas sacan eso de que los pobres somos los violentos y la gente llamada normal, bien educada, criada en una familia, que no sufre los horrores de vivir en una zona roja, que esa gente no es violenta?*

*Le pongo otro ejemplo, para que vea cómo la violencia está siempre dando vuelta, y no solo en nosotros, los asesinos. ¡Porque yo soy un asesino!, no lo niego. Cuando era pequeño iba a la escuela, como todo niño. Pero yo era el único negrito de la clase. De más está decir que recibía todo tipo de ofensas, burlas, exclusiones. Y cuando se enteraron que era hijo de una prostituta, ¡ni le cuento! “Negro hijo de puta” me decían abiertamente. Los maestros, créame, no hacían nada por impedirlo. En todo caso, se hacían los desentendidos. Recuerdo una vez que teníamos que dibujar los símbolos patrios, y la maestra luego dijo que tal cosa, no recuerdo qué, la pintáramos color piel. Yo, entonces, la coloreé con color café oscuro. ¡Casi me mata la vieja de mierda! Hasta me mandó a la dirección. ¿Le parece que eso no es un acto de violencia? ¡Terrible violencia!, por supuesto. Pero no, el que recibió el castigo fui yo. Porque las pieles son de diversos colores; nosotros, los negros, ¿de qué color la tenemos si no? ¡Putas si no hay violencia!*

*Como ve, mi estimado, aunque la gente no se dé cuenta todos los días, la violencia está en todos lados. Para muestra, vea eso que le conté. O vea esto otro también: ¿cuál es el peor insulto de todos? “¡Hijo de la gran puta!” ¿Qué significa eso? Que ser puta es algo infame, una porquería, lo peor del mundo. “Sacrílego” creo que se dice, ¿no?, porque yo no conozco mucho de esas palabras difíciles, raras. O sea: puta es inmoral, deleznable. ¿Por qué? Ahí también hay violencia, hay hipocresía. Se las difama de día, pero de noche se va con ellas. Lo que los señores habitualmente no pueden hacer con sus esposas, muy respetables ellas, lo pueden hacer con las putas: coger por el culo, hacerles tragar el semen, silbarles y gritarles cuando bailan en un tubo, denigrarlas... Se indignan si eso se le haría a su hija, pero con las putas se vale. Todo eso, ¿no es violencia?, ¿no es hipócrita? No digo que yo no sea machista, pero eso ¿no es el peor machismo que hay? Entonces nosotros, los hijos de una trabajadora*

*sexual, ¿somos lo peor que hay en el mundo? ¿Por qué la peor ofensa, el peor insulto que existe es, justamente “hijo de puta”? Los señorones que declaran las guerras, y que van con putas, incluso con putas muy caras, gastando fortunas, ¿ellos no son violentos entonces?*

*¡Por favor! Ya estoy harto de tanta mentira, de tanta hipocresía barata. ¿Por qué nos dicen violentos a nosotros? Yo lo reconozco, nunca dejé de reconocerlo: soy una porquería. Trabajé como matón a sueldo, y me quebré un par de tipos por encargo en su momento. Pero ¿por qué lo hice? Porque otros peor que yo me contrataron. Y se lo voy a decir con todas las letras, aunque no le voy a dar nombres: fueron encumbrados empresarios, gente que maneja muchísimo dinero quienes me pagaron el servicio. Me acuerdo bien: en realidad, no fueron ellos directamente, sino empleados de ellos que mandaron a buscarme. Tenían que terminar con un par de sindicalistas medio comuniones que estaban organizando a los trabajadores de sus empresas. Me contrataron, y pagaron muy bien, por cierto. Dígame entonces: ¿quién es el violento ahí: ellos o yo?*

*A esta altura ya no me sorprende de nada. ¡De nada! Que yo me haya tronado unos cuantos en mi vida no es nada, al lado de otras cosas infinitamente peores que veo por allí. Los curas, por ejemplo. Ahí andan hablando del amor y no sé cuántas tonteras más. Y se violan a niñitos indefensos. ¿No da vergüenza eso? ¿Por qué se llenan la boca hablando de misericordia, del amor de dios y qué se yo qué otras cosas, y son tan mala onda de prohibir lo que ellos hacen en secreto? ¿No es violencia eso acaso? Unos viejos de mierda, violadores, borrachos, decidiendo si una mujer puede abortar o no. ¡Por favor! ¡Qué asco!*

*Hablando de violaciones, usted sabrá que a mí me violaron de pequeño. Mire, si me pongo a contar todas las afrentas que tuve en mi vida, estaríamos aquí una semana entera hablando. Me violaron cuando yo tenía más o menos 7 u 8 años. Mi viejita nunca me lo quiso creer. Ella estaba atormentada, sin dinero, con deudas, sin saber qué hacer con cinco hijos. Siempre atormentada, sin saber cómo salir de ese pozo de mierda. Vivíamos en una casita que se venía abajo en un puto barrio pobre, lleno de violencia, entre delincuentes, borrachos y drogadictos. ¿Qué puede salir de allí sino otro delincuente? Lo único que veía yo de pequeño era violencia. Además de la violación, sufrí cosas que prefiero llevarme a la tumba. Mire, ni con usted, con quien agarré confianza, me atrevería a contar esas cosas. Prefiero guardármelo.*

*Lo que no puedo guardarme, uno de los odios más profundos que llevo adentro es lo que le hicieron a mi mamá con mi embarazo. Ella, como le dije, no quería tener otro hijo. Por eso, cuando supo que estaba embarazada, quiso abortar. Pero todo el mundo puso el grito en el cielo y le dijeron que no. De acuerdo a lo que ella me contó, se lo impidieron. Incluso, me dijo, hasta fue a la justicia. Pero como en esa época estaba prohibido el aborto, le dijeron que no. Por eso nació yo.*

*No me quejo de mi madrecita. Sé que ella, a su modo, me quiere. Si no me quiso cuando era un feto en su vientre, eso fue por otros motivos. Pero cuando nació, sé que me quiso. A su modo, haciendo lo que pudo, me crió. Claro que hubo carencias, muchas, ¡muchísimas! La po-*



*bre no sabía qué hacer con su vida; menos aún iba a saber qué hacer con la vida de un muchachito que le cayó de regalo. Pero ahí fue haciendo la lucha, y como pudo, me crió.*

*No puedo decir que haya sido una mala madre. Lo que pasa es que siendo pobre, marginal, con un trabajo de mierda como tenía, con problemas crónicos de alcoholismo y drogadicción, sin nadie que la apoyara ni la guiara, ¿qué podía sacar de mí? Un universitario con suma cum laude -así se dice, ¿no?-, eso no podía sacar. Los que no tenemos oportunidades desde el nacimiento, estamos siempre cagados. No todos los pobres de esas barriadas terribles salimos delincuentes, ¡por supuesto! Pero, de verdad: ¿qué nos espera? Con muy buena suerte, ser un pobre trabajador, un albañil, una sirvienta, un obrero en alguna puta fábrica de esas que pagan centavos, un peón en el mercado. Uno de esos que, como trabajador o mujer explotada, si se quiere organizar en un sindicato, es asesinado por un matón a sueldo como yo, pagado por los patrones. Pero, criándose entre delincuentes, vagos y drogadictos, ¿qué otra cosa puede uno salir si no es también un delincuente? ¿Quién es más hijo de la gran puta: el matón, el sicario que no se tiente el alma para gatillar fríamente, o quien lo contrata? Mire, seamos sinceros: todos, las dos partes en este caso, somos violentos. Pagar sueldos de hambre, ¿no es una forma de matar también? Pero, ¡claro!: eso es legal. ¡Qué mierda!*

*Por eso, mi amigo, yo, criado a los golpes como fue mi vida, a los 12 años ya estaba consumiendo drogas. ¡Y drogas pesadas! Y a los 15 me troné al primer tipo. Sé que troné a varios. La verdad, con toda sinceridad, no sé exactamente cuántos son, porque muchas veces, en peleas callejeras, uno dispara o pega con una cadena y solo ve la sangre. No se queda a averiguar si lo mató, o solo lo hirió. Pero en total son varios, quizá unos diez, tal vez quince. Ahora, con esto último que pasó, me queda más bronca aún, más odio reconcentrado. Pero no bronca por ser un asesino, a eso ya me acostumbré, sino por lo que sucedió en torno a todo este caso.*

*Usted vio exactamente cómo fueron las cosas. Sí, maté. Lo reconozco. Incluso lo confesé públicamente, ¿para qué iba a negarlo, si hasta creo que quedó grabado en las cámaras de seguridad de la casa? Por culpa de esa maldita droga, fui a robar para comprar crack. Pero tuve la mala suerte que se me cruzaron los cuatro de la familia. Yo no sabía que estaban ahí, y el tipo quiso defenderse con un arma. Fue automático: cada vez que me atacan, reacciono brutalmente. Iba drogado, no lo niego, así que me exalté y no pude contenerme. Mi “profesión”, si así puede decirse, es la violencia, la muerte. Los maté a los cuatro. Lo único decente que me pude llevar, además de unos pocos centavos, fue el helado que me comí. De niño, para mí era un sueño poder comer helado. Y bueno... me agarraron.*

*¿Qué iba a decir en mi defensa? Nada. Soy un criminal. Sé que estuvo mal lo que hice, pero... así es mi vida. Le cuento que antes de matar a la señora, estuve tentado de violarla. No lo hice, me pude controlar. Siempre que estoy con una mujer que me gusta, me acuerdo de cuando yo fui violado. En fin... eso es otra cuestión de la que no quiero hablar ahora. Lo que sí es increíble, no lo puedo entender, es que el juez no me haya condenado a muerte. Me dio perpetua. Como mi caso se hizo tan notorio por los medios, todo el mundo está hablando de*

*eso, y ahora mucha gente se reúne para pedir que se cambie la sentencia. Están pidiendo la pena de muerte. Lo que no entiendo, le estaba diciendo, es de por qué a mi mamá, cuando pensaba abortarme, se lo prohibieron, e hicieron tanta bulla con eso. Y ahora, 22 años después, o 23, contando los nueve meses de embarazo, ahora que yo nací contra su voluntad y pasé todas las penurias que pasé, penurias que dieron como resultado esta basura que soy, ahora no entiendo por qué sí piden matarme, y no permitieron que lo hicieran años atrás, cuando hubiera sido mucho mejor no dejarme nacer. ¿No le parece hipócrita?”*

## Miss Johnson

**Fiscal:** Entonces, ¿usted la mató?

**Acusada:** Fue mi mano quien lo hizo, pero no podría decir que fui yo. Fueron las circunstancias, fue la historia.

**Fiscal:** Eso no es una respuesta lógica. ¿Cómo que su mano? Su mano es suya. Usted la mató. No responda con evasivas.

**Acusada:** No son evasivas, señor Fiscal. Sí, yo la maté, nunca lo he negado. Pero, ¿sabe usted por qué lo hice?

**Fiscal:** Porque es una asesina, y eso debe pagarlo. Con cárcel, o quizá con la vida.

**Acusada:** Es fácil decirlo así. Pero no deje de considerar que usted me acusa con toda esa fuerza, hasta con odio diría, porque es blanco.

**Fiscal:** ¿Y eso qué tiene que ver?

**Acusada:** ¿Cómo que qué tiene que ver? Usted nunca podría entender lo que siente la población negra de este asqueroso país. Menos aún, lo que siente una mujer negra.

**Fiscal:** Está exagerando. Esas son evasivas para no reconocer su culpabilidad. Pero usted mató de 18 puñaladas a la Sra. Nancy Miller el día 23 de febrero de 1921. ¿O va a negarlo?

**Acusada:** Claro que la maté. Sé que eso está mal, que no hay que matar. Violé un mandamiento bíblico. Moralmente es incorrecto. Lo reconozco. Pero si fuera un hombre blanco seguramente no correría la misma suerte que una mujer negra, nieta de esclavos.

**Fiscal:** Insisto, Sr. Juez, y estimada Srta. Kamali Johnson: esas son estupideces, meros distractores que intentan desviar su culpabilidad.

**Acusada:** ¡Soy culpable de haber asesinado a esa cretina de Nancy Miller! ¡¡No lo niego!! Pero tengo sobradas razones para haberlo hecho, y ustedes, todos blancos y mayoritariamente hombres, no pueden entenderlo.

**Fiscal:** No se sulfure, por favor. Si no, tendré que pedirle a Su Señoría que la retire de la sala y pro seguiremos el juicio sin su presencia.

**Acusada:** Ustedes no están entendiendo.

**Fiscal:** ¿Qué es lo que no entendemos, Srta. Johnson?

**Acusada:** Que sí, fue mi mano la que empuñó ese cuchillo, pero que fue una larga historia la que me llevó a ello.

**Fiscal:** Eso suena a poesía, a metafísica. Y aquí estamos en un juicio oral y público en el estado de Alabama. Aquí no filosofamos, no perdemos el tiempo. Aquí juzgamos a criminales, y usted es una criminal que merece pagar su crimen.

**Acusada:** No se sulfure usted. Vea: más criminales son los blancos que trajeron a mis abuelos como esclavos a esta tierra desde nuestra África natal. Más criminales son los hombres blancos que violaron y violaron sin piedad a mi abuela, y también a mi madre. Más criminales son los blancos que, aunque nos dieron esto que llaman libertad, nos siguen tratando como basura.

**Fiscal:** Srta. Johnson: me parece que se está extralimitando.

**Acusada:** ¡¿Extralimitando?! ¡No me haga reír! ¿Sabe usted quién se extralimita? Ustedes, los blancos. ¿Sabe por qué maté a esta mujercita?

**Fiscal:** ¡Porque usted es una asesina!

**Acusada:** Eso dice todo y no dice nada. Ustedes son infinitamente más asesinos que yo. ¿Sabe lo que me hacía la tal respetable Sra. Miller? Me obligó a tener sexo con su hijo mayor, para que el joven se estrenara con una mujer cuando tenía 17. ¿Qué diría si eso le hicieran a su hija o a su esposa, o a su hermana? ¿Sabe por qué maté a esta perra? Porque me hacía lavar su inodoro con las manos, sin guantes.

**Fiscal:** Todo eso no justifica un asesinato, Srta. Johnson.

**Acusada:** Tal vez no lo justifica, pero sí lo explica. Usted, hombre blanco, exitoso miembro de una corte, que no necesita lavar la caca de otros con sus manos, que no se siente humillado día a día, que no tiene que comer parado y a las apuradas, que no tiene horario para trabajar, bajo la lluvia o el sol, que no recibe insultos continuamente por su color de piel, ¿podrá entender lo que significa ser tratado como animal?

**Fiscal:** A usted nadie la está tratando como animal. Está en un juicio con un abogado defensor donde se le respetan sus sacrosantos derechos civiles. Usted está en el país más civilizado del mundo, con libertades y democracia.

**Acusada:** ¡Por favor! Me parece absurdo lo que dice. ¿Libertad y democracia? Ja, ja, ja... Entonces, ¿qué dice de los esclavos? Aunque ahora ya no llevamos cadenas, los grilletes permanecen.

**Fiscal:** Usted no lleva ningún grillete.

**Acusada:** ¿Cómo que no? Los grilletes no son solo físicos. ¿Sabe lo que hacía el honorable y respetado Sr. Miller, dueño de una plantación donde trabajaron mis abuelos como esclavos, y mi madre como criada, siendo ya una mujer “libre”? ¡Me obligaba a hacerle sexo oral sin que su adorada y respetable mujercita se enterara! ¡Y me obligaba bajo amenaza de muerte! Por supuesto, nadie sabía de eso en la respetable familia de este respetable país tan democrático.

**Fiscal:** Eso no tiene nada que ver, no justifica una muerte.

**Acusada:** ¿Le parece? ¿Está tan seguro? ¿Y puede llamar vida a la que yo llevaba en esa casa? ¿No era una muerte en vida?

**Fiscal:** A usted, Srta. Johnson, nadie la agredió.

**Acusada:** ¿Usted está loco? ¿Y qué era todo eso que le estoy contando?

**Fiscal:** Son exageraciones.

**Acusada:** ¿Exageraciones? ¿Cómo puede decir eso? Sistemáticamente, todos los días, tanto el matrimonio como sus seis hijos, me vivían maltratando, tratando de negra de mierda, obligándome a trabajar 12 o 14 horas diarias, sometiéndome a vejámenes. ¿Dónde está la tierra de la democracia y la libertad?

**Fiscal:** Si la maltrataban, podría haber buscado otro trabajo.

**Acusada:** ¡Qué fácil lo ve usted! ¿Y cómo piensa que tratan a las mujeres negras en otros trabajos? Igual o peor.

**Fiscal:** Volvemos al principio: nada justifica un asesinato.

**Acusada:** Seguro que seré condenada. Eso ni lo dudo. Pero espero que esta próxima muerte casi segura que me espera sirva, en algún momento, para hacer justicia. No queremos la venganza de los negros contra los blancos. Eso no está bien. ¡Queremos, pedimos, exigimos justicia!

**Fiscal:** Sr. Juez: creo que quedó más que evidenciado que la Srta. Johnson es culpable de asesinato. Ella misma lo reconoce abiertamente.

**Acusada:** Claro que lo reconozco, nunca lo negué. Me enloquecí y entonces hice algo que no debería haber hecho. Pero lo que no queda claro, y espero que alguna vez la historia se encargue de demostrar, es que los asesinos son ustedes. Su riqueza, la de los terratenientes blancos que se llenan la boca hablando de democracia y libertad, reposa en la sangre de los negros y las negras que trajeron en condición de esclavitud. ¡No se olviden!

## Racismo a la carta

Chantal, con sus 34 años, pensó que ya era tiempo de tener un hijo. Ningún parisino de su círculo —era antropóloga— le parecía el adecuado padre de su bebé. Tendría que ser en África. Prefería un “negrito”.

Resuelta, viajó a Senegal. Allí había estado ya haciendo una pasantía de algunos meses cuando preparaba su tesis doctoral. El país la había fascinado. Lo que recordaba con mayor alegría era el *ceebu jen*, o *thiéboudienne*, el plato nacional. Desde que dejó Dakar, donde tuvo un rápido amorío con un profesor de la Cheikh Anta Diop University, siempre añoró regresar a esa nación.

Muchas veces, con sus amistades más cercanas, solía manifestar que no querría vivir en pareja toda su vida. Ser madre soltera le parecía una interesante opción. Más aún si el niño “*salía de lo común, no era un rubiecito como todos los franceses*”. Terminando sus estudios de post grado había pensado adoptar un niño, pero finalmente se decidió por tener uno de sus entrañas. La experiencia de llevar un ser en su vientre por nueve meses se le antojaba fascinante. De todos modos, no encontraba fácil cómo hacerse embarazada en Francia de un connacional, y luego evitar la participación de ese progenitor en la crianza de su vástago. “*Los hombres franceses son buenos padres*”, pensaba. Su idea, fundamentada en lo que había conocido en su paso por el África (Camerún, Gabón, Costa de Marfil, Madagascar, además de Senegal), era que allí la paternidad resultaba algo más laxo, más relajado. “*No se lo toman muy en serio*”, habituaba decir. “*Hijo más o hijo menos, no se preocupan demasiado*”.

Hizo los arreglos del caso, logrando regresar a la misma universidad donde se había asentado tiempo atrás, en Dakar. Consiguió allí un puesto, vinculado al Museo de Arte Africano Theodore Monod. Su objetivo, lo tenía claro, no era perpetuarse en África ni establecer una relación amorosa duradera. Era tener un hijo “*de un padre negro; algo exótico, por cierto*”, pensaba.

Luego de un corto noviazgo con una compañera del museo, Fatoumata, bella muchacha veinteañera (Chantal era bisexual), empezó a buscar padre para su futuro hijo. Claro que, para tener el ansiado hijo, primero debía cumplir con el trámite de conseguir un tipo, seducirlo, llevarlo a la cama y hacerse embarazada.

Se puso manos a la obra. No le costó mucho. Para una buena cantidad de varones senegaleses, una mujer alta, rubia, de ojos azules y piel tremendamente blanca, constituía una apreciada presea. Para un negro de la etnia mandinga como Jean-Paul Mbengue, por supuesto que también.

El joven, de 32 años, con educación universitaria en Francia, musulmán por ascendencia familiar pero agnóstico en su vida real (agnosticismo mantenido en secreto, a partir de sus idea-

les socialistas desarrollados en su paso por la Universidad París I Panthéon-Sorbonne) era uno de los curadores del museo. Su formación en antropología e historia del África era notoria. Hablaba a la perfección mandenká –su lengua materna– así como francés e inglés. La desgracia lo había acompañado desde joven. Además de haber perdido en forma trágica a ambos padres en su niñez, casado a los 26 años a su regreso de Europa, su esposa había padecido cáncer de matriz, por lo que quedó inhabilitada para procrear. Jean-Paul nunca lo dijo en forma pública, pero era evidente que al ver cortado su sueño de paternidad, terminó separándose de ella porque esa mujer “*no le servía*”. Cuando conoció a Chantal, para ambos fue el gran hallazgo de su vida.

La antropóloga francesa, luego de ver que inmediatamente había conseguido el candidato buscado, no lo dudó: se haría su novia. Jean-Paul quedó fascinado con la despampanante rubia, y tampoco dudó un instante en aceptar las insinuaciones de la muchacha. En un santiamén, fueron pareja.

El joven senegalés, europeizado en sus gustos y aspiraciones, ya se había distanciado mucho de las tradiciones familiares. Su formación y su actual trabajo lo alejaban de los ritos que había conocido en su infancia y adolescencia, y su práctica del islam, como muchos jóvenes de su generación, no guardaba ninguna cercanía con fanatismos fundamentalistas –aunque, en realidad, Jean-Paul, más o menos en secreto, se consideraba un librepensador sin religión–. No era un mandinga más, aunque su aspecto así lo dejara pensar. Nadie vio mal que noviará con una mujer blanca.

La relación fue estrecha, muy pasional. Chantal llegó a decir –lo dijo en público incluso– que había empezado a considerar la posibilidad de quedarse a vivir fijo en Senegal. Luego de una candente vida sexual por espacio de varios meses, resultó embarazada.

A partir de eso fue que la joven francesa comenzó a ser más fría. Jean-Paul lo notó de inmediato, pero no sabía bien qué hacer. No encontraba la razón de ese distanciamiento. Para él, el hecho de poder ser padre era una de las cosas más fabulosas de su vida, su anhelado sueño, su realización. Pero Chantal parecía alejarlo cada vez más.

Cuando el vientre ya comenzaba a notarse, una tarde en que el joven senegalés retornó a su casa luego de la jornada laboral en el museo, encontró la infausta carta. Escrita a mano, era sin dudas la letra de Chantal. Jean-Paul no podía creerlo. Temblando, casi no pudo terminar de leerla. Inmediatamente le brotaron ríos interminables de lágrimas. Se puso pálido y tuvo que sentarse para no caer de la impresión. La antropóloga francesa le comunicaba que le habían descubierto un cáncer en la matriz, y que había decidido en forma unilateral volver a su país de origen para atenderse. Sentía que en Senegal no podía tener la mejor atención médica, por lo que pedía perdón, pero se marchaba. No daba fecha de retorno ni ninguna indicación de dónde se la podría ubicar en Francia. Había desaparecido.

Jean-Paul no salía de su asombro; tuvo que leer la carta tres veces para convencerse que era real lo que decía. En el párrafo final dejaba muy claro que la pareja no podía seguir adelante;

agradecía todo lo bueno que había pasado con él, pero había tomado la decisión –“*terminante y definitiva*”– de seguir su vida sola. Si el niño nacía sin problemas, si el cáncer no impedía el embarazo, prefería ser madre soltera en Francia. No se iba peleando ni con Jean-Paul ni con Senegal, pero ya no podía permanecer más ahí.

La primera reacción del joven fue destruir el papel. Lo arrugó en sus manos arrojándolo lejos. Luego de superado el primer golpe, con los ojos irritados por un llanto incontrolable, lo recogió y desplegó nuevamente, tratando de quitarle las arrugas. Volvió a leerlo por cuarta, por quinta vez. “*No podía ser cierto*”, pensó. Muerto de la angustia, preguntó por teléfono a algunas amigas en común si sabían algo al respecto, pero todo el mundo consultado dijo no tener idea de la noticia, quedando tan estupefactas como él. Chantal, como por arte de magia, se había esfumado sin dejar rastros.

Jean-Paul pensó que sería una broma. No entendía por qué una broma tan grotesca, pero seguramente tendría una explicación. Chantal era muy racional y no podía hacer algo así, inopinadamente, sin ninguna razón. No lo podía entender. Para cerciorarse de lo que estaba pasando, corrió al armario a ver su ropa. Efectivamente, faltaban prendas de la mujer. Había dejado algo, pero era evidente que faltaban cosas. No encontró la mochila de viaje. Constatando todo eso, empezó a tener la certeza que era cierto: Chantal se había marchado.

Aunque como musulmán no podía beber bebidas alcohólicas, él no era precisamente muy devoto. Con su pareja solían tomar de tanto en tanto. Sin pensarlo mucho, buscó en el armario una botella de ginebra y casi de un sorbo la vació. No salía de su estupor.

Se había quedado sin respuesta. ¿Por qué se fue Chantal? No le encontraba explicación lógica; todo parecía marchar muy bien. El embarazo recién comenzaba, y de momento no había habido ninguna complicación. Ella nunca le había manifestado problema ginecológico alguno; nunca habló de malestares, molestias, sangrados. “¿*Cómo un cáncer de matriz?*”, se preguntaba azorado. No podía ser cierto. Debía haber otra cosa, algo oculto.

Olvidó sus ocupaciones diarias por un momento, y se dedicó con frenesí a investigar lo que pudiera sobre Chantal. En principio acudió al ginecólogo que habían consultado cuando supieron del embarazo. Era un viejo amigo de la infancia, con quien mantenía siempre una estrecha relación. Ambos eran musulmanes no muy convencidos. Lo llamó desesperado, pero el médico no sabía nada de un cáncer de matriz. Le hizo saber que sí, efectivamente, no eran incompatibles un embarazo y un proceso cancerígeno en la matriz, por lo que le formuló un extenso interrogatorio. Ante todas las preguntas que le hizo su amigo galeno, Jean-Paul respondió en forma negativa: según lo que le había manifestado la joven, no había habido sangrados, no había dolores, no había molestias durante el coito, no existían urgencias para ir a orinar, no había perdido el apetito. Parecía bastante evidente que, o no había ningún cáncer, o de haberlo habido, Chantal no había dicho nunca una palabra al respecto. “*¡Rarísimo! No lo entiendo*”. El asombro de Jean-Paul iba en aumento.



Tenía algún contacto en París que podía proporcionarle alguna información. De todos modos, nadie supo decirle nada en concreto. Por el contrario, las personas contactadas quedaron muy sorprendidas. Todas manifestaron sorpresa, pues entendían que Chantal estaba muy cómoda en Senegal. Muchas de ellas ni siquiera sabían del embarazo. Un amigo, sociólogo belga radicado en París, que había compartido largas discusiones sobre política con Jean-Paul algún tiempo atrás, le dio una pista que lo dejó perplejo. “*Recuerdo que alguna vez me dijo que quería ser madre soltera*”.

“*¿Madre soltera?... Pero, ¿cómo es eso? ¿Y todos los planes de vivir en familia? Entonces... ¿eran mentiras?*”. Lloró amargamente los primeros días.

Quizá otro varón ahí hubiera dejado el asunto. Mucho dolor, sin dudas, sensación de engaño, de aturdimiento tal vez por no encontrarle lógica al asunto, pero la suerte parecía echada. Con Jean-Paul, sin embargo, las cosas fueron distintas. Su carencia paterna –su progenitor murió trágicamente en un accidente automovilístico durante su primera infancia– sumado a la enfermedad prematura de su esposa que le negó la posibilidad de la paternidad, le habían disparado en forma exponencial su deseo de ser padre. La alegría que le había proporcionado el embarazo de Chantal era, sin dudas, la mejor noticia de su vida. Lo ahora acontecido lo enfureció. “*Se volvió completamente loca, o es una tremenda hija de puta*”, razonó. “*No puede hacerme esto... ¡No puede!*”

Se iría a Francia a buscarla. Pidió un año sabático en el museo, cosa que le concedieron de inmediato al exponer su situación, y con los ahorros que mantenía se dio a la tarea de recuperar al hijo que venía en camino. Lo del cáncer no se lo creía para nada. La madre no le interesaba en absoluto; era el nuevo ser su foco de preocupación. Pensó que se si le acababa el dinero, no le costaría encontrar algo que hacer en Europa: lavar platos o baños, hacer malabares a la salida de alguna estación de metro; pedir limosna, por último. O robar, si llegaba el caso. El objetivo era reencontrarse con su hijo.

Después de interminables búsquedas –el rigor en su meticulosidad como curador de museo le había templado el carácter en ese oficio casi detectivesco– pudo dar con Chantal. Cuando se encontraron, la reacción para ambos fue impresionante: Jean-Paul lloró de ira, ella de miedo.

La buscó en el edificio donde ella estaba viviendo: una elegante construcción antigua en la zona de Montmartre. Averiguando, le habían pasado ese dato. No se habían equivocado. Allí estaba Chantal, a la salida de su casa, temblando desconcertada ante Jean-Paul en aquella fría mañana de febrero. Después de la sorpresa inicial, balbuceó algunas palabras: “*¿Qué haces aquí?*”.

Atronador, el joven respondió: “*Creo que tú deberías explicar qué haces aquí*”. La sangre le hervía; hubiera querido agredir físicamente a la mujer que tenía delante, pero se supo contener. Chantal se las ingenió para salir de la situación pidiendo socorro. Con el más descarado cinismo gritó en búsqueda de auxilio, pronunciando varias veces, en forma despectiva, la pa-

labra “negro”. No faltaron personas –todas blancas, rubias, bien vestidas– que se “*indignaron ante ese ladrón, seguramente ilegal, que quería atacar a esa mujer*”.

Jean-Paul terminó en la estación de policía. Su explicación no convenció a los agentes, y luego de algún cachetazo recibido y largas horas de espera, sin abogado defensor, fue dejado en libertad por no encontrársele cargos. Se le ocurrió entonces volver a contactar a Jacques, el sociólogo que le había dado aquel dato espeluznante. No le costó encontrarlo, y se vieron prontamente en algún café.

El antropólogo senegalés quedó más colérico aún al conocer otros detalles del asunto. “*¿Eso decía Chantal? Pero... ¿de verdad?*”. No salía de su asombro al escuchar el relato de Jacques. No podía creer que hubiera tanta maldad, tamaña frialdad en la concepción de sus planes por parte de la muchacha. “*La tengo que denunciar*”. Jacques dijo, sin estar del todo convencido pensando que quizá le fallaba la memoria, que recordaba haber escuchado decir alguna vez a la muchacha que había hablado de “*parir un negrito*”.

En Francia Jean-Paul no conocía ningún abogado. Fue a un bufete popular de asesoramiento gratuito. No le dieron mayores esperanzas. En todo caso, si eran convivientes en Senegal –no estaban legalmente casados– era allí donde, quizá, podía presentarse una demanda. Tal vez, le dijeron, podían tomar el caso como abandono de hogar. Pero eso no era muy posible. El tenor general de la consulta fue desesperanzador.

Jean-Paul no se amedrentó. Si ya estaba en Francia, debía hacer lo posible con toda la fuerza del caso para lograr aclarar la situación. Ese hijo que venía en camino era tan suyo como de Chantal, por lo que no podía abandonar su paternidad por un capricho –o algo que no terminaba de entender– por parte de su pareja. Su deseo más absoluto era poder tener un hijo, ser padre. Ese era el cometido de su vida. Si Chantal pensaba que él desistiría de la paternidad, se equivocaba de cabo a rabo.

La situación no le era en nada favorable, porque por el racismo imperante, un africano era casi impensable que pudiera acusar a una ciudadana francesa por un caso así. Además, ni para el sentido común ni para la justicia parecía lógico que un padre reclamara su paternidad con tanta virulencia. En todo caso, la reacción más común era pensar que se trataba de un ardid para buscar obtener ciudadanía francesa, y quedarse “*como un ilegal más de tantos que vienen a invadirnos, amparándose en tener un hijo nacido aquí que le dé residencia*”, tal como rezaba el credo popular de los franceses.

Comenzó a desesperarse viendo que todas las puertas iban cerrándose. No encontraba por dónde abrir caminos. Hasta que, finalmente, un abogado amigo de otro ex compañero de la universidad le dio alguna pista. Se podía solicitar una prueba de paternidad, haciéndose el correspondiente examen de ADN.

No le resultó nada fácil lograrlo. El tiempo de la visa iba terminándosele, y la desesperación ante la situación crecía. Si abandonaba el país, le resultaría muy difícil retornar. Si permanecía

en situación irregular, corría el riesgo de poder ser deportado en cualquier momento; pero lo peor era que se le tornaba imposible gestionar cualquier denuncia siendo un inmigrante ilegal.

Quiso la providencia que este abogado, Philippe, con quien había trabado alguna amistad, compartía ideales progresistas; él, el jurista, como miembro de eso que se llama –impropiamente– Primer Mundo, sentía un profundo rechazo por el insultante racismo con que las presuntas “razas superiores” veían –y trataban!– a los “subdesarrollados”. Rápidamente entendió que con Chantal, además de presentificarse alguna cosa psicopatológica por negar de ese modo tan radical al padre biológico, había una alevosa presencia de discriminación racial. *“Te ha usado de macho semental. Se hizo embarazar y luego te mandó a la mierda. Seguramente eso no se hubiera atrevido a hacerlo con un francés”*, fueron sus contundentes palabras cuando sintetizó el caso ante Jean-Paul.

El joven senegalés estaba estupefacto. No podía entender cómo alguien que le había jurado amor, alguien con quien compartió no solo una cama, sino proyectos conjuntos a largo plazo, que había hablado incluso de tener varios hijos, alguien que parecía la mujer que lo acompañaría quizá para toda la vida, de pronto actuaba así. ¿Una delincuente? ¿Una enferma? ¿Una total hija de puta? No sabía con qué epíteto quedarse. Eso, en definitiva, no importaba. Lo único que contaba era que él había sido engañado, vilmente estafado, y la cólera que eso le provocaba no tenía fin. No quería tanto vengarse de la muchacha sino no perder su legítima paternidad. Quería a su hijo, así de simple. Además, *“una sátrapa como Chantal no debía quedarse al niño”*. Eso lo veía como el colmo de la injusticia.

Apelando a mecanismos legales habitualmente poco o nada utilizados, de los que no se podía esperar hiciera uso un extranjero (*“un negro africano”*, para el común de la gente, con toda la execrable carga racista que eso implicaba). Philippe logró que se autorizara una prueba de paternidad. Para ello era primero imprescindible dar con la madre. El desarrollo de la genética permitía poder hacer ese examen, aún en período de gestación. Pero ¿dónde estaba Chantal? ¿Podría ella aceptar realizar esa prueba? Demostrándose que el infante en camino era de Jean-Paul, ¿qué pasaría luego?

Lo usual, en Francia, en África o muchas partes del mundo, es que muchos varones se desentienden de su responsabilidad paterna. Pueden fabricar un hijo, pero nacido que fuera el retoño, en muchas ocasiones no asumen plenamente la paternidad. El caso de Jean-Paul era la antípoda: un padre que quería reafirmarse como tal a toda costa. Quizá su falta de padre en la infancia, y su frustrada paternidad con su esposa senegalesa, le inflamaron en grado sumo esta búsqueda de ser un papá con todas las letras.

Como muy buen abogado que era, Philippe consiguió la debida autorización de un juez de familia para que la madre se sometiera al examen de ADN. En realidad, este abogado no actuaba solo, sino que el caso había sido tomado por el estudio al que pertenecía. Dado lo inusual de la demanda en juego, el bufete había decidido involucrarse porque algo así podría rendirle réditos. Si se sabía manejar, podía llegar a ser una explosiva bomba mediática; eso, sin dudas, catapultaría la firma en forma exponencial.

Sabiendo los riesgos que podía haber al iniciar un proceso así, él, un africano en tierra francesa, la misma tierra desde donde se había conquistado y diezmado lo que hoy es Senegal, entendió que su amor de padre era lo más importante. Sentirse estafado lo enardecía; pero sentirse estafado en algo tan especial para él, le daba la fuerza más monumental para encarar la batalla.

El asunto tomó vuelo mediático. Eso era, en verdad, lo que buscaban los abogados. Finalmente se hizo la prueba de paternidad prenatal tomando una muestra de líquido amniótico. Del cáncer de matriz no hubo nada. Cuando el joven africano quiso denunciarlo como estafa, nadie le prestó atención. Chantal rió cuando se le preguntó por un proceso cancerígeno. “¿*Qué? ¿Cáncer yo? Pero ¿de dónde sacaron tamaña estupidez?*”, dijo airada. Su sangre fría era proverbial. Con la prueba quedó establecido sin ninguna duda que Jean-Paul Mbengue era el progenitor de la criatura en camino, con esa mujer francesa. El senegalés mantenía una mezcla confusa de sentimientos: muchísimo odio por lo hecho por Chantal, satisfacción por saber que tenía apoyos, esperanza de poder tener un hijo, miedo por lo que pudiera suceder siendo un extranjero en un país de blancos que despreciaba a los negros. Temía también –siendo esta quizá la gran preocupación práctica– por su situación legal, dado que pronto expiraba su permiso de permanencia.

Al haberse hecho público el acontecimiento, el asunto llegó a tener ribetes políticos. Incluso se generaron bandos enfrentados. Dada la magnitud de la cuestión, el bufete pudo gestionar con mucha habilidad la prórroga de la estancia de Jean-Paul. Sin ningún lugar a dudas, todo se volvió un espectáculo mediático.

No faltaron quienes apoyaban a Chantal por considerar que ella, como mujer, tenía derecho a ser madre soltera si así lo deseaba. Las opiniones fueron tomando calor, y se establecieron fogosas discusiones en torno a las mismas. El debate dio para todo. Jean-Paul, un tanto azorado en medio de ese vendaval, no terminaba de entender lo que estaba pasando.

Dado lo raro de la situación, y en medio de las más encontradas opiniones y puntos de vista, las autoridades migratorias decidieron prolongar la estancia del senegalés por tiempo indefinido, hasta tanto se resolviera de algún modo convincente el asunto, que ya era, en cierta forma, algo de orden público. “*De interés nacional*”, llegaron a decir los abogados defensores de Jean-Paul, sin dudas exagerando la nota, dándole un carácter heroico al caso.

Chantal, por su parte, intentó defenderse creando una historia ficticia, pero muy convincente, sin dudas creíble. Dijo haber sido víctima de una violación. En Francia nadie conocía la vida de este antropólogo de Dakar, por lo que se hacía más difícil creerle; a la antropóloga francesa sí le podían dar más crédito. Dado el racismo reinante, y al hecho de una denuncia de violación, la suerte comenzó a inclinarse a favor de la europea. En una entrevista muy bien preparada, que luego llegó a varios canales de cable, e incluso a dos canales abiertos de cobertura nacional, la joven exponía, con profusión de lágrimas, cómo, a partir de una borrachera inducida por el senegalés, fue víctima de un abuso deshonesto. Cambió de color cuando un perio-

dista, luego de ver la entrevista, acucioso le preguntó por qué un musulmán como Jean-Paul utilizaba alcohol. Luego de un primer momento de duda, la respuesta fue categórica: “*no era un fiel devoto de Alah*”.

Era imposible investigar los hechos ocurridos fuera del país. Se podía confiar en la palabra de Chantal, o no. Ante esa confusa situación, la opinión generalizada se tornó igualmente confusa. Ambas posiciones eran creíbles, razonables. Por cierto, mucho más la de la parisina, más aún en la capital del otrora imperio de ultramar que había conquistado buena parte de África: una mujer llevada con engaños a un estado de ebriedad es luego violada. Ella sale huyendo de su violador y de ese país que no le ofrece ninguna garantía. Tiempo después ese criminal (¡hasta se llegó a apelar a la tipología decimonónica de Cesare Lombroso para indicar que Jean-Paul tenía toda la fisonomía de un violador consuetudinario!) llega a la civilizada Europa buscando utilizar un hijo concebido de esa horrenda forma para pedir la residencia en Francia, alegando su vínculo con el niño. Aunque algo forzada, la explicación convenció a muchos. Para otros, si bien un poco increíble, la versión del senegalés tenía sentido. Claro que, en nombre del machismo imperante, era difícil concebir que un varón quisiera hacer tanto esfuerzo por asumir su paternidad.

Lo que Jean-Paul buscaba no era establecer un matrimonio con Chantal. Eso, por el contrario, le resultaba repugnante. De consumarse algo así, se sentiría humillado, indignamente pisoteado. La mujer que lo había engañado, por nada del mundo podría ser su pareja. Y para él, no debería ser siquiera la madre de su hijo, pese a que naciera de sus entrañas. Había que quitárselo, no permitir “*que esa estafadora asquerosa se salga con la suya*”.

Las palabras proferidas en su momento por el abogado Philippe lo habían tocado muy en lo hondo. “*¡Macho semental!*” No paraba de repetir eso. Lo ofendía, lo consternaba en lo más profundo de su ser. “*Un semental..., un padrillo. Chantal hija de la gran puta. ¡Yo soy algo más que una máquina de embarazar hembras!*”

El embarazo siguió adelante. La mujer se comenzó a sentir un tanto apesadumbrada; veía que su maniobra, además de poder proporcionarle el anhelado hijo, se había convertido en una bomba de tiempo de la que no se sabía cuándo podía explotar. Y mucho menos, cuáles podrían ser sus consecuencias. Comenzó a sentirse arrepentida. De todos modos, confesar la jugada, a esa altura de los acontecimientos, se le figuraba imposible. Se desacreditaría totalmente, se acabaría su carrera profesional, su reputación como madre y como mujer quedaría por el piso, y Jean-Paul podría reaccionar de la peor manera, incluso con violencia. Pero lo peor de la situación es que, sabiéndose todo, quizá pudiera perder la tenencia del bebé. Luego de pensarlo infinitamente, optó por lo que le pareció la más honorable salida. Se pegó un tiro.

Andando el tiempo, Jean-Paul siguió viviendo en Francia. Finalmente tuvo un hijo con una española, que lleva por nombre, en castellano, Esperado.

## Acerca del autor

Marcelo Colussi nació en la argentina ciudad de Rosario, la misma que vio nacer al Guerrillero Heroico Ernesto Che Guevara. En Argentina estudió Psicología y Filosofía. Ha vivido en varios lugares de América Latina y en la actualidad, desde hace dos décadas, reside en Guatemala. Colussi es catedrático universitario e investigador social y publica sus escritos en varios medios alternativos.

Colaborador habitual de **insurgente.org**, tiene publicaciones en el área de las ciencias sociales, pero también ha incursionado en el campo literario, como lo certifica la presente obra.

-----  
“**Cuentos incontables**”, de Marcelo Colussi, ha sido publicado por **insurgente.org** el 17 de mayo de 2024